

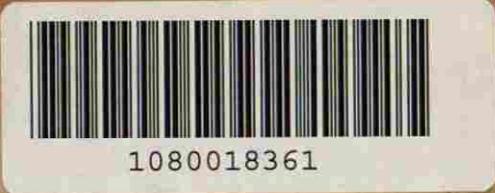
OPUSCULA
LITERARIA

MIS-
CELLANEA
78

49715

G69
.D5
D5

V
925
D



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DISCURSOS

PRONUNCIADOS
EN LA

VELADA FÚNEBRE

Que para honrar la memoria del distinguido
Ingeniero Geógrafo

D. FRANCISCO DIAZ COVARRUBIAS

Se verificó
la noche del 8 de Julio de 1889, en el Salon de Actos de la Escuela
Nacional de Ingenieros.



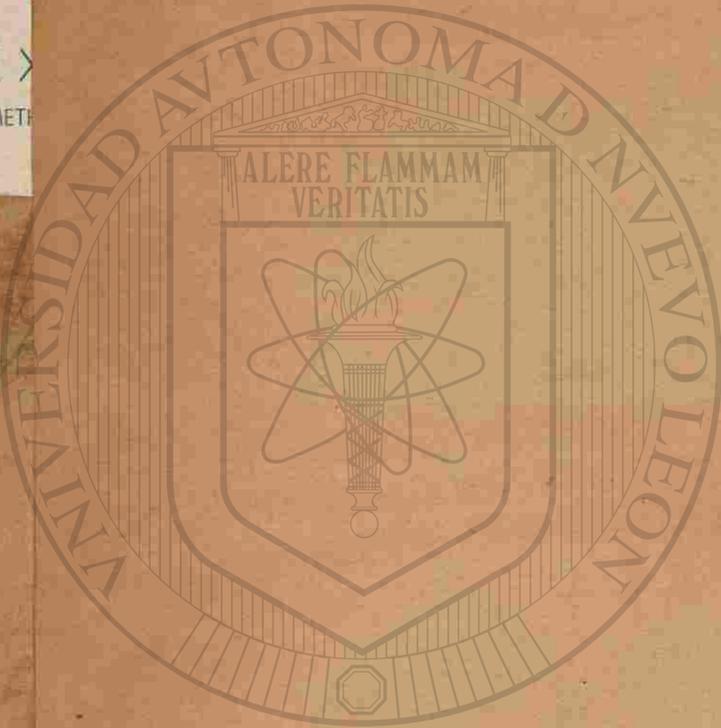
MÉXICO

IMP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15.

1889

40715

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

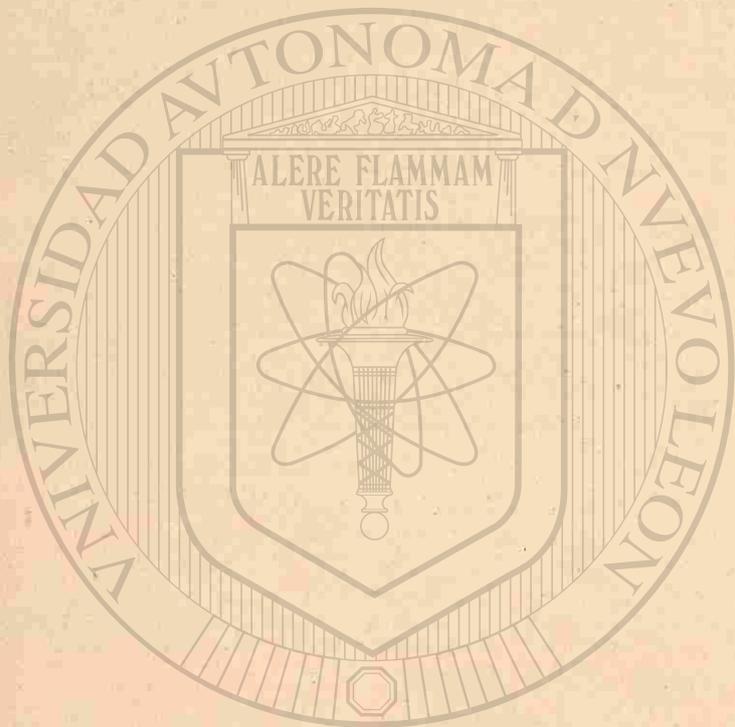


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

✓
925
D

969
D5
D5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TAN pronto como se supo en México la muerte del ilustre Ingeniero Geógrafo D. Francisco Diaz Covarrubias, acaecida en Paris el 19 de Mayo del presente año, un mismo sentimiento impresionó á sus amigos, discípulos y admiradores, y una misma idea los preocupó: el dolor más justo y sentido, y el propósito firme de perpetuar su memoria.

Reconociendo los indiscutibles méritos del Sr. Diaz Covarrubias, se pensó unánimemente en hacer una manifestacion pública de pesar, y esta idea se tuvo casi al mismo tiempo en todos los grupos ántes citados.

En el seno de la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos iba á presentarse proposicion formal para organizar una velada fúnebre en honor del sabio astrónomo, cuando fué invitada dicha Asociacion por los alumnos de la Escuela Nacional de Ingenieros, para tomar participio con ellos, en velada análoga que ya organizaban.

Cúpoles á estos jóvenes el justo honor de ser los ini-

003507

ciadores, y la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, la de ex-Alumnos y los profesores de la Escuela, se reunieron gustosos á los alumnos, prefiriendo esa participacion á la manifestacion aislada que cada una de esas corporaciones hubiera podido hacer: ¡propio de la juventud, de sus elevadas miras y de su ilustracion, fué adelantarse en la realizacion de esa idea!

Estas diversas corporaciones, así reunidas, forman el conjunto de personas que más oportunidad tuvieron para seguir y estimar á Diaz Covarrubias en la gloriosa senda de su vida científica.

Los alumnos y profesores de la Escuela de Ingenieros, las Asociaciones de Ingenieros y Arquitectos y de ex-Alumnos de Minería, nombraron sus delegados para organizar la velada. La Junta quedó formada como á continuacion se expresa:

Por los alumnos de la Escuela:

Sr. Ingeniero Natividad González.
 „ Norberto Domínguez.
 „ Roberto Servin.
 „ Remigio A. Mateos.
 „ Angel Zozaya.

Que constituyen la Mesa Directiva de la Escuela.

Por la Asociación de Ingenieros y Arquitectos:

Sr. Ingeniero Mariano Villamil.
 „ Adolfo Diaz R.
 „ Francisco Rodríguez Rey.

Estos señores fueron comisionados por los profesores.

Por los ex-Alumnos de Minería:

Sr. Ignacio Burgoa.

Estos delegados se reunieron desde luego y nombraron su Mesa Directiva y Comisiones; que quedaron como sigue:

MESA DIRECTIVA.

Presidente.—Sr. Ingeniero Mariano Villamil.
 Vicepresidente.—Sr. Ingeniero Adolfo Diaz.
 Secretario.—Sr. Norberto Domínguez.
 Tesorero.—Sr. Ignacio Burgoa.

COMISIONES.

De ornato Sr. Ing. Mariano Villamil.
 „ „ Natividad González.
 De invitaciones.... Sr. Ing. Francisco R. Rey.
 „ „ Natividad González.
 De publicaciones.. Sr. Ing. Adolfo Diaz.
 Sr. Angel Zozaya.

Entre los trabajos de la Junta organizadora, merecen especial mencion los relativos á conseguir la participacion en la velada del Conservatorio de Música, la valiosa ayuda del Sr. Ingeniero Juan Anza para hacer un proyecto de decoracion, y los numerosos pasos para obtener parte de los ornamentos, alumbrado, local, etc., de una manera económica y satisfaciendo á la estrechez del tiempo disponible.

Réstanos consignar el profundo reconocimiento que abriga la Junta, por el señor Secretario de Justicia, por el señor Oficial Mayor de Fomento, por el Sr. Anza, por el Sr. Knight, por el Sr. Rivas y orquesta del Conservatorio, y por el Sr. Bejarano, Oficial mayor

del Gobierno del Distrito, que han prestado bondadosamente su cooperacion y que han dado todo género de facilidades á la Junta para lograr su cometido: gracias en parte á tan eficaz cooperacion, la velada se verificó, presidiéndola el Sr. Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, y segun el programa que á continuacion se expresa. Así pudo rendirse el último y triste homenaje á la memoria del que consagró su vida á la ciencia, dejando un ejemplo digno de imitarse.

PROGRAMA.

- | | |
|---|--------------|
| I. MARCHA FÚNEBRE..... | Chopin. |
| por la orquesta del Conservatorio de Música. | |
| II. DISCURSO á nombre de los alumnos de la Escuela Nacional de Ingenieros, por el Sr. Norberto Domínguez. | |
| III. ANDANTE RELIGIOSO..... | Massenet. |
| IV. DISCURSO en representacion de la Sociedad de ex-Alumnos de Minería, por el Sr. Ingeniero Manuel Rivera Cambas. | |
| V. ADAGIETTO ESPRESSIVO..... | Bizet. |
| VI. DISCURSO á nombre de los Profesores de la Escuela de Ingenieros, por el Sr. Ingeniero Fernando Sáyago. | |
| VII. EL ANGELUS | Massenet. |
| VIII. DISCURSO en representacion de la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos, por el Sr. Ingeniero Manuel María Contreras. | |
| IX. MARCHE HEROÍQUE..... | Saint-Saens. |

México, Julio 8 de 1889.

La Comision.

Discurso del Sr. Norberto Domínguez, á nombre de los alumnos de la Escuela Nacional de Ingenieros.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

AL tener el alto é inmerecido honor de representar á mis condiscípulos, en esta solemne ocasion en que nuestra Escuela honra la memoria de uno de sus ilustres hijos, y la Ingeniería mexicana la de uno de sus distinguidos miembros, emito mis humildes palabras, si no con la confianza del que sabe ocupar la tribuna, sí con la satisfaccion del que al hacerlo, obedece al cumplimiento de un sagrado deber, cual es el rendir un público homenaje de admiración y gratitud al hombre que, trabajador infatigable en el difícil terreno de la ciencia, supo ensanchar sus horizontes y obtuvo: para su frente, los laureles del genio; para su patria, un nombre honroso entre las naciones extranjeras, y para la humanidad, un nuevo impulso en la interminable escala del progreso, por la cual unas tras otras se suceden las generaciones, guiadas por esos ilustres caudillos que, al concluir su gloriosa existen-

del Gobierno del Distrito, que han prestado bondadosamente su cooperacion y que han dado todo género de facilidades á la Junta para lograr su cometido: gracias en parte á tan eficaz cooperacion, la velada se verificó, presidiéndola el Sr. Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, y segun el programa que á continuacion se expresa. Así pudo rendirse el último y triste homenaje á la memoria del que consagró su vida á la ciencia, dejando un ejemplo digno de imitarse.

PROGRAMA.

- | | |
|---|--------------|
| I. MARCHA FÚNEBRE..... | Chopin. |
| por la orquesta del Conservatorio de Música. | |
| II. DISCURSO á nombre de los alumnos de la Escuela Nacional de Ingenieros, por el Sr. Norberto Domínguez. | |
| III. ANDANTE RELIGIOSO..... | Massenet. |
| IV. DISCURSO en representacion de la Sociedad de ex-Alumnos de Minería, por el Sr. Ingeniero Manuel Rivera Cambas. | |
| V. ADAGIETTO ESPRESSIVO..... | Bizet. |
| VI. DISCURSO á nombre de los Profesores de la Escuela de Ingenieros, por el Sr. Ingeniero Fernando Sáyago. | |
| VII. EL ANGELUS | Massenet. |
| VIII. DISCURSO en representacion de la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos, por el Sr. Ingeniero Manuel María Contreras. | |
| IX. MARCHE HEROÍQUE..... | Saint-Saens. |

México, Julio 8 de 1889.

La Comision.

Discurso del Sr. Norberto Domínguez, á nombre de los alumnos de la Escuela Nacional de Ingenieros.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

AL tener el alto é inmerecido honor de representar á mis condiscípulos, en esta solemne ocasion en que nuestra Escuela honra la memoria de uno de sus ilustres hijos, y la Ingeniería mexicana la de uno de sus distinguidos miembros, emito mis humildes palabras, si no con la confianza del que sabe ocupar la tribuna, sí con la satisfaccion del que al hacerlo, obedece al cumplimiento de un sagrado deber, cual es el rendir un público homenaje de admiración y gratitud al hombre que, trabajador infatigable en el difícil terreno de la ciencia, supo ensanchar sus horizontes y obtuvo: para su frente, los laureles del genio; para su patria, un nombre honroso entre las naciones extranjeras, y para la humanidad, un nuevo impulso en la interminable escala del progreso, por la cual unas tras otras se suceden las generaciones, guiadas por esos ilustres caudillos que, al concluir su gloriosa existen-

cia, dejan como precioso legado, á la historia, indelebles nombres, y á la ciencia, imperecederas verdades.

Grandes fueron los servicios que el Sr. Ingeniero Francisco Diaz Covarrubias prestó á su patria; ya difundiendo útiles enseñanzas desde la honrosa silla del profesorado, ó ya representándola en las sociedades científicas del extranjero; en los trabajos de gabinete á los cuales debemos sus útiles publicaciones, y en las lejanas expediciones de la ciencia, como lo atestigua el viaje al Japon, en el cual las naciones europeas pudieron ver á México, nacion jóven aún en la vida política y de escasos elementos, participar, sin embargo, del entusiasmo con que siempre se emprenden los trabajos que tienen por objeto la comprobacion de los principios ya conocidos, la adquisicion de nuevas verdades y la solucion de difíciles é importantes problemas.

Los esfuerzos del Sr. Diaz Covarrubias en pro de la instruccion pública, sus cualidades morales y sus vastos conocimientos, le hicieron acreedor á la estimacion general durante su vida, y despues de ella á legar un nombre honroso á la posteridad.

Por estas razones, rindiendo justo tributo al mérito, se ha organizado esta velada por la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos, la Sociedad ex-Alumnos de Minería, los profesores y los alumnos de esta Escuela, corporaciones que simbolizan, las tres primeras el presente y la cuarta el porvenir, ó sea dos generaciones, de las cuales, una recoge, despues de largos estudios y profundas reflexiones, los ópimos y sazonados frutos de la ciencia, y la otra, vacilante aún como el niño al dar sus primeros pasos, entra, sin embargo, llena de fe y

entusiasmo, en el noble camino que sus predecesores le han marcado, ansiosa de calmar la sed de saber que la devora, en el fecundo é inagotable manantial de los conocimientos humanos; y si en su marcha encuentra dificultades, lucha, sin embargo, por llegar á conocer los principios de la ciencia, que á semejanza de la luz que revela la forma á los objetos, convierte las brillantes concepciones del genio en útiles aplicaciones á la vida práctica.

No trato, señores, de referir detalladamente todos los acontecimientos de la vida del sabio cuya pérdida lamentamos hoy; me limitaré tan sólo á exponer sus principales rasgos biográficos y los hechos que más le distinguieron.

D. Francisco Diaz Covarrubias nació el 23 de Enero de 1833, en la pintoresca Jalapa, cuna tambien de sus inolvidables hermanos José y Juan, el primero eminente publicista y uno de los hombres que más han protegido la instruccion en México, y el segundo, el "poeta mártir," como con tanta razon le llama la historia, aludiendo á sus hermosas composiciones y á su trágica muerte, de la cual no pudo libertarle la egida de la ciencia, ante la que debe enmudecer la exaltada voz de los partidos políticos.

Los primeros años de la vida trascurrieron para D. Francisco Diaz Covarrubias, en el lugar de su nacimiento, entre las inocentes distracciones de la infancia y los tranquilos goces del hogar; pero aquella esclarecida inteligencia necesitaba un campo más vasto en donde ejercitar su actividad, y como el ave que abandona el materno nido y tiende su majestuoso vuelo por encima de altísimas montañas, así Diaz Covarru-

bias dejó el reducido ámbito que Jalapa le ofreciera, y se dirigió á la capital de la República para buscar en las elevadas regiones de la ciencia la luz que ambicionara su espíritu investigador y profundo.

El año de 1849, la Escuela de Minería abría sus puertas para recibir en su comunión intelectual al joven neófito, que más tarde, al devolver con creces la simiente en él depositada, había de ser su legítimo orgullo y claro timbre de gloria.

Desde sus primeros pasos en la vida estudiantil, su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos, y su inteligencia robusta y precoz logró muy pronto, á pesar de los escasos elementos con que la instrucción contaba entonces, hacer rápidos progresos en el estudio de las ciencias á que se dedicara.

Al concluir su carrera el Sr. Diaz Covarrubias, tuvo que luchar con algunas dificultades emanadas de la organización que entonces tenía nuestra Escuela, cuyo principal y casi único ramo de enseñanza era la Minería, de la cual le desviaba su marcada afición á las matemáticas y la astronomía; pero vencidas estas dificultades, pudo ya dedicarse á sus estudios predilectos, y en 1854 desempeñaba con acierto las clases de Topografía, Geodesia y Astronomía.

Poco tiempo despues, el Gobierno le confirió el cargo de jefe de la Comisión nombrada para levantar la carta del Valle de México. En esa misma época obtuvo uno de sus mejores triunfos, con motivo del eclipse del 25 de Marzo de 1857, que fué declarado por algunos observadores de entonces, invisible en México, contra la predicción del Sr. Diaz Covarrubias, que en vez de contestar á sus adversarios, esperó tranquilo la

fecha mencionada; y habiéndose verificado el fenómeno, tal como aquel lo había previsto, tuvo la satisfacción de recibir los aplausos que se le prodigaron como digno intérprete de la Astronomía, que admira por la previsión, atributo de las ciencias ya constituidas y aspiración constante de las que aún se hallan en vía de formación.

Continuó el Sr. Diaz Covarrubias en este período de su vida ocupando honrosos puestos y dedicándose á útiles trabajos, tales como la publicación de la Carta hidrográfica del Valle de México, la fundación de la Sociedad Humboldt y la del Observatorio Astronómico de Chapultepec; hasta que llegó la época de la intervención francesa, durante la cual permaneció en Tamaulipas, en unión del Sr. Ingeniero Manuel Fernández Leal.

Al restablecerse la República, Diaz Covarrubias regresó de Tamaulipas, é inmediatamente fué nombrado por el Gobierno para ocupar importantes puestos, habiéndole tocado, en este período de su vida, la gloria de cooperar con los Sres. Barreda y Martínez de Castro, al establecimiento de la Escuela Nacional Preparatoria, hecho de suma trascendencia é inmensa utilidad y que fué llevado á cabo en ese momento histórico, en que se mantenía una fuerte lucha entre los antiguos métodos de enseñanza, sostenidos por la tradición y el temor á las innovaciones, y las ideas modernas que se presentaban, teniendo por apoyo los principios de las ciencias exactas y experimentales, y por objeto el preparar á las inteligencias para adquirir los conocimientos en un orden gradual y progresivo, que hace más fácil el estudio y más fructuosas las investigaciones.

En esta misma época, en que á la par que en la vida política, México entraba en una nueva éra en la vida intelectual, Diaz Covarrubias publicó algunas de sus obras y ocupó los importantes puestos de profesor de Geodesia y Astronomía, y Subsecretario de Fomento, manifestando en ellos sus grandes aptitudes y su infatigable empeño en ilustrar á sus conciudadanos, pues gracias á su espíritu progresista, comprendia que el hombre instruido no debe ser el oscuro abismo en cuyos insondables senos permanecen improductivas las codiciadas riquezas, sino el astro radiante que difunde en derredor la luz, el calor y la vida.

Al concluir el año de 1874, Diaz Covarrubias obtuvo una página más en su historia de sabio, con motivo del paso de Vénus por el disco del Sol, acontecimiento que de tarde en tarde se repite y que con tanto anhelo esperan siempre los astrónomos. Las naciones cultas de Europa y América hicieron grandes esfuerzos para observar este fenómeno astronómico en el año mencionado; México tomó parte en dicho concurso científico y nombró una Comision caracterizada por su saber, y que presidida por el sabio astrónomo, prestó á la ciencia el valioso contingente de sus conocimientos é inteligencia. La Comision depositaria de la representacion nacional, despues de atravesar las aguas del Pacífico, desembarcó en las lejanas playas del Japon, y al construir allí los observatorios de Bluff y Nogue-no-yama, enarboló en ellos el pabellon mexicano, en recuerdo de la patria ausente. Al presenciar acto tan conmovedor, los cinco miembros de la Comision mexicana deben haber sentido grata emocion al ver unidas por estrecho lazo las ideas de Ciencia y Patria, que levantan eleva-

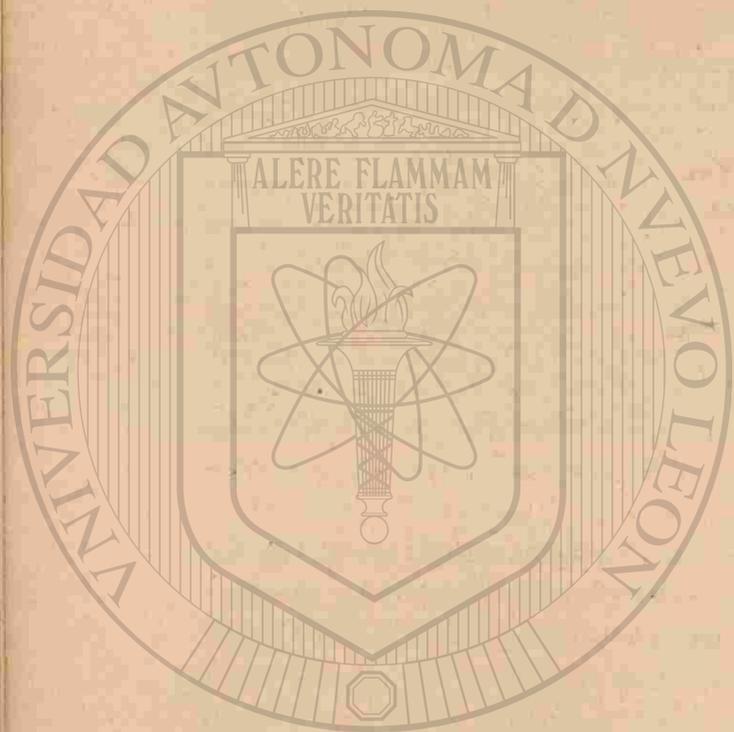
dos pensamientos en la mente del sabio y dulces afeciones en el corazon del patriota.

Despues de haber concluido sus trabajos astronómicos en el Japon y haber recibido honrosas distinciones de los habitantes de aquel Imperio, la Comision regresó á México, donde la esperaba el aplauso de sus conciudadanos.

En los años que siguieron á su regreso del Japon, el Sr. Diaz Covarrubias continuó sirviendo á su patria con un carácter ya diplomático ó ya científico, manifestando siempre la asiduidad y constancia que le distinguieron desde el principio de su brillante carrera.

Por fin, el 19 de Mayo de 1889 se extinguió la luz que iluminó tantas inteligencias; la ciudad de Paris recibió las últimas palabras del ilustre astrónomo mexicano, cuyos ojos se cerraron para siempre, sin dar el postrer adios al azul cielo de su patria; léjos de la Escuela que le inició en su carrera gloriosa, y léjos del lugar donde se encuentran los restos de sus ilustres hermanos.

Hoy los alumnos de la Escuela Especial de Ingenieros venimos á depositar las ofrendas del cariño en honor del sabio; si sobre su tumba no se levanta un suntuoso mausoleo, á semejanza de los que los pueblos de la antigüedad erigian para perpetuar la memoria de los poderosos, un monumento más grande es el que levanta la gratitud al hombre que deja tan luminosa é indeleble huella. En los momentos en que la madre Tierra sepulta su organismo inerte, la Historia recoge su nombre para inmortalizarlo y presentarlo como glorioso ejemplo á las generaciones futuras.—HE DICHO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO pronunciado por el Sr. Ingeniero D. Fernando Sáyago, en representación de los profesores de la Escuela Nacional de Ingenieros.

SEÑORES:

TENGO el honor, en nombre de los profesores de la Escuela Especial de Ingenieros, de haceros presente nuestro profundo agradecimiento por la alta honra que nos dispensáis asistiendo á la velada en memoria de uno de los hijos más ilustres de esta Escuela.

Francisco Diaz Covarrubias, recibe el último adios de tus compañeros, de tus hermanos.

Te hablo porque existes. El genio nunca muere. Vivirás siempre en la memoria de tus conciudadanos, en el corazón de tus amigos.

La conciencia se presenta bajo mil formas hermosas, vista al través del caleidoscopio de la inteligencia humana. Creen cumplir con un deber, el hotentote devorando á su víctima, el fraile quemando un cuerpo por salvar una alma; Alejandro, Atila, Napoleon, asolando pueblos enteros por ceñir coronas. Mentira.

Esos hombres no cumplen con su deber, esos hombres no tienen conciencia.

En la naturaleza, desde el león desgarrando al cordero, hasta el marido asesinando á la esposa; en todos sus séres, el fuerte ataca al débil, la nacion grande y poderosa pretende humillar á la pequeña; pero la Ciencia con su movimiento lento y progresivo, va igualando las fuerzas, y día llegará, no muy remoto por cierto, en el que un solo hombre destruya un ejército entero. Entónces, señores, la Ciencia habrá triunfado, no habrá guerras, caerán fronteras, rodarán coronas.

No son tus glorias las del conquistador, que rendido de fatiga y ébrio de júbilo, festeja sus triunfos sobre pavimentos de cadáveres. No. Tú perteneces á otra clase de hombres que no hacen uso del derecho de la fuerza, que tienen conciencia, que saben cumplir con su deber. Eres compañero de los Hidalgos y los Morelos, de los Newton y los Pasteur, mártires que derraman su sangre por la Patria amada, héroes que consagran su existencia al bienestar, al engrandecimiento de la humanidad entera.

Parece que te veo en la Cátedra cual foco luminoso, aclarando nuestras inteligencias, destruyendo nuestras dudas, pensando bien hasta en lo que no sabias, lanzándote siempre por caminos desconocidos y llegando siempre á la verdad deseada.

No se nos olvidará jamas, cuando te admiramos como el primer campeón, al lado de tu hermano el eminente sabio, el gran filósofo, Gabino Barreda, emprender aquella lucha de titanes contra mil siglos de rancias preocupaciones, y vencer, fundando el primer plantel

de las Américas, ese templo glorioso de la Ciencia, que sus hijos llamamos Escuela Nacional Preparatoria.

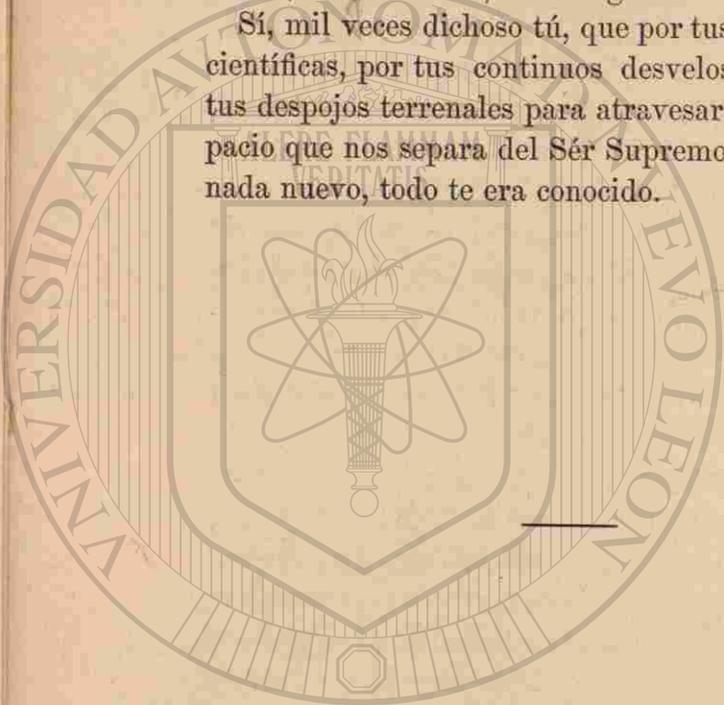
Tus obras no son vapores fugaces que se condensan en el mar del olvido. No. Ahí está tu plano del Valle de México, primera piedra, por llamarle así, de la gigantesca obra del Desagüe. Tu Topografía, tu Geodesia, tus Nuevos Métodos Astronómicos, otros tantos preciosos eslabones de la cadena de causalidad. Ahí está, sobre todo, tu Cálculo Infinitesimal en el que te encarnaste en la gran concepcion de la inteligencia humana, en el que veniste á rasgar ese velo de misterio que cubria los conceptos eminentemente abstractos de Newton, Leibnitz y Lagrange, y que convertiste en concretos, poniendo el espíritu de esa ciencia al alcance de todas las inteligencias.

No os deben extrañar, señores, estos trabajos de mi querido maestro: desde niño fué la admiracion de sus compañeros, el encanto de sus profesores; su inteligencia no se hallaba limitada á determinada facultad, sus disposiciones eran múltiples; prueba de ello, que en todas las materias obtenia siempre los primeros premios. Esta clase de cerebros, que manejan la síntesis como el análisis, que por intuicion conocen los métodos de investigacion científica, son rarísimos. A estos séres se les llama genios. Sí. Genio ilustre, reposa tranquilo. La Patria te llora; á tí que en el Japon, al frente de la Comision más sábia, más llena de honores que jamas haya nombrado México, lo colocaste á la vanguardia de las naciones más civilizadas de la culta Europa.

Dichoso tú que al nacer formaste el núcleo de una familia de séres privilegiados, en los que desde el tipo

de la hermosura, de la virtud, de la madre, hasta el mártir que exhala el último suspiro por la humanidad doliente, se hallaba condensado todo lo bello, todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande.

Sí, mil veces dichoso tú, que por tus investigaciones científicas, por tus continuos desvelos, al abandonar tus despojos terrenales para atravesar ese inmenso espacio que nos separa del Sér Supremo, no encontraste nada nuevo, todo te era conocido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO del Sr. Ingeniero D. Manuel M. Contreras, en representacion de la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos de México.

SEÑORES:

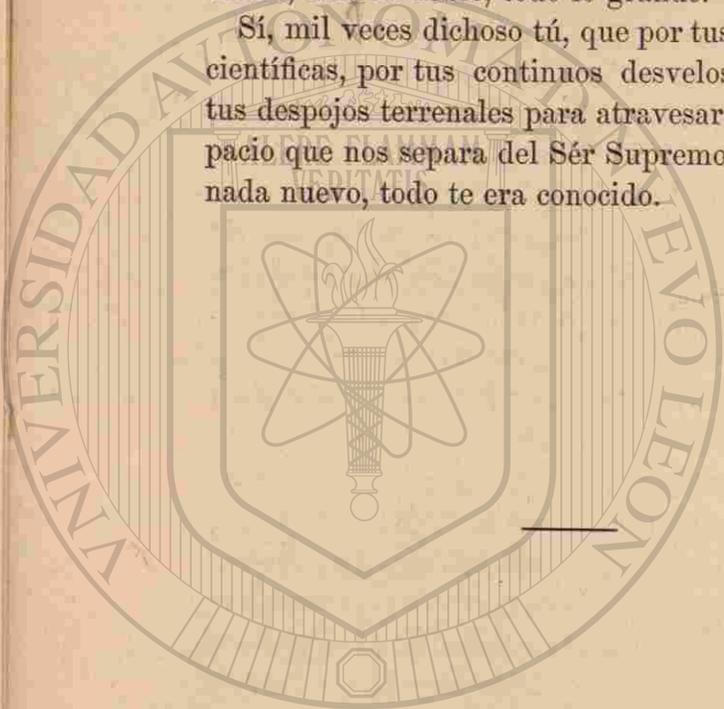
OS declaro sin rubor que no comprendo cómo podía Bossuet sentirse inspirado á la vista de un féretro, y ménos aún, cómo podía derramar á torrentes su elocuencia.

Sin duda porque yo no soy un genio, en tan duras circunstancias, sólo siento, pero ni pienso ni puedo hablar. Mi espíritu, atemorizado del presente, aparta de él la vista y la vuelve hácia el pasado; mas al contacto frio de lo que fué, el dolor que me embarga se condensa en lágrimas, y las lágrimas sofocan mi voz. Si no obstante la oís, es porque la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos, á la que tengo el honor de pertenecer, ha querido que la corona de siempreviva que destina á adornar la tumba del amigo y del compañero, fuese depositada por mi mano.

Pero D. Francisco Diaz Covarrubias era tambien amigo mio, era tambien mi compañero. Si estas pare-

de la hermosura, de la virtud, de la madre, hasta el mártir que exhala el último suspiro por la humanidad doliente, se hallaba condensado todo lo bello, todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande.

Sí, mil veces dichoso tú, que por tus investigaciones científicas, por tus continuos desvelos, al abandonar tus despojos terrenales para atravesar ese inmenso espacio que nos separa del Sér Supremo, no encontraste nada nuevo, todo te era conocido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO del Sr. Ingeniero D. Manuel M. Contreras, en representacion de la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos de México.

SEÑORES:

OS declaro sin rubor que no comprendo cómo podía Bossuet sentirse inspirado á la vista de un féretro, y ménos aún, cómo podía derramar á torrentes su elocuencia.

Sin duda porque yo no soy un genio, en tan duras circunstancias, sólo siento, pero ni pienso ni puedo hablar. Mi espíritu, atemorizado del presente, aparta de él la vista y la vuelve hácia el pasado; mas al contacto frio de lo que fué, el dolor que me embarga se condensa en lágrimas, y las lágrimas sofocan mi voz. Si no obstante la oís, es porque la Asociacion de Ingenieros y Arquitectos, á la que tengo el honor de pertenecer, ha querido que la corona de siempreviva que destina á adornar la tumba del amigo y del compañero, fuese depositada por mi mano.

Pero D. Francisco Diaz Covarrubias era tambien amigo mio, era tambien mi compañero. Si estas pare-

des, si estas bóvedas pudieran hablar, os dirian cómo se formaron, bajo los auspicios de la vida de colegio, los lazos que siempre nos unieron. Al acercarme á su tumba me siento conmovido y tiemblo; desearia infundirme ánimo para colocar muy alto y con mano segura la corona que se me ha confiado; mas si por la escasez de mis tamaños no lo consigo, perdóneme la Asociación de Ingenieros. Mi pequeñez no la empequeñece, como el punto que en el mapa celeste representa á Sirio, no disminuye los diámetros de la estrella.

Y vosotros, señores, que llorais unos al sabio, otros al maestro; que honrais su memoria con esta fúnebre ceremonia; que medís la extension del mal que su pérdida causa, porque sabeis que los hombres de dotes excepcionales no se encuentran en todo tiempo y en todas partes, sino que, semejantes al diamante, exigen condiciones muy especiales para formarse; vosotros, perdonadme tambien si el timbre de mi acento no corresponde á vuestro dolor. Perdonadme si mi pecho debilitado, en vez de sonoras alabanzas, exhala sólo gemidos.

¿Qué otra cosa puedo hacer, en verdad? ¿Qué podria deciros que no sepais? ¿Qué sentimiento inspiraros que no abrigue vuestro corazon? Don Francisco Diaz Covarrubias no es de aquellos hombres á quienes levantamos del sepulcro despues de muchos años de reposo. Al contrario; todos le habeis conocido, le habeis hablado; entre vosotros hay muchos que aún recuerdan sus lecciones; su voz resuena todavía en las salas de esta Escuela. Su compañero inseparable, su amigo íntimo, su hermano, si no por la sangre por el afecto, está á vuestro lado. Él podrá mejor que yo realzar sus mé-

ritos, referiros su vida y deciros cuán grande era el amor que el Sr. Diaz Covarrubias profesaba á su patria, á la ciencia y á la humanidad.

Por otra parte, ¿qué elogio es capaz de darle más gloria que sus obras? Recorred el catálogo que las contiene, y veréis que unas tienen por objeto la ciencia, y están dedicadas á la humanidad; otras tienen por objeto aplicaciones de la ciencia y están dedicadas á la patria. Abridlas y leed siquiera una página; veréis ¡qué claridad en la exposicion! ¡qué método tan riguroso! ¡qué concepcion tan profunda! Y si á esto se agrega que, no contento con mostrar el camino, guiaba por todo él á quien queria ó necesitaba seguirlo, se comprende que le debamos admiracion y agradecimiento y que no queramos perderlo de vista, porque al fin somos hombres, y la humanidad, como las plantas, busca siempre la luz.

Cualquiera faz de la Historia comprueba esta verdad. Cuando Egipto poseia la Biblioteca de Alejandría, cuando Grecia daba cuerpo á su sabiduría en la Minerva del Partenon, y cuando Roma producía hombres de la talla de Horacio y de Virgilio, entónces todos los pueblos eran tributarios de ellas. Aun en aquellos siglos de muerte que siguieron al desastre del Imperio romano, los hombres acogian con ansia, lo mismo los inventos que aparecian tras los muros de algun oscuro monasterio, que los que les llegaban desde las orillas del Ganges; y se agrupaban con avidez al derredor de aquellos faros que se llamaron Universidades.

Nuestra patria participó del movimiento universal; ella tambien ha querido que sus hijos fuesen capaces de figurar dignamente al lado de los más afamados re-

presentantes de la ciencia, y ha hecho en todas épocas cuanto es posible por poseer un sistema de instrucción que llene sus miras. Planes de estudios, colegios, observatorios, estaciones científicas de distintas especies, comisiones exploradoras y de observaciones, todo lo ha empleado, de todo se ha servido para la enseñanza general y para la especial de aquello que puede ser más útil y aun necesario á los mexicanos. Siempre fiel á su objeto y reconociendo que uno de los elementos de grandeza y prosperidad de México, se encontraba en el centro de sus montañas, abrió el camino para llegar hasta él, por medio del Colegio de Minería; Colegio que fué fundado por el gremio de los mineros, que fué reconstituido á fines del siglo pasado por Velázquez de Leon, Elhuyar y del Río, abandonando por primera vez en Nueva España los métodos metafísicos; que fué perfeccionado por Tornel en 1844, y Colegio que al crecer el progreso con el fierro; con el vapor y la electricidad, adelantó tambien sus columnas limítrofes y trocó en 1868 su título demasiado individual por el de Escuela Nacional de Ingenieros.

En este plantel, donde se formaron los Chovel, los del Moral, los Herrera y otros muchos que supieron corresponder á los esfuerzos de la patria, fué donde en 1849 ingresó el jóven Diaz Covarrubias. Desde los primeros meses que estuvo en el colegio, lo recuerdo muy bien, por su afable trato, por su caballeresco porte, por su gran laboriosidad, por su clara inteligencia, por la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, por su aptitud general para los cálculos, para el dibujo y para los idiomas, dió á conocer desde luego que llegaria á ser, como lo fué, buen hijo y buen padre, excelen-

te amigo, patriota fiel, notable profesor y modesto sabio.

En efecto, la carrera de este distinguido ingeniero fué brillante y siempre ascendente. Si registráis los archivos de la Escuela, en ellos encontraréis los documentos que atestiguan que obtuvo los primeros premios en sus cursos. Más de una vez, en todos los años de su carrera, en este mismo salon en que hoy nos reúne su recuerdo, se agrupaba en otro tiempo, hace ya cerca de cuarenta años, numerosa concurrencia para presenciar los *actos* públicos que sustentaba con gran lucimiento, y que desde entónces me hicieron comprender que fácilmente podria trocar su papel de alumno por el de profesor de Matemáticas, de Física, de Topografía, de Geodesia y de Astronomía, reemplazando ventajosamente á algunos de sus distinguidos maestros.

Su notoria aptitud hacia que tan pronto el Sr. Salazar Harregui quisiera llevarlo consigo á la frontera Norte á demarcar los límites entre México y los Estados Unidos, como que el Sr. Velázquez de Leon, Director del Colegio, lo detuviese para utilizar sus servicios en bien del Establecimiento; y en efecto, aun ántes de comenzar el curso de Mineralogía, fué nombrado sustituto de cátedras; nombramiento que sin hacerle perder su carácter de alumno, le dió un lugar entre los miembros de la Junta Directiva. En 1853 concluyó la carrera de ingeniero topógrafo, y al siguiente año desempeñó las cátedras de Topografía, Geodesia y Astronomía, en que reemplazó á los Sres. Teran y Salazar Harregui.

Con tan honrosos precedentes, á los 23 años de edad

fué nombrado Jefe de la Comision del Valle de México, que se organizó bajo las inspiraciones del Sr. D. Manuel Siliceo, que era Ministro de Fomento en 1856 y que comprendió la importancia, inmediata, del levantamiento de la Carta geodésico-topográfica del Valle de México para fundar un buen proyecto de desagüe y remota para el resto del país. En efecto, el Sr. Siliceo decía: "Los ingenieros que á esta labor se dediquen, se formarán sobre el terreno hábiles maestros; cuando la empresa esté concluida y publicada la obra, servirá de llamar la atencion en los Estados, será para ellos un estímulo, emprenderán los más ricos de pronto y despues los demas, trabajos análogos, y no tropezarémos entónces con la dificultad insuperable del pequeño número de ingenieros geógrafos que ahora tenemos." El Sr. Orozco y Berra, en su Memoria para la Carta hidrográfica del Valle de México, que publicó en 1864, cuando el Sr. Diaz Covarrubias estaba en Tamaulipas, al tratar de la organizacion de la Comision, dice: "Todos los ingenieros geógrafos y topógrafos eran jóvenes, entusiastas, inteligentes; algunos habian probado sus fuerzas en la Comision de límites, y la mayor parte se distinguian por alguna circunstancia particular. Diaz Covarrubias, el profundo calculador y el astrónomo entendido; Fernández Leal con el golpe de vista del topógrafo, diestro configurador de las montañas; Iglesias, sin rival para escoger los vértices de los triángulos y leer y rectificar las indicaciones de los instrumentos; Almaraz, pronto y exacto en los detalles y dibujante feliz; Peña, práctico en las operaciones de la topografía." Las operaciones de la Comision se interrumpieron en 1857 con motivo del golpe de Estado de Comon-

fort, pero se prosiguieron en 1862 para terminar la Carta hidrográfica del Valle con una Memoria que el Sr. Diaz Covarrubias presentó al Ministerio sobre la medida de la base para la triangulacion del Valle, y respecto á la cual se expresa en estos términos el Sr. Orozco y Berra: "Esta obra verdaderamente notable, que formaria la reputacion de un hombre, si el autor no hubiera ya ganado la suya, ha permanecido inédita; nosotros creieramos rebajar su mérito extractándola, y nos decidimos á insertarla íntegra para no defraudar al público el placer de leerla;" y al concluir el citado Sr. Orozco y Berra, entre otras cosas dice lo siguiente:

"Esta Memoria tocaba de derecho escribirla á nuestro buen amigo Diaz Covarrubias. En sus manos el trabajo hubiera sido perfecto, le hubiera dado desarrollos que no hemos alcanzado, aplicaciones científicas que nosotros ignoramos. Mas la guerra le ha llevado muy léjos; sabe Dios cuándo regresará, y entretanto, vale más tener una cosa mediana ó mala efectiva, que una magnífica en esperanza."

La obra de la Comision del Valle, guiada por su inteligente Jefe el Sr. Diaz Covarrubias, muy en extracto puede decirse que comprende la posicion geográfica de más de 200 puntos, y apoyándose en una base de 8,664 metros de longitud, que fué la primera que se ha medido empleando métodos geodésicos en la República, se hizo el levantamiento topográfico de una área de 3,000 kilómetros cuadrados con la más escrupulosa exactitud, determinando la altura de las montañas, la configuracion general del terreno y la situacion de los lagos, canales y torrentes, á fin de establecer las bases

necesarias para poder formar un buen proyecto para el desagüe y canalización del Valle de México.

Sin desconocer ni atenuar en lo más mínimo la importancia de los trabajos geodésicos que llevan por mira fijar la figura de la tierra, en el caso de que me ocupo, como en otros muchos, los levantamientos topográficos son de utilidad práctica más inmediata, pues una vez que se han señalado con exactitud los accidentes de un terreno, es ya fácil proyectar todo lo que en él puede hacerse. Es sabido que la obra del desagüe del Valle no sólo tiene por objeto impedir las inundaciones, sino que además de asegurar este fin, servirá para convertir en aguas corrientes las que hoy estancadas vician el aire puro y nos envenenan, y para establecer el régimen de esas aguas que son un enemigo y que se convertirán en vías de comunicación y en elementos vivificantes de la industria y de la agricultura. Los trabajos de la Comisión del Valle han servido ya y seguirán sirviendo de base para ejecutar un proyecto racional cuyos resultados, además de ser seguros, cuesten lo ménos que sea posible, y en el que las aguas interiores del Valle se utilicen dentro de él, por medio de canales, presas y acueductos. En una palabra, esta obra que proporcionará salud y prosperidad á los habitantes del Valle, y que por su magnitud rivalizará con las de los romanos, siendo comparable solamente con la de la desecación del lago Fuchino, ha encontrado su punto de apoyo en los trabajos de esa Comisión de jóvenes inteligentes y entusiastas que en 1856 fueron guiados por el Ingeniero á quien hoy lloramos: por esto me atrevo, arrogándome una representación que no tengo, pero que sé no se me negaría, á

dar gracias á nombre de la ciudad entera y á nombre mio, al Sr. Diaz Covarrubias, al Sr. Fernández Leal y á los demas miembros de esa Comisión por haber establecido los datos para la mejor y más económica ejecución de una obra que proporcionará, lo repito, salud á los habitantes del Valle de México, lustre á la patria, y que servirá también, según lo espero, para mantener vivo un sentimiento de gratitud y de admiración entre los mexicanos y los hombres de ciencia hácia todos los que de cualquiera manera han trabajado en bien de la humanidad.

En el año de 1861, con sus compañeros de la Comisión del Valle y con médicos del valer de Jiménez, de Hidalgo Carpio y de Barreda, fundó la Sociedad Humboldt, en la que unas veces como presidente, otras como secretario y siempre como miembro activo, cooperó al cultivo de las ciencias el Sr. Diaz Covarrubias.

Al finalizar el año de 1862 fué nombrado Director del Observatorio Astronómico de Chapultepec; pero como las circunstancias no permitian emprender gastos, no se le asignó sueldo alguno, y apenas si se le suministró una cortísima cantidad para las construcciones más indispensables; aceptó sin embargo, porque el deseo de servir á su patria y su amor á la ciencia, eran muy superiores á su interés, y pronto quedó establecido el Observatorio con los instrumentos más precisos y sin más ayudante que nuestro simpático y distinguido consocio D. Agustín Barroso, que ya también sucumbió. Los trabajos del Observatorio Astronómico han quedado, por desgracia, inéditos, pero es fuera de duda que en este período fué cuando el Sr. Diaz Covarrubias maduró su tratado de Astronomía

que, bajo el título de "*Nuevos métodos astronómicos*," publicó en 1867, pero cuyos gérmenes comenzó á darnoslos á conocer desde que era alumno, y en los que al lado de procedimientos antiguos constan otros de su invención que puso en práctica en la Comisión del Valle.

No obstante que las funciones puramente científicas que el Sr. Díaz Covarrubias desempeñaba cerca del Gobierno nacional no le imprimían carácter político, por sus sentimientos patrióticos consideró de su deber abandonar la capital en Mayo de 1863 y acompañar al Sr. Juárez cuando salió para San Luis Potosí, para no vivir bajo la administración extranjera. En esa ciudad recibió el encargo de reconocer el camino de Tampico, y en su Informe, que se publicó en la Memoria de Fomento de 1868, se revela que en esos reconocimientos ligeros y superficiales, en los que faltan elementos, y el tiempo de que se dispone es reducido, es en los que precisamente importa más que el Ingeniero sea competente y sagaz. Como las circunstancias del país obligaron al Gobierno á desprenderse hasta de sus más adictos partidarios, el Sr. Díaz Covarrubias, en unión de su inseparable amigo el Sr. Fernández Leal, se dirigió á Tamaulipas, donde se procuró la subsistencia cultivando la fotografía y dedicándose á la medición de terrenos, pero sin reconocer ni indirectamente al Gobierno que, de hecho y por la fuerza de las armas, dominaba el país; pero aun en estas condiciones, en las que estuvo obligado á desempeñar trabajos topográficos para poder subsistir, aun en medio de la lucha por la vida, la Ciencia y la Patria estaban presentes á su vista, y allí concibió y comenzó á coordinar

los elementos que más tarde constituyeron su "*Tratado de Topografía, Geodesia y Astronomía*."

La "Topografía" del Sr. Díaz Covarrubias tiene desde luego el indiscutible mérito de ser la *única* obra didáctica en su género, adecuada para las condiciones de la República, que exigen procedimientos más exactos que los descritos en los tratados europeos, en razón de la vasta extensión territorial del país y de su poca población, lo que produce que se hallen acumuladas en pocas manos grandes propiedades.

Es un curso completo en el que se encuentran tratados con *unidad y método*, todos los procedimientos, sea gráficos, sea analíticos, de que se sirve el topógrafo, y desde los más rigurosos hasta los menos exactos, de tal manera, que no hay necesidad de recurrir á ningún otro libro de su especie para conocer en detalle alguno de sus asuntos.

Al exponer cada una de sus doctrinas, presenta el autor su aplicación práctica y la ilustra con numerosos ejemplos, sacados de operaciones ejecutadas por él mismo, y que dan más alta idea de los numerosísimos trabajos que desempeñó.

La descripción de los instrumentos y de su manejo está expuesta con gran claridad, y revela el profundo conocimiento que de ellos tuvo el Sr. Díaz Covarrubias y lo muy familiares que le fueron.

"No hay malos instrumentos; lo que hay son malos observadores," decía, en el prólogo de sus "*Nuevos métodos astronómicos*," y este principio lo demuestra continuamente en su "Topografía," por el partido que sabe sacar hasta de los modelos defectuosos, y por los medios que enseña para improvisar instrumentos con

escasísimos elementos. Respecto á instrumentos, es de notarse el racional estudio que de ellos hace, señalando las ventajas ó inconvenientes de cada uno, y precisando el grado de exactitud de que es susceptible.

Puede asegurarse que el autor agotó la materia tal como se conocía en el tiempo en que escribió su libro.

En la Planimetría se ocupa desde el método general de triangulación, hasta los reconocimientos militares, exploraciones rápidas y planimetría aproximativa, exponiendo, en una forma verdaderamente didáctica, todas las diferentes partes que constituyen esta primera y fundamental parte de la Topografía.

En la Agrimensura describe los procedimientos gráficos y analíticos, plantea el difícil problema del perito valuador, da reglas para llenar su cometido, y termina con verdadera novedad haciendo un interesante estudio de la influencia que tienen en la determinación de las superficies, los errores cometidos en las medidas de las líneas y de los ángulos, de que dichas superficies dependen.

Con el nombre de "*Agrodesia*," palabra introducida por él en la "*Topografía*," desarrolla las aplicaciones de la planimetría y de la agrimensura, para la división de terrenos en partes desiguales que guarden entre sí una relación cualquiera, casos tan frecuentes para el perito encargado de hacer una partición entre herederos. Elevándose siempre de lo más fácil y general á lo más difícil y concreto, enseña primero la división de las figuras elementales, y concluye ocupándose de polígonos cualesquiera.

En la nivelación se aparta de la hipótesis fundamental de la Topografía, puesto que tiene en cuenta

que las verticales no son líneas paralelas entre sí, y aborda los problemas respectivos tomando en consideración las conexiones por la esfericidad de la tierra y por la refracción. Animado siempre con el deseo de dotar á los alumnos con numerosos métodos para que los apliquen según las circunstancias y los medios de que se disponga, expone desde la nivelación topográfica que es la más exacta, hasta la termo-barométrica.

La Topografía presenta mucho de nuevo y de verdadera originalidad; casi todos los desarrollos matemáticos son propios del Sr. Díaz Covarrubias, y llevan el carácter de la facilidad sorprendente que tenía para transformaciones en los cálculos siempre felices, ya simplificándolos, ya presentándolos bajo una forma sencilla para su discusión.

En la segunda edición de su obra desarrolla y demuestra nuevas propiedades de los triángulos que utiliza para fundar procedimientos con los que de una pequeña base medida directamente, puede deducirse otra de longitud más considerable, y en esas propiedades funda cuatro ó cinco procedimientos nuevos. El problema de reducción al centro de estación lo resuelve sirviéndose de fórmulas propias; el de la situación de un punto por tres vértices lo trata de diferentes maneras; para el cálculo de la triangulación, da otro método propio que sirve para corregir los cálculos preliminares de la cadena trigonométrica. Desarrolla el cálculo de las coordenadas de los vértices con claridad, y en todo su libro lo recomienda con las numerosas aplicaciones que de él sigue haciendo, demostrando su utilidad.

Atendiendo á que en nuestro vasto territorio pueden presentarse casos al topógrafo en los que sea indispensable llevar en cuenta la convergencia de los meridianos terrestres, se sirve de procedimientos sencillos para deducir la correccion de las coordenadas de la cadena que se extienda de Oriente á Poniente.

Al ocuparse de las modificaciones que se han hecho al método general de triangulacion, supera á los autores de esas modificaciones, como sucede por ejemplo con respecto al método del geómetra Beuvière, puesto que la resolucion analítica que ofrece el Sr. Covarrubias es muy superior al procedimiento de aquel sabio.

Basta hojear su tratado para encontrarse á cada paso con asuntos que presentan novedad, y largo seria enumerarlos aquí.

En otro orden de ideas, tiene el Sr. Covarrubias el mérito de haber dejado planteadas cuestiones importantísimas, como el cálculo de las tolerancias entre las diferentes determinaciones de varios peritos, y el estudio de los coeficientes de los errores de los instrumentos angulares y lineales.

Por último, es un libro tan completo, que hasta el dibujante encuentra en él utilísimas indicaciones relativas á la formacion del plano y á las convenciones adoptadas para la representacion de los accidentes del terreno.

Y para completarlo y darle claridad, no ha desdeñado el Sr. Diaz Covarrubias descender á las nociones más elementales, cuando ha sido necesario, como puede verse en la Agrimensura, pues en ella trata de la conversion de las medidas de un sistema á otro. Y con

iguales móviles ha llenado su libro de útiles tablas y numerosos modelos de registro y de cálculo.

Con razon se ha calificado la Topografía como la obra maestra que produjo el insigne Ingeniero. Ha sido un modelo y lo seguirá siendo por mucho tiempo.

Todas las ciencias adelantan y conquistan nuevos progresos, pero trascurrirán muchos años para que sea necesario sustituir esta Topografía en nuestros colegios, bastando por mucho tiempo adiccionarla con algunos de los métodos modernos, que encontrarán siempre sólidos fundamentos en sus doctrinas.

Se ve que su obra ha sido escrita sobre el terreno, de tal manera, que podria referirse cada capítulo á la operacion topográfica que ejecutaba el autor cuando la concibió, y con su genio analítico inculca la importante idea de discutir en el gabinete los datos recogidos en el terreno, para utilizarlos de la mejor manera.

En su Geodesia y Astronomía puede decirse que las teorías están expuestas con rigor y claridad, lo que prueba la fácil concepcion del autor, que procuró enseñar lo que pudiera tener aplicacion en el país y fuera útil á su patria. En la Geodesia hay algunas fórmulas desarrolladas por él, bajo formas nuevas; pero en Astronomía hay mucho original que demuestra su talento y su instruccion, como lo es su método para determinar la hora por alturas iguales de dos estrellas, que es aplicable con grandes ventajas cuando se trabaja con instrumentos de poca precision angular, ó sin instrumentos meteorológicos, de lo que puede hacerse abstraccion, sin que los resultados sean inferiores á los otros procedimientos calificados de buenos.

Por lo demas, los esfuerzos del Sr. Diaz Covarru-

bias han sido coronados del mayor éxito, pues con la lectura y con el estudio de sus tratados de Topografía, Geodesia y Astronomía, se han formado un número considerable de jóvenes que han sido útiles á nuestra patria.

Hay otra obra escrita por mi querido compañero, que ha sido tambien en extremo provechosa para la enseñanza; quiero hablar de sus "*Elementos de análisis trascendente*," que publicó en 1873, para llenar el vacío que habia de obras de texto en la Escuela Nacional Preparatoria, en la que era Profesor de Matemáticas el Sr. Diaz Covarrubias, y con el fin de facilitar á los alumnos el estudio de la materia, asignando, como el autor lo dice, al análisis un fundamento más accesible, más claro, más francamente derivado de consideraciones concretas, procurando despojarlo de ese ropaje misterioso y fantástico de que lo revisten las concepciones de magnitudes infinitesimales ó evanescentes, y presentando el análisis como la expresion de un gran artificio lógico de nuestro espíritu, cuyo objeto es el de vencer, por medios auxiliares é indirectos, las dificultades con que no podria luchar si se intentara atacarlas directamente. Si la base ideada por el Sr. Diaz Covarrubias no ha satisfecho á todos los antiguos Profesores, el hecho es que con su obra se ha facilitado el estudio de la materia, que satisface las condiciones de una obra didáctica y que está escrita con concision, con orden y claridad, presentando tipos correctos de cálculo y elegantes ejemplos.

El saber y la inteligencia del Sr. Diaz Covarrubias han producido otros estudios ménos extensos, pero que á semejanza de los arbotantes de las catedrales góticas,

sirven para sostener el edificio principal. Tal es el que lleva por título: "*Investigaciones relativas á la influencia del calor solar sobre la figura general de la tierra*," que publicó en Paris y que llamó la atencion de los científicos, tanto por el asunto cuanto por la manera de tratarlo.

Tal es tambien el "Método para determinar la latitud por observaciones azimutales," que tiene el mérito de dar excelentes resultados y de eliminar los errores instrumentales. A propósito de este Método, debo referiros algo de su historia. Fué redactado durante el viaje entre América y Asia, que emprendia el Sr. Diaz Covarrubias para ir como Jefe de la Comision Mexicana á observar el paso de Vénus. Quizá para tener un motivo más de recordar la patria ausente, ó como muestra de agradecimiento por la representacion que se le habia conferido, proponia que si llegaba á tener aceptacion su procedimiento entre los astrónomos, se le denominase "Método mexicano." Durante la observacion, tuvo el éxito que de él se esperaba, y mereció el honor de que el Gobierno del Japon obsequiase al Sr. Diaz Covarrubias con una traduccion de su Método en japonés.

Tal es, en fin, su "Método para la determinacion de la hora por alturas iguales," que valió á su autor un notable homenaje. El Sr. Diaz Covarrubias, durante su permanencia en el Japon, habia entablado relaciones de amistad con el Sr. Struve, Ministro Plenipotenciario de Rusia y hermano del Director del Observatorio de Pulkowa. El distinguido diplomático era tambien dado á la Astronomía, é hizo observaciones privadas sobre el paso de Vénus. Reconoció en el Sr. Diaz

Covarrubias un observador de primer orden, y para corresponder las atenciones que habia recibido de la Comision Mexicana, le remitió á su hermano las obras del Sr. Diaz Covarrubias, recomendádoselo para el caso de que llegara á ir á Rusia; así es que cuando el Director del Observatorio de Pulkowa encontró al Sr. Diaz Covarrubias entre los miembros del Congreso de Estadística, celebrado en Paris en 1875, lo obsequió con una obra de Astronomía, diciéndole: "En este libro encontraréis el método de alturas iguales para la determinacion de la hora, pero la prioridad os pertenece."

A esta distincion, el célebre astrónomo ruso agregó la de proponer al Sr. Diaz Covarrubias y que fuese recibido como miembro del "Congreso de astrónomos del Norte." Se le recibió, en efecto, y de una manera tan cordial, que uno de los astrónomos de Austria se dirigió á él y le dijo: "Con los astrónomos de Alemania, me he olvidado de Sadowa; con vos, me olvido de Querétaro." La patria de los hombres científicos es el mundo.

Extraordinario nos parecería que el Sr. Diaz Covarrubias haya sido admitido en el "Congreso de astrónomos del Norte," si no nos hubiésemos acostumbrado á saber que en todas partes y por hombres notables de todas las naciones, se le tributaban honores y se reconocia su mérito: en el Congreso de electricistas celebrado en Paris; en el de Geografía en Venecia; en la Conferencia sobre ferrocarriles en Milan; en la Asociacion Geodésica Internacional en Austria, y muy especialmente en diversos Observatorios de España y en el Congreso de meteorologistas en Biarritz. Nuestra

antigua metrópoli, como madre al fin, recibe siempre con amor á los hijos que el destino inevitable arrancó de su regazo.

A principios de 1875, y en cumplimiento de las órdenes del Gobierno, publicó el Sr. Diaz Covarrubias, á su paso por Paris, los resultados de sus observaciones del tránsito del planeta Vénus por el disco del Sol en 8 de Diciembre de 1874, que hizo auxiliado de los Sres. Jiménez, Fernández, Barroso y Búlnes, con el fin de que fueran tomados en consideracion al calcular de nuevo el módulo de nuestro sistema planetario, la paralaje solar.

Exponiéndome á fatigaros, tengo que hablaros de otro servicio eminente que debemos al Sr. Diaz Covarrubias.

Al organizarse de nuevo en 1867 el Gobierno nacional, y siendo Ministro de Justicia é Instruccion Pública el Sr. Martínez de Castro, se trató de reformar el sistema de enseñanza y educacion, reforma no sólo útil sino indispensable y que encontraba sancion en los hechos. En efecto, el éxito ha dependido siempre de la excelencia del método.

La civilizacion árabe pasó como un meteoro, porque los trabajos de su ciencia y el conjunto de sus doctrinas filosóficas no se apoyaban sobre un método sólido, puesto que en gran parte era empírico. La Edad Média vino á tierra porque es imposible deducir verdades útiles de fórmulas imaginadas: de la influencia que los planetas ejercen sobre el destino del hombre, la Escolástica entera no deduciria las leyes de Kepler. Por el contrario, los tiempos que han seguido á Bacon, á Galileo y á todos los fundadores del método cientí-

fico, han sido fecundísimos en toda clase de verdades que han enriquecido la ciencia, hecho posible la industria y promovido el engrandecimiento de las naciones. En nuestra patria ¿qué habia? Métodos defectuosos é instruccion insuficiente. No era posible, aun suponiendo inteligentes á los alumnos, que en semejante medio produjesen algo útil; la chispa eléctrica no brota en el vacío. Nada de esto ignoraba el Sr. Diaz Covarrubias; de manera que cuando el Gobierno le confirió la mision de cooperar á la reforma del plan de estudios, apoyó con todas sus fuerzas el nuevo proyecto y lo secundó no sólo en su concepcion, sino en su aplicacion, puesto que aceptó la cátedra de Matemáticas en la Escuela Nacional Preparatoria y escribió obras que aún en el momento en que os hablo se siguen como textos.

Para concluir os citaré algunos hechos más que revelan siempre la ciencia y el carácter del Sr. Diaz Covarrubias.

Durante sus trabajos como Jefe de la Comision del Valle, rectificó las coordenadas geográficas de México determinadas ántes por el ilustre Baron de Humboldt, y valiéndose de señales telegráficas, obtuvo en 1869 la diferencia de longitudes entre Puebla y esta capital. En 1856 calculó un eclipse, resultando de sus cálculos que seria visible en México, siendo así que segun otros calculadores seria invisible. Se suscitó terrible discusion, que los astros decidieron, en presencia de todos, en favor del Sr. Diaz Covarrubias.

En la travesía entre San Francisco de California y el Japon, enseñó al capitan del buque que lo conducía su método de alturas de la Luna para determinar la longitud, que el marino, hombre práctico é inteligen-

te, encontró muy bueno. Esta conducta sencillísima en apariéncia, nos indica que el Sr. Diaz Covarrubias comprendia perfectamente que el carácter principal de la ciencia es el de ser universal, y que consecuente con su opinion, trataba siempre de difundirla. Otro hecho comprueba esta verdad. Una vez instalada la Comision mexicana en el Japon, el Sr. Diaz Covarrubias manifestó al Gobierno de ese país que podia enviar á los alumnos de sus escuelas á observar el paso de Vénus en las estaciones mexicanas. A tan franco ofrecimiento el Gobierno del Japon dió la única respuesta que debia dar; envió los alumnos. Pero no contento con esto, y agradecido al Sr. Diaz Covarrubias, le suplicó visitase el Observatorio y estudiase la organizacion de una Comision encargada de levantar la Carta geográfica del Japon, haciendo al Gobierno las observaciones que creyera oportunas. El Sr. Diaz Covarrubias sirvió con gusto y eficacia al Gobierno en lo que le pedia, y éste aprobó y aun mandó ejecutar muchas de las ideas que le dió.

Resumiendo: los títulos que el Sr. Diaz Covarrubias tiene ante sus conciudadanos, son: que como alumno, supo aprovecharse de las lecciones de sus maestros y correspondió á las miras del Gobierno y de los fundadores del Colegio de Minería; que no se conformó con la instruccion que aquí adquirió, sino que con su talento y dedicacion la mejoró en Matemáticas, en Física, en Astronomía y en Geodesia; que se dedicó á la Astronomía, y ayudado de sus dotes, produjo métodos nuevos; que fué un hábil observador y un correcto calculador; que buscó para el cálculo trascendente bases racionales y fáciles de percibir; que en sus tratados de

Topografía, Geodesia y Astronomía introdujo métodos para procurar aprovechar en el campo malos instrumentos, y en el gabinete discutir los datos de observación para utilizarlos con ventaja; que nunca, ni aun en su propia casa, dejó de ejecutar observaciones astronómicas y de hacer aplicaciones útiles de las Matemáticas á la Astronomía y de ésta á la Geografía; que difundió la ciencia; no sólo como catedrático, donde quiera que encontró oportunidad; que amó á su patria y supo hacer que en el extranjero se la considerara como parte integrante del mundo civilizado.

La humanidad en todo tiempo ha honrado á sus bienhechores; á los que por sus métodos la han enseñado á razonar; á los que con sus obras han deleitado su vista y sus oídos; á los que la han vestido; á los que la han alimentado; á todos aquellos, en fin, que de cualquiera manera la han hecho grande ó feliz. Nosotros como mexicanos debemos honrar al que hizo ver al extranjero que en nuestra patria hay hombres capaces de obrar lo mismo que proceden los más famosos europeos. La nación entera debe estarle agradecida. Los pueblos se han disputado siempre la cuna de los hombres notables, porque ellos irradian sobre su patria la luz de su inteligencia y la hacen brillar entre el resto de las naciones.

Honremos, sí, al que ha hecho avanzar la ciencia; al que nos ha legado sus obras. El siglo que ha arrojado el frío de los polos y el calor de los trópicos, que ha unido y separado los continentes, que ha escalado las mayores alturas y descendido al fondo de los mares, y ha tomado posesión del aire, todo en bien de la humanidad, por medio de la ciencia y del método, merece

que se le llame el siglo de la "Idea," y todo el que se consagre á ella es acreedor á nuestros homenajes. Y la prueba la teneis ante vosotros. ¡Ved á esa juventud, á cuyo noble y generoso esfuerzo debemos el estar aquí reunidos! Ella es la representante de una época, la encarnación del espíritu del siglo, y ella ha sido la primera en honrar la memoria del sabio que llenó el alto deber de enseñar la ciencia que él adquirió. Si le preguntáseis qué inscripción deberá grabarse en el sepulcro del Sr. Diaz Covarrubias, estoy cierto de que os diria: "Grabad esta sencillísima: *Ingeniero Geógrafo Francisco Diaz Covarrubias, autor y profesor.*" Y en efecto, ninguna es más elocuente, ninguna puede expresar más, ni ser de más estima á cualquiera que conozca el carácter de la era en que vivimos, que esa inscripción que contiene el principio de la difusión de la ciencia, eje del mundo moderno. Tan corto epitafio salvará del olvido al que sepa merecerlo; porque la ciencia no muere ni deja perderse el nombre del que se entrega á ella. Sobre cada uno de los fenómenos cuyo conjunto la forma, desde el punto geométrico hasta la dislocación de los cielos, escribe el nombre del que lo estudió, y el universo conserva estos caracteres: por eso vemos el de Leibnitz en los infinitamente pequeños; en la Via-Láctea la cifra inmensa del de Herschell; el de Newton en esa cadena invisible que une los mundos á los mundos y que se llama ley de gravitación; y por eso también veremos siempre en las direcciones tangenciales y en las redes de triángulos con que cubramos el cielo y la tierra, el del Sr. Diaz Covarrubias.

Cese, pues, nuestro llanto. Nuestro amigo no ha muerto completamente; vive y vivirá siempre en sus

obras. Cuando la Patria reciba en su seno su cadáver, su cuerpo habrá desaparecido, pero su memoria quedará en pié, porque si el hombre muere, el pensamiento es eterno.—HE DICHO.

Tenemos el sentimiento de no poder insertar el discurso del Sr. Rivera Cambas, porque á pesar de nuestras reiteradas instancias no lo-gramos obtenerlo.

La Comision.

DISCURSO

Que en la sesión extraordinaria, celebrada el 31 de Diciembre de 1889 con asistencia del Sr. Presidente de la República por la Sociedad de Geografía y Estadística, en conmemoración del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, leyó D. José María Vigil en nombre de dicha Sociedad.

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

El ejemplo que en estos momentos ofrece la Sociedad de Geografía y Estadística es de altísima significación, porque expresa de una manera elocuente á la par que sencilla, el homenaje respetuoso y de justicia merecido á uno de esos mexicanos ilustres, cuya vida entera se consagra á enriquecer la literatura patria. La obra del sabio, pacientemente elaborada en la soledad y en el silencio, tiene el privilegio de escapar á las injurias del tiempo; de sobrevivir á la ruina de los más florecientes imperios; de seguir hablando á las generaciones futuras una lengua que nunca muere, y de prolongar por serie indefinida de siglos, su benéfica cooperación en el perfeccionamiento de las sociedades humanas. Nada puede haber por lo mismo, más noble y más legítimo, que el culto tributado á la memoria de los hombres beneméritos, que afrontando con valor las adversidades de su destino, sobreponiéndose á las imperiosas exigencias de la vida real, sólo obedecen á una necesidad irresistible de su alma: la de atesorar la ciencia para prodigarla luego en provecho de sus semejantes.

Estas consideraciones, enunciadas de una manera abstracta, aparecen más sensibles cuando las aplicamos á nuestra patria; porque circunstancias especiales dan mayor realce á las labores intelectuales que en su beneficio se efectúan. Tesoros de inagotable riqueza, tanto en el orden físico como en el moral, nos rodean por todas partes; pero tesoros ocultos, desconocidos de la multitud, que los huella inconscien-

obras. Cuando la Patria reciba en su seno su cadáver, su cuerpo habrá desaparecido, pero su memoria quedará en pié, porque si el hombre muere, el pensamiento es eterno.—HE DICHO.

Tenemos el sentimiento de no poder insertar el discurso del Sr. Rivera Cambas, porque á pesar de nuestras reiteradas instancias no lo-gramos obtenerlo.

La Comision.

DISCURSO

Que en la sesión extraordinaria, celebrada el 31 de Diciembre de 1889 con asistencia del Sr. Presidente de la República por la Sociedad de Geografía y Estadística, en conmemoración del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, leyó D. José María Vigil en nombre de dicha Sociedad.

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

El ejemplo que en estos momentos ofrece la Sociedad de Geografía y Estadística es de altísima significación, porque expresa de una manera elocuente á la par que sencilla, el homenaje respetuoso y de justicia merecido á uno de esos mexicanos ilustres, cuya vida entera se consagra á enriquecer la literatura patria. La obra del sabio, pacientemente elaborada en la soledad y en el silencio, tiene el privilegio de escapar á las injurias del tiempo; de sobrevivir á la ruina de los más florecientes imperios; de seguir hablando á las generaciones futuras una lengua que nunca muere, y de prolongar por serie indefinida de siglos, su benéfica cooperación en el perfeccionamiento de las sociedades humanas. Nada puede haber por lo mismo, más noble y más legítimo, que el culto tributado á la memoria de los hombres beneméritos, que afrontando con valor las adversidades de su destino, sobreponiéndose á las imperiosas exigencias de la vida real, sólo obedecen á una necesidad irresistible de su alma: la de atesorar la ciencia para prodigarla luego en provecho de sus semejantes.

Estas consideraciones, enunciadas de una manera abstracta, aparecen más sensibles cuando las aplicamos á nuestra patria; porque circunstancias especiales dan mayor realce á las labores intelectuales que en su beneficio se efectúan. Tesoros de inagotable riqueza, tanto en el orden físico como en el moral, nos rodean por todas partes; pero tesoros ocultos, desconocidos de la multitud, que los huella inconscien-

nola. Abundantísimos fueron los materiales que tuvo á su disposición para llevar á cabo obra tan importante; pero esa misma abundancia dificultaba la empresa, pues en medio de tal copia de documentos había que proceder á un trabajo de selección prudente y rigurosa, para fijar con exactitud los hechos y resolver acertadamente las cuestiones que han dividido á nuestros primitivos historiadores. Ya en el siglo pasado, el sabio Clavijero había emprendido un ensayo de crítica, con el fin de determinar el puesto que de justicia merece cada uno de los escritores que nos transmitieron el fruto de sus investigaciones históricas. Más afortunado nuestro Orozco y Berra, pudo proceder con mejor éxito, no sólo porque tuvo á su disposición todo lo que de un siglo acá ha producido la erudición moderna, sino porque su espíritu al recorrer una esfera mucho más extensa, se sintió con plena libertad para emitir sus juicios, sin miedo á las trabas que contuvieron en estrechos límites al ilustre jesuita.

Había, sin embargo, una cosa que le mantenía en continua reserva, y era esa timidez, esa desconfianza de sí mismo, que caracteriza al escritor concienzudo y en que estriba su principal mérito, pues al sentir la magnitud del peso que ha echado sobre sus hombros, flaquean sus fuerzas, y se previene contra toda sugestión personal, como tentación peligrosa capaz de desviarle de la recta vía que se propone seguir. Cuál haya sido esa vía, él mismo lo declara con su genial modestia, cuando refiriéndose á los historiadores que le precedieron, dice: "Generalmente hablando, divídense éstos en dos opuestas banderías. Los unos, preocupados por el amor de raza, por el respeto á la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían, ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos. Los otros, igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía, sublimando más de lo merecido á los indígenas y derribando de sus pedestales á los españoles. Entrambos juicios me parecen erróneos, por tocar en lo absoluto. Apartándome de estos extremos, he procurado buscar la verdad y la justicia: acaso yo también incurra en la censura porque me preocupe en favor de persona, hecho ó idea; que ningún hombre puede alcanzar la perfección en la rectitud del juicio y lo inflexible de la voluntad para ser imparcial."

He aquí al filósofo, que siguiendo el consejo de Bacon, pone á su razón plomo en vez de alas para mantenerse cuanto es posible cerca de la realidad, y no remontarse á los espacios imaginarios, de donde baja en seguida para dar sus propias lucubraciones como frutos sazonados de la investigación científica.

En el pasaje citado señala el Sr. Orozco y Berra de una manera clara y sencilla los obstáculos que embarazan los pasos del historiador de México. ¿Qué más lejos de nuestras ideas y de nuestras costumbres que las costumbres y las ideas de los antiguos pobladores del Anáhuac? ¿Qué hecho más depurado, más analizado y menos ligado con intereses y pasiones actuales que la conquista? Parecería pues, que esas épocas, esos acontecimientos quedaron exclusivamente bajo el dominio de la especulación filosófica, sin que nada fuese á turbar las olímpicas labores de una razón serena. No es así, sin embargo. Y esto se comprende. La historia de un pueblo puede dividirse en periodos perfectamente distintos; pero esa división no significa solución de continuidad en la vida del mismo pueblo. La sociedad actual tiene sus raíces más allá todavía que en la dominación española; el orden de cosas creado por ésta dió origen á un conflicto, que hasta nosotros se extiende, con el orden de cosas que existía antes de la conquista. Las manifestaciones han cambiado de forma; la polémica se ha elevado; el teatro de los debates se ha engrandecido; pero el conflicto subsiste, y por consiguiente las pasiones que su energía despierta.

La mayor ó menor estimación del grado de adelantamiento en que se hallaban las naciones antiguas, disminuye ó aumenta el valor moral de la conquista; y el juicio favorable ó adverso que se forme sobre el régimen colonial, rebaja ó enaltece la obra de la insurrección, y por ende los sucesos posteriores á la independencia. Esto explica el acaloramiento que suscita la discusión sobre cualquier punto de nuestra historia. Los pueblos, por otra parte, son más sensibles al mal que al bien, y propenden á concretar en determinadas instituciones ó en determinadas clases el origen de infortunios que han dejado en su memoria dolorosas huellas. Obedeciendo los sentimientos á la ley del contagio, la posición subordinada, á que quedaron reducidos los hijos de los dominadores, creó un lazo de simpatía con las razas dominadas, y esa simpatía fué el resorte más poderoso de la revolución que colocó á México en la categoría de las naciones soberanas. Verificada la independencia, rotos los lazos políticos que nos ligaban con la Eu-

te, y pasa adelante sin saber utilizarlos para avanzar con paso seguro por la senda de la civilización; así es que el hombre, que sacudiendo la indiferencia general consagra su vida á investigaciones trascendentales en alguno de los infinitos departamentos que constituyen el dominio de la ciencia, logra conquistar cierto número de verdades, sin tener en perspectiva más recompensa que las manifestaciones de una gratitud póstuma, merece sin duda alguna, esa veneración particular que todos los pueblos han tributado siempre al genio enaltecido con la refulgente aureola del martirio.

El conocimiento de la propia historia es quizás lo que más importa á las naciones, pues no es otra cosa que la aplicación colectiva de la máxima más elevada de la antigua filosofía: Conócete á tí mismo. Ese conocimiento, constituido por la experiencia acumulada, y suficientemente discernida durante el curso de muchas generaciones, es no sólo un juicio del pasado, sino una norma del presente y un preservativo del porvenir. Los sucesos prósperos ó adversos allí contenidos; las épocas de gloria y decadencia, de prosperidad y abatimiento, muestran con la elocuencia severa de los hechos mismos, preciosas enseñanzas que con nada pueden suplirse; porque en el estudio del mundo real hay que fundar el conocimiento del mundo real.

Desgraciadamente ninguno de los ramos del saber humano es tal vez más accesible al error que la historia. La esencia inagotable de los hechos, su complejidad infinita, desafían el más acucioso análisis; el observador más imparcial es impotente para contemplar cara á cara la realidad pura. No es su espíritu la placa inconsciente del daguerreotipo, que reproduce con fidelidad automática la imagen del objeto que se le presenta; sino que semejante á la abeja elabora los elementos que recoge para darles con su propia sustancia nueva forma; es, en suma, el sér inteligente que identifica con el objeto observado sus estados de conciencia para convertirlos en seguida, por una acción refleja, en materia de su juicio.

De aquí proceden las diversas corrientes de ideas que dan origen á las diversas escuelas históricas. El filósofo es incapaz de sustraerse á las multiplicadas influencias del medio que le rodea. Bajo las tranquilas esferas en que reina la razón como soberana, existen fibras delicadísimas, que se agitan al más leve contacto, y cuyas vibraciones van á perturbar el silencio de la meditación científica. La pasión toma entonces el carácter de celo por la verdad; la idea se reviste con

los colores que la sensibilidad le presta; la fantasía da vida y movimiento á la imagen así informada, y la palabra termina por vaciar en molde fijo la creación artística, que pasa en seguida á ocupar su sitio en la inacabable galería de la historia.

¿Deducirémos de aquí la imposibilidad absoluta de producir una obra histórica fidedigna? ¿Darémos cabida á las frías sugerencias del escepticismo para establecer con un célebre escritor que la historia no es más que el arte de escoger entre varias cosas falsas la que más se parece á la verdad? De ninguna manera. Lo que sí puede decirse es que no se debe exigir de la historia más de lo que la historia puede dar; que el intento de eliminar ó de suprimir la individualidad del historiador, envuelve una imposibilidad psicológica; y que el punto á que debe aspirarse es armonizar de tal modo el hecho con la idea, que de su concordancia resulte la unidad superior de la verdadera historia.

Pero ¿es esto posible? Creo que sí, y pocas palabras me bastarán para fundar mi pensamiento. Los hechos que forman el cuerpo de la historia, no son entidades concretas que poseen por sí mismas valor efectivo; sino fenómenos, cuya significación real no puede comprenderse sino relacionándolos con los pueblos que los producen, y que á su vez son instrumentos de las ideas y de los sentimientos que los mueven. Estas ideas y estos sentimientos son pues en último análisis la verdad sustancial de la historia; y penetrar en ella, identificarse con ella, es á lo que viene á reducirse la solución del problema. Así es que vivir con la vida del pueblo cuya historia se narra; reunir en el corazón y en la inteligencia, como en doble foco, los sentimientos, las aspiraciones, las ideas que agitan á las sociedades al través del tiempo, he aquí la condición fundamental para desempeñar debidamente tarea tan difícil; porque es tanto como colocarse en lugar de los personajes del gran drama para dar á los hechos la significación adecuada con el principio de que proceden; y entonces la obra del filósofo se simplifica sobre manera; pues para interpretar, para juzgar los hechos, es preciso comenzar por comprenderlos en su causa.

Estas observaciones me han parecido necesarias para valorar en cuanto me sea posible el mérito de los trabajos llevados á cabo por el Sr. Orozco y Berra; por ese eminente mexicano, cuyo nombre se pronuncia con respeto por propios y extraños. La ilustración de las personas que me escuchan, me exime de entrar en pormenores biográfi-

cos y bibliográficos que les son perfectamente conocidos, y paso desde luego á trazar en el estrecho círculo en que debo circunscribirme, los caracteres que en mi concepto forman la originalidad del escritor cuya memoria celebramos esta noche.

La historia de México presenta tres épocas del todo distintas, que la dividen naturalmente en otros tantos periodos: la época antigua, la media y la moderna, ligadas entre sí por dos periodos de transición: la conquista del siglo XVI, y la insurrección verificada en principios del presente siglo. Copiosas son las relaciones que se han escrito, y más copiosas aún los documentos que existen, publicados ó inéditos, relativos á esas épocas. El interés extraordinario que provocó en los sabios el descubrimiento del Nuevo Mundo, se ha trasmitido hasta nuestros días, en que la persistente labor de una erudición infatigable, ensancha más y más el campo de sus investigaciones, procurando descifrar los problemas relativos al origen y al desenvolvimiento social de los pueblos antiguos. Esos pueblos, en lo que á nosotros concierne, no obstante las pérdidas irreparables, ocasionadas por causas diferentes, contribuyeron con un caudal riquísimo de todo género de monumentos, que han ofrecido preciosos temas de meditación y de estudio. Dignos de eterna loa son por otra parte, los hombres, que á raíz de la conquista, se consagraron á recoger cuidadosamente de labios de los vencidos, sus tradiciones, sus leyendas; que redujeron sus lenguas á sistemas gramaticales; que descifraron sus jeroglíficos, y que no perdonaron esfuerzos para darnos cabal idea de sus creencias religiosas, de sus conocimientos científicos y artísticos, de sus costumbres, etc., etc.

La materia, sin embargo, era tan vasta, que no fué posible abarcarla en su totalidad: obstáculos de varia índole propios del tiempo dificultaban además las publicaciones, y de ahí que gran número de importantísimos trabajos hubiesen permanecido inéditos hasta nuestros días, sin contar los que menos afortunados, perecieron por la incuria de sus poseedores. Así es que la ciencia moderna ha tenido que emprender un doble trabajo de erudición y de reconstrucción; pues á la vez que escudriña archivos y bibliotecas para desenterrar del polvo del olvido curiosos manuscritos y darlos á la estampa; y emprende exploraciones arqueológicas para examinar atentamente las grandiosas ruinas de antiguos edificios; y busca en el seno de la tierra objetos que depongan como testigos fehacientes acerca del lugar que las generaciones pasadas ocupaban en la escala del movimiento humano, procura

utilizar todos esos materiales que descubre y acumula, elaborando con ellos nuevas obras en que aclara puntos oscuros y resuelve dificultades que parecían insuperables.

Servicios de valor inapreciable en uno y en otro sentido prestó el Sr. Orozco y Berra; y ya que no es de este lugar hacer la enumeración de sus obras, sí diré que la multitud de sus artículos publicados en diversos periódicos, en memorias de Estado, y en el apéndice al Diccionario universal de Historia y Geografía, forman otros tantos capítulos de ese inmenso conjunto histórico, que comprende así el territorio como las razas, las lenguas, los mitos, las tradiciones; preciosas monografías en que hay mucho que aprender, pues en ellas se conquista siempre alguna verdad ó se destruye algún error. Unas veces, como en la *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle*, nos da la verdadera significación de sucesos notables por su trascendencia social y política; otras, como en la *Geografía de las lenguas y Carta Etnográfica de México*, abre nuevas sendas á la filología con su clasificación lingüística, y arroja no escasa luz sobre las inmigraciones de las tribus indígenas. Ya ilustra la numismática y la estadística con sus estudios sobre la moneda, la población y las divisiones eclesiásticas de la República; ya logra arrancar recónditos secretos á la logografía con sus ensayos de descifración jeroglífica; ya consigue destruir las dificultades que las diferencias entre los historiadores primitivos ofrecían para la coordinación de los hechos, con su notable *Estudio de cronología mexicana*; ya hace comprensible el texto de antiguos cronistas, mediante notas y comentarios que á la par revelan profunda instrucción y recto criterio; y ya por último, comunica nuevo impulso á la geografía del país dando idea de las divisiones territoriales desde el tiempo de la dominación española hasta nuestros días; fijando las posiciones y alturas de varios puntos sobre el nivel del mar, y escribiendo la célebre *Memoria para la Carta hidrográfica del Valle*; la *Historia de la geografía en México*, y los *Materiales para una Cartografía mexicana*, obra de altísimo empeño, en que se registran más de 3,400 cartas generales, particulares, eclesiásticas, etc.

Síntesis de sus largos y profundos estudios sobre las cosas de México fué la *Historia antigua y de la conquista*, en que abarcó por decirlo así, cuanto hasta su tiempo podía saberse de seguro acerca del modo de ser social, religioso y político de los diversos pueblos que ocupaban nuestro territorio, antes de que fuese sometido á la dominación espa-

ropa, los resentimientos subsistieron, y pasaron á las nuevas generaciones como un legado que la acción del tiempo ha podido adormecer apenas; mientras que los descendientes de los antiguos señores del país, recuerdan las hazañas de sus antepasados, con un legítimo orgullo que los consuela en las adversidades del presente. De aquí esa dualidad histórica, á que se refiere el Sr. Orozco y Berra.

Ahora bien ¿pudo nuestro historiador, no obstante sus temores, realizar el noble pensamiento que guiaba su pluma? En mi concepto sí. Hablando en términos generales, el mexicano actual reúne en feliz consorcio los elementos necesarios para salir airoso de tan ardua empresa. En él se sintetizan, por contradictorio que parezca, los sentimientos, las pasiones, los goces y las amarguras de conquistadores y conquistados. Ante la vista tiene el espectáculo permanente de los segundos; en ellos puede estudiar, y lo que es más, sentir las huellas indelebles de la conquista: ellos muestran, en medio de su miseria, aquella raza dulce, paciente, resignada, que inspiró el infinito amor con que la amaron un Las Casas, un Zumárraga, un Palafox y Mendoza. Ellos conservan la armoniosa lengua de sus abuelos, y mantienen el culto de sus antiguos mitos envueltos en el poético velo de las creencias cristianas. La simpatía que infunde su suerte desgraciada, realza el sentimiento de su grandeza desvanecida. Se admiran las hazañas de aquel pueblo azteca, guiado por guerreros de la talla de Ahuitzotl y de Motecuhzoma Ilhuicamina, y se siente pasmo y orgullo ante el valor desplegado por Cuitláhuac, en la célebre Noche triste, y ante el heroísmo con que Cuauhtemoc y los suyos defendieron palmo á palmo la ciudad santa de Huitzilopochtli. Más todavía: aquella civilización, que pudo producir monumentos, como los que contempla la mirada estupefacta del arqueólogo; que en el orden industrial había realizado verdaderas maravillas, deja atónito al filósofo con las altas concepciones de la moral contenida en los Huehuetlatolli, y con el majestuoso vuelo del águila de Texcoco, del rey poeta Netzahualcoyotl.

¿Cómo no deplorar que raza tan inteligente y tan valerosa fuera bruscamente detenida en su desenvolvimiento histórico por la férrea mano del conquistador, despojándola de todo lo que constituía la vida del cuerpo y del espíritu para someterla á un pesado yugo que sofocaría enteramente sus aspiraciones y tendencias? . . . Pero el tiempo ha pasado; la metamorfosis ha sido completa; la civilización trasplantada de allende los mares ha echado raíces profundísimas: respiramos una

atmósfera de ideas que nos ponen en contacto con las naciones más avanzadas de la tierra, y hablamos una lengua que nos permite familiarizarnos con las más encumbradas producciones del genio humano. A la anarquía que ensangrentaba nuestro suelo por la lucha constante de tribus hostiles, ha sucedido una nación compacta, que colabora en la obra gigantesca de nuestro siglo; y nosotros formamos parte de esa nación; y no nos es posible echar en olvido los robustos brazos que zanjaron sus cimientos, ni sustraernos á la admiración que impone el prestigio de que se presentan rodeados los autores de la obra más estupenda que registran los anales del mundo. . . . En resumen, señores; el mexicano es el único que posee la clave de nuestra historia; porque lleva en su alma los gérmenes que informan la sociedad en que vive; porque nadie como él puede penetrar en las ideas y sentimientos de conquistados y conquistadores, ni dar á los hechos su genuina significación, ni presentarlos en consecuencia con su verdadero colorido.

Pero si esto es cierto en el orden especulativo, gravísimas son las dificultades con que se tropieza en el terreno de la práctica. No á todos es dado poner paz entre los elementos opuestos que combaten en su espíritu, ni guardar el equilibrio que aconseja una razón exenta de preocupaciones, ni mantener igual la balanza para pesar con serenidad filosófica los méritos y deméritos de los diversos agentes que se mueven en la escena, y que exigen el ser copiados é interpretados con inspiración de artista.

Pues bien, Orozco y Berra ha realizado este ideal, que le coloca en una región aparte y superior sobre los que antes de él emprendieron narrar nuestra antigua historia. Él ama al indio con cariño entrañable, se extasia ante el espectáculo de sus pasadas glorias: provisto de todas las armas que le proporciona la crítica moderna, busca, escudriña, rastrea con el entusiasmo de una alma apasionada, cuanto puede poner de relieve aquella civilización misteriosa y extraordinaria, que ofrece un conjunto de pasmosa originalidad. Pero Orozco y Berra vive en el siglo XIX, siente hondamente sus aspiraciones, alienta sus esperanzas, vive con la fe que anima ese movimiento, y á la vez que comparte su admiración entre el azteca y el castellano que se disputan con igual bizarría la codiciada presa, riega con las lágrimas del vencido los laureles del vencedor; y vuelve su mirada, húmeda de emoción y de ternura al pobre misionero, que abriga y protege bajo su tosco manto,

á la prole infeliz, en cuya alma deposita las semillas de la libertad y del progreso.

El conocimiento que tenéis de esa Historia hace innecesario de señalar las pruebas que apoyan mi aserto; sin embargo, hay un punto que resume todo el pensamiento del autor, y que no debo por lo mismo pasar en silencio, tanto más cuanto que forma el tema de frecuentes y enojosos debates, en que á menudo toman las pasiones el lugar reservado sólo á la razón. Al dar la última pincelada en el vasto cuadro que comprende su obra; después de poner ante los ojos del lector todos los datos para que pueda formar cabal idea acerca de los sucesos que ha referido, formula el Sr. Orozco y Berra esta grave cuestión: "El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América ¿trajo algún provecho para la civilización?" Y colocándose á la altura que el asunto requiere; echando una ojeada sobre los resultados efectivos de aquel acontecimiento memorable, se apresura á contestar afirmativamente. Desde luego, el descubrimiento de la América duplicó el mundo, fundiendo en una sola turquesa las dos grandes fracciones en que se hallaba dividida la humanidad, y obligándola á seguir el mismo camino hacia la perfección indefinida. La irrupción de los pueblos del Norte, que ocasionó el desmembramiento y caída del Imperio Romano, dió origen á las poderosas naciones modernas; la invasión europea en América, puso término al caos que reinaba entre la multitud de pueblos, muchos de ellos en estado salvaje, haciendo que brotasen las naciones del Nuevo Mundo. "La religión es un principio civilizador por excelencia. La moral azteca bien merecía la calificación de adelantada y buena: mas iba hermanada con negras supersticiones..... El culto era verdaderamente horrendo; pedía sangre continuamente derramada... cualquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fué un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo, fué avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización." No ha faltado quien haya supuesto "que el catolicismo unido con la Inquisición, equivalía al culto azteca;" pero sin tener en cuenta que los indígenas estuvieron exentos de la jurisdicción del Santo Oficio, lo falso de aquella aserción salta á la vista, al considerar que "la Inquisición fué un accesorio pedagógico y extraño al catolicismo," mientras que "la víctima humana constituía la esencia del ritual azteca." En otro orden de ideas, la sustitución de la escritura alfabética á la jeroglífica; el conocimiento de

la aplicación del hierro á la industria; la introducción de animales útiles aquí desconocidos; de plantas altamente benéficas para la alimentación y los usos fabriles; en suma, todos los elementos que constituyen la base de una civilización avanzada, sugieren á Orozco y Berra esta observación con la cual concluye su obra monumental: "La conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad."

Al ver la extensión y diversidad de materias que abarcan los numerosos trabajos de aquel ilustre escritor; el inmenso caudal de erudición que en ellos campea, ocurre preguntar, cuáles fueron las fuentes en que pudo beber con tanto acierto, á la vez que surge la suposición de que exigiendo esta clase de estudios un ánimo perfectamente tranquilo, debió disfrutar de posición bastante desahogada, que le pusiese á salvo de esos cuidados con que tiene que bregar diariamente el hombre que carece de bienes de fortuna, para atender á las más urgentes necesidades de la vida. Respecto de lo primero, él mismo nos indica con la gratitud que rebosaba de su alma generosa, la franqueza laudable, con que distinguidos literatos cuya amistad cultivaba, le facilitaron multitud de datos y documentos preciosísimos, que supo aprovechar en sus largas vigiliias. En cuanto á lo segundo..... ¡Ah! señores, el corazón se oprime al pensar que aquel hombre tan bueno, tan inteligente, tan laborioso, vivió casi siempre bajo el peso de la amargura á que el destino condena á sus desheredados. Él mismo, en un arranque de dolorosa expansión, dice, refiriéndose á la *Geografía de las lenguas*, y á su separación del Ministerio después del año de 1857: "En los días amargos que sobrevinieron, tomé por remedio contra las tediosas horas que tenía que atravesar, hice un recurso para ahogar los penosos sentimientos de que era presa, el rehacer mi trabajo, y estudiar asiduamente para completarlo. De continuo estaba reducido á una triste alternativa: si tenía pan no tenía tiempo; si sobraba el tiempo carecía de pan. Luchando contra esta terrible contradicción: bregando contra mis sentimientos íntimos por la muerte de mis hijas, proseguí, sin embargo, la tarea que me había impuesto, con la tenacidad febril de la desesperación."

Tristísimas reflexiones suscitan esas palabras, cuando vemos en ellas la expresión de una verdad que todos palpamos; porque concretan la situación que en México guarda el pensador, que sin recursos propios, consagra su existencia á dar lustre á la patria en el exterior; á coadyuvar eficazmente en la obra colectiva del mejoramiento social. Oroz-

co y Berra pertenece al número de esos obreros infatigables, para quienes el dolor y la miseria son aguijones que estimulan en el cumplimiento de los altos deberes que se han impuesto, lejos de sucumbir al rigor de una carga que doblega sus hombros. Su nombre figura en el extenso martirologio de esas víctimas de la ciencia, cuya gloria mal encubre las lágrimas derramadas en el silencio de un hogar donde no habita la abundancia.

Sin esperanza de sacar algún fruto de su grande obra, ni aun siquiera de satisfacer el deseo de darla á la estampa, seguía, y seguía sin descanso por el camino que con tan heroica decisión había emprendido. Pero llegó un día en que el Gobierno fijara su atención en el sabio que se había encerrado en un completo retraimiento, y le ofreciese los medios para que se imprimiese el libro, que tanta luz vendría á derramar sobre nuestra historia. Imposible sería pintar el júbilo que llenó su alma, al ver que iba á realizarse el sueño más bello de su vida; júbilo que se desborda en elocuentes efusiones de gratitud hacia todas las personas que de algún modo contribuyeron á suceso tan plausible para las letras mexicanas. La impresión comenzó; se concluyó el primer tomo; pero..... las fuerzas del atleta estaban agotadas; el implacable destino no permitió que disfrutase la satisfacción inocente de ver terminada la edición, y como una luz que se extingue por falta de pábulo, se entregó en los brazos de la muerte con esa dulce tranquilidad que acompaña los últimos momentos del hombre justo.

Este doloroso acontecimiento, que consternó á la República entera, y especialmente á los que habíamos conocido de cerca el tesoro de virtudes de que estaba adornado aquel sabio, que si mucho valía por su inteligencia, más valía tal vez por su corazón; este acontecimiento, repito, vino á sorprenderle en plena actividad, pues no obstante lo delicado de su salud, no dió tregua un solo día á su ocupación favorita, única, que con los placeres de la familia, formaba el encanto de su modesta vida. No satisfecho con haber dado cima á la *Historia antigua y de la conquista de México*, había emprendido rehacer la historia de la dominación española, en que trabajó años antes, y de seguro habría sido digna continuación de la primera, á juzgar por la considerable extensión dada á los pocos años que comprende lo que dejó escrito. Este y otros trabajos inéditos que de él quedaron, reclaman la publicación; porque nada hay que desperdiciar en las producciones de escritores como Orosco y Berra, pues aun en sus más insignificantes opús-

culos se encuentra siempre algún pensamiento nuevo, alguna idea feliz de que poder sacar positivo provecho.

Mi estudio sería incompleto, si no añadiera algunas palabras acerca del carácter de nuestro insigne historiador. Las dotes que como hombre privado poseía, le hacían amar de cuantos le rodeaban, pues en él veían el acabado modelo del esposo, del padre y del amigo. De una conducta irreprochable, de una honradez nunca desmentida, no conoció más norma que la del deber, ni escuchó más consejo que el de su recta conciencia. Con un espíritu liberal y expansivo, hallábase dispuesto á hacer partícipe de su saber á todo el que lo solicitaba; á tomar parte de la manera más desinteresada, en toda obra que tuviera por objeto la difusión de conocimientos útiles. La rectitud de sus ideas, el gran valor que daba al conocimiento de la verdad, la honda convicción de lo fácil que es á la razón el extraviarse, exageraban la desconfianza en sus fuerzas, y lejos de interesar el amor propio en la defensa de determinadas opiniones, buscaba siempre el consejo de los demás, aun cuando no todos poseyesen las cualidades bastantes para rectificar ó ilustrar su criterio.

Nunca consideró sus trabajos como definitivamente terminados, pues ninguno satisfacía el ideal de perfección que llevaba en su mente. Después de haber meditado tanto en su grande obra; después de haber apurado por decirlo así el asunto, dudaba todavía, y consultaba á las personas que le inspiraban confianza, para que le señalasen las faltas que hubiese cometido. "A medida que los pliegos eran tirados, dice en la introducción, he repartido unos pocos á ciertos amigos míos, entre otros objetos para que me dieran de nuevo su opinión, que ya les tenía pedida, y me indicasen los errores en que incurriera, para subsanarlos en la mejor forma posible y en su oportunidad." Y más adelante termina con estas palabras que cifran su mayor elogio: "Sin falsa modestia, me preocupa seriamente, tengo miedo del juicio que el lector sensato forme de la obra. Sé que el hombre, aun el mejor dotado por la Providencia, es trunco é imperfecto, y sujeto por lo mismo al error; los más acabados productos del ingenio presentan lunares y defectos; no siempre atina el juicio á encontrar la verdad, aun cuando lo intente con ánimo recto. ¿Qué será de mí, entregado á mis propias fuerzas, más imperfecto y trunco que los demás? Buena fé, estudio y trabajo me reconocerá el lector, y si el libro no es bueno, lo perdonará siquiera en amor de la recta intención."

Al concluir, señores; veo con sentimiento que mi desaliñado discurso está muy distante de corresponder á la importancia de su objeto. Y esto es natural: para trazar, siquiera sea á grandes rasgos la figura moral y literaria de Orozco y Berra, necesitase de una mano más vigorosa y de una pluma menos cansada que la mía. Tratábase, empero, de obsequiar la designación de una Sociedad respetabilísima; de rendir homenaje á la memoria de un hombre, á quien amé como á amigo y veneré como á sabio, y no podía rehusarme á hacer oír mi débil voz en este recinto que guarda los ecos de aquella palabra autorizada, que tantas veces resonó en discusiones de la mayor importancia. Séame lícito por lo mismo, el dar las gracias á la Sociedad de Geografía y Estadística por la distinción con que me honró para que la representase en la tribuna, esta noche que tantos y tan gratos recuerdos despierta en los que amamos con amor acendrado las glorias de la patria, terminar imitando las palabras de nuestro inmortal historiador antes citadas: buena fé, estudio y trabajo me recomiendan á la indulgencia de mi auditorio; pues si el discurso no es bueno, lo perdonará siquiera en gracia del amor y de la recta intención con que ha sido escrito.

PROLOGO

DE LOS VERSOS DEL SE. LIC. ANTONIO CISNEBOS CAMARA.

La aparición de un nuevo libro de versos tiene grande y verdadera importancia en la vida de una sociedad. El escéptico y el pesimista lo negarán tal vez. Pero si todos los días nacen en los jardines y se marchitan rosas, y es sin embargo la aparición de una nueva flor, nueva gala del vergel ¿por qué no otorgar el mismo privilegio á las flores del entendimiento, que son también las de la civilización?

La experiencia, el análisis, la rígida verdad científica podrán agostar y reducir á polvo en su flama incandescente, muchos sueños de la fantasía virgen, innumerables quimeras de la adolescencia popular; mas no lograrán secar ni consumir nunca la recóndita fuente de que mana

la inspiración poética como de un venero misterioso y divino. La poesía no morirá aunque el arte cambie y se modifique en sus arreos, al impulso y compás de los progresos científicos. La poesía, vaga, indefinida aspiración del sér moral, es el postrer refugio de la espiritualidad humana, el santuario íntimo, tuberoso y místico, en que arde inextinguible la llama de la fe y del sentimiento. El ideal es el alma del mundo, — dice Renan, — Dios permanente, causa primordial, efectiva, última, de este universo; y el lenguaje de la poesía y la elocuencia, — me atrevo á añadir yo, — el idioma con que habla ese ideal á los mortales. La poesía, de consiguiente, es una religión, un culto; su estilo es parabólico, rico en imágenes y figuras, símbolos y protoplasmas; sus intérpretes tienen misión celestial, como todo lo que canta, vuela ó perfuma en la tierra, y el pueblo los escucha y reverencia cual si le hablasen en nombre y con poderes de un señor absoluto de las conciencias y los corazones.

Gustavo Bécquer, con una idea menos elevada de la poesía, pone y exige por última condición para su existencia, la de que exista una mujer hermosa: esta mujer hermosa puede ser sin duda, á veces María (personificación mística), á veces Beatriz [personificación metafísica], á veces una simple amiga predilecta é inmortal del vate, quizás en ocasiones la libertad, la patria, la familia humana, ú otras, la religión, la ciencia, la naturaleza, pero siempre la musa es la mujer, como el verbo es el hombre.

Descendiendo de la esfera especulativa, la poesía común y corriente en el mercado literario, hay que convenir en que tiene mucho de convencional y estipulado. El poeta nos habla con énfasis de los mitos de todas las teogonías, y al conjuro de su voz sibilina y mágica, toman cuerpo los dioses y los genios, las hadas y las sílfides, Júpiter y Buda, la Virgen y Venus, junto con Brahma y Tezcatlipoca, Xóchitl y Eurídice, el hórrido Osiris y el fiero Belial. El poeta departe con las estrellas, con los árboles, con las ondas y las nubes, con las generaciones presentes, pasadas y futuras: increpa á Satanás, puebla de séres vivos las ruinas augustas de Nínive y Palmira, reduce á escombros las más florecientes metrópolis, augura lo porvenir, mezcla ángeles y demonios, solloza, ríe, grita, blasfema, óra, se yergue y se prosterna, todo merced al lenguaje excepcional y sublime de que se vale y al pacto tácito entre su imaginación creadora y el eximio y discretísimo sentido popular.

Al concluir, señores; veo con sentimiento que mi desaliñado discurso está muy distante de corresponder á la importancia de su objeto. Y esto es natural: para trazar, siquiera sea á grandes rasgos la figura moral y literaria de Orozco y Berra, necesitase de una mano más vigorosa y de una pluma menos cansada que la mía. Tratábase, empero, de obsequiar la designación de una Sociedad respetabilísima; de rendir homenaje á la memoria de un hombre, á quien amé como á amigo y veneré como á sabio, y no podía rehusarme á hacer oír mi débil voz en este recinto que guarda los ecos de aquella palabra autorizada, que tantas veces resonó en discusiones de la mayor importancia. Séame lícito por lo mismo, el dar las gracias á la Sociedad de Geografía y Estadística por la distinción con que me honró para que la representase en la tribuna, esta noche que tantos y tan gratos recuerdos despierta en los que amamos con amor acendrado las glorias de la patria, terminar imitando las palabras de nuestro inmortal historiador antes citadas: buena fé, estudio y trabajo me recomiendan á la indulgencia de mi auditorio; pues si el discurso no es bueno, lo perdonará siquiera en gracia del amor y de la recta intención con que ha sido escrito.

PROLOGO

DE LOS VERSOS DEL SE. LIC. ANTONIO CISNEBOS CAMARA.

La aparición de un nuevo libro de versos tiene grande y verdadera importancia en la vida de una sociedad. El escéptico y el pesimista lo negarán tal vez. Pero si todos los días nacen en los jardines y se marchitan rosas, y es sin embargo la aparición de una nueva flor, nueva gala del vergel; por qué no otorgar el mismo privilegio á las flores del entendimiento, que son también las de la civilización?

La experiencia, el análisis, la rígida verdad científica podrán agostar y reducir á polvo en su flama incandescente, muchos sueños de la fantasía virgen, innumerables quimeras de la adolescencia popular; mas no lograrán secar ni consumir nunca la recóndita fuente de que mana

la inspiración poética como de un venero misterioso y divino. La poesía no morirá aunque el arte cambie y se modifique en sus arreos, al impulso y compás de los progresos científicos. La poesía, vaga, indefinida aspiración del sér moral, es el postrer refugio de la espiritualidad humana, el santuario íntimo, tuberoso y místico, en que arde inextinguible la llama de la fe y del sentimiento. El ideal es el alma del mundo, — dice Renan, — Dios permanente, causa primordial, efectiva, última, de este universo; y el lenguaje de la poesía y la elocuencia, — me atrevo á añadir yo, — el idioma con que habla ese ideal á los mortales. La poesía, de consiguiente, es una religión, un culto; su estilo es parabólico, rico en imágenes y figuras, símbolos y protoplasmas; sus intérpretes tienen misión celestial, como todo lo que canta, vuela ó perfuma en la tierra, y el pueblo los escucha y reverencia cual si le hablasen en nombre y con poderes de un señor absoluto de las conciencias y los corazones.

Gustavo Bécquer, con una idea menos elevada de la poesía, pone y exige por última condición para su existencia, la de que exista una mujer hermosa: esta mujer hermosa puede ser sin duda, á veces María (personificación mística), á veces Beatriz [personificación metafísica], á veces una simple amiga predilecta é inmortal del vate, quizás en ocasiones la libertad, la patria, la familia humana, ú otras, la religión, la ciencia, la naturaleza, pero siempre la musa es la mujer, como el verbo es el hombre.

Descendiendo de la esfera especulativa, la poesía común y corriente en el mercado literario, hay que convenir en que tiene mucho de convencional y estipulado. El poeta nos habla con énfasis de los mitos de todas las teogonías, y al conjuro de su voz sibilina y mágica, toman cuerpo los dioses y los genios, las hadas y las sílfides, Júpiter y Buda, la Virgen y Venus, junto con Brahma y Tezcatlipoca, Xóchitl y Eurídice, el hórrido Osiris y el fiero Belial. El poeta departe con las estrellas, con los árboles, con las ondas y las nubes, con las generaciones presentes, pasadas y futuras: increpa á Satanás, puebla de séres vivos las ruinas augustas de Nínive y Palmira, reduce á escombros las más florecientes metrópolis, augura lo porvenir, mezcla ángeles y demonios, solloza, ríe, grita, blasfema, óra, se yergue y se prosterna, todo merced al lenguaje excepcional y sublime de que se vale y al pacto tácito entre su imaginación creadora y el eximio y discretísimo sentido popular.

Hoy más que nunca deben tenerse estas circunstancias en cuenta, antes de juzgar las composiciones de un autor de versos; hoy, que en lugar de coplas, hacemos artículos de periódico y discursos de política. Es claro: después de leer diariamente cablegramas pésimamente escritos, gacetillas pedestres y chocarrerías, retruécanos alambicados y sutiles de desfacedores de agravios públicos y buscadores de ganancias privadas ¿qué efecto ha de producir en el ánimo una oda, un romance, una letrilla, un idilio? En medio de un público calculador y negociante ¿cuál un tomo de composiciones rimadas? *That is the question*, como dice Hamlet. Y aquí de las siguientes palabras de D. Ignacio Ramírez: "deseo que la numerosa juventud entregada al amor y á las musas, se prepare con cantos varoniles á ser digna de la mujer y la gloria." La mujer y la gloria, tal es el doble galardón del bardo. ¿Qué importa la turba indiferente que corre en pos del metal llamado vil, aunque él no lo sea, sino sus adoradores? Suenen la trompa épica, la cítara y la guzla, resplandezca el ingenio, brille la inteligencia, desbórdese el sentimiento de su vaso de limo, y que la muchedumbre siga febricitante en su danza macábrica, buscando la felicidad y hallando la muerte. Todo está muy bueno; todo contribuye al universal concierto de bien y de mal, de risa y llanto, grandeza y pequeñez, vicio y virtud, heroísmo, maldad y bienaventuranza.

Debiendo entrar, pues, tantos y tan diversos factores en la justa apreciación de un poeta, no es fácil tarea la de saberle estimar rectamente en el conjunto de sus aptitudes y su múltiple valor y significación. Mis fuerzas son escasas para tal empresa, y si he aceptado la de juzgar de la capacidad poética del Sr. Cisneros Cámara, autor de este volumen de versos, ha sido, más que por el convencimiento de mi competencia para el caso, por el que abrigo de que nadie debe negarse al mayor auge y difusión de la cultura literaria, si de la península ha hecho el oficio principal de su existencia. Yo creo, como dije en el comienzo de este prólogo, que un libro de poesías tiene verdadera importancia en la vida de un pueblo, y por consiguiente, también creo que el Sr. Cisneros Cámara, al publicar éste, hace un servicio, pequeño ó grande, á su patria. Por eso he accedido gustoso á precederle en el uso de la palabra, bien que la mía carecerá de la eufonía, rotundidad y música de la suya.

Antes que otra cosa, permítaseme transcribir unas valientes estrofas á la Libertad y á la Ciencia.

Exclama el cantor yucateco en una oda patriótica:

Ayer para hacer picas, se buscaba
el hierro en las entrañas de la tierra,
y ese hierro sembraba
luto y desolación y espanto y guerra.

Ayer, carbón y leña se encendían
para arrancar la vida á fuego lento
á los que el porvenir ya presentían,
vuelo dando á su libre pensamiento.

Ayer, el duro tronco de los pinos
en horca la justicia transformaba,
horca vil que en las plazas y caminos
la barbarie del siglo pregonaba.

Hoy, siervo dócil del ingenio humano,
y en rieles convertido
que el monte cruzan, la ciudad y el llano,
el hierro la distancia ha suprimido
y á los pueblos del orbe ha confundido
en fraternal abrazo soberano.

El carbón, que al arder chisporrotea,
no convierte en ceniza
á un mártir de la ciencia ó de la idea:
ya el agua en la caldera evapora,
humo arroja la altiva chimenea
y rugen el monstruo y rápido se lanza,
infinitas distancias devorando,
por doquiera llevando
paz y amor y riqueza y venturanza.

Del erguido madero
no pende el infeliz ajusticiado,
paso ofreciendo al buitre carnicero:
en poste transformado,
que el hilo telegráfico sostiene,
es la vestal moderna que mantiene
el pensamiento, el fuego más sagrado.

Ya la palabra humana,
eléctrica centella
lleva, hasta la comarca más lejana.....
¡tal vez desde una estrella hasta otra estrella
la Hevará mañana!

¡Salvado está el abismo!
De ayer á hoy ¡qué enorme diferencia!

Entonces, tiranía..... oscurantismo !.....
Hoy, Libertad y Ciencia !

Desde luego nuestro poeta pertenece á la nueva escuela literaria, no sólo por el fondo, sino también por la forma: revoluciona en los dominios de las letras y se rebela contra la dinastía poética de que fueron próceres Carpio y Pesado, y de que son últimos representantes Roa Bárcena y Montes de Oca. Aquel pseudoclasicismo, seco, avellanado, tieso, anti-nacional y anti-artístico, no cobija ni ampara bajo los rotos girones de sus banderas, al inspirado poeta á quien tengo la honra de servir de padrino.

Dos grandes bandos dividen el campo de la discusión estética: sostiene el uno que el arte bello tiene por único y exclusivo objeto realizar en formas bellas la intuición pura de la naturaleza, que es en una palabra su verdadera misión en el mundo; mientras que los del otro alegan que debe necesariamente ponerse al servicio de fines que le son extraños y aspirar á ser útil en el sentido más lato de la expresión: los primeros son campeones del *arte por el arte*, y los segundos, partidarios del *arte docente*. Pertenecen al primer grupo los más grandes críticos contemporáneos.

La trascendencia docente del arte, en su carácter de fin secundario y fortuito, es asunto que ha perdido bastante crédito en el terreno de la discusión filosófica y cada vez se uniforman más los pareceres respecto de la propia finalidad de las obras de arte. Por propia finalidad se entiende la circunstancia de contener, en sí mismo, el hecho, la totalidad de su valer intrínseco. Verbi-gracia: una acción moral tiene propia finalidad, cualquiera que sea su resultado ulterior, por lo que se dice vulgar y exactamente que *con la intención basta*. Siendo el arte la manifestación más libre de la inteligencia y actividad humanas, repugna toda condición obligatoria de disciplina que no sea la suya y se desliga en la historia y en la crítica, sin cesar, de las trabas á que pretenden siempre sujetarle, convencionales intereses de escuela, religión y secta.

La dificultad en poesía y en elocuencia, [las dos más radiosas formas de la literatura universal], estriba en saber tomar del conocimiento científico las ideas nada más, y poder revestirlas en seguida de imágenes vivas y elegancias y tropos espontáneos. Por eso en el terreno del arte es preferible la poesía de pura forma, de simple armonía in-

génita y profunda, que no la otra, en que con mucha erudición y doctrina, el escritor hace *versos* y no *poesía*.

Cisneros Cámara ha conseguido encontrar la línea ecuatorial entre estos dos polos opuestos; la resultante angular de las dos contrarias fuerzas; y de consiguiente, su numen está en equilibrio.

Hé aquí la prueba:

Con discordante y lúgubre chirrido
gira la herrada puerta
sobre el vetusto gozne enmohecido;
y van apareciendo los sayones,
y el verdugo aparece,
y murmullos se escuchan y oraciones,
y el condenado á muerte desfallece.
Redoblan las campanas!..... de la soga
pende ya el infeliz ajusticiado.....
queda un hogar vacío..... desolado.....
¡ gloria á la religión ! ¡ gloria á la toga !
¡ triunfaron sacerdote y magistrado !

Muerto fué por la ley quien dió la muerte:
perezca el débil, que domine el fuerte!
los hombres cuando matan, asesinan
y viudas hay y huérfanos que giman;
pero las leyes vengan y redimen
cuando al clamor de huérfanos y viudas
se hacen sordas y mudas,
la tumba abriendo al causador de un crimen !

Tres rasgos peculiares detallan la poesía lírica moderna: brevedad en la composición, intensidad en el sentimiento y profundidad en la idea. El género lírico puede adoptar las formas más distintas, los procedimientos más diferentes y los tonos más diversos y variados, pero como ha de ser relativamente de cortas dimensiones, está obligado, más que los otros géneros, á usar un lenguaje limpio, terso, brillante y escogido. El Sr. Cisneros Cámara lo comprende así, porque es docto, y vence el obstáculo, porque es artista: huye del tópico, del vulgar decir, de la frase trillada, y logra con frecuencia hallar á sus pensamientos envoltura peregrina.

Ejemplo:

¡ Quisiera ser alguna casta idea
para vivir en lo íntimo de tu alma :

quisiera ser la sombra que proyectas
para seguirte á donde quier que vayas.
Y si esto es mucho ambicionar, quisiera
— tanto, mujer, el corazón te ama —
ser un mísero insecto de la tierra
para morir bajo tu leve planta!

Veamos otra muestra del estilo de nuestro autor, en que sin perder
su personalidad ni humillar su estro, imita al tantas veces imitado
Bécquer:

Quando miro las aves viajeras
cruzando los cielos,
remontarse al confin de las nubes
y cantar donde rugen los truenos;
de secreta ansiedad poseído
palpita mi pecho,
y sus alas quisiera robarles
y tender por los aires el vuelo!
Quando el pez de brillantes escamas
se agita en el piélago,
y lo miro luchar con las ondas
y bajar de los mares al seno;
descender á ese abismo quisiera,
llevado del vértigo,
para allí de los mónstruos marinos
sorprender, cauteloso, el secreto.

A las veces se inclina más á Heine que á Bécquer y prorrumpa en
amargos sarcasmos y sangrientas ironías.

Oigámosle:

Quizá tengan razón; pero con ellos
no puedo convenir:
á precio tan infame
no quiero resignarme á ser feliz.
Si alguna vez quisiere,
sacaré en almoneda el corazón,
y con él cuanto tengo y cuanto valgo.....
todo, todo, mujer..... ¡hasta tu amor!

Cayó sobre nosotros
un diluvio de lágrimas,
y para que mi amor no pereciese
lo encerré de mi pecho dentro el arca.
¡Necio yo, que no supe
encerrar igualmente tu constancia!

Sin saber por qué ni cómo
me empezastes á querer
y me das hoy al olvido
no sé cómo ni por qué.
Acusarte no quisiera
de voluble ni de infiel,
que por mí lloraste mucho,
y lo debo agradecer.

—Prurito de gemir ¡vaya! este hombre
quiere hacer un papel *interesante*.
—Si de gemir ¡oh necios! tengo ganas
¿por qué os dáis la molestia de escucharme?

El espíritu germánico se manifiesta aún más patente en estos frag-
mentos:

—¿A dónde va el caballero
sobre fogoso alazán,
si con otro su adorada
se va pronto á desposar?—

El caballero
parte fugaz,
valles y montes
dejando atrás.....

A poco el noble bruto
vuelve jadeante y lleno de sudor;
de la desierta silla
gotas de sangre manchan el arzón.

—¿Qué fué del caballero?
—¡Sábelo Dios!

Debo hacer constar para prevenir erróneos juicios, que Cisneros
Cámara fué de los primeros que introdujeron en México el gusto por
los *lieder* de Heine y las *rimas* de Bécquer, que después tantos y net

deplorables estragos ha ocasionado en nuestra literatura, hasta el punto de ser irrefragable su desprestigio; pero Cisneros imita como es lícita y conveniente la imitación artística, conservando la expresión personal que exige la escuela naturalista y que es en verdad una de las prendas de mayor estima en el recinto de las letras y las artes.

Yo no sé si es verdad que en la agonía,
cuando el alma se va,
los ángeles del bien se la disputan
á los genios del mal;
pero si te presentas al abrirse
para mí el ataúd,
á todos los espíritus, á todos
sabrás vencerlos tú!

Nunca al céfiro supliques
que tus suspiros me traiga,
porque te adora, y celoso
no cumple lo que le encargas;
ni le ruegues al centzontle
que al pasar por mi ventana
en sus melódicos trinos
me diga cuánto me amas;
porque el centzontle canoro
ardiente amor te consagra,
y te aman también las flores,
y las estrellas te aman.
A solas los dos, bien mío,
bajo la verde enramada
pasaremos los instantes
en mil confidencias gratas;
y entre el rumor de los besos
y al fulgor de la esperanza,
se estremecerán gozosas,
ébricas de amor nuestras almas!

Para ciertos filósofos y pensadores que rechazan en el lenguaje culto toda expresión que connote alguna idea metafísica, no será frecuentemente aceptable el estilo de Cisneros Cámara ni su constante alusión al alma y á la vida de ultratumba; pero debe tenerse presente que el lenguaje poético es convencional; que las ideas del poeta no tienen más

valor que el poético; que la materia sólo se nos revela por sus atributos, y del espíritu sólo conocemos manifestaciones ligadas con ella; y que siempre queda ignorado para el hombre, por más estudioso y sabio que sea, el secreto de la afinidad, de la atracción y de la vida. El poeta tiene derecho á forjarse las hipótesis que guste sobre estos oscuros asuntos y á que su fantasía vuele á placer en los inexplorados espacios del infinito, real ó imaginario, que circunvala á inconmensurables lejanías el mezquino planeta que habitamos. Materia ó espíritu, hay en la naturaleza un elemento desconocido que con opuestas fuerzas mantiene el equilibrio universal; y si la ciencia sólo estudia y puede estudiar las series de fenómenos, para inferir las leyes que los gobiernan, al poeta es permitido rasgar el velo del santuario y personificar los ocultos resortes de la armonía cósmica. Por eso caben en poesía desde la religiosidad bucólica de Pagaza hasta el blasfemo escepticismo de Acuña; desde la convulsa risotada de Ramírez hasta el llanto lastimero y bíblico de Carpio: todo el toque está en que el poeta nos convenza de que cree en lo que asegura, y si la forma es bella, colocamos en el ara común de nuestra admiración, junto á los paganos arranques de Tirteo, el suave discurrir de Metastasio, y á Rabelais junto á Klopstock. La poesía es la forma, la imagen, la dicción galana, y en este sentido Cisneros Cámara es poeta, tanto porque tiene verdadera inspiración poética, cuanto porque su estilo posee las condiciones necesarias para ser poético. Emplea con exactitud y tino los epítetos, que es uno de los principales escollos en el lenguaje de la imaginación, y se advierte que conoce lo bastante la retórica y que tiene el suficiente dominio de la lengua, para comunicar á sus períodos la elegancia, sonoridad y corrección indispensables.

Esta corrección de que hablo no es únicamente la de los humanistas, que con que todas las comas y virgulillas estén bien puestas, y todas las palabras colocadas en rigurosa simetría gramatical, llaman correcta una obra; sino la corrección artística, de más noble abolengo, que consiste en la fidelidad y precisión de la copia y que imprimen realidad á las creaciones más fantásticas. Ved desde la playa al través de la densa bruma de un día tempestuoso, los móviles mástiles de un barco que lucha con las olas: el cuadro es real y efectivo, no obstante el velo que se interpone entre vuestros ojos y el buque náufrago. Calma la tempestad, la embarcación se salva, surge el sol y se desvanece la niebla. La realidad es la misma, pero ha desaparecido el fúnebre

crespón que la cubría. Tal es el realismo de Espronceda, de Byron, de Leopardi: quitad á sus corazones destrozados por la duda y el dolor, la fantástica neblina á cuyo través contempláis sus pasiones turbulentas, y desaparecerá el sombrío encanto de su poesía desgarradora y misantrópica. La realidad en estos casos está dentro del espíritu de los autores que con poderosa magia llevan al lector al centro y foco de sus excepcionales concepciones, haciéndole experimentar los propios huracanados impetus de que ellos se encuentran poseídos. El grado de fidelidad con que la expresión artística traslade al papel los estados de conciencia del poeta, constituirá el grado de corrección de la obra, independientemente del respeto que se haya guardado á las reglas de la gramática.

Cisneros Cámara nos muestra su corazón, su fantasía, su inteligencia, bajo la forma idiosincrática que le es congénita, y dentro de sus condiciones de vida y de composición, en el medio en que funcionan sus facultades, hay realidad en su numen y hermosura en su lenguaje. En esta colección que hoy ofrece al público, ha reunido la mayor parte de los versos que hasta la fecha ha publicado en dos ó tres cuadernos de lujosa impresión y en las columnas de diversos periódicos yucatecos ó metropolitanos, y algunos otros hasta ahora inéditos. Tres secciones capitales constituyen la colección: las poesías trascendentes, que tratan de asuntos históricos, patrióticos y científicos; las poesías amorosas, entre las que figuran en primera línea las imitaciones de Bécquer y de Heine antes citadas; y las poesías íntimas, que forman los cantares del hogar y la familia. Son estas últimas las más queridas del autor, que ha puesto en ellas lo más interior y recóndito de sus sentimientos: ensalza en su primera juventud ídolos varios, pero más tarde, fijando definitivamente su corazón en el ya único objeto de su existencia, á él consagra todo su amor y las canciones todas de su lira. Nada hay, en efecto, tan hermoso, tan tierno, tan conmovedor, y que tantos recursos proporcione á la imaginación poética, como el sentimiento de la familia, fuente del más puro y casto de los amores, base de la sociedad y de la patria, y primer punto de contacto entre Dios y la humanidad.

En México está ahora de moda este género doméstico de poesía, nacido bajo la doble influencia de las composiciones alemanas y francesas de la misma especie, y cuyo más popular representante es sin duda Juan de Dios Peza. Cisneros Cámara le cultivó con notable éxito,

impregnando los cariñosos acentos de su laud, de tan dulce melancolía, que excitan con delicia, agradables emociones en el ánimo del lector.

Me concretaré á citar, para que no pierdan las demás su interés y su atractivo, una sola de esas suaves y apacibles composiciones, la intitulada *Sus encargos*, como inefable modelo de todas.

Dice así:

—Listo se encuentra ya mi equipaje;
la hora ha sonado; me voy de viaje;
un beso, hijitos y ¡adiós! ¡adiós!
—No se te olvide mi muñequita.
—Quiero de dulces una cajita.
—Yo dos caballos, negros los dos.

.....
Y piden luego frutas y sedas,
perros que *ladren*, buques con *ruedas*,
sombrosos, dijes, y en fin. . . ¡la mar!
Si rico fuera ¡qué regocijo!
mas ¡ay! me angustio, porque de fijo
que á mi regreso van á llorar!

Una de las combinaciones métricas que con mayor lucimiento emplea Cisneros Cámara es justamente la más difícil de todas: el soneto. Ha compuesto muchos y en lo general excelentes. Sobresalen los denominados: *A Julián*, *A Francia*, *A Juárez*, *A Dios*, *Etiqueta internacional*, *¡Alerta!*, *Un poeta suicida*, *Al libre-exámen*, *¡Así no!*, *A Boulanger*, *Conflicto*, *Al natural* y otros varios, de los que tomo al acaso los dos siguientes:

ALGUN DÍA.

Ser digno pretendí de tus mercedes
y al lauro de la gloria aspiré un día;
tú lograste animar mi fantasía,
y animarla otra vez sólo tú puedes.
No hasta la cima del abismo ruedes
dó pugna por hundirte mano impía.....
la vida es el amor!..... ¡vive, alma mía,
y déjame vivir preso en tus redes!

Aunque mi corazón hecho pedazos
se estremece, y el tuyo sangre mana,
ébria de dicha te veré en mis brazos,
hoy, si tú quieres, y si no..... mañana,
que lazos que ata Dios ¡eternos lazos!
romper no puede la malicia humana!

¡BUENAS NOCHES!

Después de una vigilia fatigosa,
ya casi á punto de entregarme al sueño,
gústame ver el cándido y risueño
semblante de mis hijos y mi esposa.

A su lecho con planta cautelosa
me va acercando mi amoroso empeño.....

¡Ah, no tiene un dormir tan halagüeño
el rocío en el cáliz de la rosa!

No tiembla más la mano que se atreve
á hurtar el bien ajeno, que yo cuando
en sus frentes purísimas de nieve
feliz y conmovido voy dejando
un beso dulce, silencioso, leve,
con labios que al besar están orando!

Tan escabrosa y árdua se considera esta combinación métrica, que muchos grandes poetas han ejecutado verdaderos *tours de force* en ella, á fin de probar su facilidad é ingenio. Conocido es el soneto de Lope de Vega *A Violante*. El mismo fecundo y prodigioso poeta compuso otro, con versos de catorce idiomas distintos, bien rimado y armonioso, y con unidad de pensamiento. Nuestro satírico prelado Ochoa y Acuña tiene entre sus producciones un feliz esfuerzo por el estilo, y Cisneros Cámara también ha intentado superar la dificultad como sigue:

DE COMPROMISO.

(En un álbum.)

A meterme en camisa de once varas
por complacerte voy, bella Loreto,
pues tengo para mí que un buen soneto
es rara cosa entre las cosas raras.

Si un instante siquiera meditaras
que en él deben campar por su respeto
dicción castiza y levantado objeto,
de tan árdua labor me dispensaras.

Sé que á decirme vas lo que no ignoro:
que sonetos se expenden por docenas;
mas ¡ay! no todo lo que luce es oro,
ni se castiga con atroces penas
á quienes, de las letras en desdoro,
plagian ó zurcen mal obras ajenas.

Inútil será añadir, dado el primor y la gallardía en lo general del lenguaje poético de Cisneros Cámara, su destreza en la versificación, ya evidenciada por las transcripciones anteriores, y la soltura y gracia con que maneja nuestro idioma, que ha sido igualmente acertado en el empleo de otros metros distintos de los que usa en los trozos de que he hecho mérito. Para prueba final de su habilidad de versificador, copiaré las dos primeras décimas de su composición *Ultimas notas*.

Brisas del valle nativo,
playa amena donde un día
sentí nacer mi alegría
al verme de amor cautivo;
un bálsamo, un lenitivo
dad, piadosas, al cantor
que un edén encantador
sueña, de espléndidas galas,
y á él no llega, pues sus alas
ya no le presta el amor.

Brisas que rizáis las olas
murmurantes de la mar
y hacéis gallardas flotar
las marinas banderolas;
cuando aquí, vagando á solas,
sujeto á mi negra estrella,
exhalaba mi querella,
brisas, en hondos suspiros,
en vuestros rápidos giros
los llevábais hasta ella.

No vaya á pensarse por lo que llevo dicho de las buenas cualidades del estilo de Cisneros Cámara, que le creo exento de todo linaje de ins

correcciones y defectos; pero son de tan poca gravedad, que constituyen insignificantes pecados veniales, de sencillísima absolución. Superando con mucho los aciertos á las faltas, pertinente me parece hacer omisión de éstas, ya que mi papel no es ahora por fortuna el de juez inflexible, sino más bien el de abogado cariñoso, y no sería cuerdo ni sensato que fuera yo mismo, en mi calidad de amigable patrono, á poner en mal á mi cliente con el público, que es en última instancia quien debe juzgarle y dictar el fallo definitivo. Como se ha visto por la circunstanciada apreciación que he hecho de ellos, los versos de Cisneros corren siempre fáciles y galanos, sin estorbos de afectado arcaísmo, rudas transposiciones, ni obscuridad ni desorden. Claros de dicción, sóbrios de concepto é intensos de sentimiento, reúnen las tres principales condiciones del canto lírico moderno, y las reúnen por espontánea manera, que es el *quid* del arte, la dificultad mayúscula y sería.

En cuanto al fondo, es decir, en cuanto á la esencia, las ideas de Cisneros Cámara están en sus propias obras de tal modo patentes, que no necesito comentarlas ni explicarlas. Cisneros ha manumitido su credo filosófico de la antigua intolerancia, suspicaz y tiránica: no está afiliado en la escuela positiva, pero tampoco pertenece al escolasticismo dogmático é intransigente. Es liberal sincero, de una fe inquebrantable en la bondad y éxito de su causa, habiendo en toda emergencia defendido sus principios con un valor y una firmeza dignos del mayor encomio. Polemista y escritor de combate, existen muchísimos escritos de su pluma, enérgicos y contundentes, que le aseguran una base sólida á su reputación periodística. El calor de sus opiniones políticas se refleja también en sus versos, ora en la forma del apóstrofe iracundo, ora en la del ataque incisivo y sarcástico. La cuerda de Marcial no falta en su lira: á menudo es simplemente festivo y humorista; pero nunca, ni en lo cómico, ni en lo satírico, olvida los preceptos de los grandes maestros en géneros tan difíciles de la literatura. Ha escrito á la vez algunas piezas escénicas que han sido aplaudidas en los teatros de Yucatán y Campeche. En mi sentir, sin embargo, vale más como lírico que como dramático, aunque en uno y en otro terreno sea poeta de estimación y crédito. De fácil palabra en la tribuna, la oratoria le debe algunos discursos entusiastas y vehementes, y ha sido también cantor épico de la guerra de castas en Yucatán, aunque desgraciadamente se le extravió el manuscrito de su obra, quedándole

sólo algunos fragmentos ó romances históricos, que ha incluido en esta colección.

Daré una idea general, para concluir, de los demás trabajos literarios y políticos de Cisneros Cámara y de los honores y puestos públicos que le han valido. Fué redactor de los periódicos yucatecos *El Pensamiento*, *El Libre-examen*, *Prurito literario*, *El Repúblico*, *El Porvenir* y *Telón de boca*; y ha colaborado en los que siguen: *El eco de la juventud*, *El alba*, *La actualidad*, *El Conservatorio*, *El Eco del Comercio*, *La Revista de Mérida*, *El Honor nacional*, *El Faro*, *El partido de Ticul*, *El fronterizo*, *La igualdad*, y *La sombra de Cepeda*. La escena meridana le es deudora de las composiciones dramáticas: *Honor y conciencia*, *Un hombre á la moda*, *Tablas*, *Deberes contra deberes*, *De la cumbre al abismo*, *A muerte* y *Primorosa*, que es la última de sus obras teatrales representada. Fué socio fundador del Conservatorio yucateco de música y declamación; socio fundador también del Ateneo y vocal de su Junta Directiva; Vice-director general del Conservatorio; profesor de literatura y declamación en el mismo establecimiento; Secretario de la Academia de Literatura; catedrático de geografía, filosofía y literatura en el Instituto literario, y socio de honor del Conservatorio Oriental y de la Sociedad artístico-recreativa. Ha sido, además, vocal de la Junta Directiva del Hospital general de Mérida, Oficial Mayor del Consejo de Gobierno, Jefe político del partido de Progreso y Diputado suplente á la Legislatura del Estado. Actualmente es representante del de Guanajuato en el 14° Congreso de la Unión, habiendo representado en el 13° á la misma entidad federativa y en el 12° á la de Yucatán.

En suma, Cisneros Cámara es sin duda uno de los más notables escritores de la península yucateca y honra con sus trabajos á la República entera. Para mí ha sido una verdadera satisfacción escribir el presente prólogo, en el cual rindo un tributo á la justicia y otro á la amistad.

FRANCISCO GÓMEZ FLORES.

México.—Diciembre.—1889.

LITERATURA MEXICANA.¹

Nota 4.^a al capítulo I.—Habiendo sido publicado el capítulo anterior en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* [tomo II, pág. 209] el periódico intitulado *El Tiempo* [Octubre 3 de 1889] dijo acerca de aquel capítulo: “Es un trabajo nuevo por la variedad y novedad de las noticias que encierra, respecto de la primera edición. Interesante, aunque árido, es simplemente un catálogo de autores, y más que capítulo de historia parece mero apuntamiento.” Respecto á la nota primera del mismo capítulo, relativa á un Prólogo de D. Rafael Angel de la Peña, asegura el articulista de *El Tiempo*: “Que mucho habría que decir *en contra* de Peña y Pimentel.” Vamos á contestar, aunque brevemente, dichos asertos.

Según el Diccionario de la Academia, *catálogo* es “una lista de personas, cosas ó sucesos puestos en orden.” Ahora bien, que nuestro capítulo no es simplemente una lista de personas se prueba con observar que damos noticias biográficas, bibliográficas y juicios críticos, y aun, á veces, muestras de las obras de los autéres: nada de esto contiene un simple catálogo ó apuntamiento. Resulta, pues, que el articulista de *El Tiempo*, ó no leyó con atención nuestro capítulo, ó no sabe lo que es catálogo. Debiera consultar el Diccionario, antes de censurar, y leer detenidamente lo que censura. Respecto á la *aridez* de nuestro capítulo, harémos estas observaciones.

Un escrito, según su género, debe ser divertido, conmovedor, interesante ó instructivo, y este es el carácter correspondiente á dicho capítulo, como parte de un libro didáctico. Pues bien, el articulista asegura que el capítulo de que se trata “es interesante, que contiene novedad y variedad de noticias.” Mal se aviene todo esto con la calificación de *aridez*, tratándose de una obra didáctica á la que basta ser *instructiva*; hay contradicción entre calificarla de *árida* y al mismo tiempo de *interesante*, pues *interessar*, según el citado Diccionario, tie-

¹ Las siguientes notas son una adición á las de los capítulos I y XV, que hemos publicado, de la HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO por D. Francisco Pimentel. Estas notas debieron haber salido hace algunos días; pero no fué posible por ausencia del Sr. Pimentel.

ne, entre otros significados, el de: “mover á los lectores un poema ó una narración.” Quiere decir que, según *El Tiempo*, nuestro capítulo llega al grado de un poema; luego no es árido. Debió haber dicho el criticador: “El capítulo de Pimentel es instructivo aunque árido.” Y aun así no resultábamos condenados, porque nuestra obligación no es formar lo que se llama *poesía impertinente* sino algo que instruya.

Los errores literarios del periodista que nos ocupa se explican con la confesión que él mismo hace: “Ser un humilde aficionado.” Si de buena fe cree tal cosa, entonces lo que debe hacer es dedicarse á estudiar algunos años más, antes de ejercer el magisterio de la crítica, el cual, según los preceptistas, debe practicarse cuando el escritor ha llegado á la madurez de su juicio, cuando ha aprendido todo lo más posible. Acordémonos de lo que dijo Boileau: *Jamais d'un écolier ne fut l'apprentissage.*

Respecto “á lo mucho que hay que decir *contra* Peña y *contra* Pimentel,” el novel Aristarco guarda completo silencio, lo cual sentimos porque nos quita el gusto de seguir contestándole.

Nota 5.^a al capítulo XV.—En el capítulo anterior hemos hecho un elogio de la poesía de Pesado intitulada *Mi amada en la misa del alba*, de la cual el sapientísimo literato y muy severo crítico Conde de la Cortina dijo lo siguiente:

“Cada una de las diez quintillas con que empieza esta composición, encierra un pensamiento completo, expresado con gracia, con morbidez y finura, y en una versificación tan rica como armoniosa. Creo que en el primer verso de la cuarta quintilla se deslizó un yerro de imprenta [que no se ha salvado en la fe de erratas del libro]; pues dice

Objeto que sí contiene

Debiendo decir conforme al buen sentido,

Objeto que en sí contiene. ®

Entre todas estas hermosas quintillas sobresale la séptima, cuyo lenguaje recuerda la sublime sencillez de Rodrigo de Cota, y cuyos pensamientos pertenecen á la filosofía más pura y consoladora. No quiero privarme del deleite de copiarla en este lugar para que pruebe mejor mis aserciones.

Yo sé que sobre esa altura
es el amor más perfecto,
es sin ficción la ternura;
más inocente el afecto;
y eterna la paz y holgura.

En nada es inferior á esta quintilla la siguiente:

Unido á la amada mía,
visitara esas regiones
donde siempre mora el día,
bañados los corazones
de purísima alegría.

Las estrofas endecasílabas que siguen á estas quintillas tienen el mismo mérito. Su arte métrico es muy natural, pues que alternan perfectamente bien los versos de once sílabas con los de siete, y esto debe servir de ejemplo á muchos poetas noveles de nuestros días, que creen dar mucho mérito á sus composiciones haciendo de ellas una pepitoria de metros que sólo sirve para fastidiar al lector y perpetuar la corrupción del gusto. Sin embargo, la imparcialidad me obliga á manifestar que en esta estrofa

Modesta virgen cuyas formas bellas
el cielo admira, el universo adora;
en cuyos ojos brillan las estrellas
y en tu frente la aurora,

se deslizó una falta de sintaxis, aunque se conoce desde luego que procede de un mero descuido. La sintaxis exige que pues se ha ido determinando la enumeración de partes por medio del pronombre *cuyo*, se continúe del mismo modo hasta el fin; y vemos que el último verso dice:

y en tu frente la aurora,

debiendo decir,

y en *cuya* frente &c.

Pero donde más brilla el ingenio y el esquisito gusto del autor, es en el romance que forma la tercera parte de esta composición. En ella se hallan unidas la ternura, la dulzura y la elegancia de Meléndez, á la pompa y majestad de Góngora. A un mismo tiempo viene á nues-

tra imaginación el romance de *Rosana en los fuegos*, y el de *Angélica y Medoro*.

En las estrofas que forman la cuarta división de esta pieza, campea la misma elegancia, la misma nobleza de estilo, y mayor sublimidad de pensamientos; pero entre tantas bellezas se hacen notar dos defectos. La primera estrofa dice:

Quando en el templo postrada
estás ante el Ser inmenso
entre una nube de insienso,
símbolo de la oración,
Me parece que eres ángel
que al trono de Dios asiste,
y que por el hombre triste
intercede con fervor.

No puede ser más bello el pensamiento, ni más pura la dicción, ni más rotundo y sonoro el verso; pero *ese me parece que eres*, del segundo cuarteto, es prosaico, y desdice infinito de los demás versos. ¿No podría variarse de este modo?

Como el ángel apareces
que al trono de Dios asiste.....

El segundo defecto se halla en los versos 6º y 7º de la segunda estrofa, en donde se han puesto como consonantes las palabras *afectos* y *conceptos*, no siendo sino asonantes.

La cuarta estrofa dice:

Con esas formas divinas
que acá en la tierra demuestras,
das al que te mira muestras
de la hermosura eternal.
Ya sé lo que vale el alma
que mis sentidos anima,
pues que conoce y estima
el precio de tu beldad.

Hé aquí uno de esos conceptos metafísicos que en manos de un poeta de menos ingenio, no hubiera producido más que un pensamiento alambicado, obscuro é ininteligible, al paso que expresado como está, con la sencillez propia de esa sublimidad poética, de ese entusiasmo que no se adquiere, sino que se recibe de la naturaleza, hace que esta

estrofa sea la mejor de todas las de esta parte de la composición que examinamos."

Vamos de acuerdo con todo lo que Cortina manifiesta, menos con que sea defecto consonar *afectos y conceptos*. El arte poética permite, por licencia, usar como consonantes palabras que rigurosamente no lo son, según explican, entre otros, Bello, en su excelente Ortología y Métrica, pág. 92 [Chile 1835], y Campillo Correa, en su Retórica y Poética, pág. 253 [Madrid 1886]. Después del Conde de la Cortina, todos los biógrafos y críticos de Pesado, nacionales y extranjeros, que han citado la poesía *Mi amada en la misa del alba*, lo han hecho con encomio, menos un criticador anónimo que en *El Tiempo* de México, Octubre 23 de 1889, se ocupó en hablar de nuestro capítulo anterior, impreso en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, tomo II, pag. 305. Ese criticador censura el trozo que transcribimos de dicha poesía según lo que vamos á copiar:

"La parte que de "Mi amada en la misa del alba" presenta el Sr. Pimentel nos parece que es la que conduce menos á probar que Pesado era poeta ecléctico, pues precisamente esa parte adolece del defecto de versos prosaicos y vulgares y hasta de alguna imperdonable falta de rima, que es imposible no haya notado el Sr. Pimentel, que suele fijarse en ápices de menor importancia.

Un cuarteto dice:

"En tu corazón se ocultan
de amor los puros afectos
y en tu mente los conceptos
de la ciencia celestial;"

en el que la palabra *conceptos* sobre ser enteramente prosaica, no es consonante de *afectos*. Además, llamar á Dios *Ser inmenso*, aunque es muy verdadero y alguna vez podrá ser oportuno, y por ende poético, en el pasaje á que aludimos, no lo es; la frase la *inteligencia* es también prosaica, y no lo es menos el verso

¡Oh! cuánto respeto imprimes:

que por otra parte presenta el defecto de no tener el verbo su complemento, pues no se dice en quién imprime respeto la dama: y los versos

Y reinas en una altura
harto superior á mí!

sobre ser inarmónicos, son prosaicos. La locución *altura alto superior* que no se oyé mal en conversación familiar y hasta en un artículo de periódico, es horrorosa en poesía; y en ese mismo caso está la frase *estimar el precio* que se halla en otro cuarteto; frase demasiado comercial para que no la desdeñen las musas y más que otra alguna la delicadísima musa del amor."

Comenzaremos por explicar, respecto á voces prosaicas, lo siguiente. Horacio en su arte Poética, enseña:

*Dixeris egregiè, notum si callida verbum
Reddiderit junctura novum.*

La doctrina de Horacio ha sido confirmada y desarrollada por preceptistas posteriores, como Martínez de la Rosa, *Poética* canto II nota 6, y Burgos, Discurso de recepción en la Academia Española. Martínez de la Rosa pone, como ejemplo de voces prosaicas usadas convenientemente en poesía, el *amarillo jaramago* de Rioja, y la *suelta cabra* de Herrera. Burgos hace ver que, en las composiciones poéticas, pueden usarse palabras tan comunes como los adverbios *cundo donde*, etc., y aun voces bajas como *alcahuete* y *burdel*. El mismo Burgos explica que las voces prosaicas se usan no sólo en la poesía llana, sino en la elevada. Empero, la mejor defensa que tiene Pesado contra el criticador anónimo es la siguiente: las palabras que el criticador señala como prosaicas *no lo son*. Desde luego tenemos, en nuestro favor, á Cortina quien no censura las voces de que se trata. Entre Cortina y el criticador de *El Tiempo* hay esta diferencia. Cortina era maestro, y nuestro criticador es un *humilde aficionado*, según él mismo confesó en el artículo que le refutamos antes, capítulo I nota 4.^o Es sabido que *los aficionados* son los que saben las cosas á medias. Vamos ahora á explicar por qué las palabras censuradas á Pesado no son prosaicas si bien, aun siéndolo, pudieran usarse en poesía, según lo manifestado.

Conceptos no es voz prosaica, es decir, común, vulgar, pues expresa una idea elevada que no está al alcance de todos, una idea que no solamente no es vulgar sino metafísica. Lo mismo sucede con *Ser Inmenso*, aplicado á Dios, y con *inteligencia*. El *humilde aficionado* no explica donde está lo prosaico del verso:

¡Oh! cuanto respeto imprimes.

Acaso se le antojó que *imprimes* es lo prosaico, como si aquí significara "señalar letras ú otros caracteres en el papel," mientras que su significación es figurada.

Altura harto superior, según el novel Aristarco que refutamos, es *horroroso*, en poesía, y lo mismo *estimar el precio*. Ahora bien, *harto* sería *horroroso* si significara *lleno, indigesto, repleto*; pero aquí significa *muy*, siendo *harto*, en este caso, palabra más escogida que *muy*. *Estimar el precio* se defiende con una locución análoga usada por el divino Herrera, *pagará el censo*, locución aprobada por Burgos en su Discurso citado. Otra prueba de que las palabras examinadas no son prosaicas, consiste en observar que las usan en estilo elevado, y aun en verso, los maestros del idioma castellano, según puede verse entre las muestras de bien hablar que trae el primer Diccionario de la Academia Española, llamado *de las autoridades*. He aquí un ejemplo:

Y Urania celestial, que de su ciencia
fué como la primera *inteligencia*.

Relativamente á la consonancia de *conceptos y afectos* ya hemos hablado.

Respecto á que el verbo *imprimes* no tenga *complemento*, lo que realmente resulta es que el *humilde aficionado* es quien carece de *complemento* en sus estudios, pues no solamente ignora el arte poética, según ya hemos visto, sino aun la gramática: no sabe que hay una figura de construcción llamada *elipsis*, la cual consiste en poder omitir en la oración una ó más palabras, cuando no hacen falta para el sentido del discurso, como sucede en el verso de Pesado. ¿A quién ha de *imprimir* respeto la dama sino al poeta que la canta? Por último, el *humilde aficionado* no nos explica en qué consiste lo inarmónico de los versos:

Y reinas en una altura
Harto superior á mí.

El criticador que nos ocupa, además de lo relativo al pasaje de Pesado, nos hizo otras dos observaciones que pasamos á contestar. Dice: "Párecenos que Pimentel no anduvo acertado, cuando al hablar del cambio hecho por Pesado en el soneto "Elisa en la fuente," sustituyendo los versos

"En medio de la fuente bulliciosa
los delicados miembros sumergías"

por estos otros:

"Y á orillas de la fuente bulliciosa
ocultos pensamientos divertías"

afirma que "lo que ganó el soneto en espiritualismo lo perdió en naturalidad, pues no es probable que una persona cuando va á bañarse, en lugar de entrar al agua se entretenga en meditar."

Lo contrario es lo cierto: al entrar al baño, sobre todo si se trata de un baño en una fuente, entre flores, á la sombra de los árboles, el alma se detiene á meditar en las cosas que más íntimamente le preocupan. En general, es observación que cuando el hombre queda á solas, cualquiera que sea el motivo, se entrega á meditar. Fácil sería justificar todo esto en el terreno literario con numerosas citas de novelistas y poetas; pero sería hacer demasiado largo este artículo."

No hay imposibilidad absoluta en que una persona, antes de bañarse, se entretenga en meditar, y por eso limitamos nuestra aserción con las palabras *no es probable*, si bien guiándonos, para la aplicación del caso según la regla general y no la excepción, como debe hacerse. Nuestro criticador, por su parte, no declara cuáles son los poetas y novelistas que acostumbran meditar antes de tomar un baño, así es que la prueba quedó sin valor alguno, y sujeto el asunto al solo dicho del articulista, contra el cual subsiste el de nosotros: en nuestra larga vida hemos observado que las gentes, cuando van á bañarse, llegan al baño, disponen sus cosas y se meten al agua, dejando para otra ocasión hacer examen de conciencia, buscar consonantes en la memoria ú otros actos mentales por el estilo.

Relativamente á los casos de plagio que hemos encontrado en las poesías de Pesado, dice nuestro criticador: "El Señor Pimentel al juzgar á Pesado en ese punto, llega hasta la nimiedad.

No hay para el amor distancia

dijo Pesado; y el Sr. Pimentel hace notar que ese verso es casi el de Meléndez.

Para el gusto no hay distancias. Si de semejanzas análogas fuéramos á tomar cuenta á los poetas, ¿á dónde iríamos á parar?

Nos permitirá también el Sr. Pimentel una advertencia de esas que Mr. Victor Hugo llama *de pedante*, pero que nos parece justo hacerle, ya que él lleva á tantos extremos su severidad con Pesado. No hemos podido recordar que el verso

Cantar quisiera, á solas, sin testigos,

sea de Fr. Luis de León.

Sólo recordamos aquello de

Vivir quiero conmigo;

Gozar quiero del bien que debo al cielo

"A solas, sin testigo," etc.

Si á estos versos ha querido aludir el Sr. Pimentel, cuando en la página 315 del tomo II de la Revista acusa de plagio á Pesado, nos parece que no son la mejor prueba de tal aserto, pues la idea, el giro y el metro son tan distintos, que lo único que queda de común es sólo la frase; lo cual si no desvanece, atenúa y mucho el cargo, como lo comprenderá cualquiera."

Nótese que nosotros hemos señalado, en las poesías de Pesado, varios casos de plagio, de más ó menos importancia, y que el *humilde aficionado* se reduce á impugnarnos citando sólo dos de esos casos, *los menos marcados*, en lo que se descubre notoria mala fe, ó suma ligereza para censurar: el articulista debió haber probado "que hay originalidad en Pesado las diversas veces que le hemos acusado de plagio." Obsérvese también que lo relativo á Meléndez lo atenuamos con la palabra *casi*. Empero, lo más curioso es, que el *humilde aficionado* negando que el verso *A solas sin testigo* sea de Fr. Luis de León, él mismo lo confirma encontrando inmediatamente el pasaje de Fr. Luis que nosotros omitimos citar. ¿Cómo acertó tan fácilmente con el verso *A solas sin testigo*, si no es de Fr. Luis? Cita, en su favor, el *humilde aficionado* á Montes de Oca, en el Prólogo á las poesías de Pesado, así como los escritos de Valera y de Campoamor sobre plagios. Esta cita no tiene valor alguno, porque nuestro criticador no explica el sistema de Valera ni el de Campoamor, y menos que se puedan aplicar esos sistemas á nosotros, á nuestro juicio respecto á Pesado, lo cual se entiende previa la admisión de los sistemas referidos: Valera y Campoamor no son infalibles y, en consecuencia, puede contradecirseles. Faltó, pues, que probar la mayor y la menor de un silogismo, es decir, todo. Hablando con franqueza agregaremos que el escrito de Valera, sobre plagios, nos es desconocido; pero que si hemos examinado la Poética de Campoamor, la cual juzgamos deficiente, confusa, desordenada y declamatoria. Empero, sea lo que fuere esa Poética, el caso es que lo que allí se enseña acerca del plagio literario (capítulo

III, párrafo 12) no se opone á lo que relativamente á los plagios de Pesado hemos dicho. De Montes de Oca recordaremos que precisamente le hemos refutado nosotros, y el *humilde aficionado* no demuestra que nuestra refutación sea falsa, contentándose con decir "que hemos sido *injustos* con Montes de Oca," pero sin explicar en qué consiste la injusticia.

No debemos concluir esta nota sin manifestar que en el periódico *El Partido Liberal*, hemos leído dos artículos, fechas Octubre 30 y Noviembre 1º de 1889, donde se comenzó á impugnar el erróneo juicio de *El Tiempo* de que hemos tratado. Contrayéndonos á lo que más directamente nos toca de esa polémica, sólo haremos esta breve observación. Según *El Partido Liberal*, en buen castellano no se dice *entrar al agua*, como hemos escrito nosotros, sino *entrar en el agua*. Para no ostentar una erudición innecesaria, nos reduciremos á citar, en nuestro favor, á Salvá, quien enseña, puede decirse, en locuciones iguales á la nuestra, lo mismo *entrar en* que *entrar á*. Véase la Gramática de Salvá página 286, Novena Edición.

FRANCISCO PIMENTEL.

A LA MEMORIA DEL R. P. ANGELO SECCHI. ¹

Momia de la grandeza que los siglos
en féretro de polvo sepultaron;
santuario de los Césares que viste
á tus pies el arcángel de la gloria;
cuyo poder fecundo,
en historia del mundo,
las páginas tornara de tu historia!
Ciudad de los portentos
que ante el Dios del progreso se derrumba,

¹ Esta poesía fué leída por su autor en la Velada Literaria que el "Club Alas" ofreció en la ciudad de Toluca el 2 de Noviembre último, al Sr. general D. Vicente Riva Palacio, Ministro de México en España, y dedicada al mismo eminente literato.

Cantar quisiera, á solas, sin testigos,

sea de Fr. Luis de León.

Sólo recordamos aquello de

Vivir quiero conmigo;

Gozar quiero del bien que debo al cielo

"A solas, sin testigo," etc.

Si á estos versos ha querido aludir el Sr. Pimentel, cuando en la página 315 del tomo II de la Revista acusa de plagio á Pesado, nos parece que no son la mejor prueba de tal aserto, pues la idea, el giro y el metro son tan distintos, que lo único que queda de común es sólo la frase; lo cual si no desvanece, atenúa y mucho el cargo, como lo comprenderá cualquiera."

Nótese que nosotros hemos señalado, en las poesías de Pesado, varios casos de plagio, de más ó menos importancia, y que el *humilde aficionado* se reduce á impugnarnos citando sólo dos de esos casos, *los menos marcados*, en lo que se descubre notoria mala fe, ó suma ligereza para censurar: el articulista debió haber probado "que hay originalidad en Pesado las diversas veces que le hemos acusado de plagio." Obsérvese también que lo relativo á Meléndez lo atenuamos con la palabra *casi*. Empero, lo más curioso es, que el *humilde aficionado* negando que el verso *A solas sin testigo* sea de Fr. Luis de León, él mismo lo confirma encontrando inmediatamente el pasaje de Fr. Luis que nosotros omitimos citar. ¿Cómo acertó tan fácilmente con el verso *A solas sin testigo*, si no es de Fr. Luis? Cita, en su favor, el *humilde aficionado* á Montes de Oca, en el Prólogo á las poesías de Pesado, así como los escritos de Valera y de Campoamor sobre plagios. Esta cita no tiene valor alguno, porque nuestro criticador no explica el sistema de Valera ni el de Campoamor, y menos que se puedan aplicar esos sistemas á nosotros, á nuestro juicio respecto á Pesado, lo cual se entiende previa la admisión de los sistemas referidos: Valera y Campoamor no son infalibles y, en consecuencia, puede contradecirseles. Faltó, pues, que probar la mayor y la menor de un silogismo, es decir, todo. Hablando con franqueza agregaremos que el escrito de Valera, sobre plagios, nos es desconocido; pero que si hemos examinado la Poética de Campoamor, la cual juzgamos deficiente, confusa, desordenada y declamatoria. Empero, sea lo que fuere esa Poética, el caso es que lo que allí se enseña acerca del plagio literario (capítulo

III, párrafo 12) no se opone á lo que relativamente á los plagios de Pesado hemos dicho. De Montes de Oca recordaremos que precisamente le hemos refutado nosotros, y el *humilde aficionado* no demuestra que nuestra refutación sea falsa, contentándose con decir "que hemos sido *injustos* con Montes de Oca," pero sin explicar en qué consiste la injusticia.

No debemos concluir esta nota sin manifestar que en el periódico *El Partido Liberal*, hemos leído dos artículos, fechas Octubre 30 y Noviembre 1º de 1889, donde se comenzó á impugnar el erróneo juicio de *El Tiempo* de que hemos tratado. Contrayéndonos á lo que más directamente nos toca de esa polémica, sólo haremos esta breve observación. Según *El Partido Liberal*, en buen castellano no se dice *entrar al agua*, como hemos escrito nosotros, sino *entrar en el agua*. Para no ostentar una erudición innecesaria, nos reduciremos á citar, en nuestro favor, á Salvá, quien enseña, puede decirse, en locuciones iguales á la nuestra, lo mismo *entrar en* que *entrar á*. Véase la Gramática de Salvá página 286, Novena Edición.

FRANCISCO PIMENTEL.

A LA MEMORIA DEL R. P. ANGELO SECCHI. ¹

Momia de la grandeza que los siglos
en féretro de polvo sepultaron;
santuario de los Césares que viste
á tus pies el arcángel de la gloria;
cuyo poder fecundo,
en historia del mundo,
las páginas tornara de tu historia!
Ciudad de los portentos
que ante el Dios del progreso se derrumba,

¹ Esta poesía fué leída por su autor en la Velada Literaria que el "Club Alas" ofreció en la ciudad de Toluca el 2 de Noviembre último, al Sr. general D. Vicente Riva Palacio, Ministro de México en España, y dedicada al mismo eminente literato.

permite al labio que entusiasta cante,
y, al eco de su acento, te levante
como el Profeta á Lázaro en la tumba!

Pero no; duerme en paz, vieja amazona,
guerrera del pasado, en paz descansa,
que, á celebrar tu espléndida corona,
el himno de mi lira no se lanza.
No canto tu soberbio Capitolio,
ni hoy tu grandeza á su esplendor concilio:
que á tu púrpura regia y á tu solio,
superan los cantares de Virgilio;
y supera el magnífico trofeo
que el Dios de tus conquistas enarbola,
una lagrima sola,
del llanto de dolor de Galileo!

Pero tú, Roma artista, Roma fuerte,
angusta hija de Atenas,
en pié, y á mi palabra, huya la muerte
que oprimirte parece en sus cadenas!
¡Levántate, que aspira
al genio tuyo celebrar mi lira,
á el águila que brota
de tí, soberbio nido
del alpe entre las rocas suspendido;
á el águila que altiva se levanta
del sol buscando el nítido elemento,
mientras crece á su planta,
la azul inmensidad del firmamento!

Quiero cantar al genio omnipotente,
crisálida de sombras..... larva inmundas.....
mariposa después de fuego ardiente
que en vuelo audaz circunda,
del mismo Dios la luminosa frente!
Grano de arena que estremece el ala
del impalpable insecto que se agita.....
Sol fecundo después que inunda el cielo,

con la divina luz que en él palpita!
Espléndido querube
que el caos razga dó el error alienta,
cual rompe el seno de la parda nube,
con sus garras de fuego, la tormenta!

¿Quién su fuerza midió?..... Qué ¿por ventura
se mide el cielo azul, el firmamento,
donde tiemblan los astros de topacio?.....
pues como él, infinito es el espacio,
donde cintila el astro pensamiento!
esa mágica antorcha que ilumina
el arca misteriosa,
donde avara ocultó naturaleza,
como púdica virgen su belleza,
la clave de sus leyes prodigiosa,
luz que de vida cuanto existe inunda,
la cóncava caverna, el cielo mismo,
cual Dios eterna, como el sol fecunda,
inmensa, cual la sombra del abismo!

Y no muere jamás..... pueden los siglos
las rocas destrüir de enhiesto monte,
romper los astros que los cielos pueblan,
y ensanchar, con la nada, el horizonte:
pero la idëa que al Eterno sube
como el incienso azul de los altares,
no podrán destrüir, como no puede
secar la luz del sol los anchos mares.
El genio es inmortal, y aunque sucumba,
la cárcel de materia que le guarda
y se torne ceniza,
no muere: son las gradas de su tumba,
las gradas de un altar: se diviniza.
Es el roble que altivo se derrumba
para trocar sus ramas en hoguera,
cuyo calor, y cuya luz alumbren
la humanidad entera!

Es el ciclópleo faro
que ostenta como lente, la mirada;
faro que muestra al hombre peregrino,
la playa desèada
del progreso divino.

Prodigiosa balanza que mantiene
en equilibrio igual que nos admira,
la gota de agua que la flor sostiene,
el mundo inmenso que en los cielos gira.
La vida que se mueve poderosa
en la tétrica inercia de la tumba,
la sagrada trompeta,
que las murallas del error, derrumba!

Es la límpida estrella que ilumina
á Moisés en el árido peñasco,
y le muestra la espléndida doctrina,
que, del árbol del tiempo, eterna yedra,
vivirá entre sus páginas de piedra.

Es el místico acento
que de sus lábios Isafas lanza,
para llevar á un pueblo corrompido,
ora la maldición, ya la esperanza;
es el poder sin nombre,
que del terror á Sófocles dió el rayo,
y á Aristofánes la tremenda risa,
con que los vicios atacó del hombre.

Es el dolor ignoto
que á Tucídides, niño, arranca llanto,
cuando contempla en silencioso encanto
la magnífica gloria de Herodoto!

Es el ángel que inspira
de Fidias al cincel, el seño altivo
que en la frente de un Dios, sólo se mira.
El hálito fecundo
de Jehovah, lanzado á los pinceles
de Zexuis, Miguel Angel y Apeles.

Es en Ovidio, plácidos cantares;
en Propercio, la queja enamorada;
la trompeta en Homero y en Virgilio;
en Horacio y Marcial, la carcajada.
Es el delirio que á Platón agita;
es la muerte de Sócrates profundo:
es la cuerda gigante que palpita,
por Dios pulsada, en el laud del mundo!

Y después, cuando el tiempo
del progreso besó la augusta frente,
¡cuánto genio brotó de esta caricia!
cuánto soldado ardiente
que de la ciencia al formidable Marte
siguieran bajo el cándido estandarte!

Es Galileo que creó el telescopio,
la gigante mirada,
ó da vuelo á la tierra encadenada
por el error impío,
en los eternos mares del vacío!
Es Franklin poderoso
que en entusiasmo ciego,
arranca á la tormenta victorioso
"su látigo de fuego."

Niepe y Daguerre, cuyo poder sin nombre,
la luz del día espléndida encadena,
y torna un grano de fundida arena
en la imagen del hombre!

Es Guttemberg que del olvido alcanza
romper los horizontes de granito,
y en el frágil papel, la idèa lanza,
como un astro rodando al infinito!.....
y Morse que la conduce
en las alas del rayo soberano!.....
y Fulton que domina
la ola del océano!.....
Y Syrus Field, y Edison, del siglo

admiración y orgullo.....
 Edisson, que al influjo de su genio,
 del casto amor eternizó el arrullo;
 la voz del padre anciano;
 del orador, el entusiasta acento;
 la vacilante voz del miserable
 del crimen acusando la presencia,
 y haciendo del fonógrafo admirable
 la aterradora voz de la conciencia!

Es.... ¿Pero á dó la musa tiende el vuelo?....
 ¿Podrán nunca sus débiles cantares
 contar los infusorios de los mares
 ó los rayos de luz que hay en el cielo?
 ¿Por qué mi pobre mente se divaga
 y al genio olvida que cantar debiera?
 ¡Ah!..... responded ¿por qué la vista vaga
 cuando al buscar en la cerúlea esfera
 palida estrella hermosa,
 encuentra el firmamento,
 una eterna y sublime nebulosa?.....
 El genio, es como el Sol: su luz fecunda,
 la creación infinita,
 y, en los cerebros que de vida inunda,
 planetas forma do su luz palpita!

En el nido de Ariosto,
 de esa ave hija de Homero, cuyo trino
 al celebrar los bélicos honores,
 también vibra el divino
 armonioso cantar de los amores,
 Secchi miró la luz, la luz ardiente
 del rojo Sol que, en página elocuente,
 tornó, cuando el sublime
 don que al error oprime,
 leer hiciera á su mirar osado
 el alfabeto escrito
 por el dedo increado
 en la página azul del infinito!

Genio fecundo, orgullo de la Italia,
 admiración del siglo diez y nueve,
 de este siglo sublime en que el trabajo,
 es una religión que el alma mueve!
 Titán, cuya mirada busca un cielo
 para apagar la sed que le devora,
 sed de luz, de esa luz que Ajax implora
 y detiene Josué en el azul velo.
 Viagero que en los mares de la ciencia,
 audace busca el anhelado polo,
 sobre la barca de la fé..... tan sólo
 con el débil timón de la conciencia!
 Y que en la senda que el Caldeo trazara,
 y la planta de Hiparco audaz hollara,
 hunde la quilla y con afan profundo,
 va, segundo Colón, en pos de un mundo!

¿Cómo cantar sus glorias? ¿Podrá el labio,
 la torpe lira celebrar podría,
 los profundos secretos que el gran sabio
 supo arrancar al luminar del día?
 Viste el sol su ropaje de tinieblas.....
 el eclipse total, aterra al mundo,
 y, mientras tiembla el hombre sumergido
 en pánico profundo,
 el sabio se levanta, y atrevido,
 de ese sol, que parece la conciencia
 que oprime al criminal, para la ciencia
 roba un rayo de luz, mostrando luego
 la *exelsa oía* de fuego!
 Y las *manchas* estudia que oscurecen
 su disco luminoso, y que le ofrecen
 un punto de partida,
 para dar á la ciencia *nueva vida*.
 ¡Coincidencia que asombra!
 la larva de la ciencia está en la sombra.....
 sombra y luz doquier hay en la natura;

hay entre el bien y el mal, unión eterna,
y, un beso es una mancha en la hermosura,
como lo es en el sol una caverna!

¿Sabéis lo que es la atmósfera? El ropaje
con que el mundo se viste,
en donde es un joyel cada celaje,
donde un secreto en cada pliegue existe.
¿Queréislo adivinar? El meteorógrafo,
sibila de la ciencia,
que de Secchi creo la inteligencia,
os lo sabrá decir con la divina
voz que el progreso brota,
como os dice: "calor," la golondrina,
y como os dice: "lluvia" la gaviota!

Mas. . . no es dado á mi lira
la obra tuya cantar, genio potente
á cuya voz descienden *las estrellas*
como escuadrón de ovejas obediente,
dejando en tu mirada,
la miel de sus secretos anhelada!
Para tí los fulgores
de la impalpable luz, son menságeros
que traen, en sus alas de colores,
la materia que forma á los luceros:
para tí el infinito,
no es más que un libro por do quier escrito!

Genio de Italia!..... en el inmenso espacio
donde brillan Copérnico y Keplero,
donde Laplace soberbio se levanta,
donde se alza de Newton á la planta
como incienso, el amor del mundo entero;
do se ostenta Lalande, donde cruzara
Leverrier su mirada con Neptuno,
do se asientan Fabricio y Jordan Bruno
con la antorcha de Pisa, Galileo,

tu egregio nombre destacarse miro,
tu gloria inmensa celebrarse veo!

Secchi, genio bendito
que marcadas con luz dejas tus huellas;
tú que el nombre de Dios hallaste escrito
en el libro inmortal de las estrellas
que tiene por atril el infinito,
nunca habrás de morir; nó, la obra tuya
la eternidad te abona,
porque ella es el diamante del trabajo,
que brilla del progreso en la corona.
Duerme sobre la tumba,
sobre ese altar que te erigió la nada,
mientras vive tu gloria,
mientras la humanidad entusiasmada,
templo egregio levanta á tu memoria!

Y tú, Roma soberbia,
hermosa Italia que nacer le viste;
conserva con amor su humilde tumba:
que si el roble gigante se derrumba,
se trocaren sus ramas en hoguera,
cuyo calor y cuya luz animen
la Humanidad entera!

FELIPE N. VILLARELLO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOGRAFIA.

Ropa Vieja.—Tal es el título puesto por el popular escritor peruano D. Ricardo Palma, á la última serie de las deliciosas *Tradiciones* que le han conquistado tan gran celebridad. Siendo el Sr. Palma conocido y estimado en nuestro país, como lo es en todos los pueblos de habla española, creemos inútil detenernos á encomiar las bellezas del libro que anunciamos. La sola noticia de la aparición de la nueva obra del fecundo escritor, bastará, seguros estamos de ello, para despertar en los lectores de la REVISTA NACIONAL vivo interés por conocer dicha obra. Creemos sí, á fuer de leales amigos, que no debemos dejar de significar á nuestro distinguido colaborador la pena que nos ha causado la lectura del proemio de su libro.

A los liliputienses literarios, como con buen acuerdo llama á los que le han denigrado, nunca debió el Sr. Palma dedicar un solo rasgo de su pluma. Dar valor, por insignificante que sea, á los dicerios de los envidiosos es proporcionar á éstos un triunfo. Bien sabido debe tener el atildado tradicionista, que aquellos que no pueden adquirir un nombre por medio de obras que son fruto del saber y de la inteligencia, buscan la notoriedad deturpando á los que poseen una reputación ilustre, y cuando la víctima de sus innobles ataques desciende hasta ellos, siquiera sea en una alusión, logran atraer la atención pública y entonces se dan por satisfechos. Por lo mismo, á los envidiosos hay que dejarlos en el fango en que se arrastran.

Creanos el Sr. Palma; el mejor castigo que puede imponerse á los envidiosos es no sacarlos de la obscuridad, y hacerles comprender, con el silencio, que se les desprecia. Demás de esto, el Sr. Palma debe comprender que es la pasión política la que ha inspirado á sus críticos. En el Perú no podrán olvidar nunca los amigos de los Jesuitas, que al autor de las *Tradiciones* se debe en su mayor parte la expulsión de esos sacerdotes. No se trata, pues de una crítica razonada, sino de una venganza jesuítica.

TOPONOMATOTECNIA NAHOA.

IV

DE LOS NOMBRES HAGIOGRÁFICOS.

En la clasificación que hicimos de los nombres de lugar registrados en la *Matrícula de los Tributos del Códice Mendocino*, hemos aplicado la denominación de hagiográficos á los que están tomados de los nombres de las divinidades, de los templos, de las ritualidades y de las fiestas religiosas. Constituyen un agrupamiento importante al que pertenecen cerca de la décima parte del total de los nombres geográficos clasificados, y el examen detenido de semejantes apelaciones es extremadamente curioso é interesante. Desde luego observaremos que sus nombres no son enteramente primitivos como los fisiográficos, su origen remonta indudablemente al período azteca, y los pueblos á que hacen referencia han debido encontrarse en aquellas regiones en que más predominio alcanzó la influencia sacerdotal.

En las pinturas geroglíficas los caracteres dominantes son: ya un medio sol, símbolo de *teotl*, como en *Teopantlan*, *Teotzinco*, *Teotenanco*, *Teotitlan*, etc; ya una pirámide con escalones que representa un templo, *teocalli* ó *teopantli* y que arroja en la composición los sonidos *teocal* ó *teopan*, como en *Teopantepec*, *Cihuateopan*, *Teocaltzinco*, *Teocalhueyac*, etc. En los demás casos entra combinado con alguna posición el nombre de una divinidad, como en *Chiconquiuhco*, lugar consagrado á *Chiconquiahuitl*, diosa de los mercaderes; *Huitzilopochco*, hoy Churubusco, lugar consagrado al dios de la guerra Huitzilopochtli, el terrible y espantoso númer; *Chipetlan*, lugar del dios *Xipe* ó *Totec*; *Macuilxochic*, lugar destinado á *Macuilxochitl*, "dios del juego de dados," llamado también *Xochipilli*, que quiere decir el principal que da flores ó que tiene cargo de dar flores.

Es inquestionable, dada la índole del habla nahoa; que tratándose de los nombres hagiográficos, siempre que intervenga en la composición la terminación *tzinco*, debe atribuírsele un valor netamente reverencial, y en tales casos la traducción más correcta y adecuada del estimativo *tzin*, será la de sagrado, venerado, etc.

No ha faltado un escritor y por cierto de grande autoridad en cuestiones relativas á la historia antigua y á la arqueología nacional, que haya emitido la opinión de que á alguno de esos nombres de lugar que hemos llamado hagiográficos debiera achacársele más bien un origen cronográfico, es decir, que haría referencia al día, mes ó año de la fundación de la población. Verdad es que ese sistema prevaleció en algunas de las apelaciones impuestas por los conquistadores españoles, que dieron en muchos casos á los lugares nombres del martirologio romano relativos á la fecha del descubrimiento, fundación ó conquista del lugar; mas no es razonable suponer que ese procedimiento, que demanda la práctica de ciertas formalidades burocráticas, haya tenido aplicación en la fundación de los pueblos nahoas, muchos de los cuales tuvieron acaso por núcleo una choza, crecieron por aglomeración y tal vez en sus comienzos carecieron de un nombre peculiar que los distinguiera de otros pueblos; ó por lo menos llevaron sólo en su origen un simple nombre topográfico al que vino á asociarse después el hagiográfico, sustituyendo al antiguo por completo en razón del imperio de nuevas ideas. La circunstancia que ha dado margen á la hipótesis que acabamos de recordar y que en alguna manera introduce en el ánimo la vacilación, proviene indudablemente de que los nombres de los días y de los años, en el calendario mexicano, se forman por la combinación de los signos cronológicos con los numerales del ciclo ó período; y los nombres compuestos que resultan sirven no sólo para designar un día ó un año, sino que en varios casos constituyen también las apelaciones especiales de determinadas divinidades. Tal sucede con *Chicomecoatl*, diosa de los mantenimientos; *Chiconquiahuitl*, una de las hermanas de *Yacatecuhtli*, deidad de los mercaderes; *Macuilxochitl*, de cuyos atributos ya hemos hablado; *Omecatl*, dios de los con-vites; *Ometochtli*, dios del vino y muchos otros númenes del panteón mexicano como *Ometecuhtli*, *Macuilquiahuitl*, *Macuilcalli*, *Macuilc-i-pactli*, *Chiconahuecatl*, *Macuilmalinalli*, *Macuiltotec*, *Chiconahuapan*, *Chicomocelotl*, etc.; llamando particularmente la atención que entre los elementos de origen numeral que concurren á la formación de esos nombres aparecen constantemente y con exclusión de los demás de la serie aritmética, *ome*, dos; *macuilli*, cinco; *chicome*, siete, y *chiconahui*, nueve, á guisa de números sagrados ó simbólicos, que hacían papel principal en la cosmogonía, en la teogonía y en la cronología nahoas y que han debido estar siempre presentes en la imaginación supersti-

cosa de aquellos pueblos, á semejanza de los números simbólicos que se encuentran en otros sistemas filosóficos de la antigüedad.

Hablando sobre este particular el Sr. Alfredo Chavero y persiguiendo la idea de demostrar la diversidad de origen de hindús y nahoas, dice en uno de sus eruditos estudios arqueológicos sobre "La piedra del Sol." ¹

"Para concluir con la materia de la numeración, manifestaré que los números simbólicos, como unidos á las ideas religiosas y á las preocupaciones de los pueblos, dan idea segura de la personalidad de una raza; y por eso encontramos los mismos en la India, en Grecia y en Roma. Estos son: el 3, *triade*, el número perfecto; el 5; el 7, siete son los planetas, los días de la semana, las hiadas, etc; el 9, emblema de la muerte ó sucesión de la vida; y el 10, *década*, fundamento de las ciencias. Creo, según mis observaciones, que se formaron sumando los primeros números, sucesivamente de dos en dos: $3 = 1 + 2$; $5 = 2 + 3$; $7 = 3 + 4$; $9 = 4 + 5$. El número 10 se formó de las cuatro primeras unidades: $10 = 1 + 2 + 3 + 4$.

"Los nahoas formaron sus números misteriosos y simbólicos con la sola combinación del 1 y el 4.

" $1 + 1 = 2$, el *Ometecuhtli*, el creador.

4, los cuatro soles, los cuatro años iniciales, etc.

$1 + 4 = 5$, los cinco días de la semana, los cinco soles de los mexicanos, el período de cinco ciclos, etc.

$1 + 4 + 4 = 9$, los acompañados, los nueve meses que hacen medio año, etc.

$1 + 4 + 4 + 4 = 13$, los días sucesivos que forman repitiéndose el año, la triadecatérde, los años del *tlalpilli*, que forman repitiéndose el ciclo ó *Xiuhmolpia*, etc.

$4 \times 5 = 20$, los números de la primera serie, el número inicial de la serie progresiva, los días del mes, etc.

"Para hacer más notable la diferencia en un punto tan esencial en las civilizaciones antiguas, formamos la siguiente tabla:

Números simbólicos.

Hindús 3 — 5 — 7 — 9 — 10.

Nahoas..... 2 — 4 — 9 — 13 — 20."

¹ Anales del Museo Nacional de México, tomo II, pág. 37.

Hasta aquí el Sr. Chavero.

Ahora bien, en los nombres de las divinidades nahoas que arriba hemos apuntado, entran precisamente como elementos los números simbólicos hindús 5, 7 y 9, y aun respecto del vocablo *ome* que figura en la composición de *Ometecuhli*, *Ometochtli*, *Omecatli* y *Omeyocan*, nos inclinamos á pensar, si se busca en otra parte su origen, que hace también referencia al número simbólico hindú, 3, tratándose de una denominación hagiológica, y que por una evolución semántica de la que presentan tantos ejemplos las indagaciones etimológicas, perdió su genuino significado y tuvo aparentemente otro diverso. En la presencia de la radical *ome* en los nombres de dos grandes figuras de la cosmogonía azteca, creemos reconocer un nuevo dato acerca del origen común de los Indios nahoas con los del Indostán y vamos á exponer el fundamento de nuestra presunción.

La cosmogonía nahoá está consignada en la primera lámina del Códice Vaticano y en el tomo II de la Colección de Lord Kinsborough, leemos lo que sigue:

"Copia de un manuscrito mexicano conservado en la librería del Vaticano, en 149 páginas marcada número 3,738."

En la página siguiente de la citada obra, leemos lo que á continuación traducimos. La explicación de las pinturas contenidas en este manuscrito, tal como se halla en el tomo VI de la obra del autor mencionado y que comienza:

"Con cuánta verdad San Pablo en su primera Epístola á los Romanos observa, que los hombres por la luz de la razón adquieren un conocimiento parcial de las cosas invisibles de Dios, y está demostrado que los nativos de la Nueva España que aunque eran de un pueblo muy bárbaro y de una inteligencia muy inferior, ellos creían, como lo revelan sus pinturas, en la existencia de nueve causas superiores, las que nosotros llamamos cielos, á las que atribuían todos los efectos del Universo, y en las que colocaban la primera causa, causa de todo lo demás. Estas nueve causas las distinguían ellos por el color del cometa; cada causa ó cielo recibía su denominación."

LÁMINA I.

"1. Homeyoca, que significa el lugar en el que existe el Criador del Universo, ó la Primera causa á la que ellos le dieron otro nombre, el

de Hometeutli, lo que significa el Dios de la dignidad tripa ó tres dioses, el mismo nombre que *Olomris*. Lllaman ellos este lugar en que reside, *Zive navichnepaniucha*, que significa *che unol diz' sof h' VIII compostuz'd* como fos¹ y por otro nombre Homeyocan, el lugar de la Santa Trinidad, la que conforme á la opinión de muchos ancianos, creó por su palabra á *Cipactonal* y á una mujer llamada *Xumio*, y estos son el par que existieron antes del diluvio, y este par fué el que creó á *Tonacatiutli*, como lo referiremos después. 2, Hometeutli. 3, Teotl Tlatlaucha, que significa cielo enrojecido. 4, Teotl Cocaucha, el cielo amarillo. 5, Teotl Iztaca, el cielo blanco. 6, Iztapal Nanazcaya, cielo de rosa. 7, Ilhuicatl Xoxoucha, cielo verde. 8, Ilhuicatl Yayaucha, cielo negro. 9, Ilhuicatl Mamaluacoca. 10, Ilhuicatl Huixtutla. 11, Ilhuicatl Tonatiuh.

LÁMINA II.

1, Ilhuicatl Tetlalicue. 2, Ilhuicatl Tlalocaypanmeztli. 3, Tlaltiepac, la tierra. 4, Apano Huaya, el paso del agua. 5, Tepelli Monanamycia, las montañas que unen. 6, Iztepetl, la montaña del cuchillo. 7, Yee Hecaya. 8, Pacoecoe Tlacaya. 9, Temiminaloya, lugar donde se asaetea. 10, Teocoycualoya. 11, Izmiectlanapochealoca."

El ilustre profesor D. Gumesindo Mendoza, después de rectificar la ortografía de algunas palabras, traducir otras que no lo estaban y cambiar la ordenación de los símbolos para el objeto que se propuso, emite sus ideas respecto del significado de unas y otros en el interesante estudio que con el título de "Cosmogonía Azteca" publicó en el tomo I de los Anales del Museo Nacional, página 340.

No seguiremos al eminente profesor en sus sabias lucubraciones, por no ser indispensable á nuestro propósito y bastará para nuestro intento recordar que en concepto del Sr. Mendoza, Ometeuitli no significa dios trino, como tradujo el intérprete, sino "dos veces Señor" y Omeyocax, "dos veces Criador."

El Sr. Chavero escribe *Ometecuhli*, que quiere decir *Señor dos* y *Omeyocan*: "el lugar en que anda el dios dos," creyendo encontrar en tales términos una nueva prueba de que la dualidad era el principio teogónico de los nahoas, apoyándose en la circunstancia de que al tener la figura "el rostro con su color natural manifiesta que es hombre;

¹ La traducción del P. de los Rfos no es inteligible.

y con las manos amarillas, que es mujer, pues siempre en los jeroglíficos se representan amarillos el rostro y las manos de las mujeres."

Por nuestra parte, aventuremos la opinión de que los elementos *ome*, *maeuilli*, *chicome* y *chiconahui* antepuestos á los nombres de los númenes nahoas no tienen el significado numeral que arroja la traducción literal, sino un significado que pudiéramos llamar reverencial y cuyos orígenes, pueden encontrarse también en el sanscrito como los otros ejemplos que hemos presentado en nuestros artículos precedentes de nombres refractarios á los métodos ordinarios de la indagación etimológica.

Ome, en los casos de que venimos ocupándonos, procede del sanscrito *óm*, monosilabo místico compuesto de *a u m* y que representa en su unidad fonética y gráfica la trinidad india de Brahma, Vishnu y Siva. Todo acto religioso, toda acción grave, todo libro de alguna importancia, va precedido de *óm*. Dásele el nombre de *ékam axaram*, la sílaba una é indivisible. Pero esta palabra viene probablemente por contracción, de *avam*, neutro de *ava*, que significa en zenda, éste, ese y que indica lo que va á seguir. El uso de *óm* es con mucho anterior á los cultos especiales ó reunidos de los tres dioses y entra en muchas fórmulas: *óm — tat — sat*, Om, El, el Sér ó el Bien, es decir Dios ó el principio neutro de la determinación y de la existencia.

Tal vez no iba descaminado el religioso dominico Pedro de los Ríos cuando queriendo concordar el mito azteca con la trinidad cristiana, llamaba al dios principal, al rey de los dioses nahoas, *Ometecuhtli*, Dios trino, y al lugar de su residencia *Omeyocan*, formada acaso de la sílaba mística *óm* y la palabra sanscrita *óka* ú *ókas*, casa, refugio, habitación; y antójásenos que el *Ometecuhtli* representa la *trimurti* de los hindús, formada en nuestro caso por *Tonatiuh*, *Oxomoco* y *Cipactli*. El dios creador, adornado lujosamente, está sentado sobre el *tlatocai-palli*, ó silla señorial, y á su espalda se ve el *copilli* de los *tecuhtli*, para significar que es el principal, el señor de los otros dioses. Ostenta en la frente, á guisa de cuerno, el signo del "*Cipactli*," que aparece en las pinturas bajo muy diversas formas, aunque siempre como un sér fantástico, semejante si se quiere á un pez ó á un monstruo marino; en el Tonalamatl, primera trecena, sale de las aguas en la forma de un cocodrilo. En cuanto á significado le llaman espadarte ó peje-espada, serpiente, serpiente armada de arpones, *el padre superior á todos*, como dice Boturini, etc. En realidad es un símbolo que se refiere á las

tradiciones cosmogónicas y lleva consigo la idea de comienzo, principio, origen. *Cipactli*, entra en la formación de la palabra *Cipactonal*, compuesto que propiamente significa el principio de los días, del sol ó de la luz. *Cipactli*, recuerda el primer instante de la Creación, ó según el símbolo del Tonalamatl, el punto en que las tierras salieron de las aguas, la formación de los continentes."¹

Ahora bien, en el mito hindú, *Vishnu* es el dios que se encarna, el esposo de Laxmi; Agni, el fuego; el símbolo de la generación; y en el diccionario sanscrito encontramos las palabras *vishanana*, serpiente; *vishani*, especie de serpiente, *vishána*, cuerno de animal, que tienen analogía fonética con el nombre de Vishnu y recuerdan por su significado la figura del *Cipactli*, que afecta la forma de una serpiente retorcida armada de dardos, ó de espinas, *huitztlí*.

Tenemos pues, ya en el *Ometecuhtli* una reminiscencia de Vishnu en el *Cipactli*, vocablo que acaso se relaciona con el sanscrito *eipi*, rayo de luz; *cipivishta*, radiante, sinónimo de Vishnu también; el color amarillo de las manos de la figura, caracterizando á una mujer, nos trae á la memoria la tercera persona de la *trimurti*, Siva, *cihuatl*; y las huellas de la palabra *Brahma* creemos reconocerlas en los arreos sacerdotales de la pintura: Brahma, deidad suprema de los hindús; Brahman, sacerdote y doctor de la religión de Brahma; *brahmaçárin*, novicio, joven brahman; *tlamacazque*, ministros y servidores de los templos de los ídolos; *tlamacahuani*; penitente.

Creemos haber demostrado que el vocable *ome* antepuesto á ciertos nombres mitológicos nahoas no trae aparejada la idea de dualidad sino la idea de trinidad, siendo realmente un símbolo místico procedente de las orillas del Ganges y que si aparentemente ha perdido su genuino significado, es en virtud de un fenómeno frecuente que se observa en las evoluciones de las lenguas, como efecto de su inestabilidad, y ya por la obra inconsciente de los pueblos que las hablan; ya por las perturbaciones causadas por el contacto de otras lenguas y de otras ideas, aportadas por extrañas civilizaciones; ya por el olvido á desconocimiento de los orígenes etimológicos.

Mr. Ferd. Pennier hablando de las vicisitudes de los nombres topográficos, en su obra ya citada,² refiere cómo en cierta región de Fran-

¹ Orozco y Berra.—Ensayo de descifración jeroglífica.—Anales del Museo Nacional, t. I, p. 289.

² Les noms topographiques devant la philologie.

cia, durante la Edad Media, se cambió el prefijo celta *sant* de muchos nombres de lugar en el calificativo *saint*, separándolo del resto del nombre por un guión, y resultando de ahí que diversas localidades ostentaban nombres de santos personajes imaginarios, desconocidos en el calendario y elevados solamente á los honores de la canonización por la fantasía de la voluntad popular. *Sant* significa valle, por su radical *ant*; y de *Santenay* se formó sucesivamente Santeny, Sainteny, Saint-Eny, que con un ligero esfuerzo se hubiera convertido en Saint-Denis.

El prefijo *macuil* en *Macuilxochitl*, *Macuiltotec*, etc., no es precisamente un adjetivo numeral sino un reverencial ó estimativo, que sospechamos se deriva de *mah*, honrar, adorar, servir, estimar, etc., de donde proceden el griego *μέγας*, el latín *magnus*, el lituaniense *macnus*, y que figura en la composición de las palabras sanscritas *mahaka*, hombre eminente; *mahana*, honorable, adorable; *máhákala*, Siva (como símbolo del tiempo destructor); *MAHAKULA*, noble, de una gran familia, etc.; é igual observación debemos hacer respecto de los otros prefijos que por una singular evolución fonética revisten aparentemente la forma de un número dígito.

Volviendo á los nombres hagiológicos nahoas, diremos que además de los que hemos examinado en este artículo é incidentalmente en el precedente, existen otros que en su estructura conservan las huellas de la lengua de los Brahmas.

Independientemente de la notable analogía fonética que sin violencia se descubre entre las voces sanscritas *déva*, dios; *dévakuta*, templo y las correspondientes nahoas: *teotl* y *teocalli*; citaremos los nombres de dos númenes del panteón mexicano: Paynal y Tlaloc.

"Este dios llamado Paynal, dice el P. Sahagún,¹ era como sota-capitán del arriba dicho [Huitzilopochtli]; porque como capitán mayor, dictaba cuándo se había de hacer guerra á algunas provincias. Este, como su vicario, servía para cuando repentinamente se ofrecía salir al encuentro, porque entonces era menester que este *Paynal*, que quiere decir ligero ó apresurado, saliese en persona á mover la gente, para que con toda prisa saliese á verse con los enemigos. Después de muerto la fiesta que le hacían era que uno de los sátrapas tomaba la imagen de este *Paynal*, compuesta con ricos ornamentos como Dios, y hacían una procesión con él bien larga, y todos iban corriendo á más correr,

¹ Historia general de las cosas de Nueva-España, t. I, p. 2.

así el que le llevaba como los que le seguían. En esto representaban la prisa que muchas veces es necesaria para resistir á los enemigos, que sin saberlo acometen haciendo celadas."

Paynal viene del verbo mexicano *payna*, correr ligeramente, ir; pero en sanscrito tenemos también las voces *pay* y *payámi*, con idénticas acepciones. *Tlaloctlamacazqui*, *Tlalocatecuhtli* ó simplemente Tlaloc era el dios de las lluvias: "decían que él daba las lluvias para que regasen la tierra, mediante la cual lluvia se criaban todas las yerbas, árboles y frutos y mantenimientos; también decían que él enviaba el granizo y los relámpagos, y rayos, y las tempestades de agua, y los peligros de los ríos y de la mar."¹

La voz Tlaloc puede venir de *dára*, lluvia menuda, escarcha; existiendo además con la misma radical las voces *dáráta*, nube; *dárádara*, nube de lluvia; *dárásampáta*, lluvia abundante, chubasco; *dárására*, lluvia.

Son también notables las siguientes analogías:

Tlazolteotl, diosa de los placeres amorosos; sanscrito, *tása* [tlaza] placeres amorosos.

Napatecuhtli, uno de los dioses *tlaloques*; sanscrito, *naba*, nube.

Yacatecuhtli, deidad de los viajeros; sanscrito, *yá*, ir á alguna parte; *yátu*, viajero; *yátrá*, camino.

Mictlantecuhtli, señor de los infiernos; *mictlan*, infierno, lugar de los muertos; sanscrito, *mieraka*, paraíso, lugar de los muertos.

Las concordancias serían más perceptibles si con nuestros modernos caracteres alfabéticos pudiera representarse con más fidelidad el fonetismo de los antiguos vocablos hindús y si el sanscrito no tuviera matices tan numerosos y variados que es necesario expresar por medio de letras diversas, aparejadas de signos especiales, que corresponden á determinadas articulaciones; y deben tenerse presentes las evoluciones fonéticas que una misma letra del alfabeto brahamánico ha experimentado en otras lenguas derivadas. Así, la palabra *danta*, diente, defensa de elefante, sufre las siguientes transformaciones: griego, *δδόντος*; latín, *dens*; lituaniense, *dantis*; gótico, *tunthus*; inglés, *tooth*; mexicano, *tlantli*.

Podríamos continuar presentando ejemplos adecuados á nuestro propósito, pero creemos que los expuestos son suficientes para llamar la

¹ Sah., t. I, p. 3.

atención sobre la importancia trascendental de los resultados á que pueden llevarnos las indagaciones onomatológicas y jeroglíficas sobre la lengua nahoa, siguiendo el sendero que hemos hollado con la desconfianza consiguiente á nuestra insuficiencia, y por el cual exploradores más hábiles y más afortunados que nosotros podrán arrancar nuevos secretos á la Historia y á la Filología americanas.

V. REYES.

LA CALANDRIA.

—¡Pobrecita!— exclamaba Doña Manuela, bañados en lágrimas los ojos, al apagar, de un soplo, una larga bugia de cera, amarillenta y quebrada en tres pedazos, y extinguiendo con las extremidades del índice y pulgar humedecidas en saliba, el humeante pábilo. —¡Esta noche se nos va! ¡Pero, á Dios gracias, con todos sus auxilios!

—¿Y qué dijo el médico?— preguntó Petrita, la hija de la casera, alargando á su interlocutora otra vela.

—Dijo esta mañana que no tiene cura, y mandó que se dispusiera luego, luego, para recibir el Viático, antes de que le volvieran las bascas. Y ahí me tiene vd., mi alma, subiendo y bajando para arreglarlo todo, en el ínter que su mamá de vd. y Paulita la del 6, ponían el altar..... ¡estoy rendida! Por eso no entré á ver el Viático.....

—Deje vd. Doña Manuelita, si yo también he estado apuradísima, componiendo las botellas de flores y haciendo los moños para las velas, y eso que Tiburcita me prestó los que le sirvieron el año pasado en el altar de Dolores, que si no, no acabo.

—Y está el altar que da gusto verlo; se parece al que ponen en Santa Marta las hijas de María— dijo, tomando parte en la conversación, una mujer de prominentes caderas y marcado bigote— como que el Padre lo ha estado mirando y remirando, como si dijera: ¡qué lindo está!

—¡Y qué á tiempo traje la sobrecama!— repuso Doña Manuela—

¡Con razón me dijo el gordito de "La Iberia," cuando saqué el género, que estaba bueno hasta para un altar! Ya lo vimos..... y está nuevecita..... ya sirvió en el altar y no he de usarla. Ya lo sabe vd., Petrita, para el Viernes de Dolores ahí la tiene. Yo haré los sembraditos y las aguas de color.

—Muchas gracias, Manuelita; la Virgen se lo pagará todo y no olvidará la buena voluntad.

Oiga vd., Doña Pancha,—preguntó lá hija de la casera á la quintañona del mostacho,—¿qué le dijo á vd. ese señor, cuando lo fué vd. á ver?

—¡Ay hijita!..... ni me diga vd..... qué había de decir! Me salió con que es cierto que él es el padre de Carmen; no, no, la verdad es que no se atrevió á negarlo; pero me dijo que él bastante había hecho por ellas, que las había protegido mucho, que les había dado un papel para que les fiaran ropa, aquella que compraron para Semana Santa, cuatro tiliches, ¿se acuerda vd?..... y que le habían pagado mal; que hoy en día no tiene dinero, pero que si Guadalupe se muere que le avise yo.

—¡Buen consuelo! Vd. dirá: ¡un hombre tan rico!

—¡Dueño de tantas casas!

—¡Quién lo había de pensar!

—Para más es una..... con todo y ser pobres hacemos por la enferma cuanto podemos.

—Por supuesto, ella habrá sido lo que quieran, ya la juzgará Dios, yo no veo esto. Además ya recibió el Santísimo.....

—Ese es el mejor remedio,— replicó Doña Pancha— eso vale más que la meopatía que le dijo á vd. Tiburcita. Ya verán como va de mejora; así pasó una vez con mi difunto. Ya verán, ya verán como se alivia, y de aquí á ocho días está en el lavadero, contando sus cuentos y diciendo sus gracejadas. Yo soy mala, no lo niego, pero, la mera verdad, cuando uno de mi casa se encama lo primero que hago es traer al Padre para que se arregle. Luego cuando ya están de remate y el médico manda que se dispongan, empieza aquello de que no se empeore con el susto, y con que nadie quiere decirselo al enfermo..... No, mi alma, yo se los digo, tope en lo que topare; que se mueran, hija, qué hemos de hacer, así lo quedará Dios, pero que no se vayan á la cocina grande.

—Tiene vd. razón, Doña Pancha, eso mismo digo yo.

atención sobre la importancia trascendental de los resultados á que pueden llevarnos las indagaciones onomatológicas y jeroglíficas sobre la lengua nahoa, siguiendo el sendero que hemos hollado con la desconfianza consiguiente á nuestra insuficiencia, y por el cual exploradores más hábiles y más afortunados que nosotros podrán arrancar nuevos secretos á la Historia y á la Filología americanas.

V. REYES.

LA CALANDRIA.

—¡Pobrecita!— exclamaba Doña Manuela, bañados en lágrimas los ojos, al apagar, de un soplo, una larga bugia de cera, amarillenta y quebrada en tres pedazos, y extinguiendo con las extremidades del índice y pulgar humedecidas en saliba, el humeante pábilo. —¡Esta noche se nos va! ¡Pero, á Dios gracias, con todos sus auxilios!

—¿Y qué dijo el médico?— preguntó Petrita, la hija de la casera, alargando á su interlocutora otra vela.

—Dijo esta mañana que no tiene cura, y mandó que se dispusiera luego, luego, para recibir el Viático, antes de que le volvieran las bascas. Y ahí me tiene vd., mi alma, subiendo y bajando para arreglarlo todo, en el ínter que su mamá de vd. y Paulita la del 6, ponían el altar..... ¡estoy rendida! Por eso no entré á ver el Viático.....

—Deje vd. Doña Manuelita, si yo también he estado apuradísima, componiendo las botellas de flores y haciendo los moños para las velas, y eso que Tiburcita me prestó los que le sirvieron el año pasado en el altar de Dolores, que si no, no acabo.

—Y está el altar que da gusto verlo; se parece al que ponen en Santa Marta las hijas de María— dijo, tomando parte en la conversación, una mujer de prominentes caderas y marcado bigote— como que el Padre lo ha estado mirando y remirando, como si dijera: ¡qué lindo está!

—¡Y qué á tiempo traje la sobrecama!— repuso Doña Manuela—

¡Con razón me dijo el gordito de "La Iberia," cuando saqué el género, que estaba bueno hasta para un altar! Ya lo vimos..... y está nuevecita..... ya sirvió en el altar y no he de usarla. Ya lo sabe vd., Petrita, para el Viernes de Dolores ahí la tiene. Yo haré los sembraditos y las aguas de color.

—Muchas gracias, Manuelita; la Virgen se lo pagará todo y no olvidará la buena voluntad.

Oiga vd., Doña Pancha,—preguntó lá hija de la casera á la quintañona del mostacho,—¿qué le dijo á vd. ese señor, cuando lo fué vd. á ver?

—¡Ay hijita!..... ni me diga vd..... qué había de decir! Me salió con que es cierto que él es el padre de Carmen; no, no, la verdad es que no se atrevió á negarlo; pero me dijo que él bastante había hecho por ellas, que las había protegido mucho, que les había dado un papel para que les fiaran ropa, aquella que compraron para Semana Santa, cuatro tiliches, ¿se acuerda vd?..... y que le habían pagado mal; que hoy en día no tiene dinero, pero que si Guadalupe se muere que le avise yo.

—¡Buen consuelo! Vd. dirá: ¡un hombre tan rico!

—¡Dueño de tantas casas!

—¡Quién lo había de pensar!

—Para más es una..... con todo y ser pobres hacemos por la enferma cuanto podemos.

—Por supuesto, ella habrá sido lo que quieran, ya la juzgará Dios, yo no veo esto. Además ya recibió el Santísimo.....

—Ese es el mejor remedio,— replicó Doña Pancha— eso vale más que la meopatía que le dijo á vd. Tiburcita. Ya verán como va de mejora; así pasó una vez con mi difunto. Ya verán, ya verán como se alivia, y de aquí á ocho días está en el lavadero, contando sus cuentos y diciendo sus gracejadas. Yo soy mala, no lo niego, pero, la mera verdad, cuando uno de mi casa se encama lo primero que hago es traer al Padre para que se arregle. Luego cuando ya están de remate y el médico manda que se dispongan, empieza aquello de que no se empeore con el susto, y con que nadie quiere decirselo al enfermo..... No, mi alma, yo se los digo, tope en lo que topare; que se mueran, hija, qué hemos de hacer, así lo quedará Dios, pero que no se vayan á la cocina grande.

—Tiene vd. razón, Doña Pancha, eso mismo digo yo.

—Bueno; pero yo pregunto,—dijo la Petrita—y si se muere la enferma, ¿con quién se queda Carmen? ¡La pobre no tiene ni quien vea por ella!.....

—Y luego—hizo notar Doña Pancha—con esa carita de manzana, tan pizpireta y tan alegre!

—Carne para los lobos, hija.....

—Enterita á la cara de su hermana, la hija de ese señor Don Eduardo..... el vivo retrato..... ¿no es verdad, Doña Pancha?

—¿No la conoce vd. Petrita? La que pasó por aquí á caballo el otro día; la del sombrero alto, como el del Doctor..... ¡vaya!

—¡Vaya si la conozco! Póngale vd. á Carmen los vestidos de la otra, el peinado alto, el sombrerito, y no hay diferencia. ¡Pobre muchacha!

—No hay cuidado, Petrita—dijo Doña Pancha conmovida, al ver húmedos los ojos de la chica—si se muere Guadalupe, yo recojo á la muchacha.

—¿Yo? ¡Cuando!.....

—¡Ni yo! ¡Cria cuervos para que te saquen los ojos!.....

—Pues, yo sí,—replicó agria y resuelta la del mostacho,—y Dios dirá.

Así hablaban en grupo piadoso y compasivo, en el amplio portal del patio de San Cristóbal, importante casa de vecindad de un barrio extremo, la flor y nata de las lavanderas y planchadoras de la población.

Daban todos el nombre de casa de San Cristóbal, á tan vasto edificio, cuyas innumerables habitaciones producían á su dueño pingüe renta mensual, á causa sin duda, de un gran cuadro que, presentando á dicho santo, estaba colocado en la parte superior del portón que comunicaba al zaguán con los anchos corredores que rodeaban el patio, en cuyo centro, bajo un techo de tejas requemadas y entre una red de cuerdas y *tendederos*, treinta laboriosas mujeres, lavaban por centenares, cada semana, la blanca lencería de toda una ciudad veracruzana, con lo cual queda dicho que no era poco productivo el trabajo confiado á su incomparable habilidad.

Procedente acaso de un convento derruido por la Reforma, aquel cuadro, obra de malaventurado pintor, daba cierto aspecto religioso á la vastísima casa. En dorado marco de estilo plateresco, á trechos ennegrecido y despostillado, lucía su figura colosal y su musculatura atlética el fortísimo Ofero, cargando, más cuidadoso que novel nodriza, un niño Jesús mofletudo y rozagante, de violada túnica y cabellos rizados,

de entre cuyos bucles se destacaban, en triángulo isósceles, las tres potencias de rigor, dentro de un nimbo, áureo también, que con sus imperfectos contornos declaraban al menos listo que eran obra de otro artista y aditamento puesto á la imagen del risueño Infante por los afanes de un devoto que, de seguro, no encontraba en él expresión ninguna superior y divina.

El gigantesco santo estaba representado en el acto de pasar impetuoso y espumante río, á cuyas márgenes, en las arenas rojizas, tal vez por un presentimiento del futuro naturalismo en el arte, no escatimó el piadoso Apeles caracoles ni conchas. El bienaventurado atleta apoyaba la diestra en un árbol corpulento, escaso de frondas, mientras sostenía en el otro brazo al mofletudo niño que llevaba en la mano izquierda, á modo de leve y saltadora pelota de hule, una esferita cerúlea, ceñida de dorados coluros y coronada con una cruz; simbólica alegoría de aqueste misérrimo planeta.

Al otro lado del torrente, detrás del árbol, cedro, roble, encina, ó lo que fuera, que á darle figura determinada no alcanzaron los ingenios del artista, en el segundo término del cuadro, un ermitaño de luenga barba, calada la capucha de su hábito de color de ocre, con tonos de chocolate quemado, miraba absorto y boquiabierto á quien tan sereno iba cruzando el vado.

Servía de fondo al paisaje un horizonte entre marítimo y de comarca líbica, al cual no faltaba la silueta de una palmera, dibujando en las vagas lejanías sus correctas plumas, y un cielo semi-purpúreo y anaranjado, que, incendiado por los fulgores del sol poniente, completaba la mística belleza que al conjunto quiso dar el pintor.

En la parte baja del lienzo podía leer cualquiera, aunque fuese corto de vista, en vigorosa y gallarda letra de Palomares, un tiempo dorada y ya negruzca, la siguiente cuarteta:

“Un poder tan sin segundo,
Cristóval, Os diera Dios
Que si el Mundo os carga á Vos,
Vos cargais á Dios y al Mundo.”

Notábase en el patio silencioso, inusitado movimiento. En todas las puertas había grupos de mujeres que conversaban, apesaradas de la *gravedad* de la enferma. Una de ellas tenía la palabra y ponderaba los padecimientos y desgracias de la moribunda y repetía las quejas an-

gustosas que le acababa de escuchar. En torno de cada grupo no faltaban sus chicos haraposos y de carilla endiablada que prestaban oído, llenos de curiosidad y sorpresa, á la triste narración que parecía turbar, un tanto, el regocijo que les alborotaba la sangre. La pompa del Viático, tan grave, solemne y conmovedora, los tenía alegres y festivos. Otros, más allá, en el corredor más lejano, á callanditas, para corresponder al silencio que reinaba en la casa y que se propaga veloz donde hay un moribundo, jugaban á las canicas, no sin merecer, de cuando en cuando, si algún grito de alegría se les escapaba, severa reprimenda de la vecina del 4, que era, según la opinión unánime de la gente menuda de aquella casa, la más entremetida y enojona.

El corredor de la entrada, uno de los mayores de la casa, y parte del siguiente, húmedos en extremo por el abundante riego recibido aquella tarde, estaban alfombrados de hibiscos purpúreos, pétalos de rosa blancos y rojos, y gran abundancia de hojas de naranjo y tallos de romero.

La florida alfombra llegaba hasta la calle, donde un modesto y no poco estropeado carruaje aguardaba la salida del Vicario, quien entretanto, administrados Viático y Extremaunción y aplicadas las indulgencias del caso, trataba de reanimar el ánimo abatido de la moribunda con santas y consoladoras palabras.

Las compasivas lavanderas seguían de charla á la puerta de la casera.

—Pero, doña Panchita, ¿no le parece á vd. que ese señor no tiene entrañas?

—¡Ay, mi alma! ¡Así son los ricos! ¡Dios se los perdone! Cuando está uno en sus quince le ofrecen esto, aquello, lo de más allá; se vuelven una miel; consiguen que uno los quiera, y luego..... ¡ya ve vd. lo que pasa!

—¡Quién lo había de creer!—exclamó la Petra con aires de experimentada, y prudente, haciendo una mueca por demás ridícula— ¡un hombre tan bien puesto! ¡Tan rico!.....

—¡Esos son los peores, hijita! ¡Esos son los peores!..... á mí no me extraña; ya soy vieja y más sabe el Diablo por viejo, que por Diablo. Si Guadalupe se muere, yo veré al señor Cura; me quedaré con la muchacha, y si se ofrece le pondré á ese señor las peras á catorce.

—Vd. sabe lo que hace; pero yo no me metía en eso. Para qué quiere vd. buscarse ruidos. La muchacha es bonita, pero muy alegre de

ojos; á todos les enseña los dientes, con todos se ríe y no hace más que cantar: por eso le pusieron el apodo.

—No, Petrita; eso sí que no; bien que ayudaba á la enferma; lava que es un gusto, y en cuanto á planchar, no hay pero que ponerles á las camisas que salen de sus manos. Que le gusta cantar..... ¡y eso qué! Por eso es lo del apodo..... Y ¿quién se lo puso?—La bisoja de Candelaria: esa maldita envidiosa que á todos les tiene tirria. Que porque á la pobrecita le gusta cantar, y Enrique López la acompañaba en la vihuela, ahí tiene vd., mi alma, que le puso el apodo. ¡Cómo ella no tiene quien le diga! Y ¿quién puso el apodo? Ella que lo trae de herencia; sí, porque su padre, sus tíos y sus hermanos, todos, tienen un ojo á San Dimas y otro á Gestas..... ¡vd. dirá! Bastante desgracia tiene con lo que le ha pasado y con lo que le está pasando..... ¡La calandria! ¡Vd. dirá! ¡La calandria! Porque canta y tiene para eso un aquel, que ni las del tiatro! Pues no le hace favor: canta mejor que una calandria..... Si le digo á vd. que si esa enredadora y envidiosa de la bizca no se ha ido, el mejor día le ajusto las cuentas!

En aquel momento salía el sacerdote, y la vieja cerró el pico. El Vicario, un joven de aspecto noble y hasta aristocrático, de pulcro vestido y franca mirada, se detuvo ante el grupo, y componiéndose el sombrero de copa y arreglando los pliegues de la anchurosa capa, dijo:

—¿Quién es la casera?

—Una criada de vd., Padrecito!—contestó dentro una voz cascada.

—La enferma está más tranquila. Ya le apliqué las indulgencias.

Si sigue mal, y entra en agonía, lo que no tardará mucho, que me avisen.

Hágame vd. el favor de ir á mi casa á las cinco.—El sacerdote vió su reloj—una preciosa repetición inglesa.—No; á las cinco y media.... ¡Hasta luego!—Y saludando cortezmente á las comadres salió en busca del carruaje, seguido de un chiquillo que cargado con la bolsa donde iban los ornamentos sagrados, el manual y el hisopo, muy orondo en el desempeño de sus religiosos oficios, afectaba cierta compostura sacerdotal.

Un aposento chico, pintado á imitación de papel tapiz. En el centro, cubierta con una carpeta de paño azul, una mesa de escribir, muy brillante por el barniz reciente que no alcanzaba á disimular la antigüe-

dad del mueble. Media docena de sillas americanas de ojo de perdiz. Un sillón monacal forrado de baqueta. Una caja de hierro. Un tapete de tripe, ya muy pálido y usado, con un pavo real haciendo la rueda. Un par de escupideras. Un tintero de cristal de roca. Una montaña de papeles y de periódicos sobre la mesa, y entre ellos una lámpara de petróleo, con pantalla. En la pared, arriba del asiento principal, un calendario exfoliador. Una mesa destinada á contar dinero. Una prensa de copiar y una botella de barro amarillo, llena de agua, con un vaso al pié.

Tal era el escritorio del Sr. Don Eduardo Ortiz de Guerra, un caballero de cuarenta y ocho años, de noble apostura y distinguido porte, alto, delgado, de fino trato é insinuantes maneras, de grandes ojos negros, que seis lustros atrás, debieron ser irresistibles, y de palabra suelta y viva, con esa ligereza de los hombres actuales, tan faltos de fondo y gravedad como superabundantes de audacia, muy deseados en los círculos de la política, y que, por lo insubstancial y versátil, son el encanto de lo que hoy suele llamarse una *escogida sociedad*.

A pesar de que en su barba, de corte español, y en su abundante cabello no habían escaseado los años argentadas hebras, tristes mensajes del próximo invierno de la vida, Don Eduardo estaba bien conservado; aún tenía algo de la gentileza que en años anteriores le distinguía entre sus demás compañeros de milicia, porque Don Eduardo había sido oficial del ejército en tiempo de la Intervención francesa. Había recorrido medio país durante aquella época, y terminado gloriosamente su carrera en Querétaro donde peleó bizarramente á las órdenes de Miramón. Allí cayó prisionero. Daba gusto oírle narrar los episodios del sitio, referir las diversas salidas en que tomó parte, y ponderar el heroísmo de sus jefes y la grandeza del caballeroso Príncipe que bañó con su noble sangre el Cerro de las Campanas.

Su niñez había sido triste y miserable y su juventud no menos precaria; pero con aquel su carácter llevadero y flexible, supo sobreponerse á toda adversidad, medrar y enriquecer, hasta el punto de gozar, cuando acaecieron los sucesos que vamos narrando, de una posición cómoda y hasta brillante. La vida no tenía para nuestro soldado del Imperio más que una sola faz digna de atención; aquella que daba hacia los horizontes del dinero, para muchos áridos y penosos, y para él poéticos, llanos y fecundos en comodidades y bienestar. Había llegado en esto al *summum* de la sabiduría; todo lo demás le importaba un ardite.

Las grandes luchas de la vida moral; los grandes combates en que el corazón lidia el primero, luchas y combates amargos y terribles, pero gloriosos para el alma, habían sido eliminados por Ortiz, para quien todo lo que no fuera el *negocio*, apenas si merecía atención; y era una farsa indigna de la gente juiciosa—¿qué entendería por juicio nuestro amigo?—y por extremo risible y despreciable.

Cuando por vez primera se trataba al capitalista, quedaba uno prendado de su afable trato, de su conversación discreta, no menos que de su inagotable benevolencia. Lo que verdaderamente seducía de aquella su condición asequible y mansa, estaba en la indiferencia, aparente ó real, atinada y cuerda, que tenía para cualquier cosa y que, sin tocar el linde de lo singular y chocante, le ponía en condiciones de ver las flaquezas del prójimo, las humanas debilidades y las mil y mil cuestiones que agitan los círculos sociales, del modo más natural, con noble desdén, como si no parase mientes en ellos, firme y seguro, como estaba en el castillo inexpugnable de su experiencia y dentro de la triple muralla de su riqueza, de su crédito y de su fama. Sensible, en apariencia, á todo, de todo trataba y acerca de todo daba opinión, pero como en frío, con serenidad olímpica, sin que los horrores de la falsa virtud, ni colores de partido, ni la apasionada indignación que lo injusto despierta en toda alma elevada, pudieran dar al traste con aquella su venturosa paz, haciéndole caer en turbación, ó empañando el cielo siempre límpido de su tranquilidad con importuna sombra.

Ni en los negocios, ni en ciertas atrevidillas combinaciones mercantiles hartó arriesgadas y peligrosas en que solía entrar, parecía fijar la atención, por mucho que en ellas estuviera interesado grandemente y jugara no exigua parte de su fortuna. Procedía en sus tratos y transacciones sin manifestar nunca serios temores de mal éxito, sonriente, festivo, siempre de buen humor.

Hombre de mundo y de sociedad con nadie se desavenía, ni se enemistaba, no dando lugar á ello y calmando á tiempo las marejadas del amor propio herido y las tempestades de la contrariedad en todas circunstancias enojosa.

Formaba en el grupo feliz de los que á nadie desagradan, con ninguno pugnan, á todos rinden con lo incoloro de su pensar, y saben conquistarse todas las voluntades.

Ya queda dicho que era muy rico;—no tanto como suponían las comadres del *patio* de San Cristóbal,—tenía lo bastante para vivir cómo

da y holgadamente, sobrepasando un tanto esa áurea medianía, cantada por el poeta, que no deslumbra ni ofende á los demás, y que sirve para subir en el concepto social y acrecienta respetos y cariños públicos.

Nadie sabía de cierto el origen de su fortuna. En concepto de algunos, los menos, procedía de un premio gordo de la Lotería de la Habana; al decir de otros, muy crédulos, de una herencia inesperada; en opinión de muchos, todo venía de ahorros y buscas legales en una Aduana del Golfo; y conforme el sentir de los más, de hábiles manejos hacendarios, llevados á feliz término con la Federación en una contrata de vestuario para el Ejército, defensor de nuestro sagrado territorio y sostén de nuestras preciosas libertades.

Ello es que Don Eduardo vivía tranquilo y venturoso, gozando de todas las abundancias de la clase alta y amando á su hija Lola con todo el amor de que era capaz aquella su alma seca é infecunda, amando á su hija, gallarda y elegante señorita, con ese amor que inspiran la belleza y la debilidad de un sexo siempre hechicero, al que, como Don Eduardo tenía cerrada la puerta de su alma, á otros afectos y ternuras. Acaso en aquel amor había no poco de egoísmo. Suele el egoísmo tomar las formas y aspectos más extraños y singulares; el trabajo de la vanidad, la ostentación de la riqueza, el orgullo de la hermosura, la vanagloria del dinero, cuanto de alguna manera da al espíritu algo que real ó aparentemente le hace feliz. Para quien como él había sufrido tanto en la niñez, pobreza, hambres y humillaciones; para quien había pasado los mejores años de la vida arrastrado por el viento de nuestras luchas civiles, yendo de aquí para allá, medio desnudo, á pié, ó jinete en pésimo caballo, lidiando con los famélicos soldados de su compañía, durmiendo al raso ó en miserable y abandonado albergue, sufriendo las tiranías de los jefes, y con la vida siempre expuesta, los años no habían pasado en vano. ¡Cuánta ciencia le dejaron! Él había sido desinteresado, generoso, hasta llegar al sacrificio; pero ya sabía á qué atenerse; conocía al mundo, y estaba siempre en guardia contra todo lo que podía exponerle á nuevas adversidades. De aquí la transformación de su carácter, su reserva y esa habilidad para agradar á unos y á otros, á extraños y amigos; de aquí su discreción, cuando se trataba, en presencia suya, de ciertas cuestiones todavía candentes de la política. Bien sabía él que hay palabras que se escapan cualquier día y que por sencillas é inofensivas que parezcan, siguen rodando y llegan, con el tiempo, á tener un valor y una importancia tales que provocan

odios y despiertan rencores. Harto le pesaba ya su participación en las guerras del Imperio, por más que, allá para sí, se consideraba muy honrado de haber servido á las órdenes del héroe de la Estancia de las Vacas.

Ninguno hubiera sido para López acusador más temido; como que poseía noticias y datos acerca de la ocupación de Querétaro que nadie habría puesto en duda; datos y noticias de un valor verdaderamente indiscutible. Él sabía cómo estuvo arreglado todo; y cuando veinte años después, se trató en los periódicos de la traición de López, contra su habitual frialdad, y contra su característica reserva, nuestro hombre se entusiasmaba y enardecía, deshaciéndose en elogios para los vencidos del Imperio, *pura gente decente*, como decía, y hasta llegó, cierta ocasión, á poner á los vencedores como dijeran inválidos biliosos.

Se decía poseedor de importantes documentos, que nadie tacharía de falsos, y dueño de graves secretos acerca de la tan discutida traición, decisivos en el asunto. Mas cuando sus contertulios, ya por espíritu de partido, ya por amor á la verdad, le exhortaban á publicarlos, nuestro hombre, salido de caja hasta aquel punto, entraba repentinamente en ella y hacía notar lo inútil que sería tal cosa, dadas las condiciones actuales del país, y pormenorizaba los odios que en su contra despertaría tan importuna publicación.

Lo cierto era que, como oficial de poca importancia, no se vió, al caer el Príncipe, obligado á permanecer alejado de los asuntos públicos, y, aunque siguió fiel á su partido, en cuanto á las ideas, contrajo estrechas relaciones con los prohombres del bando vencedor. No volvió al servicio militar, pero pasados algunos años, cuando los rencores se apaciguaron un tanto, estuvo empleado en una aduana del litoral del Golfo. Si tuvo la contrata de vestuario para el Ejército, era cosa que á nadie le constaba. Al triunfar el Plan de Tuxtepec, ó poco antes, vino á establecerse á la ciudad donde acaeció lo que vamos á referir, viudo ya, y con una niña que, al presente, cuando la desdichada lavandera se moría, constaba diez y ocho años cumplidos y era una de las señoritas más guapas de la ciudad.

En su escritorio estaba aquella tarde Don Eduardo y allí le encontró el padre González.

—Y ¿á qué debo la honra de tener á vd. por esta casa?

—Un asunto importante, Sr. Ortiz, me proporciona la oportunidad de conversar con vd., aunque por breve rato.

—Hoy, como siempre, padre, estoy á sus órdenes.

El sacerdote con cierto aire de timidez, contestó, haciendo una leve inclinación de cabeza, mientras arreglaba los pliegues de su capa, cuyos embozos se escapaban, á cada lado, por sobre los brazos de la cómoda silla monacal.

—He tenido el gusto de oír á vd. durante el tiempo de cuaresma ¡Bien, padre! ¡Bien! ¡Eso se llama predicar! ¡Tiempo ha que no oía yo predicar así! ¡Bravo, amigo mío! ¡Bravo! ¡Es vd. muy joven todavía, y hay que esperar mucho de su talento!

Ante aquel huracán de elogios inesperados el clérigo estaba sonrojado, y confuso.

—No soy merecedor de tantas alabanzas, Sr. Ortíz. Mis buenos y piadosos oyentes saben bien que mi humilde voz no tiene más méritos que los que le prestan la verdad de la doctrina y la santidad de las creencias que expone. Yo no hago más que trabajar, y cumplir alegremente con mis deberes.

—Yo he oído á vd., amigo mío! ¡Yo! No es vd. quien debe juzgarse. Tuve oportunidad de oírle una noche, en que trató, con sobrada elocuencia, como era de esperarse, de un asunto harto difícil; de una cuestión.....

—¿De cuál?

—Padre: del Espiritismo..... Por cierto, que yo andaba en estos días preocupado con la famosa doctrina..... Cierta amigo mío.....

—Ya entiendo. Había vd. leído las obras de Allan-Kardec, de Pezzani..... de tantos otros cuyos libros tienen ya en los catálogos de las librerías no escaso número de líneas.

—La doctrina espiritista es muy seductora, ¿no es verdad?

—Sí,—replicó el vicario, casi interrumpiendo á su interlocutor, concediendo aparentemente, para no exasperarle, y adelantando la adversativa; —pero cuando, como vd., el lector tiene buenos principios, creencias firmes, estudios sólidos, instrucción superior y recto juicio, esas doctrinas de..... la magia moderna, contrarias á las ideas católicas, es decir, á la verdad, y hasta en pugna con el sentido común, á pocas líneas aparecen como son, meras fantasías, delirios nocivos, sueños de enfermo.

—A decir verdad, amigo mío, cierto libro de Figuier, algunos de Flammarión, con ese estilo tan hermoso.....

—¡Flammarión! El novelista de la Astronomía, como le ha llama-

do un sabio francés; con ese estilo tan lleno de gracia y colorido ha contribuido mucho á propagar entre las gentes americanas esas doctrinas..... ya sabe vd. que nos pagamos mucho por aquí de las obras de imaginación..... ¡Cuántos han tomado las fantasías del astrónomo como verdaderos axiomas!

El padre González que era joven, conocedor del mundo y de los hombres, y además instruido, comprendió, desde luego, con quien tenía que habérselas y procuró cortar los vuelos espiritistas á su interlocutor, menos, sin duda, por temor á sus dislates, pues sospechaba hasta dónde subían el talento, la erudición y la malicia del capitalista, que por llegar al asunto que allí le había llevado. Penetraba las intenciones de su adversario, quien adulándole primero y mostrándose luego, como acaso iba á hacerlo, mal creyente, se preparaba á salvar su bolsillo de un ataque; caso de que el vicario, viniera á solicitar su ayuda y cooperación para alguna obra emprendida ó por emprender en alguno de los templos de la ciudad.

—No vaya vd. á creer, padre, que soy espiritista, gracias á Dios estoy aún en mis cabales, pero me gusta leerlo todo; á mi edad ya no hay riesgo de que se extravíen las ideas.

—¡No señor! ¡no señor! murmuraba el vicario.

—Mis padres fueron católicos, y católico soy; así fui educado, y si no estuviéramos en la verdad, eso solamente bastaría. Así también he educado á mi hija. Créalo vd. y, vaya, sin modestia, y sin que parezca hipocresía, hasta exagerado soy en eso..... en mi casa no permito que se lea nada irreligioso. He llegado hasta proscribir de ella "*El Monitor*,"—y al decir esto, tomó el periódico, que recién abierto, despidiendo el acre olor del papel acabado de imprimir, estaba en la mesa, y estrujándole; dijo:—¿Entrar este papelucho á mi casa? ¿Qué lea esto mi hija? ¿Cuándo, padre, cuándo? ¡Cuándo!

El padre González callaba, mordiéndose los labios para dominar la risa.

Al fin, tras breve pausa, se compuso en el sillón, y pasándose los dedos por el niveo cuello inglés, que albeaba entre lo negro inmaculado de su mal recogida sotana, abordó el asunto. Había reconocido la posición del enemigo, si enemigo podía llamarse á tan excelente persona como era el Sr. Ortíz de Guerra.

—Pues bien, Sr. Don Eduardo, un grave asunto me ha traído á esta casa, y ya es preciso que tratemos de él.

Aprobó el capitalista con un signo y se dispuso á escuchar.

—He sido llamado esta mañana para prestar los últimos auxilios de la Religión á una infeliz mujer que está moribunda. Poco tiempo le queda de vida. Después de oírla en confesión he recibido de ella un encargo que me he apresurado á cumplir, tanto porque estos asuntos no deben dejarse para mañana, cuanto porque se trata de una joven, que si no es huérfana ya, no ha de tardar en serlo.....

—¿Huérfana?—No, padre, que le quedo yo.

—Vd. perdone; quise decir huérfana de madre.

—¡Ah! Ya sabía yo que estaba moribunda. Una buena mujer, que vive en la misma casa, vino oficiosamente á decírmelo esta mañana. Y, á decir verdad, la noticia me tiene desasosegado y triste.

—La moribunda me ha dicho, hace media hora, que buscara yo á vd. para suplicarle, en nombre suyo, que no abandone á su hija. Entiendo que á vd. debe la vida. Convendrá ponerle á cargo de una familia cristiana y respetable. Su edad, su inexperiencia, su hermosura, acaso la expondrán á mil peligros, y la única manera de precaverla contra ellos, es colocarla bajo el amparo de personas graves y de buenas costumbres. La moribunda pide á vd. perdón, si le ha ofendido; espera obtenerle amplio y generoso, y no duda un momento que su hija tendrá en el hombre á quien debe la vida, un verdadero apoyo paternal. Esto es todo.

El clérigo inclinó la cabeza apesarado, mientras jugaba, al apartar sus miradas del capitalista, con el embozo de la capa.

—No extraño esta pena. Pago con ella errores [juveniles, faltas lamentables de irreflexiva edad. He subvenido al mantenimiento de esa niña desde sus primeros años. Lleva mi sangre, y la amo. Esa buena mujer puede morir tranquila: esté vd. seguro de que esa joven será atendida dignamente. En cuanto al perdón que la madre me pide..... ¿Perdonarla?..... ¿De qué?..... Yo soy quien debe demandar ese perdón.

—Que ya está otorgado, Sr. Ortiz.

—Padre, me mortifica en extremo que haya vd. tenido que tomarse la pena de venir.....

—¿Por qué?—murmuró dulcemente el vicario — Es mi deber..... y me felicito de haber cumplido, con tan buen éxito, el encargo..... Así lo esperaba; voy á comunicárselo.

—Padre, dígame vd. que me perdone; que yo velaré por Carmen;

que se tranquilice para que recobre la salud. ¿Tendrá vd. la bondad de entregarle esto?—tirando de uno de los cajones de la mesa tomó un paquete de dinero que puso en manos del vicario.

—Vd. perdone no tengo billetes.....

—Gracias, Sr. Ortiz. Voy á entregar este dinero á quien sea debido.

El padre González se retiró. El capitalista, con exquisita cortesía, le acompañó hasta la puerta.

—¡Quede vd. con Dios!

—¡A la orden de vd!

III

Apenas hubo tiempo para que llamaran al padre González. A poco tiempo de llegar éste al *patio* de San Cristóbal exhaló Guadalupe el último suspiro.

Expiró á las siete menos cuarto. Tras los acostumbrados rezos, las buenas lavanderas tomaron posesión del cuarto mortuario. Doña Pancha declaró, desde luego, que por expresa recomendación de Ortiz se hacía cargo de la huérfana; nadie hizo objeción y la pobre muchacha fué confinada al departamento más remoto. Doña Pancha, Doña [Manuela y Petrita, hábilmente secundadas por la casera, procedieron á tender el cadáver, en su pobre lecho, sobre una sábana blanquísima.

Guadalupe había sido muy bella; cuando la conoció en Jalapa Don Eduardo, era lo que se llama una mujer lucida. La penosa y cruel enfermedad que la consumió lentamente y que la llevó al sepulcro no fué bastante poderosa á quitarle su natural hermosura. Su rostro demacrado, intensamente pálido, con esa palidez del mármol viejo, guardaba mucho de la frescura juvenil, muy rara á los treinta y cinco años, aun en las personas de sana constitución y de vida menos precaria que la de Guadalupe.

Sobre muelles almohadas, cedidas durante la enfermedad de la difunta por una vecina, descansaba aquella graciosa cabeza ornada de negros cabellos ligeramente ondulados.

Doña Magdalena, este era el nombre de la caritativa y generosa vecina, había sido para Guadalupe y para Carmen una verdadera fuente de socorros. No tenía mala cara; era una morena de subido color y sospechosa conducta, sostenida á la sazón, con amplitud y hasta con lujo, por un tinterillo en auge, secretario del juzgado de 1.^a Instancia, muy

dado á la política é inapreciable *factotum* para una borrasca electoral; redactor oportunista de periodiquitos vehementes, y hombre muy de fiar para quien contara con el apoyo de arriba, es decir, para todo candidato oficial con promesa infalible de regir los destinos del Estado.

La dadivosa Magdalena, Doña Magdalenita, ó Malenita, como la llamaban en el *patio*, era *muy gente* con todas las vecinas; con Guadalupe se había portado á las mil maravillas, y á ella y á unas señoras de la Conferencia de San Vicente, se debió que la infeliz tísica de nada careciera. Justo es decir que las demás vecinas cooperaron á obra tan benéfica con el mayor empeño. ¿Se necesitaba ropa, aunque fuera usada? Doña Magdalena. ¿Una medicina extraordinaria y costosa? Doña Magdalenita. ¿Buen caldo, biftec jugoso y bien preparado. Malenita. Pero eso sí, apenas se asomaba por el cuarto de la paciente..... ¡Les tenía un asco á los éticos! Ella dió las almohadas en que reposaba el cadáver, el cual con las manos enclavijadas sobre el pecho, modestamente vestido y rodeado de cuatro gruesas velas de cera, fué visitado en las primeras horas de la noche por todas las compañeras de lavadero y de casa.

Entre tanto, Doña Pancha y la casera preparaban lo necesario para el *velorio*. Los preparativos consistían en proveerse de pan, bizcochos, azúcar, café y de algunas botellas de aguardiente añejo, del mejor, para obsequiar, de media noche en adelante, á los doloridos asistentes.

Para nada de esto fué preciso acudir á Doña Malenita, ni á los vecinos. Para ello hubo y bastó con el dinero que Ortiz entregó al padre González, y que éste, sin declarar su procedencia, y advirtiéndole que no era suyo, puso en manos de Doña Pancha, como mujer seria y formal y muy amiga de la muerta.

Una de las vecinas mandó á su hijo, el chico aquel que acompañó al vicario á dar el viático, á la iglesia próxima, en la cual prestaba sus buenos servicios de monaguillo, por un jarro de agua bendita, que por ser sábado aquel día vino limpia y clara, y con la cual se hizo una solemne aspersión, sirviéndose de un hacecillo de fragante romero, producto del jardinero que, en cacharros y latas de petróleo, cultivaba en el traspatio la casera: exíguo, pero siempre florido jardín, donde lucían sus galas y primores albahacas, tomillos y geranios de olor, y donde cada año, por Abril, un rosal de largos y espinosos tallos, enfermizo y triste daba dos ó tres rosas pálidas por la anemia, pero eso sí llenas de aroma.

Jarro y aspersorio fueron colocados á los piés del cadáver, en espera de una mano piadosa que esparciera sobre la velada faz de la difunta tísica el santo rocío.

Entrada la noche y en espera de la hora de Animas, se fueron juntando las mujeres de la vecindad. Hablaban quedo y á cada instante suspiraban de lo más hondo de su pecho, y como era de esperar, después de lamentarse de las penalidades de la difunta, y de elogiar sus virtudes, hacían incursión vedada, breve y como de paso en la vida de Guadalupe y larga y minuciosa en la de Don Eduardo Ortiz.

A las ocho se rezó el rosario, con sus correspondientes *estación* y *ofrecimiento*, en versos de rima imperfecta, y un sinnúmero de preces especiales por el descanso eterno de la muerta y alivio de las ánimas benditas del Santo Purgatorio. Ya á las diez, en el corredor y cuartos próximos, mujeres y niños, parlanchinas las unas, soñolientos los otros, se arreglaban en grupos para pasar la velada.

Los hombres al volver del trabajo y de la *raya*, tuvieron noticia del suceso; salieron á tomar su poco de aire por calles y plazas, y vinieron al *velorio*, antes de que la casera, tipo de rigidez porteril, cerrase el zaguán, como de costumbre, aunque por aquella noche, á lo que parecía, quedaban en suspenso las leyes de clausura.

En aquellos grupos se hablaba de todo: de los trabajos, y cosas del taller, de si allá y acullá adeudaban á esta ó á la otra tanto más cuanto de lavado y planchado; de si Malenita había reñido ó no al *Señor Licenciado*; de las últimas corridas de Ponciano; de la contribución personal, terror entonces de paseantes nocturnos y trasnochadores calaveras, y de mil y mil cosas, no sin que los muy gandules de los mozos echaran su cuarto á espaldas acerca de las chicas del *patio* y de las *gatas* y *garbanceras* que servían en tal ó cual casa, y de si Carmen, la infeliz huérfana, era, ó no era, el vivo retrato de Doña Lolita Ortiz.

Entre los concurrentes se contaba un mozuelo, llamado Gabriel, de veinte años ó poco menos, garrido si los hay, oficial de ebanista, buen muchacho, económico y sin vicios, dado á la buena ropa, y que, según maliciaban sus compañeros de taller, y sobre todo las vecinas, era el preferido de la huérfana.

Alto, robusto, bien formado, apuesto y de mucha labia con las mujeres, era el mozo más listo del taller de Don Pepe Sierra, hábil y acreditado ebanista de la ciudad. Gozaba el Gabrielillo, ó *Gabriel*, como le llamaban casi todas las vecinas, de mucho partido entre las *garbance-*

ras del barrio y entre las *gatas* que vivían en seis cuadras á la redonda de la carpintería, donde trabajaba cinco días de la semana. Aunque no era perezoso, hacia San Lunes. No podía resistir al poder de la costumbre.

Digamos que Gabriel era hijo de Doña Pancha, y se comprenderá que desde aquel día la estopa quedaba junto al fuego.

A las doce rezaron el segundo rosario, sin el aditamento de fúnebres preces, pero como era del caso, muy cargado de jaculatorias en bien del alma de la difunta; cosa muy natural, en hora tan avanzada, después de tanto hablar, y cuando, por unanimidad, aquellos estómagos vacíos suspiraban por el café humeante y oloroso, por los bizcochos suaves y el pan azucarado, y por un traguito de aguardiente, tan eficaz para entonar el cuerpo y darle fuerzas, contra la destemplanza que produce prolongada vigilia.

Después del café fueron retirándose algunas vecinas, y no pocos varones, que formaban en el facundo grupo del corredor, donde, ya fuese por olvido, por lo excitante de la negra bebida, ó por las virtudes oratorias del añejo, se principiaba á hablar más alto.

La reina de la noche, muy gordinflona y engestada, iba á todo correr rasgando nubes, derramando de lleno su plateada luz en los corredores, cuyos pilares proyectaban oblicuamente sobre el piso la negra sombra de sus cañas. Las estrellas cintilaban inquietas; el agua parlotaba alegremente en los caños del lavadero, se percibía el lejano rumor de los bosques del valle, agitados por el viento, y se oía claro y sonoro el murmurar del río. De pronto, una bocanada de aire reseco y ardiente se coló en el patio, cambiando rápidamente el estado de la atmósfera, levantando una nube de polvo, silvando en las cuerdas y *tendederos* y haciendo bailar á las enaguas y calzones pendientes de ellos, y que albeaban á la luz del astro melancólico, una danza sacudida y grotesca.

Allá en el fondo, en lo interior del cuarto mortuorio, se veía rígido, cubierto el rostro con un pañolito de cenefa, el cadáver de Guadalupe, alumbrado por los cirios cuyas llamas titilaban agitadas por el viento, despidiendo fulgores rojizos y medrosos.

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

LITERATURA MEXICANA. ¹

Vamos á resumir todo lo dicho en la presente obra, y á concluir, examinando brevemente los siguientes puntos: 1º La poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección, sin poder aspirar aún al título de verdaderamente nacional. 2º Sin embargo, tiene un mérito relativo. 3º Causas de los defectos que se observan en la poesía mexicana. 4º Modo de corregir esos defectos.

* * *

Que la poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección; que no tenemos todavía otra cosa sino gloriosas individualidades, y no poesía nacional con carácter propio, son verdades que resultan de los siguientes hechos.—En el género lírico, así como en el descriptivo, narrativo y dramático, los poetas mexicanos algunas veces han imitado á los buenos autores; pero otras á los malos, los gongoristas antiguos y contemporáneos, los prosaicos, los ultra-románticos, los sentimentalistas gemebundos, los sensualistas, etc.

Aun la propensión á imitar no sólo lo feo sino lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo, verdaderamente original, en toda la acepción de la palabra. No se exceptúa de nuestra proposición ni el príncipe de los dramaturgos hispano-americanos, Alarcón y Mendoza, pues no es cierto, como algunos suponen, que fuese el inventor de la comedia moral ó filosófica: la idea de ella estaba indicada por Cervantes en el Quijote [parte 1ª, capítulo 48], y varios ejemplos de esa clase de piezas se hallan en algunas anteriores á las de Alarcón, como *La Celestina*, cuyo objeto es demostrar los funestos resultados de entregarse á mujeres viciosas; el "Lindo D. Diego" de Moreto, donde se censura la presunción; el "Rico ó pobre trocados" de Lope: en esta comedia el autor no quiso únicamente divertir, como lo hacía generalmente, sino probar que la ociosidad, el juego, y la re-

¹ El presente escrito corresponde al *Epitafio*, Capítulo XXII, de la segunda edición corregida y muy aumentada, que próximamente se publicará, de la obra *HISTORIA CRÍTICA DE LAS CIENCIAS Y DE LA LITERATURA EN MÉXICO*, por D. Francisco Pimentel.

ras del barrio y entre las *gatas* que vivían en seis cuadras á la redonda de la carpintería, donde trabajaba cinco días de la semana. Aunque no era perezoso, hacia San Lunes. No podía resistir al poder de la costumbre.

Digamos que Gabriel era hijo de Doña Pancha, y se comprenderá que desde aquel día la estopa quedaba junto al fuego.

A las doce rezaron el segundo rosario, sin el aditamento de fúnebres preces, pero como era del caso, muy cargado de jaculatorias en bien del alma de la difunta; cosa muy natural, en hora tan avanzada, después de tanto hablar, y cuando, por unanimidad, aquellos estómagos vacíos suspiraban por el café humeante y oloroso, por los bizcochos suaves y el pan azucarado, y por un traguito de aguardiente, tan eficaz para entonar el cuerpo y darle fuerzas, contra la destemplanza que produce prolongada vigilia.

Después del café fueron retirándose algunas vecinas, y no pocos varones, que formaban en el facundo grupo del corredor, donde, ya fuese por olvido, por lo excitante de la negra bebida, ó por las virtudes oratorias del añejo, se principiaba á hablar más alto.

La reina de la noche, muy gordinflona y engestada, iba á todo correr rasgando nubes, derramando de lleno su plateada luz en los corredores, cuyos pilares proyectaban oblicuamente sobre el piso la negra sombra de sus cañas. Las estrellas cintilaban inquietas; el agua parlotaba alegremente en los caños del lavadero, se percibía el lejano rumor de los bosques del valle, agitados por el viento, y se oía claro y sonoro el murmurar del río. De pronto, una bocanada de aire reseco y ardiente se coló en el patio, cambiando rápidamente el estado de la atmósfera, levantando una nube de polvo, silvando en las cuerdas y *tendederos* y haciendo bailar á las enaguas y calzones pendientes de ellos, y que albeaban á la luz del astro melancólico, una danza sacudida y grotesca.

Allá en el fondo, en lo interior del cuarto mortuorio, se veía rígido, cubierto el rostro con un pañolito de cenefa, el cadáver de Guadalupe, alumbrado por los cirios cuyas llamas titilaban agitadas por el viento, despidiendo fulgores rojizos y medrosos.

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

LITERATURA MEXICANA. ¹

Vamos á resumir todo lo dicho en la presente obra, y á concluir, examinando brevemente los siguientes puntos: 1º La poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección, sin poder aspirar aún al título de verdaderamente nacional. 2º Sin embargo, tiene un mérito relativo. 3º Causas de los defectos que se observan en la poesía mexicana. 4º Modo de corregir esos defectos.

* * *

Que la poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección; que no tenemos todavía otra cosa sino gloriosas individualidades, y no poesía nacional con carácter propio, son verdades que resultan de los siguientes hechos.—En el género lírico, así como en el descriptivo, narrativo y dramático, los poetas mexicanos algunas veces han imitado á los buenos autores; pero otras á los malos, los gongoristas antiguos y contemporáneos, los prosaicos, los ultra-románticos, los sentimentalistas gemebundos, los sensualistas, etc.

Aun la propensión á imitar no sólo lo feo sino lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo, verdaderamente original, en toda la acepción de la palabra. No se exceptúa de nuestra proposición ni el príncipe de los dramaturgos hispano-americanos, Alarcón y Mendoza, pues no es cierto, como algunos suponen, que fuese el inventor de la comedia moral ó filosófica: la idea de ella estaba indicada por Cervantes en el Quijote [parte 1ª, capítulo 48], y varios ejemplos de esa clase de piezas se hallan en algunas anteriores á las de Alarcón, como *La Celestina*, cuyo objeto es demostrar los funestos resultados de entregarse á mujeres viciosas; el "Lindo D. Diego" de Moreto, donde se censura la presunción; el "Rico ó pobre trocados" de Lope: en esta comedia el autor no quiso únicamente divertir, como lo hacía generalmente, sino probar que la ociosidad, el juego, y la re-

¹ El presente escrito corresponde al *Epitafio*, Capítulo XXII, de la segunda edición corregida y muy aumentada, que próximamente se publicará, de la obra *HISTORIA CRÍTICA DE LAS CIENCIAS Y DE LA LITERATURA EN MÉXICO*, por D. Francisco Pimentel.

lajación de costumbres arruinan al mayor potentado, mientras que el pobre, si es honrado y trabajador, puede alcanzar una gran fortuna. Muchos siglos antes de los dramaturgos españoles se encuentra la semilla de la comedia filosófica en el *Pluto* de Aristófanes, siendo su idea que "el trabajo es la base de la sociedad." Tampoco es cierto, como alguno ha indicado, que Alarcón sea el fundador del drama moderno por medio del *Tejedor de Segovia*. Los fundadores del drama moderno fueron Lope, en España, y Shakespeare, en Inglaterra. [Véase nota 1ª al fin del capítulo.]

La tendencia de los mexicanos á la imitación, viene desde que se hizo la conquista y llega hasta nuestros días: en este concepto, la diferencia entre la poesía colonial y la independiente consiste en que antiguamente la imitación casi se reducía á la de los escritores que privaban en España, mientras que después se han tomado modelos, en las diversas literaturas, resultando nuestra poesía moderna menos monótona y menos sistemática.

De poesía descriptiva y narrativa tenemos ya mucho bueno, pero falta bastante para completar el gran cuadro de nuestras costumbres, historia y naturaleza. En esa línea, el vacío más importante que se nota es el de no existir un buen poema sobre la Conquista de México, argumento digno, en muchos conceptos, ya que no de una verdadera epopeya, al menos de un poema histórico ó caballeresco. No es menos de sentirse la falta de un romancero nacional completo, el cual se refiera á nuestra historia antigua, la de la época colonial, la de la guerra de independencia, y aun algunos episodios contemporáneos que pueden poetizarse. De teatro mexicano, relativo á la historia y á las costumbres nacionales, tenemos menos todavía que del género objetivo; apenas algunas piezas aisladas que hemos citado en el curso de esta obra.

Obsérvese que toda poesía consta de dos elementos, forma y sustancia. La forma es el idioma, y el idioma lo que especialmente caracteriza una literatura: no puede haber literatura española si no es en español, ni literatura inglesa si no es en inglés, y así con las demás. Ancillón, en sus *Ensayos de Literatura*, observa que "la unidad moral más fuerte y más duradera de un pueblo, lo que más le da fisonomía particular, carácter propio, es el idioma." Respecto á lo sustancial de una literatura, á los argumentos, pueden clasificarse de este modo. 1º Argumentos que se refieren á historia y costumbres nacionales, lo que tanto caracteriza el romancero y el teatro antiguo de los españo-

les: allí se retratan fielmente las tradiciones, las ideas, los sentimientos y las costumbres de la nación, de la raza. 2º Argumentos que son nacionales, aunque no exclusivos de una nación, sino de varias, como las creencias religiosas. Así Dante, en la *Divina Comedia*, es italiano, y Milton en el *Paraiso Perdido* es inglés, porque se refieren á creencias de varios pueblos, es cierto, pero, entre ellos, los italianos y los ingleses: el Cristianismo es religión nacional, lo mismo de los italianos que de los ingleses. 3º Asuntos extranjeros; pero desempeñados por poetas de genio, de carácter nacional, muy marcado, bien determinado, como Shakespeare y Schiller, quienes escribieron dramas que no tienen argumento inglés ni alemán. Esto puede explicarse bien con las siguientes palabras de Ancillón [op. cit]:

"Ainsi Pétrarque et l'Arioste, eminentment Italiens, sont encore les poètes favoris de cette nation vive et pittoresque. Le Français, gai, malin, spirituel, naïf, trouvera toujours La Fontaine et Molière inimitables; plus sensible à la mesure de la force qu'à la force elle-même, aux convenances de la société et du goût, qu'aux hardiesses originales de la nature, il verra toujours, dans Racine, le Sophocle de la tragédie française, et dans Voltaire, l'idéal de sa nation. Shakespeare, Milton, et Buttler, ressemblent tellement à leur nation, qu'ils ont copiée, devinée, et devancée, que toujours ils seront les dieux de la poésie anglaise, et que leurs formes colossales et sublimes, placées à l'entrée de la littérature nationale, en défendront toujours l'accès et l'invasion au goût étranger. Shakespeare, varié, immense, profond, comme la nature, offrira toujours à l'imagination nationale, active, forte, hardie, impatiente de toute espèce de formes conventionnelles, un camp infini. Milton, sombre comme l'enfer, et sublime comme le ciel, Milton entremêlant aux accens calmes, purs, majestueux des anges, les accens mâles, fiers, rebelles des démons, s'emparera toujours fortement de l'âme grave, libre, élevée de ses concitoyens; et Buttler, saisissant le premier ce mélange de comique et de sérieux, de philosophie et de gaieté, qui forme l'indéfinissable *humour*, sera toujours en possession d'égayer ces superbes insulaires, qui ne ressemblent à aucun autre peuple, et qui, dans leurs moments de joyeux abandon, veulent rire et penser en même temps.

"Quelles que soient les destinées de l'Allemagne, et à quelque degré de développement qu'elle s'élève, tant qu'un peuple parlera l'allemand, ce bel et riche idiome, Gœthe, par l'universalité de son génie, la sou-

plése de son talent et sa simplicité antique, Schiller, par l'infini de sa pensée, l'élévation de son âme, et la solennité de ses accents, Bürger, par sa cordialité, par sa verve franche et facile, et une certaine bonhomie germanique, seront toujours les représentans du caractère national, et seront préférés par les Allemands à tous les autres poètes."

Si aplicamos ahora á la poesía mexicana lo que hemos observado, sobre literatura nacional, en general hablando, resulta lo siguiente.

Los mexicanos tenemos por idioma nacional y, en consecuencia, de nuestra literatura el castellano, pues aunque vino de Europa, se ha establecido aquí, suslituyendo á los idiomas indígenas, de los cuales unos han muerto y otros se acercan á su fin. Las variaciones que el castellano presenta en México, respecto de España, no son bastantes para formar un dialecto aparte, y si para estropear el modo de expresarse propio y correcto, según explicamos, contrariando á D. Ignacio Altamirano, en una nota del capítulo XIX, así como al hablar de Manuel Flores, capítulo XX. Ahora bien, como México no se hizo independiente de España [sino hasta 1821, antes de esa fecha nuestra literatura se confunde con la de aquella nación, nuestra poesía es una rama de la española, nuestros poetas pertenecen al mismo tiempo á España y á México. Por esta razón vemos, que aunque Sor Juana Inés de la Cruz nació y vivió en México figura en algunas historias de la literatura española, como la de Ticknor y la de Alcántara. Sucede lo mismo con Alarcón: pertenece á España porque allí floreció; pertenece á México porque aquí nació, hizo sus principales estudios y tuvo sus primeras inspiraciones dramáticas, según manifestamos en el capítulo I.—Aun el contemporáneo Gorostiza es considerado hispano-mexicano, incluyéndosele en varias historias de la literatura española, y figurando algunas de sus comedias en antologías castellanas; v. g. el *Tesoro del Teatro Español* por Ochoa. Gorostiza en México nació, vivió casi siempre y desempeñó cargos importantes hasta morir, después de la independencia; pero antes había servido al gobierno español, y en España dió al teatro sus comedias primero que en México. Inútil es poner más ejemplos, que cualquiera puede multiplicar leyendo el presente libro.

Por lo que respecta á lo sustancial, á los argumentos de la poesía mexicana, será también bastante, para darnos á entender, con algunos ejemplos teniendo presente lo explicado antes, en general hablando, sobre literatura nacional.

En la poesía mexicana no faltan argumentos nacionales; v. g., en lo

lirico, *El Soldado de la Libertad*, por Fernando Calderón; en lo narrativo, los romances de D. Jesús Díaz; en lo dramático, las piezas de Rodríguez Galván. Empero, *El Soldado de la Libertad* es, en la forma, una imitación del *Canto del Pirata* por Espronceda; los romances de Díaz se hallan escritos en gusto de los romances históricos del Duque de Rivas; los dramas de Rodríguez Galván tienen corte español y aun rasgos de las comedias de capa y espada.

Tampoco faltan en nuestra poesía, sino que abundan, asuntos religioso-cristianos y, en consecuencia *nacionales*, por ser el Cristianismo la religión nacional, la dominante en México. Servirán de ejemplo las siguientes composiciones: *El Alma privada de la gloria*, poema por Navarrete; *La Jerusalem* de Pesado; los poemitas bíblicos de Carpio. El poema de Navarrete es de la escuela dantesca, y *La Jerusalem* de Pesado, tiene más de traducciones y de imitaciones que de propio, según vimos en el capítulo XV. Carpio es de lo más original que tenemos, conforme á lo explicado en el capítulo XVI; pero su profusión de adornos y sus repeticiones le quitan el carácter de naturalidad, sencillez y frescura de poeta primitivo, y si bien tiene un modo personal de escribir, su manera no forma un tipo rigurosamente mexicano. Carpio puede pertenecer á cualquier literatura, y aunque buen poeta literato no es poeta primitivo.

De asuntos extranjeros, usados por poetas mexicanos, bastará citar dos casos, las comedias de Gorostiza y los dramas de Fernando Calderón: la acción de los primeros pasa en España, y la de los segundos en diversos lugares de Europa. A esto se agrega que ni Gorostiza ni Calderón fueron tipos genuinamente nacionales, sino que el primero perteneció á la escuela de Moratín, y el segundo á la europea romántico-moderna.

Todo lo expuesto alcanza aun á los poetas recientemente muertos, como Acuña y Flores, cuya originalidad esencial hemos negado en el capítulo XX. De los escritores que hoy viven nada decimos porque no entran en el plan de nuestra obra, y por tal razón no los hemos estudiado.

Otro defecto de la poesía mexicana en sus diversos géneros, salvas las excepciones, es el descuido con que han escrito nuestros poetas, siendo característico de ellos tener más ingenio que gusto, más inspiración que estudio, más talento que educación. Veanse los análisis que hemos hecho de varias composiciones, y se comprenderá que nues-

tros escritores no han observado el precepto de Horacio, unir el arte con la naturaleza.

Naturâ fieret laudabile carmen an arte?
 Quæsitum est: ego nec studium sine divite venâ
 Nec rude quid prosit video ingenium: alterius sic
 Altera poscit opem res, et conjurat amicé.

Burgos, comentando á Horacio, confirma sus preceptos, y concluye con estas palabras:

“El ingenio crea: el gusto pule y perfecciona: el mérito de aquel está en la invención, el de éste en la industria. De estos principios se deduce irrecusablemente que el ingenio podría producir cosas magníficas, pero desaliñadas en la forma, porque esta forma es generalmente demasiado pequeña para despertar el instinto sublime del ingenio; se deduce asimismo que el gusto puede referir un todo al modelo eterno de las artes, es decir, á la naturaleza, pero sin aquel interés que es obra de la invención y de la originalidad: de donde resulta que el ingenio nada vale sin el arte, ni el arte sin el ingenio, como sabiamente decide Horacio.”

Madame de Stael, no obstante ser partidaria de la libertad, en literatura, opina sustancialmente como Horacio y su comentador Burgos en la filosófica obra: *De la literatura en sus relaciones con las instituciones sociales*. Los mejores preceptistas modernos, que sería prolijo citar, van de acuerdo con el clásico Horacio y la romántica Stael; aconsejan la perfección en la idea y en la forma, la armonía estética de una y otra, supuesto que de ambos elementos consta toda composición literaria.

Por otro lado se observa que la mayor parte de nuestros literatos están reducidos al uso de los preceptistas antiguos: todavía hasta hace poco tiempo, en el principal Colegio de la República, [la Escuela Preparatoria de la capital], se enseñaba por Hermosilla, autor apreciable, en su línea; pero que no satisface las aspiraciones de nuestra época, y cuyos *Juicios críticos* han sido impugnados por varios de sus compatriotas. En España dominan ya los preceptistas filosóficos, enseñados por los profundos alemanes, especialmente Hegel: de esos preceptistas recordamos, en este momento, á Canalejas, Fernández-González-Giner, Revilla, y Alcántara, quienes fundan la literatura, como debe fundarse, no sólo en la retórica y la gramática, sino en la estética y la filología. [Véase nota 2ª al fin del capítulo.]

* * *

No obstante los defectos mencionados, la poesía mexicana tiene un mérito relativo, según vamos á explicar, comenzando por hacer algunas observaciones respecto á la imitación literaria.

La imitación literaria de lo bello, sólo ha de censurarse cuando es demasiado servil, demasiado literal, cuando pasa á ser plagio. De esto, sólo tenemos casos aislados en la poesía mexicana, y por lo tanto no es defecto que la caracteriza.

Respecto á la legítima imitación de los buenos modelos, Plinio ha dicho fundadamente: *Imitatione optimorum similia inveniendi paratur*. En este sentido, por ejemplo, San Crisóstomo y San León adquirieron un estilo ciceroniano. — Es ley del espíritu humano buscar la comunicación con otros espíritus y unirse con ellos: de esa ley resulta que el pensamiento no es patrimonio de un solo individuo, sino que tiene por objeto circular ampliamente, y de aquí viene que las diversas literaturas presentan dos fases, lo propio, lo nacional por una parte, lo imitado, lo exótico por otra. En comprobación de ello recuérdese que los latinos imitaron á los griegos; los italianos á los griegos, latinos y provenzales; los españoles á los griegos, latinos, provenzales é italianos, en una época, y en otra á los franceses: éstos, alternativa-mente, han imitado á las naciones citadas, así como á los alemanes y los ingleses, quienes á su vez han tomado de los otros pueblos cuanto les ha parecido conveniente, apareciendo, en definitiva, que el destino de los hombres, tanto en lo físico como en lo moral, es: “dar y recibir.” Hasta en las obras de los poetas que pasan por primitivos y de los poetas literatos más notables, se encuentran imitaciones, meras traducciones y aun simples traslaciones de prosa á poesía. Antes de Homero hubo quien refiriera, en verso, la guerra de Troya; y Platón declaró: “que los griegos tomaron de todas partes ideas y sistemas.” Virgilio imitó los poemas de Homero, y el Tasso los de Homero y Virgilio. Ozanan y Labitte, en sus estudios sobre la *Divina Comedia* del Dante, han señalado las obras de que se valió el poeta italiano para escribir su obra. Fr. Luis de León abunda en reminiscencias de poetas griegos, latinos é italianos. Herrera, para formar sus mejores canciones, se inspiró en la Biblia. Rioja trasladó ideas de Séneca á su *Epístola Moral*. Las comedias de Lope de Vega contienen elementos extran-

jeros, especialmente italianos. La idea de la famosa pieza de Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, está tomada de una novela de Boccaccio. Espronceda casi tradujo la carta de Julia á D. Juan, por Byron, para formar la de Eloísa á D. Félix; imitó, á veces, al mismo poeta inglés en *El Diablo Mundo*, y copió de Beranger *El Canto del Cosaco*. Racine tomó asuntos para sus tragedias, de los clásicos antiguos y de la Biblia. Corneille, para escribir *El Cid*, tuvo presente el de Guillén de Castro. Moliere imitó ó tradujo á Plauto y á Terencio, y algo tomó de los dramaturgos españoles. Musset tomó por modelo á Byron. Shakespeare, según ha demostrado Malone, apenas tiene un drama donde todo le pertenezca. Milton copió á Masenius, Grotius y otros autores. Byron tomó lo que juzgó conveniente del *Itinerario* y de los *Mártires*, por Chateaubriand, de las *Historias de Rusia*, por Castelnau y por Richelieu, así como de las poesías de Pulci, Filicaya y otros italianos. Goethe confesó: "que él había recogido muchas ideas de los que le precedieron y de sus contemporáneos."

Además de lo indicado acerca de imitación literaria, debe advertirse que el principal motivo por que en México no ha habido poetas del todo originales, es el siguiente. Las inteligencias superiores satisfacen su energía en épocas de progreso, con seguir el camino que hallan trazado, y que racionalmente juzgan bueno. Esas inteligencias cuando inventan, cuando crean, es en los tiempos de ignorancia, ó de crisis, cuando una civilización nace, ó se transforma, circunstancias que nuestros poetas no han hallado en México. Precisamente el siglo XVI, el siglo de la conquista, fué la edad de oro de la poesía española, nuestra primera maestra, y después el mundo ha seguido un curso constante de adelantamiento. La literatura mexicana no ha tenido, pues, infancia; se presenta ya hecha, formada, y con modelos primero en España y luego en los demás países civilizados.

Madame de Stael (*op. cit.*), aprobando la imitación que de los griegos hicieron los romanos, observa que "la necesidad sola produce la invención, y que imitamos en vez de crear cuando hallamos un modelo conforme á nuestras ideas: el género humano se dedica á perfeccionar cuando está dispensado de descubrir."

Después de todo lo explicado, no debe extrañarse que los mejores críticos y preceptistas, antiguos y modernos, recomienden á los escritores la imitación de los buenos modelos: bastará recordar aquí á Horacio, Quintiliano, Cicerón, Boileau, La Harpe, Fenelón, Burgos, Mar-

tinéz de la Rosa, Lista y Revilla. El P. Houdry escribió un *Tratado sobre la manera de imitar á los buenos predicadores*, donde hace notar el talento de imitación del obispo Flechier. El contemporáneo de Musset, defendiéndose de la acusación de plagiarlo, decía: "Nada pertenece á nadie, todo pertenece á todos, y es preciso ser ignorante para formarse la ilusión de que decimos una sola palabra que nadie dijese antes."

Ahora bien, que entre nosotros, que en México, la imitación de los buenos modelos nada ha impedido, por una parte, á nuestros escritores, y, por otra, ha producido excelentes resultados, se prueba con la presente obra, donde fácilmente se notará que hemos tenido: 1º Hábiles representantes de las buenas escuelas poéticas, clasicismo, romanticismo, eclecticismo, sentimentalismo moderado, comedia moratiniana y bretoniana, becquerismo, poesía campoamoriana, etc. 2º No sólo escritores medianos, sino algunos buenos y otros excelentes en todo género de poesía: lírica ó subjetiva, en sus diversas especies; descriptiva y narrativa ú objetiva; dramática, en sus varias clases; géneros mixtos, sátira, epístola, fábula, composiciones didácticas y bucólicas. 3º Muchos autores de asuntos locales, mexicanos, nacionales. 4º Traductores de lenguas antiguas y modernas no sólo de algun mérito, sino varios buenos y algunos óptimos. 5º Latinistas de las mismas clases de los traductores. 6º Poetas en lenguas indígenas que, en el capítulo 1º llamamos indo-hispanos.

Vamos á presentar aquí un resumen de lo que más nos interesa, de los poetas que han tratado asuntos nacionales, algunos de ellos defectuosos en la forma de sus composiciones; pero siempre apreciables por lo sustancial de ellas.

En el siglo XVI, el Príncipe Plácido entonó los primeros himnos en alabanza de la deidad indígena, la Virgen de Guadalupe; Balbuena describió la capital de Nueva España en su *Grandeza mexicana*; Eugenio Salazar produjo también algunos rasgos descriptivos de nuestro país; Francisco Terrazas cantó *El Nuevo Mundo*; Eslava supo localizar en México algunos de sus autos sacramentales; Saavedra Guzmán fué el primero que narró en verso la Conquista de Anáhuac por los españoles; Ixtlilxochitl tradujo felizmente poemas indígenas; algunos escribieron sonetos satíricos censurando vicios propios de Nueva España. En el siglo XVII hubo composiciones de circunstancias, las cuales se usaban entonces, y que por su mismo carácter debían ser origi-

nales, pues se referían á hechos de actualidad. Entre las biografías y descripciones en verso de la misma época, se encuentran algunas que se refieren á personas ó lugares del país. Por otra parte, Villagrán escribió un poema refiriendo la *Conquista de Nuevo México*; otro Arias Villalobos narrando toda la historia mexicana, y un tercer poema Betancourt, relativo á la historia de la Conquista; Sigüenza y Góngora, Morales Pastrana y otros muchos repitieron en verso la aparición de la Virgen de Guadalupe, y Vela escribió, entre otras comedias, las intituladas *El Estudiante en las Indias*, *El Apostolado en Indias* y la *Conquista de México*. En el siglo XVIII figuraron poesías de circunstancias, biografías y descripciones en verso de asuntos originales, como en el siglo XVII. En el mismo siglo XVIII escribió Ruiz de León su poema *La Hernandía*, y una descripción en verso del desierto de los carmelitas; Landívar su preciosa obra *Rusticatio Mexicana*; el padre Anaya y otros, nuevas composiciones á la Virgen de Guadalupe, Entre las comedias de Soria se halla *La Májica mexicana*, y el mismo autor hizo una descripción poética de Tehuacán de las Granadas. Además del poema de Ruiz de León, *La Conquista de México*, escribió otro sobre el mismo asunto, en el siglo XVIII, el padre Castro, quien consagró igualmente su pluma á describir en verso Antequera de Oaxaca y las ruinas de Mitla. A principios del siglo XIX, los partidarios de la dominación europea dedicaron sus poesías líricas ó descriptivas y narrativas á celebrar ó referir las victorias que los españoles obtuvieron de los insurgentes, así como Fernández Lizardi algunas sátiras á censurar vicios de su época. Después de la independencia, es notorio que se han multiplicado en México las composiciones de asuntos nacionales, como lo testifican, entre otros muchos trabajos, las poesías lírico-patrióticas de Ochoa, Ortega, Tagle, Rodríguez Galván, Fernando Calderón, Quintana Roo, Alpuche, Heredia, Valle, Gallardo, Ortíz, Castillo Lanzas y otros; los romances y dramas de Rodríguez Galván; *Las Aztecas* de Pesado, así como los *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*, las *Escenas del campo y de la aldea*, del mismo autor; algunas poesías descriptivas de Carpio, Segura y Calderón; las comedias de este último *A ninguna de las tres* y *Los Políticos del día*; varias piezas dramáticas de Moreno, Tovar, Anievas, Serán, Gallardo y Rosas; los romances y leyendas de Díaz, Villaseñor y Gallardo; las poesías de Pérez Salazar á los héroes de la independencia, y por último, diversas composiciones satíricas de algunos autores, que se refieren á vicios de

nuestra sociedad, entre esos autores, Ochoa, Carpio, Arango, Plaza y Téllez.

Nótese que aun el sentimiento religioso ha sabido localizarse en México, tomando color especial de la idea política: la Virgen de Guadalupe, que se cree haber aparecido á un indio, y á la cual se han dedicado innumerables composiciones, fué la patrona de los criollos, de los insurgentes, de los que se levantaron contra los españoles gritando: ¡Viva la Virgen de Guadalupe, mueran los gachupines! La Virgen de los Remedios, traída por un español y celebrada también por muchos poetas, desde Betancourt hasta Ortega, era el escudo de los europeos, habiendo sido aclamada capitana-general por uno de los virreyes, quien puso á los pies de la imagen de la Virgen el bastón del mando. Al hablar de los oradores sagrados, artículo correspondiente á Beristain, explicaremos detenidamente la importancia de la Virgen de los Remedios y la de Guadalupe en relación con nuestra literatura.

Sobre la originalidad de algunas poesías mexicanas, todavía hay que agregar una observación importante, y es que puede haber originalidad en un escrito aunque su asunto no sea nacional. Un poeta lírico que expresa sentimientos particulares é inmediatos, sean de la clase que fueren, es original. Las poesías eróticas de Manuel Flores, por su temple, tienen gusto especial, según observamos en el c. 20. Un poeta descriptivo, narrativo ó dramático que usa argumentos extranjeros, pero nuevos, también es original. Véase lo que sobre este punto hemos explicado al tratar de Carpio, c. 16, lo cual puede aplicarse á otros poetas. Fernando Calderón, por ejemplo, es original al describir espontáneamente, en *El Torneo*, los usos de la edad media. No hay que confundir las ideas de originalidad y nacionalidad, y no por el temor de imitar á otros incurramos en el defecto opuesto de reducirnos al estrecho círculo del provincialismo, siendo más filosófico pensar como los antiguos estoicos: *non sum uni angulo natus patria mea totus hic mundus est*. Menéndez Pelayo, tan inclinado á elogiar todo lo español, hace esta confesión en su opúsculo sobre Calderón de la Barca: "Lo que nuestro teatro gana en nacionalidad, pierde en universalidad: no hemos de esperar que sea un arte admirado por todos los pueblos cultos, como el arte de Sófocles ó el de Shakespeare." La verdad es que el ideal del buen poeta debe ser unir lo general con lo particular, lo humano con lo local. Voltaire observó acertadamente: ' Hay que distinguir lo que es bello en todas las naciones y tiempos

de las bellezas locales de cada país." Lo mismo ha venido á decir, en nuestros días, el contemporáneo Revilla, cuando, en su estudio sobre *D. Juan Tenorio*, asienta estas palabras: "D. Juan Tenorio ofrece á los ojos de la crítica un doble aspecto, es juntamente un tipo nacional y universal, humano y español. Como tipo es de todas las épocas y de todos los países; como carácter individual es exclusivamente propio de España. Así se explica la popularidad que entre nosotros goza y la facilidad con que ha tomado carta de naturaleza en las literaturas extranjeras."

Respecto á la imitación de sistemas viciosos, la buena crítica encuentra justa defensa en favor de los mexicanos que adoptaron esos sistemas, consistiendo la defensa en lo que ya hemos expuesto varias veces, como cuando consideramos á Eslava por el lado bufón y grosero; á Sor Juana inficionada de gongorismo; esos no eran defectos de personas determinadas, sino de épocas y naciones enteras. Para evitar repeticiones nos remitimos á los capítulos donde hemos hablado del asunto, y aquí sólo agregaremos un hecho. El excelente preceptista Quintiliano censuró los vicios de los autores de la decadencia latina, y sin embargo, incurre alguna vez en esos vicios, como han observado los críticos. Tan difícil es libertarse completamente de la influencia moral de una época, como dejar de aspirar el aire que nos rodea.

De cualquier modo que fuese, lo cierto es que los poetas mexicanos no sólo han sido imitadores de lo feo ó de lo bello, sino que han producido bastante de original, según hemos explicado, y todavía aclararemos más.

Que los mexicanos no han inventado ningún género nuevo de poesía, ni fundado escuela propia de literatura, es una verdad, y de ahí viene que, en el punto de vista técnico ó sistemático, hemos sido griegos, latinos, orientalistas ó europeos modernos, y no americanistas. Sin embargo, un escritor, sea cual fuere el género que cultive ó la escuela á que pertenezca, puede ser original siempre que se reduzca á escribir conforme á las reglas generales del arte, sin imitar á persona determinada, y en este concepto los poetas mexicanos son muchas veces originales: bastará poner un ejemplo de la época colonial y otro de la independiente. Sor Juana fué gongorista, y á pesar de ello se apartó en ocasiones del sistema de su época, escribiendo únicamente conforme á principios comunes. Tagle imitó á los clásicos en algunas de sus composiciones; pero otras veces escribió espontáneamente sin fijarse

en sistema especial, conforme á las reglas generales de la poética. Aun perteneciendo el poeta á escuela determinada, puede ser original, no en el sistema, pero sí en la esencia de sus composiciones. ¿Quién, por ejemplo, tachará de imitador á Francisco de la Torre cuando, aunque de escuela italiana, anima los versos que escribe con su propio aliento, con la inspiración personal? ¿Quién podrá quitar á *La Batalla de Lepanto*, por Herrera, su idea cristiana y nacional, porque el escritor adopta la forma de la antigua oda heroica?

A todo lo dicho sobre poesía mexicana, agréguese el nombre de los escritores vivos que no han entrado en el plan de nuestra obra; pero en quienes se ocuparán dignamente otras plumas: *a i posteri Vardua sententia.*

Tocante á los defectos formales de nuestra poesía, diremos que esta circunstancia tiene un límite honroso, y una disculpa lógica. El límite se halla recordando á los poetas nacionales que han escrito alguna de sus obras, conforme á las reglas del arte: de tales obras hemos hablado en los lugares correspondientes de este libro. La disculpa es, que en ninguna literatura se encuentran autores exactamente modelados á la rigurosa teoría del arte. Tómense en una mano los clásicos griegos, latinos, españoles, etc., y en la otra los comentadores, críticos, retóricos y gramáticos, y se verá que no hay autor, por aventajado que sea, á quien no se le encuentren muchos defectos. Vamos á comprobar esa aserción general con algunos casos, tomados de la literatura en que más nos debemos fijar, la española, madre de la mexicana, los cuales casos evidencian la distancia que hay entre la teoría y la práctica.

Baralt, en el *Diccionario de Galicismos*, condena la locución "bajo este punto de vista," y sin embargo la usa, nada menos que en su *Discurso de recepción*, al presentarse ante la Academia Española. Esta condena á *cuyo*, usado como simple relativo, y no obstante esa opinión respetable, vemos que *cuyo* se toma en la acepción dicha por autores antiguos y modernos, tan notables como los siguientes: Guevara, en su *Marco Aurelio*, dice: "Nació en España, cuando andaban muy encendidas las guerras de César y Pompeyo, en cuyos tiempos muchos se fueron de España á Roma." Cervantes, en *Don Quijote*, se expresa así: "Enjugose la boca Sancho, y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados." Lo mismo usa Solís en su *Conquista de México*, con bastante frecuencia. Quintana, en la *Vida del Príncipe de Viana*, dice: "Vino la carta de Na-

varra á Corella, y la de Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió el gobernador Beamonte." Igual manera de escribir se ve en las demás obras de Quintana; verbi-gracia, *Musa Épica*, página 4 (Madrid 1833). Más fácilmente se encontrará *cuyo*, usado como relativo, en los diversos escritos del académico Ochoa, y en la famosa *Historia de la revolución de España*, por Toreno. Basten estas citas, las cuales pudiéramos multiplicar notablemente, aunque es interesante añadir, que la Academia Española misma usó *cuyo*, como simple relativo, hasta la penúltima edición de su gramática (1874).

De igual modo la corporación dicha y varios gramáticos enseñan que *sendos* no debe admitirse en significación de *cosa grande*; pero el caso es que así le acostumbra, entre los antiguos, el padre Isla, uno de los maestros del idioma castellano, y entre los modernos, Fernández Guerra en su obra sobre Alarcón, premiada por la mencionada Academia. Villergas, crítico tan severo, dijo:

Tan sólo por no ir al Limbo
Me alegro estar bautizado,
Que así me espera la gloria
O los *sendos* tizonazos.

D. Manuel Revilla, justamente calificado de excelente crítico por Cánovas del Castillo, no se halla libre de faltas en sus escritos, como cuando dice: "ocuparse de" por "ocuparse en," cosa que le censuró Menéndez Pelayo [*Ciencia Española*]. Sin embargo, este último autor también escribió "ocuparse de" en un pasaje que veremos, nota 2ª al fin del capítulo. El mismo Menéndez Pelayo [*op. cit.*] llama *bárbara* la voz *sociología*, mientras que él usa algunos galicismos en sus obras, y la extraña é inútil palabra *utilogo*, en su *Horacio en España* [1885]. *Sociología*, en nuestro concepto, debe admitirse porque indica una idea nueva del positivismo moderno, y como ya han observado varios críticos, "las ciencias necesitan términos nuevos para hechos nuevos." Empero, *utilogo* no hace falta, porque en su lugar, tenemos *apéndice*, *anumento*, *agregado*, *epílogo*, *nota*, etc., etc. D. Eugenio de Ochoa [citado antes], confiesa "que la incorrección es defecto aún de los mejores escritores españoles, así en prosa como en verso." Ochoa llegó á manifestar, que "nadie es más desaliñado que Cervantes," [*Introducción al Tesoro de historiadores españoles*]. Menéndez Pelayo, en su opúsculo sobre Calderón de la Barca, aplaude las ideas de ese drama-

turgo; pero confiesa que *en la forma siempre deja que desear*. Antes que Ochoa y Menéndez Pelayo, Balbuena, en su *Tratado apologético de la poesía*, había dicho: "Casi toda la poesía española no es más que una pura fuerza de imaginación, sin ir enfrenada y puesta en medida y regla con las que el arte pide." Lo mismo han manifestado substancialmente otros muchos escritores castellanos, ó de América, en general sobre la poesía española, ó en particular, de algunos poetas, entre los cuales escritores, los hay comentadores, lingüistas, críticos, preceptistas y gramáticos, como Clemencin, Lista, Quintana, Ferrer del Río, Revilla, Hermosilla, Cuervo, Bello, Salvá.

Con lo manifestado anteriormente quedan puestos en su justo valor y verdadero tamaño, dos de los motivos que han impedido el perfeccionamiento de la poesía mexicana, es decir, tendencia á la imitación y descuido en la forma. Vamos á ocuparnos ahora en hablar de otras causas que han producido los mismos efectos.

Durante la época colonial, las causas que estorbaron el progreso de nuestra literatura fueron: 1ª Los españoles que venían á México lo hacían para ganar dinero, y no para cultivar las bellas letras. 2ª La época de la dominación española, en nuestro país, corresponde, casi toda, al reinado en literatura del gongorismo y del prosaísmo. 3ª Los habitantes de Nueva España vivieron en el aislamiento, pasando una existencia monótona y sin acontecimientos notables. 4ª Dificultad para imprimir las obras que se escribían. 5ª El rigor de la censura civil y de la eclesiástica.

Cierto es que de España venían á México algunas personas ilustradas, y aun maestros de ciencias, literatura y bellas artes; pero la mayor parte de los colonos europeos, en Nueva España, eran meros negociantes. En tiempo del gobierno español dominó en México esta máxima: "Letras gordas y á trabajar," es decir, enseñar á los jóvenes lo muy preciso y dedicarlos á trabajos lucrativos.

De lo que dominó en nuestro país el gongorismo y después el prosaísmo hemos tratado bastante en la presente obra. No ha faltado quien, sobre el particular, haya hecho acertadamente la siguiente observación: "Si en España, nación libre y relativamente ilustrada, privó el gongorismo y después el prosaísmo, con más razón en México

habitado por una raza indígena subyugada y envilecida y por colonos europeos, en su mayor parte negociantes iliteratos."

El aislamiento de los habitantes de Nueva España, su poca comunicación con extranjeros, es un hecho indudable, así como lo monótono, lo poco interesante de su vida, apenas interrumpida por la llegada de un virrey, la muerte de algún personaje, tal cual auto de fe, alguna rebelión de indios, un altercado entre las autoridades sobre precedencia en las procesiones, y otras cosas por el estilo, poco á propósito para elevar la imaginación, para interesar el ánimo. No tiene duda que los poetas fueron premiados en Nueva España y premiadas aquí sus obras; pero este país era teatro muy reducido para lucir un ingenio de primer orden, y para ello tenía necesidad de pasar los mares, según hizo Alarcón y Mendoza.

De la dificultad para imprimir las obras que se escribían es testigo intachable el bibliógrafo Beristain, quien en su *Biblioteca*, cita á cada paso, obras que quedaban manuscritas y se perdían por no haber sido posible imprimirlas. Verdad es que no faltaban del todo las imprentas; pero la carestía de la mano de obra y la escasez y elevado precio del papel, no consentían dar á la prensa sino trabajos costeados por personas ricas. Solían enviarse á España los manuscritos en busca de impresión más barata; pero muchas veces los autores perdían esos manuscritos, y además el dinero destinado al gasto de la impresión. Fr. Martín Castillo, en el prólogo á una de sus obras, dice "que las mandaba imprimir á León ó Amberes, porque *non facile nec absque magnis sumptibus sudant in America Typographia*." Y allí mismo manifiesta las dificultades, la tardanza y el peligro de perderse los originales si se enviaban á Europa.

En la *Biblioteca* de Beristain consúltense especialmente los artículos relativos al citado Fr. Martín Castillo, Manuel Calderón de la Barca, Fr. Alonso Franco y Ortega, Manuel Gómez Marín, Illmo. Bartolomé Ledesma, Atanasio Reatón, Diego Rodríguez 2º, Bernardino Sahagún y José Sicardo. De Fr. Martín Castillo dice Beristain: "Que las dificultades, riesgos, gastos y trabajos que sufrió para dar á la prensa sus libros justificarán á los ingenios americanos de no haber hecho sudar más los moldes." De Calderón de la Barca: "Este ingenio será un ejemplo de la desgracia de la literatura americana por la escasez de imprentas y suma carestía de papel y costos." Calderón de la Barca mandó á España, para que se imprimiera, un *Diccionario de la Fábula*,

la, y el resultado fué perder el libro y ciento cincuenta pesos remitidos para la impresión. Franco y Ortega escribió una obra histórica que se quedó manuscrita "por los sumos gastos y dificultades en la imprenta." El Illmo. Ledesma compuso varias obras "que llevándose á España para su impresión perecieron en el mar." Y por el estilo pasó á los demás autores citados, y á otros que no citamos, de los mencionados en la referida *Biblioteca* de Beristain.

Relativamente al rigor de la censura civil y de la eclesiástica, en Nueva España, comenzaremos por observar que Menéndez Pelayo, en la obra intitulada *Ciencia Española*, niega que la censura de su país impidiese allí el progreso de las ciencias y de las letras. A Menéndez Pelayo pudiéramos oponer varios historiadores acreditados de la literatura española; pero para no divagarnos en asunto que no nos toca directamente, sólo citaremos la Historia de la literatura española más moderna que conocemos, la del profesor Alcántara, pág. 283 (Madrid 1884), donde consta el pernicioso influjo de la Inquisición en el adelantamiento de las ciencias españolas, *al menos en parte*. Apuntaremos también aquí los nombres de algunas de las obras literarias que se prohibieron en España: parte de los clásicos antiguos; varias poesías de Castillejo; las comedias de Torres Navarro; algunas de Gil Vicente; dos de Huet; el *Lazarillo*, famosa novela por Hurtado de Mendoza; el *Fr. Gerundio* del P. Isla, la mejor novela de su tiempo; el *Si de las niñas*, por Moratin, comedia de notoria moralidad; el *D. Rodrigo*, drama por Gil y Zárate. Es sabida la razón por qué esta última pieza fué prohibida: según el censor, "no convenía sacar á las tablas reyes tan aficionados á las muchachas." No es de olvidarse la real cédula de 1558, prohibiendo en Madrid la representación de comedias profanas, lo cual dió motivo á que los teatros estuviesen cerrados algún tiempo.

Respecto á lo que pasó en Nueva España, en el punto que nos ocupa, ocurre, desde luego, observar que para imprimir un libro se necesitaban, á veces, muchas licencias. Por ejemplo: las *Advertencias para confesores de los naturales*, de que habla García Icazbalceta en su *Bibliografía del siglo XVI* [pág. 353], van precedidas de diez licencias, una del Virrey, otra del Gobernador de la Mitra, otra del Vicario general cedevacante, otra del Comisario, otra del Catedrático de prima, otra del Guardián de San Francisco, otra del franciscano Durán, otra del Comisario de la Santa Cruzada, otras dos también por lo tocante á

la Santa Cruzada. Las poesías de González Eslava, edición de 1610, necesitaron cinco licencias para publicarse. No obstante las licencias, los libros solían prohibirse, como sucedió con un *Diálogo en lengua tarasca* de que habla García Icazbalceta, en su obra citada, quien á la pág. 92 dice: "A pesar de las muchas aprobaciones que la obra lleva al frente, el Consejo de Indias mandó recogerla."

Por lo demás, llamaremos en nuestro auxilio á dos autores nada sospechosos, Beristain y Zorrilla, el primero en su referida *Biblioteca*, y el segundo en la *Flor de los recuerdos* [México 1855]. Beristain era mexicano, pero escribió con el principal objeto de defender al gobierno colonial; Zorrilla es ciudadano español y estuvo mucho tiempo en México, donde estudió todo lo relativo al país. Ahora bien, en la *Biblioteca* de Beristain se da noticia de varias obras científicas y literarias prohibidas por las autoridades civil y eclesiástica de Nueva España. Zorrilla, á la pág. 414 del libro citado, habla de "las trabas que en Nueva España ponían al comercio de libros la Inquisición, la censura clerical y el gobierno iliterato de Fernando VII." Hé aquí algunos ejemplos de las obras literarias á que nos referimos, sin mencionar científicas ni religiosas, los cuales ejemplos, están tomados, en su mayor parte, de la citada *Biblioteca* de Beristain, quien, debe advertirse, fué Presidente de la Junta de censura de libros.

El P. Lucas Anaya no se atrevió á publicar, con su nombre, el poema que escribió relativo á Jesucristo, de que hemos hablado en el capítulo X.^o La importantísima *Historia de Nueva España*, por el P. Sahagún, no pudo imprimirse en virtud de haber sido prohibida según Real cédula publicada por García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la Historia de México* t. 2.^o, pág. 267. En esa cédula se ordenó, "que de la obra de Sahagún no quedase original ni traslado alguno." La *Historia* de México intitulada *Monarquía Indiana*, del P. Torquemada, fué mutilada por la Inquisición quitándole varios capítulos. El milanés Boturini vino á México, con licencia del gobierno español, para estudiar la historia antigua del país acerca de la cual reunió muchos documentos interesantes: de ellos fué despojado por orden de la Corte, y enviada su persona á Europa, como sospechosa, bajo partida de registro. En Madrid logró Boturini se le dejase en libertad; pero nunca pudo lograr se le devolviese su preciosa colección de documentos. Clavijero encontró en España tales dificultades para publicar allí su excelente *Historia antigua de México*, que se vió obligado á publi-

carla en Italia poniéndola en italiano. Las *Constituciones Diocesanas*, que tienen noticias históricas, obra escrita por el Obispo Núñez de la Vega, fueron prohibidas según cédula Octubre 6 de 1614, entre otras razones: *por haberse impreso en Roma*, esto es, fuera de los dominios españoles. Al *Elogio de la Virgen de Guadalupe*, en tercetos, por D. Ignacio Vargas, con notas aclaratorias [México 1794], no se le dió pase sin omitir las notas. La *Historia de la conversión y conquista de los indios* por D. Bartolomé Frías Albornoz, que llegó á imprimirse en México, fué prohibida por la Inquisición. La *Psalmódia Cristiana* en lengua mexicana, compuesta por el P. Sahagún, "ordenada en cantares para que canten los indios en la iglesia," fué destruída por el P. Figueroa, Revisor de libros del Santo Oficio, acerca de lo cual García Icazbalceta [op. cit.] dice: "Si el P. Figueroa destruyó la *Psalmódia* por estar prohibidas las traducciones de la Sagrada Escritura en lengua vulgar, dió triste muestra de su criterio, porque la *Psalmódia* no es nada de eso. Tal vez la palabra *Psalmo*, que se ve al frente de cada uno de los cantares, y que sólo tiene allí su significación genérica de *canto* ó *cántico*, le hizo creer que se trataba de versiones del Salterio; pero aun sin saber nada de la lengua mexicana, se echa de ver que en los tales *Psalmos* hay muchos nombres de santos y otras palabras castellanas que no podrían hallarse en una traducción de la Escritura. Por otra parte, en el prólogo castellano está bien claramente explicado el asunto del libro." Sor Juana Inés de la Cruz, quien se abstenía de polémicas teológicas por temor á la Inquisición, dejó de hacer *versos* y abandonó el estudio, deshaciéndose de su biblioteca, por sugerencias del Obispo de México, según dijimos en el capítulo V.^o de la presente obra. La última parte de la popular novela *El Periquillo*, por Fernández de Lizardi, fué prohibida á principios de este siglo, según explicaremos al tratar de los novelistas. En México hubo, durante la dominación española, censores especiales de comedias, quienes prohibían las que les parecía conveniente, comedias que se han perdido á causa de la prohibición, lo mismo que otras obras de diversos géneros, por igual motivo. D. Fernando Ramírez, en la *Advertencia* que escribió para la *Psalmódia* del P. Sahagún, de que antes hablamos, se queja de las obras destruídas por el P. Figueroa, ya citado, de quien dice: "El P. Figueroa, bibliotecario de su convento, era también, por desgracia de nuestros bibliófilos Notario y Revisor de libros por el Santo Oficio, encargo que desempeñó con un celo verdaderamente *abrasador*..... Las tareas

literarias, infinitamente penosas, que los primeros misioneros acometieron para propagar la civilización cristiana, sus sucesores en la propia empresa, sus hermanos mismos las condenaban al fuego."

Después de la independencia, lo que ha impedido el perfeccionamiento de nuestra literatura son los motivos siguientes. Falta de tranquilidad en los ánimos; falta de protección á las bellas letras por parte del gobierno, de las personas ricas y del público en general; falta de crítica imparcial é ilustrada.

Del silencio sepulcral de la época del gobierno español pasamos á otro extremo, acaso más perjudicial á las letras, la falta de tranquilidad, á causa de nuestras continuas guerras civiles.

Es digno de observarse que no son las guerras con el extranjero las que deprimen los ánimos, sino las luchas intestinas: aquellas tienen un fondo de generosidad y de patriotismo que dan vida al genio, estímulo al talento, y así se explica cómo los reinados de los monarcas guerreros han sido frecuentemente fecundos en obras de primer orden. No sucede igual cosa con las guerras civiles: nada tiene de inspirador la destrucción de nuestros propios hermanos, ni el mezquino apetito de conseguir puestos públicos. Estudiando la historia del pueblo romano, podremos notar que sus revoluciones no le permitieron producir obras literarias de mérito, sino hasta muy tarde. Nótese que la edad de oro de la literatura latina fué en el reinado de Augusto, quien dió la paz al mundo. Bajó el gobierno de los Reyes católicos, que pacificaron á España, comenzó á dar sus más preciosos frutos la literatura de aquella nación. Lo mismo relativamente se observa en otros países. Contra la regla general, nada valen algunos casos aislados que pudieran presentarse. Hace siglos que Ovidio hizo esta observación:

"Muy mal fluyen los versos si el poeta
Faltan ocio, retiro y mente quieta."

Ese mismo Ovidio expatriado, y Cicerón alejado de los negocios públicos, y Dante perseguido; Milton proscrito y Chateaubriand relegado al olvido; todos esos hombres produciendo bellas obras literarias, no prueban que los odios políticos, ni las guerras civiles sean propicias á las letras: esos autores pudieron escribir bien, precisamente porque las circunstancias los obligaron á refugiarse en el retiro, á estar quietos y tranquilos.

Es cierto que después de la independencia han aumentado en Méxi-

co los establecimientos de educación, en lo general hablando; pero en particular las bellas letras casi no han merecido la atención de nuestros gobernantes, quienes, con rara excepción, pueden calificarse de *iliteratos*, según vamos á demostrar con hechos innegables.

La sola áncora de salvación que se presenta hoy á la vista de los literatos mexicanos es el Ministerio de Fomento, acerca del cual D. Luis González Obregón en su *Anuario Bibliográfico* (México 1889) dice:

"Con satisfacción lo hacemos constar aquí, porque no es una lisonja sino un tributo merecido á la justicia y á la verdad; el que principalmente ha prestado decidida y desinteresada protección á los literatos mexicanos en nuestros días, es el Sr. General D. Carlos Pacheco, quien en la imprenta fundada por él en la Secretaría que está á su cargo, ha ordenado la reimpresión de obras de mérito indisputable; ha publicado por primera vez libros de nuestros más eminentes literatos; ha estimulado á varios jóvenes imprimiéndoles sus ensayos y ha facilitado la impresión de las tesis, á estudiantes pobres, que antes muchas veces no podían hacerlo, ni aun á costa de sacrificios y privaciones."

Empero, las excepciones no destruyen sino que confirman las reglas. D. Niceto de Zamacois, en su *Historia de México*, considera como una de las ideas dignas de elogio del gobierno de Maximiliano, la formación de una Academia de Ciencias y Literatura. Esa Academia fué restablecida por Juárez; pero sólo se reunió algunas veces mientras fué Ministro D. José María Lafragua: después de la muerte de Lafragua nadie ha vuelto ni siquiera á mencionar aquella corporación. Todo esto nos consta porque hemos pertenecido á ambas Academias. Más adelante, D. Vicente Riva Palacio fundó un Ateneo Nacional de Ciencias y Letras, subvencionado por el gobierno, el cual Ateneo fué como un meteoro: se presentó, brilló y desapareció. Entretanto que esto pasa en México, obsérvese que en las naciones civilizadas, los gobiernos protegen las sociedades literarias, como sucede, en Francia, con la ilustre Academia de Bellas Letras y, en España, con el famoso Ateneo de Madrid. Durante el gobierno colonial no hubo en Nueva España Academias oficiales; pero sí Universidades, donde se formaron tantos varones doctos en ciencias y letras, las cuales Universidades, fueron clausuradas en nuestra época, sin ser sustituidas con otra clase de planteles.

Desde que se hizo la independencia hasta el momento de terminar este libro [1889], no sabemos se hayan pensionado, en nuestro país,

más que dos poetas: Valle, con una corta mensualidad, por el gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado, y Manuel Flores, en México, pocos días antes de morir, así es que la pensión suponemos sirvió para el entierro. Y no se diga que la falta de socorro á nuestros escritores es por que no le han necesitado, pues en los capítulos anteriores hemos visto casos de poetas muertos en la miseria, como Hipólito Serán y Gabino Ortiz.

No obstante el espíritu democrático del país, nuestros militares lucen vistosos uniformes, ostentan cruces y medallas, mientras que para el hombre de Estado, el diplomático, el sabio, el literato y el artista no hay signo alguno de distinción. De acuerdo con nuestras instituciones, bien podía haber en México una modesta medalla del *mérito civil*, de oro, plata ó cobre, según los merecimientos de cada uno. En la República Francesa hay la Cruz de la Legión de Honor, la medalla de Instrucción Pública, la del Mérito agrícola etc. En Inglaterra, la reina actual concedió al poeta Tenisson el título de Barón. En España, el gobierno ha tomado parte activa en la solemne coronación de Zorrilla. En México colonial, los mejores poetas eran premiados con cruces que venían de España, con medallas acuñadas aquí y aun pecuniariamente.

Muy rara vez, en la República Mexicana, se ha concedido alguna subvención corta y pasajera á los teatros, y nunca premios á las obras dramáticas, lo contrario de lo que pasa en Europa: baste recordar que hace pocos años se dió en Bélgica un real decreto instituyendo premios pecuniarios á favor de las obras dramáticas belgas.

En todo nuestro país no existe una cátedra de estética literaria, tan comunes en otras partes.

Sobre el influjo de la clase rica en el adelantamiento literario, diremos que entre nosotros, salvo pocas excepciones, rico es sinónimo de ignorante y egoísta. Los capitalistas mexicanos, cuando mucho, dan un vistazo á los periódicos; si son mal inclinados, gastan sus bienes en vicios, y si son bien inclinados, emplean el dinero que les sobra en darle á usura, ó hacer negocios ruinosos para el país. Es doloroso confesar, que en la multitud de certámenes literarios habidos en tiempo del gobierno español, figuran nombres de personas nobles y ricas, siendo todavía más frecuente encontrar en aquellos tiempos hombres acaudalados, que dedicaban parte de su fortuna á abrir escuelas, dotar cátedras y edificar colegios. Nada de esto se usa ahora; nadie recuerda ya aquel epigrama de Marcial:

*Sint Maccenates, non deerunt, Flacce, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt.*

A buen seguro que encontremos hoy en México un D. Juan de Arguijo, llamado "Apolo de los poetas españoles" por su afán de honrarlos y protegerlos. Y no debe olvidarse que remontándonos al origen de la poesía española resulta que es de noble estirpe: díganlo los nombres de D. Juan Manuel, López de Ayala, Pérez de Guzmán, el Marqués de Villena, el de Santillana, etc. Los trovadores, eran casi todos de la primera nobleza y formaban una academia que se juntó al principio en Tolosa y después en Barcelona. Entre los trovadores se encuentran diversos reyes, Alonso I, D. Pedro III de Aragón, D. Dionisio y D. Alonso IV de Portugal, etc. En Castilla hubo también reyes poetas como D. Alonso el sabio, D. Juan II y Felipe IV. Hace poco tiempo se publicó en España, un librejo con el título de *Ripios aristocráticos*, escrito de mala fe, con el objeto de censurar infundadamente á todo escritor en verso que tuviera el defecto, para el autor del escrito, de ser noble. Ese libro prueba lo contrario de lo que el crítico se propuso, resultando en elogio de la nobleza española, pues se vé claramente los muchos nobles de España dedicados al cultivo de las bellas letras, lo cual es digno de encomio, y no de reprobación. En toda Europa se encuentran ricos, nobles y personas de sangre real, que protegen la literatura, y aun algunos de ellos son escritores. Lo mismo sucede con varios millonarios de los Estados Unidos, quienes frecuentemente dedican parte de sus bienes á fundar establecimientos de educación desde la primaria, hasta planteles suntuosos que llevan el título de Universidades, como la de Vanderbilt. Ahora bien, en México no sabemos que haya actualmente mas que dos capitalistas y un miembro de la antigua nobleza colonial dedicados al estudio, D. Joaquín García Icazbalceta, D. Casimiro Collado y D. José de Agreda, heredero del título de Conde de Agreda.

Lo dicho hasta aquí, respecto á nuestros ricos y ex-nobles, no significa un voto de censura contra los propietarios que prefieren atender sus negocios á hacer versos, en lo cual, sin duda alguna, aciertan. Nos referimos á los ricachos que ponen sus bienes al cuidado de otras personas, y ellos se dedican al libertinaje, ó á vivir en una ociosidad estúpida. Algunos, es cierto, que suelen ir á Europa; pero allí sólo aprenden á chapurrar el francés y el inglés, á manejar caballos, la espada y la pistola para sostener *lances de honor*, á vestirse por figurín y,

sobre todo, hablar mal de su patria. Acerca de tales personajes, nuestro Gómez Marín escribió *El Currutaco* por alambique, Ochoa y Carpio varios epigramas, Calderón su comedia *A ninguna de las tres*, Serán sus *Ceros sociales*, un escritor anónimo la sátira intitulada *Los leones*, el obispo Montes de Oca otra sátira contra *La educación europea*. Sobre todo, recomendamos la lectura de un artículo crítico relativo á los hispano-americanos que van á Europa, publicado en la *América Literaria*, pág. 280 [Buenos Aires 1883].

Desgraciadamente en nuestra República no sólo el gobierno y las personas ricas se muestran indiferentes á las bellas letras sino el público, en general. A la verdad, no falta quien concurra á los teatros; pero se prefieren los toros y el circo, y, por otra parte, se nota que con dificultad sale una edición de poesías: los editores, para costearse, tienen que hacer impresiones baratas y, en consecuencia, malas, repartir por entregas, y valerse de otros recursos por el estilo. Algunos ejemplos probarán nuestro aserto, tomados de personas pertenecientes á diversos partidos políticos, para que no se atribuya el mal éxito de sus publicaciones á odios especiales.

El escritor liberal y racionalista D. Ignacio Altamirano trató de reimprimir, en México, sus poesías y demás obras literarias, por suscripción, y no encontró suficiente número de suscritores. El conservador y católico D. Domingo Arguemoza publicó un tomo de poesías: hemos leído en algunos periódicos que esas poesías apenas se venden. Los que tienen recursos imprimen trabajos literarios, por gusto, sabiendo que pierden el dinero, como la familia de Pesado al dar á luz la tercera edición de las poesías de éste, Roa Bárcena al publicar sus escritos poéticos, García Icazbalceta al ser editor de las *Poesías inéditas* del P. Alegre. Las personas que no pueden hacer por su cuenta la publicación de sus obras, no sólo poéticas sino históricas y aun meramente científicas, tienen que acudir al gobierno, según ha sucedido, por ejemplo, con el *Romancero Nacional* de Prieto, las obras de D. Ignacio Ramírez, el estudio sobre Fernández Lizardi por González Obregón, la *Historia Antigua de México* por Orozco y Berra, la *Geografía de las lenguas* del mismo autor, el *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico* de García Cubas, y nuestra obra sobre idiomas indígenas: el primer tomo, primera edición, le imprimimos por nuestra cuenta y vendimos en toda la República Mexicana siete ejemplares. De la obra citada de Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas*, sólo se vendieron

cinco ejemplares. Entretanto, los escritores europeos suelen hacerse ricos, hasta con obras de puro divertimento, como Dumas, Victor Hugo, Eugenio Süe etc: hace poco tiempo Sardou, con su drama *Fédora*, ganó 500,000 francos. En España, Echeagaray, Cano, Sellés y otros dramaturgos, después de oirse aplaudir en el teatro, reciben lo que les corresponde de la entrada. En México, los autores dramáticos suelen ser aplaudidos en el escenario; pero utilidad pecuniaria ninguna obtienen.

Después de la independencia, han escaseado tanto los buenos críticos, que sólo recordamos tres dignos de citarse: el Conde de la Cortina, Couto y Zarco, de quienes hemos hablado en el capítulo XIX. La crítica mexicana se ha extraviado constantemente por uno de estos motivos: falta de instrucción sólida en los criticadores, los odios de secta y partido, el espíritu de envidia.

Revilla, en su *Disertación sobre la crítica*, se quejaba de que en España "el oficio de crítico se reducía á cursar bien ó mal una carrera, escribir cuatro gaceticillas en un periódico y decir cuatro disparates en el Ateneo, y después de esto lanzarse el crítico á dar consejos á Tamaño y Baus, Hartzenbusch etc." ¡Qué diría Revilla si viviera y viniese á México! Aquí el oficio de crítico es todavía más fácil que en España: no se necesita otra cosa sino tener una idea confusa de gramática y arte poética, algún periódico donde escribir sandeces, y mucha audacia para decir las. Con esto basta para que cualquier *quidam* se habilite de Aristarco y se dedique á morder á todo el que se le pare delante. Generalmente nuestros críticos, para injuriar á mansalva á todo el mundo, se ocultan bajo el velo del anónimo ó del seudónimo: Balmes, en su *Criterio*, manifiesta "que los anónimos merecen poca confianza," y Rousseau fué más expresivo cuando dijo "que ningún hombre de bien ocultaba su nombre." De la manera referida resulta que, en México, casi no hay crítica, propiamente hablando, que rara vez aparece un juicio acertado, en forma de tal, ó bien como biografía, bibliografía, prólogo, artículo de periódico, etc. Lo que domina hoy, en la República Mexicana, son prólogos malos, y artículos de periódicos pésimos. En el curso de esta obra hemos impugnado varios prólogos, recientemente publicados. Casi todos los prólogos que se publican en México, son panegíricos exagerados hasta el ridículo, escritos por algún copartidario y correligionario del autor, hablando al panegirista en tono de *magister dixit*. Véase lo que, en general, contra la plaga literaria de los prólogos, hemos dicho, cap. 15, nota 4^a Respecto á crítica periodística

tratamos especialmente en el capítulo XXI, donde, en apoyo nuestro, hemos copiado las siguientes palabras de Roa Bárcena [*Acopio de Sonetos*]: “La crítica ó no existe entre nosotros, ó sólo se manifiesta en alguno que otro suelto de gacetilla escrito al vuelo, sin rastro de examen ni del menor conocimiento de la materia.” Siendo esta la verdad y lo demás que tenemos observado acerca de nuestra crítica periodística, ella recuerda el siguiente pasaje de Monlau:

“Observando estrictamente las reglas que acabamos de dar, evitarán los principiantes el ir á engrosar la turba de esos críticos folleteros, venales y pandillistas, de esos maldicientes de profesión que

En tiendas de librerías se agavillan
á destrozarse la aplicación ajena,
doctos creyendo ser porque acuchillan;

y que, sin hacer cosa útil, incapaces de hacerla, sólo se ocupan en morder las producciones ajenas porque son ajenas, ó porque logran alguna aceptación, que ofende su ruin envidia, la cual piensan despigar de este modo.”

Los odios de secta y partido van á parar en México, á uno de dos extremos, panegíricos hiperbólicos ó censuras injustas. Si aparece un poeta conservador le encomian exageradamente los escritores de su partido, y le atacan cruelmente sus contrarios en ideas. Lo mismo sucede, relativamente, si el autor pertenece al partido liberal: los críticos liberales empuñan el incensario, y los conservadores el azote. Para que no se crea que exageramos véase lo que hemos observado, en el capítulo 20, respecto á los juicios emitidos, en México, de los poetas recientemente muertos, y aquí agregaremos un hecho más, muy expresivo. Cuando en la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, hay alguna vacante y se cubre, si el nuevo académico es conservador, él y sus colegas del mismo bando tienen que sufrir las injurias de la prensa liberal, y si es progresista debe prepararse, así como sus copartidarios de la Academia, para oír los denuestos de los diarios retrógrados. Campoamor en su *Poética*, quejándose del pernicioso influjo de la política, en el arte, dice:

“Si hoy diesen sus obras al teatro la gloriosa trinidad de Lope, Tirso y Calderón, ó tendrían que dejar de escribir, ó serían silbados inmisericordiosamente, sin más razón que la de estar investidos del carácter autoritario de sacerdotes católicos.

“Digo más: si Víctor Hugo y Lamartine no hubieran apostatado de sus primeras ideas haciéndose demagogos, hubieran sido apedreados por legitimistas por calles y por plazuelas.

“La igualdad y la envidia conducen á la nivelación, y el palo es el sexto sentido de los ciegos y de los partidos democráticos.

“Literariamente he llegado á despreciar á los críticos políticos, y más que en su juicio apasionado, me fio del talento y del criterio inconsciente de las mujeres, que han conservado la memoria de Arriaza, ahogada por un diluvio de poetas extranjerizados y de políticos rencorosos é iliteratos.

“Y, efectivamente, por sus ideas absolutistas hemos visto en nuestros días morir olvidado al poeta Arriaza, que era un ingenio bastante más natural y más feliz que muchos de los talentos que se complacieron en desdeñarle. De niño recuerdo que admiraba yo mucho á Arriaza, y no entendía á Herrera. Hoy, ya viejo, sigo no entendiendo á Herrera y leyendo con gusto á Arriaza. He visto alguna vez á este bondadoso anciano sentado humildemente á la mesa de un café, mientras pasaban orgullosos por su lado escritoruelos exagerados, de los cuales ya nadie se acuerda, y estoy seguro que ante aquella generación desagradecida, le decía á Arriaza su conciencia lo que el Cardenal Lenau al Príncipe de Condé, cuando éste caía bajo el peso de la calumnia:—“¡Valor! que los detractores se hundirán en la sombra y vos quedaréis en la luz!”

Nos resta que hablar todavía respecto á otras de las grandes dolencias de nuestra crítica, el espíritu de envidia. La envidia es una vil pasión que existe desde que hay hombres: en las primeras páginas del Génesis se habla del odio que Caín tenía á Abel *por envidia de su virtud*. Sin embargo, desgraciadamente México puede tenerse como el país clásico de la envidia, y considerarse esta pasión una de las características de los mexicanos, lo cual se observa desde la época colonial. He aquí, por ejemplo, lo que Beristain dice en su *Biblioteca*, artículo referente á D. José González Torres de Navarra. “Una de las causas del atraso de la literatura, y de la ociosidad de los jóvenes nobles entre nosotros, es el desprecio con que ciertos genios envidiosos, que creen estancadas las ciencias y aun la facultad de pensar en las universidades y en los claustros, miran la aplicación, y discursos de los que siguiendo la carrera militar, ú otra secular no han obtenido los grados escolásticos de licenciados, doctores ó maestros. Se persuaden los ta-

les á que las letras están reñidas con las espadas, ó que sólo florecen entre las canas; y no siendo todos los que hablan ó escriben Platones en la filosofía, Cicerones en la elocuencia, Euclides en las matemáticas y Virgilio en la poesía, muerden, satirizan y despedazan á los que se esfuerzan á publicar algún parto de su aplicación y talento, como si ellos todos fuesen siquiera medianos en alguna ciencia. Síguese de aquí el resfrío en la aplicación de los que se ven tratar así tan mal, y jamás llegamos á tener un buen número de sabios, ni á ver sus frutos sazoados: porque con el cierzo de la crítica envidiosa, y con los dientes de la detracción villana se marchitan y cortan las flores."

En general hablando, y sin fijarnos, por ahora, en persona determinada, manifestaremos cuál ha sido y es el objeto de los envidiosos, en México, respecto á los escritores. Hay dos modos de igualar á los hombres, ascender al que está abajo, ó bajar al que está arriba. Tratándose de mérito científico, literario ó artístico, lo primero es difícil y lo segundo es fácil. Para aquello es preciso tener aptitud natural, estudiar, meditar y trabajar; para lo otro basta con nulificar al que vale algo, y esto es lo que se procura en México con los buenos escritores. Cuando alguno de ellos publica un libro se comienza por negar que tiene valor, y si resulta aprobado, por críticos competentes, especialmente si son extranjeros, entonces se acude á otro recurso: suponer que el libro es una simple imitación, una traducción ó un plagio. Para comprobar nuestro dicho bastarán dos ejemplos, uno de la época colonial y otro de la independiente. El P. Parra, muerto en 1701, escribió unas pláticas doctrinales con el título *Luz de verdades católicas*, tan bien escritas que la Academia Española las tomó de guía entre las autoridades que le sirvieron para formar su primer diccionario. Más adelante, se aseguró, en Nueva España, que las Pláticas no eran originales del P. Parra, sino traducidas del italiano: después se aclaró que el italiano Ardía era quien había traducido á su idioma, del castellano, la obra del mexicano Parra, omitiendo aquél las alusiones que nuestro autor hace á las costumbres mexicanas. En la época presente, no pudiendo negar el mérito de las comedias de Gorostiza, circuló la voz de que no eran suyas, sino robadas á un fraile D. Fulano de Tal, quien había tenido el descuido de dejarlas abandonadas.

México, es pues, el país, pudiera decirse, del ostracismo moral, y esto produce uno de dos resultados: cuando se da con autores tímidos se retraen de escribir; cuando se ataca á hombres animosos devuelven in-

juria por injuria, y suelen contestar á puñetazos y aun á estocadas.

En una palabra, el sistema crítico-mexicano es de consecuencias funestas para el público y para los escritores. Aquél resulta engañado con panegíricos hiperbólicos ó con vituperios exagerados; los otros no pueden menos de infatuarse ó desanimarse.

Como iguales causas producen los mismos efectos, lo que hemos observado respecto al abuso de la crítica, en México, se observa también en otros países. Bastará citar aquí algunos hechos relativos á España. Tamayo y Baus hablando de Ayala, dijo: "No aumentó más su caudal literario quizá porque la crítica heló su entusiasmo. Y tal vez las injustas censuras fueron motivo de que Hartzenbusch no favoreciese el teatro nacional con mayor número de obras." D. Jacinto Octavio Picón llama á ciertos críticos satíricos *sabandijas literarias*, y hace ver que obran por el convencimiento de la propia bajeza y la envidia del valor ajeno. "Con frecuencia la sabandija consigue asociarse á otro animal imbecil; pero también dañino, el cual funda un periódico satírico que algunas veces tiene la avilantez de presentarse como serio: cada columna de aquel papel se convierte en una picota de honras ajenas..... La envidia toma en la sabandija las formas más asquerosas: censura lo bueno, elogia lo mediano, llama ñoño á lo discreto, desvergonzado á lo gracioso, soso á lo culto; lo realmente superior tiene el privilegio de sacarle de quicio..... Sólo hay un remedio contra la sabandija: el desprecio." D. Manuel Revilla ha atacado también á los criticastros de su país en el *Discurso sobre la crítica*. Campoamor, en su *Poética*, observa lo siguiente: "El entendimiento corto y el alma pequeña de un crítico pueden acobardar á ingenios eminentes, y un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión que flores marchita una noche de helada en primavera. La envidia y la imbecilidad suelen querer apagar las luces, para que en la sombra todos seamos iguales."

De todo lo dicho acerca de las causas que han impedido é impiden el posible perfeccionamiento de la poesía mexicana, resulta que si ésta tiene un mérito relativo, según hemos explicado; que si ella ha progresado y progresa, aunque sea lentamente, se debe al esfuerzo personal de los escritores, á su puro y noble amor al arte, no contando casi con protección alguna, y sí con muchas contrariedades. Desde este punto de vista, justo es, pues, declarar que es grande, muy grande, excelso,

el mérito de los poetas mexicanos. Ellos nada tienen que esperar, y sí mucho que temer: ninguna honra ni provecho, y sí la indiferencia, la burla y hasta la injuria.

Vois-tu dans la carrière antique,
Autour des coursiers et des chars,
Jaillir la poussière olympique
Qui les dérobe à nos regards?
Dans sa course ainsi le Génie
Par les nuages de l'Envie
Marche longtemps environné;
Mais au terme de la carrière,
Des flots de l'indigne poussière
Il sort vainqueur et couronné.

* * *

Enumeradas ya las causas que han impedido el perfeccionamiento de nuestra poesía, indicar el remedio del mal es fácil, porque todo se reduce á aconsejar se eviten aquellas causas por todos los medios posibles. Que no se abuse del recurso de imitación, sino que, por el contrario, se revista el espíritu de nacionalidad con la forma de un discreto eclecticismo, según hemos explicado varias veces, especialmente al tratar de Pesado; siendo conveniente en este particular, tener presente una regla de Revilla, que se lee en sus *Principios de Literatura*: "La educación teórico-práctica se adquiere con el estudio de los grandes modelos del arte literario. Este estudio no ha de llevar á una servil imitación de los modelos, sino á una libre asimilación de sus bellezas, no perdiendo de vista el carácter de la época y del pueblo en que el artista vive." Que nuestros escritores se dediquen al estudio profundamente, mediten sus obras y escriban despacio, adunando el arte con la naturaleza, la literatura creadora, con la literatura crítica. Que el poeta mexicano renuncie á la político-manía, y se recoja en la tranquilidad de su gabinete, durante la guerra, como el griego Arquímedes. Que los críticos de nuestro país aprendan algo más de lo que saben y tengan la sensatez necesaria para aplaudir á sus enemigos y censurar á sus amigos, como aconsejaba Polibio. Que el envidioso comprenda ser su sistema pernicioso para los demás é ineficaz para él mismo. Que los gobiernos y los ricos se conviertan en Mecenas del pobre, según se hace en Europa, y que el conocimiento de las bellas le-

tras se propague por todas partes. Sobre todo, recomendamos á los poetas no hagan caso alguno de los criticastros, siguiendo los consejos de Boileau, en aquellos versos de su *Poética* que comienzan así:

Je vous l'ai déjà dit, aimez qu'on vous censure,
Et, souple à la raison, corrigez sans murmure.
Mais ne vous rendez pas dès qu'un sot vous reprend.
Souvent dans son orgueil un subtil ignorant,
Par d'injustes dégoûts combat toute une pièce,
Blâme des plus beaux vers la noble hardiesse.
On a beau réfuter ses vains raisonnemens;
Son esprit se complait dans ses faux jugemens;
Et sa faible raison, de clarté dépourvue,
Pense que rien n'échappe à sa débile vue.
Ses conseils sont à craindre, et, si vous les croyez,
Pensant fuir un écueil, souvent vous vous noyez.

Pero no sólo hay que evitar lo malo, para el progreso de una literatura, sino que es preciso, al mismo tiempo, aprovechar lo que se tenga de bueno. En tal concepto, vamos á indicar cuáles son los elementos con que cuentan los mexicanos para mejorar sus obras poéticas y formar la literatura nacional.

Desde luego, la aptitud innegable de nuestros compatriotas, confesada aun por los extranjeros. Alemán decía en el siglo XVI: "Sobre los ingenios mexicanos ningunos otros conocemos en cuanto el sol alumbraba que puedan loarse de hacerles ventaja," y lo mismo substancialmente espuso el Dr. Barrios en su obra *Verdades médicas*. [México 1607]. El médico español Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* dice: "Todos los nacidos en Indias son de agudo y delicado ingenio." Compara después al nacido en Indias con el recién venido de España, y considera á aquél superior en talento. Zorrilla observa, en nuestros días, "que el sentimiento estético es innato en el pueblo mexicano." [*Flor de los Recuerdos*.]

A ese elemento subjetivo, el más indispensable de todos, hay que agregar dos objetivos de la mayor importancia y de poderoso auxilio: la belleza del país mexicano y lo interesante de la historia patria, en sus diversas épocas. Nuestro cielo y nuestras montañas, nuestras praderas y nuestros lagos, nuestros bosques y mares son un manantial inagotable de inspiración para el poeta descriptivo. Nuestra antigüedad venerable y misteriosa, nuestra edad media religiosa y caballeresca,

nuestros tiempos modernos, turbulentos y excépticos, se prestan admirablemente á la narración de hechos interesantísimos, que pueden realzar las musas. Aun en el punto de vista lírico, ya hemos explicado otras veces, que cada individuo, como cada nación, tiende á expresar sus sentimientos con varias modificaciones, según la diferencia de carácter, de educación, de estado social, etc.; de un modo, por ejemplo, el melancólico inglés que el festivo francés; de una manera el fantástico indio que el prosaico chino. En México no faltan caracteres distintivos de raza, de tradiciones, de costumbres, de hechos peculiares: no hay en la creación sér alguno que carezca de circunstancias particulares que le distingan, y es lo que se llama *individualidad*; no hay pueblo que deje de tener una significación singular y propia, y es lo que se llama *nacionalidad*. Por eso el arte debe abarcar no sólo las leyes necesarias de lo bello, sino el carácter de civilización en que nace, esto es, lo estable y lo pasajero. A esa fuerza subjetiva y objetiva agréguese que para dar forma á uno y otro elemento contamos con un poderoso auxilio, el idioma castellano rico, dulce, majestuoso, caracterizado por la gala de expresiones, pompa de cadencias, voces onomatopéyas, abundancia de palabras compuestas y de sinónimos, variadas terminaciones para modificar una misma idea, libertad de construcción, ortografía casi perfecta, feliz mezcla de vocales y consonantes.—Entre lo mucho bueno que se ha escrito en elogio del castellano, y explicando lo á propósito que es para la poesía, recomendamos especialmente lo dicho por Puibusque y Viardot [*Literatura Española y Francesa comparadas y Ensayo sobre España*], así como la lección 3.^a de la *Historia de la literatura española* por Alcántara [Madrid 1884].

Una observación para concluir. Estamos persuadidos de que hay períodos en las naciones más á propósito unos que otros para el desenvolvimiento de la poesía, porque no pueden producir los mismos resultados físicos ni morales la paz y la guerra, la libertad y la esclavitud, la fe y el escepticismo, el espiritualismo y el materialismo; pero de aquí no debe inferirse que llegará una época en la cual desaparezca todo lo que no sean intereses materiales. Para esto era necesario que la naturaleza humana cambiara, quedando el hombre solo con apetitos físicos, y perdiendo el entendimiento manantial de la ciencia, así co-

mo la sensibilidad y la imaginación fuentes de lo bello. “La poesía no ha muerto ni morirá, dice Cantú, mientras Dios no cambie las leyes del organismo humano, pues que la poesía es el elemento más íntimo de nuestra naturaleza.” Las mismas ideas han sido expresadas bajo la forma poética, por Grüm en Alemania, Beker y Ruiz Aguilera en España. Véase también lo que sobre el particular ha expuesto, muy acertadamente, Revilla en sus Principios de literatura, lección 31, así como Trueba en su escrito intitulado *La poesía no se va*. (Véase nota 3.^a al fin del capítulo).

Esto supuesto, rechazamos como falsa teoría el aserto de que el movimiento industrial y mercantil sea perjudicial á los progresos del arte poético. Las dos naciones europeas que se hallan colocadas al frente de la civilización material, Francia é Inglaterra, son ricas no sólo en mecánicos é ingenieros, sino en grandes poetas líricos, objetivos y dramáticos. Entre los talleres franceses han escrito Racine, Corneille, Lamartine y Chateaubriand; Byron en Inglaterra, es el contemporáneo del vapor; y de su tiempo fueron Wordsworth, Scott y Campbell. Victor Hugo ha dicho que los Estados Unidos de América no son una nación sino un *comptoir*, y sin embargo de allí son Longfellow, Poe, Bryant Triay y otros poetas.

Recordaremos además algunos hechos de otra especie, para probar no ser cierto que la poesía haya muerto ó está muriendo en el siglo XIX.

En las naciones civilizadas existen hoy poetas aplaudidos, y aparecen otros todos los días, bastando citar, de España, los nombres de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Ayala y Echegaray.

Otra señal del gusto artístico del siglo, es que aún la ciencia se prefiere cuando va adornada con las galas poéticas, y lo prueban la popularidad de autores como Flammarión, Guillemin y Verne. En nuestra época es cuando la elocuencia ha admitido un género más, el *científico*: antiguamente sólo se consideraban el sagrado, político y forense. Precisamente considerado el punto que nos ocupa ¿no es en los tiempos actuales cuando ha crecido y madurado la ciencia *de lo bello*, la *estética*?

Nótese, por último, que en los países más adelantados, la carrera artística y la literaria son lucrativas y honradas, según hemos dicho anteriormente en el presente capítulo.

En verdad, pues, el siglo XIX es ecléctico, atiende á satisfacer las

necesidades del cuerpo y las aspiraciones del espíritu: en realidad, el arte no perece, se transforma; podrá decaer, pero nunca morir.

¡Carlos! Habrá Pasión, jamás Calvario,
Para la dulce y santa poesía,
Siempre el hombre será su tributario.
Cisne de amor, el cielo nos la envía:
Cuando ni un corazón lata en el suelo,
Al patrio nido remontando el vuelo,
Gemirá su postrera melodía.

NOTAS.

1ª Algunos consideran *La Celestina* más bien como novela dramática que como drama verdadero, y sin embargo, la colocan en los orígenes del teatro español, según puede verse, por ejemplo, en las historias de la literatura española por Gil y Zárate y por Ticknor. De todos modos, en lo substancial, y aunque con algunos pasajes licenciosos, el objeto de *La Celestina* fué moral, *condenar el lenocinio*. Ochoa, en su *Teatro escogido*, y Zárate, en la obra citada, ponen primero á Moreto y luego á Alarcón. Sin embargo, como en esto pudiera haber un anacronismo, reflexiónese que *El Lindo D. Diego* de Moreto fué inspirado en *El Narciso en la opinión* por Guillen de Castro, quien murió en 1621, y Alarcón en 1635. Por otra parte, Zárate observa "que tanto Moreto como Alarcón, se dedicaron con preferencia á los asuntos morales." Tocante á las comedias de Lope de Vega, téngase presente que D. Alberto Lista admite, entre ellas, algunas *filosóficas*, que Ticknor llama *morales*, porque van encaminadas á desenvolver alguna máxima moral.

2ª Hemos observado en el capítulo anterior, que hasta hace poco tiempo se estudiaba poética por Hermosilla, en la Escuela Preparatoria de México, y como prueba de lo que ese autor priva todavía, entre nosotros, vamos á copiar el siguiente pasaje de uno de nuestros principales literatos y poetas, el académico Roa Bárcena, en su *Acopio de sonetos*, el cual pasaje está tomado del *Horacio en España* por Menéndez Pelayo:

"Los sabios dirán que he usado de una crítica pobre, rastrera y mezquina, digna de los tiempos de La Harpe ó de Hermosilla. Contestáreles que en un *pasatiempo bibliográfico*, lo más oportuno para amenizarle un tanto, no es remontarse á altas teorías estéticas y hablar mucho de lo *subjetivo* y de lo *objetivo*, de lo *real* y de lo *ideal* en discordante y hórrida algarabía; sino expresar con lisura y sin rodeos el placer ó el disgusto que la obra poética causa en un aficionado á las letras humanas. Fuera de que la crítica, por huir de un escollo, ha venido á caer en otro peor, y si antes pecaba de exclusiva y formularia, y veía poco, al menos marchaba siempre con pies de plomo y en tierra segura; al paso que hoy, por aquello de *Aquila non capit muscas*, desdén el ocuparse de *ciertas nada*s que son todo, y va haciendo perder á sus adeptos el sentido estético, y hasta el común, que es lo peor."

Dejaremos á un lado eso de que *la crítica marchaba*, aunque, según Baralt, en buen castellano *sólo los soldados marchan*; dejaremos también á un lado la locución *ocuparse de ciertas nada*s, en lugar de *en ciertas nada*s, modo de hablar aquél que Menéndez Pelayo mismo ha censurado [*Ciencia Española*] á Revilla. Contrayéndonos á lo substancial del asunto, vamos á refutar á Menéndez Pelayo con el mismo. Este escritor, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, declara buena la clasificación de la poesía en *subjetiva* y *objetiva*, y señala varios defectos al *Arte de Hablar* por Hermosilla, llegando á calificar á éste de *empírico grosero*. A La Harpe no le da importancia, sino como conocedor de la literatura francesa del siglo de Luis XIV. En nuestro concepto, La Harpe y Hermosilla no se hallan al alcance de los buenos críticos de la época actual; pero tampoco son autores despreciables. Un juez competente, Ancillón, en sus *Ensayos de literatura*, considera á La Harpe como buen crítico respecto á la forma de las composiciones. Otro juez competente, Revilla, [calificado de excelente crítico por Cánovas del Castillo] en su *Discurso sobre la crítica*, declara á Hermosilla de poco sentimiento artístico; pero entendido en las reglas del arte.

Actualmente, en la Escuela Preparatoria de México se estudia Poética por Campillo Correa, cuya obra juzgamos buena como elemental; pero insuficiente para resolver ningún problema elevado de literatura. No será fuera de propósito agregar aquí una noticia, aunque muy breve, respecto á los autores de Arte Poética más conocidos en México, desde la época colonial.

Durante el tiempo de la dominación española se estudiaban en nuestro país las cuatro Poéticas clásicas de Aristóteles, Horacio, Vida, y Boileau, y también las que se publicaban en España, como las de Pinciano, Cascales, Cueva, Luzán y otros. En México se escribieron algunos tratados de Arte Poética, según dijimos en los capítulos I, IV y X.

Después de la independencia, comenzó por usarse la Poética de Sánchez, publicada por Bustamante [1825] con un Apéndice sobre lo bello y el gusto, en el cual figura un extracto de lo que acerca de la belleza escribió D. Esteban Arteaga. La obra de Arteaga, ha sido elogiada por Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*; pero sin mencionar lo que de ella se publicó en México. Más adelante se han usado en nuestro país sucesivamente las poéticas de Martínez de la Rosa, Blair, Gil de Zárate y Hermosilla, así como la Prosodia de Sicilia y la Métrica de Salvá. Todos nuestros literatos conocen las poéticas de Horacio y de Boileau, pocos la de Aristóteles, y casi ninguno la de Vida. Esto último sucede con la excelente Métrica de Bello y con algunas apreciables Poéticas de la escuela moderna, como la de Canalejas y Revilla. No faltan, entre nosotros, algunos tratados elementales de poética escritos por mexicanos como el del Dr. Peredo, el de D. Tirso Córdova, el de D. Juan Urbina, y un extracto en verso, de la Prosodia de Sicilia, formado por Ortega y publicado desde 1843. Las poéticas de Peredo, Córdova y Urbina, llevan ejemplos tomados de escritores nacionales. En cuanto á Estética ya hemos explicado varias veces, en la presente obra, que es ciencia casi ignorada en la República Mexicana.

3.^a Hemos manifestado varias veces, en el curso de esta obra, que nuestro maestro en Estética es Hegel, cuya obra sobre esa ciencia no ha sido mejorada hasta ahora. Sin embargo, como Hegel no es infalible, nos separamos de él cuando creemos se equivoca, según sucede respecto al porvenir del arte: para nosotros el arte progresa transformándose, y para Hegel el arte pertenece *al pasado*, destruido por los principios abstractos de la religión y de la filosofía. Hoy piensan de modo contrario varios autores, quienes suponen desaparece la religión y la filosofía, punto que aquí no discutimos por ser nuestra obra puramente literaria. Por ejemplo, Tiberghien, en su *Lógica*, dice terminantemente: "La filosofía se desmorona." Nordau, en el libro *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, el cual libro ha tenido nu-

merosas ediciones y ha sido traducido á las principales lenguas de Europa, se expresa así:

"Ces germes se développeront; un avenir prochain peut-être verra une civilisation où les hommes satisferont leur besoin de délassement, d'élevation, d'émotions en commun et de solidarité humaine, non plus par des rêves religieux, mais d'une façon rationnelle. Le théâtre redéviendra, comme lors de ses débuts en Grèce il y a deux mille cinq cents ans, un lieu de culte pour les hommes; on n'y verra plus régner l'obscénité, les chansons triviales, le rire bête, la demi-nudité lascive, mais on y verra aux prises, dans une belle personnification, les passions et la volonté, l'égoïsme et le renoncement; tous les discours auront pour base l'existence solidaire de l'Humanité. Des actes de bienfaisance suivront les actes du culte. Quelles émotions nouvelles l'homme n'éprouvera-t-il pas dans ces fêtes de l'avenir! La beauté claire et nette de la parole du poète l'emportera sans peine sur le mysticisme du prédicateur. Les passions humaines d'un noble drame captivent un esprit pour lequel le symbolisme d'une messe manque de sens. Les explications d'un savant qui expose les phénomènes de la nature, le discours d'un homme politique traitant les questions du jour, provoquent chez l'auditeur un intérêt incomparablement plus vif et plus direct que le bavardage ampoulé d'un prédicateur qui raconte des mythes ou délaie des dogmes. L'adoption d'orphelins par la commune, la distribution de vêtements et d'autres présents à des enfants pauvres, des témoignages publics d'estime décernés à des concitoyens méritants, en présence de la population, avec accompagnement de chant et de musique, dans des cérémonies dignes et imposantes: tout cela donne mieux que des simagrées religieuses, à celui qui y prend part, le vrai sentiment des obligations des hommes les uns envers les autres et de leur union par un lien de solidarité."

FRANCISCO PIMENTEL.



LA CALANDRIA.

[Continúa.]

IV

—Echate un fósforo.

El compañero de Gabriel hundió las manos en los bolsillos de su ajustado pantalón y tras largo buscar sacó un palillo que frotó en la pared una, dos, tres, cinco veces, hasta que al fin se incendió la mixtura, produciendo insoportable hedor. Gabriel hizo un gesto de repugnancia.

—No tengo de otros, hermano. La patria no da para más, y presenté al mozo la flamígera astilla, encendiendo en ella un cigarro de "El Moro."

—Como te iba diciendo,—prosiguió Gabriel, escupiendo la punta del cigarrillo, arrancada con los dientes, y aplicando éste á la flama,—como te iba diciendo, ya mi madre recogió á la muchacha. Él se lo encargó, por eso. Desde que él se casó se separaron; Guádalupe se enojó y ya no volvieron á juntarse.

—Te pechaste, hermano, ahora si estás en la arena..... ¡quién fuera tú!

—Ya irás á empezar con tus guasas.....

—¡Ja, ja, ja, ja! No, hermano; pero la verdad es que ya quisieran otros..... la muchacha te quiere..... es bonita, y lo que se siente es la ventaja.

—Puede que sí me quiera. Mi mamá me dijo que cuidado con las cosas, que ya sabía yo quién era su padre, y que bastante tenía la pobre con ser huérfana y estar como dejada.

—Sí hermano; todo eso está en la razón, pero si ella te quiere y tú á ella..... Yo, la verdá, en lugar de Doña Pancha te corría. Tú eres *reata* y *taimado*; te la echas de bueno, y vas á hacer una de las que tú sabes. Acuérdate de la hija de Don Marcos..... que cuando estaba en el acomodo de frente al taller..... ¡Hasta el maestro te echó la grande!..... Acuérdate, hermano, y no te hagas jaula.

—Palabra, palabra, que no fui yo.

—¿Pues quién fué?

—La cosa de allá salió. Para que veas, no me faltó oportunidad; pero, la mera verdá, yo no fui.

—Hora dirás que fué el viejo.....

—Dicen que fué el muchacho. Aquel de los bigotes engomados.....

—¿Ese? ¡Qué! Si era muy pazguate.....

—Pues ese; ya sabes que los *catrines* son los que se emparejan con las criadas. ¡La ropa, hermano, la ropa!

—¡Y qué bonita estaba la muy indinal!

Gran parte de los veladores, hombres y mujeres, distraían los fastidios y tristezas del *velorio* con animados juegos de estrado. Al *florón*, juego insulso y de memos, sucedió el *corre-conejo*, que es de lo más pecaminoso. El de la *harina* y de la *bala* fué interrumpido graciosamente por el *sur* que seguía soplando con intermitencia.

En otro grupo, el casero, viejo soldado de 47, contaba lances de aparecidos, é historias de espantos, conversación obligada é indispensable de todos los *velorios*, con tales frases y aspavientos y tales rasgos de pavorosa fantasía que hubiera puesto miedo en el alma del más animoso enterrador.

A cada instante el aire iba siendo más reseco y pesado. El viento caldeaba la atmósfera, hacía crugir las vigas y mover las puertas, y á las veces como enfurecido y rabioso contra la indiferencia de los tertulios, embestia con furia y recorría las galerías, alzando una nube de polvo, barriendo los pisos y levantando en torbellino los pétalos de rosa, las hojas de naranjo y los tallos de romero que formaran la florida alfombra.

Doña Pancha muy embozada en su *rebozo coyote*, vino en busca de los muchachos.

—¿No quieren más café?

Ambos acudieron en pos de la quintañona.

—Vaya, tomen,—les dijo, poniendo entre los futuros maestros de ebanistería, sendas tazas de café, tamañas que una bañadera, un plato de bizcochos, otro de azúcar, y una botella. Los amigos se portaron á las mil maravillas con aquel repuesto.

—Ya no hay pan del otro. No se apliquen al añejo, que vamos á misa de alba, y *éste* tiene que arreglar el entierro para las cuatro. Acuérdate que hay que pedir un papel al médico.

—No tenga vd. cuidado, Doña Panchita, que no le entraremos recio al trago.

—Señora madre: ¿quién hace la caja? Es domingo.....

—Ustedes. La harán barata.

Los jóvenes convinieron en que ellos tomarían á su cargo la obra, siempre que el *maestro*, Don Pepe Sierra, les permitiera trabajar en el taller.

—¿Y Carmen?—preguntó Gabriel.

—Está durmiendo en casa de Malenita. La pobre vino y se la llevó á cenar. Arreglamos que pasara allá la noche. Como ahora está sola, porque Don Juan está en Veracruz..... También arreglamos que iría á misa de cuatro.

—Pero..... ¿cómo?..... observó Gabriel.

—Sí, que vaya á rezar por la difunta. Ustedes como son tan impiotes.

—No, pero ni ganas tendrá.

—Pues que las busque. ¿No es verdad, Tacho? Van también las del 15. Voy á buscarlas.

—Están despiertas, señora madre. Han estado aplanando toda la noche. Tienen que entregar la ropa mañana.

—Pues entonces á Carmen.

—Déjela dormir,—dijo Tacho—estará desvelada.

—No, anoche durmió acá. ¿Verdá, Gabriel? ¿Quieren más café? Si quieren ahí está, en el anafe. ¡No le entren al aguardiente!

Siguieron departiendo, en grata conversación los dos amigos, y haciendo cálculos acerca del ataúd.

—Mañana hay baile.

—¿Qué baile?

—El de Pancho Solís.

—Eso es; no me acordaba. Ya me convidó ayer.

—¿No vas?

—Yo tengo mis ganas; pero con esto de la difunta.....

—¡Y qué te importa! Vaya: si tu mamá se opone, á buena hora coges el sarape y te largas, El baile empieza á las ocho; el entierro será á las cuatro. Va á estar ese baile como bala. Van las Gómez, las hijas del cojo; la triguénita de "La Jardinera".....

—¿Cuál?

—La hermana de Fernando Pérez.

—¡Ah! ¿La meneadorcita aquella que te habló ayer?

—Esa. Anímate, chico. Van las costefitas, las primas de Camilo,

Marcelina y la altota de por la Estación, que anda con ella. ¡La mar!

El viento había cesado. El hermoso cielo de la madrugada, puesta ya la luna, centelleaba con las últimas pompas de invierno. Oíase el ladrido de perros lejanos, y, de tiempo en tiempo, el quiquiriquí agudo de un gallo joven que desde los patios vecinos saludaba el próximo albeo de hermoso día.

El reloj de la plaza dió la media, y la campana mayor del templo parroquial comenzó á tocar el alba. A los ecos solemnes del sagrado bronce iba despertando la Naturaleza. Todo se asperzaba al salir del sueño, y con rumor creciente la dormida ciudad tornaba á la vida. Presentíase el inmediato advenimiento de la luz. La campana llamaba á misa y se escuchaban ya, en la calle, los pasos y voces de los madrugadores, que apresurados iban caminito del templo.

Penoso y acongojado llorar vino á interrumpir la conversación de los carpinteros. Carmen, arrodillada, gemía y sollozaba ante el cadáver de Guadalupe. A duras penas consiguieron Doña Pancha y las del 15, quitarla de allí, para llevarla á misa.

Tras ellas, embozados en sus sarapes, iban Gabriel y su compañero Anastasio Romero. Las vecinas se quedaron á rezar el último rosario.

A las cinco menos cuarto fué el entierro.

Gabriel y Tacho pusieron en la obra los cinco sentidos. La caja era de pino, y estaba pintada de negro y adornada con tiras de papel dorado. Tenía sendas perillas de latón en los ángulos superiores, y una en el centro de la tapa rematada con un penacho de plumas negras, apabulladas y cenicientas, desinteresadamente prestadas por Don Pepe Sierra, y descansaba en unas angarillas que á Gabriel se le antojaban símbolo de la niveladora muerte, pues decía á su compañero de taller, al colocar sobre ellas la urna:

—De veras, hermano, que para la Muerte toditos somos iguales. Mira: en estas andas han llevado á enterrar á muchos ricos y á muchos pobres; unas cajas han sido lujosas y adornadas, otras peor que ésta, de brocha gorda; unas finas, forradas de merino, y hasta de raso; otras en que el maestro echa *leona*, no más embarradas; unas para viejas, otras para muchachas bonitas..... Todos han ido en esta parihuela. La muerte á todos nos empareja.

El menestral en sus melancólicas filosofías se igualaba, aunque en vilísima prosa de carpintero, al gran poeta clásico, en aquello de la *pa-llida mors*.....

En pos del fúnebre cortejo, vestidas de negro y sofocadas y jadeantes iban las vecinas, y tras ellas no pocos hombres, y muchos chicuelos inquietos y endriantados, más alegres y divertidos que si corrieran libres por el campo, y con ellos el monaguillo, muy grave y seriote, con el jarro de agua bendita y el consabido aspersorio de romero. Renovó en el templo la provisión del santo líquido y las dolientes llenaron también botellas y pucheros. Un sacerdote rezó como de prisa y entre dientes las pécas por los difuntos, bendijo el cadáver, echó una cucharada de tierra sobre el féretro y el cortejo tomó camino del cementerio, buscando las aceras sombreadas, y huyendo, cuanto era posible, de los rayos de aquel sol primaveral que se despedía espléndido y magnífico desde la cima de la montaña próxima, con todo el fuego de un día de Mayo caldeado por el *sur*.

Sepultado el cadáver, Angelillo, el monago de Santa Marta, asperjó la fosa hasta cansarse, y las dolientes amigas vaciaron sobre la tierra removida toda el agua bendita del repuesto.

Volvieron todos al *patio* de San Cristóbal por los *callejones* más frescos y hermosos, para gozar de aquella tarde luminosa y dorada. Charlaban las mujeres, fumaban los varones, los chicos merodeaban por *solares* baldíos y abiertos cercados, en busca de naranjas tardías, apedreando aquí y allá á los canes famélicos y ladradores que les estorbaban el paso y que huían rápidos al verse amenazados.

Al llegar al patio se convino en rezar á las ocho de la noche, y por nueve días, los acostumbrados rosarios. Gabriel y Tacho se despidieron en el zaguán, citándose para el baile de Solís.

El enamorado de la huérfana entró á *beber*, es decir, á tomar café, conversó buen rato con la afligida dulcinea, y mientras se reunían para el rezo y Doña Pancha echaba su párrafo de conversación con Melenita, se vistió de gala, se caló el galoneado sombrero de felpa, tercióse el joronguillo multicolor, y alegre y campante, ¡zas!..... se largó al baile.

Iba pensativo. Sentíase enfermo y no gozaba de la actividad placentera y feliz del hombre sano, en él nunca debilitada y siempre vigorosa. Acaso fuera por consecuencia del trasnoche ó por el cansancio del trabajo festinado, pero ello es que nuestro Gabriel estaba triste. — He

visto tantas historias desde ayer,—se dijo—que por eso estoy así. No hay que hacer caso..... una copa y listo!

Sencillo de sentimientos, inesperto, en punto á juveniles amoríos, no acertaba á darse cuenta de lo que le pasaba y sentía. Ignoraba la causa de la dulce melancolía que le embargaba el ánimo. El amor había entrado ya en aquel corazón que ni desengaños ni vicios habían debilitado todavía, y que se abría como una flor campestre al blando cefirillo de la ternura.

La suerte le había puesto en el camino de la huérfana, que joven, bella, hacendosa, parecía como creada de propósito para él; pero una sombra empañaba los risueños proyectos de felicidad futura.—“¿Por qué,— se decía—por qué es hija de un rico? Si lo fuera de un artesano, como, por ejemplo, de Don Pepe Sierra, para quien mi honradez y mi trabajo valieran algo, no estaría yo tan inquieto y triste. Ese Sr. Ortiz no ha de quererme, estoy cierto de ello.” Pensando en esto entró á la casa de Solís, donde su amigo Tacho le aguardaba.

—¿Qué hacías?—le dijo éste—Ya llevamos dos piezas. No han llegado todavía las costañas..... Ya me le apersoné á la hija del cojo, que es la mejor pareja de la sala, y..... me parte que es un gusto, y qué bien baila!..... Pero, ¿qué tienes?..... Te veo cara de pichón espantado.

—La verdá, estoy, así..... como malo.

—Lo que tú tienes me lo sé yo..... Es por Carmen.....

—No, pero ya ves, apenas hoy enterramos á Guadalupe, y ya ando en bailes..... me parece que esto no está bueno, Me arrepiento de haber venido.

—No; lo que pasa es que temes que el tata..... ¡No le alces pelo, hermano, que no es para tanto!

—¡A Dios!

—Ven y tómate una copa. No te apures..... ¿Qué piensas hacer?

—Yo me entiendo con ella; pero si ese Señor la recoge, me hará menos..... al fin es hija de quien es.

—¡Y eso qué!

—Con otra, yo sabría á que atenerme; pero tratándose de Carmen la cosa es distinta.

—Toma, toma la copa, que van á tocar un vals.

Tacho puso ante Gabriel un vasito de cognac, que el entristecido muchacho apuró de un sorbo.

—¡Puff! Parece contrahecho.

—¡A Dios con el fino! desde que vas á emparentar con ricos, ya nada te gusta. Ya lo quisieras para todos los días. No te apenes y vamos á bailar. Acuérdate de lo que ahora te digo; ese Señor no le vuelve á hacer caso. ¡Mejor para tí!

—¡Quién sabe!

La música anunció un vals arrebatador. Los dos amigos entraron á la sala. Romero iba diciendo para sí:—¡De que los hay, los hay! ¡Lo necesario es dar con ellos!

V

No lo había previsto, y el caso urgía. La casa era muy chica: dos piezas del tamaño de una nuez, donde apenas cabían Gabriel, Doña Pancha, y la maritornes, una india tuerta que hacía las compras y lavaba cazuelas y pucheros.

La buena señora no sabía qué hacer. El cuarto quedaba hacia la calle, sala y alcoba al mismo tiempo, era de Gabriel; en el otro dormían las dos mujeres.

La última noche se la compusieron Dios sabe cómo; más para lo de adelante no podía ser así. Gabriel no había de dormir todos los días en casa ajena, y por nada de esta vida dejaría su camita amarilla, que él mismo se había hecho, tan alegre, tan bonita, con sus almohadas altas, suaves, con sus fundas tejidas de gancho, su cobertor colorado y su blanco mosquitero de linón. Nadie había de acostarse en ella; ¡cuidado! ni la misma Doña Pancha. ¡Con aquel geniecito! Bueno se puso aquel día que Malenita, de cuernos con el Licenciado, abrumada de pena y rabiando de las muelas, descansó en ella un rato! Sólo tratándose de Carmen no decía esta boca es mía. Cuantas veces la muchacha, desvelada, había dormido por largas horas, en el cómodo lecho del ebanista, y Gabriel llegaba, se conmovía al verla, y temeroso de turbar su sueño entraba de puntillas, conteniendo el resuello, á dejar la blusa y en busca del sarape. Pero todo esto no le gustaba á Doña Pancha.—“Esto me huele mal.— decía — tan maldiciente y secote con todos, con Carmen parece de dulce. ¿Sí?... Entre santa y santo pared de cal y canto.”

En fin, ya no era hora. La huérfana— como el mozo se lo esperaba—ocupó la camita, y Gabriel, al tornar del baile durmió muy contento á los pies del armario, cerca del hogar, soportando pacientemente

te el hedor de ajos y cebollas que despedía la tabla del recaudo, y oyendo el subir y bajar de los ratones, que se paseaban á sus anchas por entre las tazas y los platos.

Al día siguiente tomó en arrendamiento el cuarto contiguo, y sin acordarse más de la camita, que la huérfana no aceptó sin resistencia, compró un catre nuevo y se instaló en la habitación. No era conveniente que Carmen siguiera usando las ropas de cama que habían servido á la enferma y Gabriel cedió todo el avío.

Doña Pancha, aunque no libre de temores, estaba contenta, se mostraba satisfecha, y Carmen la pasaba bien. Cuando el mozo volvía del taller por la noche, se formaba en torno de la mesa una agradable tertulia. Tacho solía formar parte de ella y allí se conversaba que era una gloria.

La huérfana se mostraba muy agradecida con Doña Pancha; y no poco alivio fué para la quintañona que Carmen viniera en su ayuda. Siempre estaba lista para lavar, cocinar y arreglar la casa; para servir al mancebo por demás oficiosa. Era justo: Gabriel se portaba con ella á las mil maravillas. ¡Y qué camisas se ponía, Virgen Santa! ¡Ni la misma nieve de blancas y nítidas! ¡Vaya si iba guapo el ebanista! Sobre que Carmen atendía á todo: botones caldos, deterioros inesperados, manchas, descosaduras. El sábado por la noche, cuando el mozo iba á acostarse, ya se encontraba todo muy arregladito y muy bien puesto. En una canasta, tapada con un pañuelo, la ropa interior, la camisa con los gemelos ya trabados, y prendida al cuello la corbata luenga y chillona. En la silla, el correcto pantalón flor de romero, el chaleco blanco y la chaquetilla gentil. En el clavo, el sombrero de gala, el lujoso sombrero de felpa gris, con galones de plata, gruesa toquilla, y monogramas, ya muy peinado y cuco. ¡Qué manecitas aquellas de Carmen, tan hábiles para hacer en la felpa las figuras más caprichosas y elegantes! Ora, fajas decrecientes, suaves y perfectas, que subían en salomónicas espiras hacia lo alto de la copa; ora, sobre el fondo alisado, atrevidos toques que parecían motas apabulladas; ya, círculos paralelos que iban cñiendo el pilón, de mayor á menor, ya, en fin, líneas quebradas que imitaban complicadas ramazones, ó, lo que era más gallardo, hojas de palmera. Al pié de la cama los botines amarillos, de suela delgada y aguzada puntera, limpios, aceitados, como diciendo á su dueño: “—amigo mío, á dormir temprano, que mañana es domingo y hay que subir y bajar, todo el día, por esas calles que Dios bendiga!”

Cuando á medio día llegaba el mozo, ya la mesa estaba servida: sobre el blanco mantel, el pan francés, con su dorada y esponjada corteza; la botella del pulque, convidando al sediento; las tortillas envueltas en la servilleta flecada que trasudaba toda, los platos de azulados paisajes, como un espejo, y el arroz blanco con plátanos fritos, que parecía un vellón con manchas leonadas. ¡Y qué bien se comía! ¡Qué buen apetito tiene el hombre trabajador cuando al volver á casa encuentra todo en regla, y hay en la mesa dos ojos negros que le miran cariñosos y amantes!

Sin embargo, Carmen no recobraba aún su canora alegría. La Calandria seguía en muda. El cierzo del dolor la tenía mustia. Poco á poco volvían á sus labios las canciones y los trinos. Primero, fueron gorjeos que se le escapaban involuntariamente; luego, vibrantes notas que espiraban al nacer, y más tarde, toda una melodía lánguida y plañidera, que terminaba con una cadencia lúgubre.

Gabriel gustaba de oírla cantar, mas no se atrevía á pedirle que dejara escuchar su hermosa voz, temeroso de profanar el doliente silencio de la joven. ¡Y qué voz! Si hemos de creer lo que decía Enrique López, era de lo que hay poco.

La guitarra, muy adornada con su ramo de camelias de trapo y su gran lazo de cintas tricolores, dormía boca abajo sobre las sillas de la salita, sin esperanza de gozar, en mucho tiempo, de un rato de jolgorio. Gabriel pensaba al verla—“¡lástima! ¡se está ensordeciendo!”

Un día, de poco trabajo para las vecinas, Doña Pancha andaba de calle, y Carmen sola en el lavadero, jabonaba algunas prendas. El hermoso cielo de las mañanas estivales, profundamente azul, sembrado allá por el Oriente de majestosos cúmulos, comunicaba á las almas esa indefinible alegría que tiene todo lo inmenso y luminoso. La tarea tocaba á su término, y Carmen enjuagaba la última pieza. Algo sentía dentro del pecho, indefinido y grato; algo en que iban mezcladas tristeza y alegría, como lo que experimentan las almas soñadoras ante las pompas del crepúsculo vespertino, cuando la tarde junta, por singular manera, á las tintas violadas que anuncian la proximidad de la noche, el ígneo fulgar de la aurora en los mares: amor, dulce amor. Y pensaba en Gabriel.—“¿Dónde estará? ¿En el taller? No; ese pícaro no pierde la costumbre de hacer san lunes. ¿Con quién estará?..... Y es muy guapo..... ¡vaya que lo es!..... y buen muchacho..... ¡lo que es buen muchacho, trabajador, honradote, franco, como ninguno! Mamá

dice..... decía—aquí la huérfana, al corregir su pensamiento, suspiró con pena,—decía, que si todos fueran como él!.....”

“Gabriel la amaba, sin duda; bien clarito se lo decían aquellas miradas mortecinas, insistentes, apasionadas; aquel afán de agradarla, aquel empeño en mimarla. Pero por qué no hablaba, por qué no se lo decía, así, quedito, sin que nadie lo oyera?”

La huérfana levantó al cielo los ojos, y al hundir sus miradas en las profundidades del éter, respiró como queriendo beber las olas de aquel piélago cerúleo. Alegre como la alondra que descubre en la cima de la montaña el primer albor del alba, principió á cantar bajito, tan bajito que apenas si ella misma se oía.

En esto entró Gabriel, de prisa, sin reparar en la joven. Esta le iba siguiendo con la mirada á lo largo del corredor. El ebanista llegó á la puerta, hallóla cerrada, y con los nudillos, dió en ella dos golpes sonoros, tan, tan, á los cuales respondió la huérfana cantando en alta y apasionada voz:

“¡ Tan! ¡Tan! Niña, á tu puerta,
llamando amor está.”

Al oír el inesperado canto, Gabriel se estremeció, pero al punto dominó su emoción.

—¡Ah! Con que aquí está la cantadorcita.—Y se acercó al lavadero, agachándose para pasar bajo los tendedores que se rendían al peso de las ropas empapadas.

—¡Cuidadito con hacer una diablura! ¡Cuidado con ese mantel! ¿Qué horas son estas de venir á la casa? Doña Panchita fué á recoger la ropa de las Robles, y, por lo visto, mi Don Gabriel hace san lunes. Bueno, bueno..... se dará parte á la señora.

—Hoy nadie trabaja. Hasta Don Pepe, con todo y ser el maestro, se pasa el día platicando con su vecino el militar.

—¿Y eso qué, Gabriel? Yo quiero que sea vd. más trabajador. Para vagamundear, el domingo.

—Así se hará. Tiene vd. mucha razón; pero..... en lunes ni las gallinas ponen.

—Sí que ponen, y las lavanderas lavan. Aquí estoy yo: así me he pasado toda la mañana.

Carmen que ni por un momento había dejado el trabajo, exprimía al decir esto, un lienzo hecho un rollo, torciéndole y retorciéndole con

todas sus fuerzas. El agua escurrió primero á chorros, luego en delgados hilos y limpidas gotas, hasta que por fin el lienzo quedó enjuto. La huérfana hacía esta operación inclinándose hacia adelante, con la falda recogida en plegones, para no mojarse enaguas y pies, luciendo desnudos los hermosos brazos, muy redondos y cubiertos de finísimo vello.

—Lavan, sí—replicó el mozo,—y cantan que es un regalo.

—*¡Tan! ¡Tan! Niña, á tu puerta*..... é interrumpiendo la copla y riendo agregó:

—Esta noche, señorita cantadora, me cantará vd. Ya la guitarra está pidiendo que le hagan cosquillas. El otro día, al entrar, le oí decir quedito, muy quedito: ¡quiero cantar!..... ¡quiero cantar!..... Y hoy cantará; tendremos música: hay que darle gusto. Ella en pago cantará aquello de las *golondrinas* y las *madreselvas* que no volverán.

—No cantará, Gabriel; no cantará, porque no tiene cuerdas.

—Se encordará.

Carmen sonreía alegremente y Gabriel clavaba en ella una mirada lánguida y amorosa. Notólo, y para evitarlo, dijo, levantando al cielo sus hermosos y rasgados ojos.

—¡Qué cielo tan azul!

—¡Muy lindo—contestó el mancebo, sin saber lo que decía.— Cantará vd. ¿no es verdad? ¿Esta noche, después de cenar, cuando Tacho venga? No, no quiero que venga. Le diré esta tarde que no estamos aquí..... No quiero que oigan á vd., ni Tacho ni nadie; sólo yo..... ¿no es cierto?

—¡A Dios! ¿Y por qué?

—Vamos, porque no me agrada que otro la vea á vd.; ni que digan que es vd. bonita..... vaya, no me gusta..... yo soy así, como celoso...

—¡Celoso!

—No; celoso no. ¿De qué? ¿Ha dicho vd. alguna vez que me quiere? ¿Se lo he dicho yo? La verdad es que yo la quiero á vd. mucho, pero mucho, mucho..... y tampoco se lo he dicho..... hasta ahora.

Carmen callaba encendida, trémula. Gabriel también temblaba. Ella no alzaba los ojos, y él no habría resistido una mirada de aquellas pupilas negras como la noche y encubiertas por la sombra de rizada pestaña.

—Hasta hoy—continuó Gabriel—hasta hoy nunca le dije nada..... Con los ojos sí. ¿No lo había vd. comprendido?

—¿Yo?..... no..... no.... más bien, sí.... y yo también Gabriel.... Pero, váyase, váyase..... Nos van á oír. Doña Panchita no tardará en volver..... Vea vd. á Malenita que nos está mirando desde allá.

Gabriel se fué paso á paso.

—No olvide vd. las cuerdas! Si no, no habrá canto esta noche..... Romanas ¿eh?

Una alegría jamás sentida llenaba el alma del muchacho; el corazón se le salía del pecho. Era en aquel momento tan dichoso, que, sin darse cuenta de ello, le daban ganas de morir.

Llegó al zaguán, y dirigiendo al cielo una mirada vagamente dulce, exclamó. “¡Qué cielo tan azul!”

Adentro la huérfana seguía cantando:

“.....Niña, á tu puerta,
llamando Amor está.....”

VI

Perdonemos al pobre muchacho sus vanidosos alardes. La joven le trataba con afecto y cariño fraternales, pero á decir verdad, nunca había dado motivo para que Gabriel dijera que se *entendían*. El ebanista estaba temeroso de que otro pretendiera conquistar el corazón de la huérfana; sabía que Tacho era un pillo muy largo, y juzgó del caso hacer constar que el pajarillo tenía dueño.

Gabriel era vanidoso. Vanidades pueriles eran las suyas, pero al fin vanidades. Se creía guapo, simpático, elegante, pretendía ser muy hábil en su oficio, y se preciaba de consumado jinete.

Cuanto á lo primero, puede decirse que no andaba el mozo lejos de lo cierto. Se comparaba con sus amigos y compañeros y por fuerza tenía que creerlo así. Estos, celosillos y hasta envidiosos, no podían negar la superioridad del muchacho y le otorgaban, sin escrúpulos, la palma de la guapeza obreril.

Cierta ocasión, pasando ante las ventanas de unas señoritas, muy afamadas por su riqueza, hermosura y elegancia, oyó que unas pollitas, á cual más linda, se dijeron:—“¡mírale, tú! ¡mírale! ¡qué apuesto que es! ¡qué bien vestido y qué aíroso!” Aquel elogio que de tan alto venía, le mareó; se le fué la cabeza por los precipicios de la vanidad, y desde entonces puso particular cuidado en vestirse bien; no tanto en los días de trabajo; pero lo que es domingos y días de fiesta iba siem-

pre hecho un veinticuatro, y pocos de los de su clase alcanzaban á igualarle en lo majo y estrenador. Sus amigos solían decirle:—"Gabriel: te echas encima cuanto ganas!"—Y así era.

De tiempo en tiempo, el día que estaba más *plantado*, se daba una pasadita por las ventanas aquellas de las susodichas admiradoras para darles golpe. ¡Simpleza más grande! Ellas, á veces, pocas, paraban atención en el mancebo y se dejaban decir entre dientes, un piropo. El mozo, más ancho que un pavo, se volvía todo oídos para recoger la frase halagadora; pero casi siempre ni se fijaban en él.

Una de tantas ocasiones, al verle, se rieron con mucha malicia. De fijo que aquello era una burla. Esto le pudo mucho, y murmurando una insolencia, humillado, y colérico, siguió adelante, resuelto á no volver á pasar por aquella casa. Este lance le curó un poco de sus achaques de vanidad, y desde aquella tarde se declaró enemigo de mujeres ricas y emperregiladas, por bonitas que fuesen.—"¡Caritas! ¡Esas *catrinas* no sirven para nada!" ¡Más orgullosas y más groseras!

En cuanto á sus habilidades de ebanista, Don Pepe Sierra estaba muy satisfecho de su oficial. Ya le fiaba trabajos difíciles: tocadores tallados, camas suntuosas, monumentales roperos, Gabriel lo hacía todo, sin que nadie pudiera poner *pero* á lo que salía de sus manos. Nada de hojear catálogos extranjeros para *tomar idea*, no, señor, nada de eso. El mismo maestro se quedaba turulado, cuando el muchacho se acercaba con un dibujo en la mano, diciendo:—"Señor maestro, vea vd.: voy á ponerle al tocador esto, lo otro y lo de más allá, aquí, estos grifos: en la cornisa, un bocelito de dos pulgadas; en el copete estas hojas..... ¿le parece á vd. bien?"—"Bueno, bueno,—contestaba el maestro, reprimiendo un arranque de admiración.

Don Pepe era generoso. Una vez al dar término y remate á un elegante mueble, que el dueño pagó largamente, [tan satisfecho así quedó de la obra], el maestro gratificó al habilidoso ebanista, y dándole un billete de cincuenta pesos, le dijo:—"Tú lo trabajaste, tú lo ganaste, toma, esto es tuyo: emplealo bien." Gabriel no puso el consejo en saco roto y se echó encima buena parte de los cincuenta duros.

Los compañeros le bromeaban después, invitándole á copas:—"Convidala hermano: para eso y más te alcanzan los cincuenta *grullos* del aparador."—"¡Qué! ¡Si ya no me queda ni medio!"—"¿Pero qué hiciste con tanta plata?"—"Me dí una manita de barniz".....—Sin embargo, luego pagaba el gasto sin mezquindades ni tacañerías.

Gabriel no era lo que se llama un *charro*. Sentábase en la silla con cierta naturalidad y gentileza, y nada más. Para manejar un caballo era un colegial. Él se daba humos de jinete experimentado, y cuando se hablaba de *charreo* salpimentaba la conversación con muchos términos del arte, que en boca suya caían en gracia y hasta parecían darle cierta autoridad en la materia.—"¡Papas! ¡Puras papas!"—decía Pancho Solís—"En buen aprieto se vió aquel día que fuimos al herradero, cuando el torete lo acorraló contra la puerta..... pero eso sí, él cuenta que *coleo* y *manganéo*, mejor que Ponciano.... ¡ni á los becerros!" Y cuando se le encontraba, echándole el brazo, le decía:—"¡Ahora Ponciano! ¿Cuándo te vas para España?"—"Pronto, hermano:—contestaba Gabriel—tú serás mi Oropesa; Tacho, mi Celso, y ya verás como venimos pintados en "*La Lidia*."

Todos le querían y se disputaban su amistad. Seco y áspero en su casa, fuera de ella pecaba de comunicativo y amable. Cuando estaba de buen humor conversaba con cierta gracia y donosura, y no había poder humano que le cortara la hebra. En el fondo era irascible. Pocas veces se atufaba; más cuando llegaba á montar en cólera era un león exasperado, ciego por la ira, no reparaba en nada y nadie le detenía. Una tarde, no estaba para bromas, y por una chanza, inofensiva de por sí, pero molesta por lo repetida, se le subió la mostaza á las narices, y arremetió, formón en mano, contra uno de sus camaradas, quien por milagro escapó de sus furores. Gracias á que Don Pepe acudió á tiempo, si no aquella tarde se hubiera cometido en el taller del pacífico Sierra un delito que hubiera dado quehacer á los periodiquitos vocingleros de la ciudad, tan afectos á escándalos gordos y tan amigos de crónicas patibularias.

El bromista fué despedido, y Gabriel amonestado por Don Pepe, con una dureza muy extraña en el maestro, que era persona de esas á quienes se les pasea el alma por el cuerpo. El oficial se reportó á tiempo, y ofreció ser, en lo de adelante, menos arrebatado y belicoso.

Hay en el primer amor un sentimiento de lúgubre tristeza. Acaso provenga de que el enamorado, en medio de los éxtasis de la pasión correspondida, presiente lo fugitivo de su dicha, rauda como el paso de las estrellas errantes, y acierta á comprender que, á poco, el cielo de su alegría quedará velado y oscurecido por las brumas de la desconfianza y del dolor.

No á todos es dado explicarse el por qué de la fúnebre tristeza que parece enlazar los arrobos del primer amor con los postreros instantes de la vida. No parece sino que la muerte nos acaricia lisonjera, cuando el amor suspende en nuestros labios la expresión de los afectos, hace afluir la sangre á nuestro pecho y nubla nuestros ojos con una lágrima de felicidad. ¿Quién acertará á explicar las ocultas y misteriosas relaciones, que hay entre el amor y la muerte? Ésta vela con apacible sombra las alegrías de la pasión correspondida, y próximos á rendir el último suspiro, cuando los pálidos soles de la vejez nos dicen que estamos cerca de la tumba, las memorias del amor primero, tan puro, tan noble, y de ordinario malogrado, vienen como una oleada de savia primaveral, á reanimar, aunque por breves horas, nuestro aterido y desmayado corazón.

Este dulce sentimiento de tristeza dominaba á Gabriel, después de haber oído de la huérfana la confesión ingenua de su cariño; confesión hecha más bien con los ojos que con la boca, y nacida de lo más profundo del alma. Mas el ebanista no entendía, ni se daba cuenta de estas sutiles filosofías; en su carácter y rudeza no cabían delicadezas tales, y como si sacudiera de su alma aquel anhelo de morir, entregó su mente á los sueños, su corazón á la esperanza, y todo su espíritu á la inefable ventura de amar y ser amado.

Y hubo canto aquella noche, sí que le hubo, á la luz de la luna, en el corredor, bajo el alero, al pie de un pilar, cuando las vecinas se habían encerrado ya y Doña Pancha más afecta á la plática y al chachareo que á melancólicas enamoradas trovas, tejía con chismes y cuentos de todo género la trama de una conversación por extremo interesante, con la señora portera y su esposo el viejo militar.

El plañidero instrumento, con su nueva encordadura, sonaba que parecía una orquesta. En manos de la huérfana, muy hábil tañedora, reía y se querellaba: ora prorrumplía en vivísimo *alegro*, ora discreto y tímido, murmuraba amorosas frases y lloraba y gemía.

Al pie del pilar, en el ancho espacio iluminado por el satélite, cuyos rayos dibujaban sobre los ladrillos del piso la ondulada línea del alero, extendió el mozo un petate fino y nuevo, y colocó contra la columna una silleta tosca. En ella tomó asiento la huérfana, y á sus piés quedó el mancebo, fijos los ojos en la beldad cantora. El grupo era bello. Cómo no recordar al verle, los dibujos de las novelas románticas, en que de rodillas sobre muelle almohadón franjado de oro, pajecillo gen-

til dice ardientes amores á una castellana soñadora, entre cuyas manos vibra con trémulo canto, la quejumbrosa mandolina!

Tras los acordes del preludeo, tras el rasqueo nervioso al són de uno de esos acompañamientos populares, desatinados é incorrectos, en que los bordones hacen el gasto y que provocan á risa á los músicos sabihondos y de verdad, pero en los cuales palpita la vida con todas las ternezas amorosas y con todos los arrebatos de la pasión, entonó la joven *en sol menor* una rima de Bécquer, lánguida como las brisas de los cármenes sevillanos, con una melodía importuna, si se quiere monstruosa, vamos, un pecado mayúsculo contra los cánones del arte, que pretendía interpretar á maravilla las divinas estrofas del poeta.

Gabriel callaba embelesado, y mientras tornaban al balcón las *fielesavecillas*, y se abrían *las madre selvas* escalando las tapias, aquellas dos almas jóvenes y amantes, se confundían en una sola, como dos llamas de una misma fogata, como dos notas de una misma lira.

Atraídas por la música fueron abriendo las vecinas sus ya cerradas puertas y acercándose á escuchar la canción que entonces andaba en boga, la hermosa canción de las *golondrinas*, que las muchachas del patio se sabían de memoria, y que Malenita guardaba *de letra de imprenta*, pues el Licenciado, á ruegos de su amiga, la había puesto en "*El Radical*." Magdalena tenía sus puntas de letrada y sabidilla, y sus ribetes de libre pensadora y *protestanta*. ¡Prodigios de la prensa y de la enseñanza primaria superior!

—¡Qué imprudentes y qué curiosas!—pensaba Gabriel—¡Qué oiga desde su puerta cada cual, y no vengan á servir de estorbo! ¡Vaya con los moscas!

De *las golondrinas* pasó Carmen á otros cantares. A petición de Malenita, cosas de "*Marina*" y las coplas de "*Boccacio*, para contentar á las del 15, la jota de los *ratas*, la mazurka de los *marineritos* y el vals del *Caballero de Gracia*, el hermoso vals del *Caballero de Gracia*.

Cuando Carmen callaba y reinaba en el concurso el silencio de la admiración, oíase cómo los pájaros de Doña Pancha, que en sendas jaulitas asistían al concierto, alleteaban y gorjeaban en lo más obscuro del corredor.

El portero, dando al olvido *sus bilis* y su reuma, muy erguido y sentencioso, con una mano á la espalda, mascando el extinto tabaco y escupiendo tinta, aplaudió á la cantora y celebró su habilidad con el ¡*ca-ray!* más entusiástico que oirse puede. También quiso escuchar sus

canciones favoritas: la "Lola" y el "No me mires por Dios te lo pido....." pero la huérfana no sabía de esos vejesterios.

Gabriel se daba á los setecientos mil diablos coronados y no dejaba de repetir para su sarape.—"¡Gente más mosca, nunca la he visto yo. ¿Quién les ha dado vela en el entierro?"

Disgustado y mohino manifestó rudamente sus enojos, y con tres palabras, bruscas y redondas, dió término al concierto.

Las vecinas se retiraron contrariadas y murmurando:

—¿Qué me dice vd. de la *Calandria*, Petrita?

—¡Ay, mi alma! ¿Y vd. que me dice del *calandrio*, hijita? ¡Ayúdeme vd. á sentir!

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

EL SR. GOMEZ FLORES Y SUS TRABAJOS LITERARIOS.

Las presentes líneas ni son ni pretenden ser un estudio crítico.

Tenemos la profunda convicción de que el verdadero crítico de cualquiera producción de la inteligencia humana debe saber tanto por lo menos como aquel á quien critica. De otra manera los ensayos pseudo-críticos se aproximan mucho á las correcciones que hizo alguna vez un público profano en la obra de un gran pintor: quién le compone la nariz, el otro le alarga la oreja, el de más allá pretende cambiarle la intención de la mirada, fulana le compone la boca, sutana le remanga el labio superior, mengana le acorta la barba, y de esta manera la obra maestra del artista quedó convertida en un monstruo de fealdad é imperfecciones.

Conste pues, por lo dicho, que este artículo es sólo la expresión de una opinión personal. ¿Por qué la publicamos? Por dos razones: la primera porque el literato, objeto de estas líneas, digno es de que se conozcan sus producciones y de que se advierta al público lector que si quiere leer con seguridad algo bueno, recurra á ellas y las saboree; la se-

gunda razón es especialmente nuestra y consiste en el deseo que todos tenemos de que álguien oiga y conozca por bien ó por mal, nuestras opiniones, y como la mejor manera de que éstas sean conocidas no sólo de uno sino de muchos individuos, es la prensa, por eso nos hemos decidido á darlas á luz, quedándonos un consuelo, y es que por malas que sean aquellas servirán para hacer dormir alguna vez á los lectores de esta revista quienes bastante bueno leen siempre, para que no les venga de molde por excepción un mal artículo como contraste con los demás, y que sirva de narcótico á quienes padezcan habitualmente insomnios. Pero basta ya de prefacio y comencemos.

Las obras del conocido escritor Francisco Gómez Flores que hemos podido tener en nuestras manos y leer por consiguiente, forman tres tomos de diferente título y conteniendo artículos escritos en diversas épocas. Intitúlase el primer tomo: *Bocetos Literarios* y contiene pequeños artículos meramente literarios, revistas diversas, entre ellas varias dramáticas, y artículos biográficos y críticos dedicados á varias personas, y muy especialmente al distinguido poeta lírico yucateco José Peón y Contreras.

Revélase desde luego en las primicias del Sr. Gómez Flores un criterio sano é imparcial que según nuestra pobre opinión no es fruta corriente en el mercado de nuestras producciones literarias. Así por ejemplo, al criticar muy justamente la tendencia muchas veces manifestada en algunos de nuestros literatos, especialmente los neófitos, de imitar á los grandes escritores extranjeros y hacer de ellos su arquetipo y modelo, dice lo siguiente: "siempre que se quieran imponer á un pueblo principios que repugnen á sus hábitos sociales, á su modo de ser, á sus cualidades características como pueblo distinto de los otros pueblos, se tropezará indefectiblemente con dificultades casi insuperables, pues hay que tener en cuenta que las naciones representan en la humanidad el mismo papel que los individuos en la sociedad: cada uno tiene su carácter propio, sus elementos especiales de riqueza y su misión particular que cumplir en el desarrollo histórico del linaje humano."

Apreciaciones como la anterior, claras, concretas, oportunas y justas, las hay á cada momento en los artículos del Sr. Gómez Flores. Empero un buen literato no tiene todo, cuando posee buen criterio y despejada inteligencia, necesita tener además de otras varias cualidades, perfecto conocimiento y sentimiento íntimo del arte, y además bastante

canciones favoritas: la "Lola" y el "No me mires por Dios te lo pido....." pero la huérfana no sabía de esos vejesterios.

Gabriel se daba á los setecientos mil diablos coronados y no dejaba de repetir para su sarape.—"¡Gente más mosca, nunca la he visto yo. ¿Quién les ha dado vela en el entierro?"

Disgustado y mohino manifestó rudamente sus enojos, y con tres palabras, bruscas y redondas, dió término al concierto.

Las vecinas se retiraron contrariadas y murmurando:

—¿Qué me dice vd. de la *Calandria*, Petrita?

—¡Ay, mi alma! ¿Y vd. que me dice del *calandrio*, hijita? ¡Ayúdeme vd. á sentir!

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

EL SR. GOMEZ FLORES Y SUS TRABAJOS LITERARIOS.

Las presentes líneas ni son ni pretenden ser un estudio crítico.

Tenemos la profunda convicción de que el verdadero crítico de cualquiera producción de la inteligencia humana debe saber tanto por lo menos como aquel á quien critica. De otra manera los ensayos pseudo-críticos se aproximan mucho á las correcciones que hizo alguna vez un público profano en la obra de un gran pintor: quién le compone la nariz, el otro le alarga la oreja, el de más allá pretende cambiarle la intención de la mirada, fulana le compone la boca, sutana le remanga el labio superior, mengana le acorta la barba, y de esta manera la obra maestra del artista quedó convertida en un monstruo de fealdad é imperfecciones.

Conste pues, por lo dicho, que este artículo es sólo la expresión de una opinión personal. ¿Por qué la publicamos? Por dos razones: la primera porque el literato, objeto de estas líneas, digno es de que se conozcan sus producciones y de que se advierta al público lector que si quiere leer con seguridad algo bueno, recurra á ellas y las saboree; la se-

gunda razón es especialmente nuestra y consiste en el deseo que todos tenemos de que álguien oiga y conozca por bien ó por mal, nuestras opiniones, y como la mejor manera de que éstas sean conocidas no sólo de uno sino de muchos individuos, es la prensa, por eso nos hemos decidido á darlas á luz, quedándonos un consuelo, y es que por malas que sean aquellas servirán para hacer dormir alguna vez á los lectores de esta revista quienes bastante bueno leen siempre, para que no les venga de molde por excepción un mal artículo como contraste con los demás, y que sirva de narcótico á quienes padezcan habitualmente insomnios. Pero basta ya de prefacio y comencemos.

Las obras del conocido escritor Francisco Gómez Flores que hemos podido tener en nuestras manos y leer por consiguiente, forman tres tomos de diferente título y conteniendo artículos escritos en diversas épocas. Intitúlase el primer tomo: *Bocetos Literarios* y contiene pequeños artículos meramente literarios, revistas diversas, entre ellas varias dramáticas, y artículos biográficos y críticos dedicados á varias personas, y muy especialmente al distinguido poeta lírico yucateco José Peón y Contreras.

Revélase desde luego en las primicias del Sr. Gómez Flores un criterio sano é imparcial que según nuestra pobre opinión no es fruta corriente en el mercado de nuestras producciones literarias. Así por ejemplo, al criticar muy justamente la tendencia muchas veces manifestada en algunos de nuestros literatos, especialmente los neófitos, de imitar á los grandes escritores extranjeros y hacer de ellos su arquetipo y modelo, dice lo siguiente: "siempre que se quieran imponer á un pueblo principios que repugnen á sus hábitos sociales, á su modo de ser, á sus cualidades características como pueblo distinto de los otros pueblos, se tropezará indefectiblemente con dificultades casi insuperables, pues hay que tener en cuenta que las naciones representan en la humanidad el mismo papel que los individuos en la sociedad: cada uno tiene su carácter propio, sus elementos especiales de riqueza y su misión particular que cumplir en el desarrollo histórico del linaje humano."

Apreciaciones como la anterior, claras, concretas, oportunas y justas, las hay á cada momento en los artículos del Sr. Gómez Flores. Empero un buen literato no tiene todo, cuando posee buen criterio y despejada inteligencia, necesita tener además de otras varias cualidades, perfecto conocimiento y sentimiento íntimo del arte, y además bastante

erudición hábilmente asimilada y empleada con oportunidad y parsimonia. La erudición indigesta, insípida y desordenada, el lujo de citas inoportunas y trascendiendo á leguas á pedantería, es defecto común y corriente y que acusa en el caso más favorable, tan mediocre discernimiento como profunda y arraigada vanidad.

Pues bien, el Sr. Gómez Flores es erudito; pero no pertenece á la segunda categoría por nosotros diseñada. Que conoce y maneja familiarmente á los clásicos, especialmente á los españoles del siglo de oro de la literatura Ibérica, lo revela en todas sus producciones y desde sus primeros escritos.

De tal erudición da muestras, por ejemplo, en sus "observaciones sobre el drama *Bienaventurados los que esperan*, de Alfredo Chavero;" en su crítica á la obra del Sr. Victoriano Agüeros intitulada *Escritores mexicanos contemporáneos*, y sobre todo, en sus revistas dramáticas publicadas en *El Monitor Republicano* el año de 1879.

Tiene además Gómez Flores otra cualidad que á las veces y en muchos escritores degenera en vicio ó monomanía: conoce perfectamente la gramática y está al tanto de los secretos de la retórica y de la bella literatura; su lenguaje por lo mismo es pulcro, elegante, florido y hasta atildado, sin degenerar en monótono, artificioso y rimbombante.

En su prólogo á las obras de José Peón y Contreras, donde también luce Gómez Flores su erudición, y donde como veremos más adelante desarrolla toda una teoría sobre el arte y la belleza, á cada paso se encuentran párrafos tan bien escritos como el siguiente en que habla de nuestra literatura en la época virreynal: "Fué la nuestra, dice, parásita durante dicho período, vivió y nutrióse con prestado calor de ajeno ambiente, y no se puede negar que la imitación da sólo apariencias de frescura y vida á lo que no tiene raíces en el modo de ser de cada pueblo."

He aquí ahora la concepción personal de Gómez Flores sobre el arte á que hace poco nos referimos: "para mí, dice, el arte es infinito, y á lo infinito no se puede fijar límites. Con la realización de la belleza se cumple el fin exclusivo y propio de toda obra de arte. El fin de la moral y el de la filosofía que hoy se pretenden imponer al artístico, son de éste por completo independientes. Concibo una obra preñada de filosofía y de moral y que sea por añadidura literariamente detestable, lo mismo que concibo una magnífica producción literaria que no tenga ni pizca de moral y filosofía. Teniendo en sí propia finalidad toda obra

de arte, debe tener en sí las condiciones que le den valor como tal, independientemente de lo que valga en otros respectos. Juzgo esto tan claro y perceptible que no puedo imaginarme cómo haya quien lo contrario sustente."

Muchas y muy distintas concepciones ha habido del arte y la belleza y á la verdad que de las más de ellas no puede decirse den pie para formar sobre tales nociones un criterio fijo, justo y perfectamente comprensible. Ajeno el que esto escribe á lucubraciones, estudios y conocimientos sobre las nociones abstractas indicadas, arriégase, sin embargo, á dar él también su opinión aunque somera é imperfecta, como producción de profano.

Para el autor de estas líneas el arte toma de la naturaleza todo lo que tiene de bueno diseminado, para producir un conjunto bueno también, sin mezcla alguna de malo ni imperfecto. Supóngase por ejemplo, un hombre completamente fisiológico. De hecho en la naturaleza no le hay, alguna lesión aunque insignificante, alguna imperfección si bien pequeña é inapreciable, acompañan siempre á la criatura más bien constituida, mejor formada, más acabada y más correctamente hermosa. Siéntese, impónese por ejemplo la belleza y justa proporcionalidad de las formas en un busto, ó en un cuerpo humano, aquí se ve un perfil de griego, más allá unos brazos torneados, tersos y pulidos, acullá suaves inflexiones de perfectas curvas, ó bien líneas rectas, fijas, proporcionadas y simétricas revelando el vigor, la energía, la fuerza, y en una palabra la belleza; pero encontrar en una persona sola todas las perfecciones reunidas sin ninguna imperfección, eso no es posible, no lo hay, el arte sólo lo concibe y pare, produciendo un tipo de belleza ideal en que están reunidas muchas bellezas, con más el sello especial que haya podido imprimirle el genio del artífice. Apela igualmente el arte muy á menudo para hacer resaltar esa belleza á la ley ineludible de la relatividad, á la ley de los contrastes. Quizá por haber cumplido con esa ley, merece además de por otros muchos títulos la inmortalidad, el inmortal Quijote del sin par Cervantes.

Pero en todo caso creemos quedará cierto, que puesto que el arte se resuelve en sensaciones y éstas están expuestas á modificarse sufriendo como todo, los efectos de la ley universal de evolución, la concepción correspondiente ni es absoluta ni es inmutable.

Y como algo hemos divagado ya debemos volver por consiguiente al Sr. Gómez Flores. Su segundo tomo intitulado "Humorismo y Críti-

ca," contiene varios artículos críticos y de combate y algunos históricos y políticos. En los primeros el Sr. Gómez Flores maneja la sátira y la ironía con ingenio y sin encono, punzando sin herir, atacando sin lastimar. Alguna vez se desmanda un poco como en la cuestión zenónica, pero sólo por excepción y suponemos que apremiado por circunstancias especiales.

En los artículos históricos y políticos encontramos valor civil, conocimientos, y un criterio científico más netamente definido y más claramente fijado que en sus primeras producciones. Sobresalen en el tomo á que nos referimos entre muchos artículos buenos, algunos como los intitulados *El mundo moral y Aristóteles*, *Los grandes hombres de la Independencia*, *Inversión de ideas [defensa de los constituyentes]*, y *La enseñanza laica*, artículo en el que campean ideas muy avanzadas, que hoy están admitidas como las mejores en asunto tan trascendental.

El tomo tercero titulado "Narraciones y Caprichos," y del que no ha salido á luz más que la primera parte, contiene artículos descriptivos y algunas alocuciones y artículos históricos bien escritos, entre los que descuella el intitulado *Cortés no quemó sus naves*, réplica á un periódico de la capital con motivo de otro artículo del Sr. Gómez Flores llamado *Las naves de Cortés*.

Ya en este tercer volumen de sus producciones literarias; así como en sus últimos discursos publicados en México, y son: el de recepción leído en la Sociedad de Geografía y Estadística, el pronunciado en el Liceo Mexicano, intitulado: *Los líricos sud-americanos y la originalidad de nuestra literatura*, el de recepción del Ateneo Nacional Mexicano, y por último en su *Bibliografía sinaloense*; revela Gómez Flores, según nuestra humilde opinión, verdadero adelanto en sus producciones, comparadas éstas en conjunto con sus primicias literarias, sobre todo en lo que se refiere á la parte filosófica de ellas.

El espíritu científico ha penetrado en la literatura como en todas partes, imponiéndose á veces más de lo necesario y de lo justo sobre todo. A consecuencia de la reacción operada en virtud de la evolución científica por que atravesamos, ha habido en literatura quien desee y pregone el predominio absoluto del fondo de una obra literaria sobre su forma, hasta el grado de desechar la belleza de ésta como cosa baladí é insignificante, sin comprender que la obra literaria para ser completa ha de ser buena, tanto por las ideas que exprese y signifique, cuanto

por la manera adecuada, oportuna, elegante, y en una palabra, bella con que esa idea aparezca. No es todo concebir bien, abarcar grandes horizontes, percibir mucho y lejos, y arrancar secretos á la naturaleza, ocultos siempre á inteligencias mediocres, sino poder comunicar á los demás cuanto se ha presentado, ideado, visto ó descubierto, de tal manera que aquellas inteligencias aprovechen bien y completamente las producciones de los hombres superiores, y se deleiten y gozen íntimamente con ellos, admirando en tales producciones las ideas que contienen y el arte con que están presentadas.

Gómez Flores, sin descuidar hasta hoy la elegante forma de sus escritos, ha adelantado muy sensiblemente en su criterio filosófico, obsequiando así el saludable consejo del poeta Horacio. En ese criterio de Gómez Flores es donde vemos más marcada la evolución de sus producciones, con verdadera satisfacción por nuestra parte, puesto que esa evolución indica que aún debe esperarse, del escritor sinaloense, mucho y cada vez mejor, si continúa por la comenzada senda.

No podemos en los estrechos límites de un artículo de revista detenernos más en el estudio y comentarios de los trabajos de Francisco Gómez Flores; pero ellos revelan ya, según nuestra pobre y desautorizada opinión, que el escritor mencionado es uno de los distinguidos en las letras mexicanas, y que puede llegar más tarde fácilmente á colocarse en primera línea, entre los corifeos de nuestra patria literaria.

E. M. DE LOS RÍOS.

A UN NIÑO.

DEDICADA A MI HIJO FRANCISCO G.

Te miro, tierno niño,
 más puro que la nieve y el armiño,
 nardo entreabierto que el ambiente mece
 al beso enamorado de la aurora,
 desplegando su gracia encantadora.

De rosas y jazmines, la inocencia
 preparó á tu existencia
 cuna entre encajes y entre seda y oro,
 y avara te guardó como tesoro.

Con anhelar contino
 tus padres la tornaron relicario,
 y la alcoba, santuario
 para rogar á Dios por tu destino.

Y del hogar en el tranquilo seno
 se contempla esa cuna,
 como apacible faz de nueva luna
 en el lago sereno.

De tus amantes padres los ensueños
 te abrieron horizontes halagüeños,
 y en bella lontananza,
 bajo de escelso pórtico veían
 coronada de lauros la esperanza
 y de intenso placer se estremecían.

Empapado en divino sentimiento
 vibraba musical el dulce acento
 de la madre al nombrar al hijo amado;
 y de su mismo sér la pura esencia
 tributaba ferviente á tu existencia
 al besarte su labio apasionado.

¡Oh madre! amor, portento.....
 Como aura, como luz, cual firmamento

arrulla, mima, y acaricia y ora,
 y en un mundo invisible de cariño,
 al delicado niño
 sér de su mismo sér ardiente adora.

Vive para tu bien, á tu existencia,
 virginal azucena de inocencia,
 quisiera resguardar entre cristales,
 y allí dulce la luz y tibio el viento,
 procurar á tus ojos y á tu aliento
 delicias celestiales.

¡Oh! la madre Gran Dios! la madre amante,
 estrella rutilante,
 desde el sereno oriente
 de la vida, nos sigue apasionada
 hasta que se hunde la abatida frente
 en el turbido seno de la nada.
 ¿Sacrificio? ¿Anhelar? Ella lo ignora,
 ella nos siente y ama;
 y si el dolor fatal, en negro día,
 rebosando de hiel nos presentara
 su horrible copa, de sufrir avara,
 ella sin vacilar la apuraría.

¿Qué nos dice en silencio tu alma pura
 en tu rico lenguaje de ternura?

¿Qué nos dice, que así con tal encanto
 alegre el corazón, llena la mente?
 —Respóndanos el labio sonriente,
 y anegando los ojos dulce llanto.

¡Oh niño! vendrá día
 en que próspera suerte ó suerte impía
 recuerde el despertar de tu inocencia,
 y de tus padres la amorosa historia;
 entonces sentirás con su memoria
 la visita de Dios en tu existencia.

ORIGEN DE LA LITOGRAFIA EN MEXICO.

Treinta y cuatro años ha que nuestro muy erudito amigo D. Joaquín García Icazbalceta escribía estas palabras: "No he podido averiguar á punto fijo quién fué el introductor de este arte (la litografía). Las probabilidades están en favor del Sr. D. Lucas Alamán, aunque otros defienden á D. Jacobo Villaurrutia. Dejando por ahora indecisa la cuestión, me limitaré á presentar una breve reseña de las vicisitudes posteriores del arte, copiando al efecto los apuntes que tuvo la bondad de franquearme nuestro distinguido litógrafo el Sr. D. Hipólito Salazar."¹

Ignoramos si el Sr. García Icazbalceta ha vuelto á ocuparse de ventilar el punto de la introducción del arte litográfico en nuestro país. El año 1882 remitimos al *Monitor Republicano* de México, y en él fueron impresos el 31 de Enero, los apuntes que con algunas adiciones reproducimos en seguida:

El arte litográfico es comparativamente moderno. Senefelder comenzó á ejercerlo, tal como ahora se practica, el año 1796. A principios de este siglo, un asociado suyo, llamado Federico André, lo introdujo en Francia, donde no comenzó á prosperar sino hasta 1814. Once años después fué introducido en México por los italianos Claudio Linati y Gaspar Franchini, favorecidos del Sr. Gorostiza, agente confidencial de la República, que residía en Bruselas, ante quien presentaron un memorial en Mayo de 1825, pidiendo medios para hacer el transporte á México de los aparatos necesarios al establecimiento de una imprenta litográfica, y ofreciendo que abrirían escuelas gratuitas para enseñar el nuevo arte. El Sr. Gorostiza pasó el memorial á la decisión de su superior jerárquico el general D. José Mariano de Michelena, nuestro ministro en Londres, y éste acordó se diera á los peticionarios la cantidad de ciento sesenta libras esterlinas para hacer el transporte, obligándoles, sin embargo, á reconocer dicha cantidad, y á hipotecarle sus máquinas, piedras y demás aparatos. Fueron estos embarcados en Amberes á principios de Junio; y el día 14 del mismo se expidió pasaporte á los mencionados Linati y Franchini anotando que iban á México para establecer una litografía. Ambos pasaron á Londres, donde se pre-

¹ *Diccionario universal de Historia y de Geografía*, t. V., pág. 975.

sentaron al general Michelena, y de Inglaterra salieron para Veracruz. En 6 de Mayo de 1826, una persona nombrada Gayare, residente en Bruselas, solicitó del Sr. Gorostiza una recomendación para que el gobierno le auxiliara en el establecimiento de otra litografía en la ciudad de México. Gorostiza dió respuesta á su petición diciéndole que escribiera directamente al gobierno. En Diciembre del mismo año 1826, el ministro de relaciones exteriores é interiores, D. Sebastián Camacho, al dar cuenta á las Cámaras de las nuevas industrias introducidas, anunció el próximo establecimiento de una imprenta litográfica, debido en gran parte al empeño manifestado por el gobierno, "con el laudable objeto de que los mexicanos no vayan á mendigar á tierras lejanas lo que á tan poco costo pueden disfrutar en su propio suelo." No sabemos si Linati y Franchini dieron cumplimiento á la obligación por ellos contraída de volver las ciento sesenta libras que les fueron entregadas en Bruselas; sospechamos que no pudieron hacerlo y que el gobierno se apropió la litografía, si bien no tenemos más dato para pensar así, que la circunstancia de existir en Palacio el año 1829, una imprenta litográfica dependiente de la secretaria de relaciones exteriores, fuera de uso y "arrumbada," según dice D. Carlos M. Bustamante.¹ Por otro lado, la Secretaría de relaciones exteriores expidió libre y seguro pasaporte á Claudio Linati, "introductor del establecimiento litográfico en la República" el 27 de Septiembre de 1826, para que por el término de dos años pasase á los Estados Unidos de América é Inglaterra². Con efecto, el mes de Diciembre se embarcó Linati en Veracruz en el bergantín "Conveyance" con destino á Nueva York, donde

¹ Sahagún: *Historia general* [México, 1829-1830], t. III, p. III, n. Acaso sea en esa imprenta donde fueron litografiadas las trece láminas [in fol.] de la obra de los Sres. Icaza y Gondra. *Colección de las antigüedades mexicanas que existen en el Museo Nacional*. Litografiadas por F. Waldeck. México, 1827-1835.

² Para autorizar lo que decimos, nos parece conveniente transcribir aquí todo el contenido del pasaporte: "669. [Escudo de armas de la República con el lema República federal Mexicana, grabado por Torreblanca en México.] Número 1450.— Registrado á fs. 70 del libro del ramo [una rúbrica]. El ciudadano Guadalupe Victoria, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, concede libre y seguro Pasaporte á D. Claudio Linati, introductor del Establecimiento Litográfico en la República para que por el término de dos años pase á los del Norte de América, é Inglaterra, embarcándose por el Puerto que le convenga, y manda S. E. á todas las Autoridades así civiles como militares de la Nación, no le pongan embarazo en su tránsito, y le franqueen los auxilios que puedan convenirle, pagándolos por sus justos precios. Palacio del Gobierno federal en México á 27 de Septiembre de 1826, 6º de la Independencia y 5º de la Libertad.—De orden de su Excelencia.—El Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones.—[Firmado] Por encargo: Espinosa (una rúbrica).—Valga por dos años.—Derechos: Gratis."

residió hasta el 15 de Enero de 1827, en que tomando pasaje en el buque americano "Dawn" se dirigió á Amberes, llegando á este puerto el 15 de Marzo. En el curso del año siguiente se encontraba en Bruselas trabajando en la Litografía Real de Jobard, donde, á expensas de Carlos Sattanino (que había estado en México en 1826-27), se imprimía la obra intitulada "Costumés civils, militaires et religieux du Mexique, dessinés d'après nature, par C. Linati." Esta obra, bastante rara, contiene cuarenta y nueve láminas, con las explicaciones correspondientes, de trajes y costumbres de México en 1828. En 20 de Agosto de 1829, el Sr. Gorostiza expidió nuevo pasaporte á Claudio Linati, natural de Parma, en Italia, para pasar á México, vía del Havre y los Estados Unidos de América.

ANGEL NÚÑEZ ORTEGA.

UNOS FRAILES Y UN VIRREY. ¹

Muy cuerda anduvo siempre la corona de España en la elección de los personajes que habían de representarla en su más importante colonia americana; bien lo demostró con los insignes Mendoza, los Velasco, los Moya de Contreras, los García Guerra, los Palafox, los Enríquez de Rivera, los Revillagigedo y tantos otros beneméritos varones que dieron lustre á su nombre y llenaron de bienes á la colonia que con tanto acierto gobernaron.

El Excmo. Sr. D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, limeño de origen, fué uno de esos distinguidos virreyes; el cual tomó posesión del bastón de mando de la Nueva España en 15 de Octubre de 1722, siendo inmediato sucesor de D. Baltazar de Zúñiga Guzmán, duque de Arión y marqués de Valero.

Cuéntase que D. Juan de Acuña solía rondar por las noches la Ciudad, á hora avanzada, acompañado únicamente de un escudero. Inútil

¹ Debemos conocer la anécdota hasta ahora inédita que vamos á comunicar al lector, á nuestro honorable amigo el Sr. D. José María de Ágreda y Sánchez, quien la oyó contar varias ocasiones á los religiosos franciscanos de San Cosme.

sería decir que en aquel entonces, nuestra gran Capital estaba en pésimas condiciones de alumbrado y policía, de suerte que á buena hora los prudentes y pacíficos vecinos se encaminaban hacia sus casas, resueltos á no volver á sacar las narices, hasta que Dios amaneciera.

En una de esas noches de *ronda*, oyó nuestro virrey el sonido lejano de la esquila de un monasterio. Interrogado que fué el asistente, acerca del convento cuya era la campana,

—Excelencia—respondió—es del monasterio de los Santos Cosme y Damián.

—Pues ¿á qué tocan?—replicó el virrey.

—A *maitines* tocan, pero no van; dijo el escudero, dando á entender á su señor que los frailes no cumplían con los preceptos de su instituto.

Calló el de Casafuerte, prosiguiendo su camino, é insensiblemente fué acercándose á San Cosme.

Eran las doce cuando el virrey se detuvo ante la negra mole del convento, envuelta entre las sombras de la noche.

Poco á poco se vió iluminar el coro, y más tarde escuchóse el monótono é imponente rezo de los padres recoletos; de repente cesaron en sus plegarias; las luces del coro se apagaron; se entonó el *miserere*, y entonces el virrey y su escudero pudieron oír los azotes que se daban los frailes, haciendo penitencia.

Admirado quedó el marqués de la austeridad de aquellos hombres virtuosos que tan estrictamente cumplían con su deber, y dícese que cuando acabó de ser testigo de esa escena se volvió hacia su escudero y le dijo con suma gracia:

—“¿Con que tocan y no van?
Pues no sólo tocan y van,
sino que también se dan.”—

Desde entonces D. Juan de Acuña miró con particular predilección á los venerables franciscanos de San Cosme, y cobró tal cariño á aquella iglesia, que por disposición testamentaria ordenó que al morir, se trasladase su cadáver al templo de San Cosme; como en efecto se verificó, con toda pompa y solemnidad.

El virrey murió atacado por la terrible enfermedad de la *gota*, á la una y media de la mañana del 17 de Marzo de 1734, dejando como

residió hasta el 15 de Enero de 1827, en que tomando pasaje en el buque americano "Dawn" se dirigió á Amberes, llegando á este puerto el 15 de Marzo. En el curso del año siguiente se encontraba en Bruselas trabajando en la Litografía Real de Jobard, donde, á expensas de Carlos Sattanino (que había estado en México en 1826-27), se imprimía la obra intitulada "Costumés civils, militaires et religieux du Mexique, dessinés d'après nature, par C. Linati." Esta obra, bastante rara, contiene cuarenta y nueve láminas, con las explicaciones correspondientes, de trajes y costumbres de México en 1828. En 20 de Agosto de 1829, el Sr. Gorostiza expidió nuevo pasaporte á Claudio Linati, natural de Parma, en Italia, para pasar á México, vía del Havre y los Estados Unidos de América.

ANGEL NÚÑEZ ORTEGA.

UNOS FRAILES Y UN VIRREY. ¹

Muy cuerda anduvo siempre la corona de España en la elección de los personajes que habían de representarla en su más importante colonia americana; bien lo demostró con los insignes Mendoza, los Velasco, los Moya de Contreras, los García Guerra, los Palafox, los Enríquez de Rivera, los Revillagigedo y tantos otros beneméritos varones que dieron lustre á su nombre y llenaron de bienes á la colonia que con tanto acierto gobernaron.

El Excmo. Sr. D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, limeño de origen, fué uno de esos distinguidos virreyes; el cual tomó posesión del bastón de mando de la Nueva España en 15 de Octubre de 1722, siendo inmediato sucesor de D. Baltazar de Zúñiga Guzmán, duque de Arión y marqués de Valero.

Cuéntase que D. Juan de Acuña solía rondar por las noches la Ciudad, á hora avanzada, acompañado únicamente de un escudero. Inútil

¹ Debemos conocer la anécdota hasta ahora inédita que vamos á comunicar al lector, á nuestro honorable amigo el Sr. D. José María de Ágreda y Sánchez, quien la oyó contar varias ocasiones á los religiosos franciscanos de San Cosme.

sería decir que en aquel entonces, nuestra gran Capital estaba en pésimas condiciones de alumbrado y policía, de suerte que á buena hora los prudentes y pacíficos vecinos se encaminaban hacia sus casas, resueltos á no volver á sacar las narices, hasta que Dios amaneciera.

En una de esas noches de *ronda*, oyó nuestro virrey el sonido lejano de la esquila de un monasterio. Interrogado que fué el asistente, acerca del convento cuya era la campana,

—Excelencia—respondió—es del monasterio de los Santos Cosme y Damián.

—Pues ¿á qué tocan?—replicó el virrey.

—A *maitines* tocan, pero no van; dijo el escudero, dando á entender á su señor que los frailes no cumplían con los preceptos de su instituto.

Calló el de Casafuerte, prosiguiendo su camino, é insensiblemente fué acercándose á San Cosme.

Eran las doce cuando el virrey se detuvo ante la negra mole del convento, envuelta entre las sombras de la noche.

Poco á poco se vió iluminar el coro, y más tarde escuchóse el monótono é imponente rezo de los padres recoletos; de repente cesaron en sus plegarias; las luces del coro se apagaron; se entonó el *miserere*, y entonces el virrey y su escudero pudieron oír los azotes que se daban los frailes, haciendo penitencia.

Admirado quedó el marqués de la austeridad de aquellos hombres virtuosos que tan estrictamente cumplían con su deber, y dícese que cuando acabó de ser testigo de esa escena se volvió hacia su escudero y le dijo con suma gracia:

—“¿Con que tocan y no van?
Pues no sólo tocan y van,
sino que también se dan.”—

Desde entonces D. Juan de Acuña miró con particular predilección á los venerables franciscanos de San Cosme, y cobró tal cariño á aquella iglesia, que por disposición testamentaria ordenó que al morir, se trasladase su cadáver al templo de San Cosme; como en efecto se verificó, con toda pompa y solemnidad.

El virrey murió atacado por la terrible enfermedad de la *gota*, á la una y media de la mañana del 17 de Marzo de 1734, dejando como

sucesor en el gobierno de la Nueva España al Illmo. Sr. D. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta Arzobispo de México.

El cadáver embalsamado del marqués, estuvo expuesto en el Palacio; desde éste hasta la calle de Santa Isabel, tomando las calles de Plateros y San Francisco, se dispuso un tablado de dos varas de altura, sobre el cual caminó la fúnebre comitiva, formando ochenta cofradías congregaciones y hermandades, con sus guiones, insignias y estandartes enlutados; llenando innumerable gentío las aceras, los balcones y azoteas; así como el acueducto de la Tlaxpana, hasta San Cosme, distante unos tres cuartos de legua del centro de la Capital.

Recomendamos al curioso lector, que desee pormenores acerca de este notable acontecimiento, lea la *Gaceta de México* del mes de Marzo de 1734, núm. 76, págs. 602 y siguientes.

Hasta hace poco tiempo, existía el sepulcro del insigne marqués, al lado del Evangelio del altar mayor de San Cosme.

“Es una especie de alto relieve—escribía el Sr. Ramírez Aparicio en su interesante obrita *LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS EN MÉXICO*—figurando un pedestal sobre que descansan cuatro pilastras que contienen una pieza á manera de frontis. En los espacios que dejan entre sí estas pilastras, se ven unas láminas de mármol, con las siguientes inscripciones:

1ª

“DON JUAN DE ACUÑA, MARQUÉS DE CASAFUERTE,
murió siendo virrey de este reino, en 17 de
Marzo de 1734. Está sepultado
en este presbiterio.

2ª

Vivere non desiit
Qui mori didicit, ut æternum viveret.
Assuetus Dei timori
Nihil habuit ultra, quod in bello timeret
Nec hostes prius vicit,
Quam sui victor de venere triumpharet.

Novo impositus orbi
Exemplo potius, quam imperio eminuit.
Non tan cœlibem quam cœlitem crederes
Qui nullo potuit auro corrumpi,
Modesto corporis cultu.
Dignior est visus, quem colerent, omnes
Mortales: demun hic posuit exuvias
Et heredem sui nominis.
Ingentium memoriam meritorum
Scripsit.

3ª

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
Marqués, en guerra y paz esclarecido,
Que en lo mucho que fué, lo merecido
No le dejó que hacer á lo dichoso:
Ninguno en la campaña más glorioso,
Ni en el gobierno fué tan aplaudido,
No menos quebrantado que sufrido
Vinculó en la fatiga su reposo.
Mayor que grande fué, pues la grandeza,
A que pudo incitarlo regio agrado
Fué estudiado desdén de su entereza,
Y es que retiró tanto su cuidado
De lo grande, que tuvo por alteza
Quedar entre menores sepultado.”

Es de sentirse que se haya hecho desaparecer el sepulcro de un varón cuyo gobierno en México, le cautivó universales simpatías.

México, Febrero, 1890.

JESÚS GALINDO Y VILLA.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODAS BREVES.

Eheu! fugaces.....

Las rosas deshojad en el hirviente
licor de Chipre; con ebúrneas liras
halagad mis oídos, y entre danzas,
mientras el lecho del amor espera,
cercúndeme, cual coro de esperanzas,
tu séquito de ninfas, Primavera!

La juventud se aleja! De mis brazos
desasirse logró con ágil brinco;
y en el umbral de mármol, indecisa,
mirándome con lástima y ternura,
para que más codicie su hermosura
me dirige la última sonrisa!

¡Parad el vuelo, taciturnas horas!
¡Ráudos venid, oh goces no sentidos!
¡Aun el Falerno tiñe de escarlata
el cristal de las copas! ¡Aun sostengo
la jonia lira de brillante plata
y de la esquiva juventud ingrata
la voladora túnica! detengo!

Deshojemos los lirios! Todavía
el canto epitalámico resuena,
escancia Ganimedes ambrosía
y Cíntia con sus brazos me encadena.
Sus párpados no entorna soñoliento
el ávido placer, fragantes rosas
alfombran el marmóreo pavimento,
y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios! Y mañana,
cuando llegue el invierno entumecido,
en tus pálidos brazos de lesbiana
encuéntreme sin fuerzas y dormido!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

BIBLIOGRAFIA.

Códice Franciscano. — Con este título acaba de publicar el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, el segundo volumen de su *Nueva colección de Documentos para la Historia de México*, de la que no se han impreso más que 200 ejemplares.

Las piezas contenidas en este segundo volumen, son: un *Informe de la Provincia del Santo Evangelio al Visitador Lic. D. Juan Ovando*, otro *Informe de la Provincia de Guadalajara* dirigido al mismo visitador, y *XIV Cartas de Religiosos*.

En las primeras páginas, *Al Lector*, nos da el Sr. García Icazbalceta, una importante y detallada noticia de los documentos contenidos en el volumen de que nos estamos ocupando, así como muy curiosos datos biográficos; principalmente acerca del P. Juan Focher ó Fucher, de quien nos proporciona una bibliografía muy completa.

Entre las diversas partes que comprende el *Informe de la Provincia del Santo Evangelio de México*, encontramos el texto de la *Doctrina breve en mexicano y castellano*, escrita por Fr. Alonso de Molina, impresa dos veces en el siglo XVI, y de la cual se han perdido las primitivas ediciones. La *Doctrina* es muy preciosa y su autor fué uno de los mejores escritores en lengua mexicana.

En cuanto á las *Cartas*, son de mucho interés, y vienen firmadas por Fr. Martín de Valencia, Fr. Martín de Hojacastró, Fr. Francisco de la Parra, Fr. Pedro de Gante, Fr. Francisco de Bustamante, Fr. Angel de Valencia, Fr. Francisco de San Jacinto, Fr. Pedro de la Peña, Fr. Agustín de Coruña, Fr. Francisco de Toral, y por D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de México. La mayor parte de las *Cartas* están dirigidas al Rey D. Felipe II, y escritas todas en el siglo XVI.

Los dos *Apéndices* con que termina el volumen, contienen, el primero una *Cédula* sobre la obra del P. Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, y el segundo, las adiciones y rectificaciones al libro, *Don Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México, estudio biográfico y bibliográfico*, por Joaquín García Icazbalceta, cuya lectura recomendamos muy especialmente.

Respecto á la *Real cédula*, publicada en el primer *Apéndice*, la encontramos muy interesante, por explicar los motivos que se tuvieron en el siglo XVI, para no dejar imprimir la obra del P. Sahagún, y nos vamos á tomar la libertad de reproducirla íntegra. Dice así:

“EL REY.—Don Martín Enriquez, nuestro Visorrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, y Presidente de la nuestra Audiencia Real della. Por algunas cartas que se nos han escrito desas provincias habemos entendido que Fr. Bernardino de Sahagún de la Orden de San Francisco ha compuesto una Historia Universal de las cosas más señaladas desá Nueva España, la cual es una computación muy copiosa de todos los ritos, cerimonias é idolatrías que los indios usaban en su infidelidad, repartida en doce libros y en lengua mexicana; y aunque se entiende que el celo del dicho Fr. Bernardino habla sido bueno, y con deseo que su trabajo sea de fruto, ha parecido que no conviene que este libro se imprima ni ande de ninguna manera en esas partes, por algunas causas de consideración; y así os mandamos que luego que recibáis esta nuestra cédula, con mucho cuidado y diligencia procuréis haber estos libros, y sin que dellos quede original ni traslado alguno, los enviéis á buen recaudo en la primera ocasión á nuestro Consejo de las Indias, para que en él se vean; y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen á supresticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro. Fecha en Madrid á 22 de Abril de 1577.—Yo EL REY.—Por mandado de S. M., ANTONIO DE ERASO.—Y señalado de los Sres. Licdo. Otálora, Santillán, Espadero, D. Diego de Zúñiga, López de Sarria. [Una rúbrica.]”

Como se ve, por el ligero resumen que hemos hecho en las anteriores líneas, el nuevo tomo de la “Colección de documentos para la Historia de México,” contiene escritos verdaderamente importantes, y con su publicación, el Sr. García Icazbalceta, ha prestado un servicio inapreciable á nuestra historia.

LA CALANDRIA.

[Continúa.]

VII

Entre los admiradores de la cantadora, estaba el monago de Santa Marta.

Angelito era un muchacho de trece años, listo, precoz, malicioso, travieso. Procedía de una honrada y antigua familia de artesanos, un tiempo muy acreditados por su habilidad en el arte de San Crispín, y sobre todo, por puntuales y exactos en el cumplimiento de sus compromisos, cualidad rarísima entonces y justamente merecedora de los favores del público. Todos los Jiménez eran cristianos á carta cabal.

Los caprichos de la fortuna y los progresos mercantiles dieron al traste con su fama y les quitaron la parroquia; pero ni estas desgracias, ni las ideas y usos modernos fueron parte á debilitar en ellos un ápice la fe vivísima y la piedad ardiente, características de su antiguo linaje, y, como sus padres y abuelos, seguían alistados entre *Terceros* y *Servitas* y afiliados á la hermandad de la *Vela perpétua*.

Dos generaciones de Jiménez vieron como cosa propia la mayordomía del *Señor de las Tres Caídas*, lo mismo antes que después de la desamortización de los bienes de las manos muertas. Cuando á otras harta vivas pasaron las casas que un antiguo cosechero de tabacos legó, *in extremis*, para el culto de la venerada imagen, y la ley anuló las expresas y terminantes voluntades del testador, Don Jesús Jiménez, el maestro Don Chucho, como entonces le llamaban, abuelo materno de Angelito, no se dió por vencido y declaró que no le arredaban las penurias de la mayordomía, y que mientras hubiera quien de su mano se calzara y no se acabaran en el mundo las pieles y la suela, no faltarían á la imagen su lámpara diaria, su función clásica el tercer viernes de Cuaresma y su procesión lucida y solemne el Martes Santo. Y lo cumplió. A fuerza de economías y privaciones los cultos fueron mejores y más brillantes que en otro tiempo. ¡Qué altar y que adornos! ¡Qué túnicas tan bordadas y ricas estrenó el Nazareno! ¡Qué funciones aquellas, tan bien dispuestas, las que hizo el maestro Chucho! Y ¡qué paso aquel del Martes Santo! Con legítimo y fundado orgullo solía refe-

Respecto á la *Real cédula*, publicada en el primer *Apéndice*, la encontramos muy interesante, por explicar los motivos que se tuvieron en el siglo XVI, para no dejar imprimir la obra del P. Sahagún, y nos vamos á tomar la libertad de reproducirla íntegra. Dice así:

“EL REY.—Don Martín Enriquez, nuestro Visorrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, y Presidente de la nuestra Audiencia Real della. Por algunas cartas que se nos han escrito desas provincias habemos entendido que Fr. Bernardino de Sahagún de la Orden de San Francisco ha compuesto una Historia Universal de las cosas más señaladas desá Nueva España, la cual es una computación muy copiosa de todos los ritos, cerimonias é idolatrías que los indios usaban en su infidelidad, repartida en doce libros y en lengua mexicana; y aunque se entiende que el celo del dicho Fr. Bernardino habla sido bueno, y con deseo que su trabajo sea de fruto, ha parecido que no conviene que este libro se imprima ni ande de ninguna manera en esas partes, por algunas causas de consideración; y así os mandamos que luego que recibáis esta nuestra cédula, con mucho cuidado y diligencia procuréis haber estos libros, y sin que dellos quede original ni traslado alguno, los enviéis á buen recaudo en la primera ocasión á nuestro Consejo de las Indias, para que en él se vean; y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen á supresticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro. Fecha en Madrid á 22 de Abril de 1577.—Yo EL REY.—Por mandado de S. M., ANTONIO DE ERASO.—Y señalado de los Sres. Licdo. Otálora, Santillán, Espadero, D. Diego de Zúñiga, López de Sarria. [Una rúbrica.]”

Como se ve, por el ligero resumen que hemos hecho en las anteriores líneas, el nuevo tomo de la “Colección de documentos para la Historia de México,” contiene escritos verdaderamente importantes, y con su publicación, el Sr. García Icazbalceta, ha prestado un servicio inapreciable á nuestra historia.

LA CALANDRIA.

[Continúa.]

VII

Entre los admiradores de la cantadora, estaba el monago de Santa Marta.

Angelito era un muchacho de trece años, listo, precoz, malicioso, travieso. Procedía de una honrada y antigua familia de artesanos, un tiempo muy acreditados por su habilidad en el arte de San Crispín, y sobre todo, por puntuales y exactos en el cumplimiento de sus compromisos, cualidad rarísima entonces y justamente merecedora de los favores del público. Todos los Jiménez eran cristianos á carta cabal.

Los caprichos de la fortuna y los progresos mercantiles dieron al traste con su fama y les quitaron la parroquia; pero ni estas desgracias, ni las ideas y usos modernos fueron parte á debilitar en ellos un ápice la fe vivísima y la piedad ardiente, características de su antiguo linaje, y, como sus padres y abuelos, seguían alistados entre *Terceros* y *Servitas* y afiliados á la hermandad de la *Vela perpétua*.

Dos generaciones de Jiménez vieron como cosa propia la mayordomía del *Señor de las Tres Caídas*, lo mismo antes que después de la desamortización de los bienes de las manos muertas. Cuando á otras harta vivas pasaron las casas que un antiguo cosechero de tabacos legó, *in extremis*, para el culto de la venerada imagen, y la ley anuló las expresas y terminantes voluntades del testador, Don Jesús Jiménez, el maestro Don Chucho, como entonces le llamaban, abuelo materno de Angelito, no se dió por vencido y declaró que no le arredaban las penurias de la mayordomía, y que mientras hubiera quien de su mano se calzara y no se acabaran en el mundo las pieles y la suela, no faltarían á la imagen su lámpara diaria, su función clásica el tercer viernes de Cuaresma y su procesión lucida y solemne el Martes Santo. Y lo cumplió. A fuerza de economías y privaciones los cultos fueron mejores y más brillantes que en otro tiempo. ¡Qué altar y que adornos! ¡Qué túnicas tan bordadas y ricas estrenó el Nazareno! ¡Qué funciones aquellas, tan bien dispuestas, las que hizo el maestro Chucho! Y ¡qué paso aquel del Martes Santo! Con legítimo y fundado orgullo solía refe-

rir el monaguillo las glorias de aquella procesión, cuyas magnificencias memorables habían llegado hasta él, con otros muchos sucesos, conservados por la tradición doméstica. Aquella procesión sobrepasaba á las de otras mayordomías, y sólo era inferior, y eso no siempre, á la que salía el Viernes del templo de Santa Marta, costeada por un caballero muy renombrado y opulento. A la procesión de los Jiménez no faltaban los gremios con sus ángeles de ancha y esponjadísima veste y sus largos mantos, á los cuales servían de caudatarios niñas y niños; las unas de *palomas*, envueltas en largos velos de gasa, y los otros de *frailecitos*, muy rapados y orondos, ostentando el hábito de todas las órdenes monásticas habidas y por haber en ambos mundos.

Aquello sí que era bueno: tras los acólitos que llevaban la cruz alta y los ciriales, iba el mayordomo con el estandarte de la cofradía, y en seguida, entre dos hileras de invitados, los ángeles anónimos de ahuecado tonelete, adornados con aljófares y brocados y lentejuelas con penígeros turbantes y alas salpicadas de moñitos de mil colores. Después, los Arcángeles: San Miguel, con su bastón de Juez de lo Civil, San Gabriel con su ramo de azucenas, y San Rafael, que sobre la rica veste endosaba la esclavina del peregrino, exhibiendo un pescado sonante como una sarta de cascabeles. Los caudatarios marchaban en formación promiscua, *palomitas* y *frailes*. Unas con su velo de tul y sus coronas de rosas; los otros luciendo el hábito azul del franciscano ó el escapulario blanco de San Juan de la Cruz, el traje mixto del dominico ó el sayal pardo de los menores. Estos con ramilletes, aquellos con picheles llenos de agua de olor; las *palomas* con sendos canastillos de flores deshojadas, y al fin, rodeado de las mujeres más bellas de los gremios, el *Señor de las Tres Caídas*, en el cual fijaban los espectadores sus miradas con mayor interés.

Media ciudad podía dar testimonio de la magnificencia de aquella procesión.

Las andas en que estaba colocada la imagen pesaban tanto, que apenas podían con ellas doce cargadores. Eran de cedro, magistralmente tallado; ocho columnitas doradas, de graciosa esbeltez, sostenían un palio púrpuro en cuyas orlas brillaban primorosamente bordados los instrumentos de la Pasión. A cada lado cuatro grandes faroles de hojalata, coronados con garzotas de vidrio, azules, amarillas, rojas y blancas, dentro de los cuales ardían, por lo menos, seis codales de purísima cera.

La peana dorada, simulando una nube, atraía todas las miradas: parecía un gigantesco merengue de circunvoluciones caprichosas, suaves y gallardas. En torno de ella los Jiménez, con mano cuidadosa, colocaban grandes, antiguos y valiosos jarrones de porcelana, con primorosos ramilletes de papel plateado, interpolados con guarda-brisas, muy hermosas, que daban al conjunto un aspecto maravilloso. De esas guarda-brisas ya no hay, ni para un remedio.

La estatua era obra de un afamado escultor guatemalteco, y con esto queda dicho todo. ¿Quién no tiene noticia de los escultores centro-americanos que proveyeron, por mucho tiempo, de imágenes, templos y monasterios de Nueva España?

El Nazareno había sido representado de rodillas, rendido al peso de la cruz; la una mano apoyada en un canto crudelísimo, tinto en sangre, mientras con la otra sostenía el madero afrentoso.

Dulce y dolorido rostro; fisonomía resplandeciente con los fulgores divinos; ojos bañados en llanto de perdón; mirada inefable y misericordiosa; mejillas pálidas, con la palidez del moribundo; los pómulos lastimados hasta dejar asomar los huesos, y los labios secos por la sed y el dolor. El artista economizó en la Imagen sangre y cardenales é hizo gala en el rostro de una expresión que movía á penitencia y llegaba á lo más íntimo del alma.

¡Esas sí que eran procesiones! ¡Qué de gente! Todos los gremios, todos los sacerdotes, muchas señoras ricas, de saya y mantilla. ¡Y que música! ¡Esas sí que eran marchas religiosas! Don Chucho se preciaba de que en su paso no repetían los filarmónicos una pieza; él no lo permitía, y para eso, con tiempo, avenía voluntades, restablecía la armonía, siempre alterada, entre los hijos del divino arte, y les pagaba *hasta las ganas*. Con tres meses de anticipación ponía en manos del director el repertorio de la cofradía, repertorio antiguo, es cierto, pero muy selecto y devoto, [seis ó siete marchas sagradas] aumentado á instancias de un trompista innovador, con la de *Yone*, que no era muy del gusto del piadosísimo mayordomo, enemigo de novedades y reformas.

A fuerza de oír en casa todas estas cosas, Angelito se las sabía al dedillo y suspiraba por aquellos tiempos de bendita fe y de religioso entusiasmo. Entonces sí que había semana Santa; ahora todo era tristeza y matraqueo.

Con qué gracia ante un grupo de amiguitos boquiabiertos y atónitos,

refería el monaguillo aquellas magnificencias que eran otros tantos timbres de gloria para la familia Jiménez, de la cual había venido á ser Angelito el último y más vigoroso vástago.

La madre del chico, viuda de un talabartero llamado en vida Pedro Vázquez, y después de muerto "tu padre" ó "mi difunto," según el caso, conservaba fielmente la tradición religiosa de la familia, y todo su anhelo habría sido que Angelito alcanzara á gozar de tiempos tan buenos como los que á ella le habían tocado, si más altas esperanzas no se abrigasen en aquel corazón maternal.

Siempre desearon los Jiménez que uno de la familia vistiera la sotana; pero el Señor no quiso concederles tanta dicha. ¡Qué gran día para ellos, aquel en que un Jiménez cantara su primera misa en el altar del Nazareno!

Algunos, que por su buena cabeza habrán podido llegar á los altares, se vieron obligados á dejar la naveta y el roquete por la chaira y el cetro; otro, abandonó el cirial por la espada y murió peleando á las órdenes de Osollo; y uno en vísperas de ser trasquilado por las episcopales tijeras, en Puebla, y en pocos días, sucumbió víctima de horrendo tabardillo.

En Angelito estaban cifradas las más risueñas esperanzas de la familia Jiménez, ya muy mermada y en finiquito, y de más á más, pobre y casi miserable. Pero *Nuestro Padre Jesús*, remediaría todo, y entonces, el ahora solleito monago subiría al altar con planta trémula, para ofrecer la hostia inmaculada.

El maestro de la "Escuela de la Purísima Concepción de María Santísima," á cuyos cuidados y ciencias estaba confiado el niño, para que de sus doctos y piadosos labios aprendiera las primeras letras, en las horas que le dejaban libres sus deberes eclesiásticos, se quejaba grandemente de Angelito, y, reclamando por su puntual asistencia á la escuela, solía decir á la madre:—"Doña Salomé..... el muchacho no es tonto: en un santiamén se aprende la lección, pero con tantas faltas no sacará buey de barranco."

La madre no se descorazonaba; volvía á la casa, ajustaba cuentas al chico, le daba una tunda y le recordaba, bañada en llanto, las virtudes de sus abuelos y su amor á la Iglesia, y luego, á solas, pedía á Dios que le hiciera entrar en vereda y le inspirase vocación religiosa. Como el P. González distinguía al monago, manifestándole mucho afecto, Salomé esperaba que, merced á la intervención del Vicario, á vueltas de

pocos años, Angelito ingresara al Seminario de la Diócesis, para salir de allí hecho un presbítero.

Ya se figuraba la excelente madre ver al hijo de sus entrañas, vestida la sotana de seda de las grandes fiestas; ora, predicando en el púlpito de Santa Marta un sermón atiborrado de latines y repleto de Santos Padres; ora, entonando, en el altar del amado Nazareno, un *gloria in excelsis* á cuyo eco retemblaran las bóvedas y vidrios del sagrado recinto. Y en sus piadosas fantasías, la buena madre, se deleitaba imaginándose los pormenores de la misa nueva, con todas sus bellezas y ternuras, al fin de la cual, cantado el *Te Deum*, iría ella, con envidia de todas las madres, á arrodillarse delante del joven levita para besarle las palmas recientemente unguadas. Pensando en esto se le llenaban los ojos de lágrimas y la voz se le anudaba en la garganta. Hasta llegaba á decidir, *in pectore*, quienes serían los padrinos del cantamisano; los seglares, se entiende, porque el padrinzago eclesiástico correspondía por derechos, de gratitud y honor, al P. González, protector del flamante sacerdote, así como al Illmo. Señor Obispo de la Diócesis.

Pero Angelito no llevaba trazas de asentar cabeza. Cuando no tenía en la Iglesia vísperas, misa ó distribución, en vez de ir á la escuela, como lo deseaba el celoso maestro, ibase calle arriba, hacia los ejidos próximos y á los cerros cercanos, en busca de *mayates*, lindos y tornasolados coleópteros, si era tiempo de guayabas; á caza de nidos de primavera y verdines, en Marzo y Abril; á cortar *popotes*, en Noviembre; y en días calurosos, á la presa de una fábrica, para nadar y zabullirse alegremente; ó, lo que era peor, á las dehesas de una hacienda distante, á montar becerros y sacar vueltas á los toretes, porque el chico mostraba más afición á la tauromaquia que al estado eclesiástico. Y tal, y tan viva que muchas veces, revestido con el manto de grana y la blanca y encarrujada sobrepelliz, que á diez varas trascendía á liquidámbar, asistiendo de rodillas y cirial en mano, á los oficios divinos, si con el cuerpo estaba en el templo, con la mente andaba por la Plaza de Toros. Como el coso no distaba mucho de la iglesia, y hasta ésta llegaban, turbando el recogimiento de los fieles y la elocuencia del orador, los alegres ecos de la música y el vocerío frenético de la multitud taurófila, más de una ocasión, Angelito, á la hora de reservar, ido y embobado, no acertaba á tocar á tiempo la campanilla, fijo como estaba su pensamiento en el toro muerto y en el matador triunfante, que á paso lento y donairoso, bajos el estoque y la muleta, cruzaba el ruedo pa-

ra dejar los trastos, saludado por el entusiasmado concurso; siendo necesaria una reprensión del preste para sacarle de su arrobamiento profundo.

Las vecinas del patio de San Cristóbal le odiaban á muerte, por las maldades y fechorías con que las tenía acosadas. Si se descuidaban echaba á volar los pajarillos que en jaulitas de caña alegraban con su canto el amplio caserón; maltrataba á los gatos regalones, tomándolos del rabo y hondéandolos por alto; ataba latas ruidosas á la cola de los falderillos mimados; manteaba con una cuerda á los sabuesos del militar, ó ensayaba en ellos, con las garrochas de los *tendederos*, sus habilidades de picador.

El sacristán de Santa Marta le detestaba también. Diariamente recibía el capellán quejas y más quejas contra el granuja; pero nada valía. A todo contestaba compungido ó con una respuesta aguda, convirtiéndose en cariñosas risas los enojos del clérigo.

Siempre, acabada la misa, se llegaba el sacristán, diciendo:

—Padre, que Angel así..... que este muchacho así! ¡Que hizo, que tornó!

—Ten paciencia, hijo;—contestaba el clérigo, un anciano sapientísimo y amable,—ten paciencia; así era de niño el buen P. Rivadeneira y San Ignacio le sufrió todo con santa calma, esperanzado en que el pilluelo llegaría, con el tiempo, á ser honra de la Compañía, y lustre y gloria de las castellanas letras. Así era también Fr. Luis de Granada: un pillastrín que traía revueltas calles y plazuelas. Ten paciencia que acaso este pícaro escriba más tarde otro "*Cisma de Inglaterra*" y otra "*Guía de Pecadores*."

Y volviéndose al chico y tirándole suavemente de las orejas le decía, entre serio y risueño:

—Sé bueno muchacho, sé bueno. Mira: hay santos de todas clases, profesiones y oficios; hasta soldados y cómicos, menos acólitos. Procura ser bueno para que luzcas, el primero, en los retablos, el manto rojo y el roquete del monaguillo. Toma este medicito nuevo por la misa que me acabas de ayudar, y vete con Dios!

El sacristán, á pesar de su evangélica mansedumbre se quedaba rabiando.

A la verdad que el chico era insufrible: se robaba las velas para poner altaritos en su casa; se comía las hostias, si el sacristán dejaba á mano la cajita, y ¡horror! en la misa de madrugada, cuando había po-

cos fieles en el templo y la obscuridad favorecía sus designios, en el breve espacio que el sacerdote tardaba en ir, después del lavatorio, del lado de la Epístola, al centro del altar, para decir al pueblo: "*orate fratres*," Angelito dejaba caer el manotejo y metiendo la cabeza por bajo la credencia, desayunaba con el vino de las vinajeras.

Por lo demás Angelito era bueno, sumiso y servicial, y el capellán de Santa Marta, lo mismo que el P. González, se hacía lenguas de la diligencia y acierto con que desempeñaba cualquier encargo. Remedaba á los predicadores con pasmosa exactitud, y en sus juegos eclesiásticos, ante un concurso de granujas y pilletes, predicaba unos sermones que revelaban talento y prometían mucho. Los buenos eclesiásticos se encantaban con el chico cuando le oían imitar á cierto orador sagrado muy célebre y popular, exclamando con acento vibrante y atropelladas frases.

—"*¿Adónde vamos á parar?..... ¿Adónde católicos? ¡Al caos, á la disolución, á la barbarie! ¡A la barbarie sabia que es la peor de todas! ¡A la barbarie de las ilustraciones del siglo; al abismo horrendo en que caen las sociedades que se olvidan de Dios!..... Pero..... invoquemos la intercesión de María; de su divino Hijo las bondades, y del Eterno Padre las misericordias infinitas.*".....

Los clérigos celebraban y aplaudían, riendo á mandíbula batiente, las irrespetuosas parodias del granuja y terminaban por darle una sopa de espeso y fragante Soconusco y una docena de consejos.

No había remedio. Aquel niño era la piel de Judas. Ni el sacristán, ni las vecinas, podían ajustarle la cuenta; éstas porque el chico sabía escapar á tiempo; aquél por las incalificables tolerancias del bondadoso capellán.

VIII

Aquellos amores iban viento en popa.

De nada valieron á Doña Pancha la experiencia y la malicia de que hacía alarde á cada momento. Delante de la quintañona los amantes se trataban familiarmente, como dos amigos de confianza, como dos hermanos, con afecto desinteresado y natural. Ni una miradilla apasionada, ni una palabra cariñosa que pudiera delatarlos.

La vieja se decía:—“A mi no me la pegarán! ¡Mucho ojo Francisca, mucho ojo! No estará por demás que pongas en juego tu malicia. No

te la darán: acuérdate que amor, dinero y pesares son como las guayabas, no pueden estar escondidas.

Yo no digo que Gabriel sea malo, no; pero al fin es, como todos, de carne y hueso, también tiene alma y no le corre atole por las venas. La muchacha está bonita, de rechupete, como dice ese deslenguado de Tacho, y es natural que le guste á mi hijo. Que le guste está bueno, yo no me opongo; pero nada de enredos, nada de enreditos, no señor, eso sí que no. Buenas cuentas le daba yo al Sr. Don Eduardo. Y bien visto puede que á Gabriel le conviniera la muchacha. Es limpia, trabajadora, vamos, muy mujer. Harían buena pareja. Ella es linda como una rosa, y él tan bien parecido. ¡Lástima que Carmen sea así, tan alzada! Sí, porque, eso sí, es muy alzada. Siempre con que si su hermana es la más bonita; con que su padre es muy rico, y que ella es muy decente..... y esto sí que no me cuadra, no me cuadra, no me cuadra. ¡El día que yo vea algo se arma la de Dios es Cristo!.....Más, pensándolo bien, con todo y lo fantansiosa que es, si Gabriel la quisiera y Carmen al muchacho, todo se podía arreglar. Ese señor es muy rico..... yo no quiero que le deje herencia, ¡qué le ha de dejar! pero podría si eso fuera, proteger al muchacho; Gabriel ya sabe el oficio; como que se pinta para trabajar, y Don Eduardo podía armarlo, darle trabajo, protegerlo, ponerle una carpintería con todo lo necesario. Así Gabriel trabajaría en su casa. Lo que sí sería muy malo era que fuésemos á salir con una barbaridá; con que aquí están las velas. Francisca, mucho ojo, acuérdate que entresanta y santo pared de cal y canto."

Las vecinas tampoco se habían dado cata de ello. Por más que observaban con finísima suspicacia todas las acciones y pasos del ebanista y de la huérfana no habían podido pescarles ni tanto así. O todo era mentira y calumnia ó los amantes andaban muy listos. Sin embargo, el monaguillo aseguraba que una noche, al volver de los maitines de Santa Marta, vió al carpintero conversando con la Calandria, en la puerta que daba á la calle. — "¡Vea vd! — decía una— ¡qué escándalo!" — "Fíése vd. de las mosquitas muertas!" Podían ser embustes del chico que se pintaba para decir mentiras y contrapuntear á las comadres. Para aclararlo todo, Petrita ofreció andar lista: á ella le era fácil, porque vivía pared de por medio. Paulita prometió hacer otro tanto. Salomé juraba y perjuraba que si Angel lo había dicho, cierto sería.

El monaguillo decía verdad. Una noche, al llegar, vió que en la puerta del cuarto de Carmen estaba un bulto, un hombre envuelto en un

sarape y con el sombrero hasta los ojos; por el cuerpo: Gabriel. Angelito no afirmaba que fuese el ebanista: bien podría ser otro.

Era el mancebo, pero esa vez hablaba con Doña Pancha, y no había motivo para escándalos y murmuraciones.

A media noche, cuando ya la quintañona estaba en el tercer sueño, roncando como un sochantre, llegaba el mozo, daba un toquecito y la Calandria acudía al llamado del amartelado doncel. Este no se recataba de los transeúntes, salvo en el rarísimo caso de que algunos de los vecinos del patio anduvieran de paseo y no estuvieran ya en casa.

Para evitar un chasco, antes de ir á acostarse, recorría el caserón, preguntando por todos, conversando aquí, allá y acullá, con éste ó aquellas, y, pasada la revista, que terminaba en el portal, donde echaba el último párrafo con el portero, al cual ofrecía un buen puro, se despedía de Doña Pancha y de la huérfana.

Las habitaciones de éstas estaban contiguas al cuarto de Gabriel, de modo que la comunicación era muy fácil para los *tórtolos*, por las puertas exteriores.

Lloviera y tronara, fuera la noche clara ú oscura, — y el verano es muy lluvioso en aquellas regiones montañosas— no importaba, estaban á un paso, y Gabriel no faltaba á la cita. Entrevistas sigilosas y sobresaltadas, tan dulces como llenas de inquietud, inocentes como las de dos niños que juegan á los novios.

Ella de pié, casi en el umbral, abierta media hoja de la puerta; él por de fuera, embozado hasta los ojos, como un galán de Peón Contreras, recelando de los transeúntes y atento á los menores ruidos del interior, sin atreverse siquiera á estrechar las manos de la huérfana, manos de lavandera, suaves y tersas por el uso diario de la legía.

Amados instantes de libre plática, cuyo recuerdo alegraba las eternas horas del día; para ambos breves como un suspiro.

—Véte Gabriel; yo no quiero que te vayas, pero piensa que tienes que trabajar mañana. Luego te estarás cabeceando en el taller.

—¿Tienes sueño?

—No. ¿Y tú?

—Yo no. ¿Sueño cuando estoy junto á tí? ¡Si no siento las horas! ¡Se me hacen tan chicas! Largas..... las que paso en el trabajo. Si no fuera porque estoy pensando en tus ojitos.

—Veniste á las doce y van á dar las dos..... ¡Cállate!..... Oí ruido..... No, no es nada..... creí que alguno venía.

—No temas..... todos duermen. Si tú vieras: toda la tarde estuve pensando en tí. Ya te dije que estamos haciendo un tocador muy bonito, de nogal, con su cubierta de mármol aconchado, y un espejo..... ¡qué espejo! Al colocarlo esta tarde pensaba yo en tí. Como el otro día me dijiste que tenías antojo de un buen espejo, pensaba yo: "Así quiero otro para Carmelita." Cada vez que me miraba en él, me parecía que iba yo á verte allí. ¡Qué lunar! ¡Clara y limpia como el agua más pura! El día que yo trabaje por mi cuenta tendrás uno así. Son caros..... sobre todo los biselados; pero ahorrando podremos comprar uno, no muy grande..... ¡para qué tanto! Te haré un tocadorcito, sencillito, de buena madera, con una luna de esas gruesas, en que se ve uno muy adentro, muy adentro. Cuando uno quiere á una persona, como yo á tí, todo nos parece poco para ella. Ya verás, entonces, cuando me nos te lo esperes, te doy la gran sorpresa.

—Y hasta bailaré de gusto al verlo. Lo colocaré frente á mi cama y diré: "él me lo hizo y por eso le tengo tanto cariño." ¿Quiere uno mucho las cosas que le dan las personas que nos tienen estimación, no es verdad? El guardapelo que te enseñé el otro día me lo regaló mi padrino, el comandante; por eso lo quiero mucho, y lo cuido tanto.

—Verás que casita te pongo, chiquita; pero muy bien arreglada. ¡Ni la de Ramón Pérez! Y eso que él gana mucho..... ese oficio deja hartito. Cada año va á la Costa; lleva frenos, estribos, sillas, ¡de pacota! y todo lo vende muy bien á los jarochos que van á las fiestas. No creas, también en la carpintería se gana la plata. Ya ves al maestro, está rico: tiene casa propia; se trata bien: cada rato va á México..... Y ¿de dónde sale todo eso? ¡Pues del taller! Para eso estamos allí nosotros, pegados al banco y al torno, duro y duro con el formón. Yo también ganaré así dinero, el día que trabaje por mi cuenta..... Tú, en tu casita, cuidándolo todo; yo, en el taller, trabajando recio para que nada te falte. Pero ¿me has de querer mucho, mucho, mucho?

—Sí, Gabriel; más, mucho más que tú á mí.

—¡Eso sí que no, Carmelita!

—¿No? ¡A que sí! No por interés, sino porque me quieres tú; no, ni por eso: sólo por quererte.

—¡Ay, Carmelita! Dicen que las mujeres olvidan á uno; que son muy variables; como el viento..... que ya sopla por aquí, ya sopla por allá. ¡Ojalá que siempre me digas lo mismo! Lo que es yo te quedaré siempre, lo mismo que ahoy.

—Y yo también, Gabriel..... ya te lo he dicho.

—Si pudiera, mañana me casaba contigo, pero.....

—Mira: ahí viene el sereno.

Sentíase ya el aire fresco de la madrugada y se percibían los mil rumores de la ciudad que se desperezaba. El guardián nocturno, ocultando la linterna entre los pliegues de su pesado capote azul, pasó lentamente, rozando al ebanista. Este saludó:

—Buenos días, vecino.

—Buenos días.....—contestó el sereno,— ya mero sale el sol.

—Ya mero, vecino,—replicó el mancebo, sonriendo alegremente.

—¡Vete, Gabriel!—dijo la huérfana—Ya empieza á amanecer.

—Espera, espera, que nadie nos corre. Dime, Carmelita, ¿te casarás conmigo?

—Sí..... ¿por qué no?

—Y tu papá ¿te dejará?

—¡Quién sabe! No hables de eso, Gabriel. ¿Para qué pensar en eso, cuando el día que nos casemos está tan lejos? No me hables de eso...

—Dime: ¿verdá que te gustaría más vivir con tu hermana, tratada como ella, vestida como ella, que es tan lujosa?

—No me digas esas cosas..... ya te lo he dicho. Si me quieres, dame ese gusto.

Gabriel, contrariado, se mordió los labios é insistió.

—¿Por qué siempre que te hablo de eso, no me quieres responder? Dime que sí; que sientes ser pobre y no vivir como ella, y no tener esos vestidos, y no ir á esos bailes de los decentes, como ella vá. El otro día, cuando pasamos por la casa de tu papá y nos detuvimos á curiosear el baile, me pareció que te pusiste triste al ver á tu hermana.....

—¡Y qué bonita estaba! ¿Te acuerdas qué vestido?

—Dímelo, dímelo, dimelo; y no te vuelvo á hablar de mi cariño, ni de mi amor, ni de nada..... seremos como antes. Yo acierto á comprender que cómo vas á quererme, siendo yo pobre.... un artesano....

—No seas cruel. Pobre te conocí, pobre te quiero y te he de querer. ¡Te debo tantos favores! ¡Cómo no he de quererte! Tu mamá me vé como á hija.

—Entonces me quieres por gratitud, ¿no es eso? Gratitud no más.... Yo no quiero así. Nada me debes; yo he hecho por tí lo que haría por cualquiera. Lo que hay en mi cariño, en mi amor para tí, eso no lo comprendes, ni lo estimas. Mira: yo haré por tí, Carmelita, cuanto tú

quieras; todo, todo, dejar á mi madre..... y eso que la pobrecita ya está vieja, y enferma. Mi padre me dejó así, chico; y ella me crió; me mandó á la escuela; me puso en el taller; me dió oficio y me hizo hombre trabajador y honrado... Carmen, tú no me quieres..... No sientes el mismo amor que yo siento por tí. Si vieras con que alegría trabajo pensando en tí. Yo no sé explicarme, porque no tengo palabras, pero, la verdá, desde que me dijiste que me quieres todo es bonito para mí; hasta la noche más oscura me parece estrellada. Si tu me dieras un desengaño, yo me iba de aquí, lejos, muy lejos, me hacía soldado, me daba á la bebida..... hasta..... creo que hasta me daba un balazo.

—¡Virgen Santísima! ¡No, eso sí que no! ¡Dios nos libre! Mira, Gabriel: con el tiempo te convencerás de cómo te quiero yo; con toda mi alma; como yo sé querer. Yo, si tú me olvidaras, me moriría.....

Y enlazando sus brazos al cuello del ebanista le estrechó contra su pecho, trémula, apasionada, ebria de amor.

El mozo regocijado, abrazóla también, y después de un rato de silencio, dijole cariñosamente.

—Vete á dormir, Carmelita..... Me voy contento. Quiéreme así.... ¡siempre así!

Gabriel volvió á su cuarto y la *Calandria* cerró la puerta poquito á poquito, para que no rechinaran los goznes.

Estas entrevistas eran diarias. Aquellas trasnochadas y aquella privación del sueño necesario dañaban á la huérfana. Tenía la color quebrada, las rosas de sus mejillas se iban marchitando, y en torno de aquellos ojos meridionales aparecían cada mañana violadas tintas que sólo se borraban muy avanzado el día.

La joven se mostraba cansada, displicente; ya no llevaba al lavadero la dulce alegría primaveral de sus canciones; ni, como en meses anteriores, estaba lista para el trabajo. Parecía enferma.

—¡El mal de la madre!—decía Doña Pancha.

—¿Qué tiene vd. Carmen?—le preguntaba Malenita.

—Nada.

—Vd. está enferma..... Ya se van acabando las chapitas, hijita. Vd. tiene cara de anémica. Que venga el Doctor y que lo diga. Esta anemia, hijita, que nos mata! Nada de medicinas..... ¿me entiende vd? Yo estoy harta de píldoras y de baños de regadera. De tres años acá me ha caído encima toda el agua del Diluvio. Jurado dice, que píldora

á píldora me he tomado ya la llave del cuarto. Coma vd. bien, hijita: buen bisté, buena carne, papas, buen vino.....

—¡Si no tengo apetito!

—¿No tiene vd. apetito?..... Pues una copita antes de comer.

—Si tomo pulque.

—No, hijita: cognac. A mí me prueba eso muy bien.

—Pero vd. toma mucho..... ¡ya se lo he dicho!

—¡Hija! Y me volveré borracha..... ¡qué hemos de hacer! ¡Si no fuera por eso! Jurado me trae mis botellitas de cognac. Sólo así, hijita, sólo así!..... Véngase á comer conmigo.....

—Tengo que esperar á Gabriel: ya es hora de que venga.

—¡Qué venga cuando quiera, hijita! ¿Qué obligación tiene vd. de esperarlo? No es vd. su mujer, ni su criada..... ¡vaya!

Y quieras que no, con gran disgusto del ebanista, la huérfana se sentaba á la mesa del tinterillo y de su amiga.

Después de la comida, cuando Jurado estaba ausente, Malenita sacaba del ropero, un libro de pasta roja y dorada, las *Poesías* de Plaza ó los *Versos* de Acuña y principiaba la sesión literaria, Magdalena leía en voz alta, con acento trémulo, y cierto énfasis teatral, páginas y más páginas. *La Ramera* y el *Nocturno* merecían siempre los honores de la repetición.

—¡Qué alma, hijita, qué alma la de estos hombres!

Magdalena — como decía el portero, entre terno y terno, — era *muy leída y escribida*. Había estudiado cuatro años en una Escuela superior y de allí sacó ciertas aficiones literarias que la llevaron derechito á los brazos del tinterillo. No sabía zurcir unos calzones ni hacer una taza de chocolate; pero estaba repleta de Sintaxis, de Geografía y de Historia, lo cual no era parte á librarla de ciertos disparatillos ortográficos; no era capaz de freir unos frijoles, pero sí de recitar y declamar con frenesí versos y más versos. Años atrás le habían confiado el papel de Lola en "Flor de un Día," y desde entonces cobró tal afición al teatro que de buena gana se hubiera metido á cómica. Cuando Enrique Guasp vino con Muñocito y Concha Padilla tuvo en Magdalena una admiradora apasionada. En resumen: una romántica al uso. No se sahumaba con paja, ni bebía vinagre para estar pálida; no sufría la nostalgia del cielo; pero suspiraba por otro ambiente y se sentía infeliz en medio de una sociedad que no supo comprender á Acuña y de la cual dijo pestes sobre pestes el destorrentado Plaza, en quien veía

la *culta* Magdalena el "non plus" de los poetas habidos y por haber.

—Hijita, me va vd. á decir la verdad..... yo soy su amiga, amiga verdadera, amiga del corazón..... nuestras almas se comprenden, se identifican..... Me va vd. á decir lo cierto. No desconfie de mí..... no, hijita. ¡Es tan dulce aliviar nuestra alma del peso de un secreto! Una confidencia tiene mucha poesía. Vd. tiene amores con Gabriel.

—¿Yo?..... ¡Yo no!

—¿Cómo que no! Sí, sí; vd. es muy reservada, y hace bien en serlo con los demás; pero no con una amiga; con una hermana, como yo. Vamos, hija, si yo todo lo he comprendido: Gabriel la quiere á vd..... ¿no? Y vd. está también chiflada por él..... ¿no? ¿no? ¡sí que sí! ¿Quiere vd. que yo le diga lo que he visto?

—¿Qué?—preguntó la joven encendida.

—¿Qué? A su tiempo..... yo lo diré á su tiempo..... Las paredes tienen ojos y oídos..... y cuando uno menos lo piensa..... hasta las piedras hablan..... Hijita, los novios piensan que nadie los ve. No me lo niegue, hijita. Como dice Plaza:

*"Con qué placer en la noche
Que á descansar nos obliga....."*

Carmen estaba roja como una amapola, y decía para sus adentros:

—"Esta nos ha visto."

—No, Malenita. A mí me simpatiza.....

—Y vd. á él..... ¿no es verdad?

—Sí..... —contestó la joven con voz trémula.

—¡Y lo negaba vd.! ¡Eso es poca confianza!

—¿Poca confianza?..... no, Malenita, eso sí que no!

—¿No le ha dicho á vd. nada?

—Sí..... pero.....

—No hay pero que valga, hijita. No me lo niegue. Si yo la ví á vd. la otra noche..... y Angel también.

—¿Me ha visto?

—¡Vaya! ¡Y como es tan pito-flojo, y no calla nada!

—¿Qué vió? ¿Algo malo?

—Malo no. Vió á vd. hablando con Gabriel en la puerta de la calle..... cuando volvía de los mailines.

—Pues no es cierto, porque á esa hora no he hablado nunca con Gabriel.

—¡Pues eso dice!.....

—Pues dice mal, y miente. Yo le diré á vd. Malenita; es verdad que yo he hablado con él, pero á otra hora, más tarde. Vea vd. lo que son las gentes. ¡Más embusteras y enredadoras!

—¡Ay, hijita! ¡Qué les importa! Cada uno hará de su capa un sayo. Lo que vd. necesita es quien la aconseje en estos amores. ¡Es vd. muy niña, no tiene experiencia, hijita, no tiene vd. experiencia! A mí, con franqueza no me gustan esos amores. ¿Qué le ha visto vd. hija, á ese muchacho? ¿Qué es buen mozo? ¿Qué es simpático? Conformes, hijita, conformes; pero ¿qué esperanza, qué esperanza, tiene vd. con Gabriel? Es bueno, trabajador, hasta elegante..... conformes, hija, conformes; pero para otra, no para vd.; para otra; sí, para otra; para Petrita, aunque la pobre es tan así, tan sin gracia; para la hermana de Anastasio Romero, no para quien debe y puede aspirar á más. Tiene vd., hijita, la desgracia de no ser hija de matrimonio, es lástima; pero si eso no fuera y viviera vd. con su padre, quién de estos artesanitos se atrevería á mirarla. Oiga vd., Carmen, oígame vd.: hay que salir de la esfera en que nacimos; los tiempos ya son otros; la *ilustración* pide, vamos, manda que procuremos subir..... subir, hija, subir, sea cómo fuere! ¿Qué esperanza tiene vd. con Gabriel? Hija, desengáñese: un carpintero no dejará de ser toda la vida un carpintero.

—¡Por Dios, Malenita!

—Pero, vamos: por ahora eso no se le ha de quitar á vd. de la cabeza..... ¿Por qué hablan vdes. así, en la puerta? ¿No ve vd. que están expuestos á que cualquiera los vea?

—¿Pues, cómo?

—¿Cómo? Hija..... ¡cosa más fácil!..... ¿No están juntas las dos puertas? Pues que entre Gabriel al cuarto de vd..... y si no quieren estar en la zozobra de que Doña Pancha los oiga, vd. se pasa al de Gabriel. ¡Claro, hijita! ¡No sean vdes. tontos!

—¡Cómo! Eso no. ¡Qué diría mi mamá!

—¿Ahora sale vd. con los escrúpulos? ¡Ranciedades! ¡Ranciedades, hija! La que no se cuida sola, ni bajo todos los cerrojos del mundo está segura. ¡Tonteras! ¡tonteras! Bien digo: vd. necesita quien la aconseje.

Esto decían, después de la comida, en torno de un velador, sobre el cual entre dos copas de anisete mezclado con cognac, estaba abierto el libro predilecto de la ilustrada Magdalena.

—Eso sería muy feo.....

—Sí..... ¿sería muy feo? Peor es que se estén toda la noche en la puerta, dando parte de los chicoleos á cuantos pasan..... Hijita, hijita..... ¡ó herrar bien ó quitar el banco!

IX

Llovía á cántaros. Un aguacero de Agosto, torrencial, interminable, de esos que impiden á los generales ganar las batallas y que pasan á la Historia como una prueba de los caprichos de la veleidosa Fortuna.

Apénas pudo Gabriel oír, y eso muy confusas, las últimas campanadas del reloj de la Parroquia que daba las doce; con atento oído esperó la repetición, y abrió la puerta. El agua, rebotando en las baldosas de la acera inundaba el umbral; el dintel goteaba y el arroyo muy crecido tenía por cauce toda la calle.

El ebanista afirmó en sus hombros el *sarape*, se caló el *jarano*, y apoyándose en las jambas se asomó á la calle.

¡Ni alma! ¡Qué noche tan oscura! De trecho en trecho, en las esquinas, las linternas de los serenos que refugiados en las puertas resistían el viento, escondiendo el rostro dentro del pesado capuchón. Los aleros parecían cascadas, y la inconmensurable serie de sus chorros, á la luz de los faroles, un gran fleco de cristal salpicado de amarillentos diamantes. Al estrépito del agua en las baldosas juntaba el viento sus resoplidos de gigante y la corriente el run-run invariable y monótono de sus ondas arrebatadas, en cuyas crestas centelleaba con chispas efímeras el reflejo de las luces, bregando con las sombras.

De tiempo en tiempo un relámpago; en seguida un trueno lejano que resonaba sordamente en la cordillera, donde la tormenta fugitiva y ya sin vigor quemaba los últimos cartuchos, incendiando con fuegos de hornaza nubes y cimas.

Junto á la puerta, casi á los piés del mozo, un perro vagabundo, atarido y famélico roía con tesón un hueso descarnado y hediendo. No dejaba su tarea más que para rascarse y lanzar un quejido penoso.

Gabriel retrocedió un paso y con el mayor cuidado recogió en dobles las anchas bocas de su estrecho pantalón, para preservarlas del fango, y de puntillas se fué á la puerta inmediata. Allí, echóse atrás el sombrero, vió por el ojo de la llave lo que pasaba en el aposento, y luego, aplicando los labios á la cerradura, silbó quedo, muy quedo, el

dúo de "*Juramento*." A poco se entreabrió la puerta y apareció la huérfana, vestida de blanco y envuelta en un *rebozo*.

—¡Qué noche! Creí que no vendrías..... pero, ya lo ves, te esperé. ¡Jesús! ¡Cómo llueve!

—Sal..... ¡ni quien pase!

—Espera..... —dijo la joven, recogiendo con ambas manos su blanca y ruidosa falda.—Cierra con mucho cuidado.

Gabriel tiró suavemente de la hoja.

—¡Ya! ¡Pasa! ¡Pegadita á la pared! Mira y no pises en el charco.... ¡cuidado con ese perro asqueroso!

En dos pasos la enamorada pareja quedó á salvo de la lluvia.

—Dispensa: se me olvidó taparte con mi *sarape*..... pero, no te molestaste ¿verdad?

—Apenitas..... el salpique de las canales.....

Mientras la muchacha sacudía su vestido, Gabriel cerró la puerta, encendió una cerilla y con ésta una vela que estaba sobre la mesa, en una botella, que le servía de candelero; arrojó sombrero y abrigo sobre el catre, y con un movimiento de cabeza llamó á la joven.

—Toma; aquí están los listones. Después de la raya los fui á comprar. Mira si están buenos..... ¿así los querías?

—Veré..... —Carmen tomó el paquetito y con esa nerviosa agitación de la curiosidad femenil ante un adorno, rompió precipitadamente la envoltura y se acercó á la mesa para examinar el obsequio.—¡Bonito color! ¿No había azul pálido? Me parece que éste tira á verde....

—Azul es y pálido. Ya lo verás mañana..... ya sabes que de noche estos colores se confunden. Ahora parece verde-mar, como mi corbata..... compáralos.

La huérfana desarrolló la cinta y colocando una punta de ella en el pecho de Gabriel observó un instante el efecto.

—Ya verás, Carmelita..... qué distinto color. Acerca la vela.

—¡Tienes razón!..... Ahora, ¡muchas gracias! ¡muchas gracias, señor mío!

—¡Te verás más linda con esos listones!..... ¡Lo que se llama linda!

—Te parece..... A mí todo me cae igual. A mi hermana..... eso es otra cosa..... ¡no se ve lo mismo de negro que de azul!

—Pues á mí tu hermana, digan lo que quieran los catrines que le hacen la rueda, no me gusta; ni de azul, ni de negro. Ya quisiera, pa-

ra un día de fiesta, estos ojitos que parecen dos luceros; y esta boquita; y estos dientes que parecen granos de elote, de tan parejitos y tan blancos; y este pelo quebrado.....

La joven estaba hermosísima. La luz de la vela daba de lleno en su rostro, el óvalo magnífico de su cara, rodeado por los pliegues del *rebozo*, tenía la palidez del marfil; sus rasgados ojos brillaban de alegría; los rizos negros que caían sobre su frente hacían resaltar la blancura purísima de las mejillas; y al sonreír los graciosos y gruesos labios dejaban ver dos medios aros de perlas.

Gabriel había ido señalando cariñosamente con el dedo cada una de las perfecciones de su amada, y al llegar á los cabellos, tomó la gentil cabeza de la doncella entre sus dos manos y atrayéndola á su pecho y acariciándola exclamó:

—¡Eres tan linda, Carmelita! ¡Como tú..... no hay dos!

Carmen contestó con una carcajada, tratando de apartar los brazos del ebanista.

—¿Para qué compraste tanto? ¡Es mucho! ¡Con dos varas!

—Por si necesitas más..... son cuatro.

—¡Cuatro! Me parece que no..... Mira..... y principió á medir la cinta, con toda la extensión de su mano, del pulgar al meñique.—Una, dos, tres, cuatro..... ¡Una! Una, dos, tres, cuatro. ¡Dos! Una, dos, tres.....

Gabriel la interrumpió:

—¡Qué vas á medir así! ¡Con esas manecitas!..... Aquí está la vara.....

Y sacando del bolsillo de la chaqueta un metro de latón, que desdobló pausadamente, agregó:

—De este lado..... hasta aquí..... Mira: una, dos, tres.....

—Déjame; yo..... Una, dos, tres, cuatro, cinco. ¿Ya lo ves?

—No; por el otro lado, Carmelita.....

—Eso es; tienes razón: una, dos, tres, cuatro..... y un poquito más.

—¡Ya viste! ¡Ah tonta! ¡Bonitas manos para medir! ¡Mala estás para tendera! Deja eso y ven; aquí, junto á mí.

La joven tomó asiento en el catre, que, al sentir el peso, se quejó con un crujido prolongado; Carmen, medio reclinada en las almohadas, con felina indolencia, libre del *rebozo* y dejando ver el busto escultural, el airoso cuello y las gruesas y largas trenzas que caían para-

lelas sobre el turgente seno; Gabriel junto á ella, en una silla de pino, tosca, sin barniz, á horcajadas, descansando los brazos en el respaldar y con el alma en los ojos, contemplando á su amada.

—¿Sabes? Quería decirte una cosa..... que acaso te disguste..... que tal vez no te agrade..... pero..... ya no puedo callármelo por más tiempo.....

—¿Qué cosa? ¿qué me disgustará? ¿qué?

—Yo creo que sí..... me ocurre que no será de tu agrado.....

—¿Celitos tenemos? Como siempre; ¿celitos sin razón?..... Gabriel, tú ves visiones..... Un mosquito lo conviertes luego, luego, en un elefante. Di.

—¿No hay enojo?

—Di.

—No; primero ofrécame que no lo habrá.....

—Di lo que tienes que decirme, que si no hay motivo, ni son desconfianzas que ofendan.....

—Pues, oye: no sé por qué tienes unas amigas..... que..... la verdad..... la verdad, no me gustan.

—¿Amigas yo? Pero..... ¿qué amigas, Gabriel? Si no trato más que con las de la casa. Me dijiste que no viera á las Domínguez, y no he vuelto; ví que te caían mal las Ortegas, y lo mismo..... ¿qué amigas?

—No vayas tan lejos; no vayas tan lejos, que en esta casa vive la que yo no quiero; y si las Ortegas son como son, y las Domínguez como ya tú sabes, la que yo digo es peor, sí señor, peor, mucho peor.

—¿De quién hablas?

—De tu amigota; de tu gran amigota; de esa mulata que mal rayo parta, de Magdalena.....

—¿Qué te ha hecho, Gabriel, para que así hables de ella? Al contrario, siempre tiene buenas ausencias de tí.....

—¿Buenas ausencias? ¿Buenas ausencias? ¡Lo que menos! Si no tiene palabra buena, ni obra que no sea mala; ya se ve, su vida lo dice. Yo no me espanto de que las gentes sean así; ¡qué me voy á espantar! pero no me gustan las hipócritas..... Mira tú: una mujer como esa, que vive enredada, sí señor, enredada con ese huizachero de todos los diablos, porque esa es la verdad, y lo cierto se ha de decir..... Yo la conocí cuando vivía con el gachupín de "*La Santanderina*" y después con el teniente, un indio que todas las noches llegaba borracho y le daba unas tundas de Jesús me valga..... Los dos la echaron á al

calle, y entonces encontró su pichón, el huizachero..... ¡si hay hombres que de á tiro pierden la vergüenza! Y la pasea, y la saca del brazo, y la lleva á los Toros y á la Comedia..... y ella muy ancha, como verdolaga en huerta de indio, y la da de honrada, y de rica, cuando no es más que una soberana.....

—¡Gabriel! No hables así..... ¿qué te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? Debías preguntarme lo que te ha hecho á tí?

—¿A mí? Nada; ser buena conmigo, cariñosa; regalarme cuanto puede, llevarme á comer á su casa..... No, Gabriel, será buena ó mala, yo no lo averiguo. Yo lo que sé es que con mamá fué muy gente; que se manejó como pocas.

—Eso sí es cierto; á mí no me ciega la pasión; yo no lo niego..... pero así es ella: una de cal y otra de arena..... ¿sabes lo que ha dicho? ¿lo sabes?

—No.

—Pues antier, y ayer, y esta mañana fué, como siempre, á soltar el pico en casa de Salomé; esa beata que bien baila..... y tal sería lo que dijo que ésta le paró el alto y la llamó al orden.

—Pero acaba, Gabriel; ¿qué dijo?

—Dijo que mi señora madre y yo te habíamos recogido por interés del semanario que tu padre dá; que yo, por otra razón, porque..... motivado á que tenía amores contigo..... y malas intenciones; que así quedaba yo en la arena y junto al río; que mi señora madre y yo teníamos hecho el plan para que tú..... No quisiera decirlo, Carmelita, no quisiera..... pero es preciso que te lo diga..... para..... que tú dieras un tropezón..... ¿me entiendes?..... —Gabriel temblaba indignado, colérico, rabioso.—Y entonces, quisiera que no quisiera, tu padre te dejara casar conmigo; que teníamos esperanza de que te dejara algo, de herencia; ó, cuando menos, que una vez casados, porque no habría otro remedio, y al fin eres su sangre, me pusiera un taller, y así saldriamos de hambres.

—¡Tú dirás! Cuando á mí me basta y me sobra con mi trabajo; porque no soy flojo, ni borracho, y sé el oficio, vaya, (aunque me tome la mano en decirlo), como el que mejor; cuando, con mi trabajo, con estos brazos, gano más de lo que Don Juan roba en el Juzgado á los que caen en sus manos, y tengo para sostener, no digo á ella, á cuatro mejores, sin deudas ni trácalas; cuando..... —Aquí la voz de Gabriel

principió á ponerse trémula—cuando, tú conoces bien á mi señora madre, es..... yo no lo digo porque es mi mamá..... pero es muy buena; tiene muy buen corazón, y es muy honradota, y ni antes, ni ahoy, ni nunca, tuvo enredos con nadie; cuando yo te quiero tanto, tanto, tanto, Carmelita, como ninguno te quedará. Dime si alguna ocasión te he faltado..... ¡ni tanto así!..... ¿verdá? Y mira: soy hombre como todos..... pero te quiero mucho, mucho!

En vano trataba el ebanista de dominar su pena. La cólera que poco antes le poseía se había cambiado en profundo dolor. Viendo su dignidad herida, lastimado su amor filial y la sinceridad de su cariño puesta en duda, sentía que se le desgarraba el corazón. Su indignación vino á convertirse en amargura y el acento nervioso y enérgico con que un momento antes inculpaba á la del tinterillo fué tomando, por una serie de naturales transiciones, los tonos de la ternura dolorida, melifluros y temblorosos, hasta que, al fin, no pudo más, y acabó en un sollozo ahogado. Gabriel, apoyado de codos en el respaldar, ocultó el rostro entre las manos para que la huérfana no viera que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Después de una larga pausa, durante la cual Carmen no se atrevió á decir palabra, el muchacho prosiguió:

—Y no es esto todo. Dijo también, que ya estaríamos contentos: que tú venías cada noche aquí, á mi cuarto.....

La doncella sintió que la sangre se le subía al rostro.

—Que sólo mi madre, que era una tonta, no se daba cuenta de lo que pasaba; que confiaba en tí de sobra..... y que si en arca abierta el justo peca..... cuanto más nosotros que no somos unos santos.

—¡Eso es una infamia! ¿Quién te lo contó?

—Quien lo sabe; quien lo oyó todo. Primero, Tacho me dijo algo, y creí que eran sus guasas de siempre; luego, Enrique López, ahora que fuí á la Barbería. Me preguntó por tí; me encargó que te dijera que tenía dos canciones nuevas que te iba á enseñar; me bromeó contigo, como lo hace siempre, y apenas se fueron los marchantes y nos quedamos solos me lo dijo todo. Ayer, cuando Salomé le llevó la ropa, le despetió el chisme. Después yo atrapé á Angel, le metí plumas y escupió todito.

—¡Gabriel! Ya los conoces. ¿No serán falsos?

—No; porque Tacho y Enrique son mis amigos..... y el muchacho no lo había de sacar de su cabeza.....

- Tú no sabes de lo que es capaz.
- Y tú no conoces á Magdalena..... ¡Esa no te quiere!
- ¡Conque ayer Malenita me dijo que para mañana me convidaba á comer; que Jurado tenía una visita..... un señor rico.
- Pues no irás.
- ¿Por qué? No me han de quitar un pedazo.....
- ¿Cómo has de ir á esa casa, cuando allí dicen de nosotros todas esas calumnias?
- Gabriel: yo creo que te han engañado. Malenita es buena contigo. Ella fué la que me aconsejó que no habláramos en la puerta, sino que viniera yo acá.
- ¿Por qué no me lo dijiste? Sí; te aconsejó todo eso para después hablar y decir de todos y rajar de tí!
- Además, habló con tu mamá, y le dijo: "Doña Pancha, esos muchachos se quieren, pues que se casen....." Y tu mamá le dijo, que si mi papá te armara y te pusiera una carpintería, entonces sí..... pero que ella creía que no teníamos nada; que nos simpatizamos y nada más, nada más.....
- Porque mi madre es una bendita: de nada le sirven los años..... ¡Tener así confianza con esa negra que mal rayo parta!
- No hagas caso. Es mejor tenerla de amiga.
- Y tú, ¿para qué le contaste..... ¡tanto y tanto cuidarse para que tú fueses á decirselo!
- No reflejé, Gabriel. ¡Cómo es tan buena conmigo!
- ¿Buena? Ya verás.
- Y qué te importa, si yo te quiero; si te amo con todo mi corazón! Siéntate aquí, en el catre, junto á mí..... pon este sombrero en otra parte..... en su clavo.
- Sentóse Gabriel al lado de la huérfana. Esta atrajo la cabeza del mancebo hasta descansarla en su regazo, y principió á acariciar al joven, jugando con sus cabellos.
- Ten calma Gabriel; de todo te acaloras. Ya ves, estoy tranquila. Te ofrecí que no habría enojo y no lo hubo.....
- No me ofreciste nada.
- ¿No? Pues es lo mismo. ¿Para qué disgustarte cuando tu cantorcita está contenta y te quiere tanto?..... Chinito mío, ¿de quié-
son es-tos cres-pos?
- Tu-yos.....

- ¿Y estos ojitos que se encienden como dos brasas, cuando su dueño se enoja?
- Tu-yos.....
- ¿Y este bigote negro..... tan lindo y tan suave, que parece una seda?
- ¡Tuyo!
- ¡Tonto! Si yo te quiero..... qué te importan los chismes y falsos de esa gente!
- ¡Tienes razón!
- Gabriel cerró los ojos, como adormecido por las caricias y mimos de la doncella.
- Serás mi mujer, Carmelita..... ¡si tú quieres!
- La lluvia había cesado. Los vientos que en aquellas regiones montañosas soplan después de una tormenta barrían el cielo. Cuando la Calandria volvió á su nido, la noche lucía su espléndido manto azul sembrado de estrellas, y la luna creciente doraba con pálidos fulgores los tejados húmedos y las piedras lavadas por la lluvia, rielando aquí y allá, en los charcos, como en un reguero de espejos rotos.

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

EL PESO DE ORO.

Entre los estudios referentes á la historia de México que debemos al diligente patriotismo de Orozco, uno de los más importantes es el que hizo de las monedas de la época colonial. ¹ Sirviéronle de base numerosos apuntes que sobre la materia había reunido el Sr. Ramírez, comentados con la inteligente crítica que distinguía su vasta erudición. ² Admirando el trabajo de ambos investigadores, hemos leído atentamente lo que Orozco escribió sobre el castellano, moneda repetidas veces citada por los primeros cronistas con ese nombre y con el de peso de oro, que adquirió en las tierras nuevamente descubiertas.

Laboriosas fueron las deducciones del Sr. Ramírez para probar que una y otra apelación correspondían á la misma moneda, y para fijar en 500 maravedís el precio que le daban los conquistadores. Ya Oviedo ³ había dicho lo primero, y con ello y las palabras de Martyr ⁴ sobre el valor del castellano comparado con el del ducado, que no había sufrido alteración y era de 375 maravedís, conforme á la Ordenanza de 1494 expedida en Medina, es muy fácil determinar lo segundo. Pero cuando hay que buscar estos datos en sus orígenes; que examinar y estimar las circunstancias que les son conexas y formar reglas para resolver el problema, la dificultad requiere fuerzas superiores.

Reuniéronse afortunadamente en este caso dos inteligencias tan poderosas como activas, y á tal punto dominaron los obstáculos que de todos quedaron triunfantes, concluyendo por fijar el valor del peso de oro en \$2.9375 de nuestra moneda. Hay de advertir que Orozco, como Martyr, da al castellano el valor venal de 500 maravedís que tenía en 1519, ó sea 15 maravedís sobre el de 485 fijado en el ordenamiento de Valencia, ⁵ y 31.25 más del que le da Oviedo; ⁶ pero su cómputo debe tener por base los 8 tomines que pesaba la moneda. ⁷ Reh-

¹ *Diccionario universal de historia y de geografía* [México, 1855], t. V, p. 907-960.

² *Ibid.*, p. 908 y 909.

³ *Historia general y natural de las Indias*, lib. VI, cap. VIII.

⁴ "Diximus castellanum esse monetam auream que ducatum triente superat."

⁵ Expedido en 1488.

⁶ "El peso monta e tiene una quarta parte más de peso que el ducado." *Hist. general*, loc. cit.

⁷ "Digo que un peso ó un castellano es una misma cantidad, que pesa ocho tomines." *Ibid.*

fues ¹ había dado á conocer la equivalencia de \$1.90625 (15¼ reales de plata mexicana, que dice son 480 maravedís). Asegura también, en contra de lo que sabemos, y él no ignoraba, ² sobre la sinonimia del peso de oro, que esta moneda no existía de hecho, sino únicamente en las cuentas; que estuvo en uso hasta el año 1580, y que para reducir las cantidades expresadas en pesos de oro al valor actual del dinero, debe contarse á razón de $5\frac{1}{27}$ pesos por marco de plata. La circunstancia de que el cómputo fué hecho en reales de plata mexicana nos inclina á creer que sus datos proceden del profesor Noeggerath, distinguido mineralogista, traductor de las ordenanzas de minería de la Nueva España, á quien solía consultar sobre esta clase de asuntos.

No conocemos el precio que tiene el oro en la actualidad en México, por lo mismo nos serviremos del precio de Paris. En 21 de Marzo de 1885 el oro en barras á $\frac{1}{10000}$ valía 3,437 francos por kilogramo, ó sea fr. 3,437 cada gramo. El castellano pesaba 8 tomines; el tomín pesa gr. 0.59928; ³ 8 tomines pesan gr. 4.79424 que multiplicados por fr. 3.437 dan fr. 16.477802 como valor del castellano ó peso de oro. Reduciendo esta cantidad á pesos mexicanos (fr. 5.43=\$1) se obtiene \$3.034581.

Resultado igual dió á conocer Prescott. Es superior en \$0.097081 al que obtuvo Orozco en 1855, cuando la extraordinaria producción de oro de California y de Australia hizo fluctuar el valor de ese metal. El célebre escritor americano dice que el poder de adquisición del peso de oro equivalía á \$11.67. ⁴ Nuestro cómputo aumenta esa cantidad de una manera notable. Los fundamentos en que descansa son los siguientes. Manifiesta Clemencín en una memoria dirigida á la Real Academia de historia de Madrid, que durante el siglo décimo sexto los metales preciosos perdieron en España más de cuatro quintas partes de su valor á causa de la abundancia de tesoros recibidos de América. Esa baja se hizo extensiva á otros países, notablemente á Francia, y ha sido calculada por Leber en términos que pueden ser aplicados de esta manera: para conocer el poder de adquisición de las monedas espa-

¹ *Denkwürdigkeiten des Hauptmanns Bernal Diaz del Castillo* [Bonn, 1843], t. I, p. XVI.

² *Ibid.*, t. III, p. 310 n. en que cita las palabras de Herrera "castellano y Peso es uno."

³ Anguiano, *Anuario astronómico para el año de 1881*, p. 255.

⁴ *Conquest of Mexico*, b. II, chap. VI, n.

ñolas del siglo décimo sexto hay que multiplicar su valor intrínseco por 6 para los años 1500 á 1525; por 4 para los años 1525 á 1550; por 3 para los años 1550 á 1575 y por 2 para los años 1575 á 1600. En consecuencia, á la llegada de los conquistadores, un castellano ó peso de oro bastaba para comprar lo que hoy requeriría \$ 18.207486.

Interesante es lo que dijo Orozco sobre cierta moneda falsificada en el Perú é introducida en México, aunque en corta cantidad, el año 1654 por algunos mercaderes llegados á Acapulco en la nao que, de retorno, debía conducir al conde de Alba de Aliste, nombrado virrey de aquella colonia. La lectura de lo que Orozco refiere sobre el asunto es de importancia, por cuanto que en obra de no escaso mérito figura la siguiente extraordinaria aserción: "estando muy desacreditada la moneda del Perú, á causa de la baja ley que tenía, el público no quería admitirla, hasta que se le obligó á ello por una Real cédula."¹ Entendemos que esa moneda de baja ley era el peso llamado moclón por los holandeses y rochuno por los peruanos. No es exacto que la aludida Real cédula ordenase la recepción de moneda falsificada: exigía se admitiese la peruana.² Aun cuando los monarcas españoles, desde el reinado de Felipe II la falsificaron en la Península,³ el gobierno de la Nueva España aleccionado con lo ocurrido en nuestro país durante la administración de Don Antonio de Mendoza, sabía que "en punto á monedas no debía proceder contra la voluntad de los mexicanos."⁴ Los mercaderes del Perú solicitaron el curso de la que traían, pero su petición fué resuelta en contrario.⁵ Tomaron nombre los pesos rochunos del de su autor, Pedro Rocha, y se distinguían de los legítimos en que éstos tenían las marcas de los fabricantes, que eran una O y una E, iniciales de los apellidos Ovando y Elgueta. Pedro Rocha fué conde-

¹ Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, t. I, p. 189.

² *Reales cédulas*, t. V. Archivo general de la Nación.

³ Ustariz, *Teórica y práctica del Comercio*.

⁴ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. V, cap. XIII.—Cavo, *Los tres siglos*, lib. III, § 15 y § 24. Si este último cronista hubiera escrito "proceder abiertamente contra la voluntad de los mexicanos," habría sido más exacto. Olvidó, ó quizá ignoraba, que en su tiempo la ley de la moneda de plata, legalmente de 11 dineros, había sido reducida á 10 dineros 20 granos por el gobierno español, y que al expedir sus despachos á los ensayadores, se les entregaban, bajo juramento de guardar el secreto, pesas falsas de á 10 dineros 20 granos, aunque marcadas como de á 11 dineros.—St. Clair Duport, *De la production des métaux précieux au Mexique* [Paris, 1843], p. 176.

⁵ *Doc. para la hist. de México* [México, 1853], t. I, p. 293.

nado á la pena de muerte y fuego que disponían las leyes, y la sentencia fué ejecutada en el Perú.¹

Grande ha sido siempre la repugnancia de los mexicanos á la moneda de vellón. Es muy antigua, y no es resultado de mero capricho, como se creyó en tiempo de Don Antonio de Mendoza, ni exclusiva consecuencia de los manejos de ávidos y desalmados especuladores, sino de la falta de medios de transporte, que dificulta se reparta en todo el país y origina su acumulación en determinados centros, notoriamente en la ciudad de México.

En una memoria presentada el año 1817 á la Junta general de mineros se encuentran detallados los motivos que entonces hubo para no aumentar la moneda de cobre. Su autor, Don José Joaquín de Egüía, dice lo siguiente:

"El aumento de la acuñación de moneda de cobre es perjudicial. Para decirlo así tengo en consideración el que he entendido se ha propuesto para auxiliar á la Minería, sin concederle la rebaja de medios quintos; á saber, la acuñación de un millón de pesos en cobre que se distribuya en las Cajas Reales para cambiar á los mineros sus platas por el precio legal. El valor de la moneda no es arbitrario. No es sola la voluntad del gobierno la que fija la estimación de la moneda y de las demás cosas entre los particulares. Las meditaciones que los mismos gobiernos han hecho y hacen para señalar el valor de la moneda son garantes de mi proposición: de manera que este punto se puede llamar de derecho de gentes y de rigurosa convención entre todas las naciones; pero dejando esto á cargo de los políticos, veamos entre nosotros lo que dicta la experiencia.

"La moneda de cobre pierde un 10 por ciento en su cambio. Si se aumenta perderá el 20, y los mineros no pueden resarcirse de esta pérdida. La moneda de cobre hasta hoy acuñada he oído decir pierde un 10 por ciento en el cambio, porque el comercio que se halla con alguna cantidad en cobre puede tener necesidad de exportarla ó de llevarla de un lugar á otro sin extraerla de este reino, y en ambos casos la igualdad y buena fe del comercio exige esta pérdida: en el primero porque es justo compense el beneficio que se le hace dándole una cosa inútil en todo el universo, por otra que no lo es de mar en fuera; y en el segundo porque entre llevar una misma cantidad en plata ó en

¹ *Aviso histórico* por Don Dionisio de Alcedo y Herrera, § XX.

cobre hay la muy notable diferencia de los fletes, pues si 6,000 pesos en plata componen una carga, los mismos 6,000 pesos en cobre compondrán en mi concepto diez cargas, y como los arrieros no hacen sus ajustes por el valor, sino por el peso de lo que conducen, es evidente que el flete de una cantidad de pesos en cobre será diez veces mayor que el de la misma en plata. De consiguiente el comerciante que vende sus efectos por moneda de cobre les carga el 10 por ciento que ha de pagar al tiempo de cambiarla. Pero el minero que sólo ha de recibir en las Cajas Reales el precio legal ó sea el valor intrínseco de sus platas; cómo se indemnizará del 10 por ciento, cuya pérdida va imbuída en la misma especie de moneda que recibe? De ninguna manera: y si esto sucede con la moneda de cobre ya acuñada, qué sucederá aumentándose un millón? Lo menos que ha de suceder es que la pérdida llegue al duplo ó más: es decir que aunque suena que el minero recibe 8 pesos por el marco de plata de once dineros, en realidad sólo serán útiles como 6½ ó menos, y la rebaja de más de 12 reales hará insoportable el giro, cuyos profesores han de arruinarse ó abandonarlo, y de cualquiera manera no á una sino á montones se pararán las negociaciones y desaparecerá el ramo. He aquí agotada la fuente principal de la felicidad del reino por un arbitrio pensado con buen celo y con el deseo de parecer buenos servidores del Rey, sin pararse en la máxima de que no hay Monarca ni Estado rico si los vasallos son pobres." ¹

De la moneda acuñada en 1822 hace Orozco exacta descripción cuando dice que el busto de Iturbide aparece en ella flaco y prolongado y, en el reverso, el águila coronada también flaca y con las alas cortas. Con efecto, así el César improvisado, como el ave símbolo de la audacia, tienen cierto aire septimensis que indica valetudinaria existencia. Excelentes medallas de aquella época certifican que había buenos grabadores; si uno de entre éstos fué quien troqueló dichas monedas, debe reputársele de aventajado satírico. Quiso el gobierno corregir el despropósito mandando abrir nuevas matrices pero no parece haberlo conseguido. Sobre este particular y las primeras monedas republicanas encontramos el siguiente pasaje en el libro escrito por el viajero inglés Bullock. "Continuaban acuñando malos retratos del Emperador expulso, y me dió pena observar obra tan mal ejecutada en una moneda

¹ *Memoria sobre la utilidad é influjo de la minería en el Reino* [México, 1819], p. 31-33.

que debía servir como medio de cambio en la mayor parte del mundo civilizado. Actualmente están abriendo matrices para el gobierno de la República, pero los artistas no son capaces de hacer ese trabajo de un modo digno del país. Entré en correspondencia con el Sr. Pistrucci, grabador de nuestra casa de moneda, y me dió á conocer los precios que pedía por hacer los troqueles para México, pero la premura con que el nuevo gobierno los deseaba, hizo imposible todo arreglo en Europa: el reverso, el águila mexicana trepada sobre el nopal, está copiado de un hermoso Falco chrysoetos que yo maté en Escocia y que se encuentra, bien bosquejado por Howett, en mi catálogo del antiguo museo de Londres. Esperó que la copia hecha en México será todavía mejor que la ya conocida." ¹

Según esa noticia, el águila en posición ladeada que ostentaban nuestros pesos de 1823 y 1824, fué copia del dibujo de Howett. Su actitud, más natural que la que actualmente tiene, era contraria á la tradición, pues tenía la cabeza vuelta á la diestra, siendo así que la leyenda advierte "estaba el águila con las alas extendidas házia los rayos del sol, tomando el calor dél;" y como el astro que ilumina la tierra nace al Este, correspondía inclinarla á siniestra del escudo. En todo lo demás el dibujo de Howett era preferible, por cuanto que representa con más exactitud una ave de rapiña en el acto de hacer presa, si bien la referida leyenda dice que el águila ya tenía en las garras "un pájaro muy galano" cuando por primera vez le vieron los aztecas. ²

Estos cambios de matrices produjeron graves perjuicios. Acostumbrados los pueblos asiáticos, grandes consumidores de plata, al cuño español que les garantizaba un peso constante de 10 dineros 20 granos de metal fino, repugnaron las monedas de Iturbide y de la República, aunque sus condiciones eran enteramente iguales á las de las colonarias. Aprovecharon los agiotistas esa circunstancia, y mientras que los antiguos pesos españoles alcanzaban 6 por ciento de premio en el mercado de Cantón, los que tenían la efigie de Iturbide llegaron á venderse en Jamaica al increíble precio de seis reales. ³

Escrito lo que antecede hemos sabido que nuestro difunto amigo

¹ *Six months residence and travels in Mexico* [London, 1824], p. 201.

² *Códice Ramírez* [México, 1878], p. 31 y 32.

³ St. Clair Duport, *Op. cit.*, p. 179. La noticia referente al precio de los pesos con la efigie de Iturbide la tuvimos del general Almonte, que compró cierta cantidad á su regreso de Londres en 1825.

Don Manuel Orozco hizo reimprimir su estudio sobre la amonedación en México poco antes de su muerte. Tal vez en esa nueva edición se encuentren muchos de los apuntes aquí reunidos.

Bruselas.

ANGEL NÚÑEZ ORTEGA.

ESCRITORES Y POETAS SUD-AMERICANOS.¹

Los vínculos que crean el origen, el idioma y la identidad de costumbres y de instituciones, no han bastado á cimentar entre las Repúblicas hispano-americanas relaciones por tal manera estrechas, que pueda decirse con justicia que existan fuertes lazos de unión, capaces de mancomunar en un momento dado los intereses de todas ellas, para conservar el predominio de la raza, y para dejar incólume su independencia é íntegro su territorio. Manifestaciones más ó menos ardientes, de simpatía, se han dejado escuchar en las grandes crisis, en los períodos de lucha; pero cuando la libertad ha peligrado, cuando enemigos exteriores han invadido algún pueblo hermano, éste ha debido sus triunfos á sus propios esfuerzos, pues se ha visto en total aislamiento, á pesar de que la pérdida de su autonomía habría significado no solamente un cambio de forma en su régimen interior, sino una amenaza para las demás Repúblicas del Continente. Otras veces, sobreponiéndose á toda noción de justicia el más fuerte ha abusado de la debilidad de su contendor, y después de vencerlo le ha impuesto onerosos tributos sin que se levanten los demás á protestar con tal agravio, ya que no á poner al servicio de una causa noble aunque desgraciada, siquiera fuese la influencia moral del que nunca dá su aquiescencia á la violación de un derecho.

¿Obedece tal conducta, á reprobado egoísmo, á falta de previsión, á carencia de estadistas que sepan distinguir los límites en que un Esta-

¹ Este artículo ha sido escrito para servir de prólogo ó introducción al libro que con el mismo título prepara el autor para la prensa. La edición contendrá los retratos de los poetas y escritores sud-americanos á los que el texto se refiere.

do debe detenerse para no inmiscuirse en los negocios de otro? No, ciertamente. La clave para descifrar el enigma, la hemos dado más de una vez, y la encontramos fielmente espresada por un joven y distinguido escritor chileno.

“Si la libertad—dice D. Leonardo Eliz en un folleto que poco ha recibimos,—si el progreso en todas sus esferas, son los factores principales del desarrollo de nuestras sociedades americanas: si todas siguen un mismo rumbo y llevan una marcha ascendente, no es porque en su marcha paralela se auxilien mutuamente. Entre ellas existe cierta indolencia y flojedad de relaciones que les impide conocerse unas á otras, para estimarse mejor y valerse recíprocamente, sobre todo, desde el punto de vista de su desarrollo intelectual. ¡Qué mucho que la Europa ignore casi por completo el estado social de la América, si nosotros mismos vivimos extraños unos á otros, desconociendo nuestras situaciones respectivas, nuestros recursos y tendencias, é ignorando hasta el nombre de las notabilidades que nos honran en la política, en las ciencias, las artes y las letras!”

Hace ya unos cuatro lustros que, abrigando el mismo convencimiento que el Sr. Eliz expresa en su reciente publicación, en México D. Ignacio M. Altamirano y el autor de este libro, hemos repetido en nuestros trabajos literarios, que para que pueda llegar á ser un hecho real y positivo la fraternidad de las Repúblicas hispano-americanas, y, consiguientemente, fecundas en bienes para ellas mismas sus relaciones, debía preceder á éstas el conocimiento mutuo de sus respectivas circunstancias. Porque así como en el trato humano ó social para estimarse los individuos necesitan conocerse profunda y no superficialmente, así para que los pueblos fraternicen, no basta la comunión de ideas, y la unidad de origen, idioma, costumbres é instituciones.

De ahí que, buscando un punto de partida para marcar nuevos derroteros á la opinión, para deshacer el hielo que nos separa, el Sr. Altamirano y nosotros, hemos perseguido con tesón el establecimiento de relaciones literarias, el cange de obras, y cuanto pudiera contribuir á despertar, de un extremo á otro de la América latina, el deseo de conocer la historia y la literatura de cada una de las nacionalidades en ella constituidas. Después vendrán, como natural consecuencia, sin esfuerzo alguno, las relaciones oficiales ó diplomáticas; no de mera cortesía, sí como medio para estrechar sincera y cordialmente los lazos de unión que desde el primer tercio del siglo debieran haber existido.

Don Manuel Orozco hizo reimprimir su estudio sobre la amonedación en México poco antes de su muerte. Tal vez en esa nueva edición se encuentren muchos de los apuntes aquí reunidos.

Bruselas.

ANGEL NÚÑEZ ORTEGA.

ESCRITORES Y POETAS SUD-AMERICANOS.¹

Los vínculos que crean el origen, el idioma y la identidad de costumbres y de instituciones, no han bastado á cimentar entre las Repúblicas hispano-americanas relaciones por tal manera estrechas, que pueda decirse con justicia que existan fuertes lazos de unión, capaces de mancomunar en un momento dado los intereses de todas ellas, para conservar el predominio de la raza, y para dejar incólume su independencia é íntegro su territorio. Manifestaciones más ó menos ardientes, de simpatía, se han dejado escuchar en las grandes crisis, en los períodos de lucha; pero cuando la libertad ha peligrado, cuando enemigos exteriores han invadido algún pueblo hermano, éste ha debido sus triunfos á sus propios esfuerzos, pues se ha visto en total aislamiento, á pesar de que la pérdida de su autonomía habría significado no solamente un cambio de forma en su régimen interior, sino una amenaza para las demás Repúblicas del Continente. Otras veces, sobreponiéndose á toda noción de justicia el más fuerte ha abusado de la debilidad de su contendor, y después de vencerlo le ha impuesto onerosos tributos sin que se levanten los demás á protestar con tal agravio, ya que no á poner al servicio de una causa noble aunque desgraciada, siquiera fuese la influencia moral del que nunca dá su aquiescencia á la violación de un derecho.

¿Obedece tal conducta, á reprobado egoísmo, á falta de previsión, á carencia de estadistas que sepan distinguir los límites en que un Esta-

¹ Este artículo ha sido escrito para servir de prólogo ó introducción al libro que con el mismo título prepara el autor para la prensa. La edición contendrá los retratos de los poetas y escritores sud-americanos á los que el texto se refiere.

do debe detenerse para no inmiscuirse en los negocios de otro? No, ciertamente. La clave para descifrar el enigma, la hemos dado más de una vez, y la encontramos fielmente espresada por un joven y distinguido escritor chileno.

“Si la libertad—dice D. Leonardo Eliz en un folleto que poco ha recibimos,—si el progreso en todas sus esferas, son los factores principales del desarrollo de nuestras sociedades americanas: si todas siguen un mismo rumbo y llevan una marcha ascendente, no es porque en su marcha paralela se auxilien mutuamente. Entre ellas existe cierta indolencia y flojedad de relaciones que les impide conocerse unas á otras, para estimarse mejor y valerse recíprocamente, sobre todo, desde el punto de vista de su desarrollo intelectual. ¡Qué mucho que la Europa ignore casi por completo el estado social de la América, si nosotros mismos vivimos extraños unos á otros, desconociendo nuestras situaciones respectivas, nuestros recursos y tendencias, é ignorando hasta el nombre de las notabilidades que nos honran en la política, en las ciencias, las artes y las letras!”

Hace ya unos cuatro lustros que, abrigando el mismo convencimiento que el Sr. Eliz expresa en su reciente publicación, en México D. Ignacio M. Altamirano y el autor de este libro, hemos repetido en nuestros trabajos literarios, que para que pueda llegar á ser un hecho real y positivo la fraternidad de las Repúblicas hispano-americanas, y, consiguientemente, fecundas en bienes para ellas mismas sus relaciones, debía preceder á éstas el conocimiento mutuo de sus respectivas circunstancias. Porque así como en el trato humano ó social para estimarse los individuos necesitan conocerse profunda y no superficialmente, así para que los pueblos fraternicen, no basta la comunión de ideas, y la unidad de origen, idioma, costumbres é instituciones.

De ahí que, buscando un punto de partida para marcar nuevos derroteros á la opinión, para deshacer el hielo que nos separa, el Sr. Altamirano y nosotros, hemos perseguido con tesón el establecimiento de relaciones literarias, el cange de obras, y cuanto pudiera contribuir á despertar, de un extremo á otro de la América latina, el deseo de conocer la historia y la literatura de cada una de las nacionalidades en ella constituidas. Después vendrán, como natural consecuencia, sin esfuerzo alguno, las relaciones oficiales ó diplomáticas; no de mera cortesía, sí como medio para estrechar sincera y cordialmente los lazos de unión que desde el primer tercio del siglo debieran haber existido.

Torcida interpretación se ha dado más de una vez á esa labor emprendida con nobles y patrióticos fines; no ya por personas de limitada penetración y de miras estrechas, sino aun por individualidades á las que sería injusto y torpe atribuir falta de ilustración y de levantados propósitos.

Dígalo si nó el discurso leído hace pocos meses en el Liceo Mexicano por el joven y ya bien reputado crítico D. Francisco Gómez Flores; discurso que lleva por título *Los líricos sud-americanos*, y que fué leído precisamente en el recinto mismo en que el Sr. Altamirano, con fácil é inspirada palabra, preconizó tantas veces las bellezas de los cantos de esos líricos.

“Adviértese de algunos años á esta parte—dijo el Sr. Gómez Flores,—cierta especie de culto que rinden nuestros escritores á los del Sur del continente, en quienes suponen encontrar más valiosas prendas de originalidad y americanismo. En nuestro afán constante por apocarnos y tenernos siempre en menos que los otros pueblos de la tierra, no es de extrañar ciertamente esta tendencia surandina que hoy me limito á señalar sin discutir.

“El culto que menciono no se consagra á toda la literatura meridional, sino á una sola de sus ramas, á la poesía lírica. ¡Los líricos! he aquí los videntes oríficos del hemisferio de Colón! Se les quiere hallar más inspirados que á nuestros líricos, más llenos del espíritu del siglo, más ostentosos de galas de fantasía, más genuinos representantes, en suma, del arte contemporáneo y de las aspiraciones del nuevo mundo. Los imaginan, además, en tan gran muchedumbre que casi ven, como Lope de Vega

en cada esquina cinco mil poetas

ó en cada fragosidad de los Andes. Repito que sólo señalo el fenómeno, y que no discuto el mérito de los cantores surianos.”

No está en lo justo el Sr. Gómez Flores en las palabras que acabamos de transcribir, como tampoco lo está al desenvolver el pensamiento ó tema de su discurso.

Porque ni debe llamarse, hiperbólicamente, culto al aplauso que se tributa á las producciones intelectuales que responden al bello ideal de los pueblos latino-americanos, ni es exacto que sean nada más las obras de los poetas líricos sud-americanos las que hemos querido dar á conocer á la juventud mexicana, ni mucho menos hemos proclamado la

excelsitud del ingenio de sus autores para que éstos sean tomados por los modelos más perfectos.

Si del manejo del idioma se tratara, no sería cuerdo hacer recomendaciones de los que voluntaria ó inconscientemente se apartan de los cánones académicos y de las tradiciones clásicas, como sucede casi de continuo en Sud América; pero si se anhela que la juventud que al arte literario se dedica y que está llamada á contribuir á la formación de una literatura esencialmente americana ó exclusivamente nacional, siga nuevas rutas, entonces sí que con sobrada razón indicamos que los escritores y poetas del Sur de nuestro continente dan en sus obras saludable ejemplo. Se necesita no conocer esas obras para negar que por su espíritu y aun por su forma, son más americanas que las nuestras.

Maravíllanos, en verdad, que un crítico de inteligencia clara y de variada instrucción y buen criterio, como lo es el Sr. Gómez Flores, haya podido estampar en su citado discurso las siguientes palabras:

“Insensatos seríamos en México si pretendiésemos ser eternamente copistas, ó si en los acordes de una lira más ó menos bien pulsada, cifrásemos todo nuestro orgullo literario. Nuestra originalidad debe brotar de nuestra historia, de nuestras costumbres y de nuestro suelo. La historia de México es tan original por sí misma, que la originalidad de la materia trasciende por fuerza al escritor, lo que explica la encantadora sencillez é ingénita elocuencia de nuestros cronistas é historiadores, y aun de los que sin ser hijos del país se han ocupado en escribir sobre nuestros asuntos.

“Sea por esta circunstancia de que México es el pueblo que tiene mayor historia en el continente, sea porque haya producido más privilegiadas inteligencias, ó porque ha resuelto ya los mas difíciles problemas de su autonomía, es el caso que de algunos lustros acá nuestra literatura en conjunto revela cierto sello de familia, por decirlo así, cierta expresión idiosincrática que ya la singulariza en América. No es posible que se confundan nuestros historiadores y nuestros novelistas, nuestros líricos y nuestros dramáticos con los de ninguna otra nación continental. Hasta el periodismo tiene entre nosotros peculiar estilo y caracteres especiales; siendo palpable que sin dejar de ser castizos, hablamos un lenguaje que no es el usado en España, con multitud de voces indígenas y porción de arabismos y hebraísmos há mucho tiempo archivados en la madre patria, acaso desde la época de la conquista.

“La proximidad del coloso del Norte, por otra parte, nuestras dos san-

grientas pugnas con Francia, las lides intestinas que han desgarrado el seno de nuestra sociedad (que pues la guerra es elemento civilizador según Hegel), lo típico de nuestros hábitos y lo excepcional de nuestro territorio, nos colocan en condiciones bonancibles para crear una literatura verdaderamente mexicana, como parece que lo van entendiendo ya nuestros autores, que cada vez más se adhieren á las tradiciones de la patria y á los ideales en que ella cifra su grandeza y su prosperidad futuras."

Si el Sr. Gómez Flores, se hubiese producido como acaba de verse, tratando de combatir la servil imitación, la copia de lo europeo, acaso encontraríamos fundado su razonamiento; más ¿cómo creerlo así, cuando de los líricos sud-americanos se había propuesto hablar con el fin de que los jóvenes que forman el Liceo Mexicano no rindan culto á esos líricos?

Hemos dicho que nos maravillan las afirmaciones del Sr. Gómez Flores, porque á nuestro entender la historia de México no es la mayor ni la más original del continente. De ello puede convencerse cualquiera, con sólo comparar lo que aquí y en el Sur se ha escrito sobre las épocas anteriores á la conquista, sobre ésta, sobre los tres siglos de la dominación española, sobre la guerra de independencia, y finalmente, sobre las civiles é intestinas discordias que desde 1810 hasta hace muy pocos años ensangrentaron la América latina y retrasaron el advenimiento de la era de paz y de progreso á que por dicha nos ha tocado asistir.

¿Mayor, es decir, más extensa y más importante nuestra historia antigua? ¿Por qué? ¿Acaso la civilización peruana anterior á la conquista, fué inferior á la azteca? Fácil sería demostrar lo contrario.

La heroicidad con que los pobladores de Anáhuac defendieron su patria, ¿fué, por ventura, más sublime, y sobre todo, más constante que la de los araucanos?

La evangélica y nunca bien ensalzada tarea de los misioneros españoles, sus servicios á la humanidad y hasta á la ciencia, puesto que merced á sus afanes se conservaron los datos que á los filólogos modernos han servido para estudiar las lenguas indígenas, ¿fué menos ejemplar, menos grandiosa en el Sur que en el Centro y Norte de América?

La rapacidad, las crueldades de los conquistadores, ¿vistieron distintos caracteres y menor magnitud en el Perú, en Chile, en el Pla-

ta, etc., etc? Las luchas entre frailes y virreyes, los horrores de la inquisición, los males ocasionados por el sistema prohibitivo, la monotonía de la vida en la época del coloniage, la escasa por no decir nula participación de los criollos en los asuntos públicos, y tantas y tantas otras circunstancias, ¿no fueron siempre idénticas en todos los dominios de España en América?

Si de la epopeya de la emancipación se trata, debemos lealmente reconocer que en el Sur hubo héroes, no más patriotas y esforzados que los nuestros, pero sí más dignos del renombre de grandes guerreros. A Morelos, con ser un genio, no podemos equipararle con San Martín,¹ por más que nuestra gratitud y nuestra admiración y nuestro culto á las glorias de la patria nos hagan desear poder colocarle en la cima de la mayor grandeza. Un paralelo entre el *Sitio de Cuautla* y el *Paso de los Andes*, bastaría para demostrar esta verdad, que acaso provoque las iras de los que creen que el patriotismo veda proclamar ciertas superioridades.

Al estudiar nuestra historia contemporánea, comparándola con la de las otras Repúblicas del continente, no descubrimos la originalidad que el Sr. Gómez Flores atribuye á la primera. El mismo cúmulo de desaciertos administrativos, propio de pueblos que no están preparados para gobernarse por sí mismos; la misma ambición de mando, idénticos motines y asonadas para derrocar administraciones antes de que éstas se consolidaran y pudieran desarrollar el plan proclamado; luchas fratricidas, glorias hasta ayer purísimas manchadas hoy, nobles anhelos sofocados por pasiones bastardas, la prensa convertida en libelo infamatorio, las nulidades elevándose por medio de la intriga y de la adulación; deprimidos los ciudadanos honrados y dignos; la sed de riquezas, la violación flagrante de las leyes..... ¿no son, digámoslo con sinceridad, por bochornoso que sea confesarlo, las manchas que el historiador severo de los pueblos hispano americanos pretende en vano ocultar cuando al criterio de la justicia se sobrepone el criterio del patriotismo?

Dos períodos de nuestra historia, sí pueden y deben señalarse como originales y exclusivamente mexicanos: el de la Reforma, y el de la

¹ Por causas que no debemos desentrañar aquí, atribúyese á Bolívar la emancipación sud-americana. Nosotros creemos que esa gloria corresponde á San Martín. A Bolívar cupo en suerte, como á Iturbide en México, aprovechar los elementos acumulados por otros próceres ilustres más dignos que ellos del renombre de libertadores, como con documentos irrefutables puede comprobarse.

guerra contra la Intervención y el Imperio. Ningún pueblo del Sur puede gloriarse, como México, de haber, aunque á costa de sangre y de sacrificios, consumado la independencia de la Iglesia y del Estado; ni tampoco á nación alguna del mismo Sur ha cabido la gloria de arrojar de su suelo al invasor europeo consolidando para siempre la forma republicana, y ostentándose formidable paladín de la democracia en América. La gigantesca figura histórica de Juárez es exclusivamente nuestra. En esto sí vamos conformes con el Sr. Gómez Flores.

Mas, tiempo es ya de volver al terreno literario, para refutar hasta donde nuestras fuerzas alcancen y hasta donde lo permite la índole de este escrito, las ideas del distinguido escritor D. Francisco Gómez Flores.

Empeñado en probar nuestra superioridad en todo, enumera nueve prosistas sud-americanos y cerca de cuarenta mexicanos, agregando que de estos últimos no cita ni la mitad de los que con justicia podría mencionar; como para dar á entender con esto que juntas todas las Repúblicas del Sur no pueden presentar un catálogo de escritores que formen la octava parte de los que son timbre y gloria de México.

Si no conociéramos bien al Sr. Gómez Flores, nos inclinaríamos á creer que con malicia calló los nombres de muchos y muy ilustres prosadores, como los argentinos Alberdi, Gutiérrez, Avellaneda, López, Mancilla, Sarmiento, Mitre, Cané, Argerich, Goyena, Estrada, Wilde, Mármol, Gorriti y otros muchos; como los chilenos Bilbao, Vallejo, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Arteaga Alemparte, La Barra, Figueroa, Grez y cien y cien más; como los peruanos Lavalle, Pardo, etc., etc.; como los colombianos Torres Caicedo, Caro, Cuervo, Rivas Groot, Madieto, Samper, Acosta de Samper y Pombo; como los uruguayos Magariños Cervantes, Fregeiro, Acevedo, y Lamas; como los venezolanos Camacho, Rojas, y Bolet Peraza, y como los bolivianos y paraguayos que no citamos por no extendernos más.

Una noticia, siquiera fuese de los títulos de las obras de los prosadores sud-americanos que así al correr de la pluma hemos recordado, bastaría para que el lector menos dispuesto á encomiar la literatura de aquellos pueblos, se convenciera de que no pretendemos mal encaminar á la juventud los que procuramos atraer sus miradas hácia las producciones de nuestros hermanos del Sur. Mas no es necesario acometer empresa tan laboriosa, y mucho menos en este prólogo. Pero lo que sí es pertinente, es que nos vindiquemos del cargo que podría hacérsenos por la insistencia con que dedicamos nuestros trabajos á los

escritores y poetas de quienes con tan marcado desdén habló el Sr. Gómez Flores.

Jamás, lo repetimos, hemos recomendado á la juventud que en vez de seguir sus propias inspiraciones se limite á imitar á autor alguno, europeo ó americano, por excelso que sea. Nuestro ideal ha sido siempre la formación de una literatura que revista los caracteres de nacional, y si nos complace la lectura de los libros sud-americanos es precisamente por su color local, por su americanismo, por las semejanzas que desde luego encontramos entre esas producciones y las de aquellos de nuestros escritores que tienen iguales tendencias. Y si deseamos generalizar en México el conocimiento de aquellas, no es porque las consideremos un dechado, si no porque en pos de la fraternidad literaria que su lectura engendrará á no dudarlo, vendrán por modo natural y sencillo la fraternidad política, las íntimas y estrechas relaciones internacionales, y de allí la unión y la fuerza de los Estados hispano-americanos en cuyos destinos futuros tenemos gran fe.

Y no se crea que nosotros somos los soñadores únicos, los solos visionarios. Allí en el mismo suelo sud-americano alientan nobles pechos idénticas aspiraciones, traducidas en multitud de escritos que conocemos. Citaremos algunos nada más, por no parecer prolijos.

D. José Domingo Cortés, chileno, publicó en París [1873] un utilísimo *Diccionario biográfico americano*, obra que si bien se reciente de algunas inexactitudes y de no pocas deficiencias, puede servir de base para la formación de un gran libro de consulta. Pues bien, en el prólogo del *Diccionario* de Cortés, se leen las siguientes palabras:

"Sociedades que en gran parte arrancan del mismo origen, constituidas bajo regimenes análogos en su mayoría, con idénticas aspiraciones é intereses armónicos, los Estados americanos deben y tienen que formar una familia. Las malas inteligencias que suelen suscitarse entre ellos, las rivalidades que se suponen en germen, no proceden de otra causa que del aislamiento, fuente de todo egolismo. Este libro tiene por principal objeto reaccionar contra ese aislamiento, multiplicando y estrechando los vínculos relajados despues de la independencia, y haciendo familiares en todos nuestros países los nombres venerados y queridos en cada uno. Este noble fin es el que ha infundido al autor del libro, aliento para emprender su magna obra, y lo que ha mantenido su celo en el curso de la ejecución."

D. Francisco Lagomaggiore, compilador de la *América Literaria*,

antología digna de encomio, publicada en Buenos Aires en 1883, dice en el prefacio del libro:

“La falta de comunicación intelectual entre las repúblicas hispano-americanas, es causa de que sean desconocidos entre sí, á excepción de unos pocos escritores eminentes, los ingenios con que cuenta cada una de ellas; lo que es verdaderamente sensible. Este común aislamiento, lejos de estrechar los vínculos que las atan en su pasado glorioso, cuando iniciaron la lucha heroica de la emancipación, los alioja por el contrario, dándonos, como resultado inmediato, la secuestración de Estados que viven en un mismo continente; que fueron en un tiempo opulentas colonias de un mismo y poderoso soberano; que luego combatieron juntos por una misma causa; y que idénticos fines deben cumplir en el tiempo y en el espacio.

“Para remediar de alguna manera semejante estado de cosas, hemos afrontado la seria y penosa tarea de reunir en un haz las producciones de los hijos del norte y del sur de la América, presentando en un volumen la prosa y el verso, — junto al inspirado cantor del *Niágara* el del *Nido de Cóndores*; al lado del de Mitre, el nombre respetado de Alamán. Así, en las páginas de este libro, aunque divididos por las fronteras artificiales que les hemos creado para metodizar nuestro trabajo, se confunden todos ellos en un sólo terreno, y se cobijan bajo una sola enseña: la de la fraternidad intelectual.”

Tanto en el *Diccionario* de Cortés, como en la *América Literaria* de Lagomaggiore, se nota vivo empeño por honrar á los mexicanos, y los vacíos que en una y otra publicación se notan respecto á lo que nos atañe, débense á nuestra incuria ante la cual se estrellan las más de las veces los esfuerzos de los compiladores.

Y no es esto sólo. Guillermo Matta, Carlos Guido Spano y otros egregios poetas de Sud-América, han arrancado de sus lirás armoniosas notas para celebrar los triunfos de las armas mexicanas en la guerra contra la Intervención y el Imperio; el nombre de Juárez pronúnciase con respeto de un extremo á otro de los pueblos del Sur; las producciones de Acuña, de Flores, de Roa Bárcena, de Altamirano, de Peza y de otros poetas mexicanos son conocidas y celebradas allí, juzgadas por los críticos y reproducidas por la prensa; frecuentemente son obsequiados nuestros escritores por sus colegas del Sur con sus últimos libros, y adviértese en los libreros mismos gran empeño por obtener obras mexicanas.

Bien á las claras demuestran esos actos que existe la base principal de la fraternidad, la simpatía, y que con mutuo provecho pueden y deben desarrollarse las relaciones intelectuales que hoy están, puede decirse así, en germen.

A ese fin se han enderezado constantemente nuestros esfuerzos, y si los frutos alcanzados no han sido tan óptimos como era de desearse, culpa ha sido de nuestra insuficiencia y de la falta de colaboradores importantes, no de la causa abrazada con tanta fe y con tan grande entusiasmo, y con tal perseverancia sostenida.

Lejos estamos de abrigar la pretensión de poder dar perfecta idea del estado actual de la literatura sud-americana con la publicación de los estudios contenidos en este libro, primero de la serie que nos proponemos publicar. La distancia que nos separa del Sur, lo irregular de las comunicaciones, y otras causas que sería enojoso enumerar, nos obligan á escribir con lentitud, toda vez que nos privan de los datos que necesitamos para desempeñar concienzudamente la tarea que nos hemos impuesto. Porque, —debemos decirlo, —no acostumbramos juzgar á autor alguno sino después de haber estudiado con detenimiento sus obras; los juicios ajenos, aducidos por nosotros tantas veces, robustecen los nuestros, les prestan autoridad, mas no nos guiamos por simples referencias.

Expuestos los móviles que hemos tenido para escribir esta obra, réstanos sólo advertir al lector que la colocación de cada uno de los estudios en ella contenidos, no significa, por manera alguna, la intención de dar á pueblo ni escritor alguno la supremacía. Sucede precisamente lo contrario, y el aparente desorden de que pudiera tacharse á estas páginas, obedece al deseo de evitar enojosas rivalidades.

FRANCISCO SOSA.



EN EL ALBUM DE UNA ARTISTA.

(INÉDITA).

“Nunca, cruzando viajera,
 tuve más dulce y parlera
 aquí suspendió su vuelo;
 ni deidad más hechicera
 iluminó nuestro cielo.

“De su voz apasionada
 no tiene la melodía
 ni el zenzontli, la alborada
 saludando en la enramada
 de la floresta sombría.

“Y el triste y blando quejido
 de la tórtola, no oprime
 gimiendo sola en su nido,
 el corazón conmovido
 como su voz cuando gime.

“Y ¡qué mujer! y ¡cuán bella!
 Tienen fulgores de estrella
 sus ojos, y aquel que siente
 su influjo mágico, ardiente,
 quisiera morir por ella.

“Mirarla solo enamora;
 el que la escucha, la admira;
 se llora cuando ella llora,
 y sin querer, se la adora
 celoso cuando suspira.

“Dichoso quien la ternura
 de su corazón reclame
 dueño de tanta hermosura,
 ó siquiera la ventura
 de que su esclavo lo llame.

“Su juventud, su belleza,
 su gallarda gentileza,
 su talento y su decoro,
 son nada junto al tesoro
 de su virtud y pureza.

“En ella es gracia atractiva
 el enojo, como el llanto;
 seduce todo y cautiva,
 y hasta la frialdad altiva
 es en ella un nuevo encanto.

“Del Arte, en tanto, divina
 la viva y fúlgida lumbre
 su blanca frente ilumina,
 mientras que rauda camina
 de la gloria hacia la cumbre.”

Quando con fogoso acento
 así habla un hombre fuerte,
 de alto y noble pensamiento,
 su ardiente entusiasmo siento
 aun antes de conocerte.

Y con la fe del sectario
 te adoro, aunque no te veo,
 y lejos de tu santuario
 pongo mirra al incensario
 y en tu religión ya creo.

Para tus aras triunfales
 en el pobre huerto mío
 ya no brotan *inmortales*,
 y estas flores otoñales
 con mi admiración te envío.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

México, Octubre 18 de 1885.

BIBLIOGRAFIA.

Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y la revolución de Independencia.—Lagos.—Tipografía de Vicente Veloz, á cargo de A. López Arce.—Hemos tenido el gusto de recibir y de leer con la atención que merece, la 3ª entrega del tomo II de esta interesantísima obra, que está publicando el sabio y erudito escritor, D. Agustín Rivera.

La entrega que tenemos á la vista comprende desde la página 185 hasta la 276 inclusive, y en ella se ocupa su muy entendido autor, de *La oratoria sagrada en la Nueva España en el segundo tercio del siglo XVIII*, y demuestra el lamentable atraso en que estuvo, con gran acopio de razones, citas y documentos.

Comienza el Sr. Rivera por darnos apuntes biográficos, tomados de Beristáin, de los siguientes predicadores de Nueva España: Andrés Arce y Miranda, Juan Waldo Anguita, Alonso Moreno y Castro, Fray Martín de San Antonio, José Eugenio Ponce de León, Fray Juan López Aguado, Fray Manuel Farías, Bartolomé Hita y Parra, Arlegui, Francisco Javier Carranza, Fray José de la Cruz, Nicolás Fernández Pomar, Fray Antonio Muñoz Cartilblanque, y José Guerrero. Copia trozos de algunos de los sermones predicados por ellos, y basta una simple lectura, para convencerse del mal gusto que reinaba entonces. No parece sino que de intento, en esas piezas oratorias, se acumulaban las frases más ampulosas, los conceptos más alambicados, los epítetos más impropios, las más gongorinas hipérbolas y antítesis, y las palabras más vulgares, prosaicas, chocarrerías y obscenas. Los textos latinos, sagrados y profanos, raras veces están bien escogidos y colocados, y casi siempre traídos á fuerza, lo que los hace del todo inoportunos é inconducentes.

En el conciso paralelo que hace el autor, entre la oratoria sagrada de los Santos Padres y la oratoria gerundiana de la colonia; después de manifestar que aquellos se inspiraban, y bebían la elocuencia, en las fuentes más puras, predicando con valor y firmeza, sin miedo á los tiranos, ni temor á las contrarias sectas, dice lo siguiente, que creemos oportuno copiar: "Mas los gerundios aunque tuvieran el talento de un

Farías y de un Hita y Parra, estaban enervados como todo *vasallo*: no predicaban contra la esclavitud, contra la tiranía de los reyes y en pro de los derechos del hombre, porque se lo impedían los grillos de las instituciones monárquicas absolutas; no predicaban en pro de la raza india contra los encomenderos, los alcaldes mayores, los oidores, los alcabaleros y demás turba multa de oficiales reales, porque se lo impedían las esposas de la política colonial; no predicaban contra las trabas de la libertad de imprenta ni contra muchas supersticiones, porque se lo impedían la mordaza de la Inquisición. Pesaba sobre ellos entre otras esta ley, que era la 19, título 12, libro 1º de la Recopilación de Indias: "Encargamos á los Prelados seculares y regulares, que tengan mucho cuidado de amonestar á clérigos y religiosos Predicadores, que no digan ni prediquen en los púlpitos palabras escandalosas tocantes al gobierno público y universal, ni de que se pueda seguir pasión ó diferencia, ó resultar en los ánimos de las personas particulares que las oyeren poca satisfacción ni otra inquietud. Y ordenamos á nuestros Virreyes, Presidentes y Audiencias, que si los predicadores excediesen en esto, lo procuren remediar."

Privados de toda clase de libertades, inficionados del mal gusto, ignorantes á pesar de sus borlas y bonetes, los oradores de Nueva España tenían que predicar sermones indigestos, llenos de latines semibárbaros, y de ridículas consejas.

¿Qué clase de oratoria sagrada era la de Nueva España, que contaba predicadores como Arce y Miranda, que en un sermón sobre la Virgen de Guadalupe fingió un pleito judicial entre los Cielos, la América y Castilla, en el cual, después de citar varios textos del *Digesto*, vino á la conclusión de "que la Imagen ó pintura celestial de Guadalupe fué concebida en el cielo en la mente del más Divino Apeles; pero nacida en América en el Ayate del humilde *macehualte* Juan Diego, y dígolo de una vez *bautizada* en Europa." ¿O, como López Aguado, que enumerando las virtudes de una monja, Sor María Luisa de Santa Catarina, afirmaba que el Señor, para darle á entender que debía despreciar lo más mínimo de la tierra, le había enviado *un ratón* que le hiciera pedazos *cuatro ollas* que tenía en *una tabla*?

¿Qué clase de predicador era el mismo Arce y Miranda, que en otro sermón se propuso tratar cuestiones como éstas:—"¿cuál fué más dichoso, el vientre de la Abuela de Cristo ó el de su Madre? ¿cuál fué más prodigioso, el vientre de Ana ó el de María? ¿cuál fué más singu-

lar en la fecundidad de su parto, el vientre de la Abuela por estéril ó el de la Madre por Virgen?"—y que más adelante, se puso á explicar los misterios de la generación?

Quien dude esto, consulte la obra que estamos examinando, páginas 215 y siguientes; y para que más se admire y sorprenda, le advertiremos, que Arce predicaba en esa vez delante de las religiosas Capuchinas de la ciudad de Puebla de los Angeles, el día 23 de Julio de 1753, "con la circunstancia, dice el título del sermón, de estar patente el Santísimo Sacramento."

No podemos resistir á la tentación de trasladar aquí, un fragmento del sermón que el citado Arce y Miranda predicó en el Convento de Carmelitas descalzos, en honor de Santa Teresa, y que corre impreso con el extravagante título de *La Madre de su Madre y Esposa de su Padre*. Dice así:

"Las esforzadas Amazonas, que tan gloriosa con sus victorias, hicieron á la Asia, se cortaban ó cauterizaban un pecho, que era el diestro, para estarlo más al manejo de las armas..... Obraron prudentemente, porque no criando en su República más que á las hembras, pues á los varones mataban, con un pecho les bastaba. No así Teresa, que como había de criar en su Sagrada República Varones Santos y Virgenes Prudentes, de ambos pechos necesitaba... ¡Oh y con que agudeza lo dijo admirando el esfuerzo de nuestra santa el erudito Másculo!

"Hasta aquí hemos considerado á Teresa como Madre de aquella religión de quien fué hija; ahora la hemos de atender en orden de su Padre Elías, de quien fué Esposa. Pero si Hija ¿cómo Esposa? Ea, que no será el primer hombre que se desposó santamente con su misma hija, como después veremos..... Yo á un varón tan constante y fuerte (Elías) quiero darle sin disonancia una mujer de hueso. A la primera de todas que fué Eva, formó Dios de la costilla de Adam dormido, y así Eva fué hija de Adam, pues aunque no procreada fué de él nacida. ¿Y con quién se casó Adam? ¿Eso se duda? Con su misma hija que fué Eva..... Miren ya si tuve razón en decir que no sería Elías el primero que santamente se hubiese casado con su misma hija..... Si Eva de un parto le dió á Adam hijo y nieto, Teresa de dos partos, ó de uno, le dió á Elías hijos y nietos sin número. De aquí se infiere que si las demás Religiones son hijas de sus fundadores, la del Carmelo sobre ser hija, es nieta de su fundador."

Después de habernos dado á conocer trozos de sermones tan dispa-

ratados como el anterior, aduce al Sr. Rivera, los testimonios de Feyjoo, Macanaz, Mayans, Isla, Roda, Madramany, Lafuente, Ferrer del Rio, Gil y Zárate, y de los autores de la Enciclopedia de Mellado, para demostrar al atraso de España en la oratoria sagrada en el último tercio del siglo XVII y en el primero y segundo del XVIII, única cosa que pudiera disculpar á los predicadores de Nueva España; pues siendo ésta el reflejo en las ciencias y en la literatura de su Metrópoli, no podía pedirseles, á los oradores sagrados de la época colonial, más de lo que sabían y les enseñaban sus maestros de la Península.

Emite en seguida, el Sr. Rivera, un juicio sobre el Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren, principalmente considerándolo, como crítico de oratoria sagrada y como bibliógrafo, pues es sabido que escribió el principio de una *Biblioteca Mexicana*; juicio bastante desfavorable, pues dice que "era el Dr. Eguiara como muchos eruditos que hubo en la Nueva España antes de Carlos III [y algunos hubo también después]: hombres de grande inteligencia, y por lo regular monjes y canónigos, que después de estar cuarenta ó cincuenta años encerrados en la celda de un convento ó en su aposento sobre los libros, llegaban á adquirir un gran caudal de conocimientos en varias ciencias: caudal que se componía de una muchedumbre de textos de la Escritura, de versos de clásicos paganos y pasajes mitológicos; de sabias doctrinas teológicas y canónicas y de *intrínquilis* aristotélicos; de hechos de la historia profana y de consejos de la edad media, y en fin, de numerosos textos, conceptos, especies y noticias que habían leído en multitud de autores, que en su mayoría eran pseudoperepatéticos, *Dédalos de ingenio* y libros de baja ralea: caudal de conocimientos que conservaban en su felicísima memoria y en su entendimiento como en un almacén, y vertían á granel en sus conversaciones privadas, en sus sermones y en sus libros; pero sin crítica, sin filosofía, sin buen gusto." Agrega, que Eguiara se propuso escribir una obra "para probar y desarrollar muy extensamente esta proposición: la Nueva España es feraz en todas las ciencias, ó lo que es lo mismo, la Nueva España se halla en un estado de avanzada civilización en el orden intelectual y literario." Mas, que para esto, necesitaba haber escrito una obra de bibliografía, y no de biografía, como fué su Biblioteca, pues en ella, es cierto que menciona "el título de cada libro, su autor, la ciudad y año de impresión y el nombre del tipógrafo; pero no habla de la doctrina del libro, de su método, ni de su estilo." Censura á Eguiara, calificándola de pésima, la clasi-

ficación de autores que hizo en su citada *Biblioteca*, pues los colocó por orden alfabético, no de apellidos, sino de nombres. Y por lo que respecta al talento de Eguiara y Eguren para juzgar, dice el Sr. Rivera, que carecía de crítica literaria, como lo demuestra la aprobación que hizo de los sermones de Arce y Miranda; la cual aprobación, nos persuade que fué un "Dédalo de ingenio, falso escolástico, gerundio y gongorino."

Con juicio tan severo como justo, termina la tercera entrega de los *Principios críticos*, y en las últimas páginas se anuncia ya otro, que promete ser muy importante, pues en él se ocupará, el ilustrado y progresista sacerdote, Sr. D. Agustín Rivera, del renacimiento de la buena oratoria sagrada en Nueva España durante el segundo tercio del siglo XVIII.

Juntamente con la entrega anterior, recibimos una carta impresa y dirigida al Sr. Lic. D. Hilarión Romero Gil, por el mismo Sr. Rivera, que es una crítica del opúsculo escrito por el Presbítero D. Dámaso Sotomayor, sobre una URNA GRIEGA descrita é interpretada bajo la CLAVE JEROGLIFICA DE LOS AZTECAS.

La carta está redactada en estilo jocoso y satírico, pero razonado, y en ella se censuran con justicia las absurdas interpretaciones que de dicha URNA hizo el Sr. D. Dámaso Sotomayor. En cuanto á éste, ya hemos tenido ocasión de leer algunos de sus estudios, y nos parece que es uno de esos anticuarios y etimologistas, de los cuales dijo el Dr. Mier, que comenzaban por adivinanzas, seguían por visiones, y concluían por delirios.

Anales del Museo Nacional de México. — Tomo IV. — Se ha reparado la entrega 4.^a correspondiente al mes de Enero, y su contenido es el siguiente: *Calendario Tarasco* por F. P. T., artículo meditado, juicioso y erudito como todo lo que escribe el apreciable director del Museo; *Primates, Carnívoros é Insectívoros de México* por Alfonso Herrera [hijo], quien como naturalista sigue las huellas de su ilustrado padre; *Epigrafía Mexicana* por Jesús Galindo y Villa, y la reimpresión del *Arte de la lengua mexicana* por el P. Antonio de Rincón, 1595.

Después del artículo del Sr. Troncoso, sobre el *Calendario Tarasco*, que á nuestro juicio es el mejor de la entrega, nos ha llamado particularmente la atención, el que lleva por título *Epigrafía Mexicana*.

Es bien sabido que entre nosotros nadie, ó muy pocos, se había consagrado á escribir sobre esa ciencia auxiliar de la historia, y era muy sensible que muchas inscripciones de nuestros templos, edificios y monumentos públicos, estuviesen desapareciendo bajo la mano destructora del tiempo, de la incuria y de la ignorancia, sin que una persona inteligente las copiara y reuniera en un estudio, para conservarlas antes de su completa destrucción. En las inscripciones se encuentran muchas veces, ya la fecha de fundación de un establecimiento piadoso ó de beneficencia, ya la del día en que nació ó murió un varón célebre; ora la biografía compendiada de algún gobernante ilustre, ó el conciso pero justo elogio de un literato, un sabio ó un héroe.

—El joven Galindo y Villa, penetrado, sin duda, de la importancia de esta clase de estudios, con la paciencia y laboriosidad que semejante trabajo requería, sin arredrarse por las muchas dificultades que de seguro encontró, ha copiado todas las inscripciones que aún se conservan en la ciudad de México, comenzando por las que existen en Catedral, y no se ha contentado con la simple copia, sino que la ilustra con datos y noticias biográficas y bibliográficas, lo que hace que su *Epigrafía Mexicana* no sólo sea curiosa sino importante. Lo felicitamos.

No será inoportuno, para concluir, dar algunas noticias biográficas, las únicas que se conservan en las obras de Oviedo, Alegre y Beristáin, sobre el autor del *Arte Mexicana*, que hoy se reimprime de nuevo en los Anales, pues ya lo había sido el año de 1885, por el Dr. D. Antonio Peñafiel.

Nació el P. Antonio de Rincón, en la ciudad de Texcoco, y fué descendiente de los antiguos reyes que en ella gobernaron. En 1573 fué admitido en Tepetzotlán por la Compañía de Jesús, y durante los veintiocho años en que ahí vivió, se hizo distinguir por su talento, letras y ejemplar conducta. En las misiones que emprendió por el obispado de Puebla de los Angeles, logró extirpar muchos abusos y costumbres supersticiosas é idolátricas; pero con tal celo, con tal afán, que adquirió una grave enfermedad de la cual quedó paralizado de un lado de su cuerpo, y aún así continuó predicando durante doce años, hasta su muerte, acaecida el día 2 de Marzo de 1601, en un pueblo distante ocho leguas de Puebla. Que tan virtuoso jesuita, fué muy perito en lengua mexicana, es cosa en que están conformes todos, y lo demuestra su *Arte* impreso por primera vez en México, en casa de Pedro Balli, el año de 1595. La edición que ahora publican los *Anales del Museo*, está

hecha con gran cuidado y esmero, y las pruebas han sido corregidas por una persona muy docta y competente.—LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Su Excelencia y su Ilustrísima.—D. Santiago Vaca-Guzmán, Ministro que acaba de ser de Bolivia en la República Argentina, ha publicado en Buenos Aires en los primeros días de Enero del corriente año, una novela intitulada *Su Excelencia y su Ilustrísima*, precedida de un juicio crítico por él mismo.

No es la novela que anunciamos la primera obra de su autor. De 1878 acá, ha publicado las siguientes: La Aduana nacional,—Obligaciones del contrato de compra-venta,—La usurpación en el Pacífico,—Intereses sociales entre Bolivia y el Plata,—Bolivia,—La literatura boliviana,—El explorador Crevaux y el río Pilcomayo,—La mujer ante la ley civil, la política y el matrimonio,—Días amargos,—El Chaco oriental,—Reglas de Derecho internacional.

Su Excelencia y su Ilustrísima es una novela histórica. En ella, como en las *Tradiciones* de Ricardo Palma, se encuentran fielmente retratadas las costumbres de los pueblos latino americanos en los siglos de la dominación española. La trama es bien sencilla, y sin embargo el libro ofrece interés al lector.

El Sr. Vaca-Guzmán va contra la común corriente en Sud América, en lo que respecta al manejo del idioma. Entusiasta admirador de los autores del siglo de oro de las letras castellanas, los imita de tal suerte, que las páginas por él escritas se hallan plagadas de trasposiciones y de vocablos arcaicos. Ni el académico español Fernández Guerra supera al boliviano Vaca-Guzmán en este culto al pasado. Naturalmente en nuestros días, y sobre todo en Sud-América, muy contados serán los que aplaudan las tendencias del autor que nos ocupa. Bien podía ser catizo sin ser arcaico el Sr. Vaca-Guzmán, y mucho ganarían sus obras. En España misma no privan los escritores que rebuscan giros y vocablos para ostentarse clásicos, y son celebrados, así por los doctos como por el vulgo, Valera, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Pérez Galdós, Pereda y otros que huyen de toda afectación.—F. S.

UN VENTRILOCUO.

(TRADICIÓN.)

El General D. Antonio Valero, natural de México, y jefe de Estado Mayor de la división que, en 1825, sitiaba el Callao defendido por el Brigadier realista D. Ramón Rodil, valía por su inteligencia, denuedo, actividad y previsión, casi tanto como un ejército.

Pertenecía á esa brillante pléyade de generales jóvenes que realizaron, en la guerra de independencia, hazañas dignas de ser cantadas por Píndaro y Homero. Valero, casi adolescente, militó en España y fué uno de los defensores de Zaragoza. Más tarde en México, su patria, Colombia y el Perú combatió en favor de la independencia americana.

En la época en que lo presentamos, Valero acababa de cumplir treinta y tres años, y era el más perfecto tipo del galán caballeresco. Sus compañeros del ejército de Colombia, siguiendo el ejemplo de Bolívar, eran prosaicos y libertinos en asunto de amoríos. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. Él entraba en el cuartel; pero el cuartel no entró en él.

En un salón, Valero eclipsaba á todos sus compañeros de campamento, por la elegancia y aseo de su uniforme, gallardía de su persona y exquisita amabilidad de su trato. En el campo de batalla, era Valero, como todos los bravos de la patria vieja, un león desencadenado. No hacía más; pero no hacía menos que cualquiera de sus camaradas.

Valero había sido favorecido por la naturaleza con una cualidad, rarísima hoy mismo, y que á principios del siglo se consideraba como sobrenatural, maravillosa, diabólica; cualidad de cuya existencia sólo la gente muy ilustrada, en el Perú, tenía noticia más ó menos vaga.

El General Valero era... VENTRILOCUO.

Son infinitas las anécdotas de ventrilocuismo que sobre él cuenta la tradición, y la fácil pluma del General colombiano Luis Capella Toledo ha escrito una historia de amor, en que Valero hizo noble uso de esa habilidad ó disposición orgánica, para obligar á una joven á que no se apartase del camino del deber.

A un militar de los tiempos que fueron oí referir que en un banque-

te se propuso Valero mortificar al General Santa-Cruz, pues al trinchar un camarón, éste le dijo con voz lastimera:

—¡Por amor de Dios, mi General, no me coma usted, que soy padre de familia y tengo á quien hacer falta!

Sorprendido Santa-Cruz dejó el trinche, maravillado de oír hablar á un camarón.

Puede asegurarse que, hasta entonces, no tenía Santa-Cruz la menor idea del fenómeno.

Gracias á esta individual y extraña cualidad, salvó el General Valero de ser fusilado por Rodil. Reframos el lance.

El castellano del Real Felipe tuvo aviso de que oficiales patriotas, aprovechando la tiniebla nocturna, se aventuraban á penetrar en el Callao, sin duda para concertarse con algunos descontentos y conspiradores. Rodil aumentó patrullas de ronda y, efectivamente, consiguió apresar, en diversas noches, un oficial y dos soldados. De más está añadir que los envió á pudrir tierra.

Era una madrugada, y el General Valero, emprendiendo el regreso á su campamento de Bellavista,¹ después de haber pasado un par de horas en conferencia con uno de los jefes del castillejo de San Rafael, iba á penetrar en una callejuela cuando sintió, por el extremo de ella, el acompasado paso de una patrulla.

El audaz patriota estaba irremisiblemente perdido si seguía avanzando, y retroceder le era también imposible. Entonces, ocultando el cuerpo tras el umbral de una puerta, apeló á su facultad de ventríloco.

Cada soldado oyó sobre su cabeza, y como si saliera del cañón de su fusil, este grito:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los godos!

Los de la ronda, que eran ocho hombres, arrojaron al suelo esos fusiles á los que se les había metido el demonio, fusiles insurgentes que habían tenido la audacia de gritar palabras subversivas, y echaron á correr poseídos de terror.

Media hora después el General Valero llegaba á su campamento riendo aún de la aventura, á la vez que dando gracias á Dios por haberlo hecho ventríloco.

Lima.

RICARDO PALMA.

¹ Bellavista se halla á un cuarto de legua del Callao.

UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Continúa.]

Al sentarse en la Sede apostólica el nuevo papa inmortalizó, adoptándolo, el nombre de Gregorio VII. El estado de su ánimo se revela fielmente en la carta que poco después de su exaltación escribió á Hugo, abad de Cluny: “¡Ojalá pudiera haceros comprender—le decía— las tribulaciones que me asaltan y los incesantes trabajos que me abruma diariamente! Muchas veces he rogado al Salvador divino que me saque de este mundo ó que me permita ser útil á la Iglesia, nuestra madre común. Un dolor inefable, una inmensa amargura han invadido mi alma al contemplar la iglesia de Oriente, arrancada á la fe católica por el espíritu de las tinieblas. Vuelva yo mis ojos al Occidente, al Mediodía, al Norte, apenas veo algunos sacerdotes que hayan subido al episcopado por las vías canónicas, que vivan como cumple á su estado y carácter, que gobiernen á su rebaño con espíritu de caridad, y no con el insultante y despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, ni la justicia al interés; y los pueblos que me rodean, romanos, lombardos y normandos son peores que judíos y gentiles..... Si no alimentase la confianza en una vida mejor y el deseo de ser útil á la Iglesia, no permanecería más en Roma, sábelo Dios, donde me encuentro como encadenado hace más de veinte años, flotando entre un dolor que se renueva día por día, y una esperanza ¡ay de mí! demasiado remota: mi existencia, atacada por mil tempestades, no es más que una continua agonía. Pues que estamos obligados á emplear todos nuestros esfuerzos para reprimir á los malvados, y á defender la vida de los religiosos, mientras que los príncipes descuidan sus deberes, te exhorto fraternalmente á que me ayudes, rogando á los que profesan un amor sincero á San Pedro, que sean de veras sus hijos y soldados, y á no preferir á él los potentados de la tierra, que sólo sirven para otorgar

te se propuso Valero mortificar al General Santa-Cruz, pues al trinchar un camarón, éste le dijo con voz lastimera:

—¡Por amor de Dios, mi General, no me coma usted, que soy padre de familia y tengo á quien hacer falta!

Sorprendido Santa-Cruz dejó el trinche, maravillado de oír hablar á un camarón.

Puede asegurarse que, hasta entonces, no tenía Santa-Cruz la menor idea del fenómeno.

Gracias á esta individual y extraña cualidad, salvó el General Valero de ser fusilado por Rodil. Reframos el lance.

El castellano del Real Felipe tuvo aviso de que oficiales patriotas, aprovechando la tiniebla nocturna, se aventuraban á penetrar en el Callao, sin duda para concertarse con algunos descontentos y conspiradores. Rodil aumentó patrullas de ronda y, efectivamente, consiguió apresar, en diversas noches, un oficial y dos soldados. De más está añadir que los envió á pudrir tierra.

Era una madrugada, y el General Valero, emprendiendo el regreso á su campamento de Bellavista,¹ después de haber pasado un par de horas en conferencia con uno de los jefes del castillejo de San Rafael, iba á penetrar en una callejuela cuando sintió, por el extremo de ella, el acompasado paso de una patrulla.

El audaz patriota estaba irremisiblemente perdido si seguía avanzando, y retroceder le era también imposible. Entonces, ocultando el cuerpo tras el umbral de una puerta, apeló á su facultad de ventrílocuo.

Cada soldado oyó sobre su cabeza, y como si saliera del cañón de su fusil, este grito:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los godos!

Los de la ronda, que eran ocho hombres, arrojaron al suelo esos fusiles á los que se les había metido el demonio, fusiles insurgentes que habían tenido la audacia de gritar palabras subversivas, y echaron á correr poseídos de terror.

Media hora después el General Valero llegaba á su campamento riendo aún de la aventura, á la vez que dando gracias á Dios por haberlo hecho ventrílocuo.

Lima.

RICARDO PALMA.

¹ Bellavista se halla á un cuarto de legua del Callao.

UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Continúa.]

Al sentarse en la Sede apostólica el nuevo papa inmortalizó, adoptándolo, el nombre de Gregorio VII. El estado de su ánimo se revela fielmente en la carta que poco después de su exaltación escribió á Hugo, abad de Cluny: “¡Ojalá pudiera haceros comprender—le decía— las tribulaciones que me asaltan y los incesantes trabajos que me abruma diariamente! Muchas veces he rogado al Salvador divino que me saque de este mundo ó que me permita ser útil á la Iglesia, nuestra madre común. Un dolor inefable, una inmensa amargura han invadido mi alma al contemplar la iglesia de Oriente, arrancada á la fe católica por el espíritu de las tinieblas. Vuelva yo mis ojos al Occidente, al Mediodía, al Norte, apenas veo algunos sacerdotes que hayan subido al episcopado por las vías canónicas, que vivan como cumple á su estado y carácter, que gobiernen á su rebaño con espíritu de caridad, y no con el insultante y despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, ni la justicia al interés; y los pueblos que me rodean, romanos, lombardos y normandos son peores que judíos y gentiles..... Si no alimentase la confianza en una vida mejor y el deseo de ser útil á la Iglesia, no permanecería más en Roma, sábelo Dios, donde me encuentro como encadenado hace más de veinte años, flotando entre un dolor que se renueva día por día, y una esperanza ¡ay de mí! demasiado remota: mi existencia, atacada por mil tempestades, no es más que una continua agonía. Pues que estamos obligados á emplear todos nuestros esfuerzos para reprimir á los malvados, y á defender la vida de los religiosos, mientras que los príncipes descuidan sus deberes, te exhorto fraternalmente á que me ayudes, rogando á los que profesan un amor sincero á San Pedro, que sean de veras sus hijos y soldados, y á no preferir á él los potentados de la tierra, que sólo sirven para otorgar

“favores despreciables y transitorios, en tanto que Jesús los promete efectivos y eternos..... Nuestro único deseo es que los impíos se conviertan; que la Iglesia, conculcada, confusa y dividida recobre su antiguo esplendor; que Dios sea glorificado en nosotros, y que nosotros, con nuestros hermanos y hasta con los mismos que nos persiguen, podamos alcanzar la salvación. Por una vil merced prodiga el soldado su vida, y ¿temeríamos nosotros arrostrar la persecución por lograr la vida eterna?.....”

En tanto que Gregorio VII se apercebía, intrépido y sereno, á realizar los vastos proyectos que había concebido cuando no era más que Hildebrando, príncipe de la Iglesia y consejero de tantos pontífices, el emperador Enrique IV arrostraba con varia fortuna la desatada tormenta que rugía en Alemania y que le empujó hasta el extremo occidental de sus anchos dominios. No obstante que tan apurada situación favorecía las miras de Gregorio, éste, en quien competían la actividad, el valor, la fecundidad de recursos y la astucia para descubrir los planes contrarios, creyó entonces conveniente mostrarse circunspecto y moderado, pues poseía también la calma necesaria al que quiere ir muy lejos, y aceleraba ó contenía el paso, según las circunstancias: así fué que ajustándose al decreto de Nicolás II, hizo que su nombramiento, reconocido por los cardenales, recibiese la confirmación del emperador, siendo esta la vez postrera en que ejerció tan importante derecho el jefe del imperio. Bonizo, obispo de Sutri y autor del libro *Ad amicum* henchido de imposturas y falsedades, ha hablado de una activa carta de Gregorio al emperador Enrique, en la cual, al informarle aquel de su elevación al pontificado le prevenía que en el caso de que confirmase su nombramiento habría de luchar contra él, hallándose poco dispuesto á tolerar sus crímenes y excesos. Esta cita ha sido acogida sin reserva por algunos escritores modernos; pero tiene en contra la sospechosa autoridad del mismo Bonizo, y sobre todo, las cartas que á raíz de su elección dirigió Gregorio á las princesas Beatriz y Matilde de Toscana, y á Godofredo, duque de la Baja Lorena, en las que expresaba sus deseos de vivir en completa armonía con el emperador.¹ Y más que todo ésto, el nuevo pontífice al echar de olvido la inti-

¹ Ch. Giraud, *Gregorio VII y su tiempo* [*Revue des Deux Mondes*, Abril de 1873.] —Entre los escritores modernos que han acogido la cita de Bonizo se cuentan Mignet y Cantú. El primero la admite con las modificaciones que plugo hacerle al cardenal de Aragonia en el siglo XIV; y el segundo, sin reserva ninguna [véase *Historia Universal*, tomo III, pág 579, edición de París 1881.] La sistemática defen-

mación famosa de Alejandro II, afirmaba así la actitud tranquila, casi contemporizadora, que creyó conveniente asumir en aquellos momentos.

No obstante la moderación que señaló la primera época del pontificado de Gregorio VII, sentíase en los aires rumor de próxima tempestad, y de esta general aprensión nos dan testimonio precioso los escritos contemporáneos: desde luego, los partidarios de las reformas, los cluniacenses, los monjes italianos y sajones, y el pueblo sajón también, se regocijaron al saber la exaltación del hombre que encarnaba sus más caros ideales; al contrario, la corte de Alemania y los obispos simoniacos vieron con recelo y natural zozobra, entronizado en la altísima sede, al consejero é inspirador de Nicolás II, al austero monje que le había inducido á reformar la iglesia de Milán, y que bajo el pontificado de León IX reprimió con inusitada severidad las licenciosas costumbres del clero regular en Roma y en las Galias. Pero unos y otros presentían que el impetuoso carácter del nuevo pontífice no tardaría en provocar peligrosos é inflamados conflictos.

Antes de reseñar los notables sucesos que se desarrollaron á partir de la primavera de 1074, preciso es indicar rápidamente la situación del pontificado en los momentos de ascender al trono Gregorio VII. Respetado por los pueblos lejanos, no inspiraba el mismo sentimiento al de Italia en quien se transmitía, vigorosa, la tradición de los crímenes y escándalos que lo deshonraron en el curso del siglo X; Roma misma, devorada por las facciones feudales, no era un asiento seguro para el que se había mostrado más de una vez enemigo implacable de aquellos turbulentos señores, bien hallados con el ejercicio de su voluntad omnipotente; el poder espiritual, mal afirmado aún, estaba sometido á la autoridad constituyente de los concilios y no podía contar con la obediencia absoluta de los obispos, como lo demostraba la resistencia del de Milán en la época de Nicolás II; el sistema de legaciones que habían de representar en todas partes al pontífice romano, carecía de la organización que más tarde lo perfeccionó haciéndolo fuerte, eficaz y temido; y la lucha con el imperio, que tanta importancia debía dar á

sa que del papado hace el autor italiano, y lo ligero y superficial de sus juicios, explican suficientemente su adhesión á lo que afirmó en su obra el obispo de Sutri.

¹ Debemos añadir aquí que las principales órdenes religiosas, tales como las de la Merced, de San Francisco y de Santo Domingo, á cuyos miembros ha llamado un autor los *missi dominici* de los papas, no existían aún en aquella época. Los institutos aprobados hasta entonces por los pontífices eran los de San Benito, de Clu-

la autoridad pontifical, no se había empeñado todavía, y ésta era en cierto modo un fantasma que imponía á los medrosos, pero al que se atrevían los audaces y los fuertes. Además, los principios del papado en aquella época no estaban determinados de una manera clara y precisa: ora invocaba las decisiones de los concilios, ora la autoridad del Evangelio ó de los Santos padres, ó bien se apoyaba en las decretales y en las doctrinas de los nuevos doctores. Gregorio VII se sintió con el aliento bastante para dirigir la revolución que debía libertar al pontificado, primeramente de la sujeción feudal, y luego, de la tutela del imperio; levantar muy alto su prestigio convirtiéndolo en centro de moralidad, y finalmente, reasumir en él el poder eclesiástico y cambiar su antigua y confusa constitución.

En marzo de 1074 Gregorio presidió un sínodo en el que quedó prohibido el ejercicio del culto á todos los sacerdotes culpables de simonía, conminándose á los obispos que no cumplieren ese decreto. La corte de Alemania sintió toda la rudeza del golpe que se le asestaba, pues en ella privaban los simoniacos, y los mismos consejeros secretos de Enrique IV ejercían la simonía públicamente. El sínodo romano anatematizó también á los sacerdotes concubinaros, que tal fué la denominación aplicada entonces á los miembros del clero que se casaban, en virtud de las disposiciones contradictorias que hasta esa época se habían dictado respecto del celibato de los eclesiásticos.¹ Varios legados llevaron solemnemente á Alemania los decretos del concilio, y no obstante la resistencia que los simoniacos y concubinaros opusieron á su cumplimiento, la corte imperial, en la situación difícil que le había creado la actitud hostil de Sajonia, se vió entonces obligada á ceder. A la enérgica iniciativa de Roma correspondió en Alemania una poderosa corriente reformista, cada día mayor, y que reconocía como centro el monasterio de Siegburgo. No es de extrañar que sintiéndose fuerte con esta inteligencia en el campo que debía considerar como enemigo, Gregorio se mostrase más y más inflexible: así, al espirar el año de 1074 citó á comparecer en Roma á Sigifredo, arzobispo de Maguncia, y á los obispos de Constanza, Estrasburgo, Espira, Augsburgo, Bamberg y Wurzburg, para contestar á los cargos que se les

ny [que seguía la misma regla,] de San Basilio y de San Romualdo [camandulenses].

¹ Véase Cantó, autor de cuya ortodoxia nadie podrá dudar fundadamente [*Historia Universal*, tomo III, pág. 580, edición de París, 1881].

dirigían; prohibió á los fieles alemanes que obedeciesen á los sacerdotes casados: y otro sínodo, reunido por su mandato en la cuaresma de 1075, renovó la prohibición de la simonía, excomulgando á cinco consejeros del monarca alemán que se habían hecho reos de este delito, vedó el matrimonio para todos los eclesiásticos, y ordenó que ningún sacerdote recibiera la investidura de manos de un laico.¹

Esta fué también la época en que Gregorio VII concibió un grande y glorioso pensamiento, realizado por los papas que inmediatamente le siguieron, y que tuvo como principales consecuencias el vigoroso ensanche de actividad en los pueblos de Europa, y nuevos gérmenes de progreso que modificaron el orden político, social y religioso, dominante en la Edad Media. Más de cuatrocientos años habían transcurrido desde que los árabes se levantaron movidos por una robusta idea religiosa contra los pueblos cristianos; bastó una centuria para que los ejércitos del islamismo sujetasen el Asia hasta la India y el Turán, conquistasen la Siria y el Africa del Norte, y ocuparan victoriosos toda la España, excepto el rincón de las montañas astures que sirvió de asilo á las reliquias de la monarquía goda. Y si la espada de Carlos Martel no los hubiese destrozado en las llanuras de Poitiers (732), y si León el Isáurico no los forzase, algunos años antes, á levantar el sitio de Constantinopla, toda la cristiandad hubiera sufrido entonces el yugo de los sectarios del Profeta. Esos sangrientos y pavorosos desastres detuvieron las invasiones de los mahometanos y salvaron el centro y el oriente de la Europa, pero no impidieron la pérdida de las principales islas del Mediterráneo. Al principiar el siglo oncenno el califato de Córdoba, al fraccionarse en varios Estados, se debilitó y previno los triunfos sucesivos de las armas cristianas en la península ibérica; pero en cambio, nuevos defensores del islamismo, los feroces turcomanos procedentes de las orillas del mar Caspio y del lago Aral, aparecieron en el último tercio de ese mismo siglo devastando el Asia Menor y poniendo en grave peligro al imperio de Constantinopla. Miguel Ducas (Parapinacio), menguado sucesor del valiente Diógenes Romano, clamó en su angustia á las naciones occidentales, y en particular al ilustre jefe de la Iglesia, indicándole la posibilidad de que cesase el cisma entre los cristianos griegos y latinos, en el caso de que su imperio se

¹ Véase la *Historia de los Estados de Occidente desde Carlomagno hasta Maximiliano* por el Dr. Prutz, Cap. VI.

salvara de la espantable dominación seldyucida, merced á los auxilios que del Occidente recibiese.

Nuevos y vastos horizontes abría á la incansable actividad de Gregorio VII el ruego del acongojado bizantino, y quizás el alto genio del pontífice abarcó toda la evolución que había de efectuar el levantamiento de la cristiandad contra el islamismo, de las nuevas naciones de Occidente contra los pueblos antiquísimos de Oriente, que de continuo las amenazaban. Recibió con entusiasmo la petición del invadido Bajo Imperio, y su voz resonó en todo el ámbito de Europa excitando á los fieles á tomar las armas en defensa de la fe cristiana. Un ejército de cincuenta mil hombres se reunió, dispuesto á marchar á las órdenes del pontífice mismo; pero la lucha que á poco hubo de sostener éste contra Enrique de Alemania le obligó á aplazar la realización de su proyecto. “Desde esta época, sin embargo, quedaba ya abierta la “puerta, por la cual podían marchar los ejércitos cristianos contra “el islamismo. Los emperadores bizantinos siguieron hallándose en “la más peligrosa situación, y pronto volvieron de nuevo sus ojos al “soberano espiritual de Occidente. Los sucesores de Gregorio tuvieron el mismo interés que éste en prometer auxilios; y las mismas “tendencias iniciadas en el seno de la cristiandad empujaban, además, “en ese sentido, y se desarrollaban en proporciones cada vez mayores.”¹ Veinticinco años después de las excitativas de Gregorio VII las armas cristianas se apoderaron de Jerusalem y comenzaba el fecundo período de las Cruzadas.

Los acuerdos del sínodo celebrado en la primavera de 1075 produjeron intensa agitación en Alemania: la simonía, anatematizada anteriormente, lastimaba en lo más vivo intereses muy arraigados, y sin embargo, su prohibición no suscitó entonces la resistencia que era de esperar; no sucedió lo mismo respecto del celibato de los sacerdotes y de la cuestión de las investiduras. La decisión de Roma fué interpretada como el punto de partida de una revolución social y política que tendía á entronizar á la Iglesia sobre los pueblos y los Estados. Aparte de los lazos que rompía, la prescripción del celibato, principal exigencia del partido reformista, hirió á los concubinarios en sus sentimientos de independencia, porque vieron en aquella el propósito de unir estrechamente el clero á la Iglesia, separándole de otras ligas

¹ B. Kugler, *Historia de las Cruzadas*, Cap. I.

que pudieran atarle, y que influyendo en su corazón y en sus sentimientos fuesen un obstáculo á la adhesión completa que pretendía fundar el pontificado. Fuera de lugar sería aquí el examen, siquiera brevísimo, de esta materia en sus diversas fases, y principalmente desde el punto de vista canónico. Baste enunciarla para comprender en toda su extensión la efervescencia que suscitó en los ánimos.

Si la ley del celibato chocó rudamente contra un orden social que contaba á su favor con ardientes é interesados sostenedores, la prohibición de la investidura de los laicos tuvo mayores consecuencias en el orden político, y amenazaba directamente la existencia del imperio. La cuestión de las investiduras presenta, en efecto, á manera de grandiosa síntesis, los orígenes, las fases y el término de la lucha que, empeñada entre la Iglesia y los soberanos temporales, se prolonga desde Gregorio VII hasta los emperadores de la casa de Suabia, en la primera mitad del siglo décimo-tercio. Al desarrollarse plenamente el feudalismo los obispos y los abades empezaron á figurar entre los grandes propietarios, y la organización social y política de aquella época los hizo feudatarios; los reyes se creyeron entonces con el derecho de obligarles á que recibiesen de su mano la investidura del beneficio, y la ceremonia de entregarles el anillo y el báculo significaba la dependencia á que quedaban sujetos respecto del príncipe. El feudalismo, fundado en el poder que se derivaba de las tierras, confundió desde luego la propiedad del eclesiástico con la dignidad que éste ejercía, y la comprendió en una sola entidad, avasallada al soberano. Por otra parte, los señores feudales que por su estado pertenecían á la Iglesia no tardaron en rodearse de fausto y esplendor; la corrupción, el lujo y el escándalo reinaron en el seno del santuario,¹ y sus bienes y su posición temporales ligaban á aquellos, estrechamente, con los príncipes que remataban el complicado régimen feudal. Gregorio VII exponía así sus ideas acerca de las investiduras: “La Iglesia de Dios debe ser independiente de todo poder temporal; el altar está reservado á aquel que “por un orden no interrumpido sucede á San Pedro; la espada del “Príncipe le está sometida, y viene de él, porque es cosa humana; el “altar, la cátedra de San Pedro, emanan sólo de Dios, y de él dependen “únicamente. La Iglesia yace ahora en el pecado porque no es libre,

¹ Pedro Damiano en su *Opusc. XXXI* c. 69, condena con fogosa elocuencia el lujo de los prelados ricos de su tiempo. Aquel santo fué contemporáneo de Gregorio VII.

“ porque está adherida al mundo y á los mundanos; sus ministros no son legítimos porque están instituidos por hombres del mundo; por eso en los ungidos de Cristo, que se denominan superintendentes de las iglesias, abundan deseos y pasiones criminales, codicia de las cosas terrestres, de que necesitan estando adheridos al mundo; y de allí que no se vea más que hastio, disensiones, orgullo, codicia, envidia, en los que deben poseer la paz de Dios. La Iglesia se encuentra tan mal, porque los que deben servirla no se cuidan sino de los intereses de la tierra; porque sometidos al emperador no hacen sino lo que á éste agrada; porque sirviendo al Estado y al príncipe permanecen extraños á la Iglesia.”

Pero desde el momento en que ningún eclesiástico pudiera ser investido por un laico, cesarían el homenaje y juramento feudales, y los principados eclesiásticos habrían de desligarse del Imperio; sus poseedores no serían ya vasallos del rey y terminaba para ellos la obligación de prestar al monarca los debidos servicios por los territorios que les hubiese cedido. Enrique IV, apretado á la sazón por la formidable rebeldía de los sajones, se inclinó, mal de su grado, ante las decisiones de Roma; aparentando sumisión y amor á la paz, y urgido por los ruegos de su madre la emperatriz Inés, se mostró dispuesto á entrar en negociaciones con el pontífice. Y era solamente un respiro para apercibirse á una resistencia obstinada y abierta.

Grandes y repetidos triunfos, alcanzados por las armas de Enrique durante el otoño de 1075, rindieron al fin el levantamiento de Sajonia y afirmaron en sus sienes la mal ceñida corona; con la victoria se modificaba su actitud frente á frente del papado, y se abría anchísima senda al desarrollo del sistema absolutista á que había aspirado constantemente. Rompió las negociaciones iniciadas con la corte de Roma, y lejos de ceder se manifestó decidido á reconquistar todo lo que en otro tiempo había correspondido al trono, y dar al poder real mayor y más enérgico ensanche. “ Así—dice el historiador Prutz—en vez de limitar el derecho de las investiduras, que tanto molestaba á la Iglesia, Enrique trató de reclamarlo y de usarlo en puntos donde antes no se ejercitara. De la misma manera que trató á los sajones, obligándoles á restituirle todo aquello que le fué arrebatado durante su menoridad, quiso tratar á la Iglesia Romana, pretendiendo recobrar lo que había

1 C. Cantú, *Historia Universal*, tomo III, pág. 582, edición de París 1881.

“ perdido la política alemana cuando el cisma entre Honorio II y Alejandro II, á fin de tener otra vez sumiso al pontificado, y apartar á la Iglesia de la influencia del partido reformista, hostil á la monarquía. Cualesquiera que fuesen los proyectos que para lo porvenir acariciaba Gregorio VII, lo cierto es que Enrique, desentendiéndose de los esfuerzos hasta entonces hechos para llegar á una pacífica inteligencia, fué quien realizó el primer acto de hostilidad, quien cometió la “ primera agresión.” Sucedió así, en efecto: el emperador envió varios agentes suyos á Italia, con la misión de suscitar enemigos por doquiera al papa Gregorio; los obispos lombardos—adversarios de las reformas—aprovecharon la oportunidad que se les ofrecía de sacudir el yugo, y se unieron á los plenipotenciarios alemanes, secundándoles con todo su poder; el monarca cubrió con hechuras suyas los obispos vacantes de Bamberg, Spoleto y Fermo; y por último, Cencio, prefecto de Roma, quizás de acuerdo con la corte de Alemania, fué el alma de una gran conjuración que estalló al fin la noche misma de la Natividad (1075). Seguido de armada turba entró en la iglesia de San Pedro donde á la sazón oficiaba el pontífice, le arrancó del altar y le arrastró, tirándole de los cabellos, hasta una fortaleza de la cual le sacó á poco el pueblo romano, llevándole en triunfo hasta el palacio de los papas en Letrán.¹

Casi al mismo tiempo (Enero de 1076), presentábase á Enrique IV un legado del papa, intimándole en nombre de éste á comparecer en Roma para que justificara su conducta, particularmente en el asunto de la provisión de obispos vacantes. Al cabo de tres años Gregorio VII repetía la imperiosa intimación de Alejandro II, pero esta vez el papado se dirigía al monarca engreído con sus recientes victorias y dueño, en el momento, de toda la plenitud de su poder. Ardiendo en ira, Enrique reunió bajo su presidencia un concilio de prelados alemanes en la ciudad imperial de Worms, el cual decretó la deposición del pontífice. El mismo monarca notificó esta resolución en la siguiente carta:

“ Enrique, Rey, no por la violencia sino por la santa voluntad de

1 “ El pueblo, que veneraba en Gregorio á su representante, se sublevó unánimemente, asaltó la fortaleza, lo puso en libertad, y en brazos lo llevó á terminar por la noche la misa que había sido interrumpida al alba. Cencio no hubiera escapado con bien, si Gregorio con un magnánimo perdón no hubiese demostrado cuán superior era el hombre del pueblo al de la espada.” [Cantú, *Hist. Universal*, tomo III, pág. 587, edición de París, 1881.] Los autores alemanes, en general, no mencionan este rasgo magnánimo de Gregorio VII. Véase la *Historia de Gregorio VII*, de Mr. Villemain.

“Dios, á Hildebrando no Papa, sino falso monje. Mereces este saludo por el desorden que introduces en la Iglesia; has hollado con tu planta á sus ministros, como si fuesen esclavos, y así has ganado el favor del vulgo. Lo hemos tolerado algún tiempo, porque era deber nuestro conservar el honor de la Santa Sede; pero nuestra reserva te ha parecido miedo, y te ha hecho audaz hasta el punto de elevarte sobre la dignidad real, y amenazarnos con quitárnosla, como si tú nos la hubieras dado. Has empleado intrigas y fraudes que maldecidos sean; has buscado el favor con ayuda del dinero, la fuerza de las armas con ayuda del favor; y con la fuerza has conquistado la cátedra de paz, de donde has arrojado esa misma paz. Tú, subalterno, te has alzado contra lo que se hallaba establecido, pues San Pedro, verdadero Papa, dijo: *Temed á Dios, honrad al Rey*; pero tú, que no temes á Dios, no me honras á mí que soy su delegado. Baja, pues, de ese puesto ó sé excomulgado: ve á sufrir en las cárceles nuestro juicio y el de los obispos; descende de esa cátedra que has usurpado; yo, Enrique, y todos nuestros obispos te lo intimamos: ¡Abajo! ¡abajo!”

A esta brusca agresión respondió Gregorio VII excomulgando á Enrique (22 de Febrero de 1076), destituyéndole de las dignidades imperial y real, y dispensando á los súbditos de éste de sus juramentos de fidelidad y obediencia. La voz del papa resonó en Alemania con el fragor del trueno, y á su poderoso acento todos los elementos de oposición al emperador recobraron la energía que acababan de perder. Levantáronse de nuevo los sajones; rebeláronse en el Sur del imperio Rodolfo de Suabia, el inquieto duque Welfo, los Zähringen y otros poderosos magnates; la Franconia corrió á las armas; las provincias del Alto Rhin que en otro tiempo dieron asilo y favor al monarca, volviéronse esta vez en su daño, y por todos los ámbitos de Alemania se aprestaban príncipes y pueblos á desconocer al hombre marcado con el sello espantable del anatema. Una junta de los principales señores alemanes, celebrada en Tribur con asistencia de los legados pontificios, quiso deponerle, pero la intervención de Hugo, abad de Cluny, y de algunos obispos reformistas, y sobre todo, los ruegos de las emperatrices Inés y Berta, conjuraron en aquel entonces ese peligro. Quedó, no obstante, acordado que se reuniera una dieta en Augsburgo bajo la presidencia de Gregorio VII, á fin de que sus decisiones terminasen la lucha que dividían al emperador y los príncipes; entretanto, Enrique debía

apartar de sí á sus consejeros íntimos y á los obispos que le eran adictos, licenciar su ejército, y vivir como particular en Espira; y si al cabo de un año no hubiese alcanzado el perdón de la Iglesia, quedaría destituido y se elegiría nuevo emperador.

Enrique pretendió desde luego contrastar la desatada tempestad que amenazaba destruirle, pero pronto hubo de convencerse de la impotencia de sus esfuerzos, y resolviéndose á implorar la gracia del airado pontífice se dispuso á marchar hasta el centro de Italia. De esta suerte esperaba impedir la temida reunión de la dieta de Augsburgo y desarmar á muchos de sus poderosos enemigos. Llevando consigo á su esposa Berta y á su tierno hijo Conrado, y acompañado de humilde séquito, se puso en camino (Diciembre de 1076), á pesar del crudísimo invierno, y después de largos rodeos para evitar el encuentro de los bávaros sublevados, pudo llegar á las gargantas del Monte-Cenis.

Terrible fué aquel invierno. La mísera comitiva imperial cruzó los Alpes azotada por la nieve, y los recios aquilones la empujaban en su descenso por los ásperos desfiladeros que rematan en las llanuras de la Alta Italia, risueñas en otras estaciones, pero heladas á la sazón y extendiéndose cual blanquísimo é interminable sudario. La presencia de Enrique levantó el ánimo de los parciales que habíase ganado en Lombardía, quienes le recibieron con júbilo, ofreciéndole su apoyo para vencer á la curia romana. Grande fué, pues, la sorpresa de aquellos obispos y orgullosos barones al ver rehusados sus auxilios, y al emperador dispuesto á continuar su marcha en busca del pontífice, mas no en actitud vengadora y agresiva, sino cual humillado y contrito penitente.

Gregorio VII, resuelto á presentarse como juez árbitro en la dieta de Augsburgo, se había dirigido, entretanto, á la Alta Italia para entrar luego en las tierras germanas, pero al saber la entusiasta acogida que halló Enrique entre los lombardos, creyó prudente refugiarse al lado de la marquesa Matilde de Toscana,¹ señora de vastísimos dominios en la parte central de la península, y que aparece entonces como la Minerva Palas del pontificado. Muy cerca de Reggio, y sobre una enhies-

¹ Esta princesa, conocida generalmente, aunque con poca exactitud, bajo el nombre de condesa Matilde poseía, además del marquesado de Toscana, como hija del marqués Bonifacio III, Mantua, Parma, Reggio, Plasencia, Ferrara, Módena, una parte de Umbría, el ducado de Spoleto, Verona, y casi toda la región que se llamó luego patrimonio de San Pedro, desde Viterbo hasta Orvieto, con una fracción de la marca de Ancona.

ta y abrupta roca del Apenino alzabase el castillo de Canossa, hoy montón de ruinas cubiertas de yedra: detrás de sus espesos muros se amparó el pontífice, y no tardó en presentarse Enrique IV, llamando á la puerta y pidiendo con instancia ser recibido por Gregorio (25 de Enero de 1077). Pálido, ayuno, con los piés descalzos y en hábito de penitente, á la intemperie durante tres días y tres noches, el emperador de Alemania esperó la decisión papal; cuando ya se disponía á retirarse, Gregorio consintió en recibirle, pues su excesiva dureza fué censurada altamente por los mismos que en aquellos momento le asistían y rodeaban.¹ Enrique se postró llorando á los piés del papa, quien le absolvió con la condición de que se justificase ante una dieta de príncipes y obispos alemanes, cuya sentencia sería ratificada por el mismo pontífice, aunque fuese la de deposición; pactóse también que si el papa se viese obligado á marchar á Alemania con motivo de estas negociaciones, podría hacerlo con toda seguridad y escoltado convenientemente. Después que los dos adversarios comulgaron con la misma hostia, Enrique volvió á sus Estados, dueño otra vez de la corona, pero meditando proyectos de venganza que no tardaría mucho en realizar.

La imponente escena de Canossa hizo inmenso daño á Enrique IV y perjudicó grandemente el prestigio de Gregorio VII: las condiciones que este último acababa de imponer no se compadecían con la primera causa del anatema que había fulminado contra el monarca teutón, y revelaban su vasto y ambicioso pensamiento de dominación universal, ejercida por el pontificado. El hijo del carpintero de Soano, mirando rendido á sus piés al más poderoso de los reyes cristianos, pudo creer que ningún obstáculo se opondría ya á sus atrevidos proyectos, y quizás sintió entonces el vértigo de las grandezas humanas.

[Concluirá.]

JULIO ZÁRATE.

¹ Gregorio VII describe esta escena en su Epístola VI, 12: "Después de haberle reprendido fuertemente por sus excesos, vino á Canossa con una pequeña escolta, como persona que no piensa en nada malo. Aquí permaneció tres días de frente de la puerta, en un estado que daba lástima, despojado del aparato regio, descalzo, vestido de lana, invocando con lágrimas el auxilio y el consuelo de la misericordia apostólica, tanto que cuantas personas que estaban presentes y le oyeron hablar, se movieron á compasión é intercedieron con nos, maravillados de la inaudita aspereza de nuestro corazón. Algunos exclamaron que aquello no era ya severidad apostólica, sino dureza de fiero tirano; por lo cual, dejándonos ablandar por su arrepentimiento y por las súplicas de los circunstantes, rompimos el lazo del anatema, recibéndole en la comunión de la Santa Madre Iglesia."

TOPONOMATOTECNIA NAHOA.

III

CONCORDANCIA DE LOS ACCIDENTES TOPOGRAFICOS Y LOS NOMBRES DE LUGAR

No siempre será fácil para el etimologista encontrar sobre el terreno la concordancia entre los elementos del nombre de una localidad y los caracteres fisiográficos que han servido de base para imponer la denominación: posible será que estos caracteres hayan desaparecido, ya por efecto del desmonte que destruye bosques enteros de familias vegetales que antes daban al lugar una fisonomía particular, ya por razón de la caza que ejercida desatentadamente sobre ciertas especies animales sea factor importantísimo de su extinción ó por lo menos de su alejamiento de las comarcas en que antes habían prevalecido. Los caracteres topográficos y los hidrográficos son los más persistentes, los menos sujetos á vicisitudes, y sin embargo no siempre vienen á reflejarse como en una cámara oscura en la onomástica geográfica. Algunas de las antiguas poblaciones, conservando su primitiva apelación han cambiado su asiento de las alturas al fondo de los valles, y en ciertos casos han sido por decirlo así trasplantadas á grandes distancias de su origen. Uno de los pueblos ó barrios que circundan la ciudad de Cuernavaca lleva el nombre de *Amatitlán*, que significa "lugar situado entre los amates" y aunque no es extraño encontrar el *amate* (*ficus Benjamina*) en aquellos sitios, sin embargo, el barrio de que venimos hablando no se llamó así originariamente. "El antiguo pueblo de Amatitlán—dice el diligente onomatologista Lic. Don Cecilio A. Robelo—estaba enclavado en los campos de la hacienda de San Vicente, y uno de los antiguos dueños de este ingenio compró los terrenos del pueblo é indemnizó á los habitantes dándoles los que hoy forman el nuevo pueblo, al cual le dieron el nombre del que abandonaban."¹

De estos cambios en la radicación de las poblaciones indígenas hay buen número de ejemplos, y en tales casos el etimologista tiene que

¹ Nombres geográficos mexicanos del Estado de Morelos, pág. 7.

ta y abrupta roca del Apenino alzabase el castillo de Canossa, hoy montón de ruinas cubiertas de yedra: detrás de sus espesos muros se amparó el pontífice, y no tardó en presentarse Enrique IV, llamando á la puerta y pidiendo con instancia ser recibido por Gregorio (25 de Enero de 1077). Pálido, ayuno, con los piés descalzos y en hábito de penitente, á la intemperie durante tres días y tres noches, el emperador de Alemania esperó la decisión papal; cuando ya se disponía á retirarse, Gregorio consintió en recibirle, pues su excesiva dureza fué censurada altamente por los mismos que en aquellos momento le asistían y rodeaban.¹ Enrique se postró llorando á los piés del papa, quien le absolvió con la condición de que se justificase ante una dieta de príncipes y obispos alemanes, cuya sentencia sería ratificada por el mismo pontífice, aunque fuese la de deposición; pactóse también que si el papa se viese obligado á marchar á Alemania con motivo de estas negociaciones, podría hacerlo con toda seguridad y escoltado convenientemente. Después que los dos adversarios comulgaron con la misma hostia, Enrique volvió á sus Estados, dueño otra vez de la corona, pero meditando proyectos de venganza que no tardaría mucho en realizar.

La imponente escena de Canossa hizo inmenso daño á Enrique IV y perjudicó grandemente el prestigio de Gregorio VII: las condiciones que este último acababa de imponer no se compadecían con la primera causa del anatema que había fulminado contra el monarca teutón, y revelaban su vasto y ambicioso pensamiento de dominación universal, ejercida por el pontificado. El hijo del carpintero de Soano, mirando rendido á sus piés al más poderoso de los reyes cristianos, pudo creer que ningún obstáculo se opondría ya á sus atrevidos proyectos, y quizás sintió entonces el vértigo de las grandezas humanas.

[Concluirá.]

JULIO ZÁRATE.

¹ Gregorio VII describe esta escena en su Epístola VI, 12: "Después de haberle reprendido fuertemente por sus excesos, vino á Canossa con una pequeña escolta, como persona que no piensa en nada malo. Aquí permaneció tres días de frente de la puerta, en un estado que daba lástima, despojado del aparato regio, descalzo, vestido de lana, invocando con lágrimas el auxilio y el consuelo de la misericordia apostólica, tanto que cuantas personas que estaban presentes y le oyeron hablar, se movieron á compasión é intercedieron con nos, maravillados de la inaudita aspereza de nuestro corazón. Algunos exclamaron que aquello no era ya severidad apostólica, sino dureza de fiero tirano; por lo cual, dejándonos ablandar por su arrepentimiento y por las súplicas de los circunstantes, rompimos el lazo del anatema, recibiéndonle en la comunión de la Santa Madre Iglesia."

TOPONOMATOTECNIA NAHOA.

III

CONCORDANCIA DE LOS ACCIDENTES TOPOGRÁFICOS Y LOS NOMBRES DE LUGAR

No siempre será fácil para el etimologista encontrar sobre el terreno la concordancia entre los elementos del nombre de una localidad y los caracteres fisiográficos que han servido de base para imponer la denominación: posible será que estos caracteres hayan desaparecido, ya por efecto del desmonte que destruye bosques enteros de familias vegetales que antes daban al lugar una fisonomía particular, ya por razón de la caza que ejercida desatentadamente sobre ciertas especies animales sea factor importantísimo de su extinción ó por lo menos de su alejamiento de las comarcas en que antes habían prevalecido. Los caracteres topográficos y los hidrográficos son los más persistentes, los menos sujetos á vicisitudes, y sin embargo no siempre vienen á reflejarse como en una cámara oscura en la onomástica geográfica. Algunas de las antiguas poblaciones, conservando su primitiva apelación han cambiado su asiento de las alturas al fondo de los valles, y en ciertos casos han sido por decirlo así trasplantadas á grandes distancias de su origen. Uno de los pueblos ó barrios que circundan la ciudad de Cuernavaca lleva el nombre de *Amatitlán*, que significa "lugar situado entre los amates" y aunque no es extraño encontrar el *amate* (*ficus Benjamina*) en aquellos sitios, sin embargo, el barrio de que venimos hablando no se llamó así originariamente. "El antiguo pueblo de Amatitlán—dice el diligente onomatologista Lic. Don Cecilio A. Robelo—estaba enclavado en los campos de la hacienda de San Vicente, y uno de los antiguos dueños de este ingenio compró los terrenos del pueblo é indemnizó á los habitantes dándoles los que hoy forman el nuevo pueblo, al cual le dieron el nombre del que abandonaban."¹

De estos cambios en la radicación de las poblaciones indígenas hay buen número de ejemplos, y en tales casos el etimologista tiene que

¹ Nombres geográficos mexicanos del Estado de Morelos, pág. 7.

recurrir á la tradición para establecer la conformidad entre el significado de los vocablos que componen el nombre y la situación topográfica actual de la localidad.

La dificultad sube de punto tratándose de algunos nombres de origen extraño, que como testimonio de otra civilización y del predominio de pueblos de otras lenguas y de otras razas, han quedado incrustados en la región náhoa, revistiendo aparentemente por una serie de evoluciones las formas de esta última habla, vertidos en caracteres fonéticos á los jeroglíficos de sus códices, pero en los cuales el análisis filológico concienzudo, descubre radicales arcaicas ó exóticas, que son escollo de los nahuatlistas que han querido fijar su significación. Aún en épocas anteriores y toda vez que se había perdido el conocimiento de la lengua de su origen y la verdadera fuente de los elementos de esos nombres, apoderose de ellos la imaginación popular forjando multitud de fábulas para explicar la etimología, ya creando el nombre de un supuesto caudillo de la tribu fundadora, ya relacionándolo con las tradiciones mitológicas, ya en fin recurriendo á otros medios cuya gran diversidad denuncia precisamente la carencia de fundamento de tales opiniones.

Curioso ejemplo del caso que acabamos de señalar creemos que son los nombres de Chalco y Texcoco, Acolman y Colima, cuyas etimologías generalmente aceptadas son por extremo discutibles.

Fué Texcoco la cabecera del reino de Acolhuacán, fundado por los chichimecas, de una tribu numerosa y casi salvaje, á los que unos autores hacen de procedencia náhoa y otros de estirpe de los otomíes, pero que en realidad hablaban lengua particular que parece haberse extinguido, siendo de diversa familia que los toltecas y nahuatlacas.

A esta conclusión han llegado, apoyándose en sólidos fundamentos, el eminente filólogo Don Francisco Pimentel¹ y el sabio historiador Don Manuel Orozco y Berra.² Respecto de la etimología de Tetzco, encontramos las siguientes opiniones:

"Siguiendo con la autoridad de Pomar, expone el Sr. Orozco y Berra,³ diremos que á una legua al Este de la ciudad hay un pequeño cerro, al que en lengua chichimeca le llamaron *Tetzcoatl*; los culhua-

1 Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México. Segunda edición, tomo I, pág. 3.

2 Geografía de las lenguas de México, pág. 6.

3 Op. cit. pág. 211.

ques al fundar allí corrompieron el vocablo, dijeron Tetzco y al cerro Tetzcotzin Tetzco quedó asentado en el llano, entre el lago y la Sierra, apellidándose la comarca *Acolhuacatlalli*, "que quiere decir tierra y provincia de los hombres hombrudos:" la sierra era la de Tlaloc, y en la montaña más alta, nombrada también Tlaloc, estaba el templo de este dios de las lluvias y de los temporales."

El mismo autor, citando también en otra de sus obras¹ al escritor indígena Pomar, agrega:

"Uno de los cronistas de la nación dice: "De suerte que Tetzcoatl puede ser verbo chichimeca. No se ha podido saber su verdadero significado, porque los chichimecas que primero le pusieron el nombre no sólo se han acabado, pero ni hay memoria de su lengua, ni quien sepa interpretar los nombres de muchas cosas que hasta ahora en aquella lengua se nombran, etc."²

Ixtlilxochitl, otro de los escritores nacionales, escribe: "La ciudad de Tetzco fué fundada en tiempo de los toltecas con el nombre de Catenichco; destruida al tiempo que aquella nación, la reedificaron los emperadores chichimecas, particularmente Quinatzin, quien la embelleció mucho, puso en ella su residencia y la hizo capital del imperio. A su llegada los chichimecas la llamaron Tezcoco, es decir, lugar de detención, porque allí pararon todas las naciones que entonces había en la Nueva España."

Consultando las pinturas jeroglíficas se encuentra que en la figura 9, lám. 3 del Códice Mendocino, el nombre de Tezcoco ó Texcoco está representado por una montaña rcosa, sobre la cual florece la jarilla y junto un brazo extendido con el símbolo *atl*. *Tlacatl*, es la jarilla que brota en los llanos y *texcotli* la de los riscos, tomando la radical de *texcalli*, peñasco ó risco, de manera que la interpretación del jeroglífico es: "en la jarilla de los riscos," y en cuanto al brazo es un carácter ideográfico, ya de la provincia de Acolhuacán, ya de la tribu *acolhua*, por lo que el Sr. Orozco concluye que el conjunto jeroglífico dice: "la ciudad de Texcoco en la provincia de Acolhuacán."

Seanos ahora permitido aventurar nuestra opinión en medio de esta diversidad de pareceres: desde luego observaremos que para aceptar la interpretación de *Ixtlilxochitl*, sería preciso cambiar el nombre del

1 Historia antigua y de la conquista de México. Tomo II, pág. 251.

2 Relación de la ciudad de Texcoco, escrita por Juan B. Pomar, descendiente de sus antiguos reyes. Año de 1582 M. S. del Sr. García Icazbalceta.

lugar en Tetzcoco, en cuyo caso pudiera derivarse de *tetzico* ó *tetzicoani*, el que detiene á otro, ó de *tetzicoliztli*, detenimiento tal, palabras que se encuentran en el Vocabulario de Molina.

La relación de Pomar y los signos del jeroglífico con la traducción del Sr. Orozco parece que tienden á derivar el nombre de la ciudad lacustre de Tetzcutzinco, famosa residencia de recreo del rey Netzahualcōyōtl cuyas ruinas se encuentran todavía en un pequeño cerro situado 6 kilómetros al S.E. de Texcoco; pero en nuestro concepto la fábrica de los templos, baños y alcázares y la formación de los jardines del celebrado bosque, son con mucho posteriores á la fundación de la capital del reino acolhua, como lo comprueba el mismo Ixtlilxochitl en la parte de su Historia Chichimeca intitulada: "De cómo hizo Netzahualcōyōtzin casas de recreación, bosques y jardines y la gente que mandó ocupar en su adorno y en el de las casas reales y cerco de ellas," construcciones que acusan un refinamiento y un adelanto en la civilización que seguramente no tenían los chichimecas cuando llegaron al Valle, por una parte; por la otra, no se concibe que para dar nombre á un lugar situado en el llano, fueran á buscarse los caracteres fitográficos de una montaña lejana, y en fin, la misma terminación *tzinco* del sitio de recreo, reverencial unas veces, diminutiva otras y que frecuentemente se puede traducir por la palabra "nuevo," parece indicar que en la fundación posterior se quiso conservar la memoria de la capital del reino, pudiendo traducirse Tetzcutzinco por "Nuevo Tetzcuco."

Como la ciudad en sus orígenes estaba evidentemente situada más cerca de la orilla del lago de lo que actualmente se encuentra, y era probablemente en remotísimos tiempos una verdadera población lacustre, no es aventurado buscar en la hidrografía el origen de su apelación náhoa, hoy corrompida, por la influencia de otros dialectos y otras lenguas, pero en cuya ortografía todavía se descubren ciertos elementos fonéticos que vienen en apoyo de nuestra presunción.

De la radical *a* de *atl*, agua, y de *tezcatl* espejo, hicieron los náhoas el pintoresco y significativo nombre de *atezcatl*, lago, espejo de agua; y combinado este vocablo con la posposición *co*, determinativa de lugar, suprimiendo la primera vocal *a* y sustituyendo la segunda por *u*, resulta Tezcuco, cuya acepción primitiva pudo ser: "ciudad del lago." Varios ejemplos pudiéramos citar de nombres geográficos mexicanos que han sufrido transformaciones por elisión, por metátesis, por apócope y

aun perdiendo la vocal ó toda una sílaba inicial. *Panchimalco*, pueblo que aún subsiste en el Estado, se halla representado en la Colección de Mendoza por un escudo, *chimalli*, que lleva en su centro una bandera, *pantli*, resultando silábicamente Chimalpan ó Panchimalco, y sin embargo, el intérprete del Códice tradujo abreviadamente Chimalco. De *Acutlapan*, han salido sucesivamente: Cuitlapa, Cuitlahuapan, Cuitláhuac y por último, Tláhuac.

Veamos ahora las opiniones emitidas respecto de Chalco. El Sr. D. Eufemio Mendoza, en sus apuntamientos ya citados, dice:

"CHALCO.—Geog. Muy difícil es la etimología de esta palabra. Damos la siguiente sin garantía. Lugar roto, en la rotura, donde se rompe, etc., de *challa*, romper, *co* (v). Buschmann lo hace venir de *challi*, cuyo significado confiesa que ignora. Acosta lo traduce "en las bocas;" no encuentro el por qué. Clavijero "campo color de esmeralda," trayéndolo probablemente de *Chalchihuitl*, y por fin el Sr. Chimalpopoca asegura que *Challi* significa esmeralda bruta; pero Molina que conoció el mexicano en toda su pureza, dice que la esmeralda en bruto se llama *chalehuitl*."

El escritor anónimo del Códice Ramírez dice lo siguiente acerca de la tribu *chalea*: "El segundo linaje es el de los *Chaleas*, que quiere decir *gente de las bocas*, porque *Challi* significa un hueco á manera de boca, y así, lo hueco de la boca llaman *Camachalli*, que se compone de *camac* que quiere decir, la boca, y de *challi*, que es lo hueco, y de este nombre *Challi*, y de esta partícula *ca*, se compone *chalca*, que significa *los poseedores de las bocas*."

Si ahora pasamos al examen de las pinturas geroglíficas, encontraremos que el símbolo de *Chaleo* es constantemente un círculo ornamentado de figuras y colores, "carácter ideográfico, dice el Sr. Orozco y Berra, que así representa la ciudad como á la tribu *chalca*."

"La pintura, agrega el mismo autor, figura el *chalehuitl*, cuya radical primitiva *chal* sirve de mnemónico á la palabra."

A nuestro modo de ver, en el vocablo que venimos analizando hay una raíz sanscrita, perdida ó poco usada en el náhoa, que significa agua, lago, estanque, de manera que Chalco quiere decir sencillamente: "ciudad ó lugar del lago," enteramente de acuerdo con su situación topográfica; y el símbolo empleado en las pinturas no es el símbolo de la esmeralda sino un carácter ideográfico para representar el tiempo, el año, bastando para convencerse de esto último, estudiar y describir la

figura menos superficialmente de lo que se ha hecho por la generalidad de los autores que han tratado de esta materia. El círculo interior pintado de verde, está rodeado por dos coronas circulares concéntricas, la menor colorida de rojo y blanca la exterior, estando ésta subdividida en *trece* trapecios ó glifos, y llevando toda la figura en las extremidades de dos diámetros perpendiculares, que forman una cruz de San Andrés, cuatro circulillos, como los empleados para denotar los numerales. Estos últimos hacen probablemente referencia al *nahui-ollin*; los glifos de la corona exterior, por su cantidad, representan la treceña del *tonalamatl* y el producto de $13 \times 4 = 52$ expresa el número de años del ciclo azteca, de donde se infiere que el carácter simbólico es un signo cronográfico, empleado para designar el año, el tiempo, pudiendo citarse en corroboración de esta opinión la circunstancia de que en el jeroglífico de *Xiuhtepec* (Códice Mendocino, lám. VI, fig. 12) la radical *xiuh*, de *xihuittl*, año, cometa, turquesa ó yerba, se expresa también por un círculo ornamentado, con cuatro circulillos tangentes en los extremos de una cruz de San Andrés, teniendo el conjunto cierta semejanza con el carácter ideográfico de Chalco.

La palabra sanscrita que reconocemos como fuente de la mexicana *challi*, es *çara*, que tiene las acepciones de agua, lago, estanque, y para hacer más perceptible su analogía fonética con la voz náhoa á que la hemos equiparado, baste recordar que la letra *ç*, 44.^a y 1.^a silbante del alfabeto sanscrito ocupa un lugar medio entre *ka* y *sha*, y la *r* se permuta sin dificultad por su análoga la *l* en las lenguas que carecen de la primera letra.

Çaru, significa el año, el tiempo; y *çara* tiene también las acepciones de: color variado, abigarrado, mezcla de amarillo y azul, verde, caracteres cronológicos y cromáticos que encontramos reproducidos en el jeroglífico de Chalco, población lacustre cuya etimología topográfica más plausible creemos que es: "ciudad del agua ó del lago."

Tenemos todavía la palabra sanscrita *çavala*, agua, y la mexicana *Chapala*, nombre de un lago del Estado de Jalisco.

Xaltocan es el nombre de una población situada cerca de una de las lagunas boreales del Valle; su jeroglífico (Cod. Mend. lám. III, fig. 7) se representa por un animalejo en el signo de arena, y en concepto del Sr. Orozco la palabra viene de *Xaltozan*, "cierta rata ó ratón," llamado tuza (orden roedores, familia cricetidas, "Geomix mexicanus,") significando: "lugar de tuzas."

¿No será la verdadera etimología "lugar del pequeño lago," derivándose de *challi*, *tonlli*, desinencia de diminutivo y la posposición *can*?

Por lo demás es curioso observar que la palabra *tozan*, topo, animal ó rata, como traduce Molina en su vocabulario, es casi idéntica á la sanscrita *tuthuma*, rata del campo, pronunciándose la *t* aspirada del sanscrito como la *th* inglesa.

No es *çara* convertida en *challi* la única palabra sanscrita de la que apenas se conservan huellas en el habla náhoa; citaremos también como notable *xam*, tierra, que sólo aparece como radical en dos palabras del Vocabulario de Molina y unas cuantas derivadas y son: *xamittl*, adobe, especie de sillarejo hecho de tierra humedecida, lodo ó barro batido; y *xamixcalli*, ladrillo de barro cocido, en cuya composición entran *xam*, tierra, en mexicano y en sanscrito *yaxa* ó *ixca*, cocer loza, asar huevos, patatas ó cosa semejante, que proviene evidentemente de la raíz sanscrita *shkám* ó *shká*, brillar, quemar, etc., de modo que *xamixcalli* significa tierra ó barro cocido; y la misma raíz verbal volvemos á encontrar en *tlaxcalli*, que literalmente quiere decir maíz cocido, tortilla.

La misma radical que en la palabra Chalco, y acaso venga esto también á confirmar nuestra etimología, se reconoce en el nombre de la diosa del agua, cuya descripción nos da el P. Sahagún en el capítulo XI del libro 1.^o de su obra, en los siguientes términos:¹

"Esta diosa, llamada *Chalchintliycue*, diosa del agua, pintábanla como á mujer, y decían que era hermana de los dioses de la lluvia que llaman *Tlaloques*, honrábanla porque decían que ella tenía poder sobre el agua de la mar y de los ríos, para ahogar los que andaban en estas aguas, y hacer tempestades y torbellinos en ellas, y anegar los navíos y barcos y otros vasos que caminaban por el agua. Hacían fiesta á esta diosa en la que se llama *Etzalqualiztli*, que se pone en el segundo libro capítulo 7, allí están á la larga las ceremonias y sacrificios con que la festejaban como allí se podrá ver. Los que eran devotos á esta diosa y la festejaban, eran todos aquellos que tienen sus grangerías en el agua, como son los que la venden en canoas, y los que la venden en tinajas en la plaza. Los atavíos con que pintaban á esta diosa, eran la cara con color amarillo, y la ponían un collar de piedras preciosas, de que

1 Sah. Tomo I, pág. 9.

colgaba una medalla de oro: en la cabeza tenía una corona hecha de papel, pintada de azul claro, con unos penachos de plumas verdes, y con unas bolas que colgaban hacia el colodrillo y otras hacia la frente de la misma corona, todo de color azul claro. Tenía sus orejas labradas de turquesas de obra mosayca, estaba vestida de un *vipil* y de unas enaguas pintadas del mismo color azul claro, con unas franjas de que colgaban caracoles mariscos. Tenía en la mano izquierda una rodela con una hoja ancha y redonda que se cria en el agua, y la llaman *atlacuecona*: en la mano derecha tenía un brazo con una cruz hecha á manera de la de la custodia en que se lleva el sacramento, cuando uno solo la lleva, y era como cetro de esta diosa; tenía sus cotaras blancas: los señores y reyes veneraban mucho á esta diosa con otras dos, que era la diosa de los mantenimientos que se llama *Chicumecoatl*, y la diosa de la sal, que llamaban *Vixtociuatl*, porque decían que estas tres diosas mantenían á la gente popular, para que pudiesen vivir y multiplicar. Lo demás acerca de esta diosa, se verá en el capítulo que he citado del segundo libro, porque allí se trata copiosamente."

Por la descripción precedente se reconoce que el color dominante entre los arreos de *Chalchiuhtlicue* era el azul, característico de las grandes masas de agua y con el cual en los jeroglíficos vemos iluminados los signos de *apantli*, *Hueyapan*, y el símbolo de *atl*, en general.

Torquemada dice, hablando de la misma deidad:¹

"Estos indios tuvieron otra diosa llamada Chalchihuitlycue, y entre otros nombres de efectos que le daban era uno Apozonallotl ó Acuecuyotl, que quiere decir la onda y hinchazón de las aguas..... Otros muchos nombres dieron estos indios á esta diosa; pero el de Chalchihuitlycue, era el más común, y usado, que quiere decir náhoas ó faldellín de las aguas, entre verdes y azules, por los visos que hacen azules y verdes, los cuales visos parece que ciñen aquel movimiento y tumbo que hace la ola..... A esta diosa tenían en gran reverencia y la edificaban templos por el temor grande que le tenían, por razón de los muchos que morían ahogados y desastadamente en las aguas... A estos lugares venían muchas gentes á ofrecer sacrificios al dios Tlaloc y á los demás dioses sus compañeros; como á los que creían que les hacían este bien y merced de dar las aguas, para el socorro y reparo de sus necesidades."

¹ Monarquía Indiana. Tomo II, pág. 46.

Los jeroglíficos de Acolhuacán y de Colima son casi idénticos; en ambos se reconoce el símbolo de la tribu *acolhua*, formado de un miembro torácico humano con el signo *atl*, agua, en el hombro, *acoli*. Los dos dibujos tienen también una pulsera, y el de Acolhuacán lleva además un adorno rojo ó cinta en el hombro. *Acolhuacán* se ha traducido por "lugar que tiene *acolhuas*," de *can*, lugar, *hua*, posesivo del anterior y *acol*, recordativo de *acolhua*; *Coliman* se ha interpretado así: "lugar conquistado por *acolhuas*," lo mismo que *Acolman*, pero no debe perderse de vista que las tribus tomaron sus nombres de los lugares que fundaron ó en los que se establecieron, y el Dr. Peñafiel hace observar con mucho acierto que aunque la ciudad de Aculman fué conquistada efectivamente por Netzahualcoyotl, sin embargo ya tenía ese nombre cuando era gobernada por un hijo de Tezozomocli, aquel señor tepaneca que había usurpado de sus legítimos dueños el reino de Acolhuacán.

Fray Gerónimo de Mendieta, refiriendo la tradición tezcucana de la creación del hombre, dice¹ "que el primer hombre de quien ellos procedían había nacido en tierra de *Aculma*, que está en término de Tezcucuo dos leguas, y de México cinco, poco más, en esta manera. Dicen que estando el sol á la hora de las nueve, echó una flecha en el dicho término y hizo un hoyo, del cual salió un hombre que fué el primero, no teniendo más cuerpo que de los sobacos arriba, y que después salió de allí la mujer entera." Y más adelante: "que aquel hombre se decía *Aculmaitl* y que de aquí tomó nombre el pueblo que se dice *Aculma*, porque *aculli* quiere decir hombro y *maitl*, mano ó brazo, como cosa que no tenía más que hombros y brazos, ó que casi todo era hombros y brazos, porque (como dicho es) aquel hombre primero no tenía más que de los sobacos arriba, según esta ficción ó mentira."

Fray Toribio de Motolinía explica así el origen de la palabra Acolhuacán.² "Un indio llamado Chichimecatl, ató una cinta de cuero ó correa al brazo de Quetzalcoatl, en lo alto cerca del hombro, y por aquel tiempo y acontecimiento de atarle el brazo aclamaronle Acolhuatl: y de este dicho que vinieron los de Culhua, antecesores de Moctezuma, señores de México y de Colhuacán, y á dicho Quetzalcoatl

¹ Historia Eclesiástica Indiana, pág. 81, publicada por el Sr. García Icazbalceta, 1870.

² Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta.—1858.

tuvieron los indios por uno de los principales de sus dioses y llamáronle dios del aire, y por todas partes le edificaron infinito número de templos y le levantaron su estatua y pintaron su figura." Y agrega más adelante el mismo autor: "Los de Tetzcoco, que en antigüedad y señorío no son menos que los mexicanos, se llaman hoy día acolhuas y este nombre les quedó de un valiente capitán que tuvieron, natural de la misma provincia, que se llamó por nombre Acolí, que así se llama aquel hueso que va desde el codo hasta el hombro, y del mismo hueso llaman al hombro Acolí. Este capitán Acolí era como otro Saul, valiente y alto de cuerpo, tanto que de los hombros arriba sobrepujaba á todo el pueblo y no había otro á él semejante. Este Acolí fué tan animoso y esforzado y nombrado en la guerra, que de él se llamó la provincia de Tezcoco Acolhuacán."

Hablando de las frecuentes comunicaciones que ha habido entre Asia y América, verificadas por el estrecho de Behring, paso todavía existente entre ambos continentes, dice el Sr. Orozco y Berra:¹ "Han tenido lugar verdaderas emigraciones, las de los pueblos boreales asiáticos que bajo el nombre de esquimales vinieron á establecerse en nuestras regiones árticas. La emigración ha tenido lugar también de América para Asia. Los tshutschi de filiación americana se encuentran sobre aquella costa, siendo tal vez circunstancia no casual el habitar un lugar llamado Kolyma, idéntico al Colima de nuestras costas occidentales y palabra que no parece pertenecer á la lengua mexicana pura." Poco aclara la etimología del nombre del lugar el Lic. Don Eufemio Mendoza, limitándose á señalar los elementos fonéticos que arroja la pintura jeroglífica y el Dr. Peñafiel se inclina también á pensar que "Coliman es una traducción fonética al mexicano como *Quauhzi-maloyan* lo es de Taximaroa, población tarasca."² Téngase presente que *Coliman* formó un señorío independiente que ocupaba grandes pueblos pertenecientes al actual Estado de Jalisco, y que en él se hablaba el idioma mexicano.

Audaz como es por su novedad la opinión que vamos á emitir, creemos sin embargo, que no carece enteramente de fundamento. Diremos desde luego, apartándonos en esto de respetables autoridades en cuestiones etimológicas, que *man* aunque poco usada en la nomenclatura geográfica náhoa es simplemente una posposición determinativa de

¹ Hist. ant. y de la Conq. de México, tomo II, pág. 443.

² Nombres geográficos de México, pág. 82.

nombre de lugar como *pan*, *tlán*, *can*, y que lo mismo que estas últimas terminaciones deriva en resumen su origen de alguna palabra sanscrita que significa "tierra;" tal vez en el caso presente *mahi*, la tierra, ó *mard* y *mart* que se relacionan evidentemente con el vocablo mexicano *milli*, campo, tierra de labor. Generalmente se ha atribuido á *man* una significación verbal, y preocupados por la presencia constante de una mano, *mañl*, en las pinturas para expresar la posposición *man* ó la sílaba *ma*, han dicho los modernos intérpretes que trae aparejada la idea de cazar, cautivar, fabricar ó alguna otra acción manual; pero no nos cansaremos de repetir que en los jeroglíficos muchos signos tienen simplemente un carácter fonético y esta observación es particularmente aplicable á las posposiciones: el signo de *tlán* al descifrar un jeroglífico, no se traduce por "dientes," ni el de *iepac*, por "ovillo," ni el de *pan* por "bandera," etc. Bien puede ser *man* por consiguiente una forma más ó menos arcaica y escasa de los vocablos equivalentes en la onomástica náhoa á sitio, lugar, tierra, pueblo, etc., siendo su signo fonético una mano, *mañl*. Esta terminación además de existir en los nombres de Acolman y Colima, la encontramos en Oztoman, Tecuman, Toliman y Tetlama.

Otra observación que acaso pudiera arrojar alguna luz sobre las etimologías de Acolman y Colima, acerca de las cuales se han dado opiniones tan divergentes, y que ha pasado inadvertida para los descifradores de los jeroglíficos, es que el brazo no está extendido sino constantemente doblado, y aquí se revela la idea de los pintores de poner en relieve el *codo*, como en el medio cuerpo desnudo, puesto en cuclillas, tuvieron la intención de que resultaran en relieve las asentaderas, ó hablando con más precisión, el *tzintli*. *Kárpara*, palabra sanscrita en la que figura la radical *Kur*, análoga al mexicano *colli* ó *culli*, significa rodilla, codo, es decir, que tiene la acepción que señala gráficamente la pintura.

Prescindiendo de las tradiciones mitológicas, Acolman lo mismo que Aculco pudiera ser nombre de origen topográfico, y si los caracteres de la hidrografía local lo confirman, tener esta interpretación: "en el codo del agua" ó "lugar donde el agua tuerce," de *atl*, agua y *coloa*, torcer, encorvar, ó rodear caminando. En el jeroglífico de Colima, el signo agua se encuentra en el hombro de un miembro torácico humano, y aunque la radical *a* no aparece en el nombre, si admitimos que se perdió por corrupción, tendremos un vocablo parecido á Acul-

man y susceptible de una traducción análoga. Autorizarían esta hipótesis tres circunstancias: la cuasi identidad de los jeroglíficos, el hecho ya mencionado de que otros nombres han perdido también la vocal ó sílaba inicial, y muy particularmente el estar situada la ciudad de Colima sobre el río de su nombre.

Los ejemplos citados creemos que tal vez son suficientes para demostrar como aun en los casos más refractarios á las indagaciones etimológicas, puede llegarse á resultados más satisfactorios buscando preferentemente los elementos de los nombres en la fisiografía, porque de esa fuente sacaron los primeros pobladores ó descubridores las denominaciones que impusieron á los lugares en la mayor parte de los casos, y remontándose si es necesario á los orígenes de la lengua náhoa para rastrear aquellas radicales perdidas ó poco usadas en el lenguaje corriente que no es fácil hallar en los vocabularios usuales. Acerca de las relaciones entre el mexicano y el sanscrito, que incidentalmente hemos venido señalando en el curso de este trabajo, daremos un estudio comparativo especial para el que tenemos aglomerados interesantes y copiosos elementos texicográficos, después de concluir en el próximo artículo estos breves apuntamientos sobre la toponomatotéca náhoa, es decir, el arte con que los antiguos habitantes de nuestras comarcas impusieron nombres á los lugares según sus caracteres.

V. REYES.

EL NEGRO FALUCHO.

Duerme el Callao. Ronco són
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,

Porque alejarle quisieron,
Un negro, de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su dueño adorado
Le aguarda, triste y llorosa;
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte á su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva á Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco ó soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares cala,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva á su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó, nervioso, á tirones,
La azul y blanca bandera.

man y susceptible de una traducción análoga. Autorizarían esta hipótesis tres circunstancias: la cuasi identidad de los jeroglíficos, el hecho ya mencionado de que otros nombres han perdido también la vocal ó sílaba inicial, y muy particularmente el estar situada la ciudad de Colima sobre el río de su nombre.

Los ejemplos citados creemos que tal vez son suficientes para demostrar como aun en los casos más refractarios á las indagaciones etimológicas, puede llegarse á resultados más satisfactorios buscando preferentemente los elementos de los nombres en la fisiografía, porque de esa fuente sacaron los primeros pobladores ó descubridores las denominaciones que impusieron á los lugares en la mayor parte de los casos, y remontándose si es necesario á los orígenes de la lengua náhoa para rastrear aquellas radicales perdidas ó poco usadas en el lenguaje corriente que no es fácil hallar en los vocabularios usuales. Acerca de las relaciones entre el mexicano y el sanscrito, que incidentalmente hemos venido señalando en el curso de este trabajo, daremos un estudio comparativo especial para el que tenemos aglomerados interesantes y copiosos elementos texicográficos, después de concluir en el próximo artículo estos breves apuntamientos sobre la toponomatotéca náhoa, es decir, el arte con que los antiguos habitantes de nuestras comarcas impusieron nombres á los lugares según sus caracteres.

V. REYES.

EL NEGRO FALUCHO.

Duerme el Callao. Ronco són
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción,

Porque alejarle quisieron,
Un negro, de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea,
Falucho erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su dueño adorado
Le aguarda, triste y llorosa;
Y en Buenos Aires la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte á su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido:
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva á Fernando;
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco ó soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares cala,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva á su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó, nervioso, á tirones,
La azul y blanca bandera.

—“¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte
Si á tus piés está la muerte,
A tu sombra muera luego!”
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín;
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido;
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
De tropel los sublevados.
Ven á Falucho, y airados
Hacia él se precipitan:
—“¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola...!”
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

○ Dobló Falucho, entretanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
—“¡Enarbolar *esa* yo
Cuando está aquella en su puesto!”
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: “¡No!”
Con un acento glacial
En que la muerte predicen,
—“Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real.”
Rotos por la orden fatal

De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil en sus brazos
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba, excitada,
Gritó: —“¡Muera el insurgente!”
Y asestados al valiente
Cuatro fusiles brillaron...
—“¡Ríndete al Rey!” le intimaron;
Mas como el negro exclamó:
—“¡Viva la patria, y no yo!”
Los cuatro tiros sonaron!

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía;
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto;
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

RAFAEL OBLIGADO.*

Buenos Aires, 1889.

* El insigne poeta argentino, autor de la composición que hoy engalana la *Revista Nacional* es, acaso, entre los de Sud América, el más conocido y admirado hoy en México. No necesitamos, por lo mismo, presentarle á nuestros lectores; pero sí decimos con legítima complacencia que *El Negro Falucho* es la primera poesía inédita del egregio autor, publicada en esta capital.

LA DIRECCIÓN.

ABEJA.

CAPITULO I.

QUE TRATA DE LA FIGURA DE LA TIERRA Y SIRVE DE INTRODUCCIÓN.

El mar cubre hoy el suelo donde estuvo el ducado de los Clarides. No hay vestigio de la ciudad ni del castillo. Pero se dice que á lo ancho de una legua mar afuera se ven, en los días de calma, enormes troncos de árboles, de pie en el fondo de las aguas. Un lugar que en la playa sirve de puerto á los aduaneros, se llama todavía l'Echoppe-du-Tailleur. Es muy probable que este nombre sea un recuerdo de cierto maestro Juan, de quien se habla en nuestro relato. El mar, que avanza todos los años por esta costa, cubrirá pronto ese lugar que tan singular nombre lleva.

Tales cambios están en la naturaleza de las cosas. Las montañas se hundien con el curso de las edades; el fondo del mar al contrario, se levanta y lleva hasta la región de las nubes y de los hielos, las conchas y las madreporas.

Nada es estable. La forma de las tierras y de los mares cambia sin cesar. Sólo el recuerdo de los afectos y de las formas, atraviesa las edades y hace presente para nosotros aquello que dejó de existir hace mucho tiempo.

Al hablaros de los Clarides, á un pasado muy lejano quiero remontaros. Comienzo:

Cuando la condesa de Blanchelande se hubo puesto sobre sus cabellos de oro una caperuza negra bordada de perlas.....

Pero, antes de proseguir, suplico á las personas graves que no me lean. No está escrito esto para ellas. Tampoco lo está para los espíritus razonables que menosprecian las bagatelas y quieren que se les instruya siempre. No me atrevo á ofrecer esta historia sino á los que desean que se les divierta, y cuyo carácter es á veces joven y regocijado. Sólo me leerán, hasta el fin, aquellos á quienes satisfacen las diversiones llenas de inocencia. A éstos les ruego hagan conocer mi

Abeja á sus hijos si son niños todavía. Desearía que este relato agradara á los jóvenes y á las jóvenes, pero á decir verdad, no lo espero. Es muy frívolo para ellos y bueno solamente para los muchachos de antaño. Tengo una aventajada vecinita de nueve años, cuya biblioteca particular examiné el otro día. Encontré muchos libros sobre el microscopio y los zoófitos, así como muchas novelas científicas. Abrí una de las últimas y tropecé con estas líneas: "La jibia, *Sepia officinalis*, es un molusco cefalopode, cuyo cuerpo contiene un órgano esponjoso con trama de quilina asociada á carbonato de cal." Mi linda vecinita encuentra esta novela muy interesante. Le suplico, si no quiere martirme de vergüenza, que no lea jamás la historia de *Abeja*.

CAPITULO II.

DONDE SE VE LO QUE LA ROSA BLANCA ANUNCIÓ A LA CONDESA DE BLANCHELANDE.

Habiéndose puesto sobre sus cabellos de oro una caperuza negra bordada de perlas, y anudado á su talle los cordones de las viudas, la condesa de Blanchelande entró en el oratorio donde tenía la costumbre de rezar todos los días por el alma de su marido, muerto en combate singular por un gigante de Irlanda.

Aquel día vió una rosa blanca sobre el cojín de su reclinatorio: á su vista, palideció; se veló su mirada; inclinó la cabeza y enclavijó las manos. Porque sabía que cuando una condesa de Blanchelande va á morir, encuentra una rosa blanca sobre su reclinatorio.

Conociendo por esto que había llegado la hora de abandonar este mundo, donde había sido en tan pocos días, esposa, madre y viuda, fué al aposento en que dormía su hijo, Jorge, bajo el cuidado de los criados. Tenía tres años; sus largas pestañas formaban una sombra encantadora sobre sus mejillas, y su boca semejaba una flor. Ella al verlo tan pequeño y tan bello, se puso á llorar.

—Hijito mío, le decía con voz apagada, tu no me conocerás y mi imagen va á borrarse de tus dulces ojos. Sin embargo, te he nutrido

con mi leche, á fin de ser completamente tu madre, y he rehusado por tu amor la mano de los mejores caballeros.

Diciendo esto, besa un medallón en que estaba su retrato y un bucle de sus cabellos, y lo coloca en el cuello de su hijo. Entonces una lágrima de la madre cae sobre la mejilla del niño, que se agita en su cuna y se frota los párpados con sus manecitas. Pero la condesa vuelve el rostro y huye del aposento. ¿Cómo dos ojos que iban á apagarse podrían soportar el brillo de dos ojos adorados, en los que el espíritu comenzaba á despuntar?

Hizo ensillar un caballo, y seguida de su escudero Francœur, se trasladó al castillo de los Clarides.

La duquesa de Clarides abrazó á la condesa de Blanchelande:

—Querida mía, qué buena fortuna os trae?

—La fortuna que me trae no es buena; escuchadme, amiga. Nosotras fuimos casadas con pocos años de diferencia, y llegamos á ser viudas por un suceso semejante. Porque en estos tiempos de caballería los mejores perecen los primeros, y es preciso ser monje para vivir mucho tiempo. Fuisteis madre, dos años después lo fui yo. Vuestra hija Abeja es bella como el día y mi pequeño Jorge no es malo. Yo os amo y vos me amáis. Pues bien, sabed que he encontrado una rosa blanca sobre el cojín de mi reclinitorio. Voy á morir; os dejo á mi hijo.

La duquesa no ignoraba lo que la rosa blanca anuncia á las señoras de Blanchelande. Se puso á llorar y le prometió, en medio de las lágrimas, educar á Abeja y á Jorge como hermanos, y no darle nada al uno sin que el otro tuviera la mitad.

Entonces teniéndose abrazadas, las dos mujeres se acercaron á la cuna, en la que, bajo cortinas azules como el cielo, dormía la pequeña Abeja, que sin abrir los ojos agitó sus bracitos. Y, como desviara los dedos, se vieron salir de cada manga cinco pequeños rayos de luz color de rosa.

—Él la defenderá, dijo la madre de Jorge.

—Y ella lo amará, respondió la madre de Abeja.

—Lo amará, repitió una vocesita clara, que la duquesa reconoció por la de un espíritu, que habitaba desde hacía mucho tiempo bajo una piedra de la chimenea.

Al regresar á su mansión, la dama de Blanchelande distribuyó sus joyas entre sus mujeres, y habiéndose hecho ungir con esencias per-

fumadas y vestir con sus más bellos trajes, con el objeto de honrar este cuerpo que debe resucitar el día del juicio final, se acostó en su lecho y se durmió para no despertar más.

CAPITULO III.

DONDE COMIENZAN LOS AMORES DE JORGE DE BLANCHELANDE Y DE ABEJA
DE LOS CLARIDES.

Contrariamente á la suerte común, que es tener más bondad que belleza, ó más belleza que bondad, la duquesa de los Clarides era tan buena como bella, y tan bella que, sólo por haber visto su retrato, los príncipes la pedían en matrimonio. Pero á todos los pretendientes respondía:

—No tendré más que un marido, porque no tengo más que una alma.

Sin embargo, después de cinco años de luto, se quitó su largo velo y sus negros vestidos, con el objeto de no amargar el gusto de aquellos que la rodeaban, y para que pudieran sonreír y alegrarse libremente en su presencia. Su ducado comprendía una gran superficie de tierras, con eriales en los que el matorral cubría una extensión desierta; con lagos en que los pescadores aprisionaban peces, de los cuales algunos eran mágicos, y con montañas que se elevaban en soledades horribles, arriba de las regiones subterráneas habitadas por los Enanos.

Ella gobernaba á los Clarides por los consejos de un viejo monje, escapado de Constantinopla, el cual, habiendo visto muchas violencias y perfidias, creía poco en la sabiduría de los hombres. Vivía encerrado en una torre con sus pájaros y sus libros, y, desde allí, llenaba su oficio de consejero conforme á un pequeño número de máximas. Eran sus reglas: "No poner nunca en vigor una ley que ha caído en desuso; ceder á los votos de los pueblos por temor á las sediciones, y ceder lo más lentamente posible, porque, cuando una reforma está acordada, el público reclama una nueva, y lo que es derribado por haber cedido muy pronto, lo es también por haber resistido mucho tiempo."

La duquesa lo dejaba en libertad, no entendiendo ella misma nada

de política. Era compasiva y, no pudiendo estimar á todos los hombres, abogaba por aquellos que tenían la desgracia de ser malos. Ayudaba á los desgraciados de todas maneras, visitando á los enfermos, consolando á las viudas y recogiendo á los pobres huérfanos.

Educaba á su hija Abeja con una sabiduría encantadora. Habiendo acostumbrado á esta niña á no tener otro gusto que hacer el bien, ningún placer le negaba.

Esta mujer excelente cumplió la promesa que le había hecho á la pobre condesa de Blanchelande. Sirvió de madre á Jorge, y no estableció ningún punto de diferencia entre Abeja y él. Crecieron juntos, y Jorge encontraba de su gusto á Abeja, aunque muy pequeña. Un día, estando aún en los primeros años de su infancia, él se acercó á ella y le dijo:

—¿Quieres jugar conmigo?

—Quiero, dijo Abeja.

—Haremos pasteles con la tierra, dijo Jorge.

Y los hicieron. Pero como Abeja no hiciera bien los suyos, Jorge le pegó en los dedos con su pala. Abeja gritó mucho, y el escudero Francœur, que se paseaba en el jardín, dijo á su joven amo:

—Pegar á las señoritas, no es propio de un conde de Blanchelande, monseñor.

Jorge tuvo ganas de cruzar su pala á través del cuerpo del escudero. Mas la empresa presentaba dificultades insuperables, y se resignó á ejecutar una cosa más fácil, que fué darse en la nariz contra un grueso árbol y llorar abundantemente.

Mientras tanto, Abeja tenía cuidado de contener sus lágrimas metiéndose los puños en los ojos; y en su desesperación se frotaba la nariz contra el tronco del vecino árbol. Cuando la noche vino á cubrir la tierra, Abeja y Jorge lloraban todavía, cada uno frente á su árbol. Fué preciso que la duquesa de los Clarides tomara á su hija con una mano y á Jorge con la otra, para conducirlos al castillo. Tenían los ojos rojos, la nariz roja, las mejillas encendidas; suspiraban y lloriqueaban hasta partir el alma. Comieron con buen apetito; después, á cada uno, se les colocó en su cama. Pero salieron como pequeños fantasmas, ya que la vela se había apagado, y se abrazaron en camisa de noche, con grandes carcajadas.

Así comenzaron los amores de Abeja de los Clarides y de Jorge de Blanchelande.

CAPITULO IV.

QUE TRATA DE LA EDUCACIÓN EN GENERAL Y DE LA DE JORGE EN PARTICULAR.

Jorge creció en el castillo al lado de Abeja, á quien llamaba hermana, por amistad, porque bien sabía que no lo era.

Tuvo maestros en esgrima, equitación, natación, gimnasia, baile, montería, cetrería, pelota, y en general en todas las artes. Tenía asimismo un maestro de escritura. Este era un viejo clérigo, de maneras humildes pero de mal fondo, que le enseñaba diversas escrituras tanto menos legibles cuanto más bellas. A Jorge poco le agradaba ésto, y por consiguiente sacaba poco provecho de las lecciones del viejo clérigo, así como de las de un monje que profesaba la gramática en términos bárbaros. Jorge no podía concebir el que se tomara uno el trabajo de aprender una lengua, que se habla naturalmente y que se llama materna.

Sólo se complacía con el escudero Francœur, quien, habiendo cabalgado mucho por el mundo, conocía las costumbres de los hombres y de los animales; describía toda clase de países y componía canciones que no sabía escribir. Francœur fué de todos los maestros de Jorge el único que le enseñó algo, porque fué el único que lo quiso verdaderamente, y no hay mejores lecciones que aquellas que se dan con amor. Pero los dos de los anteojos, el maestro de escritura y el maestro de gramática, que se odiaban mutuamente con todo su corazón, se unían sin embargo, en un odio común contra el viejo escudero á quien acusaban de borrachera.

Es verdad que Francœur frecuentaba un poco la taberna de Pot-d'Étain. Ahí olvidaba sus penas y componía sus canciones. Seguramente obraba mal.

Homero componía versos todavía mejores que los de Francœur, y Homero no bebía sino el agua de las fuentes. En cuanto á penas, todo el mundo las ha tenido, y el que logra hacerlas olvidar, no es por el vino que bebe, sino por la felicidad que ha comunicado á otros. Pero Francœur era un viejo encanecido bajo los arneses, fiel, lleno de méritos, y los dos maestros de escritura y de gramática, deberían disimu-

lar sus debilidades en vez de hacer á la duquesa una relación exajerada.

—Francœur es un borracho, decía el maestro de escritura, y cuando vuelve de la taberna de Pot-d'Etain hace al andar una S sobre el camino. Es la única letra, entre todas las otras, que ha trazado; porque este borracho es un asno, señora duquesa.

El maestro de gramática añadía:

—Francœur canta, y balbucea, canciones que pecan contra las reglas y no están hechas sobre ningún modelo. Ignora la sinécdoque, señora duquesa.

La duquesa sentía un disgusto natural por los pedantes y los delatores. Hizo que cada uno de los maestros estuviera en su lugar: no los escuchó más; pero, como commenzaron de nuevo con sus relaciones, concluyó por creerlos y resolvió alejar á Francœur. Sin embargo, para darle un destierro honroso, lo envió á Roma á buscar la bendición del papa. Este viaje era tanto más largo, para el escudero Francœur, cuanto que muchas tabernas, frecuentadas por músicos, separaban el ducado de los Clarides de la sede apostólica.

Se verá, por el curso del relato, que la duquesa se arrepintió, muy pronto, de haber privado á los dos niños de su guardián más seguro.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

LETRAS Y CIENCIAS.

¿La biografía del Dante descansa sobre hechos comprobados?—Los estudios dantescos han tenido en Italia, durante los últimos años, considerable desenvolvimiento; la creación de dos cátedras nuevas para estudiar al Dante en Roma y Nápoles, el año pasado, y que aún no están provistas, va á dar nuevo impulso á los trabajos dantescos.¹ Hase

¹ El gran poeta italiano Carducci fué nombrado por el rey Humberto para desempeñar la cátedra de Roma.—Carducci no admitió, por razones políticas, según dicen, pues es un republicano exaltado; pero abrió el curso con una magnífica conferencia: no está designado aún su sucesor.

constituido en Florencia una sociedad dantófila, bajo la dirección del alcalde de la ciudad, y se anuncia la aparición próxima de una *Revisita* destinada exclusivamente al poeta de la *Divina Comedia*. No son coleccionadores ó maniáticos solamente quienes á este estudio á la vez apasionado y minucioso se consagran, sino los más conspicuos críticos de la notable escuela contemporánea en Italia, los Bartoli, los del Lungo, los d'Ancona, los Villari, los Scartazzini, etc. Y es que no se trata de estudiar tan sólo tal ó cual detalle, ó comprobar tal ó cual hecho dudoso, ó explicar este ó el otro pasaje difícil del Paraíso ó del Purgatorio. Aunque á propósito del Dante se han escrito bibliotecas enteras, parece que aun no es conocido: su biografía mil veces escrita, está por hacer todavía: su figura se eclipsa detrás de la bruma de la incertidumbre; es el centro de una leyenda que casi no tiene otra base que la imaginación de quienes poco á poco la han formado. De modo que el trabajo de la crítica es ante todo destructivo: sus primeras investigaciones rematan en una negación. Indicaremos brevemente los resultados y el carácter de esta ardua labor.

No es difícil darse cuenta de por qué es casi imposible establecer la biografía de Dante: uno solo de sus contemporáneos, el cronista Juan Villani, nos ha dejado algunas noticias sobre él, precisas, pero tan breves, que más corto resulta transcribirlas que resumirlas:

“En el mes de Julio del año de 1321, murió Dante, en la ciudad de Ravenna, en Romaña. . . . Gran literato era éste y sabedor de casi toda ciencia, aunque seglar: fué eximio poeta y filósofo, y perfecto retórico, tanto en el arte de escribir y versificar, como en el de hablar en público; muy noble decidor y perfecto en poesía, con un estilo pulcro y bello cual no lo hubo nunca en nuestra lengua, ni en su tiempo, ni después. . . . É hizo la *Comedia*, en que en elegantes rimas y con grandes y sutiles cuestiones morales, naturales, astrológicas, filosóficas y teológicas, y con hermosas inspiraciones y bella poesía, compuso y escribió, en cien capítulos ó cantos, sobre la existencia y el estado del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, con tanta grandeza como es decible, y como pueden verlo y oírlo los que tengan sutil inteligencia. Este Dante fué, á causa del saber suyo, un poco presuntuoso, displicente y desdenoso, y casi tan poco amable como un filósofo, no sabía conversar con las personas legas. Gracias con todo, á sus otras virtudes y á la ciencia y valor de tan gran ciudadano, nos parece que conviene darle perpetua memoria en esta crónica; además, las nobles obras que nos

lar sus debilidades en vez de hacer á la duquesa una relación exajerada.

—Francœur es un borracho, decía el maestro de escritura, y cuando vuelve de la taberna de Pot-d'Etain hace al andar una S sobre el camino. Es la única letra, entre todas las otras, que ha trazado; porque este borracho es un asno, señora duquesa.

El maestro de gramática añadía:

—Francœur canta, y balbucea, canciones que pecan contra las reglas y no están hechas sobre ningún modelo. Ignora la sinécdoque, señora duquesa.

La duquesa sentía un disgusto natural por los pedantes y los delatores. Hizo que cada uno de los maestros estuviera en su lugar: no los escuchó más; pero, como commenzaron de nuevo con sus relaciones, concluyó por creerlos y resolvió alejar á Francœur. Sin embargo, para darle un destierro honroso, lo envió á Roma á buscar la bendición del papa. Este viaje era tanto más largo, para el escudero Francœur, cuanto que muchas tabernas, frecuentadas por músicos, separaban el ducado de los Clarides de la sede apostólica.

Se verá, por el curso del relato, que la duquesa se arrepintió, muy pronto, de haber privado á los dos niños de su guardián más seguro.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

LETRAS Y CIENCIAS.

¿La biografía del Dante descansa sobre hechos comprobados?—Los estudios dantescos han tenido en Italia, durante los últimos años, considerable desenvolvimiento; la creación de dos cátedras nuevas para estudiar al Dante en Roma y Nápoles, el año pasado, y que aún no están provistas, va á dar nuevo impulso á los trabajos dantescos.¹ Hase

¹ El gran poeta italiano Carducci fué nombrado por el rey Humberto para desempeñar la cátedra de Roma.—Carducci no admitió, por razones políticas, según dicen, pues es un republicano exaltado; pero abrió el curso con una magnífica conferencia: no está designado aún su sucesor.

constituido en Florencia una sociedad dantófila, bajo la dirección del alcalde de la ciudad, y se anuncia la aparición próxima de una *Revisita* destinada exclusivamente al poeta de la *Divina Comedia*. No son coleccionadores ó maniáticos solamente quienes á este estudio á la vez apasionado y minucioso se consagran, sino los más conspicuos críticos de la notable escuela contemporánea en Italia, los Bartoli, los del Lungo, los d'Ancona, los Villari, los Scartazzini, etc. Y es que no se trata de estudiar tan sólo tal ó cual detalle, ó comprobar tal ó cual hecho dudoso, ó explicar este ó el otro pasaje difícil del Paraíso ó del Purgatorio. Aunque á propósito del Dante se han escrito bibliotecas enteras, parece que aun no es conocido: su biografía mil veces escrita, está por hacer todavía: su figura se eclipsa detrás de la bruma de la incertidumbre; es el centro de una leyenda que casi no tiene otra base que la imaginación de quienes poco á poco la han formado. De modo que el trabajo de la crítica es ante todo destructivo: sus primeras investigaciones rematan en una negación. Indicaremos brevemente los resultados y el carácter de esta ardua labor.

No es difícil darse cuenta de por qué es casi imposible establecer la biografía de Dante: uno solo de sus contemporáneos, el cronista Juan Villani, nos ha dejado algunas noticias sobre él, precisas, pero tan breves, que más corto resulta transcribirlas que resumirlas:

“En el mes de Julio del año de 1321, murió Dante, en la ciudad de Ravenna, en Romaña. . . . Gran literato era éste y sabedor de casi toda ciencia, aunque seglar: fué eximio poeta y filósofo, y perfecto retórico, tanto en el arte de escribir y versificar, como en el de hablar en público; muy noble decidor y perfecto en poesía, con un estilo pulcro y bello cual no lo hubo nunca en nuestra lengua, ni en su tiempo, ni después. . . . É hizo la *Comedia*, en que en elegantes rimas y con grandes y sutiles cuestiones morales, naturales, astrológicas, filosóficas y teológicas, y con hermosas inspiraciones y bella poesía, compuso y escribió, en cien capítulos ó cantos, sobre la existencia y el estado del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, con tanta grandeza como es decible, y como pueden verlo y oirlo los que tengan sutil inteligencia. Este Dante fué, á causa del saber suyo, un poco presuntuoso, displicente y desdenoso, y casi tan poco amable como un filósofo, no sabía conversar con las personas legas. Gracias con todo, á sus otras virtudes y á la ciencia y valor de tan gran ciudadano, nos parece que conviene darle perpetua memoria en esta crónica; además, las nobles obras que nos

ha legado dan de él testimonio cierto y prometen honrosa reputación á nuestra patria."

Villani era un adversario político del Dante; habla, sin embargo, con equidad del proscrito muerto en Ravenna; pero la página que le consagra es antes juicio que biografía. Para hallar algunos detalles biográficos preciso es descender hasta Bocaccio que, en 1373, más de medio siglo después de muerto el Dante, ocupó la primera cátedra creada por los florentinos para explicar á su poeta. Mas si Bocaccio era un erudito, también era un novelista y un moralista; como tal, más bien se ocupaba en la significación de los hechos, que en los hechos mismos; sobre todo, gustaba de adornar sus discursos, é introducía en ellos des-envolvimientos estéticos sobre temas creados evidentemente por su imaginación; así, el pasaje en que habla de la seriedad del Dante desde su niñez, aquel en que describe su dolor al saber la muerte de Beatriz, y otros, son trozos de pura literatura cuyo carácter romanesco salta á la vista. En ellos es fácil reconocer sus procedimientos habituales en sus novelas ciceronianas; los efectos de estilo son los mismos y la facilidad con que el autor se refugia en las generalidades vagas muestra claramente que carecía de documentos serios.

Y esta biografía es la que ha servido de base á las demás, eso sí, aumentada de generación en generación; los mismos que la critican, la imitan. Bruni, verbi gracia, reprocha á Bocaccio la poca solidez de sus informaciones; refiere varios hechos tomados, segun él, de la correspondencia del poeta; pero esta correspondencia no ha llegado á nosotros, y Bruni era muy capaz de inventarla. Filelfo, insoportable y vano como siempre, declara que Bocaccio y los demás han calumniado al varón ilustre, y que él, *qui Dantem imbibi totum*, va á tratarlo como se debe. Y sin embargo, se muestra tan poco exacto y tan mal informado como sus predecesores. En el siglo xvi Vellutello comienza á poner en duda algunos de los hechos que pasaban por ciertos y en el xviii Pelli trata, en fin, de compulsar algunos documentos y registrar algunos archivos. Esfuerzo que no impide á los biógrafos del siguiente período el volver á las tradiciones de Bocaccio, amplificándolos con frecuencia, y en las numerosas obras que Dante ha inspirado en el curso del siglo, en las *Vidas* de Balbo, Misserini, Fratrielli, Kopischo, Fauriel, etc., los hechos dudosos, probables y ciertos se ven mezclados con una pintoresca inconsciencia. Bartoli en el V volumen de su magistral *Historia de la literatura italiana*, por entero consagrado al Dan-

te, no ha tenido dificultad en señalar esta falta completa de crítica, y si no llega á contarnos lo que realmente fué Dante, ha reducido, cuando menos, á su justo valor, muchas hipótesis antes de él aceptadas como hechos ciertos, y para ello le ha bastado con descubrir sus fuentes. Siguiéndolo en dos ó tres pormenores, veremos cómo se ha formado la leyenda del Dante y lo que ha bastado para destruirla.

Dante, todos los manuales lo dicen, fué discípulo de Brunetto Latini, estadista y filósofo, desterrado de Florencia con los Güelfos y que volvió á la ciudad cuando hubo triunfado su partido. La aserción se funda en ciertos versos del Infierno. Al encontrar á Brunetto Latini en el círculo de los violentos, Dante le dice: "Tengo presente siempre en mi ánimo vuestra cara y hondosa imagen paternal, tal como era cuando en el mundo me enseñásteis cómo el hombre se eterniza."

Le parece á uno que sueña, cuando registra todo cuanto de este pasaje han sacado los biógrafos desde el siglo xiv. Sin duda el sentido de esta frase "me enseñásteis cómo el hombre se eterniza," es muy vago. Se la puede interpretar de mil maneras, y eso es lo que ha sucedido, en efecto. Para Bocaccio, Brunetto enseñó á Dante la filosofía; para el comentador conocido con el nombre de Ottino, se trata de la ciencia moral; para Benvenuto da Imola, Brunetto fué maestro del Dante en el sentido más literal de la palabra; debió haber regentado una escuela frecuentada por Dante y otros jóvenes "entre ellos algunos que llegaron á ser célebres por su elocuencia." Esta interpretación, á pesar de ser la más distante del texto del Infierno, ha sido la más seguida, y algunos modernos la han desarrollado convirtiendo á Latini en un pedagogo que acostumbró la razón del Dante á penetrar hasta el fondo de las cosas inspirándole, él, que escribió *Tesoro* en francés, por ser lengua que le *deleitaba* más que el italiano, el amor por la lengua nernácula. Pero lo poco que de la vida del personaje conocemos hasta parece hacernos dudar de los asertos de los biógrafos, que resultan verdaderos fantaseos. En 1273, cuando el Dante tenía ocho años, cuando apenas habría podido comenzar el estudio de "cómo el hombre se eterniza," Latini era secretario del consejo de la república florentina, y muy estimado de sus conciudadanos; tan directamente mezclado en la política, que fué de los primeros que en 1283 sirvieron el cargo nuevamente creado, de Prior. Las funciones de maestro de escuela se compadecen poco, hay que convenir en ello, con la vida agitada del autor del *Tesoro*. ¿Cómo podía encontrar tiempo en medio de sus ocupa-

ciones para enseñar al pequeño Dante degli Allighieri? La interpretación de los primeros comentadores es, sin duda, la más cercana á la verdad: Dante aprendió mucho de Latini, frecuentándolo, ó más bien leyendo el libro del *Tesoro*, especie de enciclopedia de todos los conocimientos de la época, mezclado con fragmentos de todos los escritores antiguos, ó tal vez otro libro más pequeño, el *Tesoretto*, que algunos consideran como una de las fuentes de la Divina Comedia.

Otro punto de detalle nos muestra claramente por qué especie de cristalización continua la biografía del Dante, que apenas llena una página de Villani, llenaba cuarenta de Bocaccio y dos volúmenes de Balbo.

Hablando de la juventud del Dante, Bocaccio insinúa que encontraba placer en ocuparse "en los versos y el canto." Ciertamente, nada tiene esto de imposible; Manetti, alargando la aserción de B., agrega que frecuentaba á los maestros de música de su tiempo. Filelfo, amplificando más, agrega que cantaba agradablemente y que tocaba la cítara y el órgano, para atenuar el fastidio de la soledad en su vejez. Un biógrafo del siglo pasado se aventura á suponer que tuvo por maestro de música á su contemporáneo Casella: otros aprueban esta hipótesis; todos ellos escriben que no es imposible que Casella fuera, como se dice, el maestro del Dante. Por medio de este *se dice*, se pone al amparo de la tradición una hipótesis gratuita de un comentador desautorizado. Por supuesto los manuales y los diccionarios aceptan á porfía y sin reserva que Dante amaba la música; que cantaba, tocaba el órgano, tuvo por maestro á Casella, todo para probar, como si para ello no bastara su obra, la universalidad de su genio.

Hé allí dos ejemplos que muestran que basta remontar á las fuentes, para ver desmoronarse la leyenda del Dante. Este procedimiento puede aplicarse á muchos otros pormenores, á algunos de los más generalmente aceptados, de los más populares: así podrá descubrirse que Dante no tomó parte en la batalla de Campaldin, á pesar de que la describe en su Purgatorio; que Beatrice Portinari no se llamaba ni Beatrice ni Portinari, probablemente; que cuanto se refiere de la vida conyugal del poeta, con excepción del hecho mismo de su matrimonio, es pura hipótesis; que no es posible saber cuántos hijos tuvo; que de catorce legaciones que le atribuye Filelfo cerca de los más poderosos magnates de su tiempo, sólo una es incontestable y la más modesta: la que desempeñó cerca de la municipalidad de San Gemignano adon-

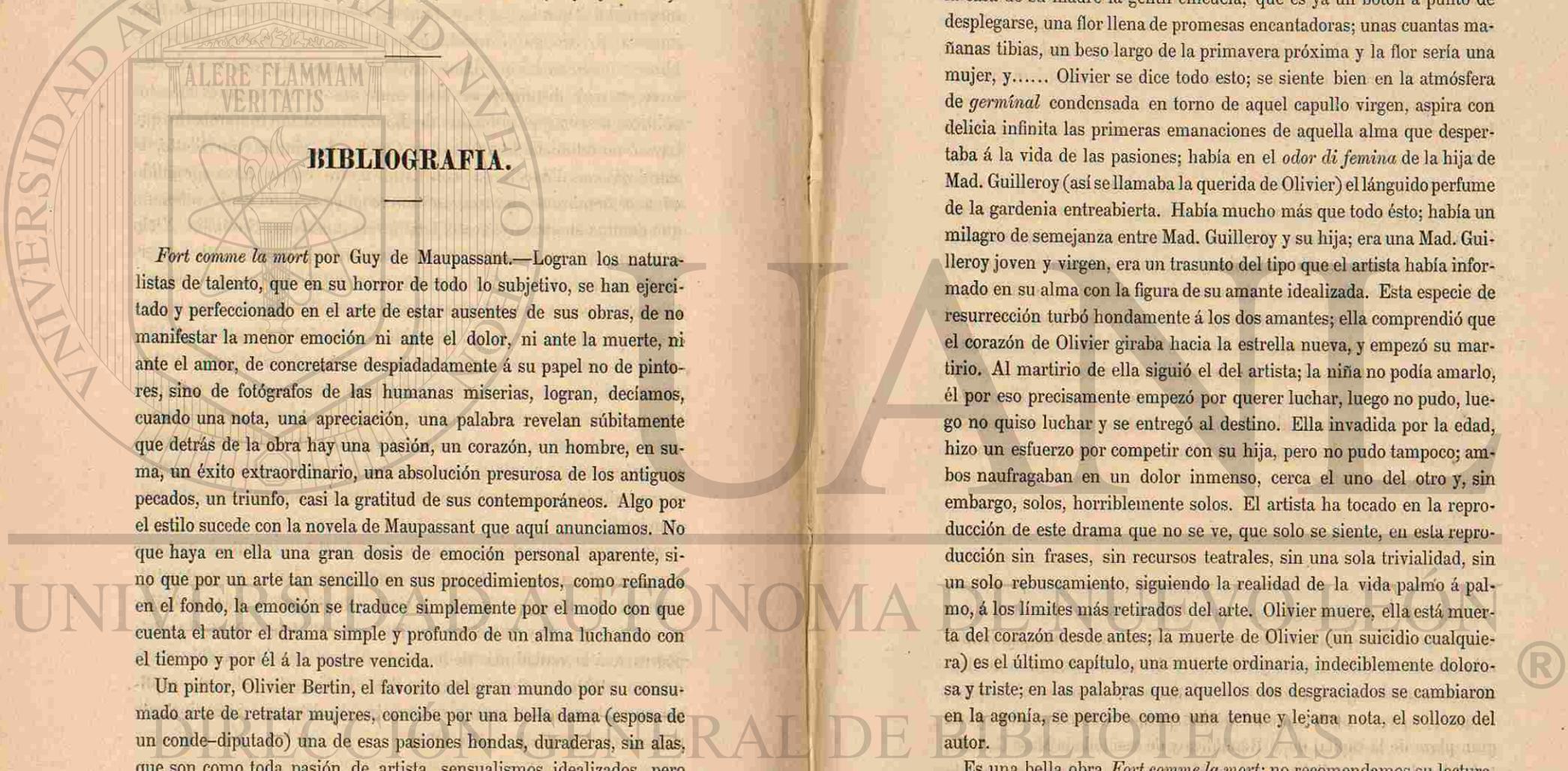
de fué á vigilar el nombramiento de un nuevo *capitano*, y así lo demás.

Cada uno de estos pormenores, considerado en sí mismo, tiene poca importancia: que la muy noble señora que descubrió á su amante los misterios del Paraíso, se haya llamado Beatriz ó de otro modo, poco importa; si vivió, si fué amada hasta después de su muerte con un sublime y único amor; que Dante haya sido embajador una vez y no catorce, en nada disminuye su valor como uno de los mejores talentos políticos de su siglo: el tratado de *Monarchia* basta á comprobarlo; que haya ó no estudiado la música con Casella, la pintura con Giotto, la astrología con d'Ascoli, que con Latini ú otro, ó solo, haya aprendido cómo el hombre se eterniza, eso no rebaja en nada el genio soberano que domina su época y, acaso, toda la era moderna. Sin duda. Y sin embargo, ¡qué interesante nos sería formarnos idea exacta de su personalidad, por otro camino que no fuera su misterioso poema cuyo sentido nos huye á veces! El eterno problema de la relación entre la obra y el autor, que es, en suma, el problema esencial de la psicología literaria, tal como hoy la comprendemos, nunca se ha planteado en términos más apasionantes, más inquietantes, que respecto de este gran desconocido, sobre el cual la historia nos ha engañado poco á poco tan completamente, que estamos convencidos de podernos figurar lo que fué su vida, cuando la ignoramos por entero casi, así como su figura reproducida por todos los grandes pintores, es probablemente convencional.

Algo es ya, sin embargo, como lo han hecho los críticos italianos cuyas investigaciones he tratado de caracterizar, haber marcado el límite aproximativo entre lo falso, lo cierto y lo probable. Gracias á ellos el escritor que hoy intentase escribir una "Vida del Dante," podría acercarse á la verdad más de lo que hasta hoy ha sido posible y, ya que no establecer sobre inconcusos datos la biografía del poeta, explicar en parte su inteligencia y su corazón, sin detenerse á cada instante por errores legendarios.—Ed. Rod.

El conde de Charencez, que hace mucho tiempo se ocupa en resolver problemas de arqueología mexicana, y cuyas tentativas para demostrar los orígenes asiáticos de las civilizaciones americanas son considerables, acaba de presentar en la Academia de Inscripciones de París,

un trabajo sobre el idioma *mame* de Soconusco. M. de Charencez pretende demostrar que esta lengua, que pertenece á la familia maya-quiché, sirve de intermediara entre los dos grupos de esta familia, el grupo occidental (quiché y potromé) y el oriental (maya y tzendal).



BIBLIOGRAFIA.

Fort comme la mort por Guy de Maupassant.—Logran los naturalistas de talento, que en su horror de todo lo subjetivo, se han ejercitado y perfeccionado en el arte de estar ausentes de sus obras, de no manifestar la menor emoción ni ante el dolor, ni ante la muerte, ni ante el amor, de concretarse despiadadamente á su papel no de pintores, sino de fotógrafos de las humanas miserias, logran, decíamos, cuando una nota, una apreciación, una palabra revelan súbitamente que detrás de la obra hay una pasión, un corazón, un hombre, en suma, un éxito extraordinario, una absolución presurosa de los antiguos pecados, un triunfo, casi la gratitud de sus contemporáneos. Algo por el estilo sucede con la novela de Maupassant que aquí anunciamos. No que haya en ella una gran dosis de emoción personal aparente, sino que por un arte tan sencillo en sus procedimientos, como refinado en el fondo, la emoción se traduce simplemente por el modo con que cuenta el autor el drama simple y profundo de un alma luchando con el tiempo y por él á la postre vencida.

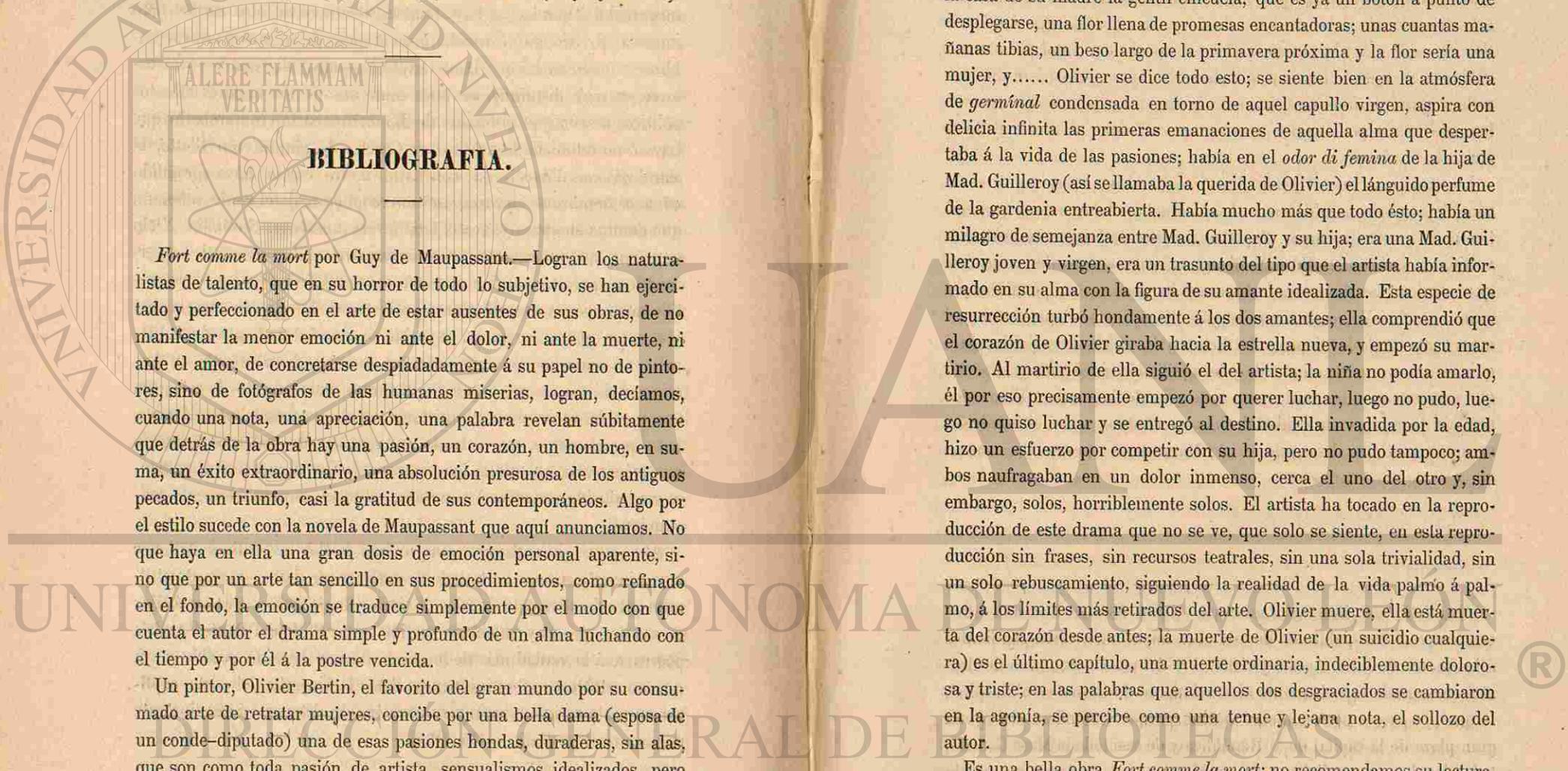
Un pintor, Olivier Bertin, el favorito del gran mundo por su consumado arte de retratar mujeres, concibe por una bella dama (esposa de un conde-diputado) una de esas pasiones hondas, duraderas, sin alas, que son como toda pasión de artista, sensualismos idealizados, pero nada más que sensualismos. La pasión es correspondida y el adulterio se establece, después de una lucha moral *a posteriori*, como un modo definitivo de vida, como un pacto sencillo, íbamos á decir honrado.

Y pasaron los años, el crimen había adquirido el aspecto íntimo y sereno de un idilio conyugal; el artista sentía el corazón vigoroso aún;

en ella el amor era inagotable y la belleza declinaba con esplendores de crepúsculo. Tenía una hija, que se educaba lejos del amparo materno; mucho tiempo hacía que Olivier no la veía. Vuelve por fin á la casa de su madre la gentil chicuela, que es ya un botón á punto de desplegarse, una flor llena de promesas encantadoras; unas cuantas mañanas tibias, un beso largo de la primavera próxima y la flor sería una mujer, y..... Olivier se dice todo esto; se siente bien en la atmósfera de *germinal* condensada en torno de aquel capullo virgen, aspira con delicia infinita las primeras emanaciones de aquella alma que despertaba á la vida de las pasiones; había en el *odor di femina* de la hija de Mad. Guilleroy (así se llamaba la querida de Olivier) el lánguido perfume de la gardenia entreabierta. Había mucho más que todo ésto; había un milagro de semejanza entre Mad. Guilleroy y su hija; era una Mad. Guilleroy joven y virgen, era un trasunto del tipo que el artista había informado en su alma con la figura de su amante idealizada. Esta especie de resurrección turbó hondamente á los dos amantes; ella comprendió que el corazón de Olivier giraba hacia la estrella nueva, y empezó su martirio. Al martirio de ella siguió el del artista; la niña no podía amarlo, él por eso precisamente empezó por querer luchar, luego no pudo, luego no quiso luchar y se entregó al destino. Ella invadida por la edad, hizo un esfuerzo por competir con su hija, pero no pudo tampoco; ambos naufragaban en un dolor inmenso, cerca el uno del otro y, sin embargo, solos, horriblemente solos. El artista ha tocado en la reproducción de este drama que no se ve, que solo se siente, en esta reproducción sin frases, sin recursos teatrales, sin una sola trivialidad, sin un solo rebuscamiento, siguiendo la realidad de la vida palmó á palmó, á los límites más retirados del arte. Olivier muere, ella está muerta del corazón desde antes; la muerte de Olivier (un suicidio cualquiera) es el último capítulo, una muerte ordinaria, indeciblemente dolorosa y triste; en las palabras que aquellos dos desgraciados se cambiaron en la agonía, se percibe como una tenue y lejana nota, el sollozo del autor.

Es una bella obra *Fort comme la mort*; no recomendamos su lectura, no recomendamos la lectura de ninguna obra pesimista, pero es muy bella ¿es inmoral? Es la inmoralidad genuina de la vida. ¿Es inmoral Mad. Bovary, la obra magna de Flaubert, de quien Maupassant es discípulo? Taine recetaba la lectura de Mad. Bovary á una directora pudibunda de un colegio de niñas en Inglaterra. La receta era mala;

un trabajo sobre el idioma *mame* de Soconusco. M. de Charencez pretende demostrar que esta lengua, que pertenece á la familia maya-quiché, sirve de intermediara entre los dos grupos de esta familia, el grupo occidental (quiché y potromé) y el oriental (maya y tzendal).



BIBLIOGRAFIA.

Fort comme la mort por Guy de Maupassant.—Logran los naturalistas de talento, que en su horror de todo lo subjetivo, se han ejercitado y perfeccionado en el arte de estar ausentes de sus obras, de no manifestar la menor emoción ni ante el dolor, ni ante la muerte, ni ante el amor, de concretarse despiadadamente á su papel no de pintores, sino de fotógrafos de las humanas miserias, logran, decíamos, cuando una nota, una apreciación, una palabra revelan súbitamente que detrás de la obra hay una pasión, un corazón, un hombre, en suma, un éxito extraordinario, una absolución presurosa de los antiguos pecados, un triunfo, casi la gratitud de sus contemporáneos. Algo por el estilo sucede con la novela de Maupassant que aquí anunciamos. No que haya en ella una gran dosis de emoción personal aparente, sino que por un arte tan sencillo en sus procedimientos, como refinado en el fondo, la emoción se traduce simplemente por el modo con que cuenta el autor el drama simple y profundo de un alma luchando con el tiempo y por él á la postre vencida.

Un pintor, Olivier Bertin, el favorito del gran mundo por su consumado arte de retratar mujeres, concibe por una bella dama (esposa de un conde-diputado) una de esas pasiones hondas, duraderas, sin alas, que son como toda pasión de artista, sensualismos idealizados, pero nada más que sensualismos. La pasión es correspondida y el adulterio se establece, después de una lucha moral *a posteriori*, como un modo definitivo de vida, como un pacto sencillo, íbamos á decir honrado.

Y pasaron los años, el crimen había adquirido el aspecto íntimo y sereno de un idilio conyugal; el artista sentía el corazón vigoroso aún;

en ella el amor era inagotable y la belleza declinaba con esplendores de crepúsculo. Tenía una hija, que se educaba lejos del amparo materno; mucho tiempo hacía que Olivier no la veía. Vuelve por fin á la casa de su madre la gentil chicuela, que es ya un botón á punto de desplegarse, una flor llena de promesas encantadoras; unas cuantas mañanas tibias, un beso largo de la primavera próxima y la flor sería una mujer, y..... Olivier se dice todo esto; se siente bien en la atmósfera de *germinal* condensada en torno de aquel capullo virgen, aspira con delicia infinita las primeras emanaciones de aquella alma que despertaba á la vida de las pasiones; había en el *odor di femina* de la hija de Mad. Guilleroy (así se llamaba la querida de Olivier) el lánguido perfume de la gardenia entreabierta. Había mucho más que todo ésto; había un milagro de semejanza entre Mad. Guilleroy y su hija; era una Mad. Guilleroy joven y virgen, era un trasunto del tipo que el artista había informado en su alma con la figura de su amante idealizada. Esta especie de resurrección turbó hondamente á los dos amantes; ella comprendió que el corazón de Olivier giraba hacia la estrella nueva, y empezó su martirio. Al martirio de ella siguió el del artista; la niña no podía amarlo, él por eso precisamente empezó por querer luchar, luego no pudo, luego no quiso luchar y se entregó al destino. Ella invadida por la edad, hizo un esfuerzo por competir con su hija, pero no pudo tampoco; ambos naufragaban en un dolor inmenso, cerca el uno del otro y, sin embargo, solos, horriblemente solos. El artista ha tocado en la reproducción de este drama que no se ve, que solo se siente, en esta reproducción sin frases, sin recursos teatrales, sin una sola trivialidad, sin un solo rebuscamiento, siguiendo la realidad de la vida palmo á palmo, á los límites más retirados del arte. Olivier muere, ella está muerta del corazón desde antes; la muerte de Olivier (un suicidio cualquiera) es el último capítulo, una muerte ordinaria, indeciblemente dolorosa y triste; en las palabras que aquellos dos desgraciados se cambiaron en la agonía, se percibe como una tenue y lejana nota, el sollozo del autor.

Es una bella obra *Fort comme la mort*; no recomendamos su lectura, no recomendamos la lectura de ninguna obra pesimista, pero es muy bella ¿es inmoral? Es la inmoralidad genuina de la vida. ¿Es inmoral Mad. Bovary, la obra magna de Flaubert, de quien Maupassant es discípulo? Taine recetaba la lectura de Mad. Bovary á una directora pudibunda de un colegio de niñas en Inglaterra. La receta era mala;

el drama que ahí surge del adulterio es espantable, cierto; y es natural y necesario, sin duda. Pero para llegar á las convulsiones asquerosas de la infeliz suicida, hay que pasar por otras, de otro género, igualmente inmorales, pero..... Basta de digresión. Los amantes del arte delicado, sin dejar de ser robusto y sano (nótese que hablamos del arte nada más) leerán con deleite la novela del autor del obsceno *Bel-ami*. Y aquí no hay una sola obscenidad por cierto, ni un solo episodio impuro; la impureza, la inmensa impureza latente está completamente velada por el amor primero, por el dolor después; al fin se apaga en la muerte.

Lo singular es que el joven maestro naturalista, trata aquí, renovándolo con los procedimientos de su escuela, el eterno tema romántico de la muerte por amor. Aquellas muertes declamatorias, teatrales, vestidas al estilo de la Edad Media eran ciertas; eran reales, como ésta que nos describe Maupassant. Entonces se moría con un puñal damasquino, hoy bajo la rueda de un wagón. Era el amor el que mataba, el amor mata desde los tiempos del *Eclesiastés*. Dichosos aquellos para quienes no es muerte, sino vida y tranquilidad y goce puro y superior que parece tener alas hasta para más allá de la tumba. Pero estos sentirán la amarga curiosidad de conocer el amor malo, el homicida, aunque sea en las descripciones de Maupassant. Lector, ¿no somos vd. y yo de estos curiosos?

Estadística del Hospital Juarez por el Dr. Manuel Soriano.—Dos cuadernos se han publicado de esta obra importante, correspondientes á los meses de Julio, Agosto y Setiembre del pasado año, uno de ellos está consagrado especialmente al movimiento de tifosos en el hospital, lo que nos parece perfectamente hecho, porque tratándose del tifo la gran plaza de la capital de la República y de casi toda la Mesa Central, todos los datos y condiciones del problema son de tomarse en cuenta si se quiere llegar á una acertada solución higiénica, que de seguro extinguirá ó atenuará este terrible mal aquí, como en otras partes ha sucedido. La estadística hospitalaria ha sido perfectamente organizada por el modesto y concienzudo facultativo á quien se ha encomendado; puede servir la forma metódica que se le ha dado no sólo hajo el as-

pecto médico, sino bajo el criminalista, pues sabido es que el Hospital Juarez es el destinado á recoger á todos los heridos y muertos en la gran batalla del crimen en México. Cuando en nuestras cárceles y penitenciarías se organicen con tanto esmero *Estadísticas* del género de las que publica el Sr. Soriano se habrán zanjado las bases de una criminología nacional.

Vera Nicole por C. Le Senne. Esta es una novela que no carece de interés, no por el asunto bastante trivial, sino por el estudio de los caracteres; es una pintura exacta de ciertos medios y de ciertas costumbres literarias muy de actualidad en Francia, y que entre nosotros existen en gérmenes, que se desenvolverían rápidamente si una vida literaria intensa sucediese á esta anémica que llevamos, en que, no decimos la producción original, sino la simple asimilación es todavía tan laboriosa ó tan desmayada. El *clavo* de la novela, como dicen los franceses, consiste en las relaciones entre el inteligente y cándidamente ambicioso profesor Corbière y la *literata* Vera Nicole, una de esas plantas malsanas que la transformación de los métodos de educación, y sobre todo, su mala aplicación producirán forzosamente durante mucho tiempo, hasta que se hayan aclimatado y perfeccionado. Virtuosa por temperamento, bella é instruida, pero profundamente excéptica, esta Vera vive fabricando novelitas morales para una empresa de literatura para las familias. Corbière se enamora de ella; ella ve en Corbière un medio de dejar la monótona existencia que lleva; se casan, vienen los disgustos, ella se lanza á la literatura galante, acaba en el adulterio. El se suicida á la postre. Muchos de los personajes de esta novela, son, según parece, retratos.

Bon ami por Ad. Belot. Este autor tiene gran séquito entre las personas, y abundan, aficionadas á la novela elegantemente pornográfica y pernicioso, sin ser en realidad divertida. El título recuerda la graciosa y terrible obra de Maupassant, de escabrosísima lectura, pero de

un realismo tan poderoso y de una observación tan profunda, tan irónica y tan dolorosa: *Bel ami*. Sólo por el título se parecen; el tema de la novela de Belot, desarrollado con menos libertinaje en la forma, es en el fondo tan inmoral como el que más: se trata de un niño que sirve de intermedio entre su madre, mujer incomprendida y abandonada, y un buen joven que, gracias al divorcio, acaba por regularizar una culpable unión.

Antonio Bezarez por L. Biart.—Tal es el título de una serie de novelitas de costumbres mexicanas, del estimable M. Lucian Biart, antiguo farmacéutico en Orizaba, muy perito en estudios botánicos y que al volver á Francia se convirtió en un literato *naturalista* y no en el sentido *soluno* del vocablo, sino en el llano y ordinario de literato entendido en historia natural. El bandido, el hacendado, el guerrillero, el traficante mexicanos son un solo tipo, presentados en diferentes posiciones como los ingleses de Caren d'Ache, en las amables é insignificantes obritas del Sr. Biart. Lo mismo puede decirse de las mujeres, lánguidas, ardientes, enamoradas y fumadoras. Todo esto, mezclado con rasgos tomados de episodios reales, resulta en conjunto de un mexicanismo de convención y puramente literario como el indianismo de Chateaubriand y el hinduismo de Mery. Algunas veces, sin embargo, encontramos cuadros de costumbres nuestras bien observadas en la serie encabezada por *Antonio Bezarez* y paisajes de la Tierra Caliente muy bien descritos.

Le Sens de la Vie, novela autobiográfica por Ed. Rod.—El autor es un joven sabio de estos que con un inmenso bagaje de instrucción, una curiosidad insaciable é inquieta, un amarguísimo dejo en los labios de los placeres de la vida intelectual (cosa que parece una paradoja y que es sin embargo una triste realidad), dueños de todos los recursos estéticos sorprendidos en sutiles é implacables análisis de todas las producciones literarias antiguas y modernas, se lanzan á las obras de imaginación con el objeto de ejercitarse en la pintura objetiva de las almas de los otros, y nos dan al cabo una psicología dolorosa de las

suyas, nos cuentan su alma. Siquiera Ed. Rod, el eminente profesor de *Historia de la literatura*, en Ginebra, lo hace francamente en su última novela. Como obra de observación interior es de las más notables que nuestro tiempo ha producido; el talento del autor es inmenso, con él corre parejas su sinceridad, esto se siente, se palpa. Se trata del curso ordinario de la vida reflejándose en un alma maravillosamente afinada por el heredismo intelectual y por la civilización. Resulta un libro pesimista. Al menos tal es nuestra impresión. ¿No es ésta, en resumen, la impresión dolorosa de la vida?

Waldeck-Rousseau. Discursos políticos.—Han llegado algunos ejemplares de esta colección de notables producciones oratorias del joven abogado *oportunist*a que figuró por primera vez en el Ministerio de Gambetta en Francia y luego en el último gabinete presidido por el Sr. Ferry. Cuando ese admirable pueblo francés capaz de salir sano y salvo de todas las catástrofes y de todos los errores, hasta de este error cesarista que está á punto de volver á cometer, necesita hombres de carácter entero, de elocuencia superior y seria, de penetrante instinto político, volverá los ojos al grupo en que *Waldeck-Rousseau* figura en primera línea. Entonces reparará con su habitual generosidad una de las injusticias mayores que en la historia moderna se han cometido, hablamos del odio popular contra el eminente estadista á quien se achaca *el horrible crimen* de la expedición de Tonkin, que ni es un crimen, sino una empresa feliz como lo dirá lo porvenir, y que si lo fuera habría tenido por cómplice á la mayoría del pueblo francés. ¿Pero cómo quitar de la cabeza á un pueblo latino un odio que tiene por base una serie de frases altisonantes, y como impedirle que cuando se sienta descontento busque un chivo expiatorio? La historia de Francia ha visto frecuentemente enormes impopularidades, pocas tan inexplicables como la de uno de los pocos hombres capaces de realizar el gran ideal de Gambetta, la transformación del partido republicano avanzado en un partido de gobierno, la del amigo del orador cuyos discursos anunciamos. Precisamente la lectura de estos discursos demuestra cuánto tiene la gran república europea que esperar de ciudadanos de tanto talento, de tanta integridad, de un amor tan cuerdo y tan alto de la libertad y del orden.

Le Disciple por P. Bourget.—Reservándonos para más tarde, por encajar perfectamente en nuestro propósito de hacer seguir á los lectores de la *Revista* el movimiento literario general, en sus más salientes manifestaciones, un estudio sobre Bourget, que personifica en una de sus facetas más interesantes las tendencias de la flamante escuela psicológica, aplicada al arte de hacer novelas, nos apresuramos á señalar *le Disciple* á cuantos siguen de cerca la evolución hacia un ideal superior y humano, del naturalismo en Francia. Un joven discípulo de un filósofo eminente y fundamentalmente descreído, se propone para hacer una gran experiencia psicológica, seducir á una joven pura y buena. Lo consiguen y pactan morir juntos; ella se propina un veneno; él no; la experiencia está consumada. Acusado de haber dado muerte á su amante, guarda silencio ante el jurado y ante la acusación del hermano de su víctima, á quien ésta encargó su venganza.

El joven profesor (es un profesor naturalmente) ha enviado su confesión completa á su maestro. Este se llena de tribulación y espanto. ¿Cómo han podido sus doctrinas, simples lucubraciones intelectuales, producir tanto mal? Es culpable el maestro. ¿Es culpable el inventor de la dinamita de tan horribles aplicaciones que suelen hacerse de ella? Hé aquí el problema.

Por fin el jurado conoce la verdad y absuelve al profesor; el hermano de la pobre joven seducida lo mata de un pistoletazo. Este es descarnado y desdado de todas las delicadezas de observación y de estilo, suprimiendo los infinitos matices de este drama, la obra de Bourget, una de las más notables de la escuela contemporánea y que el inflexible crítico de la *Revue des deux mondes*, califica de una excelente obra y de una buena acción.

MEXICO A TRAVES DE LOS SIGLOS.

[Cinco vols. in folio., edición ilustrada.—Barcelona.—México.—Ballecá y Comp.]

En el mes que corre se han distribuido los últimos cuadernos de esta obra monumental que hace honor, en toda la fuerza de la palabra, á la producción catalana de impresiones artísticas, al espíritu de empresa del Sr. Ballecá y á nuestros amigos é ilustrados colaboradores los Sres. Riva Palacio, Chavero, Zárate, Olavarría y Vigil, redactores de los sendos volúmenes que la componen. Bajo el aspecto artístico es ciertamente una incomparable colección de vistas de ruinas, de monumentos, de paisajes, de tipos nacionales y de retratos de personajes que de cerca ó de lejos se han mezclado á la historia de nuestro país. En muchos años no podrá intentarse cosa igual, aun cuando hubiese elementos para modificar ó perfeccionar la preciosa galería formada por la parte ilustrada de los cinco enormes tomos en que nos ocupamos. No que todo sea irreprochable en la ilustración, casi siempre limpia y hermosa en la parte grabada en el texto mismo, mas bastante desigual en las láminas en color, sobre todo en las que tienen pretensiones de composición artística. En cambio, hay algunas planchas grabadas que son la perfección misma como los retratos de los generales presidentes Arista y Porfirio Díaz; no se puede pedir al grabado en acero una reproducción más exacta, más viva, más fina del rostro humano.

No conocemos las últimas oleografías tomadas de cuadros compuestos con episodios de la conquista que constituyen el obsequio final á los suscritores de la obra; nada pues podemos decir de su mérito. Y ya que tratamos de lo que se refiere á los editores, que, en verdad, han realizado su empeño con un valor y una habilidad superior á todo encomio, séanos permitido formular el deseo de que la misma obra, con toda la ilustración intercalada en el texto, se publique en una segunda edición pequeña de forma, aun cuando quede distribuida en quince ó veinte volúmenes, pero que sea fácil de manejar; las obras que necesitan para leerse de un atril ó una mesa, se leen poco; quienes no

Le Disciple por P. Bourget.—Reservándonos para más tarde, por encajar perfectamente en nuestro propósito de hacer seguir á los lectores de la *Revista* el movimiento literario general, en sus más salientes manifestaciones, un estudio sobre Bourget, que personifica en una de sus facetas más interesantes las tendencias de la flamante escuela psicológica, aplicada al arte de hacer novelas, nos apresuramos á señalar *le Disciple* á cuantos siguen de cerca la evolución hacia un ideal superior y humano, del naturalismo en Francia. Un joven discípulo de un filósofo eminente y fundamentalmente descreído, se propone para hacer una gran experiencia psicológica, seducir á una joven pura y buena. Lo consiguen y pactan morir juntos; ella se propina un veneno; él no; la experiencia está consumada. Acusado de haber dado muerte á su amante, guarda silencio ante el jurado y ante la acusación del hermano de su víctima, á quien ésta encargó su venganza.

El joven profesor (es un profesor naturalmente) ha enviado su confesión completa á su maestro. Este se llena de tribulación y espanto. ¿Cómo han podido sus doctrinas, simples lucubraciones intelectuales, producir tanto mal? Es culpable el maestro. ¿Es culpable el inventor de la dinamita de tan horribles aplicaciones que suelen hacerse de ella? Hé aquí el problema.

Por fin el jurado conoce la verdad y absuelve al profesor; el hermano de la pobre joven seducida lo mata de un pistoletazo. Este es descarnado y desdado de todas las delicadezas de observación y de estilo, suprimiendo los infinitos matices de este drama, la obra de Bourget, una de las más notables de la escuela contemporánea y que el inflexible crítico de la *Revue des deux mondes*, califica de una excelente obra y de una buena acción.

MEXICO A TRAVES DE LOS SIGLOS.

[Cinco vols. in folio., edición ilustrada.—Barcelona.—México.—Ballecá y Comp.]

En el mes que corre se han distribuido los últimos cuadernos de esta obra monumental que hace honor, en toda la fuerza de la palabra, á la producción catalana de impresiones artísticas, al espíritu de empresa del Sr. Ballecá y á nuestros amigos é ilustrados colaboradores los Sres. Riva Palacio, Chavero, Zárate, Olavarría y Vigil, redactores de los sendos volúmenes que la componen. Bajo el aspecto artístico es ciertamente una incomparable colección de vistas de ruinas, de monumentos, de paisajes, de tipos nacionales y de retratos de personajes que de cerca ó de lejos se han mezclado á la historia de nuestro país. En muchos años no podrá intentarse cosa igual, aun cuando hubiese elementos para modificar ó perfeccionar la preciosa galería formada por la parte ilustrada de los cinco enormes tomos en que nos ocupamos. No que todo sea irreprochable en la ilustración, casi siempre limpia y hermosa en la parte grabada en el texto mismo, mas bastante desigual en las láminas en color, sobre todo en las que tienen pretensiones de composición artística. En cambio, hay algunas planchas grabadas que son la perfección misma como los retratos de los generales presidentes Arista y Porfirio Díaz; no se puede pedir al grabado en acero una reproducción más exacta, más viva, más fina del rostro humano.

No conocemos las últimas oleografías tomadas de cuadros compuestos con episodios de la conquista que constituyen el obsequio final á los suscritores de la obra; nada pues podemos decir de su mérito. Y ya que tratamos de lo que se refiere á los editores, que, en verdad, han realizado su empeño con un valor y una habilidad superior á todo encomio, séanos permitido formular el deseo de que la misma obra, con toda la ilustración intercalada en el texto, se publique en una segunda edición pequeña de forma, aun cuando quede distribuida en quince ó veinte volúmenes, pero que sea fácil de manejar; las obras que necesitan para leerse de un atril ó una mesa, se leen poco; quienes no

hayan tenido la precaución de leer por entregas estos inmensos libros de 800 páginas, cuando menos, renunciarán al gusto de hacerlo, una vez empastados, á menos de dedicar á tan trabajosa tarea tres ó cuatro años. Lo que proponemos á los editores, es lo mismo que han hecho con la gran edición de la *Historia de España* de Lafuente, los Sres. Montaner y Simón, alcanzando un buen éxito completo.

La *Revista Nacional* tratará de emprender el análisis de aquel vasto trabajo histórico, con todo el detenimiento que exigen sus proporciones y el indiscutido mérito de sus autores. Por ahora nos contentaremos con resumir rápidamente nuestra impresión general. A pesar de haber sido encomendada á escritores de marcada personalidad literaria, y, por consiguiente de estilo, tendencias y puntos de mira diversos, no hay duda que existe en toda la obra cierta unidad de espíritu, un *consensus* constituido por la identidad de opiniones patrióticas y liberales de sus autores y por la intención sana de aplicar á nuestra historia nacional un criterio desapasionado é imparcial.

Al Sr. Chavero cupo en suerte, por sus conocimientos arqueológicos, la primera parte de nuestra historia, la anterior á la conquista, la que se ocupa en la procedencia de los diversos grupos que se establecieron en la futura Nueva España, de los orígenes y desenvolvimiento, de los caracteres y diferencias, de las luchas y fusiones de las civilizaciones aclimatadas entre el mar Caribe y el mar de Cortés. Dejando á un lado los errores posibles é inevitables en obras de tamaño aliento, puede afirmarse que cuanto de sustancial é importante se conoce sobre estas épocas muertas, está ahí y está ahí relatado en un estilo superiormente literario y florido, elocuente con frecuencia, pocas veces retórico y declamatorio. El apasionado amor con que el eminente académico ha estudiado estas épocas que tanto cautivan por lo grandioso de sus vestigios artísticos, por el misterio de sus monumentos epigráficos; el eco lejanísimo de los dramas en que tomó forma el advenimiento, el apogeo y la muerte de los pueblos que en ellas se movieron, dá á la vivaz palabra del narrador tonos apocalípticos. Así planteado adquiere poderoso relieve el problema de los nebulosos orígenes americanos, y agigántanse en los términos más retirados de la perspectiva histórica los lineamientos de las civilizaciones ante-cristianas de este continente, lo que comunica á los lectores esa emoción singular que en presencia de las ruinas de la antigüedad mexicana se resiente. Taine afirma que un historiador completo, debe, en cierto modo, ser un poeta: lo es el

Sr. Chavero, sin duda alguna. La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo, fluyen de sus cualidades de poeta. Mas de allí vienen también, y este es el defecto de la cualidad, la facilidad de inferir en grande de premisas ó muy vagas ó muy pequeñas, de edificar hipótesis atrevidísimas sobre frágiles bases, y en suma la tendencia de imaginar la historia ahí donde falta el dato concluyente, y la tentación de tomar las simples probabilidades por hechos ciertos.

Hemos de empeñarnos en probar en estudios especiales que alguna vez son justos estos reproches, de que ningún historiador poeta se ha zafado. Mas á pesar de ello, repetimos que en el primer tomo de *México á través de los siglos*, queda coordinado cuanto de allende la conquista se sabe, y algo más, algo tal vez, discutible y problemático. Llegando á tiempos más conocidos, el Sr. Chavero se mueve con perfecta facilidad y maneja el dato y el documento con admirable destreza, aunque siempre inclinándose á hacerles decir algo nuevo, á encontrar en ellos lo que los otros no han encontrado. Después de la narración de la conquista de nuestro inolvidable Orozco y Berra (*Historia Antigua y de la Conquista de México*, tomo IV) para referirnos á los contemporáneos solamente, era bastante difícil hacer algo mejor ó más interesante; el Sr. Chavero lo ha hecho diversamente, se ha colocado en otro punto de vista y ha salido muy airoso de un empeño en que ha apurado su talento y su arte. Y este es el caso de felicitarlo por haber dado á la conquista, considerada desde lo alto y en conjunto todo su valor, y de no haber rendido parias á la escuela que con un criterio que puede ser muy patriótico, pero que por apasionado es perfectamente extraño á la ciencia, niega lo que hay de grande en la personalidad de Cortés (mezcla de vicios y cualidades extraordinarios, como tantas veces las hubo en el siglo XVI) y, lo que es más grave, pretende rebajar la importancia suprema de la obra de los conquistadores, punto de partida de la sociedad mexicana. Y para cerrar con una pequeña *chicana* éste, que no es por cierto un juicio crítico sino un breve conjunto de reflexiones nacidas de la primera lectura, permítannos los historiadores de *México á través de los siglos*: (porque la crítica no va solamente enderezada al Sr. Chavero) que extrañemos el sistema de incorporar el aparejo erudito, la documentación solo propia de apéndices, los *excursus* ó disertaciones complementarias, en el texto mismo. Esto tras de fatigar al lector, es un grave defecto de composi-

ción. Los resultados sustanciales en el texto, las referencias y las indicaciones indispensables en las notas, el material importante que ha servido para el trabajo, en los apéndices, este es el buen sistema, perfectamente conocido de los autores á quienes nos dirigimos. Por no haberlo empleado, obligados quizás por exigencias editoriales, resulta que la obra parece un edificio al que se hubieran dejado los andamios.

La parte encomendada al Sr. Riva Palacio era quizás la más importante de todas, aunque la menos dramática y pintoresca. Los tres siglos del gobierno colonial exceptuadas sus dos extremidades, la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la gran insurrección de 1810, son monótonos, áridos, la historia en ellos tiende á retrogradar hacia la crónica y la crónica á pulverizarse en efemérides; sólo un esfuerzo superior podía extraer del hacinamiento de materiales referentes á la vida superficial de la sociedad y al movimiento uniforme del mecanismo administrativo armado aquí por España, una buena narración explicada de los sucesos, una regular historia pragmática, en suma. Hombre capaz de ponerse á la altura de cuanto emprende, lleno de entusiasmo y de fe, cualidades que suelen negarse á la familia mestiza de la que el Sr. Riva Palacio es uno de los más conspicuos representantes, familiarizado con todas las disquisiciones de la ciencia, artista por instinto, filósofo por insaciable y desordenada curiosidad, como la de todos nosotros los hispano-americanos, no podía contentarse con un trabajo que en los límites que hemos apuntado, tenía que ser de segunda mano. Otra era visiblemente su ambición; penetrar en las causas de los fenómenos históricos, analizar sus elementos, seguir en sentido inverso su evolución hasta llegar de una en otra capa social hasta la roca étnica primitiva, mostrar luego cómo y en qué dosis se conjugaron estos elementos para producir la sociedad actual, marcar las etapas laboriosas de esta evolución, trazando á grandes rasgos al fin de cada período, el cuadro de nuestro estado intelectual, moral y económico, relacionarlo todo con la historia de la metrópoli, tal era el plan de la obra. Entonces bajo la dormida superficie del lago, se descubre la vida intensa de los organismos inferiores, se ven flotar las raíces de la planta colonial, aspirando todos los jugos, asimilándose todos los gérmenes, y el drama humano se revela en la sombra con algunos de sus más conmovedores caracteres.

Nadie dudaba que el Sr. Riva Palacio fuese capaz de llevar á buen término tamaña empresa; á pocos entre nosotros les conocemos aptitu-

des más propias para ello; tampoco diremos que su programa haya quedado plenamente realizado; hay, en verdad, aquí y allí capítulos magistrales, aquí y allí el historiador ha mostrado de lo que es capaz manipulando el documento, clasificando el hecho y haciendo hablar á entrambos el verbo de la verdad y la vida; los capítulos sobre la propagación del cristianismo, sus consideraciones sobre la inquisición, algunos trozos de sus cuadros seculares pueden contarse entre lo mejor que la literatura histórica en América ha producido. La introducción, que nosotros vimos escribir, no encierra por cierto gran novedad, sino bajo la pluma de un neo-mexicano, por la soberanamente justa apreciación que hace de la gran Isabel de Castilla y por lo bien que el siglo XVI parece sentido y comprendido por su autor.

En cambio todo el libro se resiente de cierta rapidez en la ejecución, de cierta facilidad improvisadora, que quita un poco de lastre á las teorías, hace inseguro el método empleado y suele inspirar desconfianza respecto de las conclusiones. No seremos nosotros quienes reprochemos al autor cierto alarde de erudición científica; al contrario cuando esto se hace con sinceridad y sin pedantería, y nada menos pedante aun por temperamento, que el Sr. Riva Palacio, sirve para orientar al lector poniendo de manifiesto los fundamentos del criterio del historiador. Nos atrevemos, sin embargo, á sentir que haya cierto sabor de asimilación incompleta en algunos capítulos de las digresiones étnicas y antropológicas del libro y alguna precipitación en las aplicaciones. Así y todo, esta parte de la obra, sobre la que procuraremos luego ser más explícitos, es, en conjunto, enteramente superior á cuantas historias de la edad colonial conocemos.

Aun no hemos tenido vagar para leer el voluminoso tomo (3º de la colección) que consagra á la Independencia el Sr. Zárate. Jueces competentes nos aseguran que es lo más ordenado, lo más serio y correcto que ha producido su autor, cuya reputación, tiempo hace adquirida, de escritor de terso y elevado estilo, la *Revista* ha confirmado publicando un notable y concienzudo estudio sobre el admirable y batallador asceta que se llamó Gregorio VII.

El período que baja de la consumación de la Independencia al triunfo de la revolución de Ayutla, está muy bien narrado en el IV volumen. Al que esto escribe hizo el favor de pedirle el Sr. Riva Palacio, director general de la obra, la redacción de esta parte; la tarea nos pareció abrumadora para el corto tiempo de preparación que las necesi-

dades de la empresa exigían y declinamos la honrosa proposición. El Sr. Arias, distinguido escritor y liberal meritisimo podía contar aquella época con sólo apelar á sus recuerdos personales. Desgraciadamente murió cuando apenas había trazado los primeros capítulos del susodicho cuarto volumen. Un literato español, fraternalmente unido al grupo de jóvenes que hace veinte años empujó á la vida literaria el poderoso aliento de Altamirano, y que llegó á la plenitud de sus facultades aquí en nuestra Patria, aclimatando para siempre en ella su espíritu y su corazón, D. Enrique de Olavarría fué el encargado de dar cima á la temerosa labor. Con el nombre de Eduardo Ramos, publica desde hace algunos años en el género de los famosos Episodios de Pérez Galdós una serie de novelas históricas mexicanas bastante populares. Olavarría conoce nuestra historia y la sabe explicar porque la ha meditado y comprendido. Maravilla cómo en el breve tiempo de que podía disponer pudo allegar buena copia de datos importantes, algunos desconocidos y que tanto le han servido para dar variedad y dramático interés á su narración. El espíritu dominante en el libro es profundamente, íbamos á decir exajeradamente mexicano, este mexicanismo es eminentemente latino, como era natural, como era justo. De aquí un odio altivo, hacia todo cuanto á *yankee* trasciende desde los primeros años de nuestra existencia nacional, de aquí la patética relación de las tristes campañas del 47 y 48.

El Sr. Olavarría no oculta sus simpatías por el partido reformista avanzado y aunque procura ser imparcial y mostrar sus errores, éstos, en su concepto, desaparecen ante los de las otras fracciones políticas. ¡Cosa singular! El verdadero objeto de las iras del autor es *el partido moderado*; lo persigue y zahiere sin descanso á través de su obra, desde la ojeada retrospectiva del capítulo XVII en que rehace, en puridad, la parte escrita por el Sr. Arias, cosa que era indispensable, á nuestro entender, hasta las últimas páginas del libro: de ellas tomamos estas palabras que entrañan una apreciación eminentemente discutible, pero que pintan bien el espíritu que domina en el historiador: "No fué tanto (en la revolución de Ayutla) el mérito de Comonfort, á quien nadie podrá jamás salvar de la nota de haber expuesto á un absoluto fracaso á la Revolución de Ayutla con sus tendencias é ideas moderadas y no las liberales democráticas....."

La oposición de ideas entre los moderados y los exaltados que indica el autor, no nos parece exacta; la diferencia solamente consistía en me-

dios y procedimientos; hombres de teoría y de estudio, los moderados, se fijaban en la necesidad de retardar la marcha del progreso político para consolidarlo, mas no contaban con la actitud revolucionaria del partido reactor y tuvieron que ceder el puesto á los hombres de acción, á los radicales, cuyo programa tenía la ventaja de presentar una pronta solución económica y social á nuestro problema político. Por lo demás, en nuestra tremenda revuelta de medio siglo, todo tendía á confundirse y no hay límite rigurosamente demarcable entre los credos políticos liberales, ni menos entre la acción de los caudillos y estadistas. Esta política que el Sr. Olavarría llama *moderada*, fué la de muchos hombres de todos los bandos cuando estuvieron en el gobierno, no fué la de ninguno en las horas de combate, en que se dejó la palabra á los cañones.

No importa; en el tomo IV de *México á través de los siglos* yacen organizados datos preciosos y abundantísimos sobre este período de transición, tan interesante, tan curioso, tan obscuro de nuestra historia; ningún futuro historiador de México podrá eximirse de consultarlo, ninguno, tampoco, escatimará sus homenajes al mérito de su inteligente y modesto autor.

El tomo V, al Sr. Vigil encomendado, es bajo todos aspectos el más considerable de la colección; el más considerable y el más interesante porque nos toca más de cerca, porque el autor narra una historia en la que vivimos todavía, puede decirse, y en la que existen las causas inmediatas y determinantes de los sucesos de hoy. En él ha desplegado el Sr. Vigil todos los recursos de su talento, de su saber y de su estilo, y de hoy en adelante podrá decirse que el gran período de la Reforma ha encontrado un historiador digno de él.

Las dificultades eran magnas; dejando á un lado, las que provienen de la casi imposibilidad de depurar rigurosamente los hechos, porque aún no se conocen documentos importantes, que dormirán mucho tiempo todavía en los archivos reservados de los gobiernos y los particulares, las dificultades del orden psicológico son bastantes á exigir un esfuerzo extraordinario en quien se proponga debelarlas; la falta de perspectiva histórica, que nos expone á confundir en el escenario contemporáneo los términos de los acontecimientos y de las personalidades de nuestro tiempo, dando el mismo valor á los que pertenecen á distintos órdenes de importancia es una de estas dificultades. El Sr. Vigil no la ha superado con igual felicidad siempre: así, por ejemplo,

nos refiere minuciosamente los detalles de las campañas sostenidas en el Occidente de la República durante los Tres años y la Intervención, con excepción de su más glorioso episodio, la batalla de San Pedro, á la que consagra pocas líneas. Pues bien, estos detalles no por ser interesantes, merecían figurar más que en menciones rápidas, las necesarias para llegar á resultados generales propios de un libro del carácter de este en que nos ocupamos, que por lo vasto de su plan estaba obligado á sacrificar mucho. Su ilustrado autor suele olvidar que, como Montesquieu dijo, *qui voit tout abrège tout*. Otra, la mayor de estas dificultades y del mismo género que las que Spencer analiza por superior manera en su *Introducción á la ciencia social* (cap. VI á XII) es la que vulgarmente se designa con el nombre, muy adecuado por cierto, de *espíritu de partido*. Si el historiador trata de buscar la verdad, si quiere hacer obra de ciencia, necesita despojarse de toda pasión extraña á la de la verdad, que ésta sí la necesita y en grado heroico, precisamente para eliminar las otras. Tratándose de los hechos que hemos visto y vivido como los franceses dicen, en los que hemos representado un papel, que han dejado en nuestros recuerdos huellas de entusiasmo los unos y de dolor y lágrimas los otros ¿es esto hacedero, no es casi sobrehumano?

El tomo V de *México á través de los siglos* es el tipo de la historia política. Esto lo dice todo. Pedir á los hombres que se agitan en la complicada maraña de las sociedades modernas, que ven comprometidos todos sus ideales en las luchas civiles, la serenidad marmórea de un Tucídides, es injusto y es inútil. Quien busque esto en un libro de historia contemporánea, prescinda de leer el del Sr. Vigil. Es natural que al presentarnos redivivos los hombres y los sucesos en medio de los que pasó su juventud, que lo hicieron ó sufrir ó regocijarse intensamente, como pasa en las épocas críticas, como sucedió en la de la Reforma y la Intervención, es natural, decimos, que al esfuerzo de evocación se asocie involuntariamente la resurrección de las pasiones, y que las brasas escondidas en el rescoldo de la memoria, tornen á encenderse y á llamear. No sé quién ha dicho que el estilo del Sr. Vigil es frío; esto no es cierto, es correcto, atildado nunca, pero á menudo caliente, suele llegar al rojo-alambrado, en este V tomo. Este es el modo adoptado por muchos historiadores de la Revolución Francesa, por ejemplo, que tiene el don de caldear todo corazón y fundir todo hielo; y esto no sólo sucede á los escritores que pertenecen á la escuela

racionalista y espiritualista como el Sr. Vigil, sino aun á los que están afiliados y llevan la bandera de la escuela científica é histórica; así Taine, en su afán de desprenderse de todo prejuicio respecto de la Revolución y de analizarla á fondo hasta llegar á la verdad en los cimientos de aquel edificio, en donde junto con tanto error, hubo tanto de verdad humana, acaba por volver de la realidad á la pasión en contra del movimiento revolucionario, descuidando, al rehacer la síntesis de la obra descompuesta en sus elementos primordiales, algunos de los más trascendentales, como la situación exterior de Francia; de donde resulta algo de verdadero, de definitivo en partes, y un todo radicalmente deficiente y frustráneo.

La obra nacional de que hablamos es el proceso implacable, bajo una forma cortés, del partido reaccionario é imperialista en México. El autor no es un juez, es un acusador, un representante de la *vindicta pública*, como se decía en el añejo idioma criminalista, y su conclusión breve y despiadada se infiere rectamente de premisas en que no figura una sola circunstancia atenuante.

¿Es esto justo? *Ai posteri l'ardua sentenza*, que dijo Manzoni, Ante esta formidable imputación, quisiéramos ver producirse en la facción vencida una obra en que el mismo periodo en que el Sr. Vigil se ocupa, fuese tratado muy en grande; no un folleto polémico, sino una historia orgánica y formal, que saliera de las filas del grupo que cuenta entre los suyos hombres de erudición, de inteligencia y de conciencia, como los García Icazbalceta y los Roa Bárcena, muy capaces de dar cima á tamaña empresa; á ellos vendrían documentos y notas de que difícilmente podemos disponer los escritores liberales; de todo ello nunca podría resultar que de parte de los reaccionarios estuvo la razón y la justicia, pero sí muchas rectificaciones y muchos motivos de meditación, entre ellos, el de que todos los partidos han cometido terribles errores, y que en el amor á la patria, todos podemos encontrar no la conciliación de las ideas, irrealizable utopía, pero sí la paz entre los sentimientos; sería una desgracia inmensa que esto fuera imposible.

Nuestra impresión, en resumen, respecto de *México á través de los siglos* es, en dos palabras, la siguiente: la obra representa el estado actual de nuestros conocimientos respecto de la historia de nuestro país; marea el fin de un período de trabajos; en muchos años, lo repetimos, nada igual podrá intentarse siquiera. Después de un cuarto de siglo de

analizar las épocas y los hombres que viven en nuestra historia, aplicando los modernos métodos de investigación y examen, después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera rehacerse una obra que resultaría no mejor, tal vez, pero de seguro diferente.

Ojalá para empresas de este género, los futuros historiadores mexicanos, encontrasen editores tan inteligentes y tan valientes como los de *México á través de los siglos*.

JUSTO SIERRA.

UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Concluye.]

Nunca, en efecto, se había elevado á tanta altura como entonces la autoridad del pontífice romano: Gregorio VII, después de la célebre entrevista de Canossa, revela en sus palabras y sus hechos la ambición de sujetar todos los poderes de la tierra al dominio de la Santa Sede.

“La Iglesia—dice en sus epístolas—debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna desde la tierra..... Conviene, pues, que el pontífice arranque á los ministros del altar de los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados..... Hállase el mundo alumbrado por dos luminaires, el sol, que es el mayor, y la luna, más pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real á la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino por el papa, que emana de Dios. Por consiguiente, el poder de la cátedra de Roma es mucho mayor que el de los príncipes, y el rey está sometido al papa, y le debe obediencia..... Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos

“espirituales y temporales..... La Iglesia romana como madre manda á todas las iglesias y á todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, obispos, abades y demás fieles. En virtud de su autoridad puede instituirlos ó depurarlos, y les confiere el mando, no para que les sirva de título de gloria, sino para la salvación del mayor número..... Del jefe deben partir la regeneración y la reforma; es deber suyo declarar la guerra al vicio, extirparlo, echar los cimientos de la paz del mundo, y prestar fuerte ayuda á los que son perseguidos por la justicia y la verdad.”

Estas máximas, difundidas en los escritos del famoso pontífice, resumen su arrogante sistema de dominación, ampliamente desarrollado en las veintisiete declaraciones de su *Dictatus papae*,¹ las cuales deben considerarse como la base teórica de la autocracia por él concebida. Sus actos, á partir de la humillación que sufrió el emperador de Alemania, se ajustan á tales principios, y se le ve empeñado en la tarea de constituir á la Santa Sede árbitra de los destinos del universo y de transformar al mundo en una gran monarquía, cuya cabeza fuese el mismo romano pontífice. Sostuvo que la Sajonia había sido dada á la Iglesia por el emperador Carlo-Magno; invocó un diploma de este monarca, que decía poseer en los archivos de San Pedro, para exigir tributos á Felipe I de Francia; interpúsose entre los dos aspirantes á la corona de Hungría intimándoles que sometiesen sus sendas pretensiones al juicio y decisión de la curia romana; amenazó á los soberanos de Cerdeña con dar su isla á los conquistadores que se la pidiesen, si persistían en negarle el denario de San Pedro; alegó derechos de soberanía sobre la Dalmacia; hizo que el heredero del trono de Rusia, llevado á Roma por el deseo de visitar los sepulcros de los dos apóstoles, recibiese la corona de sus manos como don de la Iglesia; y envió sus legados á Polonia, Inglaterra, Dinamarca y hasta la apartada Noruega con la instrucción de convocar concilios y de afirmar en aquellas remotas naciones la autoridad de Roma.

Extraño hubiera sido que este inmenso esfuerzo de expansión dominadora y autocrática no alcanzase al pueblo de Occidente que más

¹ Algunos escritores eclesiásticos han negado la autenticidad del *Dictatus papae*; el jesuita Felipe Labbe, autor de la obra *Conciliorum collectio maxima* lo comprende en las páginas 110 y 111 del tomo X, edición de 1672. Cantá, al publicar las declaraciones del *Dictatus papae* dice lo siguiente: “Acaso no sean auténticas, pero encierran el espíritu de los actos de Gregorio VII y de los de sus predecesores.” (Nota en la página 588, tomo III de la *Historia Universal*, edición de París, 1881).

analizar las épocas y los hombres que viven en nuestra historia, aplicando los modernos métodos de investigación y examen, después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera rehacerse una obra que resultaría no mejor, tal vez, pero de seguro diferente.

Ojalá para empresas de este género, los futuros historiadores mexicanos, encontrasen editores tan inteligentes y tan valientes como los de *México á través de los siglos*.

JUSTO SIERRA.

UN PONTIFICE MAXIMO.

(GREGORIO VII.)

[Concluye.]

Nunca, en efecto, se había elevado á tanta altura como entonces la autoridad del pontífice romano: Gregorio VII, después de la célebre entrevista de Canossa, revela en sus palabras y sus hechos la ambición de sujetar todos los poderes de la tierra al dominio de la Santa Sede.

“La Iglesia—dice en sus epístolas—debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Este ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna desde la tierra..... Conviene, pues, que el pontífice arranque á los ministros del altar de los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados..... Hállase el mundo alumbrado por dos luminaires, el sol, que es el mayor, y la luna, más pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real á la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino por el papa, que emana de Dios. Por consiguiente, el poder de la cátedra de Roma es mucho mayor que el de los príncipes, y el rey está sometido al papa, y le debe obediencia..... Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos

“espirituales y temporales..... La Iglesia romana como madre manda á todas las iglesias y á todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, obispos, abades y demás fieles. En virtud de su autoridad puede instituirlos ó depurarlos, y les confiere el mando, no para que les sirva de título de gloria, sino para la salvación del mayor número..... Del jefe deben partir la regeneración y la reforma; es deber suyo declarar la guerra al vicio, extirparlo, echar los cimientos de la paz del mundo, y prestar fuerte ayuda á los que son perseguidos por la justicia y la verdad.”

Estas máximas, difundidas en los escritos del famoso pontífice, resumen su arrogante sistema de dominación, ampliamente desarrollado en las veintisiete declaraciones de su *Dictatus papae*,¹ las cuales deben considerarse como la base teórica de la autocracia por él concebida. Sus actos, á partir de la humillación que sufrió el emperador de Alemania, se ajustan á tales principios, y se le ve empeñado en la tarea de constituir á la Santa Sede árbitra de los destinos del universo y de transformar al mundo en una gran monarquía, cuya cabeza fuese el mismo romano pontífice. Sostuvo que la Sajonia había sido dada á la Iglesia por el emperador Carlo-Magno; invocó un diploma de este monarca, que decía poseer en los archivos de San Pedro, para exigir tributos á Felipe I de Francia; interpúsose entre los dos aspirantes á la corona de Hungría intimándoles que sometiesen sus sendas pretensiones al juicio y decisión de la curia romana; amenazó á los soberanos de Cerdeña con dar su isla á los conquistadores que se la pidiesen, si persistían en negarle el denario de San Pedro; alegó derechos de soberanía sobre la Dalmacia; hizo que el heredero del trono de Rusia, llevado á Roma por el deseo de visitar los sepulcros de los dos apóstoles, recibiese la corona de sus manos como don de la Iglesia; y envió sus legados á Polonia, Inglaterra, Dinamarca y hasta la apartada Noruega con la instrucción de convocar concilios y de afirmar en aquellas remotas naciones la autoridad de Roma.

Extraño hubiera sido que este inmenso esfuerzo de expansión dominadora y autocrática no alcanzase al pueblo de Occidente que más

¹ Algunos escritores eclesiásticos han negado la autenticidad del *Dictatus papae*; el jesuita Felipe Labbe, autor de la obra *Conciliorum collectio maxima* lo comprende en las páginas 110 y 111 del tomo X, edición de 1672. Cantá, al publicar las declaraciones del *Dictatus papae* dice lo siguiente: “Acaso no sean auténticas, pero encierran el espíritu de los actos de Gregorio VII y de los de sus predecesores.” (Nota en la página 588, tomo III de la *Historia Universal*, edición de París, 1881).

se distinguía por su acendrada fe religiosa, puesta á prueba y ya alzándose triunfante, después de cuatro siglos de rudo batallar contra el islamismo. Gregorio extendió, pues, sus pretensiones á los reinos cristianos de España, cuyos monarcas, aun los que fueron tenidos por más piadosos, nunca sometieran ni subordinaran su autoridad al poder pontificio. En la carta que aquel papa dirigió á los *Príncipes cristianos* deciales lo siguiente: "Creo no ignoraréis que desde lo antiguo era el reino de España propio del patrimonio de San Pedro, y aunque le tenían ocupado los paganos, como no faltó el derecho, pertenece al mismo dueño. Por tanto, el conde Eobolo de Boceyo, cuya fama conocéis, va á conquistar esa tierra en nombre de San Pedro, bajo las condiciones que hemos estipulado. Y si alguno de vosotros emprendiese lo mismo, observará el trato igual de pagar á San Pedro el derecho de lo adquirido; y no de otra manera."¹ Pero los monarcas y los pueblos cristianos de la península ibérica, sin dejar de reconocer la suprema jurisdicción espiritual de los pontífices romanos, y tan ardorosos defensores de su independencia, cualesquiera que fuesen los enemigos de ésta, rechazaron la pretensión del señorío y dominio temporal, y el papa Gregorio, quizás convencido de la ninguna validez del derecho por él invocado, ó sintiéndose impotente para extremar sus intentos, no insistió más sobre aquel punto y convirtió sus esfuerzos á dominar directamente la iglesia española.

Entre todas las naciones cristianas España distinguíase hasta entonces por la independencia con que se venía gobernando su iglesia, no obstante el acatamiento allí rendido á la jurisdicción espiritual de la Santa Sede—como ya lo hemos dicho. El clero y el pueblo español, bien hallados con la liturgia mozárabe ó toledana, fundaban en la conservación del antiguo rito nacional un sentimiento de legítimo orgullo, y una valiosa salvaguardia de su propia autonomía. Esta especial constitución interior de la iglesia española, aprobada en Roma desde 923, atrajo la atención de los papas en la segunda mitad del siglo oncenso y Alejandro II, inmediato antecesor del gran pontífice Gregorio, envió á Aragón al cardenal legado Hugo Cándido (1064) con las instrucciones de impetrar del rey Don Sancho Ramírez la abolición del rito y

¹ Florez en la página 132 tomo XXV de la *España Sagrada* copia la carta anterior y se extiende probando lo infundado y absurdo del pretendido derecho. Véase *Historia General de España* por Don Modesto Lafuente. Tomo I, página 294, edición de Barcelona, 1883.

breviario gótico ú mozárabe, reemplazándoles con el ritual y breviario romano. Alarmadas Castilla y Navarra con lo que se pretendía del Estado vecino, enviaron sus representantes al concilio de Mantua (1067) para defender la legitimidad del rito nacional, y lograron que el papa y el sínodo así lo reconocieran y aprobaran. "A pesar de todo—dice el autor de la *Historia General de España*,—fué tal el empeño que en aquel negocio mostró Alejandro II, que habiendo vuelto el legado Hugo Cándido á Aragón, quedó abrogado el rito gótico en ese reino y reemplazado por el romano (mayo de 1071), comenzando á usarse éste en el monasterio de San Juan de la Peña; primera brecha que se abrió en España á la preponderancia de la Corte pontificia; preponderancia que había de ir acreciendo, y que monarcas y pueblos inútilmente se habían de esforzar después por atajar..... A su paso por Barcelona, el cardenal legado que regresaba á Roma, logró que el conde Ramón Berenguer decretase la abolición del rito mozárabe en sus Estados y su reemplazo por el romano, al modo de lo que acababa de ejecutarse en Aragón."²

No pudiera tener Alejandro II un continuador más perseverante y vigoroso que Gregorio VII: así fué que un año después de haber subido este último á la Sede apostólica escribió á Alfonso VI de León y de Castilla, para que plantease en sus reinos la reforma ya introducida en el de Aragón y el condado de Barcelona. Favorable el monarca al cambio que solicitaba la corte de Roma, y dócil su ánimo desde mucho tiempo antes á la influencia cluniacense, no hubiera tardado en acceder á los deseos del Sumo pontífice, á no ser por la enérgica resistencia que halló en el pueblo y el clero para dejar su antiguo y respetado rito. Hubo de consentir Alfonso en que se remitiese la decisión á la prueba del duelo, y el campeón del oficio mozárabe, que fué un castellano llamado Juan Ruiz de Matanzas, venció al defensor del rito romano. Pero las premiosas exigencias de Gregorio continuaron estrechando al rey de Castilla; éste á su vez desplegaba toda su autoridad para que se acabase en sus Estados la del altivo pontífice, y después de otra prueba en que volvió á triunfar el breviario toledano, y tras una porfiada reyerta entre el soberano y su pueblo, el oficio gótico quedó abolido en los dominios de León y de Castilla (1085). Con la pérdida de su venerado

² Lafuente, *Historia General de España*. Tomo I, pág. 290, edición de Barcelona, 1883.

rito la Iglesia de España pronto debía lamentar también la de su vieja independencia.

La tregua que siguió á la dramática escena de Canossa fué brevísima, y sólo duró el tiempo que necesitara Enrique IV para traspasar los Alpes y volver á tierras alemanas. Era otra vez dueño de la corona, porque la absolución papal le devolvía—al menos en principio—la obediencia de su pueblo; pero ¡cuán caro era el precio de esa recobrada diadema! Herido en su orgullo de soberano, ajada su dignidad de hombre, fresco el recuerdo de aquella dura penitencia á que se vió sujeto en un helado picacho del Apenino, el joven emperador revolvía en su mente proyectos de venganza, y su airado y rudo sentimiento se acrecentaba al compás de las manifestaciones de indignación que no le escasearon los lombardos, al saber el resultado de su entrevista con el papa. Furioso y descontento de sí mismo, pero ya aleccionado en la amarga escuela del infortunio, comprendió que en la lucha abierta que estaba obligado á sostener le era indispensable apoyarse en la lealtad de aquellos sus súbditos que en la primera sublevación de los sajones le fueron adictos, y forzando su carácter altivo y despegado supo ganarse de nuevo, merced á repetidas concesiones y suavísimo trato, á los habitantes del Alto Rin y de las ciudades del Danubio; atrajo en su derredor á la baja nobleza, siempre recelosa de las pretensiones y miras absorbentes de los grandes señores; y sin penosos esfuerzos de su parte pudo contar entre sus sostenedores á muchos miembros del clero que no se avenían con las reformas decretadas por la corte de Roma. Por el lado contrario, los príncipes alemanes, al tener noticia de que la excomuniación había sido levantada por Gregorio VII comprendieron á su vez que Enrique entraba de derecho en la plena posesión del poder real, y en consecuencia, ellos debían prestarle obediencia, como jefe del imperio, en todo aquello que no se rozase con las causas de la antigua lucha, cuya sentencia se había remitido á la decisión arbitral del pontífice. Enemigos encarnizados del emperador, y más de la monarquía hereditaria, resolvieron frustrar los resultados del perdón papal, aunque para esto les fuese preciso violar el tratado, por ellos mismos convenido é impuesto en la ruidosa junta de Tribur.

Congregados en Forchheim los poderosos jefes de la oposición (13 de marzo de 1077), allí decidieron desposeer á Enrique de la corona, y en efecto, nombraron en su lugar á Rodolfo de Rheinfeld, duque de Suabia, quien juró el mantenimiento del principio electoral en la suce-

sión del trono de Alemania, y se obligó á respetar la elección canónica en cuanto á provisión de obispados y dignidades eclesiásticas, renunciando á la ceremonia de entregar el báculo y el anillo á los electos. El nombramiento del duque de Suabia fué obra de trece príncipes y obispos alemanes, pero á nadie podía ocultarse la intervención que la Corte romana, por medio de los legados pontificios, había ejercido en aquel acto que cambiaba no sólo la persona del monarca, sino también la constitución misma del imperio. Enrique solicitó de Gregorio VII una declaración contra Rodolfo de Suabia y los que le habían elegido, y únicamente obtuvo la respuesta de que no se podía condenarles sin oírles. Duele ver en esta ocasión empuñado el carácter del altivo pontífice, gastando su alto prestigio en atizar la hoguera de intestinas discordias y pretendiendo, aunque en vano, que se le considerase como árbitro sereno en las querellas y perturbaciones que favorecía ocultamente.

Mientras que Gregorio VII asumía una actitud expectante y en apariencia, neutral, la guerra civil estallaba de nuevo en Alemania, más que nunca encarnizada y violentísima. Sajonia abrazó naturalmente la causa del usurpador Rodolfo, y del lado de Enrique se filieron las poblaciones todas del centro y del occidente del imperio. “En Baviera Franconia y Suabia, lucharon los partidos con suerte varia y con furia cada vez mayor, devastando de un modo horrible estas comarcas..... En medio de los estragos de esta lucha civil y religiosa, que en algunas comarcas llegó á tomar el carácter de guerra salvaje de todos contra todos, los partidos beligerantes, aprovechando los largos intervalos de tregua, pudieron concentrar sus fuerzas para una gran batalla y hacer una tentativa á fin de destruir completamente á sus adversarios. En las comarcas del Neckar y del Mein ocurrieron repetidos combates, en los cuales procuró Rodolfo, auxiliado por sus aliados los sajones, arrojar á Enrique de la fuerte posición que ocupaba en el Alto Rin y en el Rin central.....”¹ La suerte se mostró contraria á Enrique durante el primer período de aquella embravecida contienda, y en Wurzburg, Melrichstad y otros lugares quedaron humilladas sus armas, y sin vida muchos de sus principales partidarios (1077-1080). Pero la adversidad, lejos de quebrantar templó su áni-

¹ *Historia de los Estados de Occidente durante la Edad Media, desde Carlomagno hasta Maximiliano*, por el Dr. J. Prutz. (Libro III, Cap. IV).

ino y le infundió un vigor indomable que asombró á parciales y enemigos. Más osado mientras menos feliz, intentó someter la Sajonia con un ejército formado en pocos días, y á fines de enero de 1080 fueron otra vez derrotadas sus tropas cerca de Flarcheim por su viejo contrario Otón de Nordheim.

Este desastre indicó á Gregorio VII que era llegada la hora de abandonar la aparente neutralidad que había observado durante tres años, y en un sínodo celebrado el 7 de marzo de 1080 reiteró su excomunión contra Enrique, haciéndola extensiva á los partidarios de éste, y absolviendo á los vasallos alemanes del juramento de fidelidad. El nuevo anatema fué anunciado al mundo en una forma inusitada y terrible: después de invocar el auxilio de San Pedro, príncipe de los Apóstoles, el pontífice romano enumeró ante el sínodo los crímenes y atentados de que en su concepto era reo el emperador de Alemania, y á continuación de la sentencia afirmó una vez más su principio de dominación absoluta sobre todas las potestades de la tierra. "Haced saber á todo el mundo—dijo á los miembros del concilio—que vosotros, que podéis atar y desatar en el cielo, tenéis en la tierra autoridad para dar y quitar á cada uno, según lo que merezca, imperios y reinos, principados y ducados, marquesados y condados y toda clase de bienes. Pues si habéis sentenciado en lo espiritual despojando á los indignos de patriarcados, primados, arzobispados y obispados, dándo-los á los dignos, más autorizados estáis, indudablemente, para disponer en los asuntos terrenales. Sepan, pues, todos los reyes y príncipes del mundo lo que sois y lo que podéis, y guárdense en lo sucesivo de desobedecer vuestros mandatos....." Gregorio, además, confirmó el nombramiento de Rodolfo de Rheinfeld, hecho por los príncipes alemanes congregados tres años antes en Forchheim, invirtiendo el orden hasta entonces establecido: el emperador confirmaba antes la elección del pontífice, y á la sazón el papa confirmaba la del jefe del imperio, de acuerdo con los principios y doctrinas en que se pretendía fundar la omnipotente autocracia del pontificado.

Asombroso pudiera llamarse el cambio que se efectuó en Alemania durante el cuatrienio comprendido entre 1076 y 1080. En el primero de esos años, al difundirse la noticia de la excomunión lanzada contra Enrique todos se apartaron de su lado; unos le negaron su obediencia, y otros corrieron á las armas engrosando las compactas filas de sus poderosos enemigos; y el monarca sin corona, el soberano sin

pueblo fué á recobrar uno y otra en la absolución humillante de Canossa. El nuevo anatema, fulminado en la primavera de 1080, lejos de disminuir su partido lo fortaleció, moralmente, con las simpatías de la opinión que ya no se equivocaba respecto de los verdaderos móviles de la Corte romana, y en el orden material, con la obtención de numerosos é importantes defensores, entre los que se contaban casi todos los grandes dignatarios de la iglesia alemana. Las exorbitantes pretensiones de Gregorio VII le habían separado de sus antiguos partidarios los reformistas que volvían á girar en torno del monarca, y estos, unidos con los demás altos prelados de Alemania y en inteligencia con los descontentos obispos italianos, cuyo número se aumentaba día por día, resolvieron sustraerse por completo á la obediencia del pontífice. Un cisma era, pues, inevitable, y reunidos en Brixen veintisiete obispos alemanes é italianos eligieron papa á Guiberto, arzobispo de Rávena, quien se había distinguido por su oposición á la política de la Corte romana (junio de 1080). La elección del anti-papa fué presidida por el mismo emperador Enrique, quien la hizo preceder del juicio y sentencia de destitución de Gregorio. Vengábase el soberano alemán con las mismas armas que le habían herido, y á las decisiones injustas de que fué víctima oponía resoluciones apasionadas, violentas é ilegales.

Un sangriento y porfiado combate que se empeñó cerca de Merseburgo (octubre de 1080) entre el ejército de Enrique y el del usurpador Rodolfo de Rheinfeld, preparó la terminación de la guerra que hacía cuatro años destrozaba al anchuroso imperio. Las tropas del primero, después de muchas horas de ruda pelea cedieron el campo á sus briosos contrarios los sajones, y huyeron en espantosa confusión, ahogándose al cruzar el Elster ó cayendo al filo de la espada; pero en medio de la refriega y en los momentos de cejar los hombres de armas de Enrique, sucumbió el mismo Rodolfo á manos de Godofredo de Bullón, destinado á gloria más alta. Desorganizados los rebeldes con la muerte de su jefe, escaso ó casi nulo fué el provecho que recogieron de la brillante victoria de Merseburgo; en cambio, el emperador pudo marchar con un ejército á Italia esperando que la deposición violenta de Gregorio, y su propia coronación en Roma por el anti-papa Guiberto produjeran en Alemania el ansiado término de la guerra civil.

Pomposo fué el recibimiento que hicieron los lombardos á Enrique, quien después de las fastuosas ceremonias de su proclamación en Milán se dirigió á Roma acompañado de Guiberto y seguido de sus tropas

que sometieron fácilmente las ciudades toscanas, sin que la marquesa Matilde pudiera defenderlas de la invasión teutónica (mayo de 1081). Gregorio VII con su ingénita intrepidez se había aprestado á la resistencia, de suerte que el ejército imperial, después de algunos meses de asedio, se alejó de la ciudad eterna retirándose hacia el Norte. Esta fué la señal de un vigoroso levantamiento de toda la Toscana contra Enrique, el cual, fuerte con los auxilios que le dieron los lombardos, redujo nuevamente los Estados de Matilde y tornó una y otra vez á sitiá la vieja Roma. Larga fuera la tarea de describir con todos sus accidentes y detalles la campaña que durante tres años mantuvo en Italia el emperador de Alemania, y baste á nuestro propósito indicar que en marzo de 1084 se presentó por cuarta vez ante Roma, cuyos habitantes ganados de antemano por sus larguezas y cansados ya de tan prolongada resistencia le entregaron la mayor parte de la ciudad, obligando á Gregorio á encerrarse en el fortificado castillo de San Angelo. Enrique convocó un sínodo que decretó la destitución del pontífice y confirmó solemnemente el nombramiento de Guiberto, quien fué consagrado papa con el nombre de Clemente III. Ocho días más tarde (31 de marzo) el emperador y su esposa Berta recibían de manos del anti-papa la corona imperial. Gregorio VII lanzó nuevos y terribles anatemas contra Enrique y Guiberto—instalado ya en la iglesia de San Pedro;—anatemas que no estorbaron al primero en su tarea de apretar el cerco que tenía establecido en torno de la fortaleza de San Angelo. Más premiosa que las excomuniones fué para el emperador la noticia de haberse puesto en marcha un poderoso ejército normando en auxilio del asediado pontífice, por lo que emprendió la retirada hacia el norte de Italia, prometiendo ricas mercedes á los romanos sus aliados si continuaban estrechando el sitio del castillo papal.

Movido por las repetidas instancias de Gregorio acudía, en efecto, Roberto Guiscardo á socorrerle seguido de treinta mil hombres, y con ellos entró en Roma como impetuoso torrente (27 de mayo de 1084), desbaratando á los que mantenían el asedio, y conduciendo triunfalmente al pontífice hasta su palacio de Letrán. Eran los normandos terribles y peligrosos amigos: Roma apuró entonces todas las amarguras de la conquista como si la hubiesen expugnado los libertadores de Gregorio: la muerte de algunos de estos á manos del populacho romano dió rienda suelta á las feroces huestes de Guiscardo que incendiaron gran parte de la ciudad, asesinaron á muchos de sus moradores, y

quizás excedieron en barbarie y crueldad á las brutales hordas de Alarico que siete siglos antes habían pasado por la ciudad de los Césares como un ciclón devastador: “El odio de los desesperados romanos estalló en “terribles aunque impotentes maldiciones contra el causante de todos “esos desastres, cuya indomable tenacidad había hecho fracasar la paz “con el emperador, dando con ello á los feroces normandos tiempo y “ocasión de cometer tamañas crueldades..... Gregorio no podía permanecer por más tiempo en Roma, así fué que siguió á sus libertadores cuando estos sometieron los cercanos lugares pertenecientes á “la marquesa de Toscana; y al palpar el furor de las poblaciones marchó en pos de Guiscardo, al regreso de éste á la Pulla, después de “haber intentado en vano arrojar de Tívoli al anti-papa Guiberto. De “este modo, mientras Clemente III fijaba su residencia en Roma, Gregorio caminaba al merecido destierro.”¹

Quebrantado no al peso de los años, sino por la ruda lucha que sostuvo y por la inmensa amargura que debió producirle el hundimiento de sus vastos proyectos, Gregorio VII murió en Salerno el 25 de mayo de 1085, un año después de haber sido libertado por los normandos. En sus postreros momentos mostró la misma intrepidez que le distinguió durante su vida azarosa, y designó á tres de los hombres más adictos á sus ideas para que de entre ellos se eligiese su sucesor en la Silla apostólica. Sus últimas palabras revelan una profunda fe en la bondad de su causa: “*He amado la justicia y he odiado la iniquidad: por eso muero en el destierro.....*” Un cronista contemporáneo del famoso pontífice, Sigeberto de Gembloux, consignó el rumor de que aquel, ya en sus postrimerías, había dudado de la obra de toda su vida, declarando que cedió á la inspiración del genio del mal en su tarea de atizar el odio y el rencor entre el género humano, aunque su intento, no fué más que el de mirar por la mayor gloria de la religión, y que antes de morir facultó á un cardenal para levantar el anatema que contra Enrique había fulminado. La sana crítica ha refutado el relato del cronista de Lieja, y queda en pie la inflexible figura del gran pontífice, sin vacilaciones ni debilidades que la mengüen.²

1 Dr. Prutz, *Opus. cit.*

2 Mr. Giraud en su estudio sobre *Gregorio VII y su tiempo* (artículo III publicado en el número de la *Revista de ambos mundos* correspondiente al 1º de Mayo de 1873) prueba con grande erudición lo infundado del rumor que consignó en su crónica Sigeberto de Gembloux.

Aun después de los ocho siglos que nos separan de la época de su muerte, difícil es hacer de Gregorio VII un juicio crítico exacto. Mayor dificultad tuvieron para ello sus contemporáneos y los que inmediatamente le siguieron, y por eso nos legaron su nombre y su recuerdo, execrados por el odio ó enaltecidos por interesada lisonja. La misión y la obra de aquel gran pontífice fueron complejas, y de ahí los diferentes puntos de vista desde los cuales deben ser examinadas. El austero monje, el hombre de Estado, el reformador inflexible, el orador, el pontífice máximo, el autor de aquel inmenso principio de dominación universal, el fanático defensor de la autocracia papal concurren á formar esa gigantesca figura que surge de entre las brumas de los siglos medios, ofuscando con su vívido fulgor á los más grandes personajes de su época. La justicia histórica exige, además, que se le contemple con relación á los tiempos en que vivió; "tiempos de hierro—dice Heeren"—en que la degeneración del sistema feudal había roto casi todos los "vínculos de la sociedad civil, compuesta de príncipes sin poder, de "señores independientes, y de esclavos; en que las violencias y los "atentados eran acontecimientos de todos los días, y los ministros de "la religión se veían acusados, no sólo como cómplices, sino también "como principales autores de semejantes hechos. Gregorio VII concibió la idea de reformar el mundo cristiano, sometiéndole á su dominación, y se sintió con la fuerza y los talentos necesarios para sostener su papel. Era del número de los pocos hombres á quienes la "naturaleza concede bastante penetración para juzgar el siglo en todos "sus aspectos, conocer sus debilidades y sus fuerzas, y fundar en tal "conocimiento vastos designios."

Su obra de reforma, considerada en sí misma, fué necesaria y altamente moralizadora, pues que tendía á devolver á la Iglesia su perdido prestigio para convertirla en centro de virtud en medio del general desquiciamiento que produjo la lucha entre el feudalismo y el poder absoluto. Fué una obra de libertad en cuanto al principio de contrastar el imperio de la violencia y de la fuerza. Juzgada en sus relaciones con el acrecentamiento de la soberanía de los pontífices, debemos, por el contrario, ver en ella la base del vasto plan de dominación universal, ejercida por el vicario de Cristo, y que tiene de ser considerado como una de las grandiosas concepciones del famoso Hildebrando.

Y más grandiosa por cuanto á la imponderable energía con que pretendió realizarla, apoyado tan sólo en su fuerza moral, por más que

ésta fuese de inmensa valía en el seno de la creyente y tétrica Edad Media. Pero no era la causa de la libertad y de la justicia; y por eso, al pretender combinar la revolución por él concebida con el orden social existente; al tratar, luego, de erigir al pontificado en una entidad omnipotente y soberana, árbitra de los pueblos y de los reyes; al violar el derecho moral y el derecho político, las leyes de la naturaleza misma, y las que pudiéramos llamar inherentes á la constitución fisiológica del hombre, volviéronse contra él terribles los pueblos y los reyes: éstos empujados por su interés, aquellos movidos por ese sentimiento de emancipación que se difunde al comenzar la decadencia del feudalismo, que se ve dominar en las grandes épocas de la historia, y que no es más que el soplo irresistible del progreso. Murió desesperado, sin amigos, detestado por los romanos y por la Italia entera, víctima inmediata de sus pasmosos é irrealizables proyectos; pero firme en sus convicciones, sin arrepentirse de su obra, creyéndose y llamándose mártir de la injusticia humana. En Gregorio VII el hombre aparece ofuscado por el pontífice: como sucesor de Pedro en la Silla apostólica es el más grande entre los trescientos papas que en ella se han sentado, uno en pos de otro, durante diez y ocho siglos, del mismo modo que el Himalaya se alza dominante sobre las otras cordilleras que serpean por el suelo tibetano. El hombre fué orgulloso, inflexible, sin afectos, rectilíneo, y su misma virtud era una escarpadura que de todos le separaba, así en la prosperidad como en la desgracia.

Su fanatismo fué un bien para la libertad, que pudo desde entonces apercibirse contra las tendencias de la autocracia papal. No inspira amor la memoria del gran pontífice del siglo oncenno, pero nadie puede dejar de admirarle.

JULIO ZÁRATE.

LA TRADICION DEL HIMNO NACIONAL.

I

Por los años de 1810 existía en el convento de los dominicos de Lima (y también en el de los agustinos) una Academia de música dirigida por fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista. El padre

Aun después de los ocho siglos que nos separan de la época de su muerte, difícil es hacer de Gregorio VII un juicio crítico exacto. Mayor dificultad tuvieron para ello sus contemporáneos y los que inmediatamente le siguieron, y por eso nos legaron su nombre y su recuerdo, execrados por el odio ó enaltecidos por interesada lisonja. La misión y la obra de aquel gran pontífice fueron complejas, y de ahí los diferentes puntos de vista desde los cuales deben ser examinadas. El austero monje, el hombre de Estado, el reformador inflexible, el orador, el pontífice máximo, el autor de aquel inmenso principio de dominación universal, el fanático defensor de la autocracia papal concurren á formar esa gigantesca figura que surge de entre las brumas de los siglos medios, ofuscando con su vívido fulgor á los más grandes personajes de su época. La justicia histórica exige, además, que se le contemple con relación á los tiempos en que vivió; "tiempos de hierro—dice Heeren"—en que la degeneración del sistema feudal había roto casi todos los "vínculos de la sociedad civil, compuesta de príncipes sin poder, de "señores independientes, y de esclavos; en que las violencias y los "atentados eran acontecimientos de todos los días, y los ministros de "la religión se veían acusados, no sólo como cómplices, sino también "como principales autores de semejantes hechos. Gregorio VII concibió la idea de reformar el mundo cristiano, sometiéndole á su dominación, y se sintió con la fuerza y los talentos necesarios para sostener su papel. Era del número de los pocos hombres á quienes la "naturaleza concede bastante penetración para juzgar el siglo en todos "sus aspectos, conocer sus debilidades y sus fuerzas, y fundar en tal "conocimiento vastos designios."

Su obra de reforma, considerada en sí misma, fué necesaria y altamente moralizadora, pues que tendía á devolver á la Iglesia su perdido prestigio para convertirla en centro de virtud en medio del general desquiciamiento que produjo la lucha entre el feudalismo y el poder absoluto. Fué una obra de libertad en cuanto al principio de contrastar el imperio de la violencia y de la fuerza. Juzgada en sus relaciones con el acrecentamiento de la soberanía de los pontífices, debemos, por el contrario, ver en ella la base del vasto plan de dominación universal, ejercida por el vicario de Cristo, y que tiene de ser considerado como una de las grandiosas concepciones del famoso Hildebrando.

Y más grandiosa por cuanto á la imponderable energía con que pretendió realizarla, apoyado tan sólo en su fuerza moral, por más que

ésta fuese de inmensa valía en el seno de la creyente y tétrica Edad Media. Pero no era la causa de la libertad y de la justicia; y por eso, al pretender combinar la revolución por él concebida con el orden social existente; al tratar, luego, de erigir al pontificado en una entidad omnipotente y soberana, árbitra de los pueblos y de los reyes; al violar el derecho moral y el derecho político, las leyes de la naturaleza misma, y las que pudiéramos llamar inherentes á la constitución fisiológica del hombre, volviéronse contra él terribles los pueblos y los reyes: éstos empujados por su interés, aquellos movidos por ese sentimiento de emancipación que se difunde al comenzar la decadencia del feudalismo, que se ve dominar en las grandes épocas de la historia, y que no es más que el soplo irresistible del progreso. Murió desesperado, sin amigos, detestado por los romanos y por la Italia entera, víctima inmediata de sus pasmosos é irrealizables proyectos; pero firme en sus convicciones, sin arrepentirse de su obra, creyéndose y llamándose mártir de la injusticia humana. En Gregorio VII el hombre aparece ofuscado por el pontífice: como sucesor de Pedro en la Silla apostólica es el más grande entre los trescientos papas que en ella se han sentado, uno en pos de otro, durante diez y ocho siglos, del mismo modo que el Himalaya se alza dominante sobre las otras cordilleras que serpean por el suelo tibetano. El hombre fué orgulloso, inflexible, sin afectos, rectilíneo, y su misma virtud era una escarpadura que de todos le separaba, así en la prosperidad como en la desgracia.

Su fanatismo fué un bien para la libertad, que pudo desde entonces apercibirse contra las tendencias de la autocracia papal. No inspira amor la memoria del gran pontífice del siglo oncenno, pero nadie puede dejar de admirarle.

JULIO ZÁRATE.

LA TRADICION DEL HIMNO NACIONAL.

I

Por los años de 1810 existía en el convento de los dominicos de Lima (y también en el de los agustinos) una Academia de música dirigida por fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista. El padre

Nieves era, en su época, la gran reputación artística que los peruleros nos sentíamos orgullosos de poseer.

El primer pasante de la Academia era un muchacho de doce años de edad, como que nació en Lima en 1798. Llamábase José Bernardo Alcedo y vestía el hábito de donado, que lo humilde de su sangre le cerraba las puertas para aspirar á ejercicio de sacerdotales funciones.

A los diez y ocho años, los motetes compuestos por Alcedo, que era entusiasta apasionado de Haydn y Mozart, y una misa en *re mayor*, sirvieron de base á su reputación como músico.

Jurada en 1821 la independenciamiento del Perú, el Protector Don José de San Martín expidió decreto convocando concurso ó certamen musical del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno Nacional de la República.

Seis fueron los autores que entraron en el concurso, dice el galano escritor á quien extractamos para zurcir este artículo.

El día prefijado fueron examinadas todas las composiciones, y ejecutadas en el orden siguiente:

- 1.^a La del músico mayor del batallón *Numancia*.
- 2.^a La del maestro Huapaza.
- 3.^a La del maestro Tena.
- 4.^a La del maestro Filomeno.
- 5.^a La del padre fray Cipriano Aguilar, maestro de Capilla de los agustinianos.
- 6.^a La del maestro Alcedo.

Apenas terminaba la ejecución de la última, cuando el general San Martín, poniéndose de pie, exclamó:

—He aquí el Himno Nacional del Perú!

Al día siguiente un decreto confirmaba esta opinión expresada por el gobernante en un arranque de entusiasmo.

El Himno fué estrenado, en el teatro, la noche del 24 de Septiembre de 1821, en que se celebró la capitulación de las fortalezas del Callao ajustada por el general La Mar el 19. Rosa Merino, la bella y simpática cantatriz á la moda, cantó las estrofas en medio de interminables aplausos.

La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo, es indescriptible para nuestra pluma.

Mejores versos que los de Don José de Latorre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el pa-

trioterismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamientos y desdichados en cuanto á corrección de forma. Hay en éstas mucho de fanfarronería portuguesa y poco de la verdadera altivez republicana. Pero con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la Canción Nacional se altere ó cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres; los que con su sangre fecundaron la libertad y la república. No tenemos derecho, que sería sacrilega profanación, ni á corregir una sílaba en esas estrofas, en las que se siente palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.

II

Concluamos compendiando en breves líneas la biografía del maestro Alcedo.

Todos los cuerpos del ejército solicitaron del Protector que le destinase al autor del Himno como músico mayor, y en la clase de subteniente; pero Alcedo optó por el batallón número 4 de Chile, en el que concurrió á las batallas de Torata y Moquegua y á otras acciones de guerra.

Cuando se dispuso en 1823, que el batallón regresase á Chile, Alcedo pasó con él á Santiago separándose, á poco, del servicio.

El canto llano era casi ignorado entre los monjes de Chile; y franciscanos, dominicos y agustinos comprometieron á nuestro músico para que les diese lecciones, á la vez que el gobierno lo contratava como director de las bandas militares.

Cuarenta años pasó en la capital chilena nuestro compatriota, siendo en los veinte últimos maestro de Capilla de la Catedral, hasta 1864 en que el gobierno del Perú lo hizo venir para confiarle la dirección y organización en Lima de un Conservatorio de Música, que no llegó á establecerse por la inestabilidad de nuestros hombres públicos. Sin embargo, Alcedo, como director general de las bandas militares, disfrutó hasta su muerte, acaecida en 1879, el sueldo de doscientos soles al mes.

Muchos pasos dobles, boleros, valsés y canciones forman el repertorio del maestro Alcedo, sobresaliendo entre todo lo que compuso su música sagrada.

Alcedo fué también escritor, y testimonio de ello da su notable libro *Filosofía de la música*, impreso en Lima en 1869.

RICARDO PALMA.

ABEJA.

[Continúa.]

CAPITULO V.

QUE DICE COMO LA DUQUESA LLEVÓ Á ABEJA Y Á JORGE Á LA ERMITA,
Y EL ENCUENTRO QUE TUVIERON CON UNA VIEJA HORRIBLE.

Aquella mañana, que fué la del primer domingo después de Pascua, la duquesa salió del castillo sobre su gran alazán, llevando á su izquierda á Jorge de Blanchelande, caballero sobre un corcel de cabeza negra con una estrella en la frente, y, á su derecha á Abeja, que gobernaba con bridas color de rosa á su yegua baya. Iban á oír la misa de la Ermita. Soldados con sendas lanzas les formaban escolta, y la multitud se empujaba á su paso para admirarlos. Y en verdad que los tres iban muy hermosos. Bajo su velo con flores de plata, y con su manto flotante, la duquesa tenía un aire de majestad encantadora; y las perlas que bordaban su tocado despedían un brillo lleno de dulzura que sentaba muy bien al continente y al alma de tan bella persona. Cerca, al viento los cabellos y chispeante la mirada, Jorge tenía una simpática figura. Abeja, que cabalgaba del otro lado, dejaba ver un rostro, cuyos colores tiernos y puros, eran para los ojos una caricia deliciosa; pero nada más admirable que su blonda cabellera, que ceñida con una cinta de tres florones de oro, se esparcía sobre sus espaldas como el brillante manto de su juventud y su hermosura. Al verla decían las buenas gentes: "Ved una gentil señorita!"

El maestro sastre, el viejo Juan, tomó en sus brazos á su nieto Pedro, para enseñarle á Abeja, y Pedro, preguntó: ¿está viva ó es una imagen de cera? No concebía que pudiera ser tan blanca y tan bonita perteneciendo á la misma especie que él, el pequeño Pedro, con sus buenos mofletes tostados y su pardo camisolín sujetado rústicamente á la espalda.

Mientras que la duquesa recibía los homenajes con benevolencia, los dos niños descubrían la satisfacción de su orgullo, Jorge por su color encendido, Abeja por sus sonrisas. Por eso les dijo la duquesa:

—Estas buenas gentes nos saludan con afecto. Jorge ¿qué pensáis de ello? Y vos, Abeja?

—Que hacen bien, respondió Abeja.

—Y que es su deber, añadió Jorge.

—¿Y por qué creéis que es su deber? preguntó la duquesa.

Viendo que no le respondían, continuó:

—Os lo voy á decir. De padres á hijos, hace más de trescientos años, los duques de los Clarides defienden, lanza en mano, á estas pobres gentes, que les deben poder segar las mieses que han sembrado. Hace más de trescientos años, todas las duquesas de los Clarides hilan la lana para los pobres, visitan á los enfermos, y tienen á los recién nacidos sobre las fuentes del bautismo. Hé aquí por qué os han saludado, niños míos.

Jorge pensó: "Será necesario proteger á los labradores." Y Abeja: "Será necesario hilar la lana para los pobres."

Así platicando y pensando, caminaban entre praderas esmaltadas de flores. Montañas azuladas se destacaban en el horizonte. Jorge extendió la mano hacia el Oriente:

—¿No es, preguntó, un gran escudo de acero el que veo allá abajo?

—Es más bien un broche de plata, grande como la luna, dijo Abeja.

—No es un escudo de acero ni un broche de plata, niños míos, respondió la duquesa, sino un lago que brilla con el sol. La superficie de las aguas, que os parecen de lejos unidas como un espejo, están agitadas por innumerables oleadas. Los bordes de este lago, que creéis tan tersos como si estuviesen tallados en metal, están en realidad cubiertos de cañas coronadas de ligeros penachos, y de iris cuya flor es como una mirada humana entre espadas. Todas las mañanas un blanco vapor cubre el lago, que bajo el sol de medio día brilla como una armadura. Pero es preciso no acercarse; porque está habitado por las Ondinas, que atraen á los caminantes á su mansión de cristal.

En este momento oyeron la campana de la Ermita.

—Bajemos, dijo la duquesa, y vamos á pie á la capilla. Los reyes magos no se acercaron al pesebre ni sobre elefantes ni sobre camellos.

Oyeron la misa de la Ermita. Una vieja, horrorosa y cubierta con harapos, se había arrodillado al lado de la duquesa, quien al salir de la capilla le ofreció agua bendita, y le dijo:

—Tomad, madre mía.

Jorge se sorprendió.

—¿No sabéis, dijo la duquesa, que es preciso honrar en los pobres á los preferidos de Jesucristo? Una mendiga semejante á ésta os tuvo con el buen duque de Rochesnoires sobre las fuentes del bautismo; y vuestra hermanita Abeja tuvo igualmente á un pobre por padrino.

La vieja, que había adivinado los sentimientos del muchacho, se inclinó hacia él, riendo irónicamente y dijo:

—Os deseo, bello príncipe, que conquistéis tantos reinos cuantos he perdido. Fui reina de la Isla de las Perlas y de las Montañas del Oro; tenía todos los días catorce clases de pescados en mi mesa, y un negro llevaba la cola de mi manto.

—¿Por cuál desgracia perdisteis vuestras islas y vuestras montañas, buena mujer? preguntó la duquesa.

—Me disgusté con los Enanos, que me llevaron lejos de mis Estados.

—¿Los Enanos tienen tanto poder? preguntó Jorge.

—Viven bajo la tierra, respondió la vieja, conocen las virtudes de las piedras, trabajan los metales y descubren las fuentes.

La duquesa:

—¿Y qué les hicistéis que los disgustastéis, madre?

La vieja:

—Vino uno de ellos, en una noche de Diciembre, á pedirme permiso para preparar una gran cena en las cocinas del castillo, que más vastas que una sala capitular, estaban amuebladas de cacerolas, sartenes, cazos, calderos, vasijas para calentar agua, hornos de campaña, parrillas, graceros, cocineras, pescaderas, fuentes, moldes para pastelería, cántaros de cobre, vasijas de oro y plata y de diferentes colores, sin contar el azador de fierro artísticamente forjado, y la marmita amplia y negra, suspendida á la cremallera. Me prometió no perder ni deteriorar nada. Le rehusé, sin embargo, lo que me pedía, y se retiró murmurando siniestras amenazas. Tres noches después (era Noche Buena), el mismo enano volvió al aposento en que yo dormía; venía acompañado de una infinidad de otros que, arrancándome de mi lecho, me llevaron en camisa á una tierra desconocida.

—Ved, dijeron dejándome, ved el castigo de los ricos que no quieren compartir sus tesoros con el pueblo laborioso y dulce de los Enanos, que trabajan el oro y hacen brotar las fuentes.

Así habló la desmolada vieja, y la duquesa, habiéndola consolado con palabras y dinero, volvió á tomar, con los dos niños, el camino del castillo.

CAPITULO VI.

QUE TRATA DE LO QUE SE VE DESDE LA TORRECILLA DE LOS CLARIDES.

Poco tiempo después, un día, subieron Abeja y Jorge, sin que los vieran, por la escalera de la torrecilla que se levanta en medio del castillo de los Clarides. Cuando estuvieron en la azotea gritaron muy recio y palmotearon las manos.

Su vista se extendía sobre las planicies cortadas en cuadros pequeños, amarillentos ó verdes, de los campos cultivados. Los bosques y las montañas azuleaban en el lejano horizonte.

—Hermanita, exclamó Jorge, hermanita, mirad la tierra entera!

—Es muy grande, dijo Abeja.

—Mis profesores, repuso Jorge, me habían enseñado que era grande; pero como dice Gertrudis, nuestra aya, hay que verlo para creerlo.

Dieron la vuelta á la azotea.

—Ved una cosa maravillosa, hermanito, exclamó Abeja. El castillo está situado en medio de la tierra, y nosotros, que estamos sobre la torrecilla que se halla en medio del castillo, nos encontramos en medio del mundo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

En efecto, el horizonte formaba al rededor de los niños un círculo, del cual la torrecilla era el centro.

—Nosotros estamos en medio del mundo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! repitió Jorge.

Después, los dos se miraron y se quedaron pensativos.

—¡Que desgracia que el mundo sea tan grande! dijo Abeja. ¡Se puede uno perder y estar separado de sus amigos!

Jorge alzó los hombros.

—¡Que dicha que el mundo sea tan grande! se pueden buscar aventuras. Abeja, yo quiero, cuando sea grande, conquistar esas montañas que están hasta el fin de la tierra. Ahí donde se levanta la luna; le saldré al paso y te la daré, mi Abeja.

—Eso es, dijo Abeja, me la darás y me la pondré en mis cabellos.

Después se ocuparon de buscar, como sobre una carta, los puntos que les eran familiares.

—Los reconozco muy bien, dijo Abeja, (que no los reconocía del todo), pero no adivino qué puedan ser esas pequeñas piedras cuadradas, esparcidas sobre la planicie.

—¡Las casas! le respondió Jorge; son las casas. ¿No reconoces, hermanita, á la capital del ducado de los Clarides? Sin embargo, es una gran ciudad: tiene tres calles, de las cuales una es para coches. Las atravesamos la semana pasada para ir á la Ermita. ¿Te acuerdas?

—¿Y ese arroyo que serpentea?

—Es el río. Ved, allá abajo, el viejo puente de piedra.

—¿El puente bajo el cual pescamos cangrejos?

—El mismo, y que tiene en un nicho la estatua de la "Mujer sin cabeza." Pero no se le ve desde aquí, porque es muy pequeña.

—Me acuerdo. ¿Por qué no tiene cabeza?

—Pues probablemente porque la ha perdido.

Sin decir si la satisfacía esta explicación, Abeja contemplaba el horizonte.

—Hermanito, Hermanito, ¿ves tú lo que brilla del lado de las montañas azuladas? ¡Es el lago!

—¡Es el lago!

Se acordaron entonces de lo que la duquesa les había dicho de sus aguas peligrosas y bellas, donde las Ondinas tienen su mansión.

—¡Vamos allá! dijo Abeja.

Esta resolución desconcertó á Jorge, quien, abriendo mucho la boca, exclamó:

—La duquesa nos ha prohibido salir solos ¿y cómo iremos á este lago, que está hasta el fin del mundo?

—Como iremos, no lo se yo. Pero tú debes saberlo, tú que eres hombre y que tienes maestro de gramática.

Jorge, picado, respondió que se podía ser hombre y al mismo tiempo un hombre instruido, sin saber todos los caminos del mundo. Abeja tomó un airecillo desdeñoso, que lo hizo enrojecer hasta las orejas, y dijo en tono seco:

—No he prometido conquistar las montañas azuladas y descolgar á la luna. No se el camino de los lagos, pero lo encontraré.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamó Jorge esforzándose por reír.

—Os reís como un tonto, señor.

—Abeja, los tontos no rien, ni lloran.

—Si rien, han de reír como vos, señor. Iré sola al lago. Y mientras descubro las bellas aguas que habitan las Ondinas, os quedaréis solo en el castillo como una jovencita. Os dejaré mi telar y mi muñeca. Cuidaréis mucho, Jorge: cuidaréis mucho de ella.

Jorge tenía amor propio. Fué sensible á la burla que le hacía Abeja. Bajó la cabeza, muy sombrío, y exclamó con voz sorda:

—¡Pues bien! ¡iremos al lago!

CAPITULO VII.

DONDE SE DICE CÓMO ABEJA Y JORGE FUERON AL LAGO.

Al día siguiente, después de la comida, cuando la duquesa se hubo retirado á su aposento, Jorge tomó de la mano á Abeja.

—¡Vamos! le dijo.

—¿Adónde?

—¡Chist!

Bajaron la escalera y atravesaron los patios. Cuando hubieron pasado la poterna, Abeja preguntó por segunda vez adonde iban.

—¡Al lago! respondió resueltamente Jorge.

La señorita Abeja abrió mucho la boca y permaneció callada. ¡Ir tan lejos y sin permiso, y con zapatos de raso! Porque sus zapatos eran de raso. ¿Sería esto razonable?

—Es preciso ir y no es necesario que sea razonable.

Tal fué la sublime respuesta de Jorge á Abeja. Ella le había hecho burla y sin embargo ahora se asombraba..... En esta vez él fué quien la envió desdeñosamente á sus muñecas.

Las jóvenes impulsan á las aventuras y luego se arrepienten. ¡Vaya! ¡el ruin carácter! ¡Quédese si gusta la señorita! Iría solo.

Abeja tomó el brazo de Jorge, que la rechazó.

Echóle los brazos al cuello:

—¡Hermanito! dijo sollozando, te seguiré.

Tanto arrepentimiento, lo conmovió.

—Ven, repuso, pero no pasemos por la ciudad, porque nos pueden ver. Vale más seguir las murallas y ganar el camino real por las veredas.

Iban cogidos de la mano. Jorge explicaba el plan que había formado.

—Seguiremos, decía, el camino que tomamos para ir á la Ermita; no dejaremos de percibir el lago, como lo hemos percibido otras veces, y entonces nos volveremos á través de los campos, en línea de abeja.

En línea de abeja, es una agreste y hermosa manera de decir en

línea recta; pero se pusieron á reír á causa del nombre de la joven, que seguía firme en su propósito.

Abeja cortó flores á la orilla del foso; eran flores de malva, cardos blancos, estrellas de mar y navidades, con las que formó un ramo; en sus manecitas las flores se marchitaban á la simple vista, y cuando Abeja pasó por el viejo puente de piedra, languidecían al mirarla. Como no sabía que hacer con su ramo, tuvo la idea de arrojarlo al agua para refrescarlo; pero prefirió darlo á la "Mujer sin cabeza."

Rogó á Jorge la levantara en sus brazos para estar más grande, y depositó su ramo de flores agrestes, entre las manos juntas de la vieja estatua de piedra.

Cuando estuvo lejos, volvió el rostro y vió una paloma sobre los hombros de la estatua.

Después de andar algún tiempo, Abeja dijo:

—Tengo sed.

—Yo también dijo Jorge, pero el río está lejos, atrás de nosotros, y no veo ni fuentes ni arroyos.

—El sol, que quema, los habrá secado. ¿Qué vamos á hacer?

Así hablaban y se lamentaban, cuando vieron venir á una campesina, que llevaba frutas en un canasto.

—¡Cerezas! exclamó Jorge. Que desgracia que no tenga dinero para comprar.

—¡Yo tengo dinero! dijo Abeja.

Sacó de su faltriquera una bolsa conteniendo cinco monedas de oro, y se dirigió á la campesina:

—Buena mujer, le dijo, ¿querriais darme tantas cerezas cuantas pueda contener mi vestido?

Al decir esto, levantó con las dos manos la orilla de su enagua. La campesina arrojó dos ó tres puñados de cerezas. Abeja tomó con una mano su enagua recogida, con la otra dió una moneda de oro á la mujer, y le dijo:

—¿Basta con esto?

La campesina tomó la moneda de oro, que hubiera pagado con ventaja todas las cerezas del canasto, con el árbol que las había producido y el terreno donde el árbol estaba plantado. Y la rústica contestó:

—No pidó más por complaceros, princesita mía.

—Entonces, continuó Abeja, poned más cerezas en el sombrero de mi hermano y tendréis otra moneda de oro.

Así lo hizo. La campesina continuó su camino, preguntándose en qué media de lana, ó en el fondo de qué jergón, ocultaría sus dos monedas de oro. Y los niños siguieron su camino; comían cerezas y arrojaban los huesos á diestra y siniestra. Jorge buscaba las cerezas que estaban unidas de dos en dos, por el rabito, para colgarlas en las orejas de su hermana, y reía al ver estas bonitas frutas gemelas, de bermeja carne, balancearse sobre las mejillas de Abeja.

Un guijarro detuvo su camino alegre. Se le metió en el zapato á Abeja que se puso á cojear. A cada salto que daba, sus blondos huesos se agitaban sobre sus mejillas, fué así cogeando y se sentó en el declive del camino. Ahí, su hermano, se arrodilló á sus piés, le quitó el zapato de raso; lo sacudió y salió un pequeño guijarro blanco.

Entonces, mirando sus piés, ella dijo:

—Hermanito, cuando volvamos al lago, nos pondremos botas.

El sol inclinábase ya en el radioso firmamento; un soplo de brisa acariciaba las mejillas y el cuello de los jóvenes viajeros, quienes, refrescados y reanimados prosiguieron con ahinco su viaje. Para caminar mejor, cantaban cogidos de la mano, y reían al ver, frente á ellos, agitarse sus dos sombras juntas.

Pero Abeja se detuvo, y gritó:

—¡He perdido mi zapato, mi zapato de raso!

Y esto había sucedido. El zapatito, cuyos cordones de seda se habían aflojado en el viaje, yacía todo podrido en la ruta.

Entonces miró hacia atrás, y viendo las torres del castillo de los Clarides envueltas en la lejana bruma, sintió estrecharse su corazón y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Los lobos nos comerán, dijo; y no nos verá más nuestra madre, y morirá de pena.

Pero Jorge le puso su zapato y le dijo:

—Cuando la campana del castillo llame á comer, estaremos de regreso en los Clarides. ¡Adelante!

Y continuaron cantando.

—¡El lago! Abeja, ve: ¡el lago, el lago, el lago!

—Sí, Jorge, el lago!

Jorge gritó: ¡hurra! y arrojó al aire su sombrero. Abeja vacilaba para arrojar igualmente su cofia; pero el zapato que no hacía mucho se había quitado; lo arrojó encima de su cabeza en señal de regocijo. Allí estaba el lago en el fondo del valle, cuyas pendientes circulares for-

maban con las argentadas ondas, una gran corte de follaje y de flores. Ahí estaba, tranquilo y puro, y se veía pasar un arroyuelo sobre la verdura, todavía confuso en sus riberas. Pero los dos niños no descubrían en la arboleda ningún camino que los llevara á sus bellas aguas.

Mientras buscaban uno, fueron mordidos en las pantorrillas por los gansos, que seguía una niña, vestida con piel de carnero, y con una vara en la mano. Jorge le preguntó cómo se llamaba.

—Gilberta.

—Y bien, Gilberta, ¿cómo se va al lago?

—No se va.

—¿Por qué?

—Porque.....

—¿Pero si se fuera?

—Si se fuera habría un camino, y se tomaría ese camino.

Nada había que responder á la cuidadora de gansos.

—Vamos, dijo Jorge, encontraremos, sin duda, más lejos, un sendero por el bosque.

—Ahí cortaremos nueces, dijo Abeja, y las comeremos porque tengo hambre. Será preciso cuando volvamos al lago, traer una maleta llena de buenas cosas de comer.

Jorge:

—Haremos lo que tú dices, hermanita; ahora apruebo al escudero Francœur, quien, cuando partió para Roma, llevó un jamón para el hambre y una jarra para la sed. Pero apresuremonos, porque me parece que el día avanza, aunque no sé la hora.

—Los pastores la saben mirando al sol, dijo Abeja; pero yo no soy pastora. Me parece no obstante, que el sol, que cuando salimos, estaba sobre nuestras cabezas, está ahora allá abajo, muy atrás de la ciudad y del castillo de los Clarides. Es necesario saber si así sucede todos los días y qué significa esto.

Mientras que observaban el sol, una nube de polvo se levantó sobre el camino, y percibieron unos caballeros que avanzaban á toda rienda y cuyas armaduras brillaban. Los niños tuvieron mucho miedo y se fueron á ocultar en las malezas. Serán ladrones ó más bien monstruos, pensaron. En realidad eran guardas, que la duquesa de los Clarides había enviado, para buscar á los dos pequeños aventureros.

Los dos pequeños aventureros encontraron en la maleza un sendero estrecho, que de ningún modo era un sendero de enamorados, porque

por ahí no podían caminar de dos en fondo, tenidos de la mano á la manera de novios. Tampoco se encontraban las huellas de pasos humanos. Se veía solamente el hueco dejado por una infinidad de pequeños piés hendidos.

—Estos son piés de diablillos, dijo Abeja.

—O de ciervos, dijo Jorge.

La cosa no estaba esclarecida. Pero lo que había de cierto era, que el sendero descendía en suave pendiente hasta la orilla del lago, que se presentó á los dos niños, con su lánguida y silenciosa belleza. Las cañas balanceaban sobre las aguas, sus espigas flexibles y sus delicados penachos, y formaban tembladoras islas, al rededor de las cuales, los nenúfares brillaban con sus hojas en forma de corazón, y con sus flores de blancos pétalos. Sobre estas floridas islas, las señoritas con corsé de esmeralda ó de zafir y con alas de fuego, trazaban con su vuelo estridente, curvas bruscamente quebradas.

Y los dos niños mojaban con delicia sus ardientes piés en la húmeda arena ó cortaban el espeso follaje y los cardos espinosos. La caña aromática les enviaba sus perfumes desde su tallo humilde y á su rededor, el plátano desenrollaba sus hojas dentelladas, en la orilla de las aguas dormidas, que esmaltaba el laurel con sus flores violáceas.

CAPITULO VIII.

DONDE SE VE LO QUE SUCEDIÓ Á JORGE DE BLANCHELANDE POR HABERSE APROXIMADO AL LAGO QUE HABITABAN LAS ONDINAS.

Abeja avanzó sobre la arena entre dos bosques de sauces, y delante de ella el pequeño Genio del lugar, saltó en el agua, dejando en la superficie círculos que crecieron y que se horraron. Este genio era una pequeña rana verde, con vientre blanco. Todo callaba: un viento fresco soplabá sobre el lago cristalino, del que cada onda tenía el pliegue gracioso de una sonrisa.

—¡Qué lindo es el lago! dijo Abeja; pero mis piés sangran en mis zapatitos desgarrados, y tengo mucha hambre. Quisiera mejor estar en el castillo.

—Hermanita, dijo Jorge, siéntate sobre la hierba. Voy, para refrescartos, á envolver tus piés en hojas; después iré á buscar que comer.

Vi allá arriba, cerca del camino, zarzales todos cuajados de moras. Te traeré en mi sombrero las mejores y las más azucaradas. Dame tu pañuelo; pondré en él fresas, porque hay fresales aquí cerca, á la orilla del sendero y á la sombra de los árboles. Y llenaré mis bolsillos de nueces.

Arregló al borde del lago, bajo un sauz, un lecho de musgo para Abeja, y partió.

Abeja, tendida sobre su lecho de musgo, con las manos juntas vió las estrellas que alumbraban temblando en el cielo pálido; después sus ojos se medio cerraron; sin embargo, le parecía ver en el aire á un pequeño Enano montado sobre un cuervo. No era esto una ilusión. Habiendo estirado las riendas que mordía el pájaro negro, el Enano se detuvo arriba de la jóven y fijó en ella sus ojos redondos! En seguida partió con gran vuelo. Abeja vió confusamente estas cosas y se durmió.

Dormía cuando volvió Jorge con su provisión, que depositó cerca de ella. Descendió á la orilla del lago temiendo despertarla. El lago dormía bajo su delicada corona de follaje. Un ligero vapor se arrastraba muellemente sobre las aguas. De repente, la luna apareció entre las ramas; luego, las ondas fueron salpicadas de chispas.

Jorge vió bien que estas luces que alumbraban las aguas, no todas eran el reflejo quebrado de la luna, porque notó que las llamas azuladas, avanzaban dando vueltas con ondulaciones y balanceos, como si danzaran en rondas. Reconoció muy pronto que estas llamas temblaban sobre frentes blancas, sobre frentes de mujeres. Poco tiempo después, bellas cabezas coronadas de algas y de petoncos, de espaldas sobre las cuales se esparcían verdes cabelleras, de pechos brillantes de perlas, y donde se deslizaban los velos, se levantaron arriba de las ondas. El niño reconoció á las Ondinas y quiso huir. Pero ya las de los brazos pálidos y fríos lo habían asido y fué llevado, á pesar de sus esfuerzos y de sus gritos, á través de las aguas, á las galerías de cristal y de pórfido.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

ROMEO Y JULIETA.

(DE SHAKESPEARE.)

FRAGMENTO DE LA ESCENA V DEL ACTO III.

Huerto en la casa de Capuleto. Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA.

¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.
Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cuál de las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfria
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Bien sé que matutina luz no es esa:
Ha de ser meteoro que el ausente
Sol esta noche á que te alumbre envía
El camino de Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;

Vi allá arriba, cerca del camino, zarzales todos cuajados de moras. Te traeré en mi sombrero las mejores y las más azucaradas. Dame tu pañuelo; pondré en él fresas, porque hay fresales aquí cerca, á la orilla del sendero y á la sombra de los árboles. Y llenaré mis bolsillos de nueces.

Arregló al borde del lago, bajo un sauz, un lecho de musgo para Abeja, y partió.

Abeja, tendida sobre su lecho de musgo, con las manos juntas vió las estrellas que alumbraban temblando en el cielo pálido; después sus ojos se medio cerraron; sin embargo, le parecía ver en el aire á un pequeño Enano montado sobre un cuervo. No era esto una ilusión. Habiendo estirado las riendas que mordía el pájaro negro, el Enano se detuvo arriba de la jóven y fijó en ella sus ojos redondos! En seguida partió con gran vuelo. Abeja vió confusamente estas cosas y se durmió.

Dormía cuando volvió Jorge con su provisión, que depositó cerca de ella. Descendió á la orilla del lago temiendo despertarla. El lago dormía bajo su delicada corona de follaje. Un ligero vapor se arrastraba muellemente sobre las aguas. De repente, la luna apareció entre las ramas; luego, las ondas fueron salpicadas de chispas.

Jorge vió bien que estas luces que alumbraban las aguas, no todas eran el reflejo quebrado de la luna, porque notó que las llamas azuladas, avanzaban dando vueltas con ondulaciones y balanceos, como si danzaran en rondas. Reconoció muy pronto que estas llamas temblaban sobre frentes blancas, sobre frentes de mujeres. Poco tiempo después, bellas cabezas coronadas de algas y de petoncos, de espaldas sobre las cuales se esparcían verdes cabelleras, de pechos brillantes de perlas, y donde se deslizaban los velos, se levantaron arriba de las ondas. El niño reconoció á las Ondinas y quiso huir. Pero ya las de los brazos pálidos y fríos lo habían asido y fué llevado, á pesar de sus esfuerzos y de sus gritos, á través de las aguas, á las galerías de cristal y de pórfido.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

ROMEO Y JULIETA.

(DE SHAKESPEARE.)

FRAGMENTO DE LA ESCENA V DEL ACTO III.

Huerto en la casa de Capuleto. Romeo y Julieta en el balcón.

JULIETA.

¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aun tarda el día.
Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cuál de las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfria
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Bien sé que matutina luz no es esa:
Ha de ser meteoro que el ausente
Sol esta noche á que te alumbre envía
El camino de Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;

Ni alondra el ave que exhaló sus trinos
Hacia el cóncavo cielo. He de quedarme.
¡Venga la muerte, y bien venida sea!
Julia lo quiere así. ¿Qué dices? ¡Ea!
Hablemos largo. De partir no es hora:
Lo que brilla en el cielo no es la aurora.

JULIETA.

¡Es el día! ¡Es el día! ¡Vete al punto!
La alondra es la que canta ásperamente.
¿Cómo podrán decir que dulcifica
Despedidas de amor, si nos separa?
Cuentan que con el sapo aborrecible
Los ojos trueca..... ¡Oh si trocado hubiese
También la voz que aparta nuestros brazos
Y te alejó con anunciar el día!
Vete, Romeo, ya. La luz se aumenta.

ROMEO.

Se aclaran los albores matutinos,
Y se oscurecen más nuestros destinos!
LA NODRIZA [adentro.]
¡Niña! ¡Señora! Vuestra madre viene;
Y amaneciendo está..... Cuidarse importa.

JULIETA.

Deja, pues, ¡oh ventana! entrar el día,
Ya que por ti se sale el alma mía.
ROMEO [poniendo el pie en la escala.]
¡Adios! Un beso, y parto.

JULIETA.

¿Así te has ido,
Y te llevas mi dicha y mi reposo?
¡Oh mi señor y bien! ¡Oh amado esposo!

JOSÉ M. ROA BÁRCENA.

PAISAJES.

A MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

I

MERIDIES.

Rojo, desde el zenit, el sol caldea.
La torcaz cuenta al río sus congojas,
Medio escondida entre las verdes hojas
Que el viento apenas susurrando orea.

La milpa, ya en sazón, amarillea
Cargada de racimos y panojas,
Y reverberan las techumbres rojas
En las vecinas casas de la aldea.

No se oye estremecerse el cocotero
Ni en la ribera sollozar los sauces;
Solos están la vega y el otero,

Desierto el robledal, secos los cauces;
Y tendido á la orilla de un estero
Abre el lagarto sus enormes fauces.

II

NOCTIFER.

Todo es cantos, suspiros y rumores.
Agítanse los vientos tropicales
Zumbando entre los verdes carrizales,
Gárrulos y traviesos en las flores.

Bala el ganado, silvan los pastores,
Las vacas van mugiendo á los corrales;
Canta la codorniz en los maizales
Y grita el guacamayo en los alcores.

El día va á morir; la tarde avanza.
Toca de pronto á la oración la esquila
De la rústica ermita, en lontananza;

Y Venus, melancólica y tranquila,
Desde el perfil del horizonte lanza
La luz primera de su azul pupila.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Santa Bárbara de Tamaulipas, 1889.

BIBLIOGRAFIA.

Mirtos, por Enrique Fernández Granados.—Asienta Vapereau que tanto mayor debe ser el esfuerzo de un poeta en ajustarse á las reglas de la versificación y del buen gusto, cuanto más lo inciten sus contemporáneos á desligarse de ellas. *Le poëte doit se montrer d'autant plus respectueux envers les règles de la versification, que ses contemporains l'invitent davantage à les abandoner.*

Fernández Granados—autor de *Mirtos*, libro que hoy vamos á analizar ligeramente—sin conocer quizá las palabras del crítico francés, las ha seguido con tal puntualidad y religioso celo, que bastaría su conducta, por sí sola, para probar cuán profunda verdad encerró el famoso autor del *Dictionnaire Universel des Contemporains* y de *L'Année Littéraire et Dramatique* en su consejo tan oportuno y tan exacto.

Que surja entre el inmenso número de producciones poéticas, aborridas por las inteligencias insipientes de escritores sin inspiración y sin talento, un libro delicioso, no solamente escrito, por lo general, en buen

castellano, sino también con reminiscencias horacianas y con sabor ana-créontico, es una muestra gallarda y prueba irrefutable que no admite contestación, de que la docta máxima de Vapereau, si cunde, regenera entendimientos extraviados, presta vigor y brillo á las imaginaciones atrevidas y triunfa de los enemigos que la ataquen, afianzará entre nosotros—no se puede dudar—el eterno reinado de la belleza poética y de la inspiración bien dirigida.

Bástele, pues, este único mérito al libro de Fernández Granados, si otros no contase: hallarse escrito de acuerdo con las leyes del idioma, de la versificación y del buen gusto, para que el público sólo tenga para él, los aplausos que con sobrada justicia les escatima á muchos.

Conquistar este triunfo, no ha sido por lo demás el móvil del poeta: más noble, más desinteresado también es el que debemos concederle. Nace al mundo de la publicidad henchido de los más generosos sentimientos: joven, poeta, amante de la literatura y de la patria, discípulo de eminentes escritores, compañero de progresistas, de jóvenes enamorados de las letras, aspira en sus ensayos literarios á alcanzar ese ideal que perseguimos todos, y que quizá nunca veremos realizado: la regeneración completa de nuestra poesía.

Nada hay por cierto más desconsolador ni más amargo; nada que infunda en nuestro espíritu desaliento más grande, más profundo, que el triste estado á que la musa mexicana se encuentra reducida hace ya tiempo: los suyos la han olvidado por completo; aquellos á quienes niega sus favores, la escarnecen, la vilipendian públicamente, y mientras tanto, todos ignoran si las señales de vida que suele presentar son las postreras convulsiones de una agonía, ya larga por desgracia, ó los primeros augurios de una nueva existencia, feliz, deslumbradora y vigorosa.

A los poetas de buena voluntad é inspiración lozana, corresponde acelerar esos días venturosos que todos anhelamos: los días de verdadero esplendor para las letras; de gloria y de grandeza para las musas. Por fortuna sobran caminos que recorrer; abundantes veneros que explotar, y fuentes limpiísimas en cuyas claras linfas mitiguen su sed de inspiración nuestros poetas; cultiven éstos con fe, con entusiasmo, con ardor, seguros del éxito, que será feliz sin duda alguna, esa hermosa poesía, virgen aún, que canta á nuestros héroes, que fustiga á los tiranos, que subyuga y enloquece á las muchedumbres tumultuosas, y que refleja en sí la historia, las grandezas, las tribulaciones, el cielo, las

Bala el ganado, silvan los pastores,
Las vacas van mugiendo á los corrales;
Canta la codorniz en los maizales
Y grita el guacamayo en los alcores.

El día va á morir; la tarde avanza.
Toca de pronto á la oración la esquila
De la rústica ermita, en lontananza;

Y Venus, melancólica y tranquila,
Desde el perfil del horizonte lanza
La luz primera de su azul pupila.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Santa Bárbara de Tamaulipas, 1889.

BIBLIOGRAFIA.

Mirtos, por Enrique Fernández Granados.—Asienta Vapereau que tanto mayor debe ser el esfuerzo de un poeta en ajustarse á las reglas de la versificación y del buen gusto, cuanto más lo inciten sus contemporáneos á desligarse de ellas. *Le poëte doit se montrer d'autant plus respectueux envers les règles de la versification, que ses contemporains l'invitent davantage à les abandoner.*

Fernández Granados—autor de *Mirtos*, libro que hoy vamos á analizar ligeramente—sin conocer quizá las palabras del crítico francés, las ha seguido con tal puntualidad y religioso celo, que bastaría su conducta, por sí sola, para probar cuán profunda verdad encerró el famoso autor del *Dictionnaire Universel des Contemporains* y de *L'Année Littéraire et Dramatique* en su consejo tan oportuno y tan exacto.

Que surja entre el inmenso número de producciones poéticas, aborridas por las inteligencias insipientes de escritores sin inspiración y sin talento, un libro delicioso, no solamente escrito, por lo general, en buen

castellano, sino también con reminiscencias horacianas y con sabor ana-créontico, es una muestra gallarda y prueba irrefutable que no admite contestación, de que la docta máxima de Vapereau, si cunde, regenera entendimientos extraviados, presta vigor y brillo á las imaginaciones atrevidas y triunfa de los enemigos que la ataquen, afianzará entre nosotros—no se puede dudar—el eterno reinado de la belleza poética y de la inspiración bien dirigida.

Bástele, pues, este único mérito al libro de Fernández Granados, si otros no contase: hallarse escrito de acuerdo con las leyes del idioma, de la versificación y del buen gusto, para que el público sólo tenga para él, los aplausos que con sobrada justicia les escatima á muchos.

Conquistar este triunfo, no ha sido por lo demás el móvil del poeta: más noble, más desinteresado también es el que debemos concederle. Nace al mundo de la publicidad henchido de los más generosos sentimientos: joven, poeta, amante de la literatura y de la patria, discípulo de eminentes escritores, compañero de progresistas, de jóvenes enamorados de las letras, aspira en sus ensayos literarios á alcanzar ese ideal que perseguimos todos, y que quizá nunca veremos realizado: la regeneración completa de nuestra poesía.

Nada hay por cierto más desconsolador ni más amargo; nada que infunda en nuestro espíritu desaliento más grande, más profundo, que el triste estado á que la musa mexicana se encuentra reducida hace ya tiempo: los suyos la han olvidado por completo; aquellos á quienes niega sus favores, la escarnecen, la vilipendian públicamente, y mientras tanto, todos ignoran si las señales de vida que suele presentar son las postreras convulsiones de una agonía, ya larga por desgracia, ó los primeros augurios de una nueva existencia, feliz, deslumbradora y vigorosa.

A los poetas de buena voluntad é inspiración lozana, corresponde acelerar esos días venturosos que todos anhelamos: los días de verdadero esplendor para las letras; de gloria y de grandeza para las musas. Por fortuna sobran caminos que recorrer; abundantes veneros que explotar, y fuentes limpiísimas en cuyas claras linfas mitiguen su sed de inspiración nuestros poetas; cultiven éstos con fe, con entusiasmo, con ardor, seguros del éxito, que será feliz sin duda alguna, esa hermosa poesía, virgen aún, que canta á nuestros héroes, que fustiga á los tiranos, que subyuga y enloquece á las muchedumbres tumultuosas, y que refleja en sí la historia, las grandezas, las tribulaciones, el cielo, las

costumbres y los paisajes de la patria: la poesía nacional, fuente inagotable de exuberante inspiración. Si para el cultivo de este género el poeta no contase con las dotes necesarias, conságrese en tal caso no á la imitación servil, trillada y degradante de los poetas españoles y franceses, quizá menos elegantes é inspirados; entréguese sí, al estudio, al examen, á la meditación prolija de los eternos maestros de la belleza, de los poseedores de la inspiración más levantada: de los antiguos; escoja á estos poetas por modelos, y los bienes que de ello les resulten serán innumerables. Cierto es que esta índole de estudios peca contra las inclinaciones literarias de nuestra época; pero no lo es menos que la influencia de la lectura de las obras clásicas, para cincelar la forma y depurar el gusto, es de una trascendencia indiscutible.

Macauley dice refutando á Mr. Mitford: "Si recordamos que aquella fué la inspiración que directa ó indirectamente produjo las más nobles creaciones del ingenio humano, que allí tienen su origen la inmensa ilustración de Marco Tulio y sus imágenes brillantes, el fuego devorador de Juvenal, la imaginación plástica del Dante, la gracia incomparable del manco de Lepanto, del inmortal Cervantes, la profundidad de Bacon, el ingenio de Butler y la perfección suprema y universal de Shakespeare, ¿qué diremos entonces?"

Fernangrana ha comprendido la profunda verdad de estas apreciaciones literarias, y su inmensa veneración, su apasionado afecto á los clásicos griegos y latinos, se adivinan al leer las páginas de *Mirtos*: Horacio y Anacreonte aparecen allí como maestros consumados, como modelos irreprochables del joven autor.

Horacio, el poeta, el preceptista, el Proteo de la literatura, como le llama un traductor, por la asombrosa variedad de aspectos literarios que presenta; Anacreonte, el dulce, el apasionado cantor de Theos que desde Simónides hasta Víctor Hugo, ha arrancado á los genios excelsos de la humanidad, á los príncipes de la literatura, las frases de admiración más entusiastas por "el arte sin arte y la ciencia sin ciencia de sus obras," como dice el eruditísimo Barailbar: he aquí las linfas transparentes y puras en que ha bebido Fernangrana la inspiración esparcida en sus poesías. No exageramos al escribir este artículo: basten *El Vino de Lesbos* y *El Brindis* para comprender la exactitud de nuestros juicios. En otra parte hemos hablado ya de la primera de estas composiciones: fresca, galana, inspiradísima, su lectura deja el sabor de la poesía antigua. Por lo que mira á *El Brindis*, anacreóntica que

reviste la forma, la elegancia, si se quiere hasta la desnudez distintivas, encontramos verdadero placer en copiarla íntegra. Dice así:

Coronadas las frentes
De mirto y rosas,
Descubiertos los senos
Y altas las copas,
Por el cantor de Laura
Brindan las mozas;
Y á los brindis suceden
Risas sonoras.
Él entanto, beodo,
El vino toma;
Y, olvidando á su amada,
Brinda por todas.
Y al apurar del néctar
La última gota,
Ay!... la imagen de Laura
Mira en la copa!

En qué versos tan breves ha encerrado Fernangrana pensamientos tan hermosos, y cómo abunda su libro en composiciones eróticas, pequeñas y sencillas, que expresan las ansias, los sufrimientos, los deseos del poeta, herido á veces, sin que Amor lo pueda defender, por la misma Laura á quien adora;

Mas desdeñosa mientras más la adoro;

felices otras, porque ella es la que le hace sufrir grandes tormentos; y cómo ansía también ser—le dice á Laura—

La cruzecita de oro
Que llevas en tu seno;
Que entonces me darías
En vez de pena y celos,
Cuántas dulces miradas,
Y cuántos, cuántos besos!

ó bien la golondrina que cuelga su nido en la ventana de Laura, pues

.....al acercarse la noche
Y al brillar la luz del alba,
Cuántas cosas cantaría
Porque tú las escucharas!

Brillan, según se ve en todas estas producciones de Fernández Granados, cierta delicadeza de sentimientos poéticos, que explotada por él muy hábilmente, conmueve á los lectores sin parecerles afectada. En otras, por lo contrario, aparecen algunas descripciones que no me explico cómo pudieron escapársele al autor, enemigo de ciertas libertades usadas muy comunmente por la escuela naturalista, aun cuando, por otra parte, goza en extremo con las escenas nada pudorosas por cierto de *Dafnis* y *Cloe*, y de otros monumentos semejantes de la literatura antigua. Verdad es que según Ticknor el amor puro es extremadamente raro en la poesía castellana. Una nueva prueba de ello es el siguiente fragmento del delicioso romance de Fernández Granados, intitulado *El Baño*:

Apenas despunta el alba,
Llega la virgen al río,
Que se estremece de gozo
Al presentir sus hechizos.
Sonriendo se desnuda,
Deja en la grama el vestido,
Desprende su cabellera
Que baja á su espalda en rizos,
Y dejando descubiertos
Sus hombros alabastrinos,
Con sus dedos sonrosados
Conteniendo los latidos
De su delicado seno,
Desabróchase el corpiño
Y saltan ¡ay! pudorosos
Sus lácteos senos virgíneos.
Las ondas al recibirla
Exhalan dulce gemido,
Y como lluvia de perlas
Baña su cuerpo divino.
Y se quedan cintilando
Aquellos senos tan lindos
Como botones de rosa
Salpicados de rocío!

En otra producción intitulada *Ven...!* abundan versos semejantes: más aún, consejos que tocan ya los límites de la inmoralidad, pues á tales extremos llega quien dice lo siguiente:

Abre á mi amor ardiente
Tu delicado seno,
Hoy que Amor nos convida
A que con él juguemos.
Mira, tal vez mañana,
Ya blancos tus cabellos,
Recordará que fuiste
Rebelde á sus preceptos;
Y entonces, aunque llorando
Le ofrezcas mirtos bellos,
Volará por no verte,
Sin escuchar tus ruegos.....
Ven, pues, y á los acordes
Del agua y de los céfiros
Que entre las rosas cantan
Su dicha prisioneros;
Al suspirar de amores
Y al ruido de mis besos,
Entonarán las aves
El canto de Himeneo!

Desnudeces son estas que se explican sin grande esfuerzo, en poetas que como Fernández Granados se encuentran en íntimo contacto con los griegos, y que poseen además el don de cultivar géneros diametralmente diversos. En *Mirtos* hay, por ejemplo, una oda *A María*, de tal sabor místico, que en ella la inspiración apacible del poeta y la santa ternura del creyente, forman la plegaria más dulce, la oración más expresiva de un corazón piadoso. Elegancia en la versificación; sencillez y propiedad en las imágenes y en los pensamientos, suavidad en toda ella, son las cualidades de esta oda, que tiene por primeras estrofas las siguientes:

Reina del cielo en donde el Sol fulgura;
Dulce y divina Aurora;
Única Virgen pura,
A quien la corte celestial adora:
Hoy que en tu amor mi corazón se inspira
Acoge el canto de mi tosea lira!
Tú del cansado y triste peregrino
Eres madre amorosa
En el Edén divino;

Y en el desierto palma rumorosa
A cuya sombra del calor se abriga,
Y fuente clara en que su sed mitiga.

Fernández Granados ha reunido también en el libro de que hablamos, dos imitaciones que ha hecho: una de la oda *A Neera*, de Horacio, y otra de *La Cigarra*, de Longo, autor de *Dafnis y Cloe*, novela que ha immortalizado á estos pastores.

Dafnis, velando el sueño de la zagala, aparece entregado á las meditaciones más voluptuosas del amor: una cigarra en tanto, se introduce en el seno de la pastora y comienza á gorjear. Cloe se asusta, y Dafnis entonces

.....Aprovechando la ocasión, la mano
Mete en el seno virginal de Cloe,
Y cuidadoso agarra
Y saca á la cigarra,
Que ni en la mano de él enmudecía.
Cloe la miró gozosa,
Tomóla, dióle un beso cariñosa,
Y otra vez la llevó á su seno blando.....
Y la cigarra allí siguió cantando!

Sirvan estos versos tan deliciosos y sencillos, para probar la facilidad con que imita Fernangrana. Como poeta original desearíamos, si tuviéramos las dotes necesarias, analizar sus tercetos á Laura; su letrilla *A Isabel*, sus *Cantares*, su anacreóntica *La fuente Castalia*, sus sonetos *A Heberto*, *La Gardenia*, *Carlota* y algunas otras poesías publicadas en este tomito, que por su lujosa y artística impresión honra á las prensas mexicanas. Ligeros defectos acortan sin embargo el mérito de las composiciones poéticas contenidas en él: el autor propende en los tercetos y en los sonetos á enlazar versos que son independientes; se toma también con alguna frecuencia—puede verse su soneto *A Heberto*—libertades que aun cuando usadas con mesura son permitidas, del abuso de ellas resultan en el estilo afectación y anfibología en el sentido; con algún esfuerzo se hallarían también frases incorrectas, como esta en *Las Violetas*: *Decidla mis dolores*, por *Decidle mis dolores*; *La fuente cristalina* = *Al fin se vió liberta*, en la poesía *La Primavera*, por *al fin se vió libre* que hubiera sido lo propio; no menor trabajo costaría hallar algunas asonancias muy próximas, como en

el soneto *A Heberto*: “Este afán, este amor, esto que siento;” en el romance *El Baño*: “Que baja á su espalda en rizos;” “*Aquellos senos tan lindos;*” encontrar también algunos versos prosaicos, como en la pequeña producción *A Laura*:

*Si yo fuera golondrina
Volaría á tu ventana;*

en los *Cantares* este otro, disculpable sólo por el género de composición en que se encuentra:

Ya no me gustan las rubias;

y por último, en el fragmento de *La Cigarra* que hemos citado, se notarán estos dos, duros y desagradables:

*Y cuidadoso agarra
Y saca á la cigarra;*

en los cuales, por otra parte, abundan las *aes*.

Por fortuna le sobran á Fernangrana ilustración y juicio para corregir los defectos de sus obras: él no dice, como muchos, lo que Bion de Smirna en los hermosos versos siguientes de su idilio V, traducido por el egregio Ipanandro Acaico:

*Si de mis versos place la armonía,
Basten los que hasta ahora
Me concedió la Musa bienhechora
A hacer eterna la memoria mía.*

Lejos de ello, Fernández Granados corregirá sus producciones poéticas, y quizá muy en breve un nuevo volumen suyo demostrará los progresos alcanzados por el poeta. Aliéntelo, pues, el público, y él corresponderá con creces á la indulgencia del lector.

“Los aficionados á libros, dice D. Juan Valera, suelen cegarse con frecuencia y prestar á muchas obras literarias un mérito que no tienen, y esperar que logren una popularidad que al cabo no alcanzan.” Vivamente deseamos que las palabras del insigne autor de las *Cartas Americanas* fallen en el presente caso, y que *Mirtos* alcance la popularidad que se merece. Cuenta para ello con una circunstancia especialísima: es libro dictado por el Amor, y escrito á impulsos de una

pasión dominadora: en sus páginas no brillarán los destellos de inspiración propios tan sólo de los genios eróticos, pero siempre se encontrará en cambio un afecto tierno y sencillo.

Que el público conozca, pues, el valer de Enrique Fernández Granados, y que los *Mirtos* que hoy son el título de la primera colección de poesías de este inspirado joven, más tarde sean las simbólicas flores que adornen la frente del poeta!—ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

Opúsculos inéditos.—D. Joaquín García Icazbalceta, el insigne biógrafo de Zumárraga, acaba de enriquecer la bibliografía mexicana con la publicación de un libro intitulado: *Opúsculos inéditos, latinos y castellanos, del P. Francisco Javier Alegre, veracruzano, de la Compañía de Jesús.*

La obra que anunciamos ha sido impresa por Díaz de León. Dicho queda con esto que corresponde la parte tipográfica á los méritos literarios del libro.

Los *Opúsculos* de Alegre que por vez primera se dan hoy á la luz pública, son: el *Arte Poética de Boileau* puesta en verso castellano con notas eruditísimas; la traducción, también en verso castellano, de las *Sátiras* 1.^a, 3.^a, 6.^a y 9.^a del libro primero de Horacio; la *Epístola* 6.^a del libro primero del mismo autor, y los siguientes trabajos en latín: *Homeri Batrachomyomachia, latinis carminibus expressa, nonnullis additis, liber singularis, In obitu Adolescentis. Epicedium, Horti dedicatio Dianæ. Ecloga. Nisus, In Obitum Francisci Plata, In Obitum ejusdem, Ad Joann. Berchmans Iconem, Ad B. Aloysii A Koske Iconem, Natalia Munera, Prolusio Grammatica De Syntaxi.* Precede á los *Opúsculos* un prólogo en el que da el Sr. García Icazbalceta noticia exacta de las obras de Alegre impresas hasta hoy, y de las inéditas, y refiere á seguida cómo adquirió la *Poética* y cómo la preparó para la prensa. También va al frente una excelente biografía de Alegre, traducida del latín por el Sr. García Icazbalceta.

Cuán diligente, cuán perseverante y cuán entendido sea el Sr. García Icazbalceta para llevar á feliz término empresas de este género, cosa es que sabe todo el mundo. Su fama de primer bibliógrafo mexicano, descansa en las ya numerosas obras que ha salvado del olvido

y cuyo mérito ha acrecentado con notas que revelan su pasmosa erudición en punto á historia patria. Pero en el libro de que hoy tratamos, muéstrase no menos erudito en materia de bella literatura, y así el prólogo como las notas á él debidas y la *Bibliografía sucinta* de los autores citados en la traducción del *Arte Poética*, son testimonio elocuentísimo de que es magistral cuanto á su pluma se debe.

Para comprender la importancia del servicio prestado á las letras con la publicación de los *Opúsculos inéditos del P. Alegre*, es preciso recordar que el ilustre veracruzano es uno de los escritores de que puede con justicia enorgullecerse nuestra patria.

Sean permitido al encomiar, cual lo merece, el nuevo libro del Sr. García Icazbalceta, hacer notar á este eminente escritor que si bien es cierto que Alegre no es *muy conocido entre nosotros mismos*, no han faltado quienes le tributen los homenajes á que es acreedor. Entre otros, el autor de estas líneas ha dicho en la biografía del humanista veracruzano, lo que sigue:

“Entre las muchas crónicas que de las órdenes religiosas nos quedan, la del P. Alegre ocupa un lugar eminente y es de un valor inestimable. El gran acopio de noticias históricas y biográficas que en ella se contiene; el buen método con que está escrita; la sencillez, sin degenerar en bajeza, del estilo; la suma claridad; la modestia que el autor revela; la verdad que respaldece en todas sus páginas, hacen que la lectura de la obra de Alegre sea grata y provechosa aun para los que sin profesar sus mismas creencias, aun prevenidos en contra de la célebre Compañía, buscan en el estudio de su historia algo más que el panegírico de una orden ó la propagación de sus doctrinas. Estrechamente enlazada la historia de los trabajos apostólicos de los jesuitas con la historia civil de muchos pueblos que forman parte de la confederación mexicana, para saber los orígenes de Sonora, de Sinaloa, de Durango, de Chihuahua y de California, es indispensable acudir á Alegre, que con dotes no comunes narra el descubrimiento, la conquista y la civilización de aquellas y de otras regiones. Dos siglos abraza la “Historia” del padre Alegre, siglos fecundos en acontecimientos, que dan materia para extensísimos libros, y sin embargo, él, con excelente método, in omitir nada sustancial, nada que sea verdaderamente importante y digno de recordación, condensa en algunos centenares de páginas lo que otro habría referido en abultados volúmenes de cansada lectura y de difícilísima consulta.

Cuando se escriba la historia crítica de las letras de México y se haga un estudio detenido, profundo, razonado, de nuestros historiadores y cronistas, el nombre de Alegre tomará mayores proporciones que las que hasta hoy ha alcanzado, y cuenta que no es de los menos esclarecidos el que ya tiene. Tan correcto y castizo es, que al leer á Alegre nos parece que puso, en punto á la forma, el escrupuloso empeño del escritor académico que es capaz de sacrificar por ella el fondo. Pasajes podríamos citar en los que con elocuencia y sencillez encantadoras se describen, ora los desoladores estragos de una peste, ora los desórdenes y crímenes de los filibusteros, ó bien el martirio de un apóstol del Cristianismo, ó el tránsito del misionero por entre bosques vírgenes y pueblos salvajes.

Si alguna vez, obedeciendo á los dictados de una fe sencilla, cuenta Alegre prodigios obrados por la religión, milagrosos hechos que la moderna crítica rechaza, para no condenarle es bastante recordar su carácter religioso, su educación, sus hábitos y el fin que se propuso al escribir su historia, historia que, como él mismo dice en su prólogo, *emprendió escribir en fuerza de orden superior.*"—F. S.

Narraciones y Confidencias.—Con este título acaba de publicar en un volumen muy bien impreso, el joven é ilustrado escritor D. Alberto Michel, una preciosa colección de artículos científico-literarios sobre zoología, escritos en esa forma, tan galana como encantadora, que han hecho popular en Francia Julio Verne y Camilo Flammarion.

Contiene el tomo, quince artículos, y una interesantísima monografía, que trata de las preocupaciones que existen sobre algunos animales, y que el autor, además de enumerarlas las desmiente con razones tan convincentes como sencillas.

Alberto Michel ha escrito un buen libro, y debe proseguir en el estudio de las ciencias naturales, tanto más, cuanto que en México son contados los jóvenes que las cultivan, y más contados aún los que las divulgan en un estilo tan bello y tan sencillo, como el que empleó en sus *Narraciones y Confidencias.*

LITERATURA MEXICANA.

CAPÍTULO PRIMERO.¹

Elementos de que se formó la nación llamada Nueva España.—Introducción en ella de la poesía europea, y estado de ésta durante el siglo XVI.—Poetas que allí figuraron en el mismo período de quienes quedan noticias.—Motivos por qué se conocen pocos poetas mexicanos del siglo décimosexto.—Poesía indohispana.—Notas.

Osados aventureros que penetran en una tierra desconocida poblada de enemigos, colonos avaros de riqueza, santos misioneros poseídos de abnegación cristiana, indígenas semi-civilizados ó completamente bárbaros, estos fueron los elementos heterogéneos con que empezó la nación llamada Nueva España. Y sin embargo, esos elementos contenían un germen de civilización que se desarrolló y creció más adelante, conforme á las leyes del orden social. La terrible espada del conquistador impuso de tal modo á los vencidos que preparó una paz inalterable de tres siglos, rara en la historia; la actividad del colono llevó del antiguo al Nuevo Mundo las mejoras materiales aquí desconocidas; el humilde fraile ilustró con la ciencia europea la mente del americano, y substituyó con la moral generosa del Evangelio los sangrientos ritos de los númenes aborígenes; el indio, abyecto esclavo bajo el dominio de sus reyes y señores naturales, fué transitoriamente siervo de los encomenderos, pasó luego á pupilo privilegiado por el Código protector de Indias, y ascendió después de la independencia, al puesto de hombre libre.

* * *

La poesía europea fué uno de los conocimientos que introdujeron en México los españoles, tan luego como le conquistaron, siglo XVI, y des-

¹ Este capítulo pertenece á la segunda edición, corregida y aumentada, que el Sr. D. Francisco Pimentel prepara de su obra: *HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO.*

La *Revista Nacional* tributa al eminente literato y filólogo mexicano Sr. Pimentel, los más sinceros agradecimientos por la señalada honra que le dispensa al facilitarle este capítulo que puede considerarse como inédito, puesto que contiene noticias de gran importancia, y apreciaciones que su autor no pudo consignar en la primera edición de su obra.

No será esta la única vez, nos complacemos en anunciarlo á nuestros lectores, que la *Revista Nacional* engalane sus páginas con los escritos del Sr. Pimentel.—**LA DIRECCIÓN.**

Cuando se escriba la historia crítica de las letras de México y se haga un estudio detenido, profundo, razonado, de nuestros historiadores y cronistas, el nombre de Alegre tomará mayores proporciones que las que hasta hoy ha alcanzado, y cuenta que no es de los menos esclarecidos el que ya tiene. Tan correcto y castizo es, que al leer á Alegre nos parece que puso, en punto á la forma, el escrupuloso empeño del escritor académico que es capaz de sacrificar por ella el fondo. Pasajes podríamos citar en los que con elocuencia y sencillez encantadoras se describen, ora los desoladores estragos de una peste, ora los desórdenes y crímenes de los filibusteros, ó bien el martirio de un apóstol del Cristianismo, ó el tránsito del misionero por entre bosques vírgenes y pueblos salvajes.

Si alguna vez, obedeciendo á los dictados de una fe sencilla, cuenta Alegre prodigios obrados por la religión, milagrosos hechos que la moderna crítica rechaza, para no condenarle es bastante recordar su carácter religioso, su educación, sus hábitos y el fin que se propuso al escribir su historia, historia que, como él mismo dice en su prólogo, *emprendió escribir en fuerza de orden superior.*"—F. S.

Narraciones y Confidencias.—Con este título acaba de publicar en un volumen muy bien impreso, el joven é ilustrado escritor D. Alberto Michel, una preciosa colección de artículos científico-literarios sobre zoología, escritos en esa forma, tan galana como encantadora, que han hecho popular en Francia Julio Verne y Camilo Flammarion.

Contiene el tomo, quince artículos, y una interesantísima monografía, que trata de las preocupaciones que existen sobre algunos animales, y que el autor, además de enumerarlas las desmiente con razones tan convincentes como sencillas.

Alberto Michel ha escrito un buen libro, y debe proseguir en el estudio de las ciencias naturales, tanto más, cuanto que en México son contados los jóvenes que las cultivan, y más contados aún los que las divulgan en un estilo tan bello y tan sencillo, como el que empleó en sus *Narraciones y Confidencias.*

LITERATURA MEXICANA.

CAPÍTULO PRIMERO.¹

Elementos de que se formó la nación llamada Nueva España.—Introducción en ella de la poesía europea, y estado de ésta durante el siglo XVI.—Poetas que allí figuraron en el mismo período de quienes quedan noticias.—Motivos por qué se conocen pocos poetas mexicanos del siglo décimosexto.—Poesía indohispana.—Notas.

Osados aventureros que penetran en una tierra desconocida poblada de enemigos, colonos avaros de riqueza, santos misioneros poseídos de abnegación cristiana, indígenas semi-civilizados ó completamente bárbaros, estos fueron los elementos heterogéneos con que empezó la nación llamada Nueva España. Y sin embargo, esos elementos contenían un germen de civilización que se desarrolló y creció más adelante, conforme á las leyes del orden social. La terrible espada del conquistador impuso de tal modo á los vencidos que preparó una paz inalterable de tres siglos, rara en la historia; la actividad del colono llevó del antiguo al Nuevo Mundo las mejoras materiales aquí desconocidas; el humilde fraile ilustró con la ciencia europea la mente del americano, y sustituyó con la moral generosa del Evangelio los sangrientos ritos de los númenes aborígenes; el indio, abyecto esclavo bajo el dominio de sus reyes y señores naturales, fué transitoriamente siervo de los encomenderos, pasó luego á pupilo privilegiado por el Código protector de Indias, y ascendió después de la independencia, al puesto de hombre libre.

* * *

La poesía europea fué uno de los conocimientos que introdujeron en México los españoles, tan luego como le conquistaron, siglo XVI, y des-

¹ Este capítulo pertenece á la segunda edición, corregida y aumentada, que el Sr. D. Francisco Pimentel prepara de su obra: *HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO.*

La *Revista Nacional* tributa al eminente literato y filólogo mexicano Sr. Pimentel, los más sinceros agradecimientos por la señalada honra que le dispensa al facilitarle este capítulo que puede considerarse como inédito, puesto que contiene noticias de gran importancia, y apreciaciones que su autor no pudo consignar en la primera edición de su obra.

No será esta la única vez, nos complacemos en anunciarlo á nuestros lectores, que la *Revista Nacional* engalane sus páginas con los escritos del Sr. Pimentel.—**LA DIRECCIÓN.**

de entonces se cultivó allí con mucho empeño. El Ilmo. Balbuena decía: "que la facultad poética era como una influencia y particular consuelación de México, según la generalidad con que en su noble juventud se ejercita." De la multitud de poetas ó por lo ménos aficionados á la poesía, que existían en Nueva España, en la época que nos ocupa, nos dá también testimonio González de Eslava, pues en su coloquio *El Bosque Divino* dice, con tono burlesco, por boca de *Doña Murmuración*: "Hay más poetas que estércol." Adelante veremos que á un solo certámen poético del siglo XVI concurren trescientos contendientes.

El movimiento poético que se observa en nuestro país, desde que fué ocupado por los europeos, no debe causar extrañeza si atendemos á las siguientes razones. La poesía no tuvo infancia en México, se presentó ya formada, precisamente en el siglo de oro de la literatura española, cuando España era la maestra de las letras, así como la señora de las armas. Los españoles apenas ocuparon el país de Anáhuac fundaron en él establecimientos de educación, no sólo de primeras letras y artes útiles sino de ciencias, literatura y bellas artes. Véase sobre este particular el *Discurso acerca de la instrucción pública en México durante el siglo XVI*, por D. Joaquín García Icazbalceta. (Memorias de la Academia mexicana correspondiente de la Real Española. Tomo 2.º) Según observa Beristain, "España envió á la América no frailes ignorantes, sino maestros de las órdenes religiosas, doctores de Alcalá, de Salamanca y de París: fundó universidades, colegios y academias: erigió cátedras de jurisprudencia, de medicina, de matemáticas, de teología, de retórica, de poesía y de lenguas; y ha fomentado activamente las letras y premiado á los sabios con generosidad." Fernández Guerra en su obra *Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* observa lo siguiente: "Nunca hubo como entonces, siglo XVI, en la Nueva España tan pasmosa multitud de varones doctísimos en cuantos ramos abarca el humano saber, nacidos allá ó vecindados, españoles ó procedentes de Alemania, Italia y Flandes que hacían de México la Atenas del Nuevo Mundo." El ingenio de los mexicanos ha sido y es á propósito para el ejercicio de las bellas letras, punto que trataremos más extensamente en el capítulo último de la presente obra. Por otra parte, la poca oportunidad de lucir en otro terreno los inclinaba al cultivo de las musas.

El entusiasmo de los neo-hispanos por la literatura, en el siglo XVI, se manifestaba con reuniones literarias que tenían lugar en los monas-

terios y colegios, así como por medio de certámenes poéticos y representaciones dramáticas que se verificaban con motivo de alguna solemnidad civil ó religiosa, de lo cual iremos hablando en algunos de los párrafos que siguen al tratar de los poetas que figuraron en México (época que nos ocupa) de quienes quedan noticias. Esos poetas son los siguientes:

* * *

CRISTÓBAL CABRERA.—En lo poco que nos queda de la poesía mexicana del siglo XVI, debemos considerar las composiciones poéticas dedicadas á los autores de libros, puestas al frente de sus obras: entre esas composiciones hay varias medianas y aun buenas. Sería, pues, interesante que alguna persona curiosa hiciera y publicara una colección de dichas poesías. Nosotros, como un ejemplo de ellas, vamos á copiar ahora una composición latina, y más adelante copiaremos una castellana. El autor de aquella es Cristóbal Cabrera, con la circunstancia de aparecer sus versos como los más antiguamente impresos en Nueva España: lo fueron al principio de la obra intitulada *Manual de Adultos*. (México, Juan Cromberger, 1540.) Nuestro escritor dió á sus versos el nombre de *Dicolon Icastichon*, palabras griegas que en sustancia significan "composición de veinte versos alternados," pues la de Cabrera consta de diez hexámetros y diez pentámetros en esa forma.

Si paucis prenosse cupis, venerande Sacerdos,
 Ut baptizari quilibet Indus habet;
 Quæque prius debent, ceu parva elementa doceri;
 Quicquid adultus iners scire tenetur item;
 Quæque sient prisceis patribus sancita per orbem,
 Ut foret ad ritum tinctus adultus aqua,
 Ut ne despiciat, fors, tam sublime Charisma
 Indulos ignavos, terque quaterque miser:
 Hunc manibus versa, tere, perlege, dilige librum.
 Nil minus obscurum, nil magis est nitidum,
 Simpliciter dorteque dedit modo Vaseus acutus
 Adde Quiroga meus præsul abunde pius.
 Singula perpendes, nil inde requirere possis.
 Si placet, omne legas ordine dispositum,
 Ne videare, cave, sacris ignavus abuti.
 Sis decet advigilans, mittito desidiam,
 Nempe bonum nihil unquam fecerit oscitabundus.

Difficile est pulchrum, dietitac Antiquitas.
Sed satis est: quid me remoraris pluribus? inquis.
Sit satis, et facias quod precor, atque vale.

Hemos copiado estos versos de la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI* por García Icazbalceta, quien da las siguientes noticias de Cabrera: "Cristóbal Cabrera, autor de los versos latinos, era natural de Burgos y vecino de Medina de Rioseco. Vino muy joven á México, y en 1535 figura ya como notario apostólico, certificando un testimonio de la erección de la Iglesia de México. Después de recibir aquí unos doce años, volvió á Europa, y hasta su muerte permaneció en Roma, donde dejó memoria suya con la fundación de un hospital para mujeres, en especial españolas peregrinas. D. Nicolás Antonio trae un largo catálogo de las obras manuscritas de Cabrera, que se conservaban en el Vaticano. Impresas hay, entre otras, las siguientes:

Meditatiuncula. Valladolid 1548, en 4°. Habla en ella de su residencia en México.

Flores de consolación, dirigidas á la muy ilustre y muy generosa Señora, la Señora Doña Juana de Zúñiga, Marquesa del Valle. Valladolid, 1550, en 8°. En la dedicatoria se ve que el libro, escrito en latín y sin nombre de autor, fué enviado por el obispo de México á la Señora Marquesa, segunda mujer de Hernán Cortés, y que ella le mandó traducir á un individuo residente en la Nueva España, quien fecho la dedicatoria en Cuernavaca á 25 de Mayo. Parece que este libro es traducción de las *Meditatiunculae*, con aumentos.

Beristain no hace mención de Cabrera. Es digno de leerse el artículo que le dedica D. Nicolás Antonio, *Bibl. Hisp. Nova*, tomo I, pág. 233. Véase además *Bibl. Amer. Vetust.*, Add., págs. 110, 129, 163, 171; Gallardo, *Ensayo de una Bibl. de libros raros*, tomo II, col. 164."

La mención aquí de Cabrera, nacido fuera de Nueva España, y la inserción de su poesía latina requiere algunas explicaciones.

Hemos considerado en esta obra á Cabrera y consideraremos á otros escritores nacidos fuera de México, porque nuestro objeto es tratar más bien de las ideas que de las personas: el desenvolvimiento y progreso de aquellas poco importa se haya practicado por un nacional, ó por un extranjero, con tal que sea en México, y por esto hemos llamado al presente libro "Historia Crítica de la literatura y de las ciencias en México." De la misma manera, pertenecen á la literatura latina algunos

escritores españoles, á la española varios portugueses, á la italiana algunos franceses, etc. Lo dicho se entiende de cualquier escritor que haya figurado entre nosotros sea cual fuere su origen; pero en lo particular respecto á los españoles debe tenerse presente, que durante tres siglos México y España formaron una sóla nación.

Relativamente á haber insertado una poesía en latín y no en castellano nos remitimos á lo explicado en el capítulo décimo; pero desde ahora observaremos que apenas se hizo la conquista fué muy usado en Nueva España el idioma latino, y se perpetuó ese uso durante toda la época del gobierno colonial. Véase también sobre el asunto la parte de nuestro libro relativa á los lingüistas.

P. LAS CASAS, quien no debe confundirse con su homónimo el célebre obispo de Chiapas. Nada se sabe respecto al P. Las Casas, objeto del presente artículo, y sólo le conocemos por el título de una obra, citada abreviadamente por los traductores de Ticknor (*Historia de la Literatura Española*), el cual título copió, por completo, García Icazbalceta, en su *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*: este Señor no vió el libro á que nos referimos; pero sí una copia fotolitoográfica de la portada. El mismo García Icazbalceta duda de la existencia de la obra, aunque sin negarla redondamente, y concluye con estas palabras: "Bien sé que en bibliografía lo inverosímil suele resultar cierto. Por lo mismo me limito á presentar la cuestión, para que la ilustre quien tenga mejores datos, ó el entendido lector la resuelva conforme á su criterio, pues yo no me atrevo á tanto."

El título de la obra que nos ocupa es el siguiente: "*Cancionero Espiritual*: en que se contienen obras muy provechosas y edificantes: en particular unas coplas muy devotas en loor de Nuestro Señor Jesucristo y de la Sacratísima Virgen María su madre: con una farsa intitulada: el Juicio Final: compuesto por el R. P. Las Casas indigno religioso de esta Nueva España: y dedicado al Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga primer obispo meritisimo Arzobispo de la gran ciudad de Tenoxtitlán, México de la Nueva España. Año de 1546." Al final dice así: "Fué impresa la presente obra por Juan Pablos Lombardo primer impresor en esta insigne y leal ciudad de México de la Nueva España á 20 días de Diciembre, año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, de 1546."

Desde luego percibirá el lector que el cancionero citado es del mayor interés para nuestra literatura, pues contiene la primer pieza dramáti-

ca y la primer colección de poesías líricas que merecieron en Nueva España el honor de la imprenta. Es de notar que las poesías líricas, y la dramática del P. Las Casas pertenecen al género religioso, el cual privó en México durante todo el tiempo de la dominación española. Es sabido que el carácter dominante de la literatura castellana fué la fé católica, como un reflejo de las creencias de la nación, de las cuales participaron sus colonias.

Relativamente á la introducción del Teatro en el mismo país véase el capítulo que sigue, y aquí sólo diremos que las representaciones dramáticas-religiosas se dieron en México apenas fué hecha la conquista, no faltando en Nueva España personas que escribieran obras apropiadas al carácter y á las costumbres del nuevo pueblo, probando esto la circunstancia de que ambos cabildos ofrecían premiar la mejor composición que se presentase. De la afición que había en México por las representaciones dramáticas desde el siglo XVI, da testimonio Balbuena cuando dice que se representaban allí comedias nuevas cada día. [*Grandeza Mexicana.*]

DR. D. BARTOLOMÉ MELGAREJO.—Natural de Toledo. Pasó á Nueva España á mediados del siglo XVI, y en 1553 fué nombrado primer catedrático de cánones en la Universidad de México. Tradujo al castellano, con notas, la Sátira de Persio, M. S. que menciona D. Nicolás Antonio. De Melgarejo habla Plaza en su *Crónica*. Beristain cita á nuestro traductor siguiendo á los dos escritores citados. La *Crónica* de la Universidad de México, por Cristóbal Plaza, aún existe manuscrita en la Biblioteca Nacional de la misma ciudad.

Siguiendo nosotros el ejemplo de Beristain, en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, hemos citado aquí á Melgarejo por haber residido en México, aunque no sabemos si fué precisamente en esta ciudad donde hizo la traducción de Persio, cosa nada estraña, atendiendo á ciertas consideraciones, las cuales prueban el gusto que había en Nueva España por los autores latinos, época que nos ocupa.

Los jesuitas de México, en el siglo XVI, introdujeron, en sus colegios, el estudio de los clásicos latinos, y aun hicieron reimprimir algunos, como varias poesías de Ovidio impresas por Antonio Ricardo (México 1577). Vicente Lanuchi, jesuita italiano, y el primero que enseñó las letras humanas en el Colegio Máximo de la compañía de Jesús de México, pretendió que no se leyesen á la juventud los autores gentiles; pero su pretensión fué desechada en dicha ciudad por el P. Provincial

Sánchez y en Roma por el P. Mercuriano, General de la Orden jesuítica, quien dijo, en carta, Abril 8 de 1577: "No conviene que se dejen de leer los libros profanos, siendo de buenos autores, como se leen en todas las otras partes de la compañía; y los inconvenientes que V. R. significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren." Más adelante, 1596, el sevillano Diego Megia, tradujo en Nueva España las *Heróidas de Ovidio*, según manifestaremos en uno de los siguientes artículos. El P. Llanos, como veremos en el capítulo IV, publicó, muy á principios del siglo XVII, una *Poética* fundada especialmente en poetas latinos.

P. JUAN DE GAONA.—El Sr. García Icazbalceta, en su *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, hablando de las obras del P. Gaona, dice: "Por último, hallamos mención de unas *Poesías* (en castellano?) en alabanza de la Purísima Concepción, impresas, según dice el P. Fr. Pedro de Alva en su *Militia Inmaculata Conceptionis Virginis Marie*, obra que no he visto, y hallo citada á este propósito en la *Biblioteca Franciscana* y en Beristain."

Como se vé, el Sr. García Icazbalceta duda si las poesías del P. Gaona están en castellano. Observaremos nosotros que Beristain así lo asegura, y que este bibliógrafo parece haber visto la *Militia* del P. Alva. He aquí lo que textualmente manifiesta Beristain, al enumerar las obras de Gaona: "Poesías castellanas en alabanza de la Concepción Inmaculada de la Virgen Maria. Las cita el P. Alva en su *Militia*."

Daremos noticias de Gaona al tratar de los prosistas.

DON FRANCISCO CERVANTES SALAZAR.—Habla de Cervantes Salazar al tratar de los historiadores, y aquí mencionaremos únicamente un opúsculo que publicó con el título de "Túmulo Imperial, á las exequias del investísimo César Carlos V. Hecho en la insigne y muy leal ciudad de México, por mandado del Illmo. Virrey de la Nueva España." (México, 1560). Es una descripción de las magníficas honras fúnebres que celebró México al emperador Carlos V, en la cual descripción se incluyen las inscripciones y poesías latinas y castellanas con que se adornó el túmulo levantado en honra del emperador difunto: en esas inscripciones y poesías hay mucho malo y aun pésimo; pero también algo regular. Pueden verse fácilmente en la reimpresión del opúsculo de Cervantes Salazar, hecha por García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*.

FR. ANDRÉS DE OLMOS.—Tradujo del latín, en verso castellano, la

obra intitulada de *Hæresibus*, por Alfonso de Castro. Según Mendieta, á quien debemos esta noticia, la traducción de Olmos estaba hecha, "con mucha curiosidad y artificio, erudición y doctrina." Torquemada, citado por Beristain, copió, en parte, la noticia de Mendieta. El mismo Beristain menciona un drama de Olmos que tenía por argumento el Juicio Final, sin decir en qué idioma se escribió; pero como lo fué en mexicano, según el referido Mendieta, hablaremos de esa pieza dramática al fin del presente capítulo, cuando tratemos de la poesía indio-hispana.

Del P. Olmos daremos noticias al hablar de los lingüistas.

PREBÍTERO JUAN PÉREZ RAMÍREZ.—Existe una pieza dramática suya manuscrita, en Madrid, la cual fué compuesta en 1574, con motivo de la consagración del Arzobispo Moya de Contreras. El título de la pieza es "*Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana.*" Pérez y Ramírez recibía cada año cincuenta pesos de minas por hacer las listas de las representaciones sagradas. Véase la obra intitulada *Cartas de Indias* pág. 660. (Madrid 1877.)

Ultimamente el Sr. García Icazbalceta ha recibido una copia de la pieza dramática de Pérez Ramírez, la cual hemos leído. Es un auto que no carece de mérito, pues aunque tiene algunos versos mal medidos y algunas locuciones prosaicas su alegoría es propia, los puntos teológicos pocos y sin obscuridad, el bobo ó gracioso tolerable. Véase nuestro juicio sobre los autos en el capítulo siguiente.

P. PEDRO MORALES.—He aquí las noticias que sobre este escritor y sus obras nos da Beristain, en su *Biblioteca*. "Natural de Valdepeñas en el arzobispado de Toledo, doctor en ambos derechos por la universidad de Salamanca, y célebre abogado en Madrid y Granada. Siendo de 33 años dejó el bullicio de los tribunales, y se alistó en la compañía de Jesús el año 1570. En el de 1576, fué destinado á México, donde enseñó la teología moral y el derecho canónico, y fué rector de varios colegios, especialmente del de el Espíritu Santo de la Puebla de los Angeles, que engrandeció sobremanera. Asistió como consultor canónista al célebre Concilio III mexicano; y lleno de méritos falleció en México á 6 de Septiembre de 1614. Escribió:

"Relación de las fiestas, que hizo México para recibir las Santas Reliquias, que envió de Roma el Papa Gregorio XIII, el año 1570." Impreso en México por Antonio Ricardo, 1579, 4. Estas reliquias las condujeron los padres jesuitas, y la mayor parte se conserva en la capilla

de San Pedro de la Iglesia metropolitana. "*Expositio in Cap. I. Evangelii S. Mathæi, ubi de Christo Domino, de Sanctissima Virgine Dei-para ac de vero ejus dulcissimo et virginale Sponso Josepho, Libri V.*" *Editi Lugduni apud Horatium Cordon*, 1614 fol. "Vida del Illmo. P. Dr. Pedro Sánchez, primer Prelado de los Jesuitas de México." M. S. La vió y leyó y hace mención de ella en su *Historia* el P. Florencia"

Vamos ahora nosotros á dar cuenta de la obra del P. Morales que corresponde al objeto del presente libro. Esa obra tiene el siguiente título: "Carta del P. Pedro Morales de la compañía de Jesús. Para el M. R. P. Everardo Mercuriano, General de la misma compañía, en que se da relación de la Festividad que en esta insigne ciudad de México se hizo este año de 78 en la colocación de las santas reliquias que nuestro muy Santo Padre Gregorio XIII les envió." (México 1579.)

Para tener idea de las festividades religioso-literarias de México, en el siglo XVI, vamos á copiar la descripción que hace el P. Morales del paseo con que se anunció la fiesta de que él trata: "Se hizo un solemne paseo de los estudiantes de nuestras escuelas y colegios, y luego se ofreció con mucho amor y liberalidad un padre de un colegial del colegio de San Pedro y San Pablo, á querer tomar este asunto y que su hijo fuese el príncipe y así lo sacó el día del paseo que fué á 2 de Octubre próximo pasado, vestido todo rigurosamente de seda y oro, en un muy hermoso caballo blanco costosisimamente enjaezado, acompañado de cuatro lacayos de librea y dos españoles reyes de armas que con dos cordones de seda le guiaban el caballo y de esta suerte, vino con mucho ocompañamiento y música, desde su casa, hasta el patio de nuestras escuelas, adonde se juntaron en breve más de doscientos estudiantes todos á caballo con muy ricas libreas de seda y oro en diferentes cuadrillas de españoles, ingleses y turcos. Desde allí salieron todos en ordenanza de dos en dos por las mismas calles que había de ser la procesión de las Santas Reliquias. En la delantera iba la librea de la ciudad de colorado con su música de atabales y trompetas: en seguimiento las dichas cuadrillas muy concertadas y detrás de ellas delante del príncipe, iba un rey de armas en un gracioso caballo, el cual armado muy ricamente de punta en blanco llevaba en una lanza dorada y banda de azul. El cartel y pístá literaria, en que se contenían siete certámenes sobre las Santas Reliquias. Tenía este cartel tres varas en alto y dos en ancho, en el cual iban las armas de la ciudad que son una planta de tuna campestre en medio de una laguna, y encima de ella una

águila con una culebra en el pico. Iba también el cartel puesto en el cuerpo del águila que ella misma lo abrazaba y sustentaba con las uñas. Por remate de todo iba el príncipe en la forma dicha acompañado de dos colegiales de cada colegio hombres graduados con sus becas y hábitos colegiales en sus mulas honestamente aderezadas que daban mucho ser y gravedad á todo lo que se hacía. Y con este concierto yendo á trechos algunos clérigos y gente principal ciudadana que los guiaban y acompañaban prosiguieron su paseo hasta haber pasado la placita que dicen del marqués y asomar á la plaza mayor adonde los salieron á recibir los alcaldes ordinarios y personas del regimiento que allí se hallaron y otros muchos caballeros, hasta llegar á las casas de Ayuntamiento en las cuales á una ventana estaba ya puesto un rico dosel donde se fijó el cartel con mucho ruido de atabales y trompetas y regocijo de todos, que con mucho contento llegaron luego á ver y leer los certámenes y premios que con liberal mano, como acostumbra, había dado el muy ilustre Ayuntamiento.”

EPI. Morales describe minuciosamente los relicarios donde iban las Santas Reliquias, y los arcos triunfales que se levantaron en la ciudad, “cosa, dice, el P., nunca vista en esta tierra.” También da cuenta de las danzas, diálogos y monólogos dramáticos, cantos y procesión con que se solemnizó la fiesta.

En la carta de que vamos hablando copia su autor las inscripciones en prosa y verso que se pusieron en los arcos triunfales, así como algunos ejemplos de las composiciones en latín y castellano que se presentaron para los certámenes literarios habidos, valiéndose el P. Morales de las siguientes palabras: “Las composiciones de latín y romance á todos los certámenes fueron muchas y muy buenas *por ser tales las habilidades de esta tierra*. Pero por evitar fastidio y proligidad no pondré más que una de las de verso latino en cada certamen. Y algunas más de romance porque será más universal entretenimiento.”

De las composiciones poéticas conservadas por el escritor de que se trata vamos á copiar como ejemplo una *Canción á las Santas Reliquias*, advirtiéndole que entre esas composiciones hay varias en italiano y una en azteca: la mayor parte de ellas son prosaicas y aun vulgares, siendo la Canción que copiamos de lo menos malo.

¡Qué amor! ¡qué providencia!
 ¡Y qué dulces entrañas
 La suma piedad de Dios nos muestra!

Pues nos da su clemencia
 Mercedes tan extrañas,
 Obra es de su ternura y de su diestra;
 Que ya la tierra nuestra
 En cielo se convierte
 Con tantos celestiales:
 Celébrase ¡oh mortales!
 Vuestra dichosa suerte,
 Y no en México solo;
 Mas resuene del uno al otro polo.
 Quien nos ha concedido
 Su protección y amparo
 El consuelo, la luz, la medicina,
 El don esclarecido
 Que le costó tan caro
 De su preciosa Cruz y Sacra Espina,
 Sin duda determina
 Que vaya en sumo aumento
 Esta tierra dichosa,
 Y no se niegue cosa
 Delante del divino acatamiento
 A quien pide favores
 Con tantos y con tales valedores.

Lo más notable que contiene la carta que nos ocupa, es una tragedia representada en México con motivo de la festividad de que tanto hemos hablado. Esa tragedia se intitula: “Triunfo de los Santos en que se representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el Imperio de los Constantinos.” Los personajes que figuran en la tragedia son los siguientes: Silvestre Papa, Magno Constantino, Diocleciano Emperador, Daciano Adelantado, Cromacio Presidente, San Pedro mártir, San Doroteo mártir, San Juan mártir, Albinio Caballero, Olimpio Caballero, San Gorgonio mártir, Nuncio Secretario, dos Alguaciles, Iglesia, Fe, Esperanza, Caridad, Gentilidad, Idolatría, Crueldad. La pieza consta de cinco actos. El juicio que acerca de ella nos hemos formado, vamos á manifestarle en pocas palabras.

La obra dramática relativa á Diocleciano y Constantino no es una tragedia porque carece de las circunstancias de tal, bastando observar que el desenlace es feliz, el triunfo de Constantino. Debe, pues, considerarse esa pieza literaria más bien como una especie de auto histórico, pues en ella hay personajes alegóricos y reales: adelante (cap. 2)

daremos nuestra opinión respecto á los autos, según hemos manifestado al hablar de Pedro Ramírez.

En tal concepto diremos que la supuesta tragedia no carece de valor artístico, pues si bien tiene defectos, se recomienda por buenas cualidades. El estilo es desigual, lo que hace creer que fué obra de varios autores; la versificación es frecuentemente mala; hay el anacronismo de dos alguaciles modernos, aunque es sabido que los anacronismos fueron defecto común entre los antiguos dramaturgos, aun de mayor importancia, como Calderón de la Barca y Shakespeare. Buen lenguaje generalmente, trozos de versificación armoniosa; pasajes de estilo convenientemente elevado; rasgos y situaciones dramáticas; la casi carencia de gracioso impertinente, que rara vez asoma. Pueden verse trozos escogidos de la pieza que nos ocupa y el argumento de ella, en la obra del Sr. García Icazbalceta *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*.

FERNANDO CÓRDOBA BOCANEGRA.—Nació en México, Junio de 1565. Por espíritu religioso renunció su pingüe mayorazgo y el título de marqués de Villamayor, en su menor hermano. Iba á recibir el subdiaconado cuando murió en Puebla, Diciembre de 1589, á consecuencia de la maceración y del ayuno. El cronista Fr. Alonso Ramos escribió su *Vida* y la publicó en Madrid, año de 1617, con varios opúsculos de nuestro D. Fernando, y son: "Canción al amor divino." "Canción al Santísimo nombre de Jesús." "Doctrina espiritual." "Varias cartas." Antes se había dado á luz un tratado suyo de mística. (Madrid, 1616.)

FR. JUAN ADRIANO.—Del cual dice Beristain lo siguiente: "Natural de la antigua España; del orden de San Agustín, de cuyo colegio de Alcalá pasó á esta América. Aprendió la lengua llamada tarasca en la provincia de Michoacán, de donde fué llamado á México para leer la cátedra de Sagrada Escritura en la Universidad, después de haber doctrinado á aquellos indios, y cogido abundantes frutos espirituales. Fué tres veces prior del convento de la Puebla, otras tantas del de México, y dos provincial: la primera en 1572 y la segunda en 1590. Obsequió en su convento de la capital, con fraternidad generosa, á los primeros jesuitas que vinieron á fundar. Instituyó un *certamen poético* en culto y elogio de Santa Cecilia, de quien era singularmente devoto, y de quien era voz común se le había aparecido en una enfermedad. Murió con sentimiento general por sus religiosas virtudes y por su doctrina y elocuencia, en 1593. El maestro Grijalva en su *Crónica*, y el Illmo. Eguiara en sus *borradores*, aseguran que dejó manuscritos "varios

opúsculos teológicos concionatorios y *poéticos*," cuyos títulos no expresan. Ni debe pasarse en silencio que el maestro Adriano fué fundador de los conventos de su orden de San Agustín en Jalisco, Tonalán, Ocotlán, Zacatecas, Oaxaca y Atlixco."

JUAN ARISTA.—Nació en la Nueva España y fué sacerdote de la Compañía de Jesús. Siendo ministro del colegio de San Ildefonso escribió, según Beristain, unas octavas reales en elogio de San Jacinto (impresas en México, 1597). El motivo de esas octavas fué la canonización del santo referido, la cual se celebró en la capital de Nueva España en 1594, por los dominicos y los jesuitas. Según dice el P. Alegre "hubo adornos en las calles con tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, emblemas, empresas, enigmas, epigramas, himnos y gran diversidad de ruedas, laberintos, acrósticos y otros géneros de versos exquisitos, los más en lengua latina, italiana y castellana, y algunos en griego y en hebreo. Sobre un majestuoso teatro erigido en la iglesia catedral representaron los colegiales del Seminario, en loor del nuevo santo, una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música."

García Icazbalceta [*Bibliografía Mexicana del siglo XVI*] cree que las octavas del P. Arista forman parte de un libro publicado por Fr. Antonio Hinojosa con el siguiente título: "Vida y milagros del glorioso San Jacinto, del orden de Predicadores, Bula de su canonización, y noticia de las fiestas con que se celebró ésta en México." (Imp. allí por P. Balli, 1597.)

Es digno de notar que también en España la canonización de los santos, así como otros acontecimientos religiosos ó civiles, se celebraban con justas literarias, según sucedió cuando la canonización de San Jacinto; entonces obtuvo premio en Madrid, por una poesía, el famoso D. Miguel de Cervantes.

FERNÁN GONZÁLEZ ESLAVA.—Véase el capítulo que sigue al presente.

DOÑA CATALINA DE ESLAVA.—Según ofrecimos en el artículo relativo á Cristóbal Cabrera, vamos á copiar ahora una composición poética en castellano, como muestra de las que se escribieron en el siglo XVI dedicadas á los autores de libros. Escogemos para ello un soneto de Doña Catalina de Eslava, dedicado á su tío Fernán González de Eslava, el cual soneto precede á los *Coloquios Espirituales* y *Sacramentales* de aquel poeta. Nos hemos fijado en Doña Catalina, para hacer notar que desde el siglo XVI el bello sexo cultivaba las Musas en México.

El sagrado laurel ciña tu frente,
 La yedra, el arrabian, trébol y oliva,
 Porque (aunque muerto estás) tu fama viva
 Y se pueda extender de gente en gente.
 El tiempo la conserve, pues consiente
 Que el levantado verso suba arriba,
 Y en láminas de oro el nombre escriba.
 Del que no tiene igual de Ocaso á Oriente.
 En el carro de Apolo te den gloria,
 Digo de aquel Apolo soberano
 A quien con tanto amor tan bien serviste:
 Y pues él hace eterna la memoria,
 Con que muevas mi pluma con tu mano
 La gloria alcanzarás que acá nos diste.

D. ANTONIO DE SAAVEDRA GUZMÁN.—Véase el capítulo III de la presente obra. Hemos destinado capítulo especial á González Eslava y á Saavedra Guzmán porque aquel es nuestro mejor escritor de piezas sagradas, y éste fué el primero que escribió en Nueva España una historia completa rimada sobre el interesantísimo asunto de la conquista de México por los españoles.

FRANCISCO TERRAZAS.—Lo único que sobre este poeta manifiesta el bibliógrafo Beristain, es que fué natural de Nueva España, y en seguida copia lo que respecto á él dijo Cervantes en su Galatea.

De la región antártica podría
 Eternizar ingenios soberanos,
 Que si riqueza, hoy sustenta y cría
 También entendimientos sobrehumanos:
 Mostrarlo puedo en muchos este día,
 Y en dos os quiero dar llenas las manos,
 Uno de Nueva España, y nuevo Apolo,
 Del Perú el otro, un sol único y solo.

Francisco el uno de Terrazas tiene
 El nombre acá y allá tan conocido,
 Cuya vena caudal nueva Hipocrene
 Ha dado al patrio venturoso nido:
 La misma gloria igual al otro viene
 Pues su divino ingenio ha producido
 En Arequipa eterna primavera,
 Y éste es Diego Martínez de Ribera.

En el "Apéndice á la Biblioteca de Beristain," manuscrito perteneciente al Sr. García Icazbalceta, se encuentran las siguientes noticias sobre Terrazas, escritas por D. José Fernando Ramírez, que copiamos literalmente.

"Fué Francisco de Terrazas hijo primogénito del conquistador del mismo nombre, del cual dice Bernal Diaz haber sido mayordomo de Cortés y persona preeminente. Mayor es el elogio que Baltasar Dorantes hace de su descendiente con estas palabras: "El hijo mayor del conquistador fué un excelentísimo poeta toscano, latino y castellano, aunque desdichado, pues no acabó su *Nuevo Mundo y Conquista*, y así dijo de él en su túmulo Alonso Pérez.

Cortés con sus maravillas,
 Con su valor sin segundo,
 Terrazas en escribillas
 Y en propio lugar subillas
 Son dos extremos del mundo.
 Tan extremados los dos,
 En su suerte y su prudencia,
 Que se queda la sentencia
 Reservada para Dios
 Que sabe la diferencia.

Arrázola dijo de nuestro Terrazas, lo siguiente:

Los vivos rasgos, los matices finos
 La brava hazaña al vivo retratada
 Con visos más que Apolo cristalinos
 Como del mismo Apeles dibujada.
 Ya con misterios la dejó divinos
 En el octavo cielo colocada
 Francisco de Terrazas, fénix solo,
 Único desde el uno al otro polo.

Terrazas fué probablemente mexicano, pues su padre se quedó establecido en México, donde tuvo varios descendientes legítimos é ilegítimos. Dorantes menciona algunos; y expresando que escribió en 1604 la obra en que habla de Terrazas, se viene en conocimiento de que éste había muerto ya en esa fecha. En la foja 491 repite que el poema intitulado *Nuevo Mundo*, "era obra no sacada en molde, ni aun á los ojos de nadie," presintiendo que el manuscrito correría la suerte de perderse como tantos otros."

Hasta aquí el Sr. Ramírez. Por nuestra parte agregaremos que conocemos tres sonetos de Terrazas y algunos fragmentos de su poema *El Nuevo Mundo*. Los sonetos se hallan en la obra intitulada: "Ensayo de una Biblioteca Española de Libros Raros y Curiosos" (Madrid, 1863. Tom. 2): esos sonetos pertenecen á una compilación de *Flores de varias poesías*, hecha en México, 1577. Los fragmentos del poema han sido publicados por el Sr. García Icazbalceta en las "Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española" (Tom. 2)

De los tres sonetos omitimos uno por ser de argumento impúdico, y en seguida copiamos los otros dos.

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.
Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habeis robado.
La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro
Volvédselo á la angélica natura;
Y todo aquesto así restituido,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

Á UNA DAMA QUE DESPABILÓ UNA VELA CON LOS DEDOS.

El que es de algún peligro escarmentado
Suele temelle más que quien lo ignora;
Por eso temí el fuego en vos, señora,
Cuando de vuestros dedos fué tocado.
Mas ¿visteis qué temor tan excusado
Del daño que os hará la vela agora?
Sino os ofende el vivo que en mí mora,
¿Cómo os podrá ofender fuego pintado?
Prodigio es de mi daño, Dios me guarde,
Ver el pábilo en fuego consumido,
Y acudirle al remedio vos tan tarde:
Señal de no esperar ser socorrido
El mísero que en fuego por vos arde,
Hasta que esté en ceniza convertido.

El estilo algo afectado de los sonetos anteriores descubre el gusto de la escuela oriental, sevillana ó de Herrera; pero muy especialmente el primer soneto, donde hay algunos rasgos tomados de las elegías del poeta español, como cuando dice: "Quedé sujeto y sin sentido. . . . en las trenzas de oro ensortijado." En otro pasaje compara el color de su querida, con "la nieve no tocada," que convirtió Terrazas en "nieve no pisada." El escritor mexicano pudo conocer bien las poesías de Herrera, pues en 1582 se había publicado en Sevilla un tomo de ellas, y desde 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Relativamente al juicio que hacemos del estilo de Herrera, no creemos necesario presentar pruebas, por ser punto generalmente reconocido, y sin embargo vamos á transcribir lo que dice sobre el particular uno de los mejores historiadores de la literatura española, Ticknor: "Herrera dió á sus versos una entonación tan grave y estirada, que á veces pasan de ser imitaciones del latín é italiano, y anuncian ya, aunque obscura y confusamente, el gongorismo que despues se hizo tan de moda."

Entre los fragmentos del poema de Terrazas se encuentran algunos de estilo sencillo, y otros en que se descubre, como en los sonetos, el gusto de Herrera.

Por lo demás, hé aquí sumariamente los defectos y las buenas cualidades que encontramos en esos fragmentos. Episodios sin enlace con la acción principal, versos mal medidos, consonantes triviales, caídas prosaicas; por otra parte, lenguaje castizo, tono poético, trozos agradables y aun interesantes, y, en el conjunto, un término medio conveniente entre el prosaismo y el gongorismo: en el primer defecto incurrió Saavedra Guzmán al escribir el *Peregrino Indiano*, y en el segundo, Ruiz de León, autor de la *Hernandia*, poemas de autores mexicanos con el mismo argumento que el *Nuevo Mundo*, preferible éste, por lo tanto, á los otros dos. Es, pues, muy de sentirse, que Terrazas no hubiera concluído su obra y que ni siquiera lo que escribió tengamos completo.

De los fragmentos publicados, el que nos parece de más mérito literario es un tierno é ingenuo episodio referente al saqueo del pueblo de Naucol, donde residían tranquilamente dos jóvenes amantes, Huitzel, hijo del rey de Campeche, y Quetzal, hija del rey de Tabasco.

No debemos concluir lo relativo á Francisco de Terrazas sin agregar una noticia tomada del Sr. García Icazbalceta, lugar mencionado.

"Diego Muñoz Camargo en su *Historia de Tlaxcala*, cita un *Tratado*

del Aire y Tierra escrito por Francisco de Terrazas, en que se contaban los inauditos trabajos que Cortés y sus compañeros pasaron en la expedición de las Hibueras. No sé si se refiere al padre ó al hijo: la presunción está en favor del segundo, por cuanto sabemos que era hombre de pluma, lo cual no nos consta del padre, pues no tiene fundamento la opinión de los que le atribuyen la célebre relación conocida con el nombre de *El Conquistador Anónimo*."

ARRÁZOLA.—Hemos copiado anteriormente unos versos de este poeta, dedicados á Francisco Terrazas. Entre los fragmentos del *Nuevo Mundo*, publicados por el Sr. García Icazbalceta, de que hemos hablado, hay algunas octavas de Arrázola. Del mismo poeta es el siguiente soneto, inédito, que nos ha facilitado el referido Sr. García Icazbalceta.

SONETO

Hecho al M. R. P. Maestro Fr. Andrés de Ubilla, que á la sazón era confesor del Virrey D. Luis de Velasco, que fué por cuya mano se mandó hacer esta Memoria, author Joseph de Arrázola.

Con cinco panes Dios la muchedumbre
Hartó en el monte suficientemente,
Y el Santo Apóstol que tendió la gente
Desde los llanos hasta la alta cumbre.
Sacro Maestro, vos que sois la lumbré
Que alumbra el paso al Príncipe excelente,
Felipe sois, mediando sabiamente
Y antorcha ha de ser que nos alumbre.
Si el pan es poco, el dulce padre caro
De mi dichosa patria condolido,
Ponga el intento en Dios por imitalle.
Y siendo el celo tal cual vemos claro,
E! Pan por su largueza repartido
Harto el hambriento, pan ha de sobralle.

Sacado de un "Memorial de Hijos de Conquistadores de Nueva España que vivían el año de 1590, en el primer gobierno de D. Luis de Velasco, hecho por Luis de Tovar Godínez, secretario de la gobernación de este reino. Año de 1622."

SALVADOR CUENCA.—Poeta del siglo XVI, mexicano ó residente en México. Entre los fragmentos del *Nuevo Mundo*, poema de que ya tenemos conocimiento, se encuentra la siguiente octava de Cuenca.

Altísimo saber, sumo, sagrado,
Cuán grandes son tus trazas y rodeos,
Que llevas al seguro apostolado
De aquel incierto cambio á San Mateo,
Y al tartamudo sacas del ganado
Para lengua y caudillo al pueblo hebreo,
Y de Cuba, isleta pobre y chica,
Quien tu supremo reino multiplica.

POETAS SATÍRICOS DEL SIGLO XVI.—Lo que el Sr. García Icazbalceta ha publicado de Terrazas, Arrázola y Cuenca está tomado de una *Relación* manuscrita que posee, escrita por Baltasar Dorantes. Aquel señor ha publicado también, sacados de la misma *Relación*, tres sonetos de poetas desconocidos, los cuales sonetos creemos conveniente reproducir aquí porque son de autores mexicanos ó residentes en México; porque pertenecen á un mismo género de poesía, el satírico; y porque se refieren á vicios locales, propios de la Nueva España.

Minas sin plata, sin verdad mineros,
Mercaderes por ella cudiciosos,
Caballeros de serlo deseosos,
Con mucha presunción bodegoneros:
Mujeres que se venden por dineros
Dejando á los mejores más quejosos;
Calles, casas, caballos muy hermosos,
Muchos amigos, pocos verdaderos:
Negros que no obedecen sus señores,
Señores que no mandan en su casa,
Jugando sus mujeres noche y día:
Colgados del virey mil pretensores,
Tianguetz, almoneda, behetría,
Aquesto, en suma en esta ciudad pasa.

Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosas de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes:
Alfereces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra,
Hablar extraño, parecer que atierra
Turcos rapados, crespos alemanes.

El favor manda y el privado crece,
Muere el soldado desangrado en Flandes
Y el pobre humilde en confusión se halla.
Seco el hidalgo el labrador florece,
Y en este tiempo de trabajos grandes
Se oye, mira, se contempla y calla.

Viene de España por el mar salobre
A nuestro mexicano domicilio
Un hombre toseo sin algún auxilio,
De salud falto y de dinero pobre.
Y luego que caudal y ánimo cobre,
Le aplican en su bárbaro conculio,
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y robre.
Y el otro que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar:
Y abomina después el lugar donde
Adquirió estimación, gusto y haberes,
Y tiraba la jábega en Sanlúcar.

La palabra *Tianguez* que se encuentra en el primer soneto, está tomada del idioma mexicano ó azteca, y significa *mercado, plaza*. La Academia Española, en la última edición de su *Diccionario* (1884), admite la voz *Tiangue* como provincial de Filipinas, en el sentido de "Mercado público y periódico." Efectivamente, se entiende por *Tianguez* el mercado que tiene lugar periódicamente; pero hubiera conve-nido advertir el idioma de donde la palabra se deriva.

Asimismo debemos observar, respecto a los sonetos copiados, que también Góngora y otros poetas españoles escribieron sonetos burlescos.

DR. EUGENIO SALAZAR.—Nació en Madrid, año 1530, siendo sus padres el capitán D. Pedro Salazar y D.^a María de Alarcón. Siguió la carrera de los estudios en Alcalá y Salamanca, graduándose de Lic. en Sigüenza. Hacia 1557 casó con D.^a Catalina Carrillo, dama de mucho mérito, á quien cantó en sus poesías. Desempeñó en España algunas comisiones, entre ellas la de fiscal de la Audiencia de Galicia. Obtuvo el gobierno de Canarias en 1567, de donde pasó con el cargo de oidor á la isla de Santo Domingo, 1573, y de allí como fiscal á la Audiencia

de Guatemala, empleo que desempeñaba por 1580. Se trasladó á México, 1581, y en su Universidad se graduó de Doctor, Agosto de 1591. En 98, á la muerte de Felipe II, era oidor de la misma ciudad, donde permaneció hasta que Felipe III le llevó á su corte en clase de Consejero de Indias, plaza que ocupaba en 1601.

Salazar escribió lo siguiente: Jeroglíficos y letras con que se adornó en Guatemala (1580) el túmulo de Doña Ana de Austria. Emblemas y poesías para las honras de Felipe II, en México. Octavas reales recomendando la obra *Diálogos Militares* por García del Palacio (México, 1583) al frente de la misma obra. Un gran volumen en verso y prosa con el título de *Silva de Poesía*. Un poema intitulado *Navegación del alma por el discurso de las edades del hombre*. Tratado de los negocios incidentes en las Audiencias de Indias.

La última obra ha sido mencionada por Leon Pinelo. Salazar la llama en otro de sus escritos *Puntos de Derecho*: es un manuscrito en folio, latín y castellano.

El poema *Navegación del Alma* existe inédito en la Biblioteca Nacional de Madrid, según Fernández Duro, en su obra *La Mar descrita por los mareados*, Tom. 2, pág. 260. Salazar explica que el *navegante* es el alma; *navío* el cuerpo del hombre; *piloto*, la mente ó entendimiento; *timón*, la prudencia; *calafate*, la prevención; *maestre*, el libre albedrío; *condestable*, el aborrecimiento del pecado, y así va comparando y explicando todas las partes del navío. Lope de Vega escribió una comedia sagrada con el título de *Viaje del Alma*, la cual no tiene analogía con el poema *Navegación del Alma* de nuestro Salazar.

El volumen *Silva de Poesía* se encuentra manuscrito en la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, y de él hallamos la siguiente descripción en la obra intitulada *Hijos de Madrid*, por Alvarez Baena: "Está dividida en cuatro partes: La primera se subdivide en dos: La primera de éstas, son obras bucólicas, compuesta de Sonetos, Eglogas, Canciones y Mandriales ó Madrigales; y la segunda de Canciones, Epístolas en tercetos, y Coplas, Sestinas y Sonetos. La segunda parte de toda la obra contiene, á diferentes asuntos y personas, Eglogas, Cantos, Canciones, Epístolas, Sonetos, una Elegía, una Sátira, Jeroglíficos y Canciones en metro castellano é italiano, entre las cuales poesías se comprende un Canto que hizo en loor de la traducción de los libros de *Re militari*, del Secretario Diego Gracián, que se imprimió con ella en Barcelona año de 1567, y otro en alabanza de los *Diálogos militares*,

del Lic. Diego García de Palacios, oidor de Guatemala y México, dado á luz con esta obra en México, año de 1583, en 4º, que le sirve de argumento. La tercera parte se subdivide en otras tres. En la primera se observan varios metros bucólicos al Nacimiento y Encarnación del Hijo de Dios. En la segunda, diferentes asuntos de devoción y penitencia, con las tres lecciones del Oficio de Difuntos que canta la Iglesia. En la tercera, obras líricas á varios santos, en Sonetos, Canciones, Estancias, Cantos, Salmos de loores, y una versión del primer treno del Profeta Jeremías. La cuarta parte de la obra contiene cinco Cartas en prosa." A lo dicho conviene agregar que la *Silva de Poesía* fué puesta en limpio y arreglada para la prensa en México.

Las cartas en prosa á que se refiere la obra descrita, son de mérito literario generalmente reconocido, y se han publicado en Madrid, 1866, por la Sociedad de bibliófilos españoles, con una biografía de Salazar por D. Pascual Gayangos. De esas cartas, una relativa á los Catariberas ó pretendientes de empleos, se había impreso en el *Semanario erudito*, y más adelante lo fué en *El Crítico*; pero en el *Semanario* trunca, reformada y atribuida erróneamente á D. Diego de Mendoza, punto que puso en claro Alvarez Baena en la obra citada *Hijos de Madrid*, así como después D. Bartolomé José Gallardo en el referido periódico *El Crítico*. En *La mar descrita por los mareados*, de Fernández Duro, se ha reimpresso la Carta de Salazar que lleva el siguiente título: "Carta escrita al Lic. Miranda de Ron, particular amigo del autor, en que se pinta un navío, y la vida y ejercicios de los oficiales y marineros de él, y cómo lo pasan los que hacen viajes por la mar." Respecto á las otras tres obras de Salazar, que hemos mencionado, únicamente observaremos que sólo la primera se escribió fuera de México.

Considerando á nuestro D. Eugenio como escritor en verso comenzaremos por decir que Alvarez Baena le califica de excelente poeta, y Gallardo como autor de *poesías cultísimas*. Por nuestra parte, no podemos juzgar, en su conjunto, las composiciones poéticas del escritor que nos ocupa, porque sólo conocemos algunas publicadas por Baena y tres por Gallardo, en las obras citadas anteriormente. Tenemos, pues, que reducirnos á dar nuestra opinión sobre esas poesías.

Las composiciones poéticas de Salazar, publicadas por Baena, son tres trozos de églogas y dos sonetos, uno del género bucólico y otro en estilo cortesano, y las que dió á luz Gallardo son: "Epístola al insigne Hernando de Herrera, en que se refiere el estado de la ilustre ciudad

de México, cabeza de la Nueva España, y se apunta el fin de cada una de las artes liberales y ciencias, y la propiedad de todas las especies de poesía." "Canto del cisne en una despedida de su *Catalina* para una ausencia ultramar, antes que se desposase con ella." La tercera poesía se intitula simplemente *Canción*, y se refiere también á Doña Catalina.

En esas poesías hay generalmente lenguaje castizo, estilo conveniente, buena versificación y figuras poéticas bien acomodadas, aunque suelen encontrarse á veces locuciones prosaicas, versos cacofónicos, el abuso de aspirar la *h*, tal cual retruécano, alguna trasposición forzada y otros defectos por el estilo."

Para que el lector forme idea de las poesías de Salazar copiaremos la introducción de la *Epístola á Hernando de Herrera*, que es la composición más importante de las mencionadas.

Aquí, insigne Herrera, donde el cielo
El círculo llevando su grandeza,
Pasa sobre Occidente en presto vuelo:
Aquí, do el sol alumbra la belleza
De los valles y montes encumbrados
Que á á nuestra España dan tanta riqueza:
De donde los metales afinados
A los extraños reinos enriquecen,
Por las saladas ondas navegados:
Aquí, do con los tiempos ya fenecen
Del grande Moctezuma las memorias,
Que con otras más claras se oscurecen:
Aquí do trasladaron sus victorias
Los claros españoles en jornada
Que han subido de punto las historias:
Aquí, do la alta gloriosa espada
Del ínclito Cortés (que justamente,
Fué á los nueve famosos igualada)
Venció la multitud de indiana gente,
Mandada por su brazo valeroso,
Regida por su seso y sér prudente:
Aquí, do con ánimo piadoso
Puso en huida al extremado Hernando
La adoración del ídolo engañoso;
Injustos sacrificios extirpando,
Los justos con gran zelo introduciendo,

Y en el divino altar los presentando:
 Aquí, do la lealtad y la excelencia
 El gran Cortés mostró de su persona,
 Su fe supliendo de su Rey la ausencia;
 Juntando un orbe nuevo á la corona
 Real de España, de caudal inmenso;
 Hecho que mar y tierra le pregona:
 Aquí, que como en la gentil floresta
 La linda primavera da mil flores,
 De beldad llenas, con su mano presta;
 Van descubriéndose otras muy mejores,
 De artes y de ciencias levantadas,
 Que ilustren estos nuevos moradores.....

Las poesías de Eugenio Salazar dan lugar á las siguientes observaciones.

Nuestro poeta imitó á otros, especialmente españoles é italianos. Hé aquí un ejemplo. Garcilaso dice:

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
 Por tí la esquividad y apartamiento
 Del solitario monte me agradaba:
 Por tí la verde yerba, el fresco viento,
 El blanco lirio y colorada rosa:
 Y dulce primavera deseaba:
 ¡Ay cuánto me engañaba!

Salazar dice:

Por tí me desagrada la ribera,
 El más florido valle, y verde llano,
 El abrigado monte, y la frescura
 De la alta sierra, y el suave viento.
 Por tí no me da gusto de las flores
 El vario olor en fresca primavera;
 Ni aplice á mis oídos el ruido
 De la alta haya, ni del verde fresno
 Del Euro mansamente sacudido;
 Ni de las aguas claras el murmullo.
 Por tí sabor no hallo en la cuajada,
 Ni en fresca leche, ni sabrosa nata;
 La dulce miel como la hiel me amarga.

La tendencia á la imitación se nota en los poetas mexicanos, ó residentes en México, desde que se hizo la conquista hasta nuestros días, según veremos en el curso de esta obra.

A Salazar, lo mismo que á Terrazas y á otros poetas de la Nueva España, durante toda la época del gobierno español, les fué muy familiar el uso del italiano, y no sólo como traductores, sino como escritores originales en ese idioma.

En las poesías de Salazar se encuentran rasgos descriptivos agradables, y versos eróticos que no carecen de sentimiento. Uno y otro género fueron poco cultivados en la Nueva España, donde los asuntos que dominaron fueron el religioso y los que pueden llamarse de *circunstancias*, como cuando nacía un príncipe ó moría un rey, cuando se canonizaba un santo, se estrenaba una iglesia, etc. Ya hemos indicado algo de esto, y lo veremos confirmado más adelante.

Lo que el escritor que nos ocupa dice respecto á nuestro país en su *Epístola á Herrera*, es un nuevo testimonio del adelantamiento que en el siglo XVI alcanzó México en ciencias y letras. (Véase nota 1.^a al fin del capítulo).

DR. DIONISIO DE RIBERA FLOREZ, del cual dice Beristain lo siguiente: "Natural de la antigua España, alumno de la Universidad de Salamanca, presbítero, doctor en cánones. Pasó á México el año 1560, y por espacio de 45 mereció mucho aplauso en el ejercicio del púlpito. Era cura de la catedral de México cuando el Sr. Arzobispo Moya le nombró promotor fiscal del Concilio tercero Mexicano, cuyo oficio desempeñó con acierto y alabanza. Fué consultor de la Inquisición, y murió canónigo de la metropolitana. Escribió: "Aparato con que el tribunal de la Inquisición de México celebró las exequias del Rey D. Felipe II. Imp. en México, 1600."

D. Jerónimo Herrera, en el prólogo que puso á este libro insinúa otros *Opúsculos* de nuestro D. Dionisio.

El verdadero título del libro de Ribera, citado por Beristain, es el siguiente: "Relación historiada de las exequias funerales de la Majestad del Rey D. Felipe II Nuestro Señor, hechas por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de esta Nueva España y sus provincias, y estas Filipinas: asistiendo sólo el licenciado D. Alonso de Peralta, Inquisidor Apostólico, y dirigida á su persona por el Dr. Dionisio de Ribera Florez, Canónigo de la Metropolitana de esta ciudad, y consultor del Santo Oficio de Inquisición de México, donde trata de las virtudes es-

clarecidas de su Majestad (sic) y tránsito felicísimo: declarando las figuras, letras, jeroglíficos, empresas y divisas, que en el túmulo se pusieron, como persona que lo adornó y compuso, con la invención y traza del aparato suntuoso con que se vistió desde su planta hasta su fenecimiento. (En México, en casa de Pedro Balli. Año de 1600.)”

Las exequias de Felipe II, á que se refiere la relación de Ribera, se verificaron en la Iglesia de Santo Domingo de México el 1° de Abril año 1599. En esa relación se encuentran varias poesías latinas y castellanas, algunas de Ribera, y otras de diversas personas residentes en la capital de Nueva España: todas esas composiciones carecen de mérito literario y, por lo tanto, no nos detenemos en examinarlas.

DIEGO MEGÍA.—Natural de Sevilla y estudiante de su Universidad. De Sevilla pasó al Perú y de aquí á Nueva España en 1596. Caminando por tierra de Sonsonate á México, y con el objeto de divertir los ocios del camino, tradujo en verso castellano algunas Heroidas de Ovidio, las cuales acabó de traducir en México, así como la invectiva *In Ibin* que, con otras poesías y el siguiente título, publicó en Sevilla (1608): “Primera parte del Parnaso Antártico de Obras amatorias, y las 21 Epístolas de Ovidio y el *In Ibin* en tercetos.” En la edición de Sevilla se incluyó una carta poética escrita por una señora á Megía, la cual contiene noticias de varios poetas de la América del Sur. Esta carta se suprimió en la edición de Fernández. (Colección Tom. 19). Sólo la traducción de las Heroidas se ha incluido últimamente en la obra intitulada *Biblioteca Clásica*, Tom. 76. (Madrid, 1884.)

Megía, en la introducción de su obra, explica el plan de ella, manifestando en sustancia lo siguiente: Que hizo la traducción en tercetos por parecerle que esas rimas correspondían con el verso elegíaco latino; que limó su traducción lo mejor que pudo, adornándola con argumentos en prosa y algunas moralidades; que siguió en la interpretación de los conceptos más difíciles á diversos comentadores, como Hubertino, Ascensio, etc.; que en algunas cosas imitó á Remigio Florentino, traductor de Ovidio al italiano; que añadió algunos conceptos y sentencias suyas para aclarar más las del poeta latino y rematar con dulzura algunos tercetos; que aunque se tomó algunas licencias, de suerte que puede ser mejor llamado imitador que traductor, siempre procuró conformarse al texto latino; que quitó todo lo que en algún modo podía ofender los oídos castos, dejando de traducir algunos versos poco honestos.

Por otra parte, Megía se disculpa de lo imperfecto de su traducción, en virtud de haberla hecho para entretenimiento de tiempo y recreación de espíritu y no con presunción de ingenio, así como porque era hombre dedicado á asuntos pecuniarios, ocupado en ganar la vida, tratando con negociantes y no con hombres de letras.

Si bien Megía creyó que los tercetos eran lo más á propósito para traducir el verso elegíaco latino, Villegas fué de opinión contraria cuando pensó en traducir á Dante. De todas maneras, la traducción del poeta que nos ocupa nos parece digna de elogio por su lenguaje correcto y estilo elegante, aunque contiene versos poco fluidos y aun ásperos.

Al hablar de Ochoa, veremos que este poeta mexicano tradujo también las Heroidas de Ovidio: en nuestro concepto, la traducción de Ochoa es superior á la de Megía. Véase el cap. XI de la presente obra.

ILLMO. DR. BERNARDO DE BALBUENA.—Es tanto lo que se ha escrito acerca de este poeta y de sus obras, que nada nuevo podemos decir nosotros, y, por lo tanto, nos reduciremos á manifestar las razones por que le mencionamos en el presente capítulo.

Balbuena nació en Valdepeñas de España, 1568, y murió en Puerto Rico, 1627. Empero, Balbuena pasó á México desde su más tierna infancia, allí hizo sus estudios literarios, se graduó de bachiller en teología, obtuvo premio en algunos certámenes poéticos, y escribió sus conocidas obras en verso, no sólo la intitulada *Grandeza Mexicana*, sino también *El Siglo de Oro* y *El Bernardo*, según explica Beristain en su *Biblioteca*. Creemos conducente al objeto de nuestra obra, copiar las siguientes palabras de aquel bibliógrafo, cuando trata de *El Bernardo*: “Y el autor del *Semanario Patriótico*, después de una moderada crítica de este poema dice: “De cualquier modo, y á pesar de sus defectos, esta obra es la mejor de cuantas tenemos de su clase en castellano: digna de los curiosos de nuestras cosas, y necesaria á cuantos se dedican á cultivar la lengua y la poesía españolas.” Lo que yo no he podido entender muy bien es que dicho periodista diga “que la parte más sobresaliente del Bernardo es la del lenguaje, versificación y estilo en que no consiente comparación con ninguno de los otros poemas castellanos:” y que después añada, “que tiene muchos modos de decir triviales y bajos, que desdícen del tono elegante, que corresponde á la poesía.” Y lo más gracioso es que atribuye este defecto á que “Balbuena escribió en México, donde serían (dice) cultas y elegantes las frases que no se hubieran sufrido en Madrid.” Pues y la parte más sobresa-

liente de este poema, el lenguaje en que no consiente comparación con otro alguno ¿dónde lo aprendió Balbuena? ¿en México ó en Madrid? "Y lo rico y abundante en las descripciones, lo patético y tierno en los afectos: lo fiero y fogoso en los combates: lo inagotable en símiles y alusiones? aquella espontánea facilidad y soltura con que camina, sin que la lengua ni el metro, ni la rima le pongan embarazo," ¿lo bebió Balbuena en el río Manzanares ó en la laguna de Tenochtílán? ¿Por qué pues se nombra á México únicamente cuando se trata de los defectos del *Bernardo*: y no se hace mención de esta ciudad, cuando se describen los primores del poema? En México; sí: en México aprendió Balbuena la poesía, y en México escribió su *Bernardo*: en México, donde si se usan frases bajas es en los barrios, como en Avapiés y el Barquillo; no empero en las aulas de la Universidad, en las academias ni en los colegios donde aprendió las bellas letras, ni entre los literatos como el autor del *Semanario Patriótico*, de los cuales hay en México un número copiosísimo, como en toda la América española, donde acaso se conserva el idioma castellano del siglo XVI con más pureza que en algunas provincias de la Península; y de donde salieron, entre otros muchos sujetos dignos de ocupar el puesto de *secretario de la academia de la lengua Española y de ganar el premio de elocuencia castellana*; y por último donde el gran Balbuena aprendió á decir:

«A llegar con mi pluma á donde quiero
Fuera Homero el segundo, yo el primero.»

BERNARDO lib. 3.

La composición de Balbuena más interesante para nosotros es la *Grandeza Mexicana* porque además de haberse escrito en nuestro país é impreso aquí por primera vez, su argumento es nacional, la descripción de la capital de Nueva España. En la *Grandeza Mexicana* incluyó su autor varios escritos en prosa, uno de ellos intitulado "Compendio apologético de la Poesía." Balbuena resume el argumento de la obra principal en la siguiente octava:

«De la famosa México el asiento,
Origen y grandeza de edificios;
Caballos, calles, trato, cumplimiento
Letras, virtudes, variedad de oficios.
Regalos, ocasiones de contento:

Primavera inmortal y sus indicios:
Gobierno ilustre, religión y estado:
Todo en este discurso está cifrado.»

En lo que Balbuena refiere respecto á México nos parece interesante copiar aquí lo relativo á ciencias y literatura.

Si quiere recreación, si gusto tierno
De entendimiento, ciencia y letras graves,
Trato divino, dón del cielo eterno;
Si en espíritu heroico á las suaves
Musas se aplica y con estilo agudo
De sus tesoros les ganzúa las llaves;
Si desea vivir y no ser mudo,
Tratar con sabios, que es tratar con gentes,
Fuera del campo torpe y pueblo rudo;
Aquí hallará más hombres eminentes
En toda ciencia y todas facultades
Que arenas lleva el Ganje en sus corrientes;
Monstruos en perfección de habilidades
Y en las letras humanas y divinas
Eternos rastreadores de verdades.
Préciense las escuelas Salmantinas,
Las de Alcalá, Lobaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De más borlas, que bien será posible,
Mas no en letras mejores ni tan buenas;
Que cuanto llega á ser inteligible,
Cuanto en un entendimiento humano encierra,
Y con su luz se puede hacer visible,
Los gallardos ingenios desta tierra,
Lo alcanzan, sutilizan y perciben
En dulce paz; ó en amigable guerra.....
.....
Fiesta y comedias nuevas cada día,
De varios entremeses y primores
Gusto, entretenimiento y alegría.....

No debemos concluir este artículo sin insertar en él lo que Balbuena dijo respecto á certámenes poéticos en uno de sus apéndices de la *Grandeza Mexicana*.

«Fué Delfos un museo y academia de Apolo, donde tenía el más famoso oráculo de sus adivinanzas y la conversación ordinaria con las

musas. Y en esta ciudad en correspondencia de esta particular influencia y benignidad de cielo, tiene los mejores espíritus y más floridos ingenios que produce y cria el suelo. Y porque Delfos nos ha ocasionado á esta materia y el estar fundada en el Parnaso á tratar de la facultad poética, que es como una influencia y particular constelación de esta ciudad, según la generalidad con que en su noble juventud felicísimamente se ejercita. Dejando ahora para otra ocasión el tratar menudamente sus partes, preceptos y reglas que pide más desocupación y estudio. Porque se conozca el ordinario ejercicio que en ella hay de esta curiosidad y letras, pondré aquí como de paso tres cartas, que siendo colegial de uno de sus colegios, me premiaron todas en primer lugar en tres justas literarias que hubo durante el tiempo de mis estudios; y aunque para vd. que fué testigo y de los más aprobados de aquel tiempo, sea superfluo renovar estas memorias, no lo será quizá á los que llegaren á verlas de nuevo. Quiero contar una grandeza digna de ser admirada, que ha habido justa literaria en esta ciudad, donde han entrado trescientos aventureros, todos en la facultad poética ingenios delicadísimos y que pudieran competir con los más floridos del mundo. La primera de mis composiciones se premió en la fiesta del Corpus Christi, en presencia de siete obispos que á la sazón celebraban concilio provincial en esta famosa ciudad en compañía del Illmo. D. Pedro Moya de Contreras, arzobispo de ella. Pidióse una carta en que Cristo consolase al alma en la ausencia que hacía del mundo, de esta manera:

Regalada esposa mía
De todas mis glorias parte,
El que de tí no se parte
Partiendo hoy salud te envía.....

No faltando gusto á quien pareciesen demasiadas estas curiosidades y no dignas de hombres de letras y de la profesión mía. Pero á esto responderé en otra ocasión con más cuidado, y ahora, para el demasiado que en esto han mostrado algunos, digo, que cuando tuviera en otras letras más graves, toda la suficiencia que ellos de sí mismos presumen y yo sé que á mi me falta, no se menoscabara por haber echado al mundo estas flores y principios, que como lo fueron de mi vida, se están frescos en la memoria. Y si vd. la tiene todavía de aquel siglo de oro, se acordará que la segunda composición fué en el día de la Asunción

de Nuestra Señora, explicando en otras ocho redondillas la letra del Psalm. 136 que empieza *Super flumina Babilonis etc.* En una famosa fiesta que se hizo al Ilustrísimo marqués de Villamanrique, virrey de esta Nueva España. La carta es esta:

Dulce Virgen, gloria mía,
Donde la de Dios se sella,
Salud el que está sin ella
Por tenella te la envía.....

La tercera carta fué algunos años después escrita á la majestad del rey Felipe II, que está en el cielo, en agradecimiento de haber enviado á esta ciudad por su virrey al Illmo. D. Luis de Velasco, tan deseado de ella, y que con tanta prudencia y gloria suya la gobernó. La carta dice así:

Al gran Felipe segundo
Monarca y señor del suelo,
Vida sin medida el cielo
Para gloria y paz del mundo.....

Premiáronme también en esta justa en primer lugar, la exposición de una empresa de tres Diademas y siete letras sobre ellas que decían Alegría. Y la explicación fué esta:

Cuando el cielo repartió
El mundo en varias regiones
Para dividir sus dones,
A cada cual señaló
Sus propias constelaciones.....

La persona que quiera tener conocimiento exacto de las diversas ediciones de la *Grandeza Mexicana*, lea una noticia bibliográfica sobre el particular, publicada por el Sr. García Icazbalceta en las *Memorias de la Academia Mexicana*. En esa misma noticia observa el autor, con muy buenas razones, no ser exagerados, como creen algunos, los elogios que de México hizo Balbuena en su referida obra.

P. RODRIGO VIVERO. — De este escritor dice Beristain lo siguiente:

“Jesuita, natural de N. E., rector del colegio de San Idefonso de la Puebla de los Angeles. Antes de tomar la sotana de la compañía de Jesús, era conocido en México por uno de los poetas más sobresalientes del Nuevo Mundo; y el Illmo. poeta Balbuena en su *Compendio apo-*

logético de la poesía, impresa á principios del siglo XVII, le llama: *el discreto Rodrigo Vivero*. Escribió:

"Noticias del Nuevo México." M. S. — En el archivo de la provincia del Santo Evangelio de México. — "Elogio fúnebre de la Illma. Sra. Doña Inés Pacheco de la Cueva, hija del Exmo. Sr. Marqués de Cerralvo, Virrey de la Nueva España." Imp. en México por Ruíz, 1631. 4."

LORENZO DE LOS RÍOS UGARTE, fué alguacil mayor de la Inquisición en la capital de Nueva España. El Dr. Balbuena llamó á Ríos Ugarte, *El estudioso*, en su *Compendio apologético de la poesía*, donde asegura que "con heroica y feliz vena, va describiendo *Las maravillosas hazañas del Cid Campeador*." De Ríos Ugarte se conserva un soneto en la citada obra de Balbuena, el cual soneto copió Beristain en su *Biblioteca*, artículo referente al mismo Balbuena. Se halla también ese soneto en las *Memorias de la Academia Mexicana*, t. 3, pág. 95.

CARLOS SÁMANO Y CARLOS ARELLANO, poetas mexicanos de quienes no hay más noticia que la dada por Balbuena, en su *Elogio de la poesía*, tantas veces citado, calificándolos de acabados ingenios.

JUAN RUÍZ DE ALARCÓN Y MENDOZA. — Este célebre dramaturgo se considera más bien como perteneciente á la literatura española que á la nuestra, por haber dado sus frutos en España. Sin embargo, también pertenece á México, porque aquí nació, hizo sus principales estudios, se recibió de licenciado en leyes y tuvo sus primeras inspiraciones dramáticas, según opina uno de los mejores biógrafos de nuestro poeta, Fernandez Guerra, quien concluye de tratar este asunto con las siguientes palabras: "Baste por ahora creer, como harto verosímil, que á la patria nativa, y en los años de 1609 á 1611, debió rendir las primicias de su numen dramático el autor de *La Verdad sospechosa*." Por otra parte, Alarcón ha sido tan estudiado en México como en España.

Lo dicho es suficiente respecto al escritor que nos ocupa, porque acerca de él y de sus obras se ha escrito todo lo necesario en tratados generales de literatura y en monografías: la más completa que conocemos es la del citado Fernandez Guerra, si bien contiene errores topográficos que fácilmente percibe cualquiera que conozca á México.

Alarcón, por el tiempo en que vivió, pertenece al siglo XVI y al XVII; pero por su escuela literaria á la buena de la primera época, y no á la degenerada de la segunda.

DON FERNANDO ALVA PIMENTEL IXTLILXOCHITL, murió en 1649 á los setenta y nueve años de edad, así es que pertenece á los siglos XVI y

XVII. Nosotros le ponemos entre los poetas del siglo XVI por su escuela, por su buen gusto literario, por no haberse contaminado de gongorismo, según lo demuestran tres poesías suyas que nos quedan, una de ellas original. Las otras dos son á las que se refiere Boturini en su *Catálogo* cuando dice: "Un manuscrito contiene dos cantares de Netzahualcoyotl traducidos de la lengua Náhuatl en la castellana, que redujo á poesía D. Fernando de Alva." La autenticidad de las poesías de Netzahualcoyotl ha sido negada modernamente por personas de buen criterio, pero siendo punto que no nos toca examinar, sólo hablaremos de las tres composiciones de Ixtlilxochitl. (Véase nota 2ª al fin del capítulo.)

La original es una feliz imitación de los romances españoles sobre el cereo de Zamora. Fué publicada en España por Fernandez Duro en las *Memorias históricas* de Zamora, tom. IV, y en nuestro país en la colección de documentos para la historia de México impresa por García Torres, 1856, tercera serie tom. 1º pág. 292. Comienza el romance con estos versos.

A los muros de Zamora
herido está el rey Don Sancho
que del castigo de Dios
no hay seguro rey humano.

Este romance estuvo y aún está casi desconocido, no citándole ni Beristain en su copiosa *Biblioteca*, ni D. Fernando Ramirez en su excelente artículo sobre Ixtlilxochitl inserto en el *Diccionario de historia* publicado en México, (tom. 4º), ni Sosa en sus recientes *Biografías de mexicanos distinguidos*. (México, 1884).

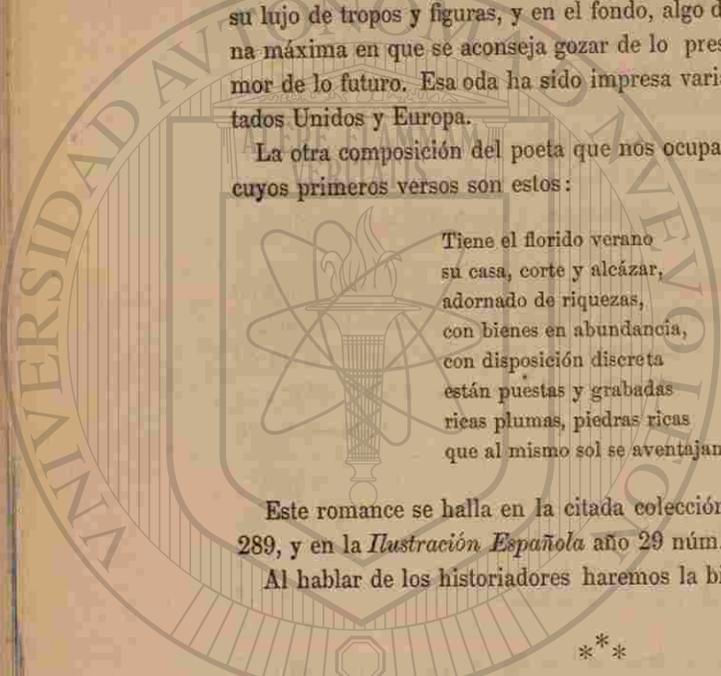
De las dos poesías atribuidas á Netzahualcoyotl la primera es una oda que comienza así:

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasión y el tiempo se me ofrece,
Ser admitido espero,
Si intento lo merece;
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto

El objeto de la oda es lamentar la vanidad é inestabilidad de las cosas humanas, asunto que, como de observación común, ha ocupado á

otros muchos poetas antiguos y modernos, por ejemplo Racine en el acto segundo de la Atalia. La oda de Ixtlilxochitl tiene en la forma algo de oriental por lo rico y florido de la dicción, aunque sin llegar á todo su lujo de tropos y figuras, y en el fondo, algo de epicureista por alguna máxima en que se aconseja gozar de lo presente y desechar el temor de lo futuro. Esa oda ha sido impresa varias veces en México, Estados Unidos y Europa.

La otra composición del poeta que nos ocupa es un buen romance, cuyos primeros versos son estos:



Tiene el florido verano
su casa, corte y alcázar,
adornado de riquezas,
con bienes en abundancia,
con disposición discreta
están puestas y grabadas
ricas plumas, piedras ricas
que al mismo sol se aventajan.

Este romance se halla en la citada colección de García Torres pág. 289, y en la *Ilustración Española* año 29 núm. 1.

Al hablar de los historiadores haremos la biografía de Ixtlilxochitl.

* * *

En la segunda sección del presente capítulo hemos hablado del entusiasmo que hubo en Nueva España por la poesía, durante el siglo XVI, lo cual no parece confirmado más adelante, pues son pocos los escritores en verso, mexicanos ó residentes en México, de quienes hemos dado noticia, y raro de ellos con mérito literario. Conviene, por lo tanto, explicar en qué consiste esa aparente contradicción.

En primer lugar, lo que abundó en Nueva España, durante el siglo XVI, fueron los aficionados á la poesía; pero no los verdaderos poetas. En segundo lugar, la mayor parte de las obras que se escribieron en el país y tiempos referidos, quedaron manuscritas; en tal estado fácilmente se perdieron, y con ellas la memoria de sus autores.

El gusto por la poesía que hubo en México, supone muchos aficionados á ella; pero cualquiera comprende que aficionado á un arte no es sinónimo de maestro. Efectivamente, la mayor parte de los escritores en verso neo-hispanos, de la época que nos ocupa, lo eran de meras

circunstancias, autores de un soneto al frente de un libro, de una octava para un arco triunfal, ó de un dístico para un túmulo, y de esta clase de escritores nadie se ocupa en dar noticias. Por otra parte, los verdaderos poetas en todo tiempo y lugar son escasos; á rara persona:

Grato el cielo
Otorgara la ardiente fantasía,
El genio creador, digno tan solo
Del sacro lauro del divino Apolo.

Mucho menos puede abundar el numen poético en una naciente colonia á donde se iba con el objeto de hacer fortuna, ó desempeñar algún cargo civil ó eclesiástico, todo lo cual no dejaba mucho tiempo libre para hacer versos, cuya formación no producía un solo maravedí, cosa que generalmente ha sucedido en todas partes. Véase lo que sobre este particular observamos al tratar de Rodríguez Galván. Considerado el ejercicio de poeta en México, por el lado de la honra, puede observarse que los poetas fueron apreciados allí y agraciados con premio los que sobresalían, no sólo en el siglo XVI, sino durante todo el tiempo del gobierno colonial. Empero, esa honra estaba reducida á los estrechos límites de un país, y para lucir en campo más vasto, era necesario traspasar los mares como hizo Alarcón y Mendoza.

El hecho de que la mayor parte de las obras mexicanas del siglo XVI quedaran manuscritas dió lugar á su fácil destrucción, por las razones que vamos á indicar.

Según observa García Icazbalceta, en su *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, "el clima de México favorece la polilla y la humedad, con frecuencia se encuentran libros podridos que al tocarlos se deshacen, especialmente en la parte inferior. Se conoce que como las librerías de los conventos solían estar en los pisos bajos, lo mismo que todas las bodegas, llegaba muchas veces el agua á los primeros pluteos de los estantes, y permanecía estancada el tiempo suficiente para podrir los libros. Pero quizá no hubo causa más eficiente de destrucción que la carestía del papel, llegada al extremo cuando alguna guerra interrumpía las comunicaciones con España. Entonces se echaba mano de cuanto había, y los libros viejos contribuían grandemente al consumo del público. Robles en su diario, refiriéndose al año de 1677, dice: "Este año se ha encarecido el papel de suerte que vale la resma treinta pesos, la mano dos pesos y el pliego un real; el quebrado á peso la ma-

no, el de marca mayor, á real y medio el pliego, el escrito á dos reales y medio la mauo, la resma á seis pesos y dos reales. Se han desbaratado muchos libros para vender por papel escrito: *se han dejado de imprimir muchas obras* y han estado paradas las imprentas y lo han padecido los oficiales." En 1739 "cortó la afilada tijera de la carestía del papel el hilo de las noticias antiguas y modernas," es decir, que se suspendió la publicación de las *Gacetas* de Sahagún. Por el mismo tiempo se quejaba el historiador Mota Padilla de que para sacar una copia de su obra había tenido que pagar "á real y dos reales" el pliego de papel. Aun sin esa causa, la ignorancia y la codicia continuaron destruyendo las librerías ó haciendo salir del país lo mejor de ellas."

Para comprobar la indicación de García Icazbalceta, respecto á destrucción de libros por la ignorancia y la codicia, vamos á copiar lo que sobre esto dice Beristain en su *Biblioteca*, artículo relativo á Fr. José Gabaldá. "Existían los manuscritos de Gabaldá en la biblioteca del convento de Guatemala, hasta que la indiscreción de un R. P. comisario hizo sacarlos de los estantes para acomodar libros impresos, y venderlos, (dice el cronista Vázquez) á los boticarios y pulperos. Lo mismo ha sucedido en casi todas las bibliotecas de esta América; y en mis días, más sin yo saberlo, en la antigua y famosa del real colegio de San Pablo de PP. Agustinos de la capital de México, de donde se extrajeron cuatro ó seis carros de manuscritos y libros impresos para venderlos á los coheteros de orden del Rector Mtro. y Dr. Melero, sin anuencia y con harto dolor del venerable defensor, que llegó á saberlo muy tarde."

Es de advertir que la destrucción de obras mexicanas del siglo XVI no paró en las manuscritas, sino que se extendió á muchas ediciones de las impresas, según explica García Icazbalceta en la obra citada anteriormente.

No entra en el plan de la presente obra hablar de la civilización de los antiguos mexicanos, de influjo nulo en la nuestra; pero sí es conveniente manifestar que con la conquista de Anáhuac por los españoles apareció en el país un género de literatura mixta que llamaremos indio-hispana.

Reduciéndonos ahora á tratar de la poesía indio-hispana, diremos que se compuso de dos elementos: generalmente un idioma indígena

y arte poético europeo; pero algunas veces sólo las ideas, el asunto, pertenecían á la nación conquistadora, mientras que el idioma y el arte métrico eran americanos.

La literatura de México propiamente dicha, desde que se hizo la conquista, es la que consta de arte europeo é idioma castellano, porque éste es el dominante en nuestro país, en todas materias, en lo oficial, lo científico, lo literario y el trato común, mientras que los idiomas indígenas se han convertido ó se van convirtiendo en lenguas muertas, con la circunstancia de carecer de literatura, lo que no sucede con otros idiomas muertos, como el sanscrito, el griego y el latín. Esto supuesto, lo que nos queda de la literatura indio-hispana más bien debe considerarse como una parte de la lingüística, y en tal concepto no haremos aquí otra cosa, respecto de aquella, sino citar, por vía de ejemplo, algunas obras. La persona que desee tener noticia de todas puede ocurrir á los bibliógrafos, especialmente al libro intitulado: *Proof-Sheet of a Bibliography of the Languages of the North American Indians by James Constantine Pilling*.—[Washington—Government Printing Office.—1885.] En la Biblioteca Nacional de México existen manuscritas algunas obras de la clase á que nos referimos, entre ellas una colección de "Cantares mexicanos," de los cuales algunos han sido traducidos al inglés y publicados por Brinton (Filadelfia, 1887). Dos de los Cantares ha trasladado del inglés al español D. J. M. Vigil, y se hallan en la "Revista Nacional de Ciencias y Letras," tom. I, pág. 361. Según Brinton, esas poesías fueron hechas antes de la conquista, punto que nos parece dudoso y necesita un examen especial.

Lo que nosotros tenemos que citar es lo siguiente:

Cánticos de las Apariciones de la Virgen María al indio Juan Diego, por el príncipe tepaneca Don Francisco Plácido, quien los recitó por el año de 1535, cuando se colocó la imagen de Guadalupe en su primera ermita. A este propósito el P. Florencia en su obra "Estrella del Norte" (México 1785), página 375 dice: "que los indios por medio de ciertos metros que cantaban en sus bailes conservaban los sucesos memorables, y que uno de esos cantares compuso D. Francisco Plácido, señor de Atzacapotzalco, y se cantó el mismo día que de las casas del Sr. Zumárraga se llevó á la ermita de Guadalupe la sagrada imagen." Agrega Florencia que ese cántico se lo dió D. Carlos de Sigüenza y Góngora, quien le halló entre los escritos de D. Domingo Chimalpain. Es notable que el más antiguo poeta lírico de Nueva Es-

pañía fuera un indio de sangre real, y que dedicase su lira á la deidad indígena, la Virgen de Guadalupe, tan celebrada en todos tiempos por los poetas mexicanos, según observaremos en el curso de la presente obra. Véase por otra parte, lo que indicamos en el *Epílogo* sobre la noble ascendencia de la poesía española, y véase también la nota 3.^a al final de este capítulo.

Diálogos ó coloquios en lengua mexicana entre la Virgen María y el Arcángel San Gabriel, por el Illmo. D. Fr. Luis Fuensalida. Este religioso fué uno de los doce primeros franciscanos que pasaron de España á México con el objeto de predicar el cristianismo, y sucedió como prelado á Fr. Martín de Valencia. Murió en Puerto Rico el año 1545. De sus *Diálogos*, que hemos citado, dice Beristain: "Son un manuscrito muy original y curioso: el Arcángel presenta á la Santísima Virgen varias cartas de los padres del Limbo, en que le ruegan admita la embajada, y dé su consentimiento para la Encarnación del Verbo Divino."

Varias canciones en verso zapoteco sobre los misterios de la Religión para uso de los neófitos de la Vera-Paz, (manuscrito), por el Ven. Fr. Luis Cáncer. Fué uno de los primeros dominicos que pasaron á América, y el que con más ardor defendió la libertad de los indios en la junta de obispos y teólogos verificada en México, 1546. Murió asesinado por los bárbaros en la costa de Veracruz, 1549.

Poesías sagradas de la Pasión de Jesucristo y de los hechos de los Apóstoles, en idioma kachiquel, por el Illmo. D. Fr. Domingo Vico, dominico. Esas poesías quedaron manuscritas, y las cita Remesal, entre otras muchas obras de nuestro Vico, quien escribió tanto, que, según el mismo Remesal, "sus libros pueden apostar con los de Santo Tomás de Aquino." El escritor que nos ocupa vino de España á México con el Illmo. Las Casas, á quien acompañó en todas sus peregrinaciones apostólicas por las provincias de Chiapas y Vera-Paz. Fué prior de los conventos de Guatemala, Chiapas y Cobán. Fundó, entre otros pueblos, el de San Andrés, y sin dejar sus trabajos apostólicos murió septuagenario, electo obispo.

El Juicio Final, auto (manuscrito) en lengua mexicana, por Fr. Andrés de Olmos, á quien hemos mencionado anteriormente. Esa pieza se representó en la capilla de Sr. S. José de México, á presencia del Virrey Mendoza y del Obispo Zumárraga. Según Mendieta, el auto Juicio Final "causó grande edificación á todos, indios y españoles, pa-

ra darse á la virtud y dejar el malvivir, y á muchas mujeres erradas para, movidas de terror y compungidas, convertirse á Dios."

Varios cantares sagrados para uso de los indios de Chilapa, (manuscrito), compuesto por el Illmo. D. Fr. Agustín Coruña, del orden de San Agustín. Habiendo pasado Coruña de España á México, aquí aprendió el idioma azteca, y con este conocimiento se dedicó á la conversión de los indios, extendiendo sus conquistas espirituales por las costas del mar Pacífico, cuyos habitantes civilizó. Entre diversas villas que fundó nuestro religioso, sobresalen Chilapa y Chilpancingo. Más adelante fué catedrático de Teología en la capital de Nueva España, y luego provincial de su orden. En 1562 se le nombró obispo de Popoyán. Falleció en el pueblo de Tamana, año 1590. Coruña escribió además de los Cantares citados: "Relación histórica de la conquista espiritual de Chilapa y Tlapa." "Doctrinal fácil para enseñar á los indios." "Constitución para los Agustinos de Popoyan," (Génova, 1693).

Tres libros de comedias, en mexicano, por Fr. Juan Bautista, los cuales tenía prontos para la prensa: el primero de la penitencia y sus partes; el segundo, de los principales artículos de la fe y parábolas del Evangelio, y el tercero, vidas de Santos. Esta obra se halla citada en el catálogo de las de Fr. Juan Bautista, incluso en el *Sermonario* del mismo autor. La vió Torquemada, quien asegura *ser de mucha erudición y elegancia*. [*Monarquía Indiana*, Lib. XX, cap. 79.] El mismo P. Bautista, *Prólogo á su Confesonario en lengua mexicana y castellana* (Tlaltelolco 1599), dice: "Tengo larga experiencia que con las comedias que de estos y de otros ejemplos he hecho representar las cuasmas ha sacado Nuestro Señor, por su misericordia, gran fruto, limpiando y renovando conciencias envejecidas en muchos años en ofensa suya, y por esto tengo hecho un libro de ellas en esta lengua mexicana, que mediante el divino favor saldrá presto á luz." Daremos razón de Fr. Juan Bautista al hablar de los predicadores.

En la carta del P. Morales, citada anteriormente, hay unos versos aztecas, los cuales pueden servir como ejemplo de los formados de idioma indígena y metro castellano.

A todo lo dicho relativamente á la poesía mexicana, durante el siglo XVI, sólo resta añadir que despues de estudiar en los capítulos siguientes á González Eslava y Saavedra Guzmán, explicaremos el carácter general de dicha poesía, época referida.—FRANCISCO PIMENTEL.

NOTAS.

1.^o Por lo expuesto, respecto á Eugenio Salazar, consta que desde el siglo XVI hubo, entre nosotros, quien cultivara la poesía bucólica, y lo mismo ha sucedido posteriormente, según se ve en el resto de la presente obra. Por lo tanto, nos llama la atención que persona tan ilustrada como D. Rafael A. de la Peña, *Prólogo* á las poesías de Pagaza (México 1887), no mencione más poetas bucólicos mexicanos que á Pagaza y á Montes de Oca. Acaso Peña debió haber ocupado su *Prólogo* más bien en hacer una reseña histórica de la poesía bucólico-mexicana, que en defender una causa difícil, y querer resucitar un sistema antiguo y antiestético, á saber: "que el género de poesía mencionado es propio de nuestro tiempo, y que la mitología puede usarse convenientemente en las composiciones poéticas." Ciertamente que la poesía bucólica, bien desempeñada, es agradable; pero de aquí no se infiere que sus imágenes tranquilas sean propias de una época moralmente anárquica y turbulenta, en que tanto se lucha por la diversidad de creencias y opiniones. Según manifiesta un buen preceptista de la escuela moderna, Revilla [*Principios de literatura*], "el género bucólico puede hoy considerarse como muerto." Sobre el uso de la mitología en las obras poéticas, véase el cap. 9 de esta obra, y aquí sólo haremos una observación. Peña cita en favor suyo unos versos de Menéndez Pelayo, quien puede ser refutado con él mismo, pues varias veces reprueba el uso de que se trata, en su *Historia de las ideas estéticas en España*. Recomendamos el juicio de las poesías de Pagaza, publicado en *El Tiempo*, México, Mayo 31 de 1888.

2.^o De los escritores contemporáneos que han negado la autenticidad de las poesías de Netzahualcoyotl, bastará citar dos, uno mexicano y otro español, García Icazbalceta [*Memorias de la Academia Mexicana*] y Menéndez Pelayo [*Horacio en España*, 1885].

3.^o A propósito del príncipe-poeta Plácido, haremos una observación á D. José Cuellar, en su artículo *Literatura Nacional*. Según Cuellar, "en Nueva España el poeta era considerado como un saltimbanqui, ajeno á toda gravedad, incompatible con toda posición social, ente ridículo, despreciado de los nobles y de los ricos." Consta en el curso de la presente obra, que si bien México independiente ha producido más número de buenos poetas que México colonial, no es menos cier-

to que durante el tiempo del gobierno español la poesía fué estimada y protegida en nuestro país, y que entónces hubo aquí multitud de escritores en verso, americanos y españoles, nobles y plebeyos, ricos y pobres, eclesiásticos y seculares.

A LIDIA.

(IMITACION DE HORACIO.)

Me tuo longas pereunta noctes,
Lydia, dormis!

I

En muelle lecho que á soñar convida,
de tu palacio en el recinto mudo,
mientras al pie de tu ventana gimo,

Lidia, tú duermes!.....

Duermes, y el viento que girando azota
la dura puerta, por mi mal cerrada,
los moribundos, de mi voz se lleva
trémulos ecos!.....

II

Ya en el silencio de la noche exhale
mi voz inútil en amante ruego;
ya con acentos que el dolor inspire
yo te maldiga.....

Sorda á mi voz y á mi clamor ajena,
ni á compasión mis lágrimas te mueven,
ni concitar con simulado enojo
logro tus iras!.....

III

¡Goza, que aun flores para tí la vida
tiene, y aromas y dorados frutos;
y el rayo ardiente del placer corona
de oro tu frente!.....

Púrpura y nieve tus mejillas bañan,
vívida lumbre tu mirada vierte.....
de tí se escapan, vaporosas ondas
de luz y vida!.....

IV

Mas ay!..... el tiempo presuroso vuela,
siempre llevando en agitado curso,
de amor, riqueza, juventud y gloria
yertos despojos!.....

¡Ay si despiertas del tranquilo sueño
cuando la flor de tu belleza muera!.....
nada valdrá que suplicante lleves
dones al ara!.....

nadie al compás de flauta melodiosa
vendrá á turbar tu sueño, ni á decirte:
mientras al pie de tu ventana gimo,
Lidia, tú duermes!.....

V

Voyme vagando cual errante sombra
que en la ribera desolada gime;
mientras sacude el aquilón violento
la dura puerta!.....

¡Quieran los Dioses preservar ¡oh Lidia!
tu frágil nave de huracán sañudo,
y tienda rumbo á saludable puerto
rápidas velas!.....

MLK.

ABEJA.

[Continúa.]

CAPITULO XII.

EN EL CUAL SE DESCRIBE EL TESORO DEL REY LOC TAN BIEN CUANTO
ES POSIBLE.

Seis años, día con día, habían transcurrido desde que Abeja estuviera entre los Enanos. El rey Loc llamó á su tesorero á palacio, y delante de ella le ordenó que quitase una gran piedra, que parecia estar esculpida en la muralla; pero que en realidad no se hallaba sino sobrepuesta. Pasaron los tres por el hueco que dejó la gruesa piedra, y se encontraron en una hendedura de la roca, por donde no cabían dos personas de frente. El rey Loc avanzó primero, por este oscuro camino, y Abeja lo siguió agarrada á una punta del manto real. Caminaron mucho tiempo. Por intervalos, las paredes de la roca se juntaban de tal modo, que la joven creía estar presa; sin poder avanzar ni retroceder, pensaba que allí iba á morir. El manto del rey sin cesar desaparecía por el sendero negro y estrecho. Por último, el rey Loc encontró una puerta de bronce, que abrió, y apareció una gran claridad:

— Pequeño rey Loc, exclamó Abeja, no sabía hasta ahora, que la luz fuese tan hermosa.

Pero el rey Loc la tomó por la mano, la introdujo en la sala de donde procedía la luz, y le dijo:

— Mirad!

Abeja, deslumbrada, de pronto, nada vió, porque aquella sala inmensa, sostenida por altas columnas de mármol, desde el piso hasta el techo, era toda de brillante oro.

En el fondo, sobre un estrado formado por piedras preciosas, engastadas en oro y plata, y cuyas gradas estaban cubiertas con un tapiz maravillosamente bordado, se elevaba un trono de marfil y oro, con un dosel de transparentes telas, á los lados del cual dos palmeras, de tres mil años de edad, surgían de dos vasos gigantescos, cincelados en otro

tiempo por el mejor artista de los Enanos. Subió á este trono el rey Loc y colocó á su derecha á la joven, quien permaneció en pie.

—Abeja, le dijo, este es mi tesoro; escoged todo lo que os agrade.

Pendían de las columnas, inmensos escudos de oro que recibían los rayos del sol y los reflejaban en brillantes chispas; las espadas y las lanzas se cruzaban entre sí, brillando una llama en sus extremidades. Las mesas que había alrededor de las murallas estaban cargadas de cachorros, vasos, cálices, copones, patenas, cubiletes y vinajeras de oro; de cuernos para beber, de marfil con anillos de plata; de enormes bótellas de cristal de roca; de platos de oro cincelados, de cofres, de relicarios en forma de iglesia, de pebeteros, espejos, candelabros; de lámparas tan admirables por el trabajo como por la materia, y de incensarios en forma de monstruos. Se distinguía sobre una de las mesas, un juego de ajedrez de pedernal.

—Escoged, Abeja, repitió el rey Loc.

Pero elevando los ojos arriba de estas riquezas, Abeja vió el cielo azul por la abertura del techo, y como si hubiera comprendido que la luz del cielo, era la única que daba á estas cosas todo su brillo, solamente dijo:

—Pequeño rey Loc, desearía volver á la tierra.

Entonces el rey hizo una señal á su tesorero, quien levantando espesas cortinas, descubrió un cofre enorme de calados herrajes y armado todo con láminas de fierro. Abierto este cofre, brotaron rayos de mil diversos y encantadores matices. Cada uno de estos rayos brotaba de una piedra preciosa artísticamente tallada. El rey Loc introdujo las manos, y entonces se vió rodar en una confusión luminosa: la amatista violada y la piedra de las vírgenes, la esmeralda de tres especies: una verde oscura, otra llamada *mielada*, porque tiene el color de la miel; la tercera de un verde azulado que se llama *berilo* y que produce bellos sueños; el topacio oriental, el rubí, tan bello como la sangre de los valientes, el safiro de un azul sombrío, que se llama safiro *macho*, y el safiro de un azul pálido, que se nombra safiro *hembra*; el jacinto; el ópalo, cuyos tintes son más dulces que la aurora; la agua marina y el granate siriano. Todas estas piedras de la agua más límpida y del más luminoso oriente. Y gruesos diamantes, en medio de estos juegos de colores, arrojaban deslumbrantes y blancas chispas.

—Abeja, escoged, dijo el rey Loc.

Pero Abeja movió la cabeza y dijo:

—Pequeño rey Loc, á todas estas piedras, prefiero yo uno solo de los rayos de sol, que se quiebran sobre el techo de pizarra del castillo de los Clarides.

Entonces el rey Loc hizo abrir un segundo cofre que no contenía más que perlas. Pero estas perlas eran redondas y puras; sus cambiantes reflejos tomaban todos los tintes del cielo y del mar, y su brillo era tan dulce, que parecía expresar un pensamiento de amor.

—Tomad, dijo el rey Loc.

Pero Abeja le respondió:

—Pequeño rey Loc, esas perlas me recuerdan la mirada de Jorge de Blanchelande; amo estas perlas, pero amo más los ojos de Jorge.

Al oír estas palabras, el rey Loc volteó la cabeza. Sin embargo, abrió un tercer cofre, y mostró á la joven un cristal en el que una gota de agua estaba aprisionada, desde los primeros tiempos del mundo; y cuando se agitaba el cristal se veía moverse la gota de agua. Le mostró también pedazos de ambar amarillo, en los cuales, insectos más brillantes que las pedrerías, estaban presos desde hacía millares de años. Se distinguían sus patas delicadas y sus finas antenas, y se hubieran lanzado á volar, si algo poderoso fundiera, como al hielo, su perfumada prisión.

—Estas son preciosas curiosidades naturales; os las regalo, Abeja.

Pero Abeja respondió:

—Pequeño rey Loc, guardad el ambar y el cristal, porque no podría darles libertad, ni á la mosca ni á la gota de agua.

El rey Loc la observó algún tiempo y dijo:

—Abeja, los mejores tesoros estarán bien colocados en vuestras manos. Vos los poseeréis y no os poseerán. El avaro es presa de su oro; sólo aquellos que menosprecian la riqueza pueden ser ricos sin peligro: su alma será siempre más grande que su fortuna.

Habiéndose expresado así, hizo una señal á su tesorero, que presentó á la joven, sobre un cojín, una corona de oro.

—Recibid esta joya como una prueba de la estimación en que os tenemos, Abeja, dijo el rey Loc. Se os llamará en lo de adelante la princesa de los Enanos.

Y él mismo colocó la corona sobre la frente de Abeja.

CAPITULO XIII.

EN EL QUE EL REY LOC SE DECLARA.

Los Enanos celebraron con alegres fiestas la coronación de su primera princesa. Juegos llenos de inocencia, se sucedieron sin orden en el inmenso anfiteatro; y los pequeños hombres, teniendo una hebra de helecho ó dos hojas de encino, coquetamente atadas á sus capuchones, saltaban de gusto á través de las calles subterráneas. Los regocijos duraron treinta días. Pic guardó en la embriaguez la apariencia de un mortal inspirado; el virtuoso Tad se aturdió con el entusiasmo público; el tierno Dig permitiöse el placer de derramar lágrimas; Rug, en su gozo, pedía de nuevo que Abeja fuera encerrada en una jaula, á fin de que los Enanos no tuvieran el cuidado de perder princesa tan encantadora; Bob, montado en su cuervo, llenó el aire de gritos tan alegres, que el pájaro negro, participando de la alegría, hacía oír pequeños y retozones graznidos.

Sólo el rey Loc estaba triste.

Luego, al trigésimo día, habiendo ofrecido á la princesa y á todo el pueblo de los Enanos un festín magnífico, subió de pié en su sillón, y, estando así su buena figura á la altura del oído de Abeja:

—Mi princesa Abeja, le dijo, os voy á hacer una pregunta, que podréis acoger ó rechazar con toda libertad. Abeja de los Clarides, princesa de los Enanos, ¿queréis ser mi mujer?

Y al decir esto, el rey Loc, tierno y grave, tenía la belleza llena de dulzura de un augusto perro de aguas. Abeja le respondió, estirándole la barba:

—Pequeño rey Loc, quiero ser tu mujer de chanza; pero nunca seré tu mujer de veras. En el momento en que me pedías en matrimonio, me recordastes á Francœur, que en la tierra me contaba para divertirme las cosas más extravagantes.

A estas palabras, el rey Loc volvió la cabeza; pero no tan pronto que no permitiera á Abeja ver una lágrima detenida en las pestañas del Enano. Entonces Abeja se afligió de haberlo hecho sufrir.

—Pequeño rey Loc, le dijo; te amo como á un pequeño rey Loc como eres tú; y si me haces reír como me hacía Francœur, no hay motivo para que te molestes, porque Francœur cantaba bien, y hubiera sido hermoso sin sus cabellos canos y su nariz roja.

El rey Loc le respondió:

—Abeja de los Clarides, princesa de los Enanos, os amo con la esperanza de que algún día me amaréis. Pero no tendría esta esperanza si no os amara tanto. No os pido, en cambio de mi amistad, más que seais sincera conmigo.

—Pequeño rey Loc, te lo prometo.

—Y bien, Abeja, decidme si amáis á alguno con quien penséis casaros.

—Pequeño rey Loc, no amo hasta ahora á nadie.

Entonces el rey Loc, sonriéndose y tomando su copa de oro, brindó con voz retumbante por la princesa de los Enanos, y un rumor inmenso se levantó de todas las profundidades de la tierra, porque la mesa del festín se extendía de un extremo al otro del imperio de los Enanos.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

BIBLIOGRAFIA.

Romancero Colombiano—El Sr. General D. Lázaro María Pérez, que ha prestado á su patria—Colombia— tan grandes servicios con su espada como con su pluma, acaba de publicar la segunda edición de la hermosa obra intitulada: *Romancero Colombiano*.

Fué en el año de 1883 cuando, para celebrar el centenario de Bolívar, inició la formación del *Romancero Colombiano* el inspirado poeta D. J. A. Soffía. En treinta y nueve días fué ideado, escrito é impreso el libro; ¡que tantos prodigios obran el amor á los héroes, á la libertad y á las letras!

Hízose reducidísima edición en 1883, y el patriota General Pérez al verla agotada se propuso no solamente hacer otra más numerosa, sino también brindar una oportunidad á los poetas colombianos para corregir las composiciones escritas con tanta festinación, y dar lugar á las obras de aquellos que no pudieron por diversas causas cantar las glorias del ilustre prócer.

Cumplidamente ha realizado el Sr. Pérez tan noble propósito, pues la segunda edición del *Romancero Colombiano* es por todo extremo digna de elogios.

Cuarenta y nueve poesías, muchas de ellas de grande extensión, están contenidas en las 446 páginas del *Romancero*. De esas poesías son autores: Rafael Núñez, Teodoro Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, M. M. Madieto, Carlos Sáenz E., J. M. Quijano Otero, J. M. Pinzón Rico, Roberto Mac-Doual, Lázaro M. Pérez, J. M. Samper, Rafael Venegas N., J. David Guarín, Adolfo Sicard y Pérez, José Joaquín Ortiz, Enrique Alvarez, Agripina Montes del Valle, Ricardo de Francisco, Rafael Pombo, J. Casas Rojas, Ruperto S. Gómez, Diego Fallón, Próspero Pereira, J. Manuel Marroquín, Rafael Tamayo, Juan I. de Armas, José Caicedo Rojas, Eduardo Calcaño, J. A. Soffia, Jorge Roa, Rafael Pombo, Manuel M. Fernández, J. M. Quijano Wallis, Rafael M. Merchan, J. Argáez, Enrique Restrepo G., Alirio Díaz G., M. A. Caro y José Rivas Groot.

De intento hemos dado á conocer los nombres que preceden. Entre ellos figuran varios que son muy conocidos y estimados en nuestro país, y todos revelan cuán extendido está en Colombia el amor á las letras.

Tarea fácil pero impropia de una noticia bibliográfica, sería la de señalar las bellezas que abundan en el *Romancero Colombiano*. No la acometemos por falta de tiempo, y nos reducimos á recomendar á los amantes de lo bello la adquisición del libro, y á felicitar muy sinceramente al Sr. General D. Lázaro María Pérez, antiguo amigo nuestro, por haber llevado á feliz término la publicación de un libro que es al propio tiempo que un homenaje al más ilustre de los héroes Colombianos, un nuevo título de gloria para la literatura hispano-americana.

F. S.

LOS CUARTETOS DE BEETHOVEN

FRAGMENTO DE LA OBRA

BEETHOVEN

PAR

JEAN CHANTAVOINE

TRADUCIDO POR EL

Dr. Alfonso Pruneda

Edición de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes



MEXICO

TIPOGRAFIA DE LA VIUDA DE F. DIAZ DE LEON

Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1907

Cumplidamente ha realizado el Sr. Pérez tan noble propósito, pues la segunda edición del *Romancero Colombiano* es por todo extremo digna de elogios.

Cuarenta y nueve poesías, muchas de ellas de grande extensión, están contenidas en las 446 páginas del *Romancero*. De esas poesías son autores: Rafael Núñez, Teodoro Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, M. M. Madieto, Carlos Sáenz E., J. M. Quijano Otero, J. M. Pinzón Rico, Roberto Mac-Doual, Lázaro M. Pérez, J. M. Samper, Rafael Venegas N., J. David Guarín, Adolfo Sicard y Pérez, José Joaquín Ortiz, Enrique Alvarez, Agripina Montes del Valle, Ricardo de Francisco, Rafael Pombo, J. Casas Rojas, Ruperto S. Gómez, Diego Fallón, Próspero Pereira, J. Manuel Marroquín, Rafael Tamayo, Juan I. de Armas, José Caicedo Rojas, Eduardo Calcaño, J. A. Soffia, Jorge Roa, Rafael Pombo, Manuel M. Fernández, J. M. Quijano Wallis, Rafael M. Merchan, J. Argáez, Enrique Restrepo G., Alirio Díaz G., M. A. Caro y José Rivas Groot.

De intento hemos dado á conocer los nombres que preceden. Entre ellos figuran varios que son muy conocidos y estimados en nuestro país, y todos revelan cuán extendido está en Colombia el amor á las letras.

Tarea fácil pero impropia de una noticia bibliográfica, sería la de señalar las bellezas que abundan en el *Romancero Colombiano*. No la acometemos por falta de tiempo, y nos reducimos á recomendar á los amantes de lo bello la adquisición del libro, y á felicitar muy sinceramente al Sr. General D. Lázaro María Pérez, antiguo amigo nuestro, por haber llevado á feliz término la publicación de un libro que es al propio tiempo que un homenaje al más ilustre de los héroes Colombianos, un nuevo título de gloria para la literatura hispano-americana.

F. S.

LOS CUARTETOS DE BEETHOVEN

FRAGMENTO DE LA OBRA

BEETHOVEN

PAR

JEAN CHANTAVOINE

TRADUCIDO POR EL

Dr. Alfonso Pruneda

Edición de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes

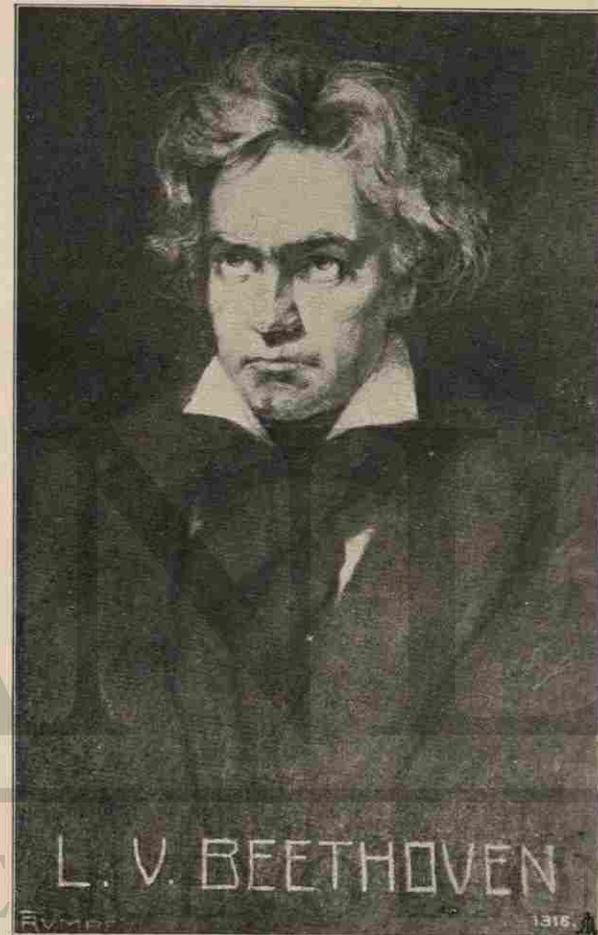
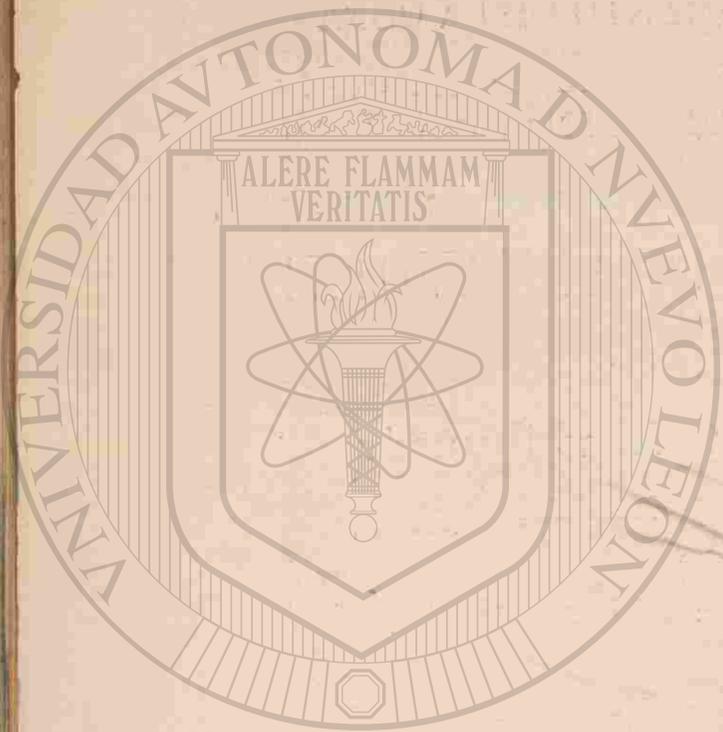


MEXICO

TIPOGRAFIA DE LA VIUDA DE F. DIAZ DE LEON

Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

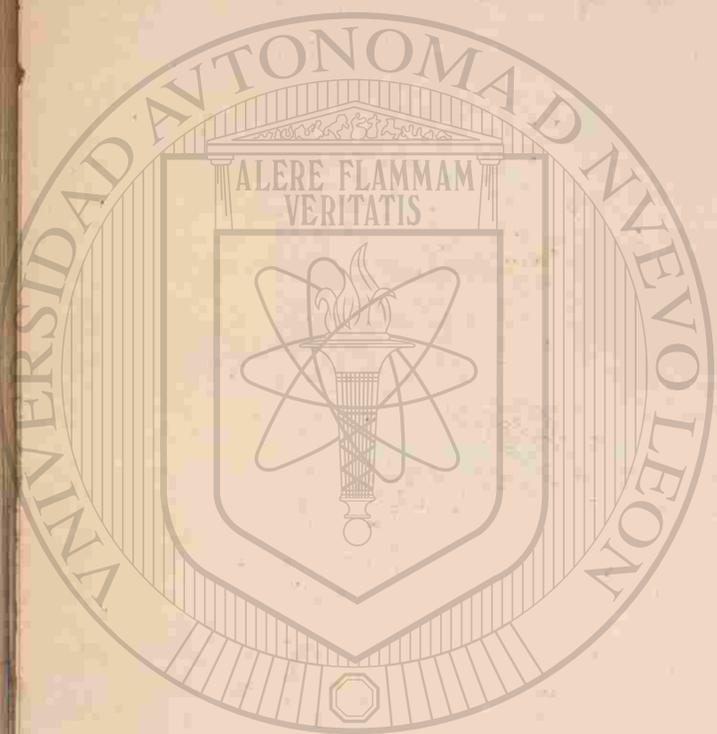
1907



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

L. V. BEETHOVEN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS CUARTETOS DE BEETHOVEN

Parece que Beethoven no abordó la composición del cuarteto de cuerda sino después de larga vacilación: desde 1795, el conde Apponyi le había pedido uno y Beethoven escribió los ligeros tríos de cuerda, op. IX. Seis años transcurrieron para que publicase, en dos cuadernos, los seis cuartetos, op. XVIII. en los momentos en que escribía á su amigo Amenda: «¡Con qué no puedo medirme ahora!»¹ Todavía el cuarteto en *fa* (el primero en orden de publicación, el tercero en el de composición) fué muy modificado, supuesto que dice Beethoven en la misma carta «he aquí que por fin sé escribir cuartetos»² Así, Beethoven, que ha compuesto ya una sinfonía, conciertos, tríos,³ sonatas, todo, excepto música de iglesia y de teatro, espera que ya no haya nada en él del principiante ó del alumno, para abordar el cuarteto, siendo el cuarteto también el que recibirá sus supremas confianzas, de 1824 á 1826.

Como el cuarteto de cuerda es una trasposición de la forma-sonata, observaremos en la serie de cuartetos un progreso análogo al que se manifiesta en las sonatas: veremos en ellos afirmarse más y más la intensidad de la melodía; notaremos una libertad creciente del desarrollo de la forma, tanto que los últi-

¹ *Correspondencia*, p. 18.

² *Id.*, p. 19. El Dr. Guillermo Altmann ha encontrado, parcialmente publicada, en la *Musik* (*3es. Beethovenheft*) la primera versión de este cuarteto.

³ Sin hablar de los tres cuartetos con piano, obra de la adolescencia (1785).

mos cuartetos posteriores á las últimas sonatas, sobrepasan á éstas; en fin, la naturaleza misma de los instrumentos que constituyen el cuarteto, permite á Beethoven dar aquí á la polifonía una riqueza y una independencia mucho mayores que en las obras de piano y aun en las sonatas.

Los seis primeros cuartetos, compuestos simultáneamente, con el mismo número de obra, forman en realidad una familia homogénea. Beethoven toma por punto de partida el cuarteto de Haydn ó de Mozart, divertimento de salón, agradable y superficial: el cuarteto en RE (op. XVIII, núm. 3), compuesto en primer término, es de una inspiración graciosa, de un desarrollo claro y fácil y contiene ya algunos rasgos en que se reconoce á Beethoven, especialmente el doloroso principio del adagio, expuesto sobre la cuerda grave del violín segundo, y que pasa en seguida, por medio de un canon, al violín primero en que se desarrolla en una fantasía más serena; de la misma manera el entretenimiento humorístico del final tiene veleidades de fuga y arrebatos. La única libertad que se permite Beethoven en el minué, es transportar á la octava superior la repetición del *maggiore*. En conjunto, la escritura de este cuarteto es melódica y armónica: el violín primero tiene casi él sólo el papel expresivo; los demás instrumentos, y, sobre todo el violoncelo, quedan á su servicio para completar el conjunto.

Ligero y elegante, el primer movimiento del cuarteto en SOL (op. XVIII, núm. 2), repite hasta la saciedad sus gentiles coqueterías que se han podido comparar á reverencias. El *adagio* en *do* mayor, se interrumpe, después de veintiséis compases, por un *allegro* en dos tiempos, en el que los cuatro instrumentos hacen un juego muy ceñido con una figura secundaria del acompañamiento: después de esta malicia, el *adagio* reaparece cargado de arabescos bastante convencionales para cesar después de veintiocho compases. El humor gozoso, impaciente de haber pagado ese exiguo tributo á los ritos serios, insiste en el juego, no ya en un minué, sino en un *scherzo* que juguetea con quebraduras de arpeggios, y la fiesta termina con un final, *quasi presto*, en dos tiempos, cuyo desarrollo, como el del primer trozo, se hace de buena gana por repeticiones.

El cuarteto en FA (op. XVIII, núm. 1), marca un progreso sobre los anteriores, en el sentido de que el tema inicial se pres-

ta mejor que los otros á los desarrollos del cuarteto; es un tema abierto:



capaz de producir una infinidad de otros, y que se repite más de cien veces en cuatrocientos veintisiete compases, con numerosas formas distintas. Pero hay todavía muchos pasajes al unísono y de lleno armónico, y los motivos secundarios no tienen relación bien estrecha con el principal. El *adagio*, notable por su bello tema, á la vez tranquilo y apasionado, y que se acompaña, en la repetición, de una figura tempestuosa en fusas, tiene gran analogía con el de la sonata en *si* bemol, op. XXII, compuesta en la misma época. El *scherzo* y el final no se elevan del tono gracioso y fácil. ¹

El cuarteto en DO menor, (op. XVIII, núm. 4) comienza por una frase que, de la nota más grave del violín, como de las profundidades mismas del alma, sube por dolorosos intervalos hasta las regiones superiores; hermosa por su expresión, esta frase no tiene menores cualidades de forma: una de sus figuras secundarias:



engendrará el segundo tema:



dando así á todo el trozo una sólida unidad interna. El ritmo y el tema del *andante scherzoso* se parecen mucho á los del

¹ Hay otra analogía que señalar entre el tema expuesto en *re* bemol (compases 136 y siguientes del final) y el segundo tema de la sonatina póstuma dedicada á Leonor von Breuning (Nottebohm, *Them. Verz.* p. 148).

andante de la primera sinfonía, contemporánea de los cuartetos op. XVIII. El desarrollo nos recuerda que Beethoven no ha abandonado, desde hace largo tiempo, la escuela de Albrechtberger, y fácilmente nos demuestra su destreza en el canon y aun en el contrapunto triple.¹ El minué, que comienza por las mismas notas que el primer movimiento, contribuye también a la unidad de la obra. Beethoven ha cuidado de indicar *la segunda volta, si prende il tempo piu allegro*, como si desde este minué estuviere poseído del anhelante frenesí que corre por los cortos y nerviosos períodos del final.

El amable cuarteto en LA, (op. XVIII, núm. 5) parece un homenaje a los manes de Mozart.² La página más personal, y por más de un motivo, es seguramente el *andante cantabile*: su tema es un simple fragmento de la escala mayor, descendente y después ascendente (fórmula cara a Beethoven) y que en la quinta variación, con su trino obstinado del violín primero y el potente *pizzicato* del violoncelo, parece ya sonar como una orquesta completa.

El primer movimiento del cuarteto en SI bemol (op. XVIII, núm. 6), con su tema despreocupado y alegre, sus repeticiones tradicionales de la exposición, y después el desarrollo con su recapitulación casi semejante a la exposición, nos introduce en el bien ordenado dominio del buen Haydn. El tranquilo *adagio* no despierta tampoco sombríos pensamientos, y el ingenio de Beethoven no alcanza sino a impacientar los instrumentos por algunos contratiempos en las figuras ornamentales. Parece, por el contrario, que después de tanta discreción Beethoven ha querido dar rienda suelta a su capricho, en el scherzo acentuado a contratiempo y en el trío en que el violín primero ejecuta una serie de cabriolas. Sabemos que después de sus accesos de alegría y sus bromas más ó menos ligeras, Beethoven caía en tristes desvaríos. El final del cuarteto en si bemol comienza por un *adagio*, titulado por Beethoven mismo, la *Malinconia*, y cuyos cuarenta y tres compases se suceden como un pensamiento solitario, sin fin aparente; después la alegría se recobra repentinamente y entabla una especie de *laendler*, interrumpi-

¹ Compases 146 y siguientes.

² Compárese este cuarteto con el cuarteto de Mozart en el mismo tono (*Kochel* núm. 464).

do aún por una nube pasajera de melancolía, pero que vuelve a seguir su curso y termina en el torbellino de un *prestissimo*.

Seis años separan los cuartetos, op. XVIII, de los tres cuartetos, op. LIX, pedidos por el conde Rasumowsky y dedicados a él; seis años durante los cuales Beethoven ha amado y perdido a Giuletta Guicciardi; en los cuales ha sentido aumentar su sordera y escrito el «testamento de Heligenstadt»; seis años después de los cuales un amor nuevo, por Teresa de Brunswick, le ha devuelto la fuerza con la esperanza; seis años que han producido la segunda y la tercera sinfonías, *Leonor*, la sonata a Kreutzer y la *apasionada*, etc. En lo de adelante ya no hay nada en él de Haydn ó de Mozart, es quien es y así va a mostrarse. Si no se tuvieran en cuenta los intermedios que acabamos de recordar, el contraste entre el sexto y el séptimo cuartetos sería inexplicable.

Si, como los demás, el séptimo cuarteto (op. LIX, núm. 1, en FA) está escrito en forma de sonata, por primera vez en la historia de ese género no se repite la exposición.¹ Pero después de una fingida repetición de cuatro compases, principia el desarrollo, y la tercera parte también no reproduce la primera sino de un modo aproximado. Beethoven, desechando toda preocupación por fórmulas tradicionales, se abandona por completo a la fantasía. Segunda audacia: el cuarteto no tiene minué, sino un *allegretto scherzando* en $\frac{3}{8}$, en que los ritmos de un baile parecen interrumpidos por recuerdos y lamentos. El *adagio molto e mesto* excede en mucho a los que hemos encontrado hasta aquí en los cuartetos: el tema, cuya belleza no podría analizarse en algunas palabras, produce al desarrollarse una de esas potentes efusiones líricas, que se encuentran en el trío al archiduque (op. XCVII) ó en la sonata de violoncelo, op. CII (Nº 2.). En fin, en la polifonía melódica de esta página conmovedora, cada voz ha conquistado su independencia y entona su propio canto. De repente el desarrollo parece perderse en un largo pasaje de violín, semejante al vuelo de un ave extraviada, pero pronto se fija por un largo trino sobre la dominante, mientras que el violoncelo, que ya había atacado el primer trozo, ataca el final con un «tema ruso» fuertemente rimado, cuyas cuatro

¹ Véase la sonata *appassionata*.

primeras notas son las del primer movimiento. Encuentro inconciente ó proceder fruto de reflexión, este parentesco melódico liga fuertemente una á otra las dos partes extremas del cuarteto, en tanto que Beethoven derrocha en ese final una verba rítmica, inagotable en figuras y combinaciones originales.

El primer movimiento del octavo cuarteto (op. LIX, núm. 2, en MI menor) se acerca mucho más á la forma clásica. En cambio, el *adagio con molto di sentimento* canta, después de una introducción de 8 compases á la manera de coral, una de las más sublimes fantasías que haya expresado jamás Beethoven. Le fué inspirada, decía, por el aspecto de una noche estrellada: por dolorosa que sea, tiene el encanto de una contemplación en que acaba por confundirse. El *allegretto* en menor, que le sigue, reposa en un ritmo de los más curiosamente trabajados:



Su trío en mayor, tiene por motivo un «tema ruso,» en que parece sonar un eco de caza, que cada uno de los cuatro instrumentos hace oír á su turno, mientras que los demás lo adornan con bordados. Para las repeticiones, Beethoven da esta indicación: *Da Capo il minore ma senza replica ed allora ancora unavolta il trio e dopo di nuovo da capo il minore senza replica*, lo que da la forma S (bis), T (bis), S, T, S,¹ que Beethoven acaba de emplear en la cuarta sinfonía, contemporánea de los cuartetos op. LIX, que volverá á usar más tarde en la séptima sinfonía², en los cuartetos décimo y undécimo, y de la que Schumann sacará tanto partido con el nombre de *Alternativ*. El final del cuarteto, que parte del tono de *do* mayor para concluir en el tono principal de *mi* menor, es una verdadera carga rítmica que va hasta el fin por fogosas sacudidas.

Algunos músicos han dado al noveno cuarteto (op. LIX, nú-

1 S-Scherzo; T-Trío.

2 O casi por lo menos.

mero 3, en DO mayor) el título de *Heróico*; al lado de los dos anteriores, se le puede encontrar, sin embargo, á veces, algún aire de arcaísmo: sin duda, al principio elegante y caprichoso, el tema del primer movimiento estalla repentinamente con una potencia muy característica, pero el *andante con moto quasi allegretto*, muy de Beethoven también, por su motivo en escala diatónica, no tiene la profundidad, ni la libertad de acento de los cuartetos séptimo y octavo; el minué, en que parecen acercarse y alejarse dos parejas de cuadrilla, aparenta parodiar los minués de otro tiempo, y el final, en *do* mayor, que después se convierte en una doble fuga, recuerda la doble fuga de Mozart, en el final de la sinfonía *Júpiter*. Lo que tiene justamente de Beethoven es la imitación de la orquesta y la potencia sonora á que llegan las cuatro voces, comunmente tan débiles, del cuarteto.

Entre la composición de los tres cuartetos op. LIX y la del décimo, op. LXXIV, en MI bemol, han transcurrido dos años y medio, durante los cuales Beethoven terminó las quinta y sexta sinfonías, escribió los dos tríos op. LXX, y el concierto de piano op. LXXIII¹. El primer movimiento, en forma muy libre de sonata, está precedido de una introducción *poco adagio*, cuyo tema, triste é interrogador:



desarrollado en veinticuatro compases de una expresiva polifonía, obtiene en fin esta vigorosa respuesta:



que obliga la acción del primer *allegro*. Nada más propio de Beethoven que este contraste, este sobresalto de energía después

1 En 1809-1810 Beethoven tenía el alma en *mi* bemol: trabajó entonces en el quinto concierto, en el décimo cuarteto, en la sonata de los *Adioses*: tres obras en tono de *mi* bemol.

de un momento de pesada tristeza; nada más de Beethoven también que este tema, cuyas notas son una simple descomposición del acorde perfecto y que, volviendo después en forma de pizzicato, dará al cuarteto completo su nombre de «Cuarteto de las arpas». El *adagio* en *la* bemol trae de nuevo los sentimientos tristes de la introducción; recuerda el del séptimo cuarteto por su punzante belleza, por cierta alegría de inspiración, y también, semejanza más fácil de encontrar, por algunos detalles del desarrollo¹. Sin embargo, Beethoven aplica aquí con más seguridad la forma de la gran variación, de que hará uso cada día con más frecuencia; la última repetición del tema doloroso se presenta, como la tristeza misma, erizada toda de contrariedades y de desgarramientos (contratiempo del violoncelo, *pizzicati* del alto, *staccato* ceñido del violín segundo). El *presto* del décimo cuarteto es, de todos los *scherzi* de los cuartetos, el que más se aleja del clásico minué: su forma es *S (bis), T, S, T, S*. El trío ó «alternativo» se adorna con un *cantus firmus*, bastante inesperado en esta orgía rítmica, que sugiere la idea de algún viejo maestro, arrebatado en una ola de estudiantes. A este *scherzo* endiablado sucede sin interrupción el final; pero ¿debe llamarse verdaderamente *finale* á este *allegretto con variazioni* que se adelanta primero prudente y tranquilo, como para dar las buenas noches después de la fiesta? Poco á poco reaparece un resto de alegría y con él todo el humor de Beethoven que, después de haber pasado, en seis variaciones, del goce á la melancolía, termina alegremente con una carrera loca.

Compuesto en octubre de 1810, el mismo año que *Egmont* y los tres *lieder* op. LXXXIII, el *Quartett Serioso* op. XCV es el más corto de los diez y seis cuartetos, y sobre todo el más conciso; hay, en su brusa rapidez, algo que recuerda el *Prometeo* de *Goethe*. El cuarteto principia con una explosión de cólera ó de rebelión:



1 Entrada y continuación del segundo tema: véase séptimo cuarteto, *adagio*, compases 73 y siguientes, y décimo cuarteto, *adagio*, compases 87 y siguientes.

Hay diferencia entre este furioso unísono y el gracioso unísono que abría el cuarteto en *fa* de la op. XVIII¹. Pero á esta cólera sucede la tristeza que se expresa bien pronto por un tema suplicante y agitado: las dos luchan y el cuarteto en *fa* menor será el poema de una alma luchando consigo misma. Poco importa que su diálogo llene ó no los cuadros de la «forma-sonata²»: se callarán cuando alguna de ellas, la más violenta, se imponga por su propia fuerza. El *allegretto ma non troppo* respira por el contrario tranquilidad, una tranquilidad triste entrecortada de suspiros; se desarrolla en estilo de fuga con adornos que recuerdan el *fugato* de la *Heroica*: encontramos aquí la aplicación de la fuga á la expresión de una fantasía. Un despertar de energía surge de repente, sin otra interrupción que un calderón en el trozo que ocupa el lugar del *scherzo* del que tiene la medida (si no es que también el ritmo, el movimiento, la forma), pero en el título del cual Beethoven ha tenido cuidado de escribir: *Assai vivace ma serioso*. Su ritmo quebrado, la queja de su melodía, sus tristes armonías menores expresan una cruel desesperación, apenas interrumpida por el trío alternante, más tranquilo sin duda, pero no menos triste. En vano ha concluido el trozo con una última afirmación de voluntad: las mismas desolaciones inspiran el final (*allegretto agitato* 6/8). Toda esperanza parece abandonada cuando, al unísono de *fa*, con el cual se cree que todo va á terminar en menor, el violín segundo añade un *la* natural que enciende el modo mayor: al momento, con un movimiento vivo de cuatro tiempos *alla breve*, los cuatro instrumentos se precipitan á la conquista de este modo mayor, encontradó inopinadamente, y terminan con una alegre escala de *fa* mayor³. Ningún cuarteto había manifestado aún con sorpresas tan poderosas el arte «beethoveniano» de los contrastes ni había hecho oír acentos tan personales con tanta libertad.

Un intervalo de catorce años (1810-1824) separa el duodécimo cuarteto del undécimo, catorce años que han visto nacer las

1 Véase la página 5, primera cita musical.

2 Para encontrar á todo trance este arquetipo en el primer movimiento del cuarteto en *fa* menor, se necesita dar solamente 22 compases al desarrollo, contra 59 á la exposición y 69 á la recapitulación.

3 Compárese esta peroración con la de la obertura de *Egmont*, contemporánea del cuarteto décimoprimer.

tres últimas sinfonías, las sonatas de piano de la op. XC á la op. CXI inclusive, y la Misa en *re*; catorce años en los que el sufrimiento y el trabajo han dejado libre el genio de Beethoven y en los que la sordera, cerrando su oído á cualquiera otra voz, no le ha dejado oír más que la suya. De un modo general, los cinco últimos cuartetos se distinguen de los precedentes por la afirmación absoluta de la individualidad. Beethoven marca el esfuerzo de profundidad y de análisis y el cuidado de agotar hasta el fin su melancolía ó su gozo, con el uso, más y más frecuente, que hace de la «gran variación,» y también con la extrema multiplicación de los temas: nada de «primer motivo,» ni de «segundo motivo,» ni de transiciones, ni de guías; nada tampoco de lleno armónico, ni de instrumentos reducidos, como en los primeros cuartetos, al papel de acompañante: todo cauta, se podría decir todo habla, y el término sería apenas exagerado. Por todas partes se manifiesta un esfuerzo supremo para objetivar y hacer inteligible, como por medio de la palabra, la emoción traducida en música: los recitados instrumentales, las numerosas indicaciones expresivas, los títulos, en fin, lo atestiguarían de una manera externa y como palpable á quien no lo hubiere sentido primeramente en virtud de la sensibilidad inmediata.

En el cuarteto décimo segundo, op. CXXVII, en MI bemol mayor, el desarrollo del primer trozo reposa en dos principios: 1º oposición de un tema al ritmo enérgicamente voluntario, — — — — — y de otro al ritmo fluído como una caricia; 2º paso de este *binomio*, del tono de *mi* bemol al más claro de *sol*, y al más límpido aún, de *do*, antes de la vuelta obligada al tono inicial. Concebido, primero, para una sonata de piano á cuatro manos que nunca fué escrita, el tema del *adagio* (en $\frac{12}{8}$) se eleva lentamente, como un astro, y dibuja una curva admirable de 18 compases, para desarrollarse en seis variaciones no interrumpidas y muy libres que conservan todas, aun en las complicaciones rítmicas de la segunda, un carácter contemplativo. El *scherzando vivace* con sus variaciones de ritmos «de tres compases» y en dos tiempos, con su trío alternante *prestissimo*, somete á una nueva deformación el tipo del *scherzo*. El final, en cuatro tiempos *alla breve*, parece primero, por su ligereza, transpor-

1 Una blanca, una corchea, una negra, una corchea, una blanca.

tarnos á algunos años atrás; ciertas audacias de armonía como esta:



algunas modulaciones elípticas y la libertad de la polifonía, fechan, sin embargo, esta página que termina con una variación en $\frac{6}{8}$ con principio en *do* mayor, antes de retornar, del mismo modo que el primer trozo, al tono inicial de *mi* bemol.

Como el duodécimo cuarteto, el décimo tercero, op. CXXX, en SI bemol, compuesto al siguiente año, ¹ comienza por un trozo que repite cuatro veces ² una oposición temática y rítmica entre dos motivos. Pero aquí su orden está á la inversa del cuarteto décimo segundo, el primero expresa la tristeza:



y el segundo (motivo del violín segundo) la resolución:



1 A partir de aquí, la cronología de los cuartetos es difícil de establecer con precisión: por ejemplo, el cuarteto décimo quinto, en *la* menor, op. CXXXII, fué comenzado antes del décimo tercero, pero terminado después que él.

2 De las que dos son dobles (la tercera y la cuarta,) sin contar una repetición de la primera sección.

Se establece entre ellos un diálogo: para encontrar en él la estructura de la «forma-sonata», tendría que admitirse que la recapitulación se limita á algunos compases de *coda*, en que se afirma el triunfo del motivo enérgico.

El *presto* (cuatro tiempos *alla breve*) en *si* bemol mayor, con su trío ($6/4$) y el retorno vacilante, malicioso, al primer tema, es un intermedio exquisito en que las cuatro voces del cuarteto se entremezclan y juegan con una gracia diáfana y una sutileza aérea. Viene después una especie de *intermezzo* (*andante ma non troppo, poco scherzando*) en *re* bemol mayor, en que reinan sucesivamente la tristeza soñadora y una melancolla más sonriente. Después revive el minué antiguo, en forma de baile alemán en *sol* mayor, en que la ingenuidad del tema y su corte, en porciones de ocho compases, da no se qué sabor, á la vez arcaico y moderno, á las figuras polifónicas que le adornan.

Beethoven consideraba la siguiente *cavatina* (*adagio molto espressivo*) en *mi* bemol como la página más bella de su música de cámara. La había compuesto llorando y no podía oírla sin verter lágrimas: ¡Cuántos otros, después de Beethoven, se han enternecido con esta queja tan pura, preludiada por el segundo violín con una figura que parece imitar el levantamiento de un pecho que suspira! El tema medio de este *lied* es entrecortado, anhelante; Beethoven mismo ha escrito en la partitura: *beklemmt* (agobiado, oprimido); encontramos en él una estrecha analogía de inspiración con la cantilena de la sonata op. CX: como esta sonata, el cuarteto en *si* bemol terminaba en un principio con una fuga, la «gran fuga ya libre ya artificiosa» publicada después aparte con el número de obra CXXXIII. Los editores, artistas y aficionados, á quienes Beethoven sometió primero el cuarteto en *si* bemol, obtuvieron de él que no recargase una obra, ya muy desarrollada, con setecientos cuarenta y dos compases tan áridos. Escribió pues, posteriormente, en el otoño de 1826, en casa de su hermano Juan, en Gneixendorf, el final definitivo en dos tiempos, en que por una especie de maliciosa coquetería, el «maestro de los contrastes» parece haber querido reemplazar la austera fuga por el juguete más ligero y más inocente, en el que el tejido polifónico no es ciertamente menos hábil que el de la fuga, pero sí más suave y transparente.

En los cuartetos décimocuarto y décimoquinto, como en los

tres primeros, el orden numérico no es el de su composición: es realmente bastante difícil asignar una fecha precisa á la del décimocuarto, que quedó muy largo tiempo en obra y fué terminado en 1826, aun cuando el décimoquinto es de 1825. Por lo demás, una copia del cuarteto décimocuarto, corregida por Beethoven mismo, tiene de su mano el siguiente apunte: *Altes Quartett (von den Neuesten)* (4º cuarteto de los últimos); si el cuarteto décimocuarto no fuera anterior al décimoquinto, tendría que admitirse que, en el espíritu de Beethoven, la serie de los «últimos» cuartetos no comienza con el décimosegundo (1824) sino con el undécimo (1810), lo que es inaceptable.

El cuarteto décimoquinto, en *la menor*, podría ser llamado, sin ningún artificio de interpretación, «cuarteto de la convalecencia». Ludwig Rellstab, que visitó á Beethoven en la primavera de 1825, nos describe su tez de un «amarillo enfermizo»: en abril, Beethoven, amenazado ya por la enfermedad del hígado que debía matarlo dos años más tarde, tuvo una inflamación intestinal y después bronquitis con hemoptisis y hemorragias nasales. Bien pronto, sin embargo, merced á los cuidados del Dr. Braunhoffer, estuvo en aptitud de escribir «algunas notas para escapar del sufrimiento»¹ y de instalarse en Baden en donde Schindler, algunas semanas después, le encuentra «tostado por el sol como un copto»² Hacia el 7 de julio, Braunhoffer, que le visita, habla de su «actividad intelectual»; desde principios de agosto Holz pregunta «¿No creéis que el cuarteto en *la menor* necesitaría una repetición entre íntimos para las correcciones?»; sabemos por Carl que esta repetición tuvo verificativo antes del 7 de septiembre y que Wolfmayer lloró con el «Cántico de reconocimiento»³. Así, se cree que la composición, ó, por lo menos el perfeccionamiento del cuarteto en *la menor*, se llevó á cabo durante una convalecencia de Beethoven: no es una fantasía irreal de artista; es para expresar un recuerdo de su vida y sensaciones reales por lo que ha titulado el *adagio*: «*Heiliger Dankgesang eines Genesenen an die Gottheit*» (*Canzona di ringraziamento offerta alla divinita da un*

1 Correspondencia, página 241.

2 A fines de junio.

3 Cuadernos de conversación.

quarito) y anotado el paso al *andante*, más vivo, con estas palabras: *neue Kraft fühlend* (*Sentendo nuova forza*). Según Ad. B. Marx estas dos inscripciones dan la clave de todo el cuarteto; tal vez los dos primeros trozos fueron escritos, por lo menos ampliamente esbozados, antes de la enfermedad; pero seguramente que la enfermedad y la curación son las que inspiraron los dos últimos.

El primer movimiento del cuarteto décimoquinto pone en oposición, como el primer movimiento de los tres cuartetos precedentes, dos principios, uno voluntarioso y lleno de ímpetu y otro suplicante, expresados cada uno de ellos por dos motivos esenciales A. B.

en el orden A. C. B. D., y cuyo desarrollo, en vez de terminar como sucede de ordinario en las obras de Beethoven, con el triunfo indiscutible de uno ó de otro, concluye con una especie de síntesis:

en donde se encuentran elementos rítmicos del tema B y elementos melódicos del tema C.

El *allegro ma non tanto* forma un *scherzo*, de ritmo insinuante, cuyo trío encierra á su vez una especie de *scherzo con trío*. Después viene el «Canto de reconocimiento de un convalecien-

te á la divinidad,» que principia por un coral en modo lídico. Ad. B. Marx ha querido ver una intención descriptiva, aun en la elección de este modo «enfermizo»; esto es ir demasiado lejos y si Beethoven se adhería fuertemente á la característica de las tonalidades modernas, no tenía sobre la de los modos antiguos el dogmatismo de un Platón; ha elegido un modo de iglesia para dar á su canto de reconocimiento el acento y como la actitud de la plegaria, eso es todo. Después de treinta compases de este piadoso recogimiento, el enfermo *neue Kraft fühlend* (*sentendo nuova forza*) parece ensayar sus primeras fuerzas é intentar sus primeros pasos en un *andante* en $\frac{3}{8}$, cuyos vastos intervalos en notas picadas y cuyos esfuerzos y vacilaciones expresan, mejor que todas las palabras, el nuevo aprendizaje de la vida por un convaleciente, hasta que la misma vida respira de nuevo á plenos pulmones, en un largo tema del violín primero, sostenido y animado por los demás instrumentos. Después reaparece el coral, modificado apenas por figuras en lentas sínco-pas, luego todavía el *andante* en $\frac{3}{8}$, enriquecido con nuevas figuras, y por último, otra vez el coral *mit innigster Empfindung*, presentado con los adornos de su primera repetición, un poco complicados y disminuidos de valores.

Sin salirse del programa, el *allegro* que sigue, *alla marcia*, no es menos significativo. Es el transporte gozoso de la juventud y de la fuerza reconquistadas: corta ilusión, rápidamente suspendida por un recitado instrumental que conduce al final.

La vida vuelve de nuevo con sus deseos y su actividad: el movimiento es vivo, el ritmo del tema fluído y equilibrado, pero la melodía, en modo menor, queda triste hasta la muerte: el río corre, pero arrastrando escombros. Una agitación persistente se manifiesta en las complicaciones rítmicas de los instrumentos inferiores; el mal está vencido, pero no olvidado, hasta el momento en que, después de un esfuerzo más poderoso para domarlo, cede por fin: el modo mayor devuelve repentinamente el gozo; la complicación de los ritmos se disipa poco á poco; la agitación polifónica se resuelve en figuras paralelas para motivar un vigoroso unísono final en que, una vez más, triunfa la energía de Beethoven: el enfermo del Dr. Brauhoffer está curado.

Beethoven estimaba de un modo muy particular este cuarteto

décimoquinto. al proponerlo al editor Peters (que lo rehusó al principio) le aseguraba, bajo su palabra de artista, que era una obra «digna de él» y Carl, encargado por su tío de tratar de los detalles de este negocio, escribía al mismo Peters: «Permitidme . . . que os cite un pasaje de la carta de mi tío: «Recuerda al Sr. v. Peters que le ofrezco lo mejor de lo que tengo ahora, sin hablar de lo pasado.» Holz decía en 1857: «durante la composición de los tres cuartetos dedicados al príncipe Galitzine (op. CXXVII, CXXX, CXXXII) la inagotable imaginación de Beethoven fluía con tal abundancia de nuevas ideas de cuarteto, que tuvo que escribir aún, casi involuntariamente, los cuartetos en *do* menor y en *fa* mayor.»

El examen de los apuntes y de los cuadernos de conversación concuerdan con las memorias de Holz: la génesis del cuarteto décimocuarto, op. CXXXI en *DO* sostenido menor, parece en efecto haber sido inconciente: elementos diversos, aislados en un principio, esparcidos en muchos cuadernos, se han acercado poco á poco en virtud de una atracción secreta; para recordar que la inspiración había soplado á los cuatro vientos del espíritu, Beethoven escribió en una copia del cuarteto revisada por él: *N. B. Zusammengestohlen aus Verschiedenem diesem und jenem* (Hecho de pedazos y de trozos tomados de aquí y de allí)¹. Por último, el cuarteto conserva en su forma algo de su origen: de todos es el más fragmentado y no comprende menos de siete partes, tocadas sin interrupción, sin hablar de las variaciones del *andante*.

¹ La composición debía estar bastante adelantada á fines de enero de 1825, supuesto que Holz en esta época escribe en un cuaderno de conversación: «*Vielleicht Konnen wir dann zugleich etwas vom Cis moll Quartett probiren.*» Sin embargo, aun no estaba terminada definitivamente, porque si es cierto que el mismo cuaderno lleva en su forma actual el motivo del *andante* variado, contiene la notación siguiente (que debe leerse en llave de sol y en tono de *do* sostenido menor):



en la que se reconoce, pero en *tres* tiempos, un motivo en *cuatro* tiempos del final. El cuarteto no fué terminado sino veinte meses más tarde.

«El muy lento *adagio* de introducción, escribe Ricardo Wagner,¹ es seguramente lo más melancólico que jamás haya expresado la música.» En todo caso, nunca Beethoven ha aplicado la fuga con efecto más punzante al desarrollo de una fantasía, para expresar la invasión lenta del alma por la tristeza, el desencanto, el cansancio de la vida. El comentario de Wagner, á la vez poético y exacto, merece ser considerado por partes: con el *allegro molto vivace* (que en más de un detalle recuerda el *prestissimo* de la sonata CIX²) «el ensueño interior, dice, se despierta en un recuerdo de una suavidad absoluta.» El *andante* ofrece el ejemplo más acabado de la «gran variación» beethoveniana, mostrándonos como el tema tan sencillo en $\frac{2}{4}$ llega á ser el sublime *adagio* en $\frac{3}{4}$. En el *presto* en cuatro tiempos, *alla breve*, en notas picadas *coll'arco*, el espíritu de malicia gozosa y de fantasía humorística del scherzo de Beethoven, vive todo entero, interrumpido por recuerdos misteriosos de los que no se preocupa absolutamente. A este acceso de alegría sucede una gran reflexión expuesta por la voz más íntima del cuarteto, el firme y penetrante alto. El alma parece arrepentirse de su locura: necesita, para dominar sus tristezas, mucho más que un gracioso entretenimiento. Así, el final será el más enérgicamente acentuado de los que se encuentran en los dieciséis cuartetos: aquí la turbación del alma no se dispersa ya en las sinuosidades de una polifonía inquieta; todas las energías se juntan, y toman cuerpo en vigorosos unísonos, en acordes fuertemente acentuados, y este doble carácter, afirmado desde el principio con vigor sobrehumano, casi no cesará de manifestarse hasta el último compás.

El décimosexto cuarteto op. CXXXV, en *FA* mayor, escrito durante el último veraneo de Beethoven en casa de su hermano Juan, en Gneixendorf, es más corto que los precedentes y tal vez de menor alcance, á pesar de su *adagio* incomparable y de un final en que Beethoven intenta un nuevo esfuerzo para manifestar por medio de la música ciertos «datos» psicológicos. El primer movimiento, *allegretto*, atestigua una destreza y una in-

¹ *Beethoven*, traducción de H. Lasvignes (París, 1902, ediciones de la *Revue Blanche*), pág. 68.

² Compárense los compases 16 y 17 del *allegro*.

geniosidad polifónicas extraordinarias; pero parece que trata solamente de llamar la atención con amables sorpresas, y no de escarbar hasta el fondo una tristeza, un desencanto ó un deseo.¹ Más vivo, el *scherzo* conserva, sin embargo, el mismo carácter: su ritmo es caprichoso, múltiple, y bien pronto, por una aplicación del contrapunto doble, el edificio sonoro se trastroca, los dos violines toman como canto los bajos del violoncelo, en tanto que los dos instrumentos inferiores acompañan con el canto inicial del violín.² El trío, animado desde su principio, se retarda poco á poco y llega á ser una especie de baile campestre, lanzado por el primer violín en verdaderos saltos y acompañado furiosamente en ritmo monótono — — — — — por un unísono de los otros tres instrumentos.

El *lento* en *re* bemol ($\frac{6}{8}$) puede hacer juego con la cavatina de la op. CXXX. Su gravedad sencilla y triste no podría expresarse con palabras: es uno de los ejemplos más maravillosos de la melodía beethoveniana, formada con fragmentos de la escala diatónica. En un cuaderno de apuntes, Beethoven, anotando este tema, le llama *Süsser Ruhegesang* ó *Friedensgesang* (*dulce canto de reposo* ó *canto de paz*): esta mención se encuentra reemplazada en el manuscrito y en las diversas ediciones, por las palabras *cantante e tranquilo*. La tranquilidad se interrumpe, sin embargo, en la parte media, por compases entrecortados de suspiros casi anhelantes, que vienen á calmarse, por una asombrosa modulación enarmónica (de *do* sostenido menor á *re* bemol mayor), con la vuelta del «canto de reposo», más elevado esta vez, y que se pierde bien pronto como en las primeras brumas del sueño.

El final del cuarteto décimosexto ha hecho gastar mucha tinta. Como se sabe, se titula *Der schwer gefasste Entschluss* (*la resolución difícilmente tomada*)³ y está construido con dos motivos, á los que Beethoven ha puesto palabras:

¹ El buen humor se encuentra de nuevo en el final del cuarteto décimotercero, añadido en la misma época. Véase la pág. 4.

² Véanse las *Variaciones*, op. XXXV.

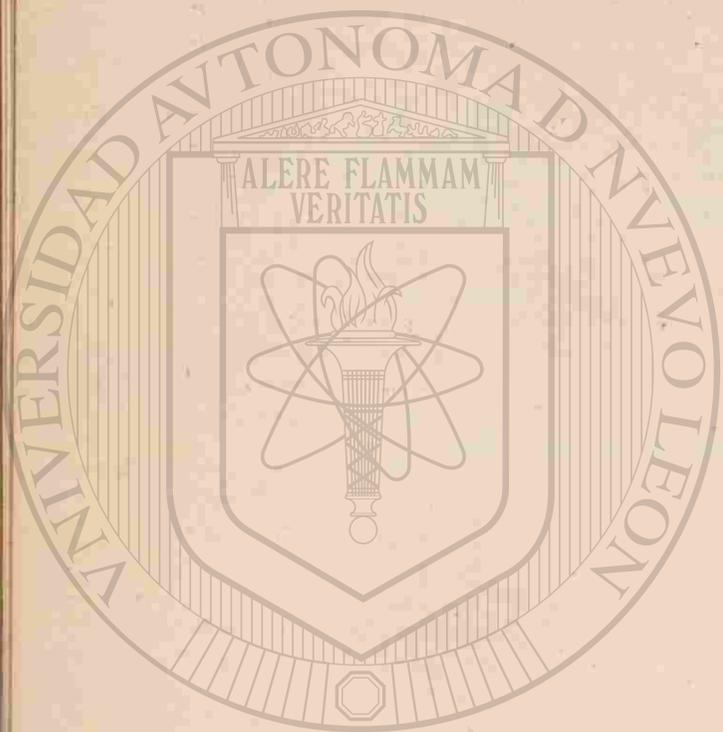
³ En algunos apuntes, Beethoven ha escrito: *Der gezwungene Entschluss* (*la resolución contrariada*), y en otra parte *Der schwere, harte Entschluss* (*la pesada, la dura resolución*); estos apuntes están revueltos con los de los cuartetos décimotercero y décimocuarto.



Se ha tratado de averiguar á qué graves acontecimientos podían hacer alusión estas palabras: ¿es un diálogo con una sirviente que pedía dinero para ir al mercado, ó con un aficionado á la música á propósito de algunos asuntos de propiedad artística? No se sabe nada con certeza, á pesar de «glosas» innumerables: es preciso, sin duda, ver en las palabras *Muss es sein* y *Es muss sein*, una de esas frases, como existen en todas las familias, palabras insignificantes, á las cuales una pequeña anécdota, ha dado, sólo para los iniciados, un sentido jocoso.¹ Por lo demás, el asunto es de poca importancia: seguramente que Beethoven no ha querido poner en escena en el final del cuarteto décimosexto una disputa con su criada; ha querido solamente demostrar cómo es capaz la música, tanto como el lenguaje discursivo, de plantear una tesis y una anti-tesis, de oponerlas, de desarrollarlas y de terminar, no con una síntesis, porque no es el hombre de la conciliación, sino con una afirmación bien deducida.

¹ Se presentan varias veces en los cuadernos de conversación, en pláticas con los parientes más íntimos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



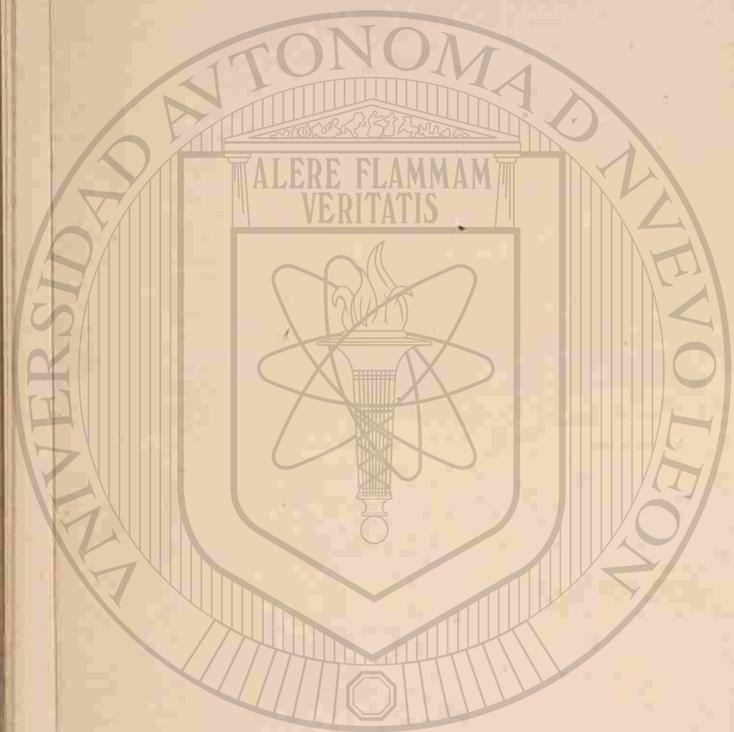
ÍNDICE.

	Págs.
Introducción	3
1er. Cuarteto (op. XVIII, núm. 3, en <i>re</i> mayor).....	4
2º Cuarteto (op. XVIII, núm. 2, en <i>sol</i> mayor).....	4
3er. Cuarteto (op. XVIII, núm. 1, en <i>fa</i> mayor).....	4
4º Cuarteto (op. XVIII, núm. 4, en <i>do</i> menor).....	5
5º Cuarteto (op. XVIII, núm. 5, en <i>la</i> mayor).....	6
6º Cuarteto (op. XVIII, núm. 6, en <i>si</i> bemol mayor).....	6
7º Cuarteto (op. LIX, núm. 1, en <i>fa</i> mayor)	7
8º Cuarteto (op. LIX, núm. 2, en <i>mi</i> menor).....	8
9º Cuarteto (op. LIX, núm. 3, en <i>do</i> mayor).....	8
10º Cuarteto (op. LXXIV, en <i>mi</i> bemol mayor).....	9
11º Cuarteto (op. XCV, en <i>fa</i> menor).....	10
12º Cuarteto (op. CXXVII, en <i>mi</i> bemol mayor).....	12
13º Cuarteto (op. CXXX, en <i>si</i> bemol mayor).....	13
14º Cuarteto (op. CXXXI, en <i>do</i> sostenido menor).....	18
15º Cuarteto (op. CXXXII, en <i>la</i> menor).....	15
16º Cuarteto (op. CXXXV, en <i>fa</i> mayor).....	19

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por acuerdo de la Academia se publican en este cuaderno las dos cartas siguientes:

SR. D. RUFINO JOSÉ CUERVO.

París.

México; 3 de Junio de 1896.

Mi muy querido y venerado amigo:

Estoy cierto de que si yo viviera en París ó usted en México, había de importunarlo con mis visitas, más frecuentemente de lo que consintiera su constante estudio, porque á ello me moverían el acendrado afecto que sin poderlo remediar me lleva hacia usted, la admiración ilimitada con que venero su virtud y ciencia, y luego la blanda condición de su carácter, y su trato tan suave como urbano. Natural parecería que ya que no puedo visitarlo, le escribiera con mayor frecuencia; pero por una parte mis incesantes ocupaciones, y por otra el temor de importunarlo, poniéndolo el caso de contestarme, han hecho que más de una vez haya dejado comenzadas cartas dirigidas á usted. En alguna de mis anteriores prometí decirle algo acerca de sus últimos trabajos gramaticales sobre los "Casos Enclíticos y Proclíticos de los Pronombres" y

sobre "Antigua Ortografía y Pronunciación Castellanas." Usted ha extremado su bondad hasta el grado de pedirme mi humilde, y sobre todo, incompetente juicio acerca de estos pasmosos trabajos.

Lo digo como lo siento: no puedo juzgar las producciones científicas de usted; me conformo con admirarlas, y procuro aprovecharme de ellas, agradeciendo á usted en el alma la instrucción que me proporciona con tan poco trabajo mío.

Cuando le anuncié á usted que quería decirle algo sobre sus últimos opúsculos, me referí á ciertas dudas que el amigo y el discípulo propone á su amigo y al maestro eminente; y ya que usted me anima, entraré en materia.

Presupuesta la anarquía que ha reinado y aun reina en la declinación de los pronombres personales *él, ella, ello*, interesa sobre manera ver de fijar su uso y para ello es menester comenzar por conocerlo.

El maravilloso trabajo de usted nos proporciona un verdadero inventario de los diferentes usos que se han hecho de las formas de estos pronombres, y gracias á él, podemos saber qué variantes han prevalecido sobre sus rivales, en qué tiempos y en qué lugares.

En mi humilde concepto, para decidir en los casos dudosos, si *le* ó *les* son dativos ó acusativos, es necesario aquilatar la significación del verbo determinante y fijar ante todo, las nociones ó conceptos de término directo y término indirecto del verbo. Hoc est quidem summa difficultatis, quæ re vera summa est difficultas.

Me voy á permitir someter á su sano é ilustrado criterio lo poco que se me ofrece decir sobre este punto.

Entiendo que el complemento directo ó término directo de la significación de un verbo transitivo expresa el objeto material ó formal sobre el cual recae la acción significada, ó bien lo que los escolásticos llamaron *objectum materiale quod y objectum formale quod*.

La acción que tiene término directo ha de producir el ser, la existencia ó el modo de ser de la cosa ó persona expresada por el nombre: este modo de ser es modificación intrínseca ó extrínseca; esta última puede ser á su vez material ó bien estimativa y moral. Cuando decimos: *Dios creó el mundo; David engendró á Salomón*, las acciones significadas por los verbos *crear y engendrar* dan el ser ó la existencia.

En estas otras proposiciones: *los padres instruyen á sus hijos; el arquitecto consolida el edificio*, los verbos connotan modificación intrínseca, pues lo son la instrucción respecto de las personas y la solidez con relación á los edificios. En las oraciones siguientes: *La niñera viste al niño; el carpintero barnizó la mesa*, se habla de modificaciones extrínsecas materiales; finalmente se expresa una modificación estimativa ó del orden moral en las locuciones que siguen: *Pedro compró la casa; Pedro robó la hacienda*; pues la compra ó robo de un objeto en nada modifican sus cualidades constitutivas, ni materiales; pero sí mudan su modo de ser legal, según que es ó no es propiedad legítima de una persona, lo cual pertenece al orden moral. Ahora bien, todo nombre que exprese el término directo de una acción, se hallará en acusativo, si la oración está en la forma activa, y será nominativo, si la oración es pasiva. Resulta de aquí que lo que es acusativo en activa,

es nominativo en pasiva. Esta doctrina enseña el eminente Bello en su Gramática, párrafos 732 y 430, edición de París hecha por usted.

Sin embargo en el párrafo 739 (c) afirma que: "Esta inversión no es una señal inequívoca de acusativo" y da por razón que se dice *sentencia apelada*, y esto no obstante, el uso no consiente decir apelar *la sentencia*. En contra, me ocurre, que la frase citada no es oración pasiva, ni sería correcta la locución "la sentencia fué apelada." *Sentencia apelada*, si no me equivoco, es un modismo, y por tanto una construcción anómala, que carece de fuerza para infirmar ley tan general como la que rige la conversión de las oraciones activas en pasivas y viceversa.

En el párrafo 739 (c) enseña Bello que debe decirse: *les* lisonjea la popularidad, y que no es correcta la expresión *los* lisonjea la popularidad, aunque sí es de recibo ésta: "son lisonjeados por la popularidad." de donde infiere que el dativo *les*, puede en la forma pasiva convertirse en nominativo; luego la inversión no es siempre señal segura de acusativo. Yo inferiría mejor esta consecuencia; luego la variante *les* se usa como acusativo; y para llegar á esta conclusión en el caso presente, me basta considerar que *les* está en lugar de las personas que son el objeto ó término directo de la acción de lisonjear. Mas si por una parte el pronombre *les* está en lugar del objeto de la lisonja, por otra se percibe, á mi modo de ver, con bastante claridad, que no puede ser término indirecto ó dativo.

No sé si tendré razón al considerar el término indirecto de la acción del verbo como el *finis cui* de ella, á

diferencia del complemento directo que es el *objectum quod*. Si en efecto es así, dativo significa el destino que se da á alguna cosa; v.g. "Dulces para los niños;" también significa la persona ó cosa á quien resulta daño ó provecho (*dativus commodi*), pero siempre como *finis cui*, y así aunque *azotar* denote acción *dañosa*, y *lisonjear* acción grata, uno y otro verbo exigen acusativo en locuciones como éstas: azotan *á los esclavos*; lisonjean *á los príncipes*. No diré aquí nada del dativo ético, porque es difícil que se confunda con el acusativo; en esta oración: "*me azotaron á mi hijo*," nadie pensará que *me* dativo ético es acusativo.

De lo hasta aquí dicho resulta que entre el término directo y el indirecto, hay la diferencia de que el segundo, esto es el indirecto, presupone al primero; cuando digo: *doy dinero á los pobres*, *pobres* presupone á *dinero*; primero es que haya dinero para que se dé á los pobres.

De estos conceptos de término directo y término indirecto que acabo de exponer se desprenden las siguientes consecuencias: 1ª Así como *le* y *lo* en singular son formas del acusativo, lo son igualmente en plural *les* y *los*. D. Vicente Salvá propone indistintamente ambas formas como caso objetivo y D. Andrés Bello en la pág. 241, § 929 (o) de su Gramática, edición de París, dice: "En la tercera persona masculina de plural "la forma regular del acusativo es *los*; pero la *les* ocurre con tanta frecuencia en escritores célebres de todas épocas, que sería demasiada severidad condenarla." Luego siguen numerosos ejemplos cuyo valor analiza usted y taza en su Estudio sobre los Pronombres Pro-

clíticos y Enclíticos. Reservando para después proponerle algunas dudas sobre el análisis ideológico ó mejor diré sobre la manera de considerar la connotación de algunos verbos, me tomo la libertad de llamar la atención de usted hacia algunos otros que sin variar de significado han sido contruídos por un mismo autor, ya con *les* ya con *los*. Aunque presentar á usted citas equivale á llevar una gota de agua á la inmensidad del océano, me permitiré recordarle dos ó tres autoridades, alguna de ellas tomada del Diccionario de Régimen y Construcción: sea la primera "Todas aquellas maldiciones no menos *les* comprendieron espiritualmente (Fr. Luis de Gran. R. 8. 289¹); el mismo autor dice: "porque no *los* comprendiese aquel terrible azote" (R. 6. 722).

En una obra muy reciente atribuída al P. Mir, se leen las siguientes frases: "Exponiendo no los principios que debieran guiarlos, sino los que *les* guían."

La segunda consecuencia que parece deducirse es que la forma *les* ha de reputarse acusativo en las oraciones impersonales cuyo verbo es transitivo, el cual por lo mismo rige acusativo en la forma personal; y así en las oraciones: *se les acusa* y *se les castiga* el *les* es acusativo.

Por último las nociones de término y complemento directo y de término ó complemento indirecto aquí expuestas nos ponen en el caso de admitir que algunos verbos se construyen con dos acusativos ó complementos directos; tales son por ejemplo: *enseñar*, *aconsejar*, *inspirar*, *corregir*, *vestir*, *desnudar*, y otros muchos.

¿Hasta qué punto son aceptables estas consecuen-

cias? Esto es sin duda lo que en el presente caso nos importa precisar.

En el Estudio de los "Casos Enclíticos y Proclíticos" enseña usted que "el uso de *les* en acusativo por "*los* es sin comparación muchísimo menos frecuente "que el de *le* por *lo*" y comprueba usted esta doctrina con maravillosa y bien empleada erudición.

En el curso de este admirable Estudio hace usted ver que muchos *les* tenidos por acusativos, son en realidad dativos, porque el verbo que los rige ha tomado la significación de intransitivo, en vez de la de transitivo con que es más usado, y si mi memoria no me es infiel, cita usted ejemplos de *les* por *los* en que se usa el verbo *tomar* en la significación de sobrevenir.

En verbos que admiten dos acusativos, uno de persona y otro de cosa, usados separadamente, el *les* será dativo de persona en las construcciones que lleven los dos términos á un mismo tiempo; como en esta: *Se les enseña Gramática*; aunque sea el pronombre acusativo y Gramática también, en las locuciones separadas *enseñarlos* y *enseñar Gramática*. De esta suerte elimina usted un gran número de *les* acusativos.

En las oraciones de forma impersonal pasiva y refleja el *les* tampoco es acusativo, sino dativo; v.g.: *se les admira*, con lo cual disminuye usted considerablemente el número de casos en que *les* sea acusativo. ®

Finalmente por un procedimiento analítico descompone usted, lo mismo que Bello, verbos transitivos en otros de sentido más genérico modificado por un acusativo correspondiente al sentido del primer verbo y

como sacado de sus entrañas, y así: *eso cansa ó fatiga* es lo mismo que *eso causa cansancio ó fatiga; tal cosa honra, consuela, admira, sorprende* es como decir: *da honra, consuelo, admiración, sorpresa; enamorar* = á *inspirar amor; ayudar, alumbrar* = *dar ayuda, luz; obligar* = *causar obligación; temer* = *tener miedo; oír* = *dar oídos; aventajar* = *llevar ventaja*. Mediante este análisis resulta que el término directo del verbo es el nombre implícitamente contenido en él, y las formas *le* y *les* ya no serán acusativos según se las ha considerado por algunos gramáticos. Así explica usted crecido número de construcciones tomadas de autores de valía en que aparece *le* en vez del acusativo *la* y *les* en vez de *las* ó de *los*. Entre otros pasajes hallo éste de la Real Academia: “*No le sorprenderá* (á la Academia) *la censura atinada*” esto es: *No le causará sorpresa*.

A fin de explicar el *los* empleado en vez de *les* dativo, propone usted un procedimiento inverso que consiste en condensar un verbo genérico con su complemento directo expreso, en otro verbo transitivo menos genérico; y así dice usted: *los fazer merced* es como *favorecerlos; los dan el pecho*, es como *los amamantan; los quitó las vidas*, como *los mató*” De esta suerte por ingeniosa manera pone usted en armonía la fórmula ideológica con la gramatical, puesto que por una parte conserva usted á las formas *le, les* y *los* el oficio gramatical que deben desempeñar y por otra da usted al verbo el complemento ó término que su significado exige. Resulta de aquí otra ventaja inapreciable, y es que culminando en cada caso de la declinación una sola forma, casi pone usted término á la anarquía que ha

reinado en el uso de los pronombres enclíticos y proclíticos.

Y esta hermosa teoría que fija la declinación del pronombre de tercera persona descansa en las formas etimológicas de esos pronombres y en las doctas enseñanzas de la Gramática Histórica, de esa Gramática que pone en nuestro oído ora vocablos y giros de formas mudables é indecisas que balbucean torpemente los idiomas en su infancia; ora el acento viril y grandilocuente, la frase desembarazada y elegante, la dicción abundosa y castiza con que se expresan las lenguas durante su juventud y edad madura; ora en fin la locución desmañada, obscura y vacilante que profieren con voz apagada y casi extinta al tocar los lindes de la extrema vejez.

¡Cuánto, pues, no me apenará advertir que no se compadecen con las doctrinas apoyadas en tan sólida teoría las que yo presumo derivar de los conceptos del término directo y del término indirecto del verbo! Hasta aquí he pensado que en las oraciones impersonales de forma reflejo pasiva, como “*se les acusa*”, *les* no es dativo, sino acusativo, y que no pocos verbos como *enseñar, inspirar, aconsejar, corregir, vestir* y otros muchos se construyen simultáneamente con dos acusativos, el uno de persona y el otro de cosa. Y como es difícil descuajar en breve tiempo convicciones arraigadas durante largos años, permítame usted, Sr. D. Rufino, que antes someta á su claro é ilustradísimo criterio los fundamentos de estas convicciones.

Comenzaré por confesar á usted que no alcanzo á descubrir razón para que los verbos en la forma im-

personal aparentemente pasiva, no tengan el mismo régimen que la personal. En el punto de vista en que yo me coloco, creo que "A Dios" es igualmente acusativo en la oración impersonal: *se ama á Dios* que en la personal: "Amamos á Dios." Entre una y otra hay la diferencia que media entre el sentido indefinido y el definido, pues en la primera se ignora quién es el sujeto de la acción, y en la segunda se conoce; pero como se advierte fácilmente, esta diferencia no nace de la más leve mudanza en el significado del verbo, sino de la índole del sujeto gramatical, que en un caso es definido y en otro es indefinido. Ahora bien, si no se muda la significación del verbo, ¿cómo podremos explicarnos que si cambia su régimen? ¿Qué fundamentos podremos hallar para que *se ama* rija dativo y *amamos* pida acusativo?

El Sr. D. Andrés Bello para explicar por qué no han de ser acusativos los complementos *á los grandes hombres, á las damas* en las oraciones: *Se admira á los grandes hombres; Se coloca á las damas en el estrado*, reputa equivalentes las locuciones *se admira* y *se siente admiración; se coloca* y *se da colocación; se alaba* y *se dan alabanzas*. De esta suerte en la frase: *Se coloca á las damas*, el acusativo ó complemento directo será la palabra *colocación* sobreentendida y encerrada en el verbo *coloca*, y el complemento *á las damas* será el dativo.

Ya en mi "Estudio sobre los Oficios Ideológicos y Gramaticales del Verbo" expuse las razones que me movían á no aceptar este análisis.

Es fácil advertir que el argumento tomado de la equivalencia establecida por el Sr. Bello entre las oracio-

nes *se coloca* y *se da colocación*, nada prueba, por lo mismo que prueba mucho. A tener alguna fuerza no habría un solo verbo que consintiera complemento directo ó acusativo, pues al modo que "*se coloca á las señoras*," es lo mismo que "*se da colocación;*" *coloco* será lo mismo que *doy colocación;* *alabo* lo mismo que *doy alabanzas*, y por consiguiente habría que reputar á *señoras* y *á grandes hombres*, complementos indirectos ó dativos en las oraciones "*coloco á las señoras; alabo á los grandes hombres*, conclusión que de seguro no habría aceptado el insigne gramático, porque aceptarla sería desposeer á los verbos transitivos del régimen que exigen su índole y significado.

Por otra parte ¿serán idénticas gramatical é ideológicamente las proposiciones: "*Se coloca á las señoras* y *se da colocación á las señoras?*" Si lo son, habrá que seguir otra ruta en la clasificación de los oficios gramaticales de algunas palabras y en el régimen que deba atribuírseles. Temo mucho, Sr. D. Rufino, estar bajo la influencia de una preocupación invencible, y tal vez en fuerza de adclgazar y cavilar, hallo diferencias que sólo existen en mi mente; pero ello es que á mi espíritu se presentan claras y tangibles; y así en la proposición "*se coloca á las señoras*," veo un verbo con un solo complemento "señoras" que es el objeto de su acción, el *objectum quod* que dirían los escolásticos; en la otra oración: "*se da colocación á las señoras*" percibo dos complementos del verbo dar, *colocación* que es lo que se da, el *objectum quod*, y *á las señoras* que es sin duda un dativo *commodi*; de este análisis resulta que desde el punto de vista gramatical difieren por completo

una y otra construcción. Mas se dirá que ideológicamente son idénticas ambas; pues *colocar* y *dar colocación* dicen lo mismo. Tienen en efecto igual significación fundamental; pero en la primera "*se coloca á las señoras*," el objeto sobre el cual recae la acción del verbo es una persona, *señoras*; y en la segunda *se da colocación* el objeto de la acción significada por el verbo *da*, es otra acción, y *señoras* es el término indirecto de ese mismo verbo. En la oración primera *se coloca á las señoras*, la connotación del nombre sustantivo *colocación* es implícita, pues no es sostenible que un sustantivo y un modo personal tengan idéntica connotación explícita; en el verbo la acción aparece modificada por las ideas de tiempo, modo, número y persona; en el sustantivo la acción se presenta como algo que subsiste por sí mismo, con perfecta separación de esas otras circunstancias que necesariamente connota el verbo. Esto supuesto entre "*se coloca*" y "*se da colocación*" media la misma diferencia que entre un concepto implícito y otro que es explícito, diferencia de tal suerte trascendental que en ella arraiga la distinción entre la percepción y el juicio: en la percepción afirmamos implícitamente del objeto percibido, lo que en el juicio expresamos explícitamente; quien dice *Sol*, dice *astro* implícitamente; pero no expresa un juicio, sino una idea; á menos que volviendo explícito el concepto implícito, enuncie esta proposición "*el Sol es astro*." Resulta de esta diferencia entre el concepto explícito y el concepto implícito, notada ya entre la oración impersonal "*se coloca á las señoras*" y la segunda de pasiva: "*se da colocación á las señoras*," que en la prime-

ra "*se coloca á las señoras*" el término principalmente intentado es *señoras*, en cuanto á *colocación* va envuelto en el verbo *colocar*, pero ni aun pensamos en ese término; lo contrario pasa en la otra proposición: "*se da colocación á las señoras*," *colocación* es el término principalmente intentado; en la expresión primera, la idea de colocación ó lugar era implícita; en la segunda es explícita.

El anterior análisis pone de manifiesto que las proposiciones impersonales de forma aparentemente pasiva "*se coloca*," "*se ama*," "*se busca*" no se pueden resolver en un verbo más genérico con un complemento sacado ó deducido del mismo verbo impersonal, sin que se aumenten los complementos explícitos de la oración y con ellos sus términos ideológicos, y sin que se mu- de el verbo mismo: de todo lo cual colijo que no es sostenible que *les* sea dativo en la oración *se les coloca*, porque lo sea en esta otra: "*se les da colocación á las señoras*;" sino que es un acusativo; acusativo que algunos escritores expresan por medio de la forma *los* según quiere la Academia que se diga: v. g.: *se los acusa*; *se los busca*. Sin embargo en América y en España es mucho más usual *se les* que *se los*; pues según usted nos informa "entre cincuenta y tres pasajes apuntados, á medida que se han ido presentando, treinta y siete llevan *les*. . . y diez y seis hay de *los*." No cabe duda que Balmes, Quintana, Menéndez Pelayo y los demás que han dicho *los* han dado al verbo impersonal complemento directo, y también se lo habrán dado muchos de los que han usado el *les*, ya que esta forma con frecuencia es empleada como acusativo por no pocos escritores.

Hay además, á lo menos para mí, otra razón potísima, para conservar á los verbos usados impersonalmente el mismo régimen que les corresponde, cuando se emplean como personales; y es que tal impersonalidad, si yo no me equivoco, es sólo aparente, porque según yo pienso no carecen de sujeto, sino que le tienen indefinido, y así en las proposiciones: *se cuenta, se canta, se baila*, el sujeto es el pronombre indefinido *se*, que por su índole, lo mismo puede referirse á uno que á muchos; á hombres que á mujeres, de forma que la oración: *se castiga á los delincuentes* consta de los mismos elementos que "*el juez castiga á los delincuentes*," con la única diferencia de ser el sujeto de la primera perfectamente indefinido, y perfectamente definido el de la segunda.

Y aquí me corresponde pedir á usted perdón una y muchas veces por la temeridad con que asiento una doctrina que repugnan gramáticos de primer orden, y entre ellos usted, que en mi humilde concepto es de los más conspicuos. Y sin embargo, usted mismo y el Sr. D. Miguel Antonio Caro dan á esta opinión todo el peso y toda la fuerza de su inmensa autoridad. En efecto, en la página 50 del admirable opúsculo de usted sobre los pronombres proclíticos y enclíticos, leo lo que en seguida copio: "Fué el otro camino acudir á la semejanza de locuciones al tenor de *se dice, se manda, se ruega, se hace agravio ú ofensa*, las cuales teniendo *sujeto gramatical*, son ideológicamente impersonales." Según lo expuesto, en *se canta* hay un sujeto gramatical, y como de las dos palabras la una es verbo, la otra *se*, sin duda, será el sujeto.

Paso ahora á copiar el siguiente párrafo del Tratado del participio del Sr. Caro. Analiza el insigne filólogo este pasaje de Cervantes: "El día siguiente cerca de la una, entraron en la posada con cuatro hombres de á caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de los mozos que á pie con ellos venían, si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella." (Cervantes. "La Ilustre Fregona.") Y dice lo que á continuación transcribo: "Aquí hay dos cláusulas absolutas: 1ª Habiendo uno de los mozos preguntado, y 2ª habiéndole respondido. La primera tiene su sujeto: uno de los mozos; se sabe pues quién preguntó; no así la segunda: cuando leemos *habiéndole respondido*, esperamos un inmediato sujeto, que no hallamos al continuar la lectura. No sucediera esto, si se hubiese dicho. Y habiéndosele respondido que sí, se entraron etc." Parece desprenderse de las palabras del Sr. Caro que según él, *se* es el sujeto de la proposición: habiéndosele respondido que sí, etc.

Permítame usted que repita aquí lo que hablando de este punto dije en mi Tratado del Verbo, páginas 63, 64 y 65 del Tomo II de las Memorias de la Academia Mexicana.

Se ha visto ya cómo la partícula *se* no puede ser acusativo en las construcciones: *se admira á los héroes; se enseña á los niños; se castiga á los delincuentes*: investiguemos ahora si se avienen con su índole los oficios de nominativo. Desde luego haremos notar que las oraciones de que venimos tratando, no se llaman

impersonales porque carezcan de persona gramatical, sino porque no la señalan ni determinan. Cuando decimos: *se canta, se baila, se cuenta*, es claro que alguno ha de ejecutar tales acciones, aunque ignoremos ó tal vez ocultemos quién sea. Infiérese de aquí que la palabra más apropiada para denotar este sujeto indeterminado que se nos presenta de incógnito, será aquella que con sólo una terminación exprese la universalidad de las personas sin distinguir de números, ni de géneros. Tal es el pronombre *se*; lo mismo representa á los nombres singulares que á los plurales, á los masculinos que á los femeninos, y reúne, por tanto cuantas circunstancias deben concurrir en el sujeto indefinido de los verbos llamados impersonales. Para adquirir la certeza de que tal es el oficio que en realidad desempeña, advirtamos que ocupa en la oración el lugar del agente. Si por ventura se nos pregunta, quién refiere tal ó cual noticia, y no podemos ó no queremos dejar satisfecha la curiosidad, quizá impertinente de nuestro interlocutor, nos limitamos á contestar sencillamente: *se cuenta ó se dice*; pero adviértase que el *se* de la respuesta corresponde al *quien* de la pregunta, y este último pronombre está en lugar de la persona que ejecuta lo que el verbo significa.

Por otra parte cuantos nombres ó pronombres reemplazan ó han reemplazado á la partícula *se*, son tenidos por todos los gramáticos como nominativos.

En lo antiguo era sujeto de las oraciones indefinidas el sustantivo *hombre*, usado en caso recto y sustituido hoy por el pronombre *se*. Aldrete en los Orígenes de la Lengua Castellana se expresa así: "*De la qual nun-*

ca oió hombre hablar," ó lo que es lo mismo: *De la cual nunca se oyó hablar.*

También se usan en lugar del pronombre *se* los indefinidos *alguien, nadie, uno, alguno, ninguno*. Nada más común que decir: *Nadie sabe cuando ha de morir ó bien no se sabe cuando hemos de morir*. Mas supuesto que los términos *hombre, nadie, uno, ninguno* son verdaderos nominativos en oraciones como las citadas, el mismo caso ha de corresponderle á *se* en tales proposiciones.

No se me oculta el reparo que comunmente suele hacerse: se dice que no puede hallarse en nominativo una palabra que carece de este caso; pero cabalmente este es el punto sobre que versa la cuestión: si el pronombre *se* hace en algunas frases papel de nominativo.

Por haber vaciado nuestra gramática en el molde de la latina, hemos negado al reflexivo *se* atribuciones que ciertamente le competen en castellano, aunque sea igualmente verdadero que carece de ellas en latín. Y así en esta lengua jamás sirve de sujeto al verbo, pues en las oraciones de infinitivo más bien forma parte del complemento directo del verbo determinante.

Si cotejamos nuestras oraciones con las impersonales latinas, advertiremos que las últimas no consienten la forma pronominal: *cuentan ó se cuenta es tradunt ó traditur*; pero *se tradit* sería un hispanismo insoporable, y sobre todo incomprensible. Deduzco de aquí que el latín carece de las construcciones castellanas en que el pronombre *se* puede hacer veces de nominativo.

En una luminosa carta que me dirigió usted hace

diez años justos, me dice usted que "en absoluto no repugna que *se*, como cualquier otro acusativo (v. g.: *quien = quem, alguien = aliquem*), pueda llegar á ser nominativo; en el caso de *se le castiga*, acaso se me haría durillo de admitir, porque no se trata aquí de una forma aislada, sino de una combinación en que se conserva viva la tradición sintáctica, y se divisan los pasos por donde ha llegado al estado actual, todo lo cual es como un hilo que la enlaza con la fórmula primitiva. ¿No le parece á usted que podrían mirarse como consecuencias de esto el que á *se* no pueda referirse un predicado (*se es feliz*), ni un posesivo (*cuando se ama á sus padres*), cosa que sería lícita con *uno, el hombre* cuando se usan en sentido análogo?" En efecto ambas locuciones son viciosas; pero si no es lícito decir en buen castellano: *Cuando se es feliz*, quizá no estribe el vicio de la locución en que el *se* sea un sujeto en nominativo, sino en que es un sujeto indeterminado en cuanto al número y en cuanto al género, y no se concibe que por ejemplo, *bueno*, adjetivo singular masculino, concuerde con *se*, que carece de número y género determinados. Otra cosa sería, si en lugar de *se*, pusiéramos los indefinidos *alguien* y *nadie*, que son necesariamente singulares. Análogo razonamiento pudiera aplicarse al segundo ejemplo: "Cuando *se ama á sus padres*," para explicar cómo *sus* determinado en cuanto al número, no puede referirse á *se* indeterminado en todo.

Yo quisiera, mi querido amigo, que me dijera usted si todo esto no es sino una mera cavilación.

No puedo, ni quiero negar que me hacen fuerza las

consideraciones de usted contra el *se* nominativo, derivadas de la tradición sintáctica; pero me ocurre que el sentido de las frases, lo mismo que la denotación y connotación de las palabras, va modificándose insensiblemente, y de ello no hay que citar ejemplos, cuando se habla con usted; quiero, pues, decir esto: que el agente lógico y consciente de las lenguas, se va superponiendo al agente psicológico é inconsciente. Este último hizo decir: "*Se degollaron á los habitantes*;" el primero ha corregido ya la frase, y se dice ahora: "*Se degolló á los habitantes*."

Por agente psicológico entiendo yo (no sé si mal) el instinto del pueblo que hace brotar de sus labios la frase espontánea y muchas veces gráfica, que expresa lo que más vivamente hiere la imaginación ó el sentimiento; y por agente lógico el criterio de los doctos, que lima y castiga la locución popular.

No dejaré pasar esta oportunidad sin hacer constar que yo no creo que los lógicos y los filósofos hagan los idiomas; ellos explican los hechos de lenguaje, cuando pueden ser explicados; pero si no hay ciencia, ni disciplina humana que pueda dar la razón de tales hechos, no nos queda otro recurso que reconocer el empirismo de nuestros conocimientos gramaticales. Le confesaré á usted, señor D. Rufino, que ha sido mi sueño dorado que alguien redima á la gramática de nuestra lengua del empirismo en que ha vivido; empresa ya realizada en gran parte por usted. Ahora bien, entiendo que no se dará cumplido remate á obra tan meritoria, reemplazando *lo que ha sido siempre*, *lo que es actualmente*, por lo que debiera ser según el cri-

terio de la lógica. Para lograr tan generoso intento se han de inquirir las causas de los hechos de lenguaje, arcanas muchas de ellas, apeando las dificultades que para ello se ofrezcan; se han de consultar los antecedentes históricos, ya que los hechos actuales se explican por los que han determinado el proceso de la lengua en épocas anteriores; hay que internarse en los dominios de la Psicología y de la Lógica; hay también que acudir al cotejo de los idiomas que tengan con el que se estudia deudo más ó menos cercano; y finalmente también deberá interrogarse á otras ciencias de orden muy diverso, con cuyo auxilio se pueda exponer la parte fonológica de la lengua.

Procediendo de esta suerte, se cae en la cuenta de que muchos hechos de lenguaje que se habían imputado al capricho de nuestros mayores: *Quia sic voluerunt priores*, tienen cumplida explicación que los exime de la nota de arbitrariedad con que se les había señalado.

Para concluir, apuntaré aquí las dudas que se me ocurren acerca del *les* dativo en oraciones como ésta: *Se les enseña el catecismo*. Como usted recuerda muy bien, D. Andrés Bello dice que el verbo enseñar rige acusativo de persona, y también acusativo de cosa, si los dichos complementos se usan separadamente; v. g.: enseñó á mis hijos; tú enseñas el catecismo; pero si los dos complementos van juntos en una misma proposición, considera como término directo al nombre de cosa, y como dativo ó término indirecto al nombre de persona. Tengo para mí que en este caso el insigne filólogo se contradice. Desde luego ocurre preguntar

¿por qué ambos complementos son acusativos cuando van separados, y no lo son cuando están juntos? Uno y otro son el *objeto* sobre el cual recae la acción del verbo, y ese objeto es término directo del significado verbal. Por otra parte, el verbo latino *docere*, que corresponde exactamente á nuestro enseñar, pide dos acusativos: v. g.: *Doceo grammaticam pueros*.

Finalmente, en la forma pasiva cualquiera de los dos términos puede pasar á ser nominativo. Se arguye que los dos términos no pueden ser simultáneamente nominativos en la forma pasiva; pero tampoco en latín consiente esta forma dos nominativos; v. g.: *doctus amnis melius iter*.

Tal vez la razón de la construcción pasiva castellana sea que en la forma activa, el acusativo de cosa es complemento directo del verbo solamente, y el acusativo de persona es complemento de la locución formada por el verbo enseñar y el acusativo de cosa; y así en la oración: enseñó gramática á los niños, *gramática* es complemento directo del verbo *enseñó*, y niños lo es de la locución *enseñó gramática*, así tal vez se explique que vuelta la oración por pasiva, la expresión *á los niños* permanezca invariable; y *gramática* pase á ser nominativo.

Sin duda han dado al verbo enseñar dos acusativos, escritores como Martínez Marina y el autor de la Gramática, citados por usted, y que dijeron: "los enseñaron el arte de leer y escribir;" "los enseña su oficio." Según usted lo advierte, Benito Martínez Gómez Gayoso, que escribió una gramática en la primera mitad del siglo XVIII, enseñó en ella que en esta proposi-

ción: "Yo te enseñe la Retórica," *te* es acusativo de persona y el más principal; *retórica* es el de cosa y menos noble.

Muchos otros verbos hay que se hallan en el mismo caso que enseñar.

No daré punto á estas disquisiciones gramaticales, sin dirigir á usted las mismas frases que bondadosamente me escribió en su hermosa carta de 27 de Mayo de 1886.

"¿Querrá usted creerme, me decía usted, que con respecto á la conversación á viva voz, tiene para mí la correspondencia epistolar un gravísimo defecto? Hablando con usted, una sola palabra haría cambiar el giro de mi pensamiento, sin que de mis conceptos anteriores quedase rastro; miétras que en una carta se da á las ideas cierto aspecto de permanencia y formalidad que contradice la intención del que sólo las propone, solicitando luz y con ánimo de retirarlas á la menor desaprobación. Todas estas mis teorías gramaticales ha de recibirlas, pues, usted en calidad de charla afectuosa, ya que no puedo tener el gusto de departir largamente con usted." No podría yo manifestar mejor el deseo que tengo de no expresar concepto alguno que pudiera ocasionar á usted ni sombra de disgusto ó desazón. Si me he atrevido á exponer algunas doctrinas gramaticales que no consueñan con las de usted, es cabalmente movido por la necesidad que siento de que usted tenga la bondad de ilustrarme, refutando teorías bastante sospechosas de heregía gramatical, por el solo hecho de que usted las condena.

He abusado de la paciencia de usted, escribiéndole

una carta que por la enormidad de su tamaño y quizá de sus despropósitos, habría puesto á prueba la del Santo Job, de quien no refieren los libros sagrados que le hubiesen dirigido sus amigos razonamientos tan prolijos, abstrusos y enmarañados como los que usted acaba de leer.

Entiendo que sería pesadez añadir á lo escrito una línea más, por lo cual dejaré para otra carta lo poco que se me ofrece decirle sobre la pronunciación de la *s* y de la *ye* en algunas partes de la República Mexicana. Espero con ansiedad su respuesta; ella seguramente resolverá mis dudas y además me probará que ha perdonado vd. todas las impertinencias de esta larguísima epístola al más adicto y apasionado de sus admiradores y amigos, que atento B. S. M.

RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

París, 5 de Septiembre de 1896.

SR. D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

Méjico.

Muy querido y venerado amigo:

Ayer tuve el gusto de recibir la cariñosa carta de usted fechada el 15 de Agosto, y le doy las más expresivas gracias por las importantísimas noticias que se sirve darme sobre la pronunciación de Méjico. Trataré de aprovecharlas.

Al contestar la amable carta en que me daba usted el pésame por la muerte de mi inolvidable hermano, carta que ha sido para mí de indecible consuelo, conté á usted las circunstancias penosas en que recibí la doc-tísima, más que carta, disertación sobre el valor de los casos acusativo y dativo, y sobre el empleo, para ellos, de las formas del pronombre de tercera persona; contéle los achaques de que estaba aquejado y la necesidad en que me veía de buscar reposo en el campo. Éste y el tratamiento hidroterápico me mejoraron algo, aunque no puedo decir que estoy bueno. Así pues, no extrañará usted que al hablarle de materias tan sutiles huela mi carta á apoplejía, como á Gil Blas le olieron las homilias del Arzobispo de Granada.

Antes de entrar en materia me atrevo á dirigir á usted una queja: ¿cómo puede figurarse que yo me ofenda ó sienta de cosa ninguna que venga de usted? La amistad con que usted me honra tiene para mí su principal valor en el altísimo aprecio que hago de sus cualidades morales y sociales (comparables sólo á sus talentos é instrucción), las que son prenda de que nunca habré de recibir de usted cosa que yo no deba agradecer y venerar. Si en algún punto literario no estuviéremos de acuerdo, será esto motivo gravísimo para que yo dude de mi acierto y estudie más, pero no para quejarme. Viva usted persuadido de la sinceridad con que le hablo, y dé por excusadas tantas salvedades que, por el momento, me hacen pensar que duda usted de mi respeto y de mi afecto.

Por el estado de mi salud no responderé ó hablaré tan largamente como quisiera sobre cada uno de los puntos importantísimos que usted dilucida; pero procuraré hacerlo sobre los que me parece bastarán para ponernos de acuerdo.

Usted ha determinado con admirable precisión los valores ideológicos del dativo y el acusativo, y por otros escritos suyos veo que con igual exactitud habrá usted determinado las fórmulas ideológicas todas á que se acomoda nuestro modo de pensar español, ó si se quiere romance ó indoeuropeo. Que existen estas fórmulas y que deben escudriñarse y plantearse, es cosa evidente y en que no podemos discrepar. Ahora, estas fórmulas ideológicas ¿tienen siempre su representación exacta en el lenguaje? Ahí está la dificultad. Me parece que el estudio histórico de una lengua, ó sea el

seguir todas sus fórmulas y formas desde el estado actual hasta la etimología, esto es, hasta una fórmula ó forma que es ya la de la lengua madre, demuestra, ni más ni menos que el estudio del habla popular y vulgar, que fórmulas y formas se van dislocando, ora á influencia de causas fisiológicas, ora de causas psicológicas. La investigación minuciosa y metódica de unas y otras, es lo que caracteriza hoy la filología, que casi en un cuarto de siglo se ha transformado gracias al nacimiento de la fonética y la psicología experimental. Esta última, de capital importancia para la sintaxis, ha puesto en claro cómo todas nuestras ideas se distribuyen naturalmente en grupos, ya por razón de sus propias semejanzas, ya por las de las formas con que se expresan, y que estos grupos se enlazan y cruzan de mil maneras, de modo que se influyen y modifican recíprocamente. Incalculable es la acción de la analogía, como llaman la influencia especial de la asociación de ideas en las transformaciones del lenguaje: en virtud de ella, fórmulas y formas que en un principio correspondieron al valor de los elementos literales ó verbales, con el tiempo se alejan de él cediendo á la intervención de otros de valor semejante. Esto (no hay para qué decirlo á vd.) se nota á cada instante en el lenguaje popular, y naturalmente trasciende al literario; para mejor explicarme pondré algunos ejemplos, comenzando de abajo para arriba, y de hoy para ayer:

VOCES. Tomo estas del Diccionario del Sr. García Icazbalceta, de imperecedera memoria: *champar*, que es fusión de *chantar* y *zampar*; *chifleta* de *chufleta* y *chi-*

flar [*rechifla*]; *atarria*, de *ataharre* y *harria*; *alcina* de *hacina* y *alzar*. Más curiosa todavía es la manera como se fundieron las diversas formas en que se corrompieron, de fines del siglo XVI á mediados del siguiente, los tratamientos *vuestra merced* y *vuesa merced*, y de las cuales sólo sobrevive *usted*:

Vuestra merced:

Vusted

Vusted

Usted.

Vuesa merced:

Vuesa erced

Vuesarced

Usarced

Vuarced, voarced

Voaced, oacé

Vuced

uced, océ.

Vuensancé

Usancé.

Formas mixtas ó fusiones:

Vuesasted = *vuesarced* + *usted*

Usasted = *usarced* + *usted*

Vuesasced = *vuesasted* + *vuesarced*

Vuesansté = *vuesancé* + *usasted*

Vuesamesté = *vuesa merced* + *usté, vuesasté.*

Para última prueba de que lo que hoy es siempre fué, añadiré que en los primeros monumentos de nuestra lengua, se enredaron de igual manera los dos verbos *comenzar* y *empezar*, diciéndose simultáneamente: *començar, empençar; empeçar, começar, compeçar; empençar, compençar; empeçar, encomençar.*

LOCUCIONES. "En punto á filosofía" es fusión de "En punto de filosofía" + "En cuanto á filosofía;" "No obstante de sus esfuerzos" es fusión de "No obs-

tante sus esfuerzos" + "A pesar *de*, sin embargo *de* sus esfuerzos;" "Por *el* pronto" de "Por *de* pronto" + "Por *el* momento." Nada más común en el régimen de los verbos, que se acomodan al de sus análogos: dicese *arrostrar los peligros*, como *vencer, desafiar*, y *arrostrar con los peligros* como *luchar*; *huir los halagos*, como *evitar*, y *huir de los halagos* como *apartarse*. Lo mismo en verbos que originariamente llevaban sólo acusativo de persona ó sólo acusativo de cosa, y después á semejanza de otros los han admitido ambos, y convertido naturalmente en dativo el de persona.

Estos son casos en que la analogía aparta las fórmulas y las disloca con respecto á su tipo. Pero también los hay en que, oscura ú osburecida la expresión, la analogía la reduce á otra fórmula clara en razón de ser frecuente. Por ejemplo, en la etimología popular, que convierte á *canapé* en *camapé* y aun *camapié*, á *vagabundo* en *vagamundo*; por lo que hace á construcciones, baste citar el impersonal *hubo fiestas en la ciudad* (fusión en su origen de *civitas habuit ludos y fuerunt ludi in civitate*), que el vulgo reduce á la fórmula propia de los verbos de existencia convirtiendo en sujeto gramatical el objeto dominante en el concepto, ó lo que es lo mismo el sujeto psicológico. Procedimiento semejante ha prevalecido cuando corrientemente hablamos de que *hicieron calores* por *hizo calores* (*los hizo*), donde se ha olvidado el primitivo sujeto de *hacer* en el sentido de causar, como al decir *esto hace sombra, humo, calor*; en *dan las cuatro* en vez de *da las cuatro* (el reloj), *dan fiebres* por *da fiebres* (el clima, etc.)

De todo esto resulta, si no voy engañado, que las

fórmulas ó categorías gramaticales existen real y verdaderamente en nuestro entendimiento, pero que el lenguaje tiene una fluidez tal, que se acomoda ó no á ellas según múltiples influencias; y que por consiguiente no siempre es posible reducirlo á moldes invariables como pretendieron los ideólogos del siglo pasado.

Vengamos ahora á los pronombres de tercera persona. La etimología evidentemente, y los documentos literarios con probabilidad que raya en evidencia, demuestran que los acusativos fueron en los primeros tiempos del castellano *lo, la, los, las*, y los dativos *le, les*. ¿De dónde proviene que *le, les* se empleen hoy en Castilla como acusativos, y *la, las, lo, los*, como dativos? En el trabajo sobre estos pronombres procuré explicar las influencias analógicas que motivaron la confusión y la extendieron. Supuse primero la influencia formal que redujo el acusativo masculino al grupo de *me, te, se*, en que no se distingue el acusativo del dativo; dado este primer paso, apareció el uso de *les* en acusativo, que guarda con *le* exactamente la misma relación que *los, las* con *lo, la*; olvidada la diferencia casual en *le* y *les*, sucedió lo mismo en *lo* y *los*. A la analogía formal coadyuvó la sintáctica: juzgué que "no *le* sorprende á la Academia" es fusión de "no *le* causa sorpresa" + "no *la* sorprende;" que "*la* dieron cincuenta azotes" lo es de "la azotaron" + "*le* dieron cincuenta azotes." Por supuesto que estamos perfectamente conformes vd. yo en que cuando los castellanos dicen "*les* guía" por "*los* guía," *les* es verdadero acusativo, y cuando "*lo* desbarató las narices," *lo* es verdadero dativo, porque este es el resultado final de las

causas analógicas; como cuando se dice "*hubieron fiestas*" el verbo es netamente personal. Pero de aquello no podemos deducir que todo *les* sea acusativo ó todo *lo* dativo.

¿Cómo aplico esto al impersonal *se les castiga*? He dicho que nace de la semejanza de frases como "se les aplica el castigo," "se les dice que vengan," donde para mí (como para el Sr. Caro) es sujeto del verbo pasivo *el castigo, que vengan*. La historia de estas construcciones demuestra que el *le, les* es en ellas la forma originaria, y esto me ha servido de base para la explicación. ¿Qué se opone á tomar esos pronombres como acusativos? El que en singular masculino nunca ni en ninguna parte se ha dicho en frase impersonal *se lo castiga*. ¿Por qué á los españoles no les dueña el *los* y á los americanos sí? Porque ellos, los castellanos sobre todo, usan muy á menudo el *los* como dativo, igualmente que el *las*, de lo cual he citado muchísimos ejemplos en mi artículo. Ahora va de sutilezas. Cuando los castellanos dicen *se los castiga*, ó los catalanes (v. g. Balmes), que en su lengua sólo tienen la forma *los* como acusativo y dativo, ¿quién nos asegura que ellos no emplean ahí un dativo, como en *los atraviesa el pecho*? Esto sólo podría resolverlo un castellano ó catalán, que á ser excelente gramático añadiera el ser consumado psicólogo. No está por demás decir que en los españoles se va borrando cada día más el sentido gramatical de los casos; conozco á un caballero americano muy docto que hizo sus estudios en Madrid, y me ha confesado que él no distingue el acusativo del dativo. En América donde he-

mos conservado el uso etimológico y genuino, somos sin duda mejores jueces en estas cuestiones. (Perdónenme los castellanos esta que llamarán herejía).

Volviendo un poquito atrás: ¿es lícito enderezar las locuciones anómalas resultantes de la acción de la analogía, reduciéndolas á la fórmula originaria ó á otra parecida? El uso lo decide: ya no se puede (ó bien *hoy* no se puede) decir *hubieron fiestas, estaban en cintas* (*en cinta = en estado interesante?*); ¿llegará el día en que se diga *se lo acusa* (*ille accusatur*)? Yo no lo sé.

Allíegar aquí veo que estoy hablando de cosas gramaticales colocándome en un terreno extra-gramatical, y que todas estas opiniones habrán de parecer malsonantes y cuasi cismáticas. Pero ¿qué quiere vd.? cada día he ido viendo que los principios de la gramática tradicional, de aquella, digo, que cuando yo era muchacho enseñaban en Bogotá por el llamado Arte de Nebrija y el compendio del P. Petisco, como cosa infalible é irreformable, son insuficientes para conocer y penetrar la contextura y vida del lenguaje; y al fin me he figurado que una gramática, para satisfacer á las exigencias de la filología, ha de cumplir dos condiciones: discriminar con todo rigor filosófico las fórmulas ideológicas que constituyen la *lengua pensada* del pueblo ó raza que la habla; y luego examinar las dislocaciones que la analogía y demás procedimientos psicológicos han ido introduciendo, para lo cual no hay otro recurso que el estudio de los monumentos literarios. En este concepto llena todo lo que puede desearse el título (para no hablar del desempeño) que el insigne lingüista inglés Sweet ha puesto á la gramática

de su lengua, llamándola *logical and historical*. En otra ocasión dije á vd. que nadie me parecía mejor preparado para darnos una obra con estas condiciones, así por su ciencia y sagacidad filosóficas, como por el íntimo conocimiento que alcanza de todos los primores de nuestra lengua. Con razón, pues, ansio que se publique el trabajo de vd., en el cual estoy cierto de hallar infinidad de cosas que aprender.

Ruego á vd. me perdone el desaliño intelectual y material de esta carta, que no puede pasar ni por mal borrador. Su buena amistad no ha de ver en ella sino el deseo de hablar con vd., aunque sean desbarros, sobre la materia de nuestras comunes aficiones, y de probar á vd. el interés sumo con que he estudiado la inapreciable carta de vd. Ojalá que, cuando vd. tenga lugar, rectifique los desaciertos de la mía, tratándome como á quien es su más afectuoso amigo y admirador apasionado

J. R. Cuervo.

DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina, dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda, y leído por el autor D. Rafael Ángel de la Peña, en las sesiones que celebró la Academia Mexicana, los días 28 de Julio y 11 de Agosto del año de 1896.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Los estudios preparatorios, si hubiéramos de atenernos á su nombre, sólo deberían proporcionar los conocimientos necesarios, para poder seguir los cursos profesionales; pero la verdad es que ni en esta época, ni en épocas anteriores, ha sido tal preparación el único fin que mediante esos estudios se ha intentado obtener.

Se ha tenido presente otro de no menor trascendencia: se ha querido que la juventud escolar alcance un grado de cultura proporcionado á los adelantos del tiempo en que vive, y que la Nación no quede rezagada en el movimiento intelectual que se advierte en los demás pueblos civilizados. Pues no hay que dudarlo, los escolares de hoy son los sabios de mañana que confiarán al libro ó al periódico el fruto de sus estudios; son los que desde lo alto de la cátedra depararán instrucción á los que de ellos esperen el pan de la ciencia; los que divulgarán las enseñanzas de ésta entre las indoctas muchedumbres.

de su lengua, llamándola *logical and historical*. En otra ocasión dije á vd. que nadie me parecía mejor preparado para darnos una obra con estas condiciones, así por su ciencia y sagacidad filosóficas, como por el íntimo conocimiento que alcanza de todos los primores de nuestra lengua. Con razón, pues, ansio que se publique el trabajo de vd., en el cual estoy cierto de hallar infinidad de cosas que aprender.

Ruego á vd. me perdone el desaliño intelectual y material de esta carta, que no puede pasar ni por mal borrador. Su buena amistad no ha de ver en ella sino el deseo de hablar con vd., aunque sean desbarros, sobre la materia de nuestras comunes aficiones, y de probar á vd. el interés sumo con que he estudiado la inapreciable carta de vd. Ojalá que, cuando vd. tenga lugar, rectifique los desaciertos de la mía, tratándome como á quien es su más afectuoso amigo y admirador apasionado

J. R. Cuervo.

DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina, dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda, y leído por el autor D. Rafael Ángel de la Peña, en las sesiones que celebró la Academia Mexicana, los días 28 de Julio y 11 de Agosto del año de 1896.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Los estudios preparatorios, si hubiéramos de atenernos á su nombre, sólo deberían proporcionar los conocimientos necesarios, para poder seguir los cursos profesionales; pero la verdad es que ni en esta época, ni en épocas anteriores, ha sido tal preparación el único fin que mediante esos estudios se ha intentado obtener.

Se ha tenido presente otro de no menor trascendencia: se ha querido que la juventud escolar alcance un grado de cultura proporcionado á los adelantos del tiempo en que vive, y que la Nación no quede rezagada en el movimiento intelectual que se advierte en los demás pueblos civilizados. Pues no hay que dudarlo, los escolares de hoy son los sabios de mañana que confiarán al libro ó al periódico el fruto de sus estudios; son los que desde lo alto de la cátedra depararán instrucción á los que de ellos esperen el pan de la ciencia; los que divulgarán las enseñanzas de ésta entre las indoctas muchedumbres.

Puede muy bien asegurarse que hasta la hora presente, la enseñanza llamada preparatoria no halla todavía entre nosotros su centro de gravedad. Desde el año de 1868 viene oscilando entre dos opuestos sistemas: el de estudios uniformes para todas las carreras y el de estudios especiales.

De algunos años á esta parte luchan también dos escuelas rivales: la primera aspira al reinado absoluto del positivismo y de las ciencias llamadas positivas; la otra impugna á las escuelas empíricas, porque quiere que las ciencias descansen sobre más ancha base que la que ofrecen los sentidos, y desea establecer con mayor amplitud los estudios de Humanidades, que su antagonista mira, á lo menos en parte, con mal encubierto desdén.

Estos estudios quedarían encerrados dentro de límites demasiado estrechos, si hubieran de reducirse al conocimiento gramatical del Griego y del Latín. "Las clases de Humanidades, dice el profundo pensador Alfredo Fouillée, deben despertar en el espíritu del niño sentimientos que sean propiamente humanos y que lleven á su alma el alma de la humanidad entera. En otros términos, es fuerza transportar al espíritu del individuo lo que haya de mejor en la evolución humana. Colíjese de aquí que han de des- envolverse en éste las facultades que forman al hombre, y han de tener por objeto estas facultades las verdades más altas y los sentimientos más nobles á que ha llegado el género humano."

El conocimiento de las lenguas griega y latina y de sus respectivas literaturas, logra en gran parte la rea-

lización de fines tan elevados; pero exageraríamos la influencia que ese conocimiento ejerce en la educación intelectual del espíritu, si no reconociéramos la parte que toca en tarea tan importante á la Literatura General y á la Historia Universal, así como también la que corresponde á la lengua vernácula y á la historia y literatura patrias que transfunden en el individuo el espíritu mismo de la Nación.

La índole del fin que estos conocimientos alcanzan, justifica, á mi entender, la propiedad de la palabra *Humanidades* aplicada á todos ellos, pues todos ellos ponen en cada individuo las ideas y sentimientos más elevados, sentimientos é ideas que constituyen al hombre y reproducen en el alma individual los estados psicológicos de colectividades humanas más ó menos extensas.

En tan ardua empresa, desempeña la Literatura oficio muy principal, todavía más importante que el que está encomendado á la Historia. Ésta nos da á conocer la vida exterior de la humanidad, aquélla nos descubre su vida íntima.

Si la Historia es la narración descarnada de los hechos, á la memoria incumbe ser fiel depositaria de ellos; y si, elevándose á regiones más altas, nos enseña las leyes que los gobiernan, á la inteligencia corresponde descubrir las relaciones de causalidad que los ligan y los caminos, muchas veces arcanos, por donde la Providencia conduce á los pueblos para la realización de sus designios.

Las producciones literarias no sólo ejercitan la memoria y la inteligencia de quien las estudia y analiza,

sino que halagan la fantasía, fecundan la imaginación, ennoblecen y acendran nuestros sentimientos, conmueven hondamente el alma y pueden engrandecerla por la excelsitud de las ideas y por la elevación y pureza de los afectos. Alguien ha dicho que las obras literarias son los latidos del corazón de la humanidad.

La Historia, por otra parte, refiere los hechos que han pasado; la Poesía narra, además, los que han podido acontecer. Los términos de la Historia están acotados por la realidad, los límites de la Poesía confinan con los de lo posible. Concierne al historiador presentar hechos concretos; corresponde al poeta idear situaciones y poner nombres á los personajes á quienes encomienda la realización de sus ideales; pero como en la creación de situaciones y de personajes ha de tener presente, para que sean verosímiles, lo que pide la naturaleza de cosas y personas, lo cual es algo universal; resulta que en esta labor poética hay que descender de lo universal á lo particular, al paso que el historiador, siguiendo procedimiento inverso, asciende de los hechos que la realidad le presenta á las leyes universales que rigen á la evolución de la humanidad, sin menoscabo ni de la causalidad divina, ni de la libertad humana.

Sin insistir más en las diferencias que median entre la Historia y la Literatura, es indudable que una y otra son necesarias para la educación intelectual y moral de los pueblos, la cual debe ser, según la escuela evolucionista, "una serie graduada de estados del espíritu y un desenvolvimiento del alma colectiva en "el alma individual."

Aceptado este concepto de educación, es menester tomar todo lo que hay de mejor en la evolución de la nación, en la evolución de la raza y en la de la humanidad entera, y depositarlo como fértil simiente en la inteligencia y en el corazón de cada individuo; de manera que en el orden intelectual y en el moral llegue á ser como breve compendio y fiel trasunto de las perfecciones alcanzadas por las diversas colectividades de que forma parte, poniendo así en armonía, como dice Augusto Comte, la evolución individual con la colectiva. Este fin se alcanza en parte por el estudio constante de la Historia; pero es medio mucho más eficaz el cultivo de la Literatura, la cual nos hace vivir una vida más íntima, que es la del sentimiento, cuya fuerza impulsiva es tan poderosa, y la vida de la imaginación, cuyo poder sugestivo tiene un alcance indefinido.

No creo que nadie ponga en tela de juicio verdades tan palmarias; pero al llegar á la aplicación de estos principios, algunos pedagogos eminentes y pensadores profundos quieren que de los estudios literarios queden borrados los de las lenguas griega y latina, sin las cuales es imposible llegar al conocimiento profundo é íntimo de sus literaturas. Y sin embargo, desde el Renacimiento acá, estas literaturas son las que han encendido á los pueblos en el amor al arte, á la libertad y á la patria. Y desde los primeros siglos del Cristianismo, el latín, sirviendo de vehículo al hebreo y al griego, ha difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado el amor á Dios y al hombre, juntamente con los ideales cristianos revelados á nuestra

inteligencia por las enseñanzas bíblicas y más tarde vaciados en moldes clásicos.

Apenas podemos hallar literatura que haya ejercido influencia más benéfica, más universal y más profunda que la literatura latina por el intermedio de su lengua.

Si se suprime el conocimiento de las literaturas y de las lenguas clásicas, la teoría evolucionista de la educación seguida y sustentada por los mismos que impugnan la enseñanza del latín y del griego, quedaría sin aplicación. ¿Cómo reproducir en el individuo los diversos estados por que han pasado la nación, la raza, la humanidad entera, si se suprime toda la antigüedad? ¿Qué linaje de educación evolucionista es ésta que prescinde de los antecedentes históricos que explican en parte el estado psicológico de la humanidad actual? Y sin tales antecedentes históricos, ¿cómo explicar ni el arte, ni la historia, ni la filosofía? Ni puede objetarse que el conocimiento de la Historia sería bastante para unir el mundo antiguo con el mundo nuevo, pues ya hemos visto cuánto más honda, cuánto más íntima es la influencia que la Literatura tiene en el espíritu humano. Si es necesario estudiar la Historia de Roma, aún lo es más conocer sus oradores y retóricos, sus filósofos y poetas.

Mas para poder graduar la importancia que tiene entre nosotros el estudio de las Humanidades en general y de las literaturas griega y latina en particular, nuestro criterio debe guiarse é ilustrarse por consideraciones de orden psicológico, á fin de que tengan por fundamento la base incommovible de nuestro propio espíritu.

Importantes enseñanzas pedagógicas descansan en la teoría de Kant sobre el poder dinámico de nuestras ideas, teoría que según entiendo derrama intensa luz en la cuestión que estamos discutiendo. Enseña en breve síntesis el filósofo citado que toda idea está provista de dos fuerzas: la una de adhesión y la otra de repulsión. Por la primera las ideas echan hondas raíces en nuestro espíritu, se adhieren á él y constituyen su manera de ser en el orden intelectual; por la fuerza de repulsión repelen vigorosamente toda idea que tienda á suprimirlas ó á desalojarlas de la inteligencia donde moran. Conforme á esta teoría, el primer dato que se ha de tener presente al hacer la selección de los conocimientos que deba adquirir un pueblo ó un individuo, es á no dudar la índole de sus aptitudes, y éstas dependen de las ideas que más fácilmente se arraigan en su inteligencia. Los pueblos ó los individuos cuyo espíritu carece de las cualidades necesarias para elevarse hasta las altas regiones de las especulaciones abstractas, de las grandes generalizaciones y de los primeros principios; pero que en compensación se gozan en la contemplación de la naturaleza y de sus bellezas ó en el estudio de sus fuerzas y en la atenta observación de los fenómenos que se verifican en el Universo, no estarán destinados á señalar nuevos rumbos al pensamiento; mas según la índole de las ideas á cuya fuerza estén sometidos, serán científicos, artistas ó industriales. En los individuos y en las naciones hay tendencias varias: cuáles como la culta Francia dan forma á la belleza en sus diversas manifestaciones; cuáles como la pensadora Alemania son domi-

nadas por el amor á las verdades trascendentales, y cuáles, en fin, como nuestra vecina del Norte, consagran de preferencia su inmenso poder intelectual al logro de lo útil. Bien se deja entender que no se excluyen estas diversas aptitudes y que en una misma nación pueden florecer poetas, oradores, artistas, industriales y hombres científicos al lado de filósofos eminentes; pero entre tan diversas aptitudes, alguna prevalece y se aventaja á las demás, y á ésta se debe atender, si se quiere saber qué linaje de conocimientos no han de descuidarse en la educación intelectual de un pueblo. Sería imposible, por ejemplo, convertir una colonia de industriales y comerciantes en una nación de inspirados artistas ó de poetas, y si tal cosa se intentara, se gastarían estérilmente las fuerzas vivas de ese pueblo; pues tal es la teoría de Kant: una vez que una idea ó que un orden de ideas se ha arraigado en nuestro entendimiento, lucha por la vida, como hoy se dice, y no consiente que le sean arrebatados sus dominios.

Por ley de herencia nuestras aptitudes no difieren esencialmente de las de nuestros progenitores. Tampoco nosotros hemos sido dotados de la paciencia y de la sagacidad del observador profundo, ni existen entre nosotros genios que tengan la intuición de las leyes de la naturaleza.

Así se explica que otras naciones se hayan adelantado á España y á sus antiguas colonias en el conocimiento de las ciencias de observación y experimentales. En compensación ese gran pueblo se ha encumbrado hasta las más altas cimas de abstracciones ontológicas

y teológicas, y desde allí ha descendido á los valles floridos de la más rica fantasía.

Atleta infatigable armado de la clava hercúlea del silogismo, alguna vez defendió en augusta asamblea, con no igualada gloria, verdades salvadoras y trascendentales, y también ha sabido transfundir la belleza, por maravillosa manera comprendida, sentida ó ideada en obras de arte que vivirán perennemente. Así es que todos conceden de buen grado que los españoles han sido teólogos y metafísicos profundos, al mismo tiempo que poetas, oradores, artistas y humanistas insignes.

Las naciones de origen hispano, y entre ellas México, han heredado las facultades estéticas de sus progenitores y su idoneidad para las concepciones abstractas y para las ciencias deductivas, herencia preciosa que es deber nuestro conservar. Será, pues, caso lamentable desatender la enseñanza de aquellas ciencias cuyo fundamento racional es independiente de la observación y de la experiencia, y no lo sería menos descuidar aptitudes notorias que deben ser bien dirigidas; mas de seguro se malograrían, si nuestra educación literaria no tuviera por base el conocimiento del latín y de su literatura.

Es para mí motivo de satisfacción que estas consideraciones pedagógicas que hace años deduje de la teoría de Kant en discurso dicho con motivo de alguna solemnidad escolar, (a) coincidan con las doctrinas de Fouillée, según el cual "la instrucción secundaria de-

(a) Discurso que escribí para pronunciarlo en la Escuela N. Preparatoria la noche del 9 de Agosto de 1890.

“be estar en armonía con el espíritu mismo de la nación, con sus hábitos y con sus aptitudes, con su historia, con las tradiciones mismas de su educación, de su lengua, de su literatura y de sus artes; en una palabra, con las formas y condiciones de la evolución nacional.”

Sin embargo este conjunto de tradiciones, de hábitos y de aptitudes que forman nuestra evolución nacional, si no exigen que tengamos en poco nuestra educación científica, sí piden que cultivemos con extensión y profundidad los estudios de literatura y de lengua patria. El curso de la primera de estas asignaturas se limita hoy á la parte preceptiva ó Retórica; para que fuera completo debería contener una breve síntesis de nuestra historia literaria y junto con ella algunas nociones de Estética y de Crítica. Iniciados los alumnos en estos conocimientos, se penetrarán de la elevada magistratura que corresponde desempeñar en la República de las Letras al que ha de ser juez de las producciones del ingenio, y desertarán de la escuela de Hermosilla, excelente preceptista, pero estrechísimo crítico que presumía fallar sobre el mérito de las producciones literarias, sin consultar más códigos que los de la Retórica y la Gramática, olvidando ciencias tan importantes como la Estética y la Psicología. De donde resultaron sus juicios tan superficiales, que no llegan nunca al meollo y substancia de la composición; sino que se detienen en su forma más externa, que es el lenguaje que en ella se usa.

Mas aun suponiendo que nuestros cursos literarios fueran completos, carecerían de la preparación indis-

pensable, sin el conocimiento de la literatura greco-latina. “De hecho, dice un gran pensador, las letras antiguas han sido las iniciadoras de las modernas en el arte, en la ciencia, en la vida cívica.” Maneuvrier ha tenido á este propósito una frase muy feliz: “Las literaturas modernas, dice, no tienen generación espontánea. Desde los griegos todo gran renacimiento literario ha procedido del contacto con otra gran literatura, principalmente con la antigua.”

Aun cuando mi principal intento, por ahora, es solamente poner de resalto la necesidad de estudiar la lengua latina, no puedo sostener su enseñanza sin defender asimismo la del griego, puesto que su causa es común, y aun algunas de las razones valaderas para el estudio del idioma latino, cobran mayor fuerza, cuando se trata de la lengua de Homero y de Demóstenes. Por lo que toca á los Romanos, se ha dicho que no han tenido más poesía propiamente suya que la que brota espontánea de su historia verdaderamente épica, ni más filosofía que la razón escrita de sus leyes. Pero aun cuando su literatura sea toda ella reflejo y eco de la griega, esto no empece para que la copia haya igualado y tal vez superado algunas veces al original, ni empece tampoco para que las letras latinas sean á un mismo tiempo antecedente histórico imprescindible de las castellanas, modelo acabado de belleza y acendrado gusto é inexhausto depósito de sabios preceptos que no han envejecido, ni es creíble que lleguen á envejecer.

De ello son clara prueba los libros de Oratore de Cicerón, en donde el autor habla de su arte con la elo-

cuencia casi sobrehumana que dió á su palabra inmortal fuerza irresistible. Pero no se crea que Cicerón ha reinado en el mundo de las inteligencias solamente como orador y como preceptista, sino también como divulgador de la filosofía que pone las altas concepciones de inteligencias superiores al alcance del vulgo, el cual recibe de sus labios raudales de sabiduría y de elocuencia.

“Cicerón, dice el profundo Menéndez Pelayo, ha in-
“fluído poderosamente en la general cultura humana,
“por el talento á tan pocos concedido de hacer sensi-
“ble y halagüeño lo abstracto, de sacar la filosofía de
“la escuela y traerla á la plaza y á la morada de los
“humanos. Sus ideas no son ni muchas, ni muy nue-
“vas; pero las fórmulas en que las ha encerrado tie-
“nen perpetuidad marmórea.” El mismo Cicerón de-
cía: “yo no he sacado mi elocuencia de las oficinas de
“los retóricos, sino de los jardines de la Academia.”

Como preceptista, sin duda ha sido más conocido y estudiado el autor de la carta á los Pisones. Excepto una ú otra regla arbitraria, aún hoy día subsiste y rige ese código de acendrado gusto en el cual falla Horacio sobre cuestiones literarias de alta trascendencia, entre ellas la hoy palpitante del arte por el arte que plantea en los siguientes exámetros:

*Aut prodesse volunt aut delectare poetæ;
Aut simul et iucunda et idonea dicere vitæ,*

Y resuelve sumariamente en este otro verso:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.

Fijando el justo medio entre ficciones absurdas, de-

lirios de imaginaciones calenturientas y un realismo nimio y excesivo como el de nuestros días, quiere que por una parte toda ficción se acerque á la verdad: *Ficta voluptatis causa sint proxima veris*, y que el poeta no pierda de vista lo que de verdad es la vida humana.

“Respicere exemplar vitæ morumque iubebo”

“Doctum imitatore.”

Pero ante todo recomienda que en las producciones literarias brillen siempre la unidad y la sencillez.

“Denique sit quod vis simplex duntaxat et unum.”

No consienten los límites de este discurso que haga yo el recuento de los deberes y derechos del escritor señalados en esta famosa epístola, ni tampoco es necesario repetir aquí lo que se halla en la memoria de todos.

Con Horacio ha compartido Quintiliano la enseñanza de los jóvenes escolares, y á ellos y á cuantos lo han estudiado, ha sido su lectura de gran provecho por su método de exposición, por el enlace de las doctrinas, por la síntesis que ofrece de ajenas enseñanzas, y además de todo esto por la elevación moral de los conceptos, lo depurado de su gusto y la elegante sencillez de su estilo.

Tan egregios escritores han contribuído á la educación estética de incontables generaciones, no sólo por lo que tienen de docentes sus obras, sino por la belleza peregrina de su forma.

Así como á Cicerón corresponde la realeza del genio entre los oradores, á Virgilio le pertenece entre los poetas. A ella le dan derecho indisputable su inspira-

ción soberana, la pureza y profundidad de sentimiento, la delicadeza de gusto y la sin par elegancia y transparencia de estilo.

No entra en el plan de este modesto Discurso hacer las consideraciones que serían del caso, si se hubiera de defender al poeta mantuano de la injusticia con que se le niega por algunos críticos el lauro de la originalidad. Pero permítaseme notar que sin la facultad creadora propia del genio, ni habría podido producir su admirable epopeya con sólo los mezquinos elementos que le proporcionaban vagas y confusas tradiciones, ni habría podido adelantarse á su época, revelándose según quieren entendidos críticos, poeta cristiano y *medieval*.

Frary, censor acerbo, y en mi concepto injusto de los autores latinos, afirma que éstos conocían al hombre menos que los griegos, y nos invita á comparar el Eneas de Virgilio con el Aquiles de Homero. Si no me equivoco, Eneas siente, obra y habla de un modo enteramente humano; pero sin la rudeza de Aquiles y de los compañeros de éste, que proceden como bárbaros en quienes lo más admirable es la brutal fuerza física. En el protagonista de la Eneida, con el valor heroico y con la destreza en las armas se compadecen la piedad filial, el amor á su esposa Creusa y á su hijo Julo, y la paternal solicitud por sus socios y comilitones. Virgilio, pensando quizá que no bastaba tanta belleza moral para ennoblecer la figura de su héroe, hermosea también su cuerpo y nos le presenta como un dios, cuando deshecha la nube que lo rodeaba, aparece á los ojos de la reina Dido "resplandeciente en

"medio de una viva luz, semejante en su rostro y apostura á un dios, porque su misma madre había infundido en su hermosa cabellera y en sus ojos el resplandor purpúreo y la alegre lozanía de la juventud; así la mano del artífice añade belleza al marfil ó engasta con amarillo oro la plata y la piedra de Pa-ros." (a) Y yo me atreveré á decir, parodiando esta última frase: así el genio de Virgilio hermanó en su héroe la grandiosidad con la cultura y la belleza.

La monumental historia de Tito Livio tiene el interés y movimiento del drama y á veces también la grandeza y elevación de la epopeya. Sus arengas son modelo de elocuencia superior á todo encomio, como dijo Quintiliano.

Su narración, según el mismo crítico, es gratísima por la claridad, y ningún historiador es más conmovedor ni más patético que él.

Los libros que nos quedan de su obra inmortal, son á un mismo tiempo historia, drama y epopeya que han transmitido á la posteridad el alma del pueblo romano, tal como fué, con su grandeza y con sus vicios.

Hay en Tito Livio menos profundidad y quizá menos artificio dramático que en Tácito; en cambio su estilo tiene mayor brillo que el de César, el Gran Capitán cuya gloria militar y cuya importancia política, con ser tan grandes, no fueron parte á obscurecer en él al orador elocuente, émulo de Cicerón y de Hortensio, al escritor admirable y al puntual historiador. Su estilo diáfano como límpido cristal, se distingue por su no-

(a) Traducción de D. Eugenio Ochoa.

ble y elegante sencillez. La crítica moderna le ha comparado con Jenofonte.

Al hablar de los escritores latinos que más han influido en la educación de la posteridad, no es posible hacer caso omiso de Lucio Anneo Séneca el Filósofo, "uno de los principales educadores del mundo moderno y especialmente de la raza española," según piensa el Sr. Menéndez Pelayo.

Su severidad estoica y su moral enteramente desinteresada, nos lo presentan como uno de los antecesores, ó mejor diré, de los maestros de Kant, más bien caracterizados.

"Si me preguntas, dice, qué busco en la virtud, te declararé que nada, sino la virtud misma, porque nada hay mejor que ella, y ella es precio de sí propia."

Las consideraciones que acabo de hacer sobre los escritos de algunos próceres de la literatura latina y que en parte he tomado prestadas al insigne Menéndez Pelayo, someras como son, bastan para poner de manifiesto su influjo benéfico en la educación y cultura del espíritu humano. Iluminados estos escritores por la inspiración que viene de lo alto, son como cimas de elevadas montañas, doradas por los rayos del sol de la mañana; su luz casta y apacible ha llegado hasta nosotros al través de veinte siglos, y hoy todavía inunda nuestra inteligencia.

Los que conocen el valer inmenso de estos ingenios soberanos hasta hoy no superados, pueden aquilatar los frutos opimos que de sus obras hoy todavía recogemos, y llegar á las conclusiones prácticas que Julio Simón formula en estos términos:

"Es necesario educar á nuestros hijos para nuestro tiempo y para nuestra nación; pero es preciso no separar nuestro tiempo y nuestra nación de la tradición de las razas latinas y de la tradición humana. En la serie de los hechos históricos y en el desarrollo intelectual y moral de la humanidad, no puede ni debe haber abismos. La moral, como la poesía y la elocuencia, vienen de lejos; y será siempre cuerdo estudiar y admirar lo que el tiempo ha respetado, porque no respeta sino lo que es grande y verdadero; hay pues que conservar al griego y al latín el lugar que les concedemos todavía hoy, á reserva de enseñarlo de otra manera."

A los razonamientos hasta aquí hechos y condensados en parte en las palabras del egregio humanista que acabo de citar, pudiera replicarse que nadie niega la importancia de las literaturas clásicas, ni la necesidad de conocerlas; pero que esto no trae consigo la de aprender las lenguas griega y latina que han transmitido el pensamiento de la antigüedad á las edades siguientes; porque ese pensamiento ha sido interpretado con tal fidelidad, que las joyas literarias labradas por los artífices griegos y latinos forman ya parte integrante de las literaturas modernas.

A decir verdad, no me parece hacedero divorciar ninguna literatura del idioma que ha servido para revelarla. Me permitiré repetir lo que en otra ocasión he dicho (a) sobre el valor que tienen las traducciones. Por perfecta que sea una versión, nunca llegará

(a) Vease mi prólogo á "Murmurios de la Selva."

á donde ha alcanzado el original. "Los libros de ver-
"sos traducidos, decía Cervantes, nunca jamás llega-
"rán al punto que ellos tienen en su primer nacimien-
"to." Otro tanto puede afirmarse de las obras escritas
en prosa. Por perfecta que sea una traducción, entre
ella y el original habrá siempre la distancia infran-
queable que pone entre ambos la diversa índole de las
lenguas en que se han escrito. El castellano nunca po-
drá tener la concisión, la energía y la libertad en su
syntaxis que una lengua de flexión, tan sintética como
la latina.

Casi siempre la perífrasis de la traducción castella-
na ofrecerá desleído y desvirtuado el pensamiento del
autor. Tómense luego en cuenta las diferencias psico-
lógicas que resultan de la diversidad de talentos, in-
clinaciones, gustos y aptitudes que forzosamente sepa-
ran de su intérprete al autor de la obra.

El poeta necesita ser interpretado por otro poeta y
el genio por otro genio; y aun así, el alma del segundo
no es el alma del primero, ni los estilos llegan nunca
á identificarse.

Se ha discutido, si los poemas han de ser traducidos
en prosa ó en verso; pero ya se adopte una ú otra for-
ma, siempre la versión quedará más ó menos distante
del original.

Cierto es que la prosa permanece más fiel al pensa-
miento, porque arrimándose á la letra más de lo que
puede acercarse el verso, conserva mejor la substancia
del original; al paso que el verso sacrifica á las exi-
gencias del metro algunas ideas y presta al autor otras
que nunca estuvieron en su mente; en cambio la ver-

sión hecha en prosa, pierde la forma externa que con-
siste en la dicción y estilo, en la cadencia y ritmo pro-
pios de la poesía, y aun también deben desaparecer
de ella imágenes que por lo risueñas desdican de su
austeridad. Resta ahora que consideremos las versio-
nes literales y las parafrásticas, las cuales adoptando
procedimientos opuestos, se alejan igualmente de la
producción traducida. En las versiones literales, el
traductor no se aparta un punto de la significación li-
teral de cada palabra, porque su intento no es revelar
bellezas literarias, sino enseñar cuál es la correspon-
dencia entre los vocablos, giros y modismos griegos y
latinos, y los de la lengua vernácula. Cuando se tra-
duce de esta suerte, suele suceder que desaparece el
pensamiento intentado por el autor, verificándose aque-
llo de que *summa fides summa est infidelitas*. Tales ver-
siones, por lo mismo, no son las más á propósito para
dar á conocer ni al autor original ni á su obra; pero
sí deparan al principiante, íntimo conocimiento del
vocabulario y de la gramática de la lengua de donde
se hace el traslado.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben
mirarse más bien como imitaciones que tienden á ex-
presar los pensamientos principales del original, pres-
cindiendo de los secundarios; mas para ser buenas, han
de reproducir las bellezas de estilo y dicción, hasta
donde lo consienten las afinidades de una y otra len-
gua. En tales versiones, el poeta se mueve con mayor
libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intenta-
do en toda traducción.

Ésta será siempre un velo más ó menos denso que

nos ocultará en parte el pensamiento y el alma del autor, á la cual sólo podrá llegar quien teniendo conocimiento del idioma en que ha escrito el poeta, ve el espíritu de éste al través de sus propias palabras.

Si conociéramos el Ruso, y leyéramos en este idioma la obra inmortal del Quijote, difícilmente reconoceríamos al ingenioso Hidalgo y á su creador inmortal Miguel de Cervantes.

Tengo para mí que las producciones traducidas son como tenue sombra de las obras originales.

Suprimida la enseñanza del Latín, muy pocos se cuidarán de conocer los clásicos latinos, pues de ordinario lo que no se aprende en la Escuela, no se estudia fuera de ella, y probablemente esos pocos se servirían del francés, más bien que del castellano, resultando así el original dos veces desfigurado.

Pero concedamos que el lector se atiene á buenas versiones castellanas; ni aun así podrá ufanarse de conocer la literatura latina y de poder apreciar sus bellezas. Con notable exactitud ha dicho algún distinguido escritor francés que quien lee traducciones del griego y del latín se asemeja al que visita un museo; el que traduce directamente hace un poco más: copia los cuadros.

Hasta aquí he considerado el conocimiento de la lengua y literatura latinas, como medio de educación intelectual y de cultura estética; como exigencia de la educación evolucionista del espíritu humano; como necesidad que resulta de nuestros hábitos, tendencias y aficiones; de nuestras aptitudes, de nuestra vocación

al arte por amor á la belleza, en una palabra, de nuestra evolución nacional.

Hemos visto en la lengua latina uno de los medios más adecuados para expresar y transmitir los diversos estados del espíritu humano y un poderoso instrumento para revelar grandes ideales y maravillosas concepciones poéticas.

Toca ahora considerarla como un organismo que da vida á otros idiomas, y entre ellos á nuestra hermosa lengua castellana.

El idioma cuya enseñanza defiende, “comenzó á vivir en el Lacio, á lo largo del mar Tirreno, en la orilla izquierda del Tíber, entre el Apenino y los montes Albanos. Cobra después vigor, y absorbe á diversos dialectos itálicos, domina en la Italia central, en la meridional y en la septentrional; se difunde por la Galia, la España, la Alemania y la Dacia; llega á las comarcas civilizadas del África septentrional y del Asia, y los predicadores del Evangelio, los mensajeros de la Buena Nueva, lo llevan hasta los últimos confines de la Tierra.”

En esta serie no interrumpida de gloriosas conquistas se pone en contacto con las lenguas teutónicas, y si no las vence, porque no logra arrebatárles su sintaxis, sí reciben de ella gran parte de su Diccionario; de esto es prueba y ejemplo la lengua inglesa que cuenta muchos miles de voces de procedencia latina. De esta suerte, como dice por elocuente manera el insigne filólogo Max Muller, “ha suministrado la mayor parte del Diccionario á casi todas las naciones civilizadas del globo. Palabras empleadas en remota antigüe-

“dad por pastores italianos, son usadas hoy por los
 “hombres de Estado de Inglaterra, por los poetas de
 “Francia, por los filósofos de Alemania; y el débil eco
 “de esas conversaciones de la campiña romana puede
 “ser oído en el Senado de Washington, en la Catedral
 “de Calcutta y en las cabañas de la Nueva Zelan-
 dia.”

No obstante que es imposible negar la importancia filológica de esta lengua, se ha dicho que considerados el latín y el griego únicamente desde el punto de vista de la Filología, son menos interesantes que más de una jerga salvaje cuyo nombre es casi desconocido. (M. Sidwick citado por Bain.) No me toca exponer en qué sentido se ha dicho lo anterior, porque no entra en mis miras estudiar la influencia filológica del latín, si no es con relación al castellano; pero la Gramática monumental de las lenguas indo-europeas por Francisco Bopp y la de las lenguas romances por el insigne sabio Federico Diez, bastan para poner de resalto la importancia del latín desde el punto de vista de la Filología.

Sin detenerme, pues, en este aspecto de la cuestión, examinaré cuál es el papel que le toca desempeñar en la formación, crecimiento y progreso de la lengua castellana.

Empleando una metáfora bastante propia, se ha dicho que las lenguas romances, entre las cuales se cuenta la nuestra, son hijas del latín, puesto que de él proceden; pero quizá pudiera decirse que son el latín mismo transformado; mas ya se acepte uno ú otro concepto, lo que no puede negarse es su dependencia del

bajo latín en los primeros días de su existencia y del latín literario en su estado actual.

Plena confirmación nos ofrece de esta verdad el castellano que necesita de la lengua latina para exponer la etimología de las cuatro quintas partes de sus voces, que de ese mismo idioma recibe sus elementos constitutivos y sus leyes morfológicas; que á sus preceptos se atiende para escribir y pronunciar gran número de palabras y que obedece en muchos de sus giros y construcciones á la sintaxis de la lengua madre.

La etimología de la palabra no sólo descubre muchas veces el significado de ella, sino el de cada uno de sus elementos: si descomponemos, por ejemplo, la voz *amábamos* en sus elementos radical, temporal y personal, veremos cómo cada uno de ellos resulta ser una voz significativa: *am* connota la acción del verbo; *aba* fija la época de la acción y *mos* denota el sujeto que la ejecuta.

Guiados por la ciencia etimológica, sabemos que la flexión personal *mos* de nuestros verbos es igual á la terminación latina *mus* de la primera persona de plural; ésta es igual á la griega *men*, antiguamente *mes*, la cual á su vez es igual al sánscrito *mas*.

Y sea que se adopte la explicación que da Bopp del origen de esta última desinencia, ó bien se prefiera la que propone Pott, siempre habrá que ver en este elemento del verbo una raíz pronominal que tiene el mismo valor que el pronombre *nosotros*.

Sirva este ejemplo para demostrar cómo los estudios etimológicos llevan la luz aun á los elementos más tenues de la palabra, descubriendo no sólo el sig-

nificado de las sílabas, sino también el de las letras, descubrimiento de todo punto necesario para establecer ecuaciones perfectas entre las palabras y las ideas, en lo cual consiste la propiedad del lenguaje. (a). Con gran fuerza de expresión significa esto mismo S. Ildefonso de Sevilla, el cual dice:

“Nam quum videris unde ortum est momen, citius vim intelligis. Omnis enim rei inspectio, etymologiá cognitá, planior est.”

Quien así adquiriera un conocimiento tan profundo, como minucioso del valor ideológico de las palabras y de cada uno de sus elementos, deslindará la sinonimia de las voces, y al mismo tiempo que haga de ellas cumplido análisis, podrá formar síntesis perfectas, combinando convenientemente sus elementos, para formar con ellos voces nuevas que correspondan á ideas y á objetos nuevos.

Espontáneamente se infiere de aquí, cuán necesario sea el conocimiento de la lengua latina, ya para analizar la estructura íntima de las palabras castellanas existentes, ya para formar las nuevas que se fueren necesitando. ¿Y valdrá tan poco la morfología de la propia lengua, que se haya de prescindir de ella, sólo por no ir á buscar en otro idioma sus elementos constitutivos? Es por ventura cosa tan baladí el conocimiento de su origen inmediato, que nos sea lícito renunciar á descubrirlo, aun cuando lo tengamos al alcance de nuestra mano? Como vamos á ver, la morfo-

(a) Lo dicho sobre la etimología de la primera persona de plural, lo he tomado de mi opúsculo intitulado “Estudio sobre los Oficios ideológicos y gramaticales del verbo.”

logía tiene estrechísima conexión con la prosodia y la ortografía, de suerte que al prescindir de ella tenemos que resignarnos á ignorar las otras dos.

El estudio comparativo del latín y del español pone á nuestra vista las leyes de transformación á que se han sujetado las palabras, sílabas y letras latinas al entrar á formar parte de nuestro idioma. Conforme á estas leyes, al mudarse las letras consonantes, se convierten en sus afines suaves; y así la *p* se transforma en *b*; la *c* en *g*, y la *t* en *d*. De *sapore*, *dico* y *catena* han salido *sabor*, *digo* y *cadena*.

Según otra ley, *é ó* acentuadas, se convierten respectivamente en los diptongos *ie*, *ue*, y así de *certo*, *fel* y *mel* resultan *cierto*, *fiel* y *miel*, y de *sorte*, *morte* y *fonte* nacen *suerte*, *muerte* y *fuerite*. Esta ley rige aun dentro del castellano, y explica la irregularidad de los verbos que llevan los diptongos *ie* y *ue* en las tres personas del singular y en la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo, como *acertar* que tiene en el presente de indicativo las personas irregulares *acierto*, *aciertas*, *acierta* y *aciertan*, en las cuales se ha transformado en *ie* la *é* acentuada de las formas hipotéticas regulares *acérto*, *acértas*, *acérta*, *acértan*. De la misma suerte en lugar de las formas regulares *asólo*, *asólas*, *asóla* y *asólan* tenemos las irregulares *asuelo*, *asuelas*, *asuela* y *asuelan*, convertida la *ó* acentuada en el diptongo *ue*.

Vice versa los diptongos *ie*, *ue* acentuados en la voz primitiva, en la derivada se condensan en las vocales *e* o átonas, según podemos advertirlo en las palabras

cielo, tierra, bueno, ardiente, que dan los derivados *celestes, terreno, bonísimo y ardentísimo*.

Salta luego á la vista cómo es indispensable el conocimiento de muchas leyes de transformación para el recto uso de las letras, parte importantísima de la ortografía. Según esas leyes la *p* latina se convierte en *b*; *f* latina inicial en *h*; *li* medial y *x* medial en *j*; como se observa en las palabras *saber, hijo, mujer, eje*, provenientes de *sapere, filio, muliere y axe*.

Los verbales en *ción* procedentes de supino en *tum* piden *c*, y exigen *s* los que vienen de supino en *sum*; así se explica satisfactoriamente la ortografía que se sigue, al escribir con *c* las palabras *inscripción y prohibición*, que hay que referir á los supinos *inscriptum y prohibitum*; mientras que *extensión y propensión* llevan *s*, por tenerla los supinos *extensum y propensum*.

No depende menos el castellano del latín en la colocación del acento prosódico, que por regla general descansa en la misma sílaba en que lo lleva la voz latina primitiva. Así se verifica en los nombres derivados de nominativos latinos de la primera declinación ó del ablativo de las otras cuatro: sirvan de ejemplo las voces *rosa, estatua, sueño, labor, honor, cadáver, serie y especie*, que como es notorio se derivan de *rosa, statua, somno, labore, honore, cadavere, serie y specie*: también se advierte la persistencia del acento latino en los superlativos orgánicos en *ísimo* y en *érrimo* que son sin excepción esdrújulos, como *bonísimo y libérrimo*. Como caso excepcional hay que hacer constar la desviación del acento latino en las personas del singular y en las terceras del plural de los presentes de indi-

cativo y subjuntivo pertenecientes á ciertos verbos, como *índico, ímpero, éxplico*, etc., que son esdrújulos en latín y graves en castellano. Pero estos casos excepcionales no infirman la ley general, que es de tanta utilidad para fijar la verdadera pronunciación de no pocas voces que corren mal acentuadas en los labios de casi todos; tales son *opimo, poliglota, metamorfosis, telegrama, paralelogramo* y otros más que indebidamente se hacen esdrújulos entre nosotros. Como muchas palabras nos han venido del griego por conducto del latín, es conveniente notar que en español no prevalece respecto de estas voces la prosodia griega, sino la latina; y así aunque *metamorfosis* tenga por origen mediato una voz griega proparóxitona, es palabra grave, lo mismo que en la lengua latina de donde procede inmediatamente.

El cotejo de una y otra sintaxis nos descubre, al lado de profundas diferencias, muchas y muy trascendentes semejanzas. Y así aun cuando nuestra sintaxis no tenga tanta libertad como la de la lengua madre, se aproxima mucho á su hipérbaton, al cual sigue más de cerca que el francés, mayormente en las construcciones consentidas á los poetas. Sirva de ejemplo la trasposición del antecedente pospuesto á su relativo en los siguientes conocidísimos versos:

Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,

ó en estos otros:

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa.

Un giro semejante se advierte en las siguientes frases de Cicerón:

In Hortensio memoria fuit tanta ut QUÆ secum commentatus esset, EA sine scripto verbis eisdem redderet: conforme al orden regular se habría dicho *ut ea quæ secum, etc.*

Del latín también hemos tomado el uso del relativo en las oraciones finales afirmativas y de la partícula *no* en las negativas; á él debemos el uso de algunas preposiciones, como partículas anunciativas; á él, asimismo, no pocas concordancias, regímenes y construcciones, que no especifico por no convertir este discurso en una disertación gramatical.

Se ve, pues, con toda claridad, que si el latín fuera condenado á perpetuo olvido, quedaría cegada la fuente de donde nuestra lengua ha tomado sus construcciones más elegantes y sus más bellas formas.

Quien no conozca á nuestros escritores clásicos antiguos y modernos, podrá convencerse de esta verdad con sólo leer detenidamente la admirable gramática latina de los Sres. Caro y Cuervo, en la cual hacen tan insignes filólogos un estudio comparativo del latín y el castellano sumamente útil por sus muchas y luminosas enseñanzas. De todo lo expuesto se colige que el estudio de la literatura y lengua latinas, no sólo es provechoso, sino necesario para el conocimiento del idioma castellano. Sin ese antecedente histórico tan importante, ignoraríamos la procedencia de la inmensa mayoría de nuestras voces; no sabríamos cómo el bajo latín se transformó en romance; cómo ya en el siglo once aparecen en varios documentos juntamente con palabras

y construcciones latinas viciosas y desfiguradas, las primeras voces y frases del romance castellano; hoy mismo no sabríamos escribir ni pronunciar gran número de dicciones de ortografía y pronunciación dudosas, y nos veríamos privados de numerosas construcciones sintácticas.

No hay ni sombra de hipérbole al asegurar que no pocas reglas gramaticales tomamos directamente del latín, y que otras muchas tienen en esta lengua cumplida explicación, sin la cual serían empíricas y arbitrarias.

No se me esconde que al nacer nuestro idioma no estuvo en contacto con el latín literario que es el que se enseña en nuestras escuelas, sino con el bajo latín; y que sería excesiva exigencia pedir que se estableciesen cátedras para dar á conocer la lengua latina en su último período, en las postrimerías de su dilatada y gloriosa vida.

Pero si es verdad que coexiste la última forma de la lengua del Lacio con la primera de la lengua de Castilla, y que se confunden en un solo grito el estertor de la agonía del padre con los primeros vagidos del hijo, no es menos cierto que tampoco hay que enseñar en nuestras aulas el romance que se habla en el poema de Alejandro, sino una lengua literaria ya formada que ha estado y está en inmediato contacto con el latín áureo del siglo de Augusto; porque de ese latín y de su gramática hemos tomado una gran parte de las riquezas literarias y de las excelencias gramaticales de nuestra lengua. No son giros del latín férreo las reminiscencias virgilianas que están á la vista en estos versos de Fr. Luis de León:

Cubre la gente el suelo,
 Debajo de las velas desaparece
 La mar: la voz al cielo
 Confusa y varia crece,
 El polvo roba el día y le oscurece.

ó en estos otros de nuestro egregio poeta Pagaza:

Tendido enseñas á la selva fría
 A resonar el nombre
 De la hermosa Amarilis, tu alegría.

Pero no sólo es el latín un antecedente histórico de que no se puede prescindir al estudiar las lenguas romances, es también el idioma que hablan todas las ciencias, puesto que el latín y el griego son depositarios de todos los conocimientos adquiridos, ya sea mediante las especulaciones abstractas de nuestro espíritu, ó ya mediante nuestras observaciones y experiencias.

El tecnicismo científico es casi en su totalidad greco-latino, y se pierden muchas de las ventajas que de él resultan, cuando se ignoran las lenguas que contribuyen á formarlos con sus temas radicales y con sus desinencias.

La primera necesidad que sienten los hombres dedicados al cultivo de las ciencias, es la de formar voces nuevas, para expresar cosas ó ideas nuevas, ó bien corregir las mal formadas: en este mismo lugar un doctor colega nuestro propuso algunas voces técnicas que designan ciertas unidades de fuerzas mecánicas y eléctricas en lugar de los nombres que están en uso y que son defectuosos.

La ignorancia completa ó el conocimiento superficial que tienen del griego y del latín quienes conceden

á las ciencias atención preferente, explica la estructura viciosa ó la impropiedad de muchos términos científicos que expresan cosa distinta de lo que con ellos se quiere significar.

D. Pedro Felipe Monlau cita en alguno de sus discursos académicos ejemplos de nombres impropios ó mal formados: tales son kilómetro, decímetro, miriámetro, decígramo, milígramo y otros más. El primero debería ser *kiliómetro*, ya que la primera parte del compuesto es *kilioi*, que significa mil; decímetro, centímetro y milímetro son voces híbridas; miriámetro había de ser miriómetro, por ser *myrios* el numeral que expresa diez mil; al modo que decimos termómetro y no termámetro, y que en griego se decía *myriocarpos* en vez de *myriacarpos*; *decígramo*, *centígramo* y *milígramo*, sobre ser híbridas, adolecen del vicio de impropiedad en el significado, por componerse de la voz *gramma*, que significa línea, la cual no connota lo que con dichos nombres se quiere expresar. Además son voces graves ó llanas.

Estos ejemplos y otros muchos que pudieran citarse, no prueban, como quisiera Bain, la poca utilidad de saber latín y griego para disfrutar de un buen tecnicismo, sino demuestran, por el contrario, la necesidad de conocer uno y otro idioma, así como sus leyes de formación y transformación; pues si todo esto se conoce y se tiene presente en su hora oportuna, no se formarán palabras impropias ó defectuosas, las cuales según el consejo de Varrón, á ser posible, deberían emplearse poco, para que caídas en desuso, pudieran modificarse, y se pusieran en circulación después de co-

rregidas. "Quæ tamen, dice, sunt ita ut in præsentia
" corrigere nequeas, his oportet, si possis non uti, sic etiam
" obsolescent, ac postea iam oblitterata facilius corrigi po-
" terunt."

Como indiqué antes, M. Bain no juzga que aprove-
che mucho el conocimiento del griego para entender
bien los términos técnicos, antes lo tiene por nocivo.

" El conocimiento del griego, dice, nos basta, es cier-
" to, para comprender las palabras barómetro, fotóme-
" tro y algunas otras; pero para la mayoría sería in-
" suficiente ó no serviría, sino para extraviarnos: la
" palabra barómetro, que significa literalmente medi-
" da del peso, convendría mucho á la balanza ordina-
" ria; mas sería imposible adivinar el sentido que nos-
" otros le damos."

Desde luego ocurre que si hay voces derivadas ó
compuestas procedentes del griego ó del latín, cuyo
significado sea inadecuado ó impropio, lo que importa
es conocer el valor de las palabras pertenecientes á
esos idiomas; así se emplearán con propiedad; así tam-
bién podrán corregirse las mal formadas, como ya se
corrigió *insectología*, que ha sido reemplazada por *en-
tomología*. Si alguien usa mal de una lengua que ne-
cesita, lo que ciertamente le conviene es aprenderla
mejor; pero de ningún modo olvidarla ó ignorarla del
todo.

Mas no creo que sea enteramente exacto que la ma-
yor parte de las voces técnicas procedentes de las len-
guas clásicas, adolezcan de los defectos que vician y
afean á miligramo y barómetro. El mismo tecnicismo
matemático y la nomenclatura química, entiendo que

prueban lo contrario. En la Geometría es frecuente que
la definición etimológica de la palabra se identifique
con la definición de cosa: sirvan de ejemplo las voces
*triángulo, cuadrilátero, paralelogramo, pentágono, exá-
gono, tetraedro, dodecaedro* y muchas otras más. Por lo
que mira á la Química, si acudimos á las voces griegas
primitivas, luego venimos en conocimiento de que el
oxígeno engendra ácidos, y el *hidrógeno* agua; que el *ázoe*
priva de la vida y el bromo produce mal olor. Cuando
un cuerpo simple forma con el *oxígeno* dos ácidos, la
desinencia *ico* se aplica al que contiene mayor canti-
dad de oxígeno, y *oso* al que tiene menor. Y si el sim-
ple forma mayor número de ácidos, se combinan con
las inflexiones mencionadas el prefijo *hiper*, que deno-
ta aumento, ó *hipo*, que significa disminución; de esta
suerte podemos graduar la cantidad de oxígeno res-
pectivamente contenida en los ácidos *hipocloroso, clo-
roso, hipoclorico, clórico é hiperclórico*. Las terminacio-
nes *ato é ito* indican la combinación de un ácido con
una base; la sal lleva la primera desinencia si contiene
un ácido cuyo nombre termine en *ico*, y la segunda, si
el nombre del ácido acaba en *oso*. La Química ha lle-
vado la perfección de su nomenclatura hasta significar
por medio de prefijos las proporciones numéricas en
que se hallan las sustancias componentes. Las voces
proto, sesqui y *bi*, significan que algún óxido, por un
equivalente de metal, contiene respectivamente uno,
uno y medio ó dos equivalentes de oxígeno.

Es verdad que estos ejemplos más hablan en favor
del griego que del latín; pero en el caso presente, se
hallan ligadas ambas lenguas, en términos, de que mu-

chas de las razones aducidas en pro del griego, son también valaderas para el latín. Añádese á esto, que no es enteramente extraño á mi propósito encarecer en este discurso la necesidad que tenemos de conocer también el griego.

Al hablar del latín como lengua sabia, no quiero pasar en silencio lo que el Sr. D. Gabino Barreda pensaba de este idioma en sus relaciones con la Historia Natural. El distinguido profesor de Botánica, después de haber lamentado que no se exigiese á los ingenieros el estudio del latín, so pretexto de ser inútil para ellos, se produce en estos términos: "Este pretexto es sencillamente un error. Los ingenieros, como dije á usted, están llamados á hacer el cultivo más práctico y más provechoso para el país de la historia natural, y muy especialmente de la Botánica; y bien, por una anomalía singular las obras de Botánica, y precisamente las descripciones de las familias, de los géneros y de las especies se hacen en esta ciencia casi siempre en latín; y las más importantes y necesarias obras en esta materia se escriben todavía en ese idioma. Los ingenieros, por consiguiente, y sobre todo, los topógrafos, ingenieros de caminos, ingenieros geógrafos, y aun los de minas, si quieren corresponder á las esperanzas que en ellos tiene fundada la Nación, deben ponerse en aptitud de consultar esas obras."

Las consideraciones hechas por el Sr. Barreda y otras que ya quedan expuestas convencen de la necesidad del latín y del griego, no sólo para aquellos que colocados en esferas superiores, están llamados por su saber á aumentar y á mejorar el tecnicismo científico;

sino también para los cursantes, que en esos idiomas hallan depositados, mediante sabia y breve síntesis, los frutos de ruda labor intelectual, y que en las raíces, en las desinencias y en las pseudodesinencias tienen elementos admirables para definir, describir y clasificar con maravillosa concisión; concisión que es valiosísimo recurso para grabar y retener en la memoria teorías profundas y prolijas clasificaciones, como las que usan, por ejemplo, la Botánica, la Zoología y la Patología. Sirvan de ejemplo las numerosas enfermedades inflamatorias cuyo género está designado por la desinencia griega *itis* que significa *punta*, lo que punza ó irrita, y cuya especie queda denotada por el tema radical que expresa el órgano que adolece de la enfermedad; y así *hepatitis* es inflamación del hígado, *gastritis* lo es del estómago, *glositis* de la lengua y *peritonitis* del peritoneo.

Las nomenclaturas y tecnicismos que hoy usan las ciencias, son utilísimo recurso mnemotécnico que consiste en suscitar por medio de los elementos componentes de la palabra una serie más ó menos dilatada de ideas y de conocimientos.

Por otra parte, generalizados el estudio del griego y del latín, sería su conocimiento uno de los medios más eficaces para divulgar las ciencias, mediante la lectura de libros no escritos con la aridez de las obras didácticas, y que hoy están cerrados con los siete sellos del tecnicismo grecolatino.

No puede negarse que el conocimiento de las raíces de uno y otro idioma nos ayuda á formar la análisis y la síntesis de las palabras que de ellos proceden; pero

no es menos claro que es necesario, además, tener alguna noticia de los otros elementos de que constan las voces, así como de los procedimientos de derivación, composición y yuxtaposición, según los cuales se combinan dichos elementos para llegar á formar la palabra. Entre éstos ocupan lugar muy principal las desinencias que distinguen los casos de las voces declinables y que descubren las formas diversas de los verbos y de las voces verbales; casos y formas que ha de tener muy presente, así el etimologista que inquiere el origen y formas primeras de las palabras existentes, como el que tiene necesidad de enriquecer con voces nuevas ya la lengua vulgar, ya las nomenclaturas de artes y ciencias. Los procedimientos morfológicos que debe seguir el que forme palabras de procedencia latina, suponen el conocimiento de los procedimientos de flexión, pues quien ignore los casos de la declinación latina y las formas de los participios, infinitivos y supinos se hallará en la imposibilidad de escoger el caso ó la voz verbal que necesite, para que la nueva palabra resulte bien derivada; y este conocimiento que se requiere para la síntesis ó composición de las voces, se exige igualmente para su análisis; para saber el valor y significado de sus elementos, cosa que incumbe conocer á todo el que tiene necesidad de poseer el tecnicismo de una ciencia. Colíjese de aquí que el estudio de las raíces, para que sea fructuoso, pide el conocimiento de los procedimientos de flexión que enseña la Analogía latina. Téngase, además, en cuenta, que no basta que las palabras estén bien formadas, sino que es indispensable saber pronunciarlas y escribirlas.

Infiérese de todo esto que el estudio de las raíces latinas ha de ir acompañado del de la Analogía, Prosodia y Ortografía, si no sólo se han de formar bien y entender con claridad los términos técnicos de procedencia latina, sino que se han de pronunciar y escribir correctamente. Idénticos conocimientos de gramática griega reclaman los términos que vienen del griego.

Antes de concluir haré notar que los más acerbos adversarios de los estudios clásicos, aun no se resuelven á condenarlos de un modo completo y absoluto.

El actual emperador de Alemania, que desea *germanizar* la educación de la juventud alemana, sólo quiere que ocupen el primer lugar la Historia y la Literatura de su patria; desea que "los jóvenes escolares vayan de Sedán á Maratón, en vez de ir de Maratón á Sedán;" pero no les prohíbe que vayan á Maratón, y seguramente tampoco les impedirá que, conducidos por Tito Livio, visiten á Cartago.

Alejandro Bain, en su libro sobre la Ciencia de la Educación, hace una concesión muy importante para mi intento, supuesta la autoridad de que goza entre los enemigos del latín. Ha escrito lo siguiente: "Estamos á punto de llegar á una transacción entre el nuevo sistema y el antiguo, fundada en el abandono de una de las dos lenguas clásicas, es decir, del griego, de suerte que sólo el latín sea obligatorio en el programa de los estudios superiores."

Bain deplora que durante muchos años los discípulos consagren más de la mitad de su tiempo al griego y al latín en algunas escuelas de Inglaterra.

En Alemania, según el mismo autor, durante cuatro años se conceden al latín seis horas semanarias, y en los dos siguientes se le dedican siete. En Francia, según Frari, se estudia latín diez años consecutivos.

Se percibe muy claramente que el curso de una sola asignatura, prolongado por tan dilatado espacio de tiempo, impide la adquisición de otros muchos conocimientos, algunos de mayor importancia; pero nosotros no estamos en ese caso; actualmente se le señalan á este idioma seis horas semanarias, durante el período de tres años, y las demás horas útiles se ocupan en otros estudios, en su mayor parte científicos. Hay, por lo mismo, la seguridad de que los cursos de latín no perjudican á los demás. No bastarán para formar eruditos y profundos humanistas, como tampoco pueden salir de las aulas especialistas en Matemáticas, en Física, en Química ó en Historia Natural, porque esto no es posible. Los especialistas tienen que formarse después, estimulados por su vocación y ayudados eficazmente por los conocimientos adquiridos en las escuelas, en las cuales sólo pueden allegar los conocimientos fundamentales de cada ciencia y de los métodos y procedimientos indispensables para adquirirlas, con lo cual, como tantas veces se ha dicho, se aprende á estudiar.

Para que la educación de los jóvenes escolares satisfaga á sus más urgentes necesidades, no se ha de exigir que en cada materia alcancen conocimientos tan extensos y profundos, como si fuera ella la única que hubieran de cursar; si así se procediera, habría que sacrificar á un solo conocimiento ó á un solo orden de co-

nocimientos todos los demás; habría que descuidar las letras por las ciencias ó éstas por aquéllas.

Si el plan de estudios atiende igualmente al cultivo de las letras y de las ciencias, dejarán de vivir divorciadas las unas de las otras. Por caso lamentable pasa entre nosotros, salvo honrosas excepciones, que los hombres de ciencia poco se cuidan de lo que llaman la forma del pensamiento, y los humanistas y literatos, pagando desdén con desdén, no dan mayor importancia á las pacientes labores del observador y del experimentador. Pero aun suponiendo que los unos estimen en lo mucho que vale la labor de los otros, es estimación meramente platónica, pues cada quien mira como vedados los dominios en que él no impera. Que no sea esta la conducta que observen nuestros alumnos; que antes bien imiten á los sabios franceses que hermocean las verdades austeras de la ciencia con las galas y atavíos del lenguaje y del estilo, estilo y lenguaje que han acendrado en el crisol de los clásicos griegos y latinos.

Por otra parte, no perdamos de vista que si las ciencias experimentales y de observación, auxiliadas poderosamente de las exactas, descubren cada día en la Naturaleza nuevas energías que ponen al servicio del hombre, para proporcionarle toda clase de goces materiales, las Humanidades, tomadas en toda su amplitud, desenvuelven las energías de nuestra alma y las aplican á los objetos más nobles y levantados: al conocimiento de la Verdad; al amor y práctica del Bien; á la manifestación y realización de la Belleza.

Por estos estudios amamos á la Naturaleza y á su

Autor Omnisciente y Todopoderoso; á la Humanidad y á la Patria; á la Libertad y al Derecho; á la Ciencia y al Arte.

Un solo libro, el libro por excelencia, el monumento literario más grande que posee el hombre, transformó al mundo antiguo en el mundo cristiano; muchos siglos después, los griegos fugitivos de Constantinopla obraban otra gran transformación que se llamó Renacimiento; á su vez el Renacimiento preparó el camino á la Revolución más trascendental de los tiempos modernos; y esa Revolución fué en gran parte obra de los autores griegos y latinos. No es esta la oportunidad de juzgar á la Revolución y al Renacimiento, pero sí lo es de ponderar cuán grande es el poder de las ideas cuando se asocia al poder de la palabra. ¿Qué son, pues, las fuerzas de la materia comparadas con el empuje casi omnipotente del espíritu?

No sé si el ardor con que defendiendo el estudio y cultivo de las literaturas clásicas me haya llevado más allá de los lindes que fija la verdad; pero suponiendo que hubiera exagerado la influencia que les ha tocado ejercer en el mundo antiguo y en el moderno, sí podré decir de esta disciplina del espíritu, lo que con tanta elocuencia como verdad dijo alguna vez el más grande de los oradores romanos: "Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant; adversis perfugium ac solatium præbent; delectant domi non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur."

He dicho, señores, si no todo, algo de lo mucho que abona el estudio de las Humanidades en general y del

latín y su literatura en especial. No creo necesario fatigaros por más tiempo; lo dicho basta, á lo menos, para fijar el estado de la cuestión.

Por lo demás, el acendrado amor que profesa á las letras el actual Ministro de Instrucción Pública; el culto que rinde á la lengua patria tan bien manejada por su correcta y elegante pluma; su investidura académica que lo pone al lado de los próceres de la Literatura en España y en América, me hacen esperar fundadamente que no será el literato, el hablista, el académico, quien descargue rudo golpe sobre nuestra lengua y literatura, suprimiendo la enseñanza de la lengua y de la literatura latinas.

PRÓLOGO A LA NOVELA "LA CALANDRIA."

No es este libro del número de los que necesitan prólogo ajeno, y si aparece ahora precedido de las presentes líneas, es, acaso, porque el autor de LA CALANDRIA me distingue con su estimación y ha querido asociar mi nombre al suyo, en una obra cuya publicación se debe, en no pequeña parte, á mi tenaz empeño por que no permanezcan inéditas las producciones que juzgo honra y prez de las letras nacionales. Gloriome,—perdone el lector este arranque de legítimo orgullo,—gloriome de haber enriquecido la bibliografía mexicana con gran número de libros que seguramente habrían permanecido archivados por sus autores, si no hubiese sido por mi afán en procurar su impresión, pensando que á trueque de tal servicio podrían darse por compurgadas las faltas cometidas en mis propias obras. Por cada una de éstas, defectuosas como mías, puedo presentar varias ajenas, de indiscutible mérito, publicadas mereced á mí, que gozo con los triunfos del saber y del ingenio de los demás, porque debo al cielo el don inestimable de no haber sentido jamás el torcedor de la envidia.

Figura, entre esas obras ajenas, LA CALANDRIA, novela que, con ser la primera de su autor, le colocó desde luego en distinguido lugar entre los buenos novelistas contemporáneos. Éxito tan brillante, como el obtenido por Rafael Delgado, no me causó la menor sorpresa. Teníale de antemano por correcto escritor y galano poeta; sabía que, entre otras muchas, posee cualidades eximias de espíritu observador, de acierto para la descripción de las costumbres populares, de habilidad para dar vida y animación al diálogo, y sobre todo, de saber sorprender á la naturaleza en sus instantes más hermosos y más solemnes para reproducir sus bellezas, no con la servil exactitud de la fotografía, sino con las mágicas tintas del artista consumado.

Talento, instrucción, alma noble, corazón abierto á todo sentimiento generoso, dición pura y castiza, sin resabios de arcaísmo y rebuscamientos empalagosos, eso y más había yo reconocido en la personalidad y en los escritos del joven literato de Orizaba, del aventajado discípulo del modestísimo sabio D. Silvestre Moreno Cora, y ansiaba yo, por lo mismo, que sus producciones fuesen conocidas y estimadas dentro y fuera de nuestro país.

Por eso, al fundar en 1889 la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, en unión de Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera y otros cultivadores de las letras, puse el mayor empeño en contar á Rafael Delgado en el número de nuestros mejores compañeros, y por eso le pedí, con verdadera tenacidad, que poniendo en orden sus apuntes diese forma á LA CALANDRIA, novela tan sólo proyectada á la sazón. Mis esperanzas no resul-

taron fallidas: apareció LA CALANDRIA en las páginas de la *Revista Nacional*, y desde sus primeros capítulos fué saludada por el aplauso de los más entendidos literatos de México, de Sud-América y de España misma. La prensa periódica no se limitó á elogiarla, sino que reprodujo algunos de sus pasajes más bellos, é indicó la conveniencia de formar un volumen con aquellas páginas, para facilitar más su lectura, poniéndolas al alcance de los que no acostumbran subscribirse á Revistas científicas y literarias. Muchos de sus amigos instamos á Rafael Delgado, y al fin obtuvimos de él la promesa de hacer la presente edición.

¿Necesitaré entretener al lector con una disertación sobre la escuela en que Rafael Delgado se afilió al escribir LA CALANDRIA? ¿Será preciso que repita *mutatis mutandis* lo que en defensa del realismo puro y bien entendido se ha dicho en el mundo con motivo de las desenfrenadas licencias de varios de los novelistas contemporáneos? ¿Deberé detenerme á señalar, ya que no todas, sí las principales bellezas de LA CALANDRIA, para prevenir el ánimo del lector? Creo firmemente que no.

Cuando en los prólogos de ciertas obras se entretienen algunos escritores en desentrañar los más recónditos pensamientos del autor, y se divagan en disquisiciones filosóficas y en la exposición de teorías estéticas, resulta, casi siempre que atribuyen al libro que examinan tendencias que distan mucho de ser las mismas que tienen centro y arraigo en la mente del autor; ó sucede, y es lo más frecuente, que el lector, prescindiendo de advertencias preliminares, busca por

sí mismo la verdad y la belleza de la producción, sin aceptar las indicaciones del prologuista que pretende guiarle. No me expondré á desempeñar tan desairado papel. Empero sería injustificable que dejara de decir aquí,—sin pretender, por supuesto, establecer comparaciones que acabarían por concitar el celo y la emulación de otros autores mexicanos, en contra de LA CALANDRIA,—que, á mi juicio, no solamente llena la primera y principal condición de toda obra de arte, cual es la de realizar la belleza, sino que responde á una de las necesidades que aquejan á nuestra literatura, y la cual necesidad no es otra sino la de llevar, por decirlo así, el sello de la nacionalidad de los autores.

LA CALANDRIA es una novela genuina y netamente mexicana. En ella no hay reminiscencias de costumbres extranjeras; se desarrolla en un medio,—como se usa hoy decir,—que es enteramente nuestro; palpita en todas sus escenas el sentimiento que caracteriza á nuestra raza; nada hay de convencional ó de amanerado, por asimilarnos lo que no es en nosotros genial ó nativo; los hermosos paisajes á que Rafael Delgado nos conduce nos son, puede decirse, familiares, y si los encontramos más bellos, es porque el artista posee el don, como se ha repetido tantas veces, de penetrar lo que, aunque está á la vista de todos, sólo su mirada sabe y puede abarcar en la plenitud de su luz, de su poesía y de su encanto.

Páginas hay en LA CALANDRIA que se asemejan á los cuadros de Velasco, el mejor de nuestros paisajistas; páginas que nos transportan á las rumorosas florestas de la región oriental de México, y que despertarán en

los extraños el deseo de conocerlas y de aspirar sus perfumes, bañarse en su luz y deleitarse con sus armonías.

Que no son un arcano para nuestro novelista las pasiones que conmueven á la clase social á que pertenecen los personajes de *LA CALANDRIA*, va á verlo el lector, y al verlo asignará á Rafael Delgado alto puesto entre sus autores predilectos.

Y baste con lo dicho; que las demás excelencias que sobresalen y brillan en las páginas de este libro, perlas preciosas de la corona literaria de Rafael Delgado, el lector será quien, si sabe sentir y amar lo bello, las engastará en la palma que, en mi sentir, merece quien ha dotado á la literatura nacional con una obra que podemos presentar á los extraños como un testimonio de que existen en nuestro país entendidos cultivadores del género literario más en boga en los actuales tiempos.

México, Noviembre 22 de 1891.

Francisco Sosa.

SUPPLICIO DE LAOCONTE.

(VIRGILIO.—ENEIDA, LIB. II.)

De Laoconte que, ardiendo en ira, lanza
Venablo rudo al flanco del ingente
Corcel forjado en la perfidia griega,
Las de Troya Deidades enemigas
Decretan el castigo, cuyo espanto
La venda espese al ofuscado pueblo.

Por la suerte Laoconte al sacerdocio
De Neptuno llamado, con solemne
Rito en su altar, un lucio toro inmola,
Cuando he aquí... ¡me horrorizo al recordarlo!
Que de Ténedos, isla no distante,
Dos serpientes enormes enroscadas
Al piélago se arrojan, por enmedio
De las serenas ondas de consuno
Viniendo á nuestra playa, el pecho erguido
Y dominantes las sanguíneas crestas,
Y enarcando y tendiendo entre las olas,
Mientras avanzan, lo demás del cuerpo.
Ruge el mar con estruendo y forma espuma.
A la ribera llegan, inyectados
En sangre y fuego los vivaces ojos
Y lamiendo las fauces silbadoras
Vibrantes lenguas. A su aspecto huimos

Pálidos de terror. Ellas con firme
 Movimiento resuelto, hacia Laoconte
 Van y, ante todo, abrazan una y otra
 A sus dos tiernos hijos, los estrechan,
 Y sus míseros miembros atarazan.
 Luego á él mismo que, armado, iba en su auxilio,
 Embisten y aprisionan; y aunque en dobles
 Círculos ya los escamosos cuerpos
 Oprimieron dos veces la ciutura
 Y el cuello de la víctima, sobre ella
 Cabezas y cervices aparecen
 Irguiéndose. Con ambas manos lidia
 Por desatar Laoconte aquellos nudos:
 Sangre corrupta ya, negra ponzoña
 Sus ínfulas destilan. A los astros
 Alza horrendos clamores semejantes
 Al mugido del toro que ante el ara
 Huye, del cuello herido sacudiendo
 Mal clavada segur. Las dos serpientes
 Se deslizan y evaden hacia el alto
 Templo de Palas rígida, y se esconden
 Bajo sus pies y su redondo escudo.

J. M. ROA BÁRCENA.

HORACIO.—SÁTIRAS.

LIBRO PRIMERO.

SÁTIRA I.

A MECENAS.

(Al Señor Don José María Vigil.)

¿Por qué, Mecenas, para nadie es bueno
 Lo que ha por arte ó por azar logrado,
 Y mira, codicioso, el bien ajeno?

“Feliz el mercader”—clama el soldado,
 Gimiendo al paso que su edad avanza
 Y de marcial fatiga trabajado.

Y el otro si la mar no está en bonanza:
 —“¡Oh soldado feliz!”—¿Qué?—“Lucha y muere,
 O en un momento la victoria alcanza.”

Ser campesino el defensor prefiere
 Si al despuntar el alba un importuno
 Llama á su puerta y consultarle quiere.

Y si aquél dió su fianza por un tuno
 Y le arrastran á juicio, al opulento
 Juzga por más dichoso que otro alguno.

M. Academ.—46

Muchos ejemplos más prueban mi intento,
Y tantos, que decirlos no sabría
Fabio el verboso sin tomar aliento.

No más me empeñaré en esta porfía;
Mas oye mi intención. Si á los mortales
Dijérais un dios: "Voluntad mía

Es remediar vuestros acerbos males.
Soldado, ya tu militar arreo
He trocado en efectos comerciales;

Defensor, está lleno tu deseo,
La toga he convertídotte en arado,
¡Ea! A la mar y al campo á vuestro empleo.

¿No váis?—No irán.—¿Y estaba decretado
Que trocaran en flores sus abrojos
Dejando el propio por ajeno estado!

¿No merecen de Jove los enojos
Y que les diga el dios que en adelante
No ha de cumplir tan fácil sus antojos?

Además (pero no como farsante
Por mis chanzas me tengan; que entre chanzas
También se muestra la verdad triunfante,

Como da por lograr sus esperanzas,
Confites el maestro al educando
Porque entienda mejor sus enseñanzas),

Hablemos seriamente, abandonando
El lenguaje ligero. El que la tierra
Con incansable afán vive labrando,

El hostelero falso, el que en la guerra
Valiente lucha, el bravo marinero
A quien el mar enfurecido aterra,

Arguyen que si van tras el dinero
Es por tener de viejos paz amiga,
Seguro el pan y gozo verdadero.

Y de ejemplo nos citan á la hormiga
Que, previsora, hacina con presteza
Su provisión sin perdonar fatiga.

¿Donoso ejemplo. . . ! Cuando el año empieza
Y tiende Acuario su plumizo velo,
La hormiga ni aun asoma la cabeza.

Muy quieta permanece en el subsuelo,
Prudente vaciando la bodega
Que abasteció con singular anhelo.

¿Y el avariento. . . ? Por lucrar se entrega
A guerra, y mar, y frío, y sol ardiente,
Si alguno más tesoros que él allega.

¿Qué le da amontonar el reluciente
Oro y brillante plata si medroso
Los ha de sepultar profundamente?

¿Los consume. . . ? Será menesteroso.
¿No los consume. . . ? Entonces ¿qué aprovecha
De sus montones de metal precioso?

Y aunque obtenga de mies rica cosecha,
No contendrá su estómago más grano
Que el del que vive en condición estrecha.

Un siervo lleva el pan y le es en vano,
Porque dél no recibe más porciones
Que otro que vaya mano sobre mano.

¿O le da más arar cien posesiones
O mil al que conforma su existencia
De natura á las rectas prescripciones?

Que en coger de lo mucho hay complacencia. . . .
 ¿Y si de poco tomo lo bastante
 Me dará más que un cesto la opulencia?

El sediento apagar la devorante
 Sed quiere, y más que á plácida corriente
 Corre á beber á río amenazante

Y bebe en la ribera el imprudente,
 Cuando de pronto su caudal agita
 Y lo arrebató el rápido torrente.

Mientras quien á lo justo se limita,
 Ni turbia el agua bebe, sino pura,
 Ni su vida á perder se precipita.

¿Y el avaro nos dice en su locura
 Que jamás lo que abunda causa daño;
 Que sólo vale el que tener procura. . . .!

¿Qué hacer dél? Pues dejarle el gusto extraño
 De ser pobre y tener las arcas llenas,
 De ser gran opulento y gran tacaño.

Acude á mi memoria que en Atenas
 Cierta ricacho codicioso había
 A quien jamás las burlas dieron penas.

“Me silba el pueblo—impávido decía—
 Mas ver montones de oro reluciente
 Es, en mi casa, toda mi alegría.”

De sed espira Tántalo en la fuente. . . .
 ¿Te ríes? ¿Y por qué? Lleno está el mundo
 De Tántalos con nombre diferente.

Ven su dinero con afán profundo,
 Lo reverencian como objeto santo,
 Lo admiran como cuadro sin segundo.

—¿Para qué sirve, pues?— Dirásme en tanto.
 —Pues para comprar pan, vino, legumbres
 Y cosas cuya falta da quebranto.

¿Velar siempre, tener mil pesadumbres,
 Miedo á esclavos, incendios y ladrones
 Entran del hombre recto en las costumbres?

Prefiero la pobreza á los doblones.
 —Mas si un resfriado en cama te postrare
 —Me dirás— ó impensadas ocasiones,

No habrá quien medicinas te prepare,
 Por el físico vaya, se apresure
 A volverte á tus deudos y te ampare.

¿Y quién por el avaro hay que se apure?
 Hijos, mujer, vecinos, allegados. . . .
 Nadie querrá que su existencia dure.

¿Lo querrán los que fueron postergados
 Por él al oro, ó le tendrán ternura
 Los que dél fueron antes despreciados?

Si los parientes que le dió natura
 O amigos caros á su lecho quiere,
 Con solo afán en vano lo procura.

Como si al asno freno le pusiere
 Y cual bridón corriendo por el llano
 Que al freno fuera dócil pretendiere.

Que cese el anhelar y el miedo insano
 Que tiene á la miseria el avariento;
 Gocemos en Invierno del Verano.

No hagamos lo que Umidio (es breve el cuento):
 Medía el oro y su vestido era
 Más que el de un siervo, sucio y harapiento.

Llegó á temerse de hambre que muriera,
Y una recia ex-esclava de terrible
Hachazo dividióle la mollera.

¿Pero cómo vivir será posible,
Cual Mevio, avaro odioso, ó Nomentano,
Que es un disipador incorregible?

De un salto pasas de la cumbre al llano:
Afirmar que es odioso el ser mezquino,
No es decir que es amable el ser liviano.

De Tanais largo intervalo imagino
Al suegro de Vitelio. Todo tiene
Un medio, fin del hombre, como opino,

Más acá ó más allá ninguno obtiene
Una vida dichosa. Mas tornemos
Al punto de partida. ¿De qué viene

Que todos como avaros elogiemos
El bien de otro, y la oveja del vecino
Porque rinde más leche ambicionemos?

¿Por qué no comparar nuestro destino
Con el de un infeliz á quien la suerte
Condena á la miseria de contino?

¿Por qué siempre anhelar en más tenerte
Que éste y aquél, si el hombre de dinero
Siempre habrá el sitio en que quisieras verte?

Pugna en el circo al carro delantero
Un auríga vencer, y sus bridones
Urge sin ver el que dejó postrero.

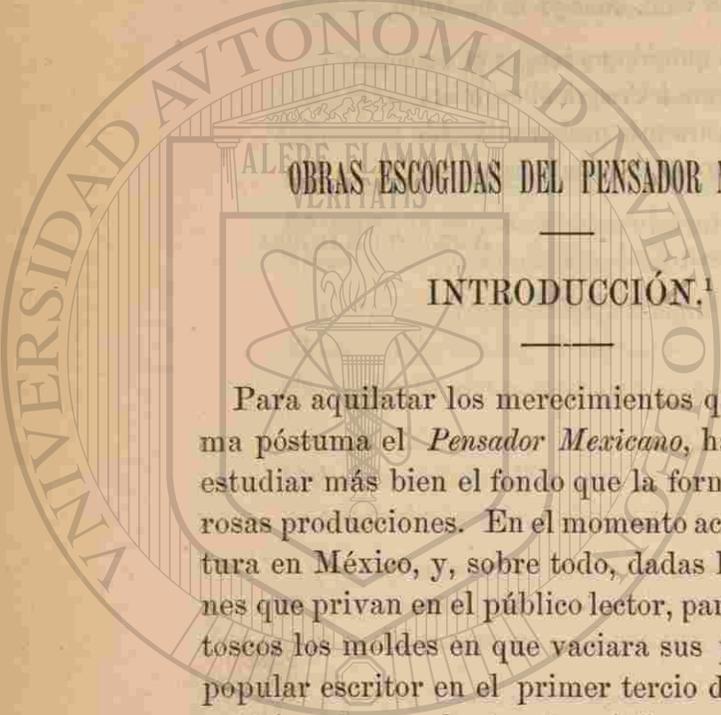
Por eso apenas hay en ocasiones
Quien se atreva á decir: "Vida constante
He tenido sin penas ni aficciones."

Y que al tocar en postrimer instante
Esté cual invitado, satisfecho
Del convite vital. Mas ya es bastante,

Pues no quiero que tengas el derecho
De igualarme á Crispín el ergotista,
Si alargo para más probar el hecho
De mis razones la pasada lista.

AMBROSIO RAMIREZ.

San Luis Potosí, á 18 de Octubre de 1896.


 OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO.

 INTRODUCCIÓN.¹

Para aquilatar los merecimientos que tiene á la fama póstuma el *Pensador Mexicano*, hay necesidad de estudiar más bien el fondo que la forma de sus numerosas producciones. En el momento actual de la literatura en México, y, sobre todo, dadas las cultas aficiones que privan en el público lector, parecen demasiado toscos los moldes en que vaciara sus pensamientos el popular escritor en el primer tercio del siglo á cuyas postrimerías nos ha tocado asistir.

Hay, además, que tener presente que Fernández Lizardi perseguía en sus obras, ante todo y sobre todo, fines más trascendentales y gloria más duradera que la que alcanzan los que deleitan á sus contemporáneos con la dicción elegante, con el brillo de las imágenes y con la pulcritud de la frase por medio de la atinada selección de los vocablos. No; Fernández Lizardi no

¹ Esta introducción fué escrita por encargo de la Casa editorial J. Ballezá y C.^a Sucesor, para la hermosa edición que está publicando de las OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO.—(Nota del autor.)

era cincelador de frases: era lo que en nuestros días llamamos periodista de combate; era un apóstol, mejor diremos, un precursor. Día á día, sin los atildamientos académicos, sin más preocupación, sin otro deseo que el de inculcar en el pueblo el amor á la libertad; perseguido por las autoridades civil y eclesiástica, luchando con las dificultades que para imprimir siquiera fuese un folleto se necesitaba vencer en aquella época, hablaba él al pueblo en el lenguaje en que creía ser mejor comprendido, y le despertaba de su letargo para señalarle el camino que tenía que seguir si anhelaba tener vida propia y regirse por sí mismo. Por eso en nuestra historia literaria el primer nombre de un escritor verdaderamente popular, el autor que hoy mismo goza de la predilección de las masas, es Fernández Lizardi. Y reconocerlo así, no trae aparejado el afirmar que á medida que la ilustración derrama su luz en las superiores capas sociales, va siendo para éstas menos digno de estima el regocijado autor del *Periquillo* y de la *Quijotita*. Lejos de eso, mientras más años pasan y mientras más se depuran por los que viven las glorias de los que ya murieron, los pensadores y los eruditos profundizan la alteza de miras, el acendrado patriotismo, la fe inquebrantable con que Fernández Lizardi, hombre superior en su época, inició no solamente la creación de la novela mexicana, sino también la crítica de los actos gubernativos. Para quienes en tal punto de vista se colocan, los opúsculos políticos y los estudios sociales del *Pensador*, no sólo comenzaron á demoler el edificio del antiguo régimen, sino que fueron los primeros vagidos del periodismo

mexicano, pues hasta entonces era desconocida en nuestro suelo la discusión de los problemas sociales.

Cualesquiera que sean los defectos que hoy encuentren en las novelas, en los folletos, en las fábulas y en los demás escritos de Fernández Lizardi los que no encomian sino los refinamientos y exquisiteces del estilo, es indiscutible para quienes buscan la nobleza y la altitud de los propósitos, que en la obra del *Pensador* habrán de verse siempre la proclamación de nuevos ideales. Y nótese bien: hoy que la tendencia dominante conduce á autores y lectores al naturalismo, las páginas del *Periquillo*, de la *Quijotita* y de *Don Catrín de la fachenda*, encierran muchas de las minucias y crudeces que si entonces caracterizaban la novela picaresca, en nuestros días constituyen el arsenal de los mismos noveladores psicólogos y tendenciosos, debiendo, sin embargo, observarse que las novelas del *Pensador* no pueden con justicia ser tachadas de pornográficas. Como documento, su valor es inestimable, porque ¿en dónde si no es en ellas podríamos recoger datos para trazarnos el cuadro de la sociedad mexicana de principios del siglo? ¿En dónde podríamos encontrar noticias sobre la antigua indumentaria? Resurgen ante nuestros ojos las pasadas generaciones, con todos sus defectos y también con todas sus buenas cualidades, oímos sus propias palabras, vemos cómo se vestían, sabemos cuáles eran sus entretenimientos, cuáles sus alegrías y cuáles sus dolores, y todo esto de la manera más natural y sencilla, sin pretensiones, y mucho menos sin dejar de fustigar las malas costumbres, antes bien enderezándose los propósitos del narrador

á reformar, á perfeccionar, á señalar nuevos horizontes y nuevas y nobilísimas aspiraciones. ¡Cuán atinada es, por lo mismo, la observación de Pimentel al señalar al *Pensador* como uno de los primeros reformadores mexicanos! ¿Qué otra cosa fué sino procurar la reforma de la literatura en México, escribir libros en los que nada hay que no sea genuinamente mexicano, y escribirlos en una época en que todo era un fiel trasunto de lo español?

Comprueba cuanto así en rasgos generales, en síntesis, acabamos de exponer, lo que de Fernández Lizardi y de sus escritos han dicho verdaderas autoridades en crítica literaria.

Veámoslo, si no:

Altamirano opina que la más famosa entre las obras del *Pensador* es el *Periquillo*, de la cual, dice, es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse sin exageración, que no hay mexicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hace frecuentemente á ella nuestra gente del pueblo por los apodosos que hizo célebres y las narraciones que andan en boca de todo el mundo. "Lo que diremos, sí—agrega Altamirano,—es que el *Pensador* se anticipó á Sué en el estudio de los misterios sociales, y que, profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe á todas partes para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad, y completo, al grado de tener pocos que le iguallen."

El mismo Altamirano, refiriéndose á las *Fábulas* de Fernández Lizardi, hace constar que los asuntos de estas fábulas son casi siempre nuevos; señala los defectos de que adolecen y dice que á pesar de semejantes lunares, son apreciables por la tendencia rigurosamente moral, porque y evidentemente *son el primer esfuerzo del talento mexicano para cultivar un género de literatura útil y benéfico.*

Pimentel, hablando de las mismas *Fábulas*, las califica de apreciables, porque aunque tienen defectos de forma y resabios de la escuela prosaica, en lo general cumplen con los preceptos del arte, y porque, además, algunas de ellas se recomiendan por la circunstancia de ser de un gusto nacional, pues figuran allí animales de nuestro suelo y reprenden vicios y defectos propios del país.

Menéndez Pelayo llama á Fernández Lizardi periodista revolucionario, hombre de ideas radicales y heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. Todo esto es cierto y constituye un título de gloria para el *Pensador*, y no importa, por lo mismo, que el autor que acabamos de citar añada en una nota, que Fernández Lizardi fué un ingenioso aunque chabacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria. Ya hemos dicho que reconocemos los defectos de forma que tanto se ha censurado en los escritos del *Pensador*, defectos que él fué el primero en confesar, como se ve en las siguientes líneas que tomamos del capítulo penúltimo del *Periquillo*. "Yo mismo, dice, me avergüenzo de ver impre-

sos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo á calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso."

No le disculparán los sabios únicamente, sino cualquiera que recuerde que el *Pensador* fué, como dice el más joven y también el más diligente de sus biógrafos, González Obregón, apóstol de nuevas ideas en una sociedad en que predominaban el fanatismo y la ignorancia; censor constante de costumbres profundamente arraigadas durante una existencia secular; partidario acérrimo de la Independencia de su patria; propagador incansable de la instrucción popular por medio de escritos y de proyectos; iniciador de la Reforma en una época en que el clero gozaba de todas sus riquezas, de todos sus fueros y de todo su poder, y autor de libros que abrieron una nueva senda para formar una literatura nacional.

Si en un trabajo de la índole de la presente introducción cupiera analizar minuciosamente las produc-

eiones del *Pensador*, sin dificultad pondríamos de resalto la clarividencia de ese espíritu superior que anticipándose á las generaciones que más tarde le han sucedido, preconizaba las teorías pedagógicas que hoy privan merced á que han llegado de allende el océano; se vería cómo iniciaba que la instrucción debía ser gratuita y obligatoria; que con ahinco pedía la higiene en las escuelas, y que recomendó la enseñanza objetiva. Y si la tarea no hubiese sido desempeñada con acierto por el ya citado joven González Obregón, con cuánto placer haríamos hoy—trazando la biografía de Fernández Lizardi—que los lectores de sus OBRAS ESCOGIDAS siguieran paso á paso, día á día, los sucesos de esa vida gloriosa de reformador político y literario, de apóstol y de mártir. Porque el mérito del *Pensador*, como ya lo dejó dicho Altamirano, es tal en todas sus obras, que aunque las preocupaciones de la escuela literaria pasada lo hayan deprimido y anatematizado, la opinión del pueblo mexicano agradecido se ha apresurado á concederle el puesto de honor, y la escuela contemporánea, para la que son todavía menos disculpables los defectos de los literatos que siguieron al *Pensador* y que tuvieron más elementos para ilustrarse, venera el nombre de este escritor modesto, virtuoso y dotado de un ingenio nada común, como el nombre del patriarca de nuestra literatura popular.

Bastaría, pues, lo hasta aquí expuesto, para justificar el entusiasmo con que hemos recibido la noticia de la decisión tomada por los editores de las OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO, de levantarle

este monumento que no es, en verdad, el primero que México debe á los nobles esfuerzos de los mismos editores; pero aún nos resta dejar aquí grabado para siempre, uno de los mejores títulos que á nuestra gratitud tiene el patriota Fernández Lizardi.

Pocos lo saben, pero es un hecho comprobado, que el *Pensador Mexicano* fué quien despertó en el cerebro de nuestra inmortal primera heroína, la Corregidora de Querétaro, la idea de la emancipación de México, idea que germinando años después, hizo que la egregia dama llenase con sus hechos las primeras y más resplandecientes páginas de la historia de la Independencia. ¡Ah! ni el *Pensador* ni la *Corregidora* tienen una estatua en este pueblo por cuya libertad arrojaron odios, persecuciones, anatemas; y pues la gratitud pública se ha olvidado de levantar esas estatuas, quede en este monumento literario que hoy erige al *Pensador* la casa editorial de Ballescá y C^a, grabado junto al nombre de Fernández Lizardi, el de su ilustre discípula Josefa Ortiz de Domínguez, que desde las rejas de una prisión dirigió el primer saludo á la patria, como en eloquente panegírico dijera el sabio Ignacio Ramírez.

México, 1896.

FRANCISCO SOSA.

